

Propiedad de
D. Pedro Lucas

APÉNDICE
A LA
ULTIMA EDICION
DEL AÑO CRISTIANO
DEL PADRE JUAN DE CROISSET,
AÑADIDO

CON LOS SANTOS DE ESPAÑA, Y CON LA TRADUCION DE LAS EPISTOLAS
Y EVANGELIOS DE LAS MISAS DE TODO EL AÑO.

En el que se añaden nuevamente las vidas de los Santos nacionales y estrangeros cuyas festividades tienen adoptadas las iglesias de España: ó porque ilustraron con sus hechos nuestra Península: ó por la singularidad de sus vidas y martirios: ó por la posesion de sus reliquias: ó porque fueron auxiliares con nuestros mayores en la defensa de la fe católica, que ha sido la empresa mas gloriosa de la nacion, sepultando la herejía arriana que la inficionó con su pernicioso contagio por espacio de muchos siglos.

DADA Á LUZ

POR DON JUAN JULIAN CAPARROS,

DOCTOR EN AMBOS DERECHOS, CURA DEL ARZOBISPADO DE TOLEDO, RECTOR Y CAPELLAN
MAYOR DEL MONASTERIO DE RELIGIOSAS AGUSTINAS DE SANTA MARIA MAGDALENA
DE LA CÔRTE DE MADRID.

Y ADICIONADA

CON LA VIDA DE UN GRANDE NUMERO DE NOVISIMOS SANTOS ESPAÑOLES.



TOMO PRIMERO

LOGROÑO:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE D. DOMINGO RUIZ.
1851.

APPENDICE

TRATTAMENTO

DELLA MALA CRISTIANITÀ

DEL PASTOR DELLA CHIESA

1818

CON UNO DEI FATTORI DI STATO, E CON LA TRADIZIONE DELLE EMERENZE

E DELL'OPINIONE DEL PAPA SU QUESTI ARGOMENTI

DI G. C. S. S.

La mala cristiana è un vizio che si è sempre più esteso in questi tempi, e che ha fatto un gran danno alla società. Il presente lavoro ha per oggetto di far conoscere il vero stato di questa malattia, e di indicare i mezzi per curarla. Il lavoro è diviso in tre parti. Nella prima si parla del male in generale, e delle sue varie specie. Nella seconda si parla delle cause che lo producono, e dei mezzi per evitarle. Nella terza si parla dei mezzi per curarlo, e si fanno alcune riflessioni sulla condotta che si deve tenere in questi tempi.

PARTE I.

DELLA MALA CRISTIANITÀ

DEFINIZIONE. È un vizio che consiste nel non credere in Dio, e nel non rispettare i doveri della società. È un vizio che ha per oggetto di distruggere la società, e di ridurre l'uomo a uno stato di barbarie.

E SINTOMI

UNA MALA CRISTIANITÀ SI RICONOSCE PER UNO DEI SEGUENTI SEGNI

1. SCELTA

OPERA TRATTAMENTO

DEL PASTOR DELLA CHIESA
E DELL'OPINIONE DEL PAPA

1818



INDICE

De las vidas de los Santos contenidos en este primer tomo.

	ENERO.	PÁGS.
Dia II. . . .	San Isidoro, obispo y mártir	9
Dia XII. . .	San Victoriano, abad de Asanio	11
Dia XIII. . .	San Gumesindo, confesor y mártir.	16
Dia XIV. . .	San Eufrasio, obispo y mártir.	18
Dia XXI. . .	San Fructuoso, obispo de Tarragona	21
Dia XXII. . .	San Vicente, Oroncio, y Victor, mártires	24
Dia XXIII. . .	San Anastasio y compañeros mártires	27
Dia XXIV. . .	San Babilás, ó Babilés.	29
Dia XXVI. . .	San Asurio, Gonzalo, Osorio, Froalengo, Servando, Pelayo, Atanulfo y Alfonso.	30
Dia XXVII. . .	San Emerio, abad de Bañoles.	31
Dia XXVIII. . .	San Tirso, mártir	35
Dia XXIX. . .	Santa Radegundis, vírgen.	41

FEBRERO.

Dia I. . . .	San Cecilio, obispo y mártir.	43
Dia VII. . .	San Nivardo, confesor.	45
Dia XI. . .	San Martin, canónigo regular de Leon.	48
Dia XIII. . .	San Policeto, mártir	54
Dia XIV. . .	Beato Juan Bautista de la Concepcion, fundador de la reforma de los descalzos de la Santísima Trinidad.	55
Idem. . . .	San Victor, Zenon, y Felicula, mártires.	59
Dia XVI. . .	San Honesto, presbítero y mártir.	60
Dia XVIII. . .	San Eladio, arzobispo de Toledo.	65

DIA XVIII.	San Teotonio, prior de Coimbra.	65
Dia XIX	San Beato, presbítero.	70
Idem	San Alvaro de Córdoba, confesor.	73
Dia XX.	Santa Barbada, virgen.	84
Dia XXIII	La conmemoracion de San Fulgencio	86
Dia XXV.	El Beato Sebastian de Aparicio	86
Idem	San Valerio, confesor	97
Dia XXX.	San Baldomero, confesor.	100

MARZO.

Dia I.	San Iscío, obispo y mártir.	102
Dia II	La conmemoracion de San Lucio y sus compañe- ros mártires.	105
Dia III	San Emeterio, mártir, llamado vulgarmente San Madi.	105
Dia VI	San Oleguer, obispo	107
Dia VIII	San Julian, arzobispo de Toledo.	114
Idem	San Beremundo, abad de Hirache	118
Dia IX	San Paciano, obispo de Barcelona	125
Dia XI	San Eulogio, presbítero y mártir, llamado por al- gunos San Eloy, de Córdoba.	125
Idem	Santa Auria, virgen.	152
Idem	San Vicente y San Ramiro, mártires	153
Dia XIII	San Rodrigo y Salomon, mártires	158
Dia XV.	San Raimundo, fundador del órden de Calatrava.	142
Idem	San Sisebuto, abad.	149
Idem	Santa Matrona, virgen.	150
Idem	Santa Lucrecia, virgen y mártir.	152
Dia XVIII.	San Narciso, obispo y mártir.	154
Idem	El Beato Salvador de Horta	157
Dia XX.	San Martin, obispo de Braga.	162
Dia XXIII.	El beato José Oriol, presbítero, doctor y confesor.	168
Dia XXVI.	San Braulio, obispo de Zaragoza.	175
Dia XXXI.	San Pedro, soldado y ermitaño	182

ABRIL.

Dia I.	San Tesifont, obispo y mártir.	184
Dia III	Santa Engracia, virgen y mártir Bracanense.	186

Dia IV . . .	San Victor, obispo y mártir	187
Dia V . . .	La beata Catalina de Tomas	188
Dia X . . .	San Urbano, abad.	199
Dia XVI . . .	Los diez y ocho santos mártires de Zaragoza.	200
Idem	Santa Engracia, vírgen y mártir de Zaragoza.	201
Idem	San Lamberto, mártir de Zaragoza	204
Idem	San Fructuoso, arzobispo de Braga	205
Dia XVII . . .	Santa Potenciana, vírgen y mártir.	210
Idem	San Elias, Pablo, é Isidoro mártires.	211
Dia XVIII . .	San Perfecto, presbitero y mártir	213
Dia XXII . .	Santa Seniorina, abadesa	216
Dia XXVI . .	Traslacion de Santa Leocadia, vírgen y mártir.	219
Idem	San Pedro mártir, obispo de Braga	220
Dia XXVII . .	San Pedro Armengol	223
Dia XXVIII .	San Prudencio, obispo y confesor.	229
Dia XXX . . .	Los Santos Amador, Pedro y Luis, mártires.	233
Idem	San Indalecio, obispo y confesor.	234
Idem	El beato Andrés Hibernona	237

MAYO.

Dia I	San Orencio ú Oroncio y Santa Paciencia, padres de S. Lorenzo.	244
Dia II	San Segismundo, ó Sigismundo, rey de Bor- goña.	248
Idem	La conmemoracion de San Felix, diácono.	252
Dia VII . . .	San Sisto y Eovaldo, llamado en vulgar catalan San Hou.	253
Dia VIII . . .	El beato Domingo, confesor	254
Dia IX	San Gregorio, obispo de Ostia.	255
Dia XV	San Witesindo, mártir de Córdoba	258
Dia XVI . . .	El beato Gil, confesor	259
Dia XIX . . .	Santa Tecla, vírgen y mártir.	265
Dia XXI . . .	San Secundino, mártir.	268
Dia XXIII . .	San Epitacio y San Basileo, mártires	270
Dia XXV . . .	San Genadio, obispo de Astorga	271
Dia XXVIII .	San Justo, obispo de Urgel.	274
Idem	San Justo, confesor.	275
Idem	El venerable Miguel de Arandica, de la órden de Montesa, prior de San Jorge de Alfama.	277
Dia XXIX . .	San Voto y San Felix, confesores.	278

JUNIO.

Dia II . . .	El beato Juan de Ortega, confesor	281
Dia III . . .	San Isaac, monge	285
Dia V . . .	San Fernando Infante de Portugal	288
Idem . . .	San Sancho, mártir	294
Dia VII . . .	Los santos monges Pedro, Walabonso, Sabiniano, Witresmundo (ó Wistremundo), Abencio y Je- remías mártires de Córdoba	297
Dia X . . .	Los santos Crispulo ó Crispolo y Restituto, márti- res.	299
Dia XI . . .	Los mártires de Algarve	299
Dia XII . . .	Del beato Alonso Rodriguez, coadjutor temporal de la compañía de Jesus	302
Dia XIII . .	San Fandila, Presbítero y mártir.	312
Dia XIV . .	Los santos Anastasio, presbítero; Felix monge; y Digna virgen.	314
Dia XV . . .	Santa Benilde, mártir de Córdoba	317
Idem . . .	San Pedro llamado compadre.	317
Dia XVII . .	Santa Teresa mujer del Rey D. Alfonso IX de Leon y santa Sancha, Virgen	318
Dia XVIII .	Los santos German, Paulino, Justo y Scicio már- tires	327
Dia XX . . .	San Inocencio obispo	332
Dia XXI . .	San Raimundo, obispo de Barbastro.	332
Dia XXV . .	Santa Eurosia ú Orosia virgen y mártir	337
Idem . . .	San Felix ó Felices.	339
Dia XXVI . .	San Pelayo, mártir.	341
Dia XXVII .	San Zoilo ó Zoil, y compañeros, mártires	345
Dia XXVIII.	San Argimiro mártir	349
Dia XXIX .	Santa Benedicta, virgen.	351

JULIO.

Dia I . . .	San Simon Labrador	353
Dia II . . .	San Longinos	353
Dia IV . . .	San Laureano, arzobispo de Sevilla.	354
Idem . . .	El beato Gaspar de Bono, del orden de padres Mi- nimos ¹	361
Dia VII . . .	San Odon, obispo de Urgel	372
Dia XI . . .	San Abundio, mártir	374
Idem . . .	San Dictinio, obispo de Astorga	376

Dia XII . . .	Santa Marciana, virgen y mártir	376
Dia XVI . . .	San Sisenando, mártir.	378
Dia XVIII . .	Santa Marina, virgen y mártir	380
Dia XIX . . .	Santa Aurea, virgen y mártir	382
Dia XX . . .	San Pablo diácono y mártir	384
Dia XXIII . .	Los Santos hermanos Bernardo, María y Gracia, mártires en el reino de Valencia	386
Dia XXIV . .	San Francisco Solano, confesor	390
Dia XXV . . .	San Cucufate, mártir.	400
Idem	San Teodomiro, monge y mártir.	404
Dia XXVII . .	Los Santos Aurelio, Felix, Jorge, Sabigoto y Li- liosa, mártires.	405
Idem	Santas Juliana y Semproniana, virgen y mártir,	411
Dia XXIX . .	Santa Beatriz, virgen y mártir.	412



DIA II DE ENERO.

San Isidoro Obispo y mártir.

SAN Isidoro, de quien este dia hace conmemoracion el Martirologio Romano, segun nos instruyen varios escritores nacionales, fué natural de la ciudad de Sevilla, descendiente de ilustres y esclarecidos progenitores, que interesados en la educacion de el niño segun las máximas de la Religion Cristiana, hicieron desde luego eficaces sus deseos mediante sus buenas disposiciones. Aplicado á las ciencias naturales, como se hallaba dotado de un ingenio escelente, hizo en ellas maravillosos progresos, de forma, que ya en su juventud estuvo reputado por uno de los sabios. Por su estraordinario mérito fué elevado á la dignidad de Cónsul, ó de Magistrado (con este honor introducido por los Romanos en las Colonias de España); en cuyo empleo se portó con tan universal reputacion, que el desempeño de todas sus obligaciones y cargos fué el mayor elogio y el mayor crédito del acierto de su eleccion. Procedia en todo con tanta prudencia, justificacion y rectitud, que en él se admiraban todas las virtudes de los mas Santos prelados eclesiásticos. Ibale disponiendo la divina Providencia para esta alta dignidad, á fin de que despues de haber hecho en él un modelo de ministros perfectos en la República, fuese asimismo ejemplar de los Obispos mas santos en la Iglesia. Sucedió así con efecto, pues siendo notoria la fama de su justificacion, y con especialidad la de su zelo ardiente por la Religion Católica por toda España, congregados los Obispos comprovinciales, Clero y Pueblo (segun costumbre de aquellas edades) en la ciudad de Zaragoza, para elegir sucesor de Valerio III en aquella cátedra, lo hicieron en Isidoro no sin general aplauso.

Colocado en esta silla, no es fácil esplicar el porte de este varon apostólico, mostrándose desde luego como padre, y vigilante pastor en el cumplimiento de su ministerio Episcopal. Surtió con abundancia de saludables pastos á su rebaño, atendió á la reforma de sus costumbres, y no omitió diligencia alguna que pudiera contribuir á

acreditar su gran vigilancia en orden á la disciplina eclesiástica. Basta en comprobacion de su zelo el especial elogio que mereció del Sumo Pontífice Hilario en la decision de la consulta hecha por Ascanio, Primado de Tarragona, y demás Obispos comprovinciales, sobre los justísimos procedimientos de nuestro Santo contra Silvano, Obispo de Calohorra, en la injusta consagracion que hizo de cierto Prelado sin aprobacion ni consentimiento del Metropolitano, contra las reglas prescritas en los Sagrados Cánones, á quien no pudiendo separar del atentado con sus nerviosas cartas, como diestro en el manejo de negocios de esta gravedad, recurrió á los remedios mas fuertes y eficaces.

No satisfecho con sus incesantes fatigas apostólicas dentro de los límites de su Obispado, pasó á otras provincias infectas con los errores de la herejía, á ilustrarlas con la luz del Evangelio. Supo que Ajax, apóstata gálata, inficionado con la peste Arriana, pervirtió á los Suevos, dueños de Galicia por entonces, auxiliados de Ramismundo su rey, manchado con el mismo contagio; y encendido de aquel zelo santo que constituye el carácter de los varones apostólicos, se presentó á defender la fé católica en la capital de Orense, (llamada Amphiloquia en la antigüedad, cuya semejanza de denominacion con la de Antioquia, ha dado motivo á algunos escritores, que arreglados al Martirologio Romano, donde con facilidad se pudo cometer igual equivocacion, atribuian á aquella ciudad de Grecia este héroe español). En este pueblo predicó con espíritu magnánimo contra la impiedad de los herejes Arrianos, blasfemos sacrilegos, que se atrevieron á negar la consustancialidad de la segunda persona de la Santísima Trinidad con el eterno Padre, instruyendo á los oyentes en la verdadera inteligencia del dogma católico, conforme le cree, y confiesa nuestra santa fé en el inefable misterio de la Encarnacion, explicándoles con la mayor claridad las sentencias de la santa Escritura, donde se apoya, y manifestándoles con la misma la perversa glosa con que los Arrianos los convertian en comprobacion de su impiedad.

Como la herejía cuando no puede engañar á los hombres intenta perderles, y en defecto de razones recurre á los acostumbrados artificios de la malicia, vencidos los herejes por la predicacion de Isidoro, reconociendo la impresion que hacia su verdadera doctrina en el corazon de los fieles desengañados, no suficientes á intimidar la valentia de su espíritu las varias molestias é injurias que le causaron, tomaron el partido de darle muerte, como lo hicieron clandestinamente en 2 de enero del año 466, rigiendo Hilario, Sumo Pontífice, la Cátedra Apostólica; Augusto el Imperio Romano, el Reino de España Eurico Godo, y Ramismundo Arriano el de Galicia.

Arrojado el cuerpo del Santo Prelado al rio Miño, contiguo á dicho

pueblo, estraído de él por los católicos, le dieron primeramente sepultura á sus orillas, trasladándole de allí despues de ocho años á la ciudad de Ibiza, donde se venera de tiempo inmemorial con el correspondiente culto, cuya tradicion sobre lo dicho, confirma la opinion de los escritores nacionales que estiman á nuestro Santo originario de España.

DIA XII.

S. Victoriano abad de Asanio.

SAN Victoriano, á cuyo patrocinio debió la Ciudad de Huesca de Aragon la libertad del tirano yugo Mahometano, cuando los reyes D. Sancho, y Den Pedro de Aragon condujeron las reliquias del Santo á su ejército en tiempo que tenian sitiada tan importante fortaleza: nació en Italia de ilustres progenitores, los cuales se aplicaron con el mayor esmero á dar al niño una crianza tan propia de su piedad, como de su distinguido nacimiento; y tuvieron el consuelo de verle en sus mas tiernos años con una madurez de juicio, y con una extraordinaria justificacion en su conducta como si fuese un varon perfecto. Dedicáronle sus padres á la carrera de las letras, y como estaba dotado de unos talentos extraordinarios, hizo en muy breve tiempo grandes progresos en las ciencias humanas; pero no llenando los altos y profundos conocimientos que adquirió en ellas los deseos del ilustre jóven llamado para cosas grandes, comenzó á mirar con tedio toda clase de erudicion profana. Aplicóse con nuevo ardor al estudio de las Santas Escrituras; y considerando á los pies de Jesucristo las eternas verdades contenidas en los sagrados Códigos, bebió en ellos como en una fuente original la celestial doctrina, que ilustra al hombre para que sepa conseguir su eterna salvacion.

Como á los progresos que hizo Victoriano en las ciencias juntaba una piedad maravillosa, una caridad sin límites, una liberalidad magnífica, una abstinencia admirable, una asistencia continua á los oficios divinos, una frecuencia extraordinaria de Sacramentos, en una palabra, la práctica de todas las virtudes que recomienda nuestra Santa religion, llegó á ser el objeto de la estimacion, y de la veneracion del pueblo, edificado de ver en un jóven la mas respetable ancianidad, no computada por los años, sí por la justificacion de su conducta. Ofendian á la profunda humildad de Victoriano las alabanzas y los elogios de los hombres; y temiendo que estos pudieran disminuir el mérito de la perfeccion á que aspiraba; persuadiéndose á que

no podría conseguirla á no desnudarse enteramente de todos los afectos de la carne y de la sangre, resolvió ausentarse de su patria y de sus deudos con algunos compañeros fieles imitadores de sus máximas, distribuyendo antes (como lo hizo) su cuantioso patrimonio en socorro de los pobres, y en la ereccion de algunos piadosos monumentos.

Llegó el caso de poner en ejecucion su noble pensamiento, y habiendo pasado los Alpes se entró en el reino de Francia con el fin de ilustrarle con la luz del Evangelio. Dió principio á su predicacion como los apóstoles con el mismo zelo, con el mismo ardor, y con el mismo deseo de la salvacion de las almas, haciendo ver la necesidad que tenian de honestidad los lascivos, de liberalidad los avaros, de humildad los soberbios, de mansedumbre los iracundos, y de paz los enemigos: en substancia, todos los indefectibles medios que debian practicar los hombres para conseguir el reino de los cielos, de lo que se hallaban muy distintantes por seguir las vanidades y momentáneos deleites del siglo. Oíale todos como á celestial Oráculo, y como á las encendidas expresiones de su poderosa eloquencia se seguía no pocas veces la confirmacion de su doctrina con portentosos milagros, lograba cada dia el ilustre Misionero abundantes frutos de admirables conversiones, sin que hubiese pecador tan obstinado que se resistiese á su zelo. Mucho contribuyó para este logro la eficacia de su conducta ejemplar, dejándose ver siempre inalterable en la paciencia, prudente en los consejos, afable en el trato, piadoso, casto, y modesto: en suma, adornado de todas las virtudes.

Atrajo la fama del varon Apostólico á innumerables concursos de personas de todas clases, ansiosos de seguir las máximas que prescribia para la consecucion de la salvacion eterna; y solicitando el Santo proporcionarles los medios con que pudiesen lograr el fin de sus deseos retirados de los peligros del mundo, erigió diferentes Monasterios en el reino de Francia, donde reunió un crecidísimo número de Religiosos, que hicieron grandes progresos en la carrera de la perfeccion, y fueron muy útiles á la iglesia bajo la direccion de tan escelente Director, y de tan sabio Maestro. No se ocultaba á Victoriano cuanto trabajaban los herejes para destruir sus religiosos establecimientos, mirándolos como fuertes valuarles capaces de sostener el sagrado depósito de la fe, y la pureza de las costumbres; y por lo mismo crecía en él el empeño de emplear toda su reputacion, y todas sus facultades en semejantes fundaciones, al paso que trataba con una suma aversion á los mismos herejes; separándose de ellos enteramente, cuando amonestados primera, segunda, y tercera vez permanecian obstinados en sus errores.

Temió el santo incurrir en alguna gloria vana á vista de la universal estimacion que de él se hacia en todo el reino de Francia; y siendo este el motivo que le obligó á dejar á su Pais, se retiró á España en tiempo que Teodorico Rey de Italia gobernaba esta monarquía como tutor de su nieto Amalarico que se hallaba en la menor edad. Luego que pasó los Pirineos, buscó con la mas exquisita diligencia un lugar separado de todo el comercio humano, para poder dedicarse con quietud á los santos ejercicios de la vida solitaria. Encontróle en efecto en un monte de difícil subida á la parte occidental del Pueblo llamado Asanio, no muy distante del monasterio que en honor de San Martin habia edificado Gesalesio rey de los Godos. Eligió en él para su habitacion una cueva espantosa, cerca de la cual fabricó un Oratorio bajo la advocacion del Arcangel San Miguel; y libre ya de los tumultos del siglo, soltando las riendas á su fervor, se entregó á los rigores de una penitencia sin límites, renovando con la austeridad de su conducta aquellas espantosas imágenes, que como prodigios de la divina gracia nos refieren las historias en el Oriente: bien que el Señor endulzaba maravillosamente las penalidades de su siervo con el don de contemplacion que se sirvió concederle, siendo su vida casi una oracion continua.

En vano solicitaba Victoriano sepultarse vivo en las mas obscuras grutas, en vano huir á los mas encumbrados montes para vivir desconocido, porque como los designios de la Divina Providencia eran el que fuese á muchos útil, hizo que se esparciese la fama de su eminente virtud por todos los pueblos y aldeas de la comarca, de suerte que se vió rodeado de una innumerable multitud de gentes, atraidos del buen olor de su santidad, y de la voz de sus estupendos milagros; de cuyo don especial usó en favor de muchos pobres enfermos, lanzando asimismo á los demonios de no pocos energúmenos á quienes atormentaban furiosamente.

Volaron los ecos de las prodigiosas maravillas del Santo por todo el reino de España, y deseosos los naturales de ver, y de tratar al célebre Solitario, se vió frecuentado aquel árido desierto de innumerales personas de todas clases ansiosas de ser participantes de las singulares gracias que habia el Señor depositado en su fidelísimo siervo. Conoció este ser aquella la voluntad de Dios, y aunque tenia todas sus delicias en el retiro, en la oracion, y en la contemplacion, jamas dió la menor señal de sentimiento al verse cercado de tan numerosos concursos; antes bien recibiendo á todos lleno de aquella dulzura, y de aquella afabilidad que era propia de su caracter, socorria sus necesidades, instruyéndolos al mismo tiempo en el camino del cielo.

Sentian muchos la penosa subida del elevado monte donde fijó Vic-

toriano su residencia, por cuya razon le suplicaron se estableciese en la llanura de un valle inmediato, para que pudiese con mas comodidad favorecer á los pobres enfermos que le buscaban. Conoció el Santo la justicia de esta súplica, bajó á una pequeña heredad llamada Asarrate, que le cedieron los dueños, contigua al rio Cinga, en la que labró para sí, y para sus discípulos unas pobres celdillas, y ejercitándose en obras maravillosas, se hizo amable, y respetable de toda clase de sugetos, hasta de los mismos reyes.

Tomó el gobierno de España Amalarico luego que tuvo edad competente; y habiendo muerto en Narbona, ascendió al trono Teudis, Teuda, ó Teudo, ayo que fue del Amalarico. Estaba infecto este Príncipe con el contagio de la heregia Arriana, pero con todo profesaba tal veneracion al Santo, que le visitaba con mucha frecuencia, oyendo con humildad sus saludables consejos, deciale entre ellos: *El honor del rey consiste en amar á la justicia, en hacerla observar, portándose en la administracion del reino de suerte, que no se prive de la corona celestial. El Monarca no se ha de olvidar, cuando promulga una ley ó sentencia, que es mortal: no dando lugar por su soberbia, á que el supremo rey le sumerja en el infierno.*

Deseaba Teudis colocar á Victoriano en las mayores dignidades de su reino para que con mayor autoridad pudiese ejercer las funciones de su zelo verdaderamente apostólico; pero la humilde resistencia que esperimentó en él, cuando trató de semejantes promociones, le dió bien á entender que el corazon del santo estaba muy distante de apetecer toda clase de honoríficos empleos. Pidieron sin embargo al Rey los Monges del Monasterio de Asanio que les nombrase por Abad al célebre Anacoreta, y agregándose á esta súplica los ruegos del clero, y la aclamacion del Pueblo, bajo el seguro de los grandes adelantamientos que lograria aquella casa teniendo á la vista un maestro tan práctico en la escuela de la perfeccion, se vió en la indispensable precision de entregarse del empleo, por mas que solicitó escusarse, sacrificando la repugnancia que tenia de mandar, en obsequio de la obediencia; bien que la autoridad de superior solo sirvió para que mas brillase su virtud, conociéndose luego lo mucho que puede ésta cuando los empleos la dan ocasion de manifestarse.

Vivian muchos Monges de aquel Monasterio en diferentes oratorios contiguos á él haciendo vida eremitica, y persuadiéndose el venerable Abad que seria lo mejor que habitasen en comunidad, donde el corazon y el alma fuese una para todos los oficios y ejercicios religiosos; habiéndolos congregado en la clausura, les prescribió un tenor de vida tan lleno de máximas saludables, que en muy breve tiempo llegó á ser aquella célebre casa un seminario de santos por la direccion de quien lo era. En efecto, gobernábala Victoriano con tanta

prudencia, y con tanta destreza, que de dia en dia brillaba la piedad, y la disciplina regular en el primitivo fervor de su establecimiento. Solo severo consigo mismo, reservabala indulgencia para con sus súbditos, cuyos defectos reprehendia mas con el ejemplo que con las palabras, causando á todos admiracion el ver que en medio de sus austeridades, que por lo comun engendran un humor tétrico y melancólico, conservaba el ilustre Prelado una alegría extraordinaria, que saliéndole del corazon se comunicaba á su semblante.

El universal concepto que se grangeó el insigne Abad en España movió á muchos sugetos principales del reino á enviar á sus hijos al Monasterio de Asanio para que se educasen bajo la direccion de tan sabio como virtuoso maestro, dotado de una gracia especial para enseñar á la juventud. Su dulzura, su modo agradable y cortesano, acompañado siempre de una oficiosa y suave severidad, yendo en todo adelante con el ejemplo, eran los medios de que se valia para atraer á los jóvenes, de quienes lograba por arbitrios tan prudentes los deseados efectos; teniendo el consuelo de que saliesen de su escuela muchos discípulos célebres en doctrina y santidad para Prelados de diferentes Iglesias: memorables entre ellos Gaudioso Obispo de Tarazona, Aquilino de Narbona, Tranquilino de Tarragona, Efronio de Zamora, y Vicente de Huesca, los cuales dieron mucho honor á su maestro; y por su respeto hicieron cuantiosas donaciones al monasterio de Asanio, y lo mismo ejecutó el Rey Teudis, en consideracion de los relevantes méritos de su ilustre Abad; pero todas estas opulentas dádivas, y distinguidos honores no fueron capaces de alterar un punto la humildad de Victoriano, ni aquella evangélica pobreza que quiso brillase siempre en su Comunidad; invirtiendo en socorro de los pobres, y en la magnificencia del culto divino todo lo sobrante al preciso sustento de los Monges.

Serian necesarios muchos volúmenes para referir individualmente las eminentes virtudes, y los laudables hechos en que se ejercitó el santo por espacio de diez años que gobernó el Monasterio de Asanio, y las portentosas maravillas de curaciones prodigiosas que hizo de innumerables enfermos. En fin consumido al rigor de sus espantosas penitencias, habiendo sabido por revelacion la hora de su muerte, aunque toda su vida fué una continua preparacion para ella; con todo renovó sus fervores para purificar su inocencia. Recibió los últimos sacramentos, y dando á sus hijos muchos consejos útiles, murió tranquilamente en el dia doce de enero del año 560, septimo del reinado de Atanagildo.

Depositaron los Monges el venerable cuerpo de su Santo Abad en el mismo Monasterio en el sepulcro que él mismo mandó labrar en vida cerca del Altar de San Martin, donde se mantuvo en grande ve-

neracion hasta la pérdida de España en la que por temor de que no cayese en manos de los Moros, le trasladaron los Fieles á Santa Rufina sobre Insa, pueblo entre Huesca y Urgel. Allí se mantuvo 260 años, hasta que cesó la hostilidad de los Agarenos; y en el de 1038 lo transfirió el Rey Don Sancho de Aragon al Castillo de Alquezar, del que en el siguiente 1089 se trasladó al Monasterio de Montargon, en el que se conserva, dignándose el Señor acreditar la gloria de su fidelísimo siervo por medio de los muchos milagros que cada dia obra á virtud de su poderosa intercesion.

EN este dia se hace conmemoracion en el Martirologio Romano de San Nazario, uno de los célebres Héroes que han florecido en España, de quien nos dicen varios Escritores que conociendo en su juventud los peligros y vanidades del mundo, resolvió buscar asilo á su inocencia en el retiro del Claustro Religioso. Puso los ojos en el de San Miguel de Cuxan, sito en el Obispado de Helna, donde abrazó en él el orden de San Benito; y como sus deseos no eran otros que ascender á la cumbre de la mas alta perfeccion, lo consiguió en efecto por la práctica de todas las virtudes; pero escediéndose sobre todo en el ejercicio de la caridad, que es la reina de ellas, se dedicó á hospedar á los Peregrinos, á vestir á los desnudos, á dar de comer á los pobres y consolar á toda clase de afligidos, cuyos piadosos oficios fueron tan gratos á los ojos de Dios, que quiso acreditar la santidad de su fidelísimo siervo con repetidos prodigios: memorable entre ellos el que obró en un incendio voraz, que estinguió solo con haber echado sobre las llamas su hábito, que quedó sin la mas mínima lesion en medio del fuego. Murió en fin lleno de gloria, y merecimientos en el dia 12 de Enero, aunque no nos consta el año puntual de su feliz tránsito, en cuyo dia se celebra su festividad con rito doble en el espresado monasterio, donde se conserva su cuerpo y es tenido en grande veneracion.

DIA XIII.

San Gumesindo, confesor y mártir.

EN principios del siglo ix, tiempo en que sufrían los cristianos de España una sangrienta persecucion de los bárbaros Africanos, nació en la ciudad de Toledo S. Gumesindo, de padres naturales de esta capi-

tal, trasladados con el niño á la de Córdoba, aunque se ignoran la causa; los cuales le criaron conforme al espíritu de la religion cristiana, esmerándose en su educacion con el objeto de que ascendiese á la dignidad del sacerdocio, obligados por el voto que hicieron al tiempo de su nacimiento, de ofrecerle al Señor, que se dignó concederles este fruto de sus dulces bendiciones. Para facilitar el intento, le dedicaron al servicio de la Iglesia de los santos mártires Fausto, Januario y Marcial, sita en Córdoba, con el fin de que aprendiese de religiosos maestros ciencias humanas y divinas, y demas ejercicios conducentes al designio de sus deseos; para lo cual contribuyeron no poco los ejemplos y continuos consejos de sus mismos padres, interesados en demostrarle las nobilísimas prerogativas de la virginidad, fealdad y abominacion de la torpeza. No costó dificultad imprimir en el alma de Gumesindo tan recomendables ideas, naturalmente inclinado á la virtud, y propenso al estado de mayor perfeccion. Bajo cuyo supuesto, adelantándose conforme iba creciendo en edad en la instruccion de las letras, y mas en la de los Santos; apenas llegó al tiempo predefinido de los sagrados cánones, ascendió por sus grados al orden sacerdotal, desempeñando el ministerio con tanta justificacion, que considerándole digno el obispo de Córdoba para el gobierno de las almas, fió á su cuidado una de las parroquias de la campiña de aquella ciudad, en la que se portó como pudiera el pastor mas celoso y ejemplar, surtiendo á sus ovejas con abundantes pastos espirituales, sin omitir el socorro de todas sus necesidades corporales segun sus facultades.

Sentía en lo intimo de su corazon la miserable situacion de España; no le causaba menos dolor el ver que los bárbaros secuaces de la secta de Mahoma tiranizasen con tan dura esclavitud á los hijos de Dios redimidos con la preciosa sangre de Jesucristo; y con estas piadosas reflexiones se encendió en vivos deseos de padecer martirio. Parecióle impropio de su ministerio omitir una confesion pública de su fe cristiana ante los jueces árabes, digno de la nota de una cobardía vergonzosa, cuando no condenase la necedad tan impía secta; y animado con semejantes impulsos de la divina gracia, pasó á la ciudad á comunicar su resolucion con un monge intimo amigo, llamado Siervo de Dios, criado en su compañía en la iglesia de los dichos mártires. Alentados mutuamente para tan laudable empresa, sin esperar á ser llamados, se presentaron voluntariamente al juez agareno, y á su presencia principiaron á predicar contra la falsedad de su secta, reprobando con el mayor brio y celo los delirios de sus necias supersticiones.

No cabe en ponderacion la ira que el bárbaro concilió á vista de semejante arrojo, que graduado con el delito mas enorme, sin esperar á las formalidades de los procesos judiciales, mandó á sus ministros les degollasen al momento. Recibieron los Santos la sentencia con una

alegría inesplicable, dando al Señor repetidísimas gracias porque les hacía dignos de padecer por defensa de su fe; cuya confesión sirvió para alentar á otros muchos cristianos, que siguiendo su ejemplo testificaron con su sangre la verdad de la religion católica. En el dia 15 de enero del año 851 se ejecutó la providencia, logrando por este medio Gumesindo la apetecida corona del martirio. Su cuerpo habido por los fieles, fué sepultado en el monasterio de S. Cristobal, sitio donde hoy existe una pequeña ermita con la advocacion de S. Julian. Haber sido celebre su memoria aun en tiempo de los Arabes, lo comprueba la invocacion de su patrocinio por el Rey D. Alfonso el Sexto en la conquista de Toledo, con el de otros Santos tutelares naturales de aquella capital suelo de su nacimiento.

DIA XIV.

S. Eufrasio Obispo, y Martir.

EL imponderable beneficio que recibió España por San Eufrasio, Torcuato, Cresifont, Indalecio, Cecilio, Hesichio, y Segundo enviados á esta Península por los Principes del Colegio Apostólico con el laudable objeto de ilustrarla con la luz del Evangelio, en tiempo que se hallaba envuelta en las miserables sombras de la muerte, ha hecho que la Nacion agradecida les tribute el culto, y la veneracion correspondiente en la serie dilatada de tantos siglos como corren desde los principios de la Ley antigua hasta el presente. Siendo, pues, preciso, cuando se trata de cada uno de estos siete zelosos operarios del Padre de familias, referir las Actas que son comunes á todos hasta su separacion por diferentes pueblos de la Península, nos ha parecido conveniente para evitar una misma repeticion, remitir al Lector al dia 15 de Mayo donde se trata del caracter de todos siete, de su mision á España por San Pedro y San Pablo, de su entrada en ella, de su llegada á Guadix, y del estupendo prodigio, que fué el motivo para que recibiese aquel Pueblo la fé de Jesucristo.

Quedó San Torcuato por obispo de Guadix cuidando de aquella recién plantada Iglesia, y dirigiéndose sus ilustres compañeros por diferentes pueblos del reino á egercer el destino de su mision apostólica, se presentó Eufrasio en Iliguri Ciudad populosa por entonces de Andalucía, conocida hoy con el nombre de Andujar en el obispado de Jaen. Luego que entró en aquel pueblo se vió rodeado de un crecido número de Gentiles, y habiendo recibido el don de lenguas (como se

debe creer que era comun á los hombres Apostólicos) habló á toda la muchedumbre con zelosísima elocuencia sobre la risible vanidad de las mentidas deidades, haciéndoles palpable la imposibilidad de muchos Dioses. Hízoles ver con enerjía la necesidad que tenian los hombres de creer, que no habia, ni podia haber mas que un solo Dios verdadero, y que éste era el criador del cielo, y de la tierra á quien reconocian por tal los cristianos: en fin les esplicó con tanta elevacion y claridad las verdades esenciales de nuestra religion, que convencidos muchos paganos de la santidad de la celestial doctrina que predicaba; cuya verdad confirmaba con no pocos prodigios, conociend-á su vista los crasos errores de la engañosa idolatria, abrazaron la fé, y pidieron el bautismo. Un suceso tan pronto como feliz encendió mas y mas el zelo del ilustre operario del padre de familias; y redoblando su infatigable fervor, congregó en breve tiempo un rebaño crecido para Jesucristo.

Viendo Eufrasio los progresos de la religion en Iliguri, quiso dilatar sus conquistas por otros pueblos, y ciudades de la Peninsula. Predicó en efecto, segun nos dicen varios escritores, en Baeza y Calsona, dos populosas Ciudades de Andalucía, sita ésta á tres leguas de aquella, y una de Linares, como lo denotan las ruinas antiguas; y habiendo cogido en ellas el abundante fruto facil de esperar del ardiente zelo, y de los asombrosos prodigios con que confirmó su doctrina, nombró Obispos en los mismos pueblos para que se interesasen en el cultivo y la conservacion de aquellas iglesias, cuyas sillas episcopales duraron hasta el tiempo del Rey Don Alonso llamado el Esperador, quien habiendo ganado todos aquellos pueblos del poder de los Moros las unió á la de Jaen.

Aunque Eufrasio predicó en los pueblos dichos, y en otros de Andalucía á imitacion de los Apóstoles, que teniendo á su cargo las iglesias donde fijaron sus Cátedras, hicieron sus predicaciones en otras diferentes, impelidos del ardiente zelo por dilatar el Reino de Jesucristo; con todo gastó la mayor parte del tiempo en cultivar la viña que le tocó por suerte; donde ademas de surtir á su rebaño con el abundante pasto de la palabra de Dios, le enseñó el modo de celebrar los oficios, y sacrificios divinos segun la enseñanza que hubo de los mismos Apóstoles, erigiéndoles oratorio, ó templo segun la costumbre que observaban los fieles en los primitivos siglos de la Iglesia, en los que sufrían las mas violentas persecuciones.

Dícese que continuó Eufrasio en el ejercicio de sus funciones apostólicas por espacio de doce años, hasta que ofendidos los gentiles de las conquistas que hacia para Jesucristo, de los muchos paganos que desertaban cada dia de sus necias supersticiones, maquinaron contra su vida; y con efecto le dieron muerte en el dia 14 de Enero, valién-

dose de la cruel persecucion que movió contra la Iglesia el Emperador Neron. Algunos escriben que fué degollado el ilustre mártir; pero aunque no nos consta con certeza los géneros de tormentos que le hicieron padecer, se cree serian de los mas crueles, siguiendo los idólatras la idea de cebar su saña con mayor furor en los Gefes de los cristianos; persuadiéndose que les seria mas fácil reducir á los subditos al culto de sus falsos Dioses con el escarmiento de las muertes inhumanas que daban á los pastores.

Luego que triunfó el esforzado militar de Jesucristo de los enemigos de la fé, dieron sepultura los cristianos á su venerable cadaver de su santo pastor en Iliguri, ó Andujar, donde se conservó mas de 600 años en una ermita fuera de la Ciudad hácia la parte Oriental; sobre cuyo sepulcro hizo labrar despues en honor del Santo un magnifico templo el rey Godo Sisebuto, en el cual se tuvieron las santas reliquias en grande veneracion hasta la irrupcion de los Moros en España, que temerosos los cristianos de su profanacion por los Bárbaros, las trasladaron al reino de Galicia, depositándolas en la Iglesia parroquial de Baldemao perteneciente al monasterio de S. Julian de Samos del orden de San Benito en el obispado de Lugo. Sentia Andujar, luego que cesó la hostilidad de los Agarenos, verse desposeida del precioso tesoro de su primer obispo, en fuerza de lo cual representó la ciudad al rey Don Felipe II, el derecho que tenia para pedir el cuerpo ó á lo menos alguna reliquia del Santo Patrono: y conociendo S. M. la justicia de su súplica, mandó por su real orden de 26 de Enero del año 1596 al Abad de Samos, Fray Diego de Ledesma, y al general Benedictino Fray Pablo Bomba, que entregasen á la ciudad de Andujar alguna reliquia del Santo. Diéronla en efecto un hueso del brazo de aquel ilustre pastor, y habiéndolo recibido con suma alegría la depositaron en el convento del orden de la santísima Trinidad, donde es tenido en grande veneracion; y Dios se digna obrar por la intercesion de su fidelísimo siervo muchos prodigios. No dudaron los de Andujar la obligacion que tenian de celebrar la festividad de su inclito patrono y Santo obispo; bajo cuyo supuesto en el Sinodo diocesano que celebró Don Raltasar de Moscoso y Sandoval prelado de aquella Iglesia en el año 1624, se mandó que se celebrase la fiesta del Santo con oficio particular en toda la Diócesis en el dia 15 de Mayo, como se ejecuta con la mayor solemnidad.

DIA XXI.

San Fructuoso obispo de Tarragona.

AUNQUE de San Fructuoso uno de los Obispos mas célebres que han florecido en la Iglesia de España no nos consta cosa cierta en orden á su Patria, sus Padres, ni primera educacion; porque los Escritores de sus Actas solo nos dicen de su glorioso martirio: con todo, por la dignidad á que fue elevado en los primeros siglos de la Iglesia, en que solo atendian los cristianos al mérito personal de los obispos para elegirles en tan alto ministerio, podemos inferir la pureza de la fé, y la justificacion de la conducta de este Héroe verdaderamente digno de los mayores elogios.

Movieron los Emperadores Valeriano, y Galieno contra la Iglesia una de las mas crueles persecuciones que padeció en tiempo de los gentiles; pero no satisfecho su implacable furor con que fuese Roma el teatro mas sangriento donde se sacrificaban cada dia innumerables víctimas de inocentes cristianos, sin otra causa que la de no rendir sacrílegas adoraciones á las vanas estatuas representativas de Deidades quiméricas, despacharon por todas las Provincias del Imperio Ministros autorizados con el titulo de Presidentes ó de Gobernadores, con el impio designio de extinguir si pudiesen el cristianismo. Vino á España por Gobernador de la provincia de Tarragona Emiliano, hombre de condicion cruel, empeñado como el que mas de los paganos en sostener á toda costa el culto de los Dioses Romanos: y apenas llegó á aquella ciudad, que era la Capital de su departamento, hizo publicar los acostumbrados bandos por los que se prevenia á todos los vasallos del Imperio, que ofreciesen sacrificios á los Idolos so pena de padecer los tormentos mas crueles.

Supo este tirano los progresos que hacia en la religion cristiana el obispo Fructuoso con sus dos Diáconos Eulogio, y Augurio, y graduando sus procedimientos por un desprecio criminalísimo de los Príncipes del mundo, dió orden á sus Ministros Aurelio, Festucio, Helfo, y Polencio para que pusiesen en prision inmediatamente al venerable Prelado. Llegaron á la casa de Fructuoso un domingo, en tiempo que se habia retirado á descansar, concluida la liturgia salmodia, y mística, esto es, los officios, y sacrificios divinos acostumbrados en semejantes dias entre los fieles: y sintiendo el estrépito de los Emisarios que venian en su busca, el ilustre Prelado, salió á reci-

birlos descalzo, y les saludó con la mas atenta cortesanía. Quedaron atónitos los Ministros al ver la serenidad, la mansedumbre, y la dulzura del Santo, y notificándole el orden del Gobernador, les pidió permiso para ponerse el calzado. Diéronselo con efecto; pero como sus deseos no eran otros que aspirar á la gloria del martirio, partió con los Emisarios acompañado de sus dos Diáconos á ofrecerse víctima al Señor, á quien suplicaron se dignase recibir el sacrificio de sus vidas.

Pusieron en la cárcel pública á los tres ilustres Héroe de la religion cristiana, y manteniéndose en ella por espacio de seis dias, no cesaron los fieles de concurrir por el dia, y por la noche á ver á su santo prelado; que renovando su zelo verdaderamente apostólico en aquella ocasion, animaba á todos los cristianos á que se mantuviesen constantes en la fe sin temor de los tormentos transitorios de los enemigos de ella, que era á cuanto podia estenderse el poder, y las facultades de todos los paganos. Mandó Emiliano que se presentasen los tres reos á su tribunal en el viernes inmediato al domingo de su prision, y dando principio al interrogatorio usado en estos casos, les preguntó: *¿Habeis oido lo que tienen mandado los Emperadores romanos? Yo lo ignoro*, respondió Fructuoso, *pues soy cristiano. Los Principes del mundo*, continuó el Gobernador, *tienen mandado que todos los vasallos de sus dominios tributen culto á los dioses romanos: pues yo solo le doy*, contestó el santo, *al único Dios verdadero, criador del cielo, y de la tierra. Sabeis que hay dioses*, siguió el Tirano? y respondiendo Fructuoso que ignoraba hubiese muchos Dioses, le amenazó con que despues lo sabia.

Concluido este pasaje, quedó el santo Prelado en una agradable suspension orando dentro de sí, y convertido Emiliano á Eulogio, le preguntó: *¿Y tú á quien das culto? ¿por ventura á Fructuoso? Yo no le doy á este*, respondió el santo Diácono, *sino al mismo Dios omnipotente á quien le da Fructuoso*: lo que contestó Augurio reconvenido con igual pregunta.

Conoció el Gobernador por el interrogatorio la invencible constancia de los tres valientes militares de Jesucristo, y pareciéndole que para obligar á unos hombres de aquel caracter, tendria mas eficacia la suavidad que la fuerza, se valió de todos los artificios que pudo sugerirle una aparente ficcion, ofreciéndoles ventajosas promesas con tal que obedeciesen los edictos impénciales; pero el horror que les causó la impiedad á que queria preciarles, y la heroica constancia con que se negaron á cometerla, redobló la furia, y la crueldad del Tirano en términos, que pareciéndole que tardaba en castigar su osadia, pronunció la sentencia siguiente: *Mando, que Fructuoso, Eulogio, y Augurio sean quemados vivos, porque resisten prestar sacrificio á nuestros Dioses.*

No alteró la inicua providencia la tranquilidad de los tres santos, antes bien llenos sus corazones de un extraordinario gozo, lo manifestaron en sus semblantes considerarse dignos de padecer por amor de Jesucristo. Como Fructuoso era tan amado de todos por la justificación de su conducta, se lamentaban de su injusta muerte no solo los cristianos sino los mismos Gentiles. Quisieron los fieles cuando lo llevaban al suplicio suministrarle algun confortativo; pero como el santo era tan observante de la abstinencia en los dias de ayuno, como lo era aquel viernes, en los que no acostumbraban los primitivos cristianos tomar alimento hasta la hora de nona, rehusó tomar la bebida aromática que le ofrecian, diciéndoles, que no era tiempo de quebrantar el ayuno. Llegaron los tres ilustres confesores al anfiteatro, donde estaba preparado el fuego para el sacrificio, y suplicando al santo Prelado cierto cristiano llamado Felix que se acordase de él cuando estuviese en la presencia de Dios, le contestó: que tenia en su mente toda la Iglesia dilatada desde el Oriente hasta el Occidente; cuya admirable respuesta celebró el padre San Agustín en un panegirico de los gloriosos Mártires, con el elogio de que á ninguno esceptúa el que ora universalmente por todos.

Crecia el llanto de los cristianos cuanto mas se acercaban los instantes del injusto suplicio de su venerable padre, y queriendo este templar el dolor, y la pena de su amado rebaño, les profetizó, que jamas les faltaria pastor católico que mirase por su grey, cuyo vaticinio se cumplió literalmente. Arrodilláronse los tres Héroes sobre la leña de la hoguera que ya principiaba á arder, y abrasando el fuego los cordeles con que tenian amarradas las manos antes que hiciese su efecto en los venerables cuerpos, estendiendo los brazos los santos en forma de cruz, se mantenian en esta postura de inmolacion entre las llamas, fijos los ojos en el cielo, alabando, y bendiciendo al Señor con la misma alegría que Ananias, Azarías, y Misaél en el horno de Babilonia. Bien acreditó Dios en todo el tiempo que conservó sin lesion á sus siervos, que su infinito poder podria librarlos del incendio cuando así fuese su voluntad; pero como esta era la de aceptar el sacrificio de aquellas víctimas agradables probadas por el fuego, y encontradas sin mancha, permitió que quedasen reducidas á cenizas en el dia 21 de enero del año 262.

No tardó el Omnipotente en manifestar la gloria de los ilustres mártires con portentosas maravillas: en el momento que espiraron, estando viendo el lastimoso espectáculo Babylon, y Migdonio familiares del Gobernador con una hija de este, vieron subir á los cielos las almas de los tres santos conducidas por los ángeles. Dieron noticia á Emiliano para que viese esta dicha, pero el Señor no quiso que fuese testigo de aquella felicidad en pena de su injusto atentado.

Concurrieron los cristianos por la noche al lugar del suplicio ansiosos de recoger las reliquias de los venerables mártires, y llevando cada uno las que pudieron haber, se les apareció San Fructuoso, y les mandó, que recogiénolas todas, las colocasen juntas en un depósito; lo que hicieron prontamente en casa de cierto cristiano llamado Rogaciano, refiriendo cada uno la vision que habia tenido del santo llenos de extraordinaria alegría. Tambien aparecieron los tres gloriosos Mártires al séptimo dia de su pasion á Emiliano, y reprehendiendo su abominable ceguedad, le dieron á entender lo en vano que se habia fatigado en darles muerte corporal, cuando sus almas gozaban de la vision beatífica; de la que estaban privados los idólatras miserablemente engañados por el demonio en los cultos, y en las ridículas supersticiones que le tributaban en las estatuas bajo el velo de quiméricas deidades.

DIA XXII.

San Vicente, Oroncio, y Victor mártires.

VISEABA el Emperador Diocleciano el aumento de su imperio al mismo tiempo que hacerse memorable en los siglos venideros: para lo cual le pareció necesario tener propicios, y favorables á los dioses Romanos. Ofreciales grandes, y solemnes sacrificios, y ansioso de explorar su voluntad, les consultaba muy de ordinario; pero habiéndose detenido un ídolo fomoso en contestar á sus solicitudes, al fin, le manifestó por medio de un sacerdote pagano, que el motivo de no responderle siempre que era consultado, era el de haber muchos justos en el imperio. Quiso saber el supersticioso Príncipe quienes eran estos que con el nombre de tales vivian en sus dominios, y habiendo entendido que eran los cristianos, preponderando en su perverso corazon mas la satisfaccion que apetecia de sus falsos oráculos, que la justicia que ellos mismos publicaban de los inocentes fieles, resolvió perseguirlos con la inhumanidad propia de su impío carácter; pero no satisfecho con que en su corte se hiciesen cada dia formidables estragos nombró ministros de brutal condicion en todas las provincias de su dominacion, á fin de que llevasen adelante sus inicuas intenciones. Vino á España por gobernador de la provincia de Tarragona Daciano uno de los monstruos mas fieros que vomitó el abismo para poner en ejecucion los injustos decretos de sus principales, y conociendo que por sí solo no era bastante para cumplir segun queria las órdenes de aque-

llos, nombró Vicarios, ó subdelegados pécimos en diferentes pueblos de la comprehension de su departamento. para que contribuyesen al fin de su venida; de cuya clase fue uno Rufino varon consular, que fijó su residencia en el Castillo, ó fortaleza de Granalles cerca de Gerona, ciudad antigua en el principado de Cataluña.

En esta desgraciada época en que se dejó ver la provincia de Tarragona un lastimoso teatro donde se representaban cada día las escenas mas sangrientas, vinieron de Italia á España dos ilustres jóvenes naturales de Cimela, llamados Vicente y Oroncio, ambos profesores de la religion Cristiana. Llegaron al territorio de Gerona, y encontraron entre las concavidades de unas piedras á el obispo Poncio, que se habia retirado al desierto huyendo de las crueldades de Rufino, donde se ocupaba con algunos cristianos en divinas alabanzas, y en pedir á Dios auxilio en aquellas calamitosas circunstancias. Distinguiase entre todos un Diácono de Poncio varon de eminente virtud, muy conocido por su prodigiosa vida, y por la ardiente caridad con que asistia á los afligidos fieles, que se vieron en la indispensable precision de ausentarse á los páramos por no poder tener descanso alguno en las poblaciones; y esmerándose sobre todo en la piadosa costumbre de hospedar á los pobres peregrinos, recibió en esta clase á los dos célebres Italianos. Conoció por su trato la pureza de su fe, no menos que el ardiente deseo que tenian de padecer martirio; y creyendo todos tres que el medio mas eficaz para lograr esta dicha era el de hacer ostentacion pública de su profesion; reunidos en unos mismos sentimientos comenzaron á ilustrar á todos los habitantes de aquella Region con la luz del santo Evangelio sin temor de las hostilidades genélicas.

Supo Rufino los progresos que hacian en la religion los tres esforzados militares de Jesucristo, y graduando sus procedimientos por un notorio desprecio de los edictos Imperiales, se arrojó como un leon enfurecido al hospicio de Victor, en tiempo que Vicente, y Oroncio habian salido de él á orar en un monte. Sintió no hallar á los dos ilustres extranjeros en el hospicio; pero no pudiendo contener la indignacion dentro del pecho, habló á Victor de esta suerte: *Di, infidelísimo á los dioses, ¿tú que no contento con despreciar los mandatos de los príncipes del mundo, y de confesarte siervo de aquel á quien crucificaron los judios, recibiste en tu hospicio á ciertos seductores del público? di, ¿donde ocultaste á estos malvados? maniféstalos inmediatamente; pues te aseguro, que cuando no los descubras, he de hacer que padezcas los tormentos mas crueles.* Procuró Victor sosegar la cólera del tirano, haciéndole ver, que los que llamaba seductores eran unos sujetos de honor, fieles observantes de las leyes divinas, en cuyo cumplimiento adoraban al Dios verdadero, y á su unigénito Hijo Jesucristo, los cua-

les habían salido á hacer oracion á un monte poco distante de su casa.

Marchó Rufino sin detenerse un instante en busca de Vicente, y Oroncio. Viéronle estos venir con toda su comitiva, y creyendo que ya había llegado el tiempo de ofrecer al Señor el sacrificio de sus vidas, le rogaron que se dignase darles valor y fortaleza para combatir con un enemigo tan cruel, cuyos estragos tenían dado testimonio de su barbarie. Mandóles el tirano bajar del monte prontamente, y queriéndoles sorprender, luego que se presentaron, les dijo: *Público y notorio es, que los augustos Emperadores me han concedido facultad para que persiga á todo aquel que confiese por Dios á Jesucristo, y así os omonesto: Que siendo vosotros nobles, y sabios segun estoy informado, no olvidandoos de vuestro ilustre nacimiento, sacrificueis á nuestros Dioses, en lo que os aseguro, que hareis el mayor obsequio á los príncipes del mundo. ¿Porqué procuras, respondieron ambos, obligarnos á una accion tan sacrílega, cuando los que llamas Dioses son unas vanas estatuas representativas de Deidades quiméricas, cuya cualidad solo puede atribuirles una necia ceguedad, como es la que ocupa el entendimiento de los Gentiles? Nosotros únicamente adoramos por verdadero Dios al único criador del cielo y de la tierra, y de todas las cosas visibles é invisibles; el que tiene poder para conducirnos á una eterna felicidad en compañía de los bienaventurados.*

No teniendo Rufino razones con que satisfacer á tan concisa como sabia respuesta, tomó el arbitrio de despreciar á los dos héroes, diciéndoles: *Yo creía que hablaba con algunos sugetos inteligentes; pero ahora noto vuestra ignorancia, y así os mando, que ofrezcais sacrificio á los Dioses á quienes venera por tales nuestro Emperador Diocleciano; pues de lo contrario os haré sufrir una muerte afrentosa.* No contestaron Vicente ni Oroncio á la amenaza, quedándose en una agradable suspension, en vista de la cual les reconvinó el tirano: *Qué pensais dentro de vosotros mismos, resolved inmediatamente sobre lo que os propongo;* pero reiterando los ilustres jóvenes la misma confesion que tenían hecha, apurado todo el sufrimiento de Rufino al considerar su inalterable constancia, mandó que fuesen decapitados inmediatamente, lo que se ejecutó sin dilacion por los paganos.

Supo Victor el glorioso triunfo de los dos mártires, y ocultando sus cuerpos en su mismo aposento, pasaba en oracion la mayor parte del dia y la noche á presencia de aquellos venerables cadáveres. Manifestóle el obispo Poncio, que era voluntad de su Dios que los trasladase á Italia; pero luego que llegó á entender Rufino que disponia el Santo Dácono lo necesario para la traslacion, siendo como era su ánimo impedir el que pudieran los cristianos tributarles la veneracion debida, mandó á sus ministros que prendiesen á Victor, y que lo condujesen

á su tribunal. Fueron ejecutadas sus órdenes con la mayor puntualidad; y queriendo obligarle á que sacrificase á los idolos, se valió de las mas terribles amenazas en caso de que se resistiese; pero el horror que causaba al esforzado Diacono la impiedad á que solicitaba precisarle, y la heroica constancia con que se negó á contestarla, redobló la furia y la crueldad del bárbaro Juez en términos, que lleno de un furor extraordinario, providenció que le cortasen la cabeza y los brazos en el mismo lugar donde fueron degollados Vicente y Oroncio.

Viendo el Padre de Victor la sangre derramada de su amado hijo, quiso huir de la furia de Rufino; pero le detuvo su muger Aquilina esforzándolo con un valor excesivo á la fragilidad de su sexo á que se mantuviesen ambos constantes en la fe de Jesucristo para merecer la dicha de aquel á quien dieron el ser, cuyo glorioso triunfo tenian á la vista. Ejecutáronlo así ambos, y ofendido el tirano de la constancia, y de la fortaleza con que siguieron los pasos de los difuntos, dando orden para que los degollasen, se retiró á Gerona lleno de confusion al verse vencido por aquella ilustre comitiva.

Luego que gozó de paz la Iglesia, puso en ejecucion cierto cristiano llamado Autor la revelacion hecha al obispo Poncio sobre la traslacion de los cuerpos de Oroncio y Vicente á Italia; pero al llegar las venerables reliquias á un lugar de los Alpes llamado Ebreduno, se quedaron inmóviles los bueyes que conducian el carro. Diéron aviso al obispo Marcelo que lo era de aquel territorio de lo ocurrido. Informose aquel prelado con este motivo del glorioso martirio de los santos, y conociendo por la inmovilidad de los animales que era voluntad de Dios el que allí se quedasen las santas reliquias, dando al Señor repelidas gracias porque se dignaba enriquecer á su Diócesis con tan precioso tesoro, los depositó en Ebreduno con asistencia de muchos clerigos, monges, y vecinos de la comarca que concurrieron á solemnizar aquel acto con demostraciones festivas.

No se olvidó Gerona del glorioso triunfo de los tres ilustres mártires de Jesu-Cristó, y en reconocimiento de haber regado con su sangre aquel territorio, determinó su Cabildo Eclesiastico en el dia 6 de Junio del año 1522, que se celebrase perpetuamente la fiesta de los Santos cómo hasta hoy se ejecuta con toda solemnidad.

DIA XXIII.

San Anastasio y compañeros mártires.

UNO de los mas ilustres mártires de Jesucristo que testificaron con su sangre las infalibles verdades de nuestra Santa Religion fue San Anas-

tasio natural de Lerida Ciudad del Principado de Calaluña. Siguió este en su juventud la carrera militar en una de las legiones que tenían los Romanos en España; pero conociendo la vanidad de los honores á que aspira la profesion de las armas, resolvió en lo mas florido de sus años alistarse bajo las banderas de la milicia de Jesucristo, en la que son los premios mas seguros.

Movieron los Emperadores Diocleciano, y Maximiano contra la Iglesia aquella tan sangrienta persecucion que nos refiere la Historia Eclesiástica en principios del siglo IV. en la que puede decirse, que corrian arroyos de sangre por todos los pueblos del imperio Romano á fuerza de los enormes castigos que hacian los paganos en los inocentes fieles. Llegó esta terrible tempestad á España con tanta violencia, y con tal rigor, que en pocos meses murieron un crecidísimo número de mártires sacrificados al furor de Daciano Gobernador de la Provincia de Tarragona, uno de los Ministros mas bárbaros que nombraron los Emperadores dichos para llevar adelante sus impías intenciones. Dejó esta fiera vestida en el exterior de la carne humana horrosas señales de su inhumanidad en todos los pueblos por donde hizo tránsito, y habiendo sabido luego que se presentó en Tarragona los progresos que el famoso soldado Anastasio hacia en la religion cristiana, estimándolos por un notorio desprecio de los edictos Imperiales, mandó á sus ministros que lo condujesen preso á aquella Capital, que era donde tenían su residencia los gobernadores de la provincia.

Quiso Daciano probar la constancia del esforzado militar con ventajosas promesas, y con terribles amenazas para obligarle á que sacrificase á los Dioses romanos; pero viendo que de nada aprovechaban todos sus arbitrios, dió orden para que lo pusiesen en un oscuro calabozo cargado de pesadas cadenas, con ánimo de que perdiese la vida á fuerza de los trabajos, y de las miserias de una prision dilatada; cuya idea adoptaron muchos tiranos por no padecer la vergonzosa confusion de verse vencidos de los ilustres Mártires puestos en cuestion de tormentos, como lo espermentaban cada dia á pesar de sus diabólicas invenciones. Entró Anastasio lleno de alegría en la tenebrosa cárcel, donde pusieron á su valor en las mas terribles pruebas la intolerable hediondez, la densa obscuridad del calabozo, la hambre, la sed, y otras innumerables penalidades; pero como sus deseos no eran otros que sacrificar su vida por amor de Jesucristo, sufrió todas aquellas incomodidades no solo con inalterable paciencia, sino con un gozo extraordinario como si pasára una vida deliciosa: es verdad que el Señor que cuida de sus siervos, templó las amarguras del ilustre jóven con la abundancia de los interiores consuelos que derramó sobre su dichosa alma.

Supo el bárbaro Gobernador que en lugar de abatir la fortaleza de Anastasio la dureza de la prision, le daba mayor aliento para declamar contra las ridiculas supersticiones del gentilismo, y queriendo vengarse de aquel militar que así despreciaba los decretos de los Principes del mundo, dió orden para que lo llevasen á Barcelona cargado de cadenas. Intentó en aquella ciudad con nuevo empeño precísarle á que ofreciese sacrificio á los dioses romanos; pero la héroica constancia con que se negó á cometer una impiedad tan execrable, enfureció de tal suerte á Daciano, que mandó llevarlo inmediatamente á un pueblo inmediato llamado Badalona, donde le decapitasen con otros setenta confesores de Jesucristo; cuya inicua providencia se ejecutó en el dia veinte y tres de Enero en principios del siglo IV. logrando todos por este medio la apetecida corona del martirio.

DIA XXIV.

EN este dia se celebra en la villa de Odon, distante tres leguas de la Corte de Madrid, la fiesta de San Babilás, ó Babilés segun le nombran los naturales del mismo pueblo, de quien nos dicen varios escritores de la nacion, que se hallaba obispo de Pamplona en la desgraciada era que cayó aquella capilla del reino de Navarra en poder de los Mahometanos; y viendo el ilustre Prelado la destruccion de su Iglesia, y el furor con que perseguian los bárbaros á todos los Sacerdotes, determinó retirarse á Toledo, donde supo que permitian los Moros á los cristianos Mozárabes, esto es, mezclados con los Arabes, el uso libre de su Religion á espensas de los crecidos tributos que quisieron imponerles. Vivió algun tiempo en la ciudad regia, de la que pasó á la villa de Odon con dos hermanos que le acompañaban, donde eligió para su habitacion una Ermita poco distante del pueblo, en la que soltando las riendas á su fervor, se entregó á los rigores de una penitencia sin limites, pasando en oracion los dias y las noches. Esparecióse la fama del célebre hermitaño por toda la comarca; y atraídos del buen olor de su eminente virtud una multitud de gentes, concurren á ver y tratar aquel prodigio de la divina gracia. Recibíalas en Odon con la mayor benignidad, é instruyéndolas en el camino del cielo, y consolando á todos en sus trabajos, los despedia llenos de consuelo. Movieron estos hechos á muchos cristianos Mozárabes á enviar á sus hijos á la escuela de tan santo maestro para que les enseñase los rudimentos literarios y la doctrina cristiana; y no desdeñándose el ilustre Prelado de estos oficios piadosos, los practi-

caba con una entrañable caridad, y con una paciencia inalterable, ansioso de imprimir en los tiernos corazones de los niños las máximas de nuestra santa religion para que no se dejasen seducir de los Africanos. Supieron estos la ocupacion de Babilés, y ofendidos de su enseñanza, se echaron sobre su escuela con un furor extraordinario; pero no satisfechos con haberle llenado de injurias y de desprecios, le dieron muerte con sus dos hermanos y ochenta niños cristianos en el día 30 de Octubre del año 815; desde cuyo tiempo se le tributa el culto debido como á uno de los insignes mártires de Jesucristo: confirmandolo asi la tradicion constante de la villa de Odon que le celebra como santo propio en una ermita de su advocacion no distante del mismo pueblo; por cuya razon infieren los escritores nacionales que este Héroe español es distinto de otro San Babilés obispo de Antioquia con quien muchos le confunden, el que floreció en el tercer siglo, y padeció martirio en tiempo de la sangrienta persecucion que suscitó el emperador Decio contra la Iglesia.

DIA XXVI.

EN este día se celebra en el monasterio de San Estevan de Rivas del Sil del orden de San Benito en el reino de Galicia, la memoria de San Asurio, Gonzalo, Osorio, Froalengo, Servando, Pelayo, Atanulfo y Alfonso, ilustres prelados de diferentes Iglesias de España; que habiendo renunciado las dignidades episcopales, se retiraron al espresado monasterio, floreciente por entonces en el primitivo fervor de la observancia regular, con el noble objeto de dedicarse enteramente al servicio del Señor libres de los cuidados del siglo. Hicieron en aquella ilustre casa una vida portentosa y tuvieron la dicha por sus heroicas virtudes de morir en opinion de Santos, la que quiso el señor acreditar por medio de los muchos milagros que se dignó obrar por la intercesion de sus siervos fidelísimos, á cuyos venerables cuerpos dieron los monges sepultura con separacion en el claustro con sus respectivos epitafios; pero juntando todas las santas reliquias de estos insignes obispos Don Alonso Pernas en la reedificacion que hizo de aquel monasterio, las trasladó en el año 1575 al altar mayor, permaneciendo unidas hasta que interesándose despues en el de 1594 Fray Victor de Nágera en el adorno del Templo de la misma casa, las estrajo del arca de madera antigua, y las colocó separadamente en los nuevos sepulcros que hizo labrar á los lados de la misma Ara mayor, donde se conservan en grande veneracion, y tienen su respectiva lámpara cada uno.

DIA XXVII.

S. Emerio Abad de Bañoles.

SAN Emerio, á quien los catalanes llaman en su idioma San Mer, uno de los Abades mas célebres que han florecido en la religion benedictina, nació en el reino de Francia en el siglo VIII de la Iglesia. Fueron sus padres Baudilio, ó Baldilon, y Cándida, que si bien ilustres por su calificada nobleza, eran mucho mas distinguidos por sus virtudes cristianas, los cuales vivian con la pena de no tener sucesion en los muchos años que llevaban de matrimonio. Recurrieron al Señor con fervorosas oraciones, y religiosos votos á fin de que se dignase concederles fruto de bendicion, valiéndose para conseguirlo de la poderosa mediacion de la Santísima Virgen: y oidas sus reverentes súplicas, se les apareció un Angel, que despues de alabar sus piadosas devociones, les anunció, que tendrian un hijo verdaderamente grande ante Dios, y ante los hombres. Concibió en efecto Cándida, y en el tiempo de su embarazo tuvo tres sueños en realidad misteriosos. Vió en el primero salir un sarmiento á sus pies, que creciendo con excesiva estension cubria toda la tierra, bajo el cual le pareció que descansaba una hermosa paloma de extraordinaria blancura. Notó en el segundo, que despedia de sí una luz resplandeciente, que cogida por un ángel la conducia hasta el cielo. Y en el tercero advirtió, que la decia la soberana madre de Dios, que habia suplicado á su santísimo Hijo que le concediese el fruto de bendicion deseado.

Llegó el tiempo de dar á luz Cándida á Emerio, cuyo nacimiento causó un extraordinario regocijo en toda su familia; y no perdonando sus padres medio alguno de cuantos pudieran contribuir á darle una educacion tan propia de su piedad como de su ilustre descendencia, no se tardó mucho tiempo en que descubriese el niño presagios nada equivocados de lo que seria en lo futuro. Hízose amable desde la cuna por la dulzura de su natural, por su docilidad, y por su modestia; y sobre todo por su anticipada devocion, sin que se le pudiera dar mayor gusto que llevarlo á los templos, donde se dejaba ver con tanta compostura y con tanto respeto, que parecia su porte cosa sobrenatural.

Quiso su padre aplicarlo á la carrera militar luego que tuvo edad suficiente, por ser aquella profesion comun en las personas de su distinguido nacimiento; pero quedó sorprendido, cuando el ilustre jó-

ven le conjuró por Dios, que no solicitase impedir por este medio sus piadosos designios, dirigidos á dedicarse al servicio del Señor enteramente. Sintió Baudilio en el alma la determinacion de su hijo, creyendo que siguiendo este rumbo perdía el sucesor de su casa, único heredero de su cuantioso patrimonio; pero temiendo Emerio que estos respetos carnales podian obligar á su padre á removerle de la insinuada vocacion, ausentándose de su patria secretamente, se retiró á un desierto con un compañero llamado Patricio, fiel imitador de sus nobles ideas. Parecióle que en la soledad se podia abandonar enteramente á los excesos que le dió su fervor, y á una penitencia sin limites; y siguiendo estos impulsos, redujo todo su estudio á mortificar los sentidos que hasta entonces habia conservado inocentes, y á crucificar su carne, en términos, que renovó con su portentosa vida aquellas espantosas imágenes de penitencia que nos refiere la Historia en los páramos del Oriente, y del Occidente.

Causaban en aquel tiempo los Mahometanos innumerables daños á los cristianos que habitaban en la España Tarraconense, y en la Provincia de Narbona. Clamaron estos al rey Carlos de Francia, bien fuese el Magno, ó Martel, en lo que se diferencian los escritores. Quiso éste corregir semejantes excesos; pero no teniendo los felices sucesos que le prometian el poder de sus armas, y el valor de sus soldados, habiendo recurrido al Cielo para que le favoreciese con su asistencia, le manifestó el Señor que si deseaba conseguir completísimas victorias de los infieles, hiciese que le acompañase en las expediciones su fidelísimo Siervo Emerio, que se hallaba retirado en el desierto. Buscóle Carlos con la mayor diligencia, y le obligó á dejar su amada soledad, para que le siguiese confiado en la promesa divina. No salieron frustradas las esperanzas de aquel Soberano; pues llevando en su compañía tan visible auxilio, consiguió inesperados triunfos de los enemigos de la fé por la poderosa intercesion de aquel, cuyo valimiento confirmó el cielo con estupendos prodigios, memorable entre ellos el siguiente: hallóse el ejército en cierta ocasion en un desierto árido, destituido de todo auxilio humano; murieron muchos soldados de necesidad; y compadecido el piadoso corazón de Emerio de aquella lastimosa degracia, recurrió á Dios con fervorosas oraciones, rogándole que se dignase socorrer la urgencia de los que peleaban por la gloria de su santo nombre. Oyó el Señor con agrado las reverentes súplicas de su Siervo, y por una de aquellas portentosas maravillas de su adorable providencia, abasteció al ejército inmediatamente; pero lo mas asombroso fué, que continuando el Santo sus clamores á fin de que resucitasen todos cuantos murieron de hambre, se verificó así con admiracion de los que presenciaron aquel extraordinario portentoso.

Entró Carlos en Cataluña. y sitió á Carcasona plaza entonces de grande fortaleza, pero pareciéndole dificultosísima la empresa, determinó levantar el sitió despues que la tuvo cercada mucho tiempo. Apeló al cielo Emerio por medio de su acostumbrado recurso de la oracion, y despachada su súplica con la felicidad que siempre, mirando á la ciudad, dijo á Carlos, que entrase en ella bajo el seguro de que no encontraría la menor oposicion, como lo esperiméntó en el abance. Llegó el ejército á la Villa de Vañoles, sita en el obispado de Gerona, donde un Dragon, ó Leon de espantosa fiereza causaba innumerables estragos en toda la comarca. Condolido Emerio de daños tan considerables, se fué al lugar que habitaba la fiera, y quedóse esta á la vista del Santo como un manse cordero, trayéndola á la Villa, hizo que le diesen muerte.

Pareció al siervo de Dios el lago ó lugar donde habitaba la fiera sitió muy proporcionado para la ereccion de un monasterio, por estar retirado de todo comercio humano, y poniendo en ejecucion tan noble pensamiento, con la asistencia de Carlos, dedicó el templo á honor de la santísima Virgen, en quien despues de Dios tenia colocada toda su confianza, y del protomartir San Estevan. Concluido el monasterio, determinó quedarse en él con el objeto de atender únicamente al importante negocio de su eterna salvacion; y aunque sintió Carlos en el alma la separacion del Santo, le fue preciso condescender con sus ruegos, bajo el seguro de que no se olvidaria de encomendarle al Señor. Poblóse inmediatamente aquella illustre casa de muchas personas deseosas de vivir bajo la direccion de tan santo Maestro; y viéndose en la indispensable precision de cargar con el empleo de superior, les prescribió la regla de San Benito floreciente por entonces en el occidente. La nueva dignidad solo sirvió para que mas brillase su eminente santidad, y su grande prudencia: puesto á la frente de todos, comprehendió que era obligacion propia suya ser superior en todo género de virtudes, y fundado en las máximas de que el que gobierna ha de persuadir mas con las obras que con las palabras, su fervor, y su ejemplo eran las lecciones que daba á los monges, los cuales concebían cada dia nuevos deseos de perfeccionarse, viendo que su Santo abad era el primero que siempre iba adelante en todos los ejercicios de la vida religiosa; siendo tan digno de admiracion por su discrecion en el gobierno, como lo era por su profunda humildad y sus extraordinarias penitencias.

Quiso Dios manifestar la santidad de su fidelísimo Siervo con la gracia especial de curaciones, de la que hizo uso en favor de innumerables enfermos; y esparciéndose la fama de este don por todo el Reino de España, fueron tantos los concursos de gentes, que perturbando la tranquilidad que apetecía el venerable Abad para sus devo-

tos ejercicios, tomó la resolución de retirarse secretamente á un espantoso desierto diez leguas distante de su Monasterio, donde resucitó los rigores de los mas famosos Anacoretas.

Envidioso el demonio de los progresos que Emerio hacia en el camino de la perfeccion, movió todas las máquinas que le sugirió su malicia para separarlo de su buen propósito. Pintóle con la mayor viveza los horrores del desierto, y las aflicciones de la vida solitaria. Puso en movimiento todas las armas de la sensualidad, insultándole con las mas torpes representaciones, y con las reveliones de la carne; pero sostenido Emerio de la divina gracia, resistió á todos los ataques del tentador, teniendo el consuelo en los mayores apuros de que se le apareciese un ángel á confortarlo. Libre ya de estos combates, hizo una vida mas angélica que humana en el mismo lugar, donde despues en honor suyo se erigió una iglesia cerca del rio llamado Fragat, sita en el territorio de la parroquia de san Estevan de Guiales en el obispado de Gerona.

Murió por este tiempo el Padre de Emerio, y deseosa Cándida de ver á su amado hijo, vino al desierto donde se hallaba. Fácil es de concebir el gozo que tendrian ambos despues de tan dilatada ausencia; pero como conociese el Santo que interrumpia su madre la serie de sus devotos ejercicios, la rogó encarecidamente que se separase de su compañía, porque su amor le perturbaba dedicarse con quietud á la contemplacion de las grandezas divinas, que era el fuerte de todas sus atenciones. Sintió Cándida aquel despego, y representándole que solo deseaba servir á Dios en su compañía, le persuadió el Santo que lo hiciese separada de él, cuanto distase su báculo. Pareció á la piadosa madre corta la distancia que la señalaba; pero extendiendo el Siervo de Dios el báculo en el suelo, creció considerablemente.

En vista de aquel prodigio se retiró Cándida adonde terminó el báculo, y habiendo pasado santamente el resto de sus dias, murió á fines del siglo VIII. Siguióse despues la muerte de Emerio, aunque los escritores de sus actas no nos dicen el año puntual de su fallecimiento. Dióse sepultura á su venerable cadáver con la solemnidad de funeral que exigía el alto concepto de su eminente santidad; cuyas reliquias hoy se conservan en la parroquia de San Estévan de Guialbes en una capilla magnífica, donde se le tributa el culto correspondiente, y se digna el Señor obrar repetidos milagros por la intercesion de su fidelísimo siervo.

DIA XXVIII.

San Tirso mártir.

Uno de aquellos Héroes del Cristianismo, en quien quiso Dios ostentar su infinito poder para confundir á los gentiles, fué San Tirso, cuya constancia fué al tiempo de su pasion el asombro de los paganos, así como ha sido despues su memoria la admiracion de los siglos. Nació este ilustre y valeroso español en la ciudad de Toledo, segun nos dicen varios escritores, y aunque tuvo la desgracia de ser educado en los errores de la idolatría, convencido su entendimiento por la predicacion de los varones apostólicos que hicieron resonar la voz del evangelio en España, de que no hay salvacion para los hombres fuera de la religion de Jesucristo, resolvió abrazarla detestando las necias supersticiones del gentilismo.

Alistóse Tirso en el número de los catecúmenos con entrañables deseos de instruirse cuanto antes en los infalibles misterios de nuestra santa fe, para recibir el Sacramento del Bautismo. En este estado pasó á Cesarea de Bitinia á la sazón que el Gobernador ó Presidente de aquella provincia llamado Combricio perseguia con la mayor crueldad á los cristianos, en fuerza de los impíos edictos que hizo publicar contra la Iglesia el Emperador Decio, dirigidos á extinguir si pudiese en todos sus dominios la religion y el nombre de Jesucristo. Presenció Tirso el martirio de San Leoncio, y admirado al ver la constancia y la alegría con que sufrió el ilustre mártir los formidables tormentos con que quiso Combricio obligarle á que prestase adoracion á los falsos Dioses; encendido en vivísimos deseos de lograr la misma dicha que aquel, se presentó sin ser citado al Gobernador, y saludándole cortesmente, le habló de esta suerte: *Deseo saber, ó Presidente, si es lícito proponer á los Magistrados lo que parece conveniente acerca de sus mandatos; ó si se deben obedecer ciegamente sin saber la razon que les asiste. A ninguno está esto prohibido, le respondió Combricio, y con especialidad si conduce al bien de la república. ¿Pues qué mayor bien, continuó Tirso, puede haber para los hombres, que el de su eterna felicidad? Y siendo innegable este principio, ¿qué razon te mueve para querer obligarlos á que tributen cultos á unas vanas estatuas, y que lo nieguen al verdadero Dios criador de todas las criaturas?*

Quedó suspenso el Gobernador al oír tan breve como concluyente discurso; pero no pudiendo satisfacerle, dijo á Tirso: *Ya veo que tu*

enfermedad es la misma que la de aquellos que se llaman cristianos: deja esos discursos para que se ventilen en las escuelas por los que están desocupados de los negocios públicos: obedece tú los preceptos de los sumos emperadores, pues de lo contrario haré que padezcas los tormentos mas esquisitos en castigo de tu osadia. ¿Es posible, replicó el ilustre jóven, que siendo vosotros racionales, obreis contra lo que dicta la misma razon, sin consultarla para publicar unos decretos tan injustos? Pero si insistes sin ella en que los obedezca, jamas lo conseguirás, y mucho menos el que me separe de Jesucristo.

Pareció á Combricio que para obligar á un hombre de aquel carácter tendria mas eficacia la blandura que la severidad; y gobernado de esta idea quiso con fingidos alhagos obligarle á que prestase adoracion á los ídolos; pero el horror que le causó la impiedad á que quiso precisarle, y la heroica constancia con que se negó á cometerla, redobló la cólera y la crueldad de aquel Tirano de tal forma, que mandó á sus ministros que atándole de pies y manos con unas fuertes correas, le dislocasen todos sus miembros, y que le arrastrasen por todas las calles de la ciudad. Fueron ejecutadas sus órdenes con la mayor prontitud; pero como el esforzado militar de Jesucristo no manifestase el menor sentimiento en aquel cruel castigo, antes bien una extraordinaria alegría, no pudiendo Combricio contener la indignacion dentro del pecho, dispuso que le quebrasen las piernas á fin de que no pudiese dar paso alguno. No satisfecho con esto, hizo que le arrancasen las pestañas de los ojos con unas agujas agudisimas, para que desfigurado sirviese de espectáculo risible á cuantos lo mirasen. No alteró la tranquilidad del ilustre martir el tropel de semejantes castigos; antes bien lleno de valor, volviéndose al gobernador le dijo: *Vuelve acia mí tu vista, pérfido, pues aunque piensas haberme causado confusion, aseando mi rostro con tan impíos arbitrios, has de saber, que al paso que me deformas en el exterior, se renueva mi interior en el cococimiento de la verdad, y cuanto afeas mi cuerpo, tanto mas hermosa se mi alma Jesucristo.*

Echaba centellas de fuego por los ojos Combricio, viendo la serenidad de Tirso; y queriendo abatir su fortaleza, mandó á los verdugos que le quebrantasen los brazos con unas bolas de metal, de suerte que quedasen péndulos sin movimiento alguno; pero experimentando que de nada aprovechaba este enorme castigo, como ni los precedentes, dispuso, que lo estendiesen sobre una cama de hierro, y amarrado á ella con cadenas bañasen todo su cuerpo con plomo derretido. Oró Tirso en aquella postura de inmolacion, suplicando al Señor que convirtiese aquel tormento contra sus enemigos, á fin de que conociesen el poder y la gloria de su santo nombre; y oida su deprecacion saltó

el plomo contra los mismos verdugos, y otros muchos infieles que asistian al espectáculo, quedando el Santo sin la mas mínima lesion.

A vista de aquel prodigio comenzaron á clamar los Gentiles: *Grande es el Dios de los cristianos*; y llenándose Tirso de alegría al oír estos ecos, dijo á Combricio: *¿Entiendes ya que reina Dios en los Cielos, el que á tu vista obra tan estupendas maravillas?* Parecia regular que conociese el tirano que asistia al ilustre Martir alguna virtud sobrenatural que lo defendia de sus insultos; pero mas terco y mas obstinado en fuerza de su misma confusion, ciego de cólera dijo á sus ministros: *traed unas espadas, y cortad con ellas paulatinamente todos los miembros de este perverso, para que sea mayor, y mas sensible el castigo.* Egecutóse la providencia con la lentitud que el tirano previno; pero haciendo oracion el Santo en medio de aquel bárbaro tormento, se oyó una voz del Cielo que decia: *Confia Tirso que yo soy por quien padeces, mantente firme, que yo te asistiré para que triunfes.* Creyó Combricio que eran sus Dioses los que le hablaban para que les ofreciese sacrificio; mas este concepto le desvaneció un terrible terremoto que ocurrió en el mismo lugar donde estaba sentado, en fuerza del cual cayó en tierra precipitadamente; pero no queriendo darse por vencido, mandó que pusiesen á Tirso en la carcel con orden de conducirlo cargado de prisiones á Nicomedia donde tenia que partirse. Llevaron á Nicomedia al ilustre Confesor en tiempo que vino á aquella Ciudad Silvano, Conde ó Gobernador de todo aquel departamento, al que dieron parte por su oficio de que se hallaba en prision cierto hombre llamado Tirso inobediente á los edictos imperiales. Era aquel bárbaro fiero perseguidor de los cristianos, uno de los mas ciegos protectores del culto de sus ídolos; por lo que no queriendo dilatar el castigo, mandó que presentasen al reo en su tribunal en el siguiente dia.

Deseaba con vivas ansias Tirso recibir el Sacramento del bautismo, y estando á media noche rogando al Señor que le concediese esta dicha, aparecieron en la carcel unos Angeles, que soltándole de las prisiones y abriéndole las puertas como hicieron en otro tiempo con el Príncipe de los Apóstoles, le llevaron al retiro donde se hallaba el obispo de la Ciudad oculto por temor de los gentiles. Tenia ya noticia aquel Prelado de los gloriosos triunfos de Tirso, y queriendo rendirle la veneracion debida, luego que se presentó, lo rehusó el humilde jóven, manifestándole, que el fin de su venida no era otro que el que le concediese el Bautismo. Hizolo el Obispo lleno de alegría; y habiendo recibido con el sagrado crisma aquel valor y aquella constancia de que se forman los Heroes del cristianismo, solicitaba ya con vivas ansias dar al mundo nuevas pruebas de la firmeza de su fé.

Volvió á la prision el Santo asistido de los mismos Angeles, y presentándose al tribunal de Silvano, quiso este proceder en la causa acompañado de Combricio. Leyóse el proceso que se habia formado contra Tirso, y luego que fué oído, le prometió el nuevo Tirano, que si mudaba de religion le honrarián los Emperadores hasta lo sumo, pero si persistia en ella con terquedad, supiese, que los tormentos pasados eran muy ligeros en comparacion de los que le restaban que padecer. *Persuádeme con razon, y no con violencia*, le respondió el Santo: *Dime ¿á qué Dios he de ofrecer sacrificio? Vamos al templo de Apolo*, continuó Silvano, *y allí te diré á quien has de sacrificar*. Creyeron los jueces que con efecto queria el ilustre mancebo ejercer aquel acto en prueba de su reconocimiento; y levantándose ambos del tribunal, lo condujeron ante aquella falsa deidad, á la que le intimaron que sacrificase. Hizo entonces oracion Tirso levantando los ojos al cielo, pero apenas concluyó su súplica, cuando se sintió un espantoso terremoto que llenó de terror á todos los concurrentes; y cayendo en tierra el famoso ídolo hecho mil pedazos, dijo entonces el Santo á los jueces: *Ved el poder de vuestros Dioses á la invocacion del verdadero*.

No es facil explicar la confusion que causó el inopinado suceso en el ánimo de Silvano; pero atribuyendo aquel prodigio á magia y á encantamiento de que eran notados los cristianos por los infieles en la operacion de semejantes maravillas, encendido en una furiosa cólera, mandó que atasen á Tirso con una fuerte cuerda á una carrucha, y que introduciéndole muchas veces de cabeza en una caldera de agua hirviendo, lo azotasen el resto del cuerpo con la mayor crueldad. Hizo oracion el Santo en aquel extraordinario suplicio, y reventándose la caldera con total efusion del agua que contenia, quedó el ilustre Martir sin lesion alguna. Corrido, y avergonzado el tirano á vista de este portentoso, dió orden á sus ministros para que precipitasen al valeroso jóven por uno de los muros de la ciudad, en el que dispuso hubiese una horrible máquina de puntas de hierro agudas hacia arriba; pero al ejecutarse aquel castigo, le libró una mano invisible con admiracion de cuantos asistieron á aquel horroroso espectáculo. No pudiendo ambos Jueces resistir por mas tiempo á tantas maravillas, providenciaron volver á la prision al Santo, de la que fuese conducido á Apamia, á donde tenian que partirse. Quisieron antes reconocer la última resolucion de Tirso, y enterados de su constancia en la fé, dieron orden para que lo llevasen azotandolo hasta la ciudad dicha. Hiciéronlo los verdugos con la mayor crueldad: mas vengado Dios de las enormes injurias hechas á su amado siervo, murieron desgraciadamente Silvano y Combricio al cuarto dia de su llegada á Apamia, conforme lo profetizó el Santo; de cuyos sepulcros

se levantó un incendio tan voraz, que puso á la ciudad en peligro inminente de quedar reducida á cenizas.

Vino á Apamia otro Gobernador ó Presidente llamado Baudio, no inferior en el odio contra los cristianos á sus predecesores. Informóse de todo lo ocurrido, y resumiendo con nuevo ardor la causa, hizo comparecer ante su tribunal á Tirso. *¿Eres tú, le preguntó, el que desobedeces los decretos de los príncipes del mundo, aquel que despreciaste al grande Apolo? Yo soy el mismo, respondió el ilustre jóven, que fundado en razon y en justicia repugno ofrecer sacrificio á las vanas estatuas representativas de quiméricas deidades, y solo le ofrezco al verdadero Dios criador del cielo y de la tierra, y á su unigénito hijo Jesucristo. ¿Piensas, siguió el Tirano, que este tribunal es como los antecedentes, y que los tormentos que providencie han de ser como los pasados? Deja la vana religion que profesas, pues de lo contrario haré que padezcas inauditos castigos. No dudo, respondió Tirso, que cada uno de vosotros procura escederse en la crueldad de sus predecesores; mas este empeño no es capaz de rendir á los que confían en Jesucristo.*

Conoció el presidente por tan valerosa respuesta que perdía el tiempo en querer reducir á Tirso á que prestase adoracion á sus Dioses, y deseando vengar su osadía, mandó que lo arrojasen al mar cosido en un saco para que quedase sumergido en el piélagó. Fueron ejecutadas sus órdenes con la mayor exactitud; pero rompiéndose el saco, apareció el ilustre martir sobre las aguas, conduciéndose por ellas con la mayor serenidad acompañado de ángeles hasta la orilla del mar. Quedaron atónitos los Gentiles á vista de aquel prodigio, dieron aviso al Tirano de lo ocurrido, y queriendo inspeccionarlo por sí, vino donde estaba Tirso, y fué testigo de la estupenda maravilla. Creyó que esta era efecto de las malas artes que usaban los cristianos en el concepto de los Gentiles, bajo cuyo supuesto le dijo: *Grandes á la verdad son tus echizos, pues refrenas al mar, y libras tu vida de tan inminentes peligros; pero yo te aseguro, que no te han de valer los encantos en los nuevos tormentos que discurras. Dime juez inciuo,* le replicó entonces Tirso: *¿Quien de tus Dioses, ó de tus Magos ha obrado hasta ahora el portento de salvar á un hombre de lo profundo del mar, haciendo que ande sobre las aguas como por sólido elemento hasta la orilla acompañado de ángeles?* No dejó el Tirano que prosiguiese el ilustre martir su discurso, y teniendo que partirse á Apolinia, mandó que le llevarán azotándolo á aquella ciudad, donde dió orden para que tuviesen hambrientas á las fieras, á fin de que cebasen su saña con mayor crueldad en el esforzado militar de Jesucristo. Entraron los paganos á Tirso en el anfiteatro, y soltaron las fieras para que lo despedazasen; pero fué tan al contrario, que olvi-

dándose estas de su condicion, se postraron como mansos corderos á los pies del Santo, lamiéndole dulcemente las heridas.

Quedó pasmado Baudo, á la vista de aquel extraordinario prodigio, pero no encontrando medios para resistir á la soberana virtud que defendía á Tirso, mandó que lo volviesen á la cárcel cargado de prisiones. Desvelábase el tirano en discurrir arbitrios para abatir la fortaleza del ilustre jóven, y creyendo que castigándole á presencia de sus Dioses lo conseguiría, hizo convocar á todo el pueblo en el templo de Apolo, donde mandó que lo azotasen los Verdugos con la posible inhumanidad. Oró el Santo en medio de aquel castigo, y se oyeron espantosos truenos que llenaron de susto á todos los concurrentes, en fuerza de los cuales cayeron en tierra todos los famosos idolos que habia en el templo. Entonces dijo Tirso al presidente: ¿Porqué no das la mano á tus Dioses tan vergonzosamente postrados en el suelo? Mira que necesitan de tu ayuda; no los dejes así, para que se mofen de ellos los profesores de la religion de Jesucristo.

Clamaron los gentiles á vista de aquel extraordinario portento, que era grande sin duda el Dios de los cristianos; pero distinguióse entre todos un famoso sacerdote idólatra llamado Calinio, y dirigiéndose á Baudo le habló de esta suerte: *Visto es clarísimo presidente, que un pobre hombre como Tirso gravemente herido ha arrojado en tierra al valeroso príncipe de los Dioses Júpiter, ha convertido en menudos pedazos repetidas veces á Apolo, y ha rendido al invencible Hércules con la misma ignominia sin otras armas que la invocacion del nombre de Jesucristo: y así es preciso que confesemos por verdadero Dios á este Señor superior á los nuestros. ¿Qué novedad es esta, Calinio?* le replico Baudo: *Parece que á tí tambien han engañado los echizos de Tirso,* pero la respuesta del Sacerdote no fué otra que desnudarse de sus insignias, y arrojarlas á los pies del tirano, diciéndole: *Recoge esas vestiduras que afeó el humo del incienso, y manchó la sangre de los horrendos sacrificios: que yo desengañado de los errores que he seguido hasta aquí, detesto y abomino de los quiméricos Dioses que avasalla un hombre humilde, y reconozco por verdadero al que odora Tirso autor de estas estupendas maravillas.*

No hay voces para manifestar el enojo que concibió Baudo oyendo la injenua confesion de uno de los mas famosos Sacerdotes que tenian los idolos, de la que resultaba el mas vergonzoso descrédito de sus mentidas Deidades, al paso que el mayor honor y gloria á Jesucristo; y no pudiendo contener su indignacion, mandó que los Verdugos degollasen inmediatamente á Calinio, quien por el bautismo de su sangre logró el premio de su confesion. Deseaba el bárbaro Presidente dar muerte á Tirso con un modo inaudito; y siguiendo esta idea, dispuso que le encerrasen en una caja de madera bien oprimido, en

cuya disposicion le aserrasen con una sierra miembro por miembro. Cometió la ejecucion de este inhumano castigo á dos fieros ministros llamados Sabino y Victor, que apetecian complacer al Gobernador. Estuvieron estos muchas horas haciendo uso de la sierra; pero impidiendo el Señor el efecto de aquella máquina, no pudieron herir en lo mas mínimo al cuerpo del ilustre mártir, apesar de su obstinada porfia. Levantó entonces Tirso los ojos y las manos al cielo, para dar al Señor las correspondientes gracias por tantos prodigios como se dignó obrar en su defensa para confusion de los gentiles; pero como sus deseos ya no eran otros que de disolverse de los vinculos carnales para unirse con Cristo, rogó al Señor que le concediese esta dicha. Oyó Dios con agrado las súplicas de su siervo, y queriendo premiar sus gloriosos triunfos, lo llevó á disfrutar los inamisibles gozos de su vision beatífica en el día 28 de Enero por los años 252 ó 55.

Luego que subió al cielo la dichosa alma del ilustre mártir, descendió á los abismos la del infeliz Baudo muerto á fuerza de vivísimos dolores mas terribles que la misma muerte, confesando en altas voces, que le atormentaban con aquel intolerable castigo los Angeles, por haber quitado la vida al Justo. Supieron los Fieles el desgraciado fin del tirano; y habiendo concurrido muchos de ellos con el obispo Cesario y un sacerdote llamado Laudocio á tributar los últimos obsequios que prescribe nuestra Santa Religion con los difuntos: embalsamaron con preciosos aromas el cuerpo del Santo, y le dieron sepultura con la veneracion debida á sus relevantes méritos.

Extendióse la fama de los gloriosos triunfos del celebre mártir Tirso por todo el Orbe Cristiano; pero distinguiéndose España en el aprecio, y en la veneracion para con el que estimó siempre por uno de los mas ilustres Héroes que han florecido en la Nacion, erigió en honor suyo diferentes templos en varias Ciudades y Pueblos de la Península, donde ha sido tan antiguo su culto, como se acredita por el oficio Mozárabe segun el órden del padre San Isidoro de Sevilla. Tambien nos dice Antonio Vicente Domenec en la historia de los Santos y Varones ilustres de Cataluña, que en el monasterio de San Esteban de Bañóles sito en el obispado de Gerona se conserva una mano del santo, cuya preciosa reliquia es tenuta en grande veneracion por los Religiosos de aquella ilustre casa.

DIA XXIX.

Santa Radegundis Virgen.

En este dia se hace conmemoracion en el martirologio Romano de Santa Radegundis una de las ilustres Virgenes que han florecido en

España. No nos consta de su patria, padres, ni primera educacion; pero por la grande fama de santidad que ya tenia en su juventud, se puede inferir la conducta en que pasó sus primeros años. Es constante tradicion que abrazó el estado religioso en el monasterio de San Pablo del órden Premostratense sito en la diócesis de Burgos, en el cual fué la última Religiosa; pues habiéndose suprimido por su suma pobreza, se incorporó al de San Miguel de Treviño cerca de Villamayor en el mismo obispado. Encendióse Radegundis en los mas vivos deseos de visitar personalmente los santos lugares que se veneran en Roma regados con la sangre de tantos mártires, y emprendió por devocion aquella laboriosa peregrinacion á pesar de la debilidad de su naturaleza. Satisfizo su devocion, y redoblándola con la visita de aquellos sagrados monumentos, volvió á España enriquecida con muchas preciosas reliquias. Buscaba la ilustre Virgen un retiro donde dedicarse enteramente al servicio del Señor, y animada de este espíritu se encerró en una humilde habitacion que estaba á la parte exterior de la puerta de la Iglesia del de San Miguel, desde donde podia ver por una ventanilla los santos sacrificios que se celebraban en el templo. Negada así Radegundis á todo comercio humano, solo pensó en agrandar á su divino esposo, hallando en su estrecha habitacion los mas dulces atractivos; y reflexionando que el lirio conserva su hermosura intacta entre las espinas, creyó que ella debia conservar el candor de su pureza, consagrada á Dios desde sus mas tiernos años, entre los rigores de la mortificacion. Con esta idea hizo á su inocente cuerpo víctima de las mas asombrosas penitencias, renovando en su persona aquellas espantosas imágenes que nos refiere la historia de los famosos Solitarios del Oriente y del Occidente. No es facil explicar las excesivas austeridades que hizo en aquella clausura: sus ayunos, sus vigiliás, y su oracion casi continua estremecieron al infierno, que lleno de furor al ver las heróicas virtudes de la esforzada jóven heroína de la religion cristiana, no omitió valerse de las mas violentas tentaciones para separarla de su buen propósito; pero solo sirvieron de dar materia para mayores triunfos á la amada esposa de Jesucristo, que anegada en las mas altas contemplaciones de las grandezas divinas y de las verdades eternas, puede decirse con verdad que su vida fué mas angélica que humana; llegando á ser por lo mismo el objeto de la admiracion y de los mas altos elogios de cuantos pudieron tener noticia de la prodigiosa conducta de una criatura tan singular, que solo sostenida de la divina gracia, manifestó al mundo cuanto puede con ella la fragilidad de nuestra naturaleza. Así continuó algunos años mereciendo que el Señor la regalase con esquisitos favores, los que son mas faciles de concebirse que explicarse en una alma abrazada en las llamas del amor divino. Conoció en fin por la debilidad

de sus fuerzas, nacida del rigor de sus mortificaciones, que se acercaba el tiempo de pagar el tributo impuesto á los mortales; y redoblando su fervor, hizo esfuerzos extraordinarios para purificar su inocencia, y abrasada como preciosa víctima en divinos incendios, murió tranquilamente en el día 29 de Enero del año 1152, á los 33 de la fundacion del órden Premostratense, reinando en Castilla Alfonso VI, y rigiendo la cátedra apostolica Eugenio III.

Dióse sepultura al venerable cuerpo de la santa Virgen en la Iglesia de San Miguel de Treviño; mas dignándose el Señor acreditar la gloria de su fidelísima sierva con repelidos milagros, se trasladó del primer depósito á lugar mas decente en el mismo templo para esponerla á la veneracion pública; habiéndose encontrado el cadaver íntegro é incorrupto despues de tantos siglos, despidiendo de sí una fragancia esquisita. Todas estas prodigiosas señales confirmaron mas el alto concepto de santidad que todos tenian de la ilustre Virgen, cuyas reliquias con varios muebles que sirvieron para su uso habiéndose puesto en una preciosa arca, se colocaron en el altar antiguo de San Miguel, donde se tienen en grande veneracion, y concurren á visitarlas en este dia los pueblos de la comarca con aparatos festivos. Tambien se acostumbra concluidas las preces de la solemne procesion del dia, cantar lo Antífona y oracion correspondiente con la espresion del nombre de la santa, en cuyo sepulcro se halla gravado un epitafio espresivo de su estado religioso, y del candor de su pureza.

DIA I DE FEBRERO.

San Cecilio obispo y martir.

Uno de aquellos siete celebérrimos Prelados que enviaron á España los Principes de los apóstoles San Pedro y San Pablo autorizados con el caracter Episcopal para que la ilustrasen con la luz del Evangelio, fue San Cecilio, cuya memoria es, y ha sido célebre en la nacion, y con especialidad en Granada, y en toda su diócesis, desde el primer siglo de la ley de gracia. No nos consta cosa cierta en órden de su patria, padre, ni primera educacion, porque la injuria del tiempo robó á la posteridad estas importantes noticias; pero sabemos que vino á España con San Torcuato, Thesiphonte, Esichio, Eufrasio, Hiscio, y Segundo con el noble objeto de desengañar á los naturales de los crasos errores en que se hallaban por entonces imbuidos, siguiendo las necias supersticiones del gentilismo.

Para evitar la repeticion molesta de las actas, que son comunes á todos los siete illustres obispos, remitimos á el lector á el dia 15 de Mayo, en el que se trata de su caracter, de su mision, y de su entrada en la nacion hasta que llegaron juntos á Guadix, donde á virtud de la portentosa maravilla que obró el Señor en aquella ciudad para recomendar el mérito de estos Emisarios, comenzaron la conquista de los infieles. Quedó Torcuato por obispo en Guadix cuidando del rebaño de Jesucristo, primer fruto de las tareas de todos; y repartiéndose sus seis compañeros por diferentes pueblos de la península, se partió Cecilio á Iliberi, una de las ciudades mas antiguas, y mas famosas por entonces de la Bética ó de la Andalucía, por la que se entiende hoy Granada, donde puede decirse con verdad que estaba por desmontar la viña del Señor, puesto que se hallaba en aquel pueblo numeroso una multitud de paganos tributando culto á los mas torpes simularos bajo el velo de deidades, á quienes ofrecian los sacrificios mas horrendos segun el caracter de los impios oráculos que consultaban en los ídolos. Sintió Cecilio en el alma la ceguedad de aquellas gentes envueltas en las miserables sombras de la muerte por su adhesion á unos ritos tan execrables; y encendido en el mismo fuego con que salieron los apóstoles del cenáculo para la conquista del mundo, comenzó á predicar las infalibles verdades del evangelio con tanto espíritu, y con tanto valor, que desengañados muchos paganos de la preocupacion en que vivian, sujetaron su cerbiz al suave yugo de la ley de Jesucristo. Era el santo obispo uno de los hombres mas célebres en toda clase de erudicion, naturalmente elegante, y acompañadas estas recomendables cualidades con aquellas singulares gracias que el Señor concedió á los varones apostólicos en los principios de la Iglesia para que facilitasen la admision del evangelio en un mundo idólatra, no pudieron resistirse los infieles á sus convincentes sermones. Mucho contribuyó para dar á su predicacion mas eficacia su apostolico desinterés, su afabilidad, su dulzura, y sobre todo la confirmacion de su doctrina con repetidos milagros.

No solo fue la conversion de los gentiles la que debió á la actividad de este celoso operario del Padre de familias. Había en Iliberi gran número de judíos de aquellos que se establecieron en España en su dispersion por todo el orbe, los cuales esperaban como hoy esperan los pèrfidos profesores de su secta al Mesias prometido; y conlido Cecilio de un error tan enorme les manifestó con su acostumbrada erudicion, que todos los oráculos, y todas las profecias del antiguo Testamento tuvieron su cumplimiento literal en la persona de Jesucristo, á quien crucificaron los de su nacion á pesar de los evidentes milagros con que confirmó su divinidad.

Reducidos al verdadero conocimiento no pocos Judíos, y paganos

asi en Iliberi, como en otros pueblos de la comarca donde predicó el ilustre Prelado ansioso de dilatar el Reino de Jesucristo; enseñó á los fieles que habia conquistado el modo de celebrar los oficios, y sacrificios Divinos para que tributasen al Señor el culto, y debidas alabanzas; y estableciendo su Cátedra Episcopal en Iliberi, continuó en el cultivo de aquella viña recién plantada con aquella actividad, y con aquella vigilancia que era propia de su zelo verdaderamente apóstólico, haciendo que floreciese entre aquellos naturales la pureza de la fé con el fervor que tanto elogian los padres en los primitivos cristianos.

Tambien se dice que escribió algunos tratados utilísimos llenos de mucha instruccion no estraña en un hombre tan sábio; pero estos, y otros ilustres hechos que se refieren del Santo en las láminas que se descubrieron en el sacro monte de Granada, no nos atrevemos á sentarlos por ciertos, hasta que el oráculo de la iglesia declare la legitimidad de aquellos monumentos, que se mandaron llevar á Roma para el exámen que exigen las noticias de su clase.

Finalmente ofendidos los Gentiles de las conversiones que cada dia hacia para Jesucristo el celosísimo Prelado de los muchos infieles que desertaban de la idolatría, determinaron darle muerte valiéndose de la oportunidad que para ello les ofreció la cruel persecucion que movió contra la iglesia el Emperador Neron, en la que consiguió la corona del martirio en el dia primero de Febrero. Algunos escritores nos dicen que fué quemado en el monte Ilpulitano, llamado despues Valparaiso, y hoy monte Sacro; pero aunque no nos consta con certeza este género de suplicio, como ni los tormentos que le hicieron padecer sus perseguidores, se cree serian inhumanos, bajo el supuesto de que procedian con mayor crueldad los Gentiles contra los Gefes ó cabezas de los cristianos, persuadiéndose que les seria mas fácil reducir á los súbditos al culto de sus Dioses, intimidándolos con la horrorosa carnicería que ejecutaban con sus prelados.

DIA VII.

San Nivardo confesor.

SAN Nivardo uno de los mas decorosos ornamentos de la reforma del Cister, tan celebrado en España por su prodigiosa vida, como por la fundacion del Monasterio de San Pedro de la Espina sito en Castilla la Vieja, nació en la reducida poblacion de Fontaines Provincia de

Borgoña, y obispado de Langres, de la que eran señores sus padres Tescelino y Aletha, personas ilustres por su nacimiento, pero mucho mas por su piedad. Concedióles el cielo siete hijos, seis varones, y una hembra, de los cuales era el menor Nivardo, á quien como á los demas criaron los religiosos padres sobre el sólido principio del santo temor de Dios, y fomentando con sus zelosas exortaciones y con sus edificantes ejemplos las buenas inclinaciones del ilustre niño, añadió mucho esplendor á su hereditaria nobleza con sus heroicas virtudes.

Era hermano de nuestro Santo San Bernardo, uno de los mas brillantes astros de la Iglesia de Francia, quien habiendo elegido para conservar su inocencia la nueva reforma del Cister, que fundó poco antes el Bienaventurado Roberto Abad de Molesme, llevó consigo á treinta nobles caballeros que conquistó para Jesucristo, y entre ellos á sus cinco hermanos, que antes habian sido los mayores opositores á su noble designio. Tomaron todos la bendicion de su padre antes de partirse al Monasterio, y al tiempo de despedirse dijo á Nivardo Guido que era el primogenito: *Ea hermano, para tí solo quedan todas nuestras herencias*; pero entendido el ilustre joven de la resolucion de sus hermanos, que no era otra que la de dedicarse al servicio del Señor con un desprecio total del mundo, le respondió no como niño, sino como un varon maduro: *Esta division no es igual, pues elegís el cielo para vosotros, y dejáis para mí la tierra*. Ausentáronse aquellos á satisfacer su buen propósito, y creyéndose Nivardo no menos obligado á trabajar eficazmente en el importantísimo negocio de su eterna salvacion, los siguió en breve tiempo, sin que pudieran detenerlo las lágrimas de sus padres, ni los ruegos de sus parientes y sus amigos. Las pruebas con que acreditó el ilustre jóven su vocacion ya constituido en el Cister, y el fervor con que emprendió la carrera religiosa, manifestaron desde luego que aunque era el menor de todos los hermanos en los años, no lo era en la virtud. En efecto el infatigable anhelo con que solicitaba aspirar á la cumbre de la mas alta perfeccion, hizo concebir á todos los Monges mas seguras esperanzas, de que en Nivardo habia de tener la reforma un grande santo, y que sin duda seria con el tiempo uno de sus mas brillantes ornamentos, cuyo vaticinio se verificó puntualmente en los rápidos progresos que hizo el ilustre jóven llamado para cosas grandes.

Solicitó de San Bernardo, Sancha hermana de Alfonso VII, rey de Castilla la remision de algunos religiosos de Clarabal para establecer en España la reforma del Cister, ofreciéndose á eregir á sus espensas un Monasterio segun el espiritu del santo instituto. Agradó al santo padre una peticion tan piadosa, y conociendo la eminente virtud, y el fervoroso zelo de su hermano Nivardo, lo envió en clase de Superior con otros célebres Monges á satisfacer los deseos de la in-

fanta. Llegó la ilustre comitiva á Castilla, y habiéndolos recibido benignamente Sancha, les concedió la heredad de la espina con otros muchos predios pertenecientes á ella para que fundáran el monasterio ofrecido. Confirmó el Rey Alonso la donacion no menos afecto á la reforma, que su hermana, y dando principio Nivardo sin pérdida de tiempo á la santa empresa, concluyó en muy breve tiempo aquella ilustre casa que intituló de San Pedro de la Espina.

Finalizada la fábrica material del monasterio, se dedicó el ilustre Abad á que floreciese en él la estrecha regular observancia de la reforma del Cister; y con efecto, lo consiguió á espensas de su infatigable zelo. No se valió el santo para este logro solo de simples exortaciones: su fervor y su ejemplo eran las lecciones mas eficaces que daba á sus monges, y notando estos que su superior era el primero que iba siempre delante en los ejercicios de la vida regular, se encendian en vivísimos deseos de perfeccionarse, teniendo á la vista un modelo acabado de todas las virtudes religiosas. Era tan admirado por su prudencia, por su suavidad, y por su vigilancia en el gobierno, como por su eminente santidad; y hecho por lo mismo dueño del corazon y de la veneracion de sus súbditos, hizo que toda su comunidad fuese el objeto de los mas altos elogios de Castilla.

No se estrechaba dentro de los muros del monasterio el ardiente fuego y el apostólico zelo del insigne Abad: salia con frecuencia á ilustrar con la luz de su celestial doctrina á toda aquella region, en la que hizo prodigiosas conversiones de grandes pecadores, y separado á no pocos de los peligros del mundo, tuvo el consuelo de que se dedicasen al servicio del Señor en la clausura, y que recomendasen la santidad de su reforma del Cister con su penitente y con su religiosa vida.

Supo San Bernardo los progresos que hacia su hermano en el monasterio de San Pedro de la Espina; y congratulándose de ellos con la Infanta Sancha, la rogó encarecidamente que interpusiese toda su reputacion y toda su autoridad para que permaneciese aquella ilustre casa en el buen orden que en ella estableció Nivardo, puesto que aquella célebre ereccion era debida á su piedad.

Ocurrió en aquel tiempo cierta reñida controversia entre el Abad de Carrazedo y los monges del monasterio de Toldanos sito en el Reino de Leon. Habia fundado este la infanta Geloira bajo la regla de S. Benito, agregándolo al de Carrazedo; pero habiendo abrazado aquel la reforma del Cister, se separó del de Carrazedo. Reclamó el Abad la desmembracion, y habiendo apeledo á la autoridad de Sancha para que se restituyesen aquellos monges á su obediencia, nombró la infanta á Nivardo á fin de que pasase á Toldanos, y se informase así de la intencion de los monges, como de la autoridad con que habian he-

cho su traslacion de la reforma. Evacuó el Santo la comision con aquella prudencia que exigía un negocio de tal momento; pero no queriendo resolver por sí, persuadió á Sancha que escribiesen de comun acuerdo todo lo ocurrido á su hermano Bernardo para que diese su dictamen en semejante controversia. Hiciéronlo así bajo el concepto que las resoluciones del Santo doctor eran veneradas como las de un celestial oráculo. Contestó San Bernardo con su acostumbrada sabiduría á la consulta, si bien zeloso de omitir todo motivo de litigio entre los siervos de Dios, no menos inclinado á que no se defraudase la intencion de aquellos que eligieron voluntariamente el mas estrecho rigor de la reforma del Cister; y cometida la ojecucion de este dictamen á Nivardo, se portó con tal pulso, que tranquilizó como ángel de paz las reñidas disputas.

Continuaba el ilustre abad en su monasterio ocupado en piadosos ejercicios con el noble objeto de santificarse á sí y á todos sus subditos; pero habiendo ocurrido la última enfermedad de su hermana Humbelina, religiosa en el monasterio de Julli, manifestó al Señor los deseos que tenia de asistirle en la hora de la muerte. Oyó Dios con agrado la súplica de su Siervo, y conducido por los ángeles al de Julli, tuvo el consuelo de asistir á su bienaventurada hermana hasta los últimos alientos, y concluidos los oficios de su funeral regresó por igual ministerio al de San Pedro de la Espina. Vacó algun tiempo en sus acostumbradas santas obras; pero conociendo por su debilidad nacida del rigor de sus penitencias que se acercaba el fin, aunque toda su vida habia sido una preparacion continua para la muerte, con todo, renovando en aquel último periodo su fervor, hizo esfuerzos extraordinarios para purificar su inocencia, y habiendo recibido los últimos sacramentos, entregó su dichosa alma en manos del Criador el dia siete de Febrero hácia la mitad del siglo XII. Su cuerpo se conserva con grande veneracion en el monasterio de San Pedro de la espina, donde se celebra con el título de Confesor segun nos dicen varios escritores del órden del Cister, que refieren las Actas de este ilustre Heroe con los élogios que se merece por su admirable vida.

DIA XI.

San Martín Canonigo regular de Leon.

SAN MARTIN, decoroso ornamento de los Canónigos regulares segun la regla de San Agustin, tan célebre en el siglo XII por su prodigiosa vida, como por su ciencia infusa, nació en la ciudad de Leon de es-

pañá ó en su territorio de una de las ilustres familias oriundas de aquella capital. Pidieron á el Señor sus padres Juan y Eugenia con fervorosos ruegos que les diese sucesion para su consuelo; y oidas sus reverentes súplicas, les concedió á Martin para que aumentase la gloria de sus ascendientes, y diese honor inmortal á su Patria. Aplicáronse sus padres con el mayor desvelo á dar al niño una educacion tan propia de su piedad como de su nacimiento, animados no tanto para que fuese heredero de sus bienes temporales, quanto de sus virtudes, y de sus ejemplos; pero presto conocieron que á los eficaces medios de que se valian para su buena crianza, hacia grandes ventajas otro maestro interior que ilustraba su entendimiento, y formaba los rectísimos dictámenes de su inocente corazon; dejándose ver en sus mas tiernos años, como si estuviese perfectamente instruido en los caminos de la perfeccion. En efecto previnole el Señor desde la cuna con las mas bellas disposiciones para la virtud, enriqueció á su dichosa alma con los tesoros del cielo, y venciendo con estos dones los desordenados movimientos de las pasiones, fue su infancia un preludio de su santidad futura, sin que en ella fuesen otras sus diversiones que las obras de piedad, de amor de Dios, y de caridad para con el próximo.

Murió la madre del Santo en su edad tierna, y deseoso su padre de dedicarse enteramente al servicio del Señor separado de los tumultos del siglo, se retiró al claustro de San Marcial de Leon, en cuyos cánónigos florecia por entonces la regla del padre San Agustin. Llevó consigo á Martin, que como niño se quedó en el monasterio en hábito secular, ocupandose en ayudar á misa y en los demas ejercicios de devocion acostumbrados en aquella ilustre casa. Observaron los cánónigos en el inocente niño una gran prudencia en toda su conducta, un entendimiento juicioso, una mansedumbre suma, una docilidad sin semejante, libre de todas aquellas imperfecciones que eran regulares en su edad, y añadiéndose á esto el fervor que notaron en sus oraciones, las rigurosas mortificaciones con que castigaba su inocente cuerpo, y sobre todo ser el primero que asistia á los oficios divinos por el dia y por la noche, admirados de su extraordinario parto, hicieron quanto pudieron para no perder aquel tesoro.

Recibió el orden de subdiácono luego que tuvo edad competente, y creyéndose obligado en el nuevo estado á domar con mas rigor los movimientos carnales, para conservar el candor y la pureza tan debida á los ministros del santuario, resolvió hacerlo por medio de los trabajos de la peregrinacion. Murió su padre por aquel tiempo, y habiendo distribuido entre los pobres su cuantioso patrimonio, partió á la expedicion premeditada, proponiéndose el objeto de visitar las reliquias de los Santos. Ejecutólo asi en Oviedo primeramente, desde

allí se condujo á Santiago de Galicia á rendir sus obsequios al ilustre apostol; Patrono de la Nacion, y habiendo practicado iguales diligencias en los mas célebres santuarios de España, se dirigió á Roma á visitar aquellos santos lugares regados con la sangre de tantos mártires, y enriquecido con el tesoro de sus reliquias: hizolo con tal piedad y con tal respeto, que edificados de su fervorosa devocion los porteros de la iglesia de San Pedro, le concedieron permiso para que entrase en ella en el tiempo y en lo hora que quisiese, bien fuese por el dia ó por la noche. Deseaba Martin con vivas ansias la bendicion del vicario de Jesucristo; y concediéndosela el papa Urbano III, partió á Jerusalem á satisfacer su piadoso designio. Visitó de camino el templo de San Miguel en el monte gargamo, con el de San Nicolás de Bari; y habiendo llegado á la capital de Palestina, se sintió mas que nunca encendido en los mas vivos deseos de imprimir en su corazon la memoria de la dolorosa pasion de Jesucristo, que era la materia mas frecuente de sus meditaciones. No es posible explicar la devocion, la ternura y las lágrimas con que veneró Martin aquellos santos monumentos donde se obraron los misterios de nuestra reparacion; cuya vista renovó en su corazon los mas fervorosos afectos para con el Redentor del mundo. Mantúvose dos años en Jerusalem, reiterando aquellas visitas, y para ejercitarse á un mismo tiempo en obras de piedad, se estableció en el hospital donde se curaban los pobres peregrinos, á quienes servia con una humildad profunda, asistiéndolos con una caridad sin límites.

No satisfecha la devocion de Martin con haber visitado los sagrados monumentos de Jerusalem, y otros muchos de la tierra santa, partió á Constantinopla con el mismo designio. Compró una casulla que se vendia á la sazón, para darla á la iglesia de San Marcial de Leon; pero habiendo llegado con ella á Civitavequia, creyendo los guardas del registro que traia hurtada aquella alhaja, dando al juez parte, mandó ponerlo en su cárcel por sospecha. Imploró el Santo en la prision el auxilio divino, y repitiendo el Señor aquel prodigio que en otro tiempo obró con el Principe de los apóstoles, bajó del cielo un ángel que le puso en entera libertad. Conseguido este favor por el que dió á Dios las correspondientes gracias, pasó á Francia á venerar las reliquias de San Dionisio, y de San Martin de Trouis; y de allí se dirigió á Inglaterra, y á Ibernia á practicar la misma diligencia con las de Santo Tomas apostol, y las de San Patricio. No es facil explicar los trabajos, los peligros, las injurias, el hambre, y la sed que padeció Martin en tan penosas como dilatadas peregrinaciones; las que hizo á pie descalzo en clase de pobre méndigo, sin indultarse nunca del mas rigoroso ayuno, ni de otras voluntarias mortificaciones, y concluidos estos penosísimos viages volvió á Leon enriquecido con los re-

tevantés méritos que contrajo en semejantes expediciones. Hallábase á la sazón obispo de Leon el Ilustrísimo Manrique; y considerando este insigne prelado el grande bien que resultaría á la Iglesia, si un sujeto de aquella virtud fuese elevado al sacerdocio, le ordenó de diácono, y presbítero, bajo el seguro de crear uno de los más dignos ministros para el altar. En la nueva dignidad se sintió el Santo encendido en nuevo zelo de su propia santificación; y aunque el estado que acababa de abrazar era tan santo, como le llamaba Dios á un grado de perfección eminente, le inspiró ardentísimos deseos de vida más retirada. Puso los ojos en el monasterio de San Marcial, que había sido la escuela donde aprendió en sus primeros años á ejercitarse en los oficios divinos; y admitido entre los canónigos que profesaban en aquella ilustre casa la regla de San Agustín, se distinguió desde luego por el grande estudio con que se dedicó al servicio del Señor, distribuyendo todo el tiempo con una sabia economía en la oración, y en piadosos ejercicios, de suerte, que acabándose de perfeccionar su inocente corazón con la contemplación, y con la penitencia, llegó á ser el ejemplo, y la admiración de todos por la justificación de su conducta.

Ocurrió por aquel tiempo una reñida controversia entre el obispo de Leon, y los canónigos de San Marcial; cuyas resultas fueron expelerlos de aquella iglesia, y establecer en ella clérigos seculares. Fué Martín uno de los espulsos; pero como sus deseos éran continuar en la observancia del estado que abrazó, se pasó al monasterio de San Isidoro donde se profesaba la misma regla. La vida ejemplar, la inocencia de sus costumbres, su puntual asistencia al coro, su grande amor al retiro, y sobre todo la rígida asistencia que observó el Santo en esta casa, cuando parecía que habían de grangearle el cariño, y aun la veneración de sus compañeros, le hicieron odioso á muchos, que mirándole como á un reformador incómodo y molesto, reputaban su observancia regular por censura, y por una reprehensión tácita de su vida menos ajustada: en fin pasó á tanto la aversión, que queriendo Martín quitar toda ocasión de escándalo, se volvió á la iglesia de San Marcial.

En seguida de este hecho se apareció San Isidoro á los canónigos de su monasterio; y reprehendiéndolos severamente les dijo: *¿porqué habeis expelido al siervo de Dios Martín? volved á recibirlo en vuestra compañía; pues debeis alegraros de tener entre vosotros uno que siga el camino de la perfección: ved que sus obras más son de edificación, que de escándalo.* Aterrados los canónigos con la visión y reprehensión de San Isidoro, pasaron en comunidad á la iglesia de San Marcial; y habiendo pedido perdón al Santo, postrados á sus pies, le suplicaron que volviese al monasterio, bajo el seguro de que no le

impedirían seguir el tenor de vida que eligiese. Resistióse Martín á los principios; pero rendido en fin á los ruegos de aquella arrepen- tida Comunidad, regresó al de San Isidoro, donde eligió para su habi- tación un lugar retirado de todo el comercio del monasterio; y for- mando en él un altar de la santísima Cruz, pasaba en fervorosa ora- ción los días y las noches, teniendo á la vista la insignia representa- tiva de los misterios de la pasión de Jesucristo, tan altamente impresos en su corazón. Allí se entregó á una mortificación sin límites, re- novando en su persona aquellas espantosas imágenes de penitencia hasta entonces oídas en los desiertos del oriente, observando una absti- nencia tan suma que parecía vivir de milagro. Nopor esto tenía ociosa su ardiente caridad para con los prójimos: cuidaba con esmero de los pobres, y con especialidad de los enfermos, á quienes consolaba con palabras dulcísimas; y si advertía entre sus compañeros la mas mínima discordia, se anticipaba como ángel de paz á purificarlos in- mediatamente. En suma, estaba el siervo de Dios tan lleno de gracia, que todos deseaban verle, experimentando el que le buscaba triste, y atribulado tanto consuelo en su trato, que volvía libre de la pena que le afligía.

Esparciose la fama de la eminente virtud de Martín por todo el rei- no de Leon; y atraídos del buen olor de su santidad muchos obis- pos, y grandes, concurrían á disfrutar su santa conversacion, admi- tiendo con profunda sumision sus saludables consejos; pero distin- guiéndose entre todos el Rey Don Alonso el IX, lo visitaba con fre- cuencia, y no pocas veces venía de rodillas para el Santo en prueba de la suma veneracion que le profesaba.

Carecía el siervo de Dios de inteligencia en las santas Escrituras, porque ocupado en su juventud en las peregrinaciones dichas, no tu- vo tiempo para aplicarse al estudio de las sagradas letras, en las que apetecía tener un perfecto conocimiento. Recurrió al cielo con fervo- rosas oraciones, y con frecuentes súplicas, á fin de que el Señor se dignase concederle la inteligencia de la doctrina revelada para ser mas útil; y queriendo Dios satisfacer sus deseos, le llenó de ciencia infusa por uno de aquellos maravillosos portentos de su adorable pro- videncia. Estaba una noche en oración Martín reiterando sus ruegos, y quedándose dormido se le apareció en sueños el Padre San Isidoro con un libro en las manos, y le dijo: *toma este volumen, cómelo, y te dará el Señor la inteligencia que apeteces de las santas Escrituras: viértela con facilidad para que se instruyan por tí los fieles.* Escu- sóse el siervo de Dios porque ayunaba aquel día, pero le instó el Santo Doctor diciendo: *entiende que no defraudarás el mérito del ayuno: esto te conviene para saber lo que apeteces: cumple la volun- tad de Dios, para que no te prives de la ciencia tan deseada por tí.*

Obedeció Martín inmediatamente, y comiéndose el libro que le entregó San Isidoro, quedó tan lleno de sabiduría, que excedió considerablemente á todos los Teólogos de su siglo; brillando entre los mas doctos como el sol entre los demas Planetas. Dió el Santo á Dios repelidísimas gracias por un favor tan singular; y creyéndose obligado á convertir la ciencia en utilidad pública, ilustró con ella maravillosamente á la Iglesia, confundió á los herejes, desterró los errores, y redujo al camino de la salvacion á no pocos extraviados. Quiso dejar á la posteridad algunos monumentos instructivos; y aun euando se hallaba en una edad avanzada, y enteramente debilitada, escribió con un trabajo sumo dos volúmenes con el título de Concordia del antiguo y nuevo Testamento, y ademas recopiló en otro tratado varias sentencias de los Santos Padres; de cuyos escritos dice con particular elogio Don Lucas de Tuy, que per ellos se aclaran las cosas oscuras de la santa Escritura, se fortalece la fè católica, se confunde la perfidia de los judíos, se destruyen las heregias, se manifiesta todo lo que es bueno y honesto, y se nos induce á ello por testimonio de las sagradas letras, y por razones suaves y benignas; por lo que con justa razon debe ser contado San Martín entre los Doctores de la Iglesia: todo lo cual comprueban las citadas obras en dos tomos en folio impresos en Segovia en el año 1782 á espensas del Eminentísimo Señor Don Francisco Antonio Lorenzana Arzobispo de Toledo.

Quiso Dios manifestar lo agradables que le eran estas útiles tareas de su fidelísimo siervo con uno de sus maravillosos prodigios. Tenia Martín al tiempo que las escribía siete clérigos amanuenses; y recibiendo solamente la racion que le daba el Monasterio, multiplicándola con su bendiccion, se mantenian todos, y aun sobraba para dar á los pobres. No fue este solo prodigio el que obró el Señor por los méritos del Santo, hizo otros muchos que sirvieron para recomendar su eminente santidad.

Quebrantada la salud del siervo de Dios á fuerza de sus continuos trabajos, y al rigor de sus asombrosas penitencias, cayó en la última enfermedad; y como el Señor le habia revelado mucho antes la hora de su muerte, la que manifestó á sus compañeros con extraordinario júbilo, redobló en el corto resto de su vida su fervor, é hizo esfuerzos extraordinarios para purificar su inocencia: finalmente habiendo recibido los Santos Sacramentos, espiró tranquilamente en el dia 11 de Febrero del año 1205, bien que otros señalan su feliz tránsito en el 12 de Enero. Súpose luego en Leon la muerte del Santo, y fué general la pena y el sentimiento por haber perdido un Padre tan piadoso, un Doctor tan científico, y un oráculo celestial, en quien todos tenían los mas saludables consejos, y la resolucion de sus dudas; que solo pudieron consolarse con la firme seguridad de tener en el cielo

un nuevo protector , y abogado que intercediese por ellos. Celebráronse los funerales con la pompa , y con la solemnidad que exigia el mérito del Santo, venerado por tal en vida, y despues de muerto; y fue depositado su cadáver en el mismo Monasterio. Quiso el Señor hacer su sepulcro célebre con repelidísimos milagros, los cuales movieron la devocion de los Leoneses, á que concurrieran á visitarle y á ofrecerle sus votos y sus promesas.

DIA XIII.

San Policeto martir.

Por un Hymno antiquísimo del Breviario del Monasterio de San Naborio de Lotarincia sabemos , que San Policeto fue uno de aquellos célebres varones Apostólicos que ilustraron á España con la luz del Evangelio en los principios de su promulgacion. Tambien nos consta por el mismo documento, que fué este Héroe de nacion Frances, Profesor de la religion cristiana, instruido en ella sin duda por aquellos zelosos misioneros Apostólicos que se condujeron á las Gaulas con el noble objeto de dilatar el Reino de Jesucristo en el primer siglo de la Iglesia.

Quiso Policeto ser participante de las gloriosas empresas que hacian los discípulos de los apóstoles en la conquista del mundo: pasó de Francia á España poco despues que el apostol Santiago sembró en la Nacion la semilla evangélica para que rindiese abundantes frutos al divino labrador, y deseando continuar el proyecto de aquel zelosísimo operario del padre de familias, comenzó á predicar la palabra de Dios en los pueblos Iberoş. Eran aquellos naturales feroces de condicion, tenaces como ningunos en la observancia de las supersticiones del paganismo, y creyendo Policeto que para tratar á unas gentes de aquel carácter era preciso valerse de la dulzura y de la suavidad, les manifestó con ella los crasos errores en que se hallaban sumergidos, tributando culto á los ídolos, y ofreciendo sus horrendos sacrificios á unos vanos simulacros bajo el velo de quiméricas deidades. Hizoles ver asimismo la verdad y la justificacion de nuestra santa religion; confirmó su doctrina con repetidos milagros, y convencidos á fuerza de la eficacia de su predicacion y de sus portentosas maravillas muchos paganos de la ceguedad, y de la miserable constitucion en que vivian, cedieron su cerviz al yugo de Jesucristo.

Llegó Policeto con sus conquistas á la ciudad de Zaragoza, en tiempo que tenia aquella Silla Episcopal San Atanasio, uno de los mas fa-

mosos discípulos del apóstol Santiago; y deseando instruirse en los ápices mas minimos de la doctrina revelada bajo la enseñanza de tan célebre Maestro, se mantuvo algun tiempo en su compañía. Conoció el Santo Prelado la pureza de la fe, y el infatigable zelo de Policeto, y persuadiéndose que seria de mucha utilidad para la iglesia un ministro de aquel carácter, le confirió el orden de Levita.

Condecorado el ilustre jóven con los órdenes sagrados, se creyó mas obligado que nunca á continuar las funciones de su Ministerio; y revestido del mismo espiritu, y del mismo fuego con que salieron los Apostoles de Jerusalem para la conquista del mundo idólatra, corrió por todos los pueblos de aquella region, extendiéndose hasta la provincia Carpentana, haciendo en todos ellos admirables conversiones de no pocos infieles.

Ofendidos los paganos de las conquistas que cada dia hacia Policeto para Jesucristo con la ilustracion de sus zelosas predicaciones; no pudiendo sufrir que desertasen tanta multitud de infieles de las supersticiones del gentilismo, procedieron contra su vida en la cruel persecucion que movió contra la iglesia el emperador Neron enemigo capital del nombre cristiano. Hallábase el varon Apostólico ejerciendo las funciones de su ministerio en Caravi pueblo sito antiguamente cerca de Zaragoza, y destruido despues por los Arabes segun se cree: acometiéronle los infieles con un furor extraordinario, lo pusieron en un obscuro calabozo cargado de prisiones, con ánimo de hacerle padecer cuantos tormentos pudiese discurrir la barbaridad mas inhumana; pero como la hediondez de aquel inmundo lugar, la obscuridad, la hambre, la sed, y otras incomodidades no fuesen capaces á rendir la valerosa constancia del esforzado Militar de Jesucristo á que prestase adoracion á los Dioses Romanos; no pudiendo contener los Paganos la indignacion que concibieron á vista de su fortaleza; despues de los exquisitos tormentos con que probaron su constancia, lo aserraron por medio del cuerpo en el dia 15 de Febrero en la fatal época que ocurrió la persecucion del impío Neron.

DIA XIV.

**Beato Juan Bautista de la Concepcion, Fundador
de la Reforma de los descalzos de la Santisima
Trinidad.**

EL siglo XVI, fecundo en monstruos que turbaron la paz de la Iglesia, lo fué tambien en héroes de la cristiandad. Entre estos floreció

Juan Bautista Garcia, hijo de Marcos y de Isabel Lopez, familia noble de Almodovar del Campo, en donde nació el 10 de Julio de 1561. Sus padres educaron á él desde niño, á sus dos hermanos y cuatro hermanas en el Santo temor de Dios y en el ejercicio de la virtud. A los desvelos de sus padres correspondió Juan con su docilidad; pues como sello en blanda cera, así se imprimian en su corazon sus preceptos y ejemplos. De aquí nació el rigor con que, á los seis años, maceró su cuerpo con recias disciplinas por haber oido á su padre decir que así lo hacian los Santos. Dormía con el cilicio sobre un corcho ó sobre sarmientos. Su ayuno era casi continuo, frecuentemente á pan y agua, y no probaba la carne: tal fué su tenor de vida hasta los doce años que, á ruegos de sus padres, templó el rigor de su penitencia por haber ésta debilitado notablemente su salud.

En su niñez nada habia pueril. Sus compañeros eran los libros devotos, se ocupaba en la oracion y por lo comun en la iglesia. En la de los Carmelitas descalzos tuvo ocasion de tratar á estos religiosos, de quienes aprendió la perfecta abnegacion de si mismo y á practicar debidamente la virtud. Sus palabras eran pocas y discretas, su modestia admirable, y su recato era tal, que nunca miraba á las mugeres aunque fuesen parientas. A los nueve años hizo voto de castidad por haber leido que una santa niña habia consagrado á Dios su virginidad. Era devoto en los templos, afable con todos y caritativo con los necesitados. A los siete años podia ya comulgar, á juicio de su confesor, pero éste se lo dilató hasta los once. Unido con Dios por este sublime acto, era tal la vida que llevaba que todos le apellidaban, con mucho sentimiento suyo, el Santo. Razon tuvo Sta. Teresa de Jesus cuando, hospedada en casa de sus padres, les dijo, sin duda con espíritu profético, que lo seria muy grande.

Concluida la filosofía, pidió el hábito á los Carmelitas descalzos, pero no habiéndose realizado sus deseos, ignorándose la causa, fué á estudiar teología á Baeza y despues á Toledo, en donde visitó el de los Trinitarios el día de S. Pedro del año 1580, y á los diez y nueve de su edad. La vocacion era de Dios, y así fué luego un dechado de virtud; pues los ejercicios religiosos eran su consuelo, el retiro su delicia, la obediencia le era suave, la mortificacion familiar y la humildad natural. Concluido el noviciado, hizo su profesion en el mismo día de San Pedro. Siguió sus estudios con grande aplicacion, siendo su catedrático el beato Simon de Rojas; de modo que con ella y con tal maestro, salió consumado en teología mística y moral.

Concluidos los estudios, Dios le probó con tan aguda enfermedad, que le dejó muy delicado por toda su vida. Esto no obstante se aplicó á leer los SS. Padres para poder distribuir á los fieles el pan de la divina palabra. Procurando la santificacion de los otros, no olvidaba la

propia, y siempre aspiraba á mayor perfeccion. La descalcez era su objeto predilecto, y Dios le colmó sus deseos del modo siguiente. En 1594 á 8 de mayo se juntó en Valladolid capitulo general, en el que, con otras cosas, se decretó que en cada provincia de la orden hubiese dos ó tres conventos en que se viviese segun la regla primitiva. A este fin el padre ministro de Marcilla fue destinado para fundar en Valdepeñas, y llevó consigo á Juan, que al consuelo de decir allí la primera misa, juntó despues el de ser el primer padre de aquel convento, aunque por entonces le enviaron á Sevilla. El 9 de noviembre de 1598 se colocó el santísimo sacramento en la iglesia, que lo fué la ermita de San Nicasio. Como todas las obras de Dios tienen por lo comun sus contradicciones de parte de los hombres, así las tuvo esta en Valdepeñas aunque pasajeras.

Durante ellas, Juan predicó en Sevilla un sermón en que dijo cosas que tenia mucha relacion con lo que pasaba en Valdepeñas. Con esto y otras ilustraciones del Señor se avivaban mas sus deseos de abrazar la descalcez. Obligóse á ello con motivo de una recia tempestad que se levantó en el camino desde Sevilla á Andujar, adonde iba á ver al padre comisario general. Este queria llevarle consigo á Madrid, y los Padres de Andujar le querian por superior; pero él alcanzó de Dios que estos desistiesen de su empeño y que aquel mandase al padre ministro de Valdepeñas que le vistiese el hábito de recoleto, y que en todo obrase con Juan de comun acuerdo.

Vencidas con trabajo las dificultades que le opuso el comun enemigo, llegó á Valdepeñas, y cuatro dias despues se le dió el hábito con satisfaccion igual á los deseos que tenia de recibirlo. Esta se aumentó con una vision que mereció tener la primera noche, en que le pareció que, á la vista de Jesus crucificado, le clavaban en una cruz. A pesar de su quebrantada salud fué á Sevilla á celebrar capitulo general, y en el fué elegido ministro de Valdepeñas. Allí estableció un modo de vivir segun la reforma, y era el primero en dar ejemplo. A los súbditos ordenó que subrogasen al nombre de su familia el de un Santo de su devocion, el de algun misterio de Jesucristo ó de su santísima Madre, ó que lo sacasen por suerte. Por ella cupo á Juan el de la concepcion que le dió este nombre.

Luego se le juntaron trece compañeros, entre ellos algunos prelados de otros conventos que, no pudiendo acomodarse con tanta penitencia, humildad y pobreza, se volvieron con mengua y perjuicio de la reforma; porque el padre general, dando facilmente oído á sus quejas formó un concepto menos ventajoso de Juan; hasta el mismo comisario general, á quien fué á ver á Madrid para promover la reforma, estaba prevenido contra él. Pensó, pues ir á solicitar del papa lo que no podia conseguir de sus superiores; pero el demonio le opuso

grandes obstáculos, espantando con formas y ahullidos horribles á sus religiosos, y presentando á su imaginacion grandes dudas y motivos de desaliento. En tal conflicto Juan acudió á la oracion, y en ella mereció oír de Dios estas palabras: *No temas; prosigue, que yo te ayudaré.* Alentado con ellas, emprendió el viaje á Roma con un lego, llevando cincuenta escudos, sin alforjas ni equipaje. Por Manzanares fué á Alicante, donde se embarcó para Génova; pero se levantó una fuerte tempestad en la que arrojando los vientos, pensaron naufragar. Juan en un rapto, vió á Jesus en ademan de ir á socorrer la nave, alentó á todos y todos se salvaron. Vueltos á tierra, Juan se fué otra vez con el lego á Valdepeñas.

El 4 de octubre de 1597 emprendió de nuevo el viaje con otro lego. En Alicante se presentó al duque de Maguera, que iba de virey á Sicilia, que tomándole bajo su proteccion, le llevó consigo en su galera. Pasaron por Barcelona á Coblliure, en donde padecieron mucho de parte de los elementos. A los que éstos perdonaban consumía una enfermedad contagiosa. Las que Juan padecía casi habitualmente, no le impidieron de ejercitar su caridad con el prójimo acudiendo á todas partes á hacerse todo para todos. Disipadas en Coblliure por un varon sabio las dudas con que de nuevo le molestaba el demonio para que desistiese de su piadoso intento, pasaron á Génova. Allí Juan se despidió de su bienhechor, y siguiendo su viaje llegó á Roma el 21 de marzo de 1598.

Al principio pareció que los ánimos de varias personas distinguidas estaban dispuestos á favorecerle; mas sus contrarios de España le hicieron tan cruda guerra, que en poco tiempo se vió abandonado de todos, menos del P. Pedro de la Madre de Dios, carmelita descalzo, predicador de su Santidad. En este abandono suplicó particularmente á Jesus que fuese su compañero, y varias veces tuvo el consuelo de verle á su lado. Por estas y otras visiones conoció el feliz éxito que tendria su empresa, y lo tuvo en efecto, despues de grandes dificultades, por el breve de institucion, espedido por Clemente VIII en 20 de agosto de 1599. Aunque en él no se hace mencion espresa de Juan, es cierto que fué el primero en solicitarlo y el que mas trabajó para obtenerlo.

Vuelto á España y vencidos los obstáculos que sus contrarios pusieron á la ejecucion del breve, fué á tomar posesion del convento de Valdepeñas. Tambien los hubo allí de parte del padre ministro, que se le opuso obstinadamente, hasta que el gobernador de la villa interpuso su autoridad para que se cumpliese el mandato del visitador apostólico para la ejecucion del breve. Los religiosos se fueron; pero bien pronto se le reunieron otros hasta el número de diez y seis. Esto y la fundacion sucesiva de ocho conventos fué una compensacion

de sus trabajos continuos. Con anuencia del nuncio apostólico juntó capitulo general, en el que, contra su voluntad, fué elegido provincial.

En esta nueva dignidad, pareció escederse á sí mismo. Su celo era grande, su vigilancia admirable, su solicitud paternal. En la visita que hizo á sus conventos, sus palabras y sus obras llevaban el sello de la caridad, inculcando la mas estrecha observancia de su regla. Esta tarea no le distraia de su intento principal de estender la reforma; pero no siempre halló buena disposicion en los pueblos. Cumplido el trieno de su provincialato se retiró al convento de la Solana, despues el provincial le envió á Valladolid, y posteriormente elegido en difinitorio, pasó de ministro al convento de Córdoba. A los pocos meses renunció para ir á fundar á Toledo; lo que consiguió, convirtiendo con su caritativa paciencia y constancia los ánimos que se le mostraron mas hostiles, y trocandó en protectores los que habian sido mas contrarios de la fundacion.

Tantos trabajos y molestias, ocasionados muchas veces por aquellos de quienes menos debia esperarlo, causaron un quebranto notable en su salud ya delicada. Era de ver su paciencia y santa resignacion entre los mas agudos dolores. Médicos, medicinas, asistencia esmerada, todo fué en vano, porque habia llegado el tiempo de recoger el premio de sus méritos y constancia. Al darle esta noticia, contestó con David: *Heme alegrado en lo que se me ha dicho, irémos á la casa del Señor.* Se le administró el santísimo viático, que recibió con viva fé y abrasado en caridad. Recibida, á peticion suya, la santa uncion, murió en el Señor el 14 de febrero de 1615. Mucho podria añadirse sobre sus virtudes, que declaradas en grado heróico por Clemente XIII, fué beatificado por Pio VI, teniendo en nuestros dias la satisfacion de verle colocado en los altares.

DIA XIV.

EN este dia se celebra en el monasterio de Monserrate del órden de San Benito en el obispado de Urgel la fiesta de los ilustres Mártires de Jesucristo Victor, Zenon, y Felicula; de quienes hacen conmemoracion muchos Martirologios con la espresion que padecieron en Roma, bien que no nos consta con certeza las actas de sus gloriosos martirios, como ni la época, ó por quien fueron trasladados á aquel Monasterio, donde se tienen sus cuerpos en grande veneracion.

DIA XVI.

San Honesto presbitero y Mártir.

EN la ciudad de Pamplona, capital del reino de Navarra, es y ha sido siempre célebre la memoria de San Honesto, en atencion al honroso título de haber sido Maestro de San Fermin, uno de los mas dignos Prelados que han florecido en las iglesias de España, y de Francia. No nos consta de la patria, ni Padres de San Honesto; pero si de las funciones Apostólicas que eternizan su mérito. Conducianse un día los padres de San Fermin, que tenian la desgracia de ser infieles, á ofrecer sacrificio al Dios Júpiter segun los ritos paganos, y por una de aquellas sabias disposiciones de la Divina Providencia vieron á Honesto que estaba predicando al pueblo las verdades infalibles del Evangelio, y manifestándoles al mismo tiempo los crasos errores de la idolatria. Asombrado Firmo padre de San Fermin de la generosa libertad con que declamaba aquel sacerdote de Jesucristo contra las necias y ridiculas supersticiones del paganismo, siendo el primero en el orden, y dignidad del senado de Pamplona, le dijo: *Si son nuestros Dioses como afirmas unas vanas estatuas revestidas de una cualidad quimérica; ¿dinos cuál es el Dios verdadero á quien debemos dar culto? Este es el criador del Cielo y de la tierra,* respondió Honesto, *que dió el ser á todas las criaturas, sin el cual no puede subsistir alguna de ellas; pues es Señor de la vida, y de la muerte. No así los Dioses que adora vuestra profana religion, y ciega gentilidad, los que en realidad son demonios incapaces de tener divinidad.*

Quedó atónito Firmo al oír al Misionero Apostólico, y llevándole toda la atencion los ecos de una doctrina que jarrebata aun á primera vista á todo el que se deje conducir sin preocupacion por lo que dicta la razon, siguió preguntando á Honesto: *¿De qué secta, ó religion eres tú para atreverte á proferir contra nuestros Dioses semejantes desprecios? Yo soy,* le respondió el Santo, *profesor de la religion de Jesucristo, del discípulo del insigne obispo de Tolosa Saturnino, por quien he sido bautizado, é instruido desde mis primeros años en las verdades infalibles contenidas en las santas Escrituras; por las que consta que el verdadero Dios que os predico es el que crió de la nada todas las cosas visibles é invisibles, el cual es uno en esencia, y trino en personas, llamadas Padre, Hijo, y Espiritu Santo; cuyo Misterio puedo enseñar á todo aquel que desee seriamente saber tan inefable arcano, aunque es verdad que sin la gracia del*

mismo Espíritu Santo no puede alguno comprenderlo; pero los Dioses quiméricos que adora la ciega gentilidad, son unos simulacros sordos, y mudos hechos de piedra, de leño, ó de metal á semejanza de sus artifices; los cuales tienen ojos pero no ven, oídos pero no oyen, manos pero no palpan, pies pero no andan, en substancia vanas estatuas como aquellos que en ellos confían.

También es artículo de nuestra Santa Religión, siguió Honesto, que Jesucristo hijo unigénito del Dios que os predico, nació en el tiempo predefinido de una Virgen purísima llamada María, quien redimió al mundo de sus pecados á costa de su preciosa sangre, y triunfando de la muerte, del pecado, y del demonio, sacó de su infame cautiverio á todo el género humano, que gemía bajo de él desde el delito que cometió el primer hombre. Este Señor es el verdadero Mesías prometido en la Ley, y en los Profetas del Pueblo escogido, á quien Dios Padre dió todo el poder sobre el Cielo y la tierra: el cual vendrá al fin del mundo á juzgar á todos los mortales para castigarles, ó premiarles segun sus obras. Esta es la Religión verdadera, y la doctrina infalible que me ha enseñado Saturnino discípulo de los mismos Apóstoles, y me ha mandado que la predique á los Gentiles; para que creyendo en ella, y recibiendo el Bautismo en el nombre del Padre y del Hijo, y del Espíritu Santo, puedan conseguir la eterna salvación á que todo hombre aspira, la que les es imposible siguiendo en los necios delirios de la idolatría.

Admirados Firmo, Faustino, y Fortunato, compañeros de aquel en el Senado, de la generosa libertad con que hablaba Honesto, efecto sin la menor duda de la verdad de sus proposiciones, haciendo reflexión sobre la nueva doctrina que oían, no teniendo razones con que rebatirla, le dijeron: Si Saturnino tu Maestro de quien hemos oído que obra maravillosos prodigios, nos asegurase lo mismo que tú predicas, acaso abrazaremos tu doctrina. Pronto está Saturnino, les respondió Honesto, á predicaros lo mismo, y á ilustrar las tinieblas de vuestros entendimientos siempre que esteis prontos á reconocer la verdad. Manifestaron los Senadores que querían oír aquel celestial oráculo; y avisado por Honesto, se presentó en Pamplona, donde con la eficacia de su predicación, con la multitud de sus milagros, y con la santidad de su vida convirtió á cuarenta mil personas. Mantúvose en aquella Capital dos años, obrando en ella tantos prodigios, que millones de idólatras abrieron los ojos á la luz del Evangelio; pero siéndole preciso retirarse á Tolosa, dejó en Pamplona á Honesto para que cuidase del cultivo de aquella viña recién plantada, á fin de que rindiese abundantes frutos al Padre de familias; cuyo encargo desempeñó el Santo Presbítero con tanta vigilancia, y con tanto acierto que parecía no dejar mas que apetecer á su zelo.

Tenia Firmo un hijo llamado Fermin, á quien habia administrado el Bautismo Honesto; y conociendo que educado por éste haria grandes progresos, le entregó á su direccion para que le instruyese, asi en las ciencias como en la religion. Tomó á su cargo el Santo y sábio Presbítero la enseñanza de Fermin: dedicóse con estremo á cultivar aquella noble planta que ofrecia desde luego indicios nada equívocos de lo que habia de ser en lo futuro; y aprovechándose del escelente ingenio, del bello natural, y sobre todo de la inclinacion del ilustre jóven á la virtud, tuvo el consuelo de ver en Fermin adelantamientos escesivos á su edad; de suerte, que á los 18 años ya predicaba la palabra de Dios con admiracion del pueblo, cuando la avanzada edad de Honesto no le permitia ejercer esta funcion apostólica.

Considerando el Santo Presbítero que cada día crecia Fermin en la gracia especial de la predicacion, lo envió á Honorato Obispo de Tolosa que habia sucedido á San Saturnino, para que le consagrara Obispo, asegurándole que con el nuevo carácter seria un vaso de eleccion destinado por Dios para la conversion de muchas gentes, como lo tenia acreditado por su ardiente zelo en dilatar el Reino de Jesucristo. No necesitó Honorato otro informe que el de Honesto para conferir la plenitud del Sacerdocio á su ilustre discípulo; y quedando edificado de su humildad, de su modestia, y de sus raras prendas, le dijo al tiempo de despedirle, casi las mismas expresiones, que dió en su informe su insigne Maestro.

Acreditó Fermin en toda su conducta, y en sus gloriosas espediciones la celestial doctrina, y la piedad que habia aprendido en la escuela de Honesto, testificando en fin con su misma sangre aquella pureza de fe que imprimió en su corazon el Santo preceptor: quien no menos dichoso que su discípulo, terminó su carrera con la corona del martirio en el día 16 de febrero, de la que se hizo acreedor por el infatigable zelo, y por la invencible fortaleza con que sostuvo la fe hasta la edad mas avanzada. No nos consta el año puntual de su preciosa muerte, aunque se infiere que fue por los tiempos que padecieron martirio San Saturnino, y San Fermin, maestro y discípulo de este ilustre presbítero; cuya cabeza se tiene en grande veneracion en la iglesia de San Saturnino de Tolosa, y varias de sus reliquias se conservan en otras diferentes de Francia donde es célebre su memoria.

DIA XVIII.

San Eladio, arzobispo de Toledo.

SAN Eladio, uno de los mas brillantes ornamentos del órden episcopal, uno de los modelos mas perfectos de los prelados eclésiásticos, nació en la ciudad de Toledo de la nobilísima prosapia de los reyes godos. Su padre, llamado tambien Eladio, condecorado con los mas honoríficos cargos de palacio, distinguidísimo por su piedad, y agradecido del favor que le hizo el cielo en concederle un hijo dotado con todas las disposiciones de naturaleza y gracia, aplicó su vigilante cuidado en darle una educacion conforme á su religion y nacimiento; pero su bello natural é inclinacion á lo bueno facilitaron mas que todo el deseado efecto de su educacion, y aunque tuvo esta en la corte, sitio muy peligroso para conservar un jóven, que lograba el favor del príncipe, la inocencia; con todo no le tocó el aire de sus máximas, pues le previno Dios con sus dulces bendiciones; dióle un corazon como nacido para la virtud, y una intencion tan recta, que no fueron capaces á pervertirle las vanidades del siglo. Como juntaba una singular circunspeccion, y gravedad de costumbres á su gran madurez de juicio y solidez de entendimiento, era tenido en la corte por uno de los jóvenes mas cabales de su tiempo; pero sobresaliendo principalmente en el manejo de los negocios, fió el rey á su cuidado el empleo de gobernador de las cosas públicas: cargo de mucha importancia entre los Godos, atendiendo mas á su mérito, que á su calidad.

No se entibiaron sus piadosos dictámenes con esta primera dignidad del reino: hicieron poca impresion en su espíritu los atractivos de una brillante fortuna y adelantamiento con que le esperanzaba su propio mérito. Inútilmente puso su virtud en la mayor prueba todo aquello que pudiera tentar á cualesquiera otro corazon menos desengañado, y menos sólido: nunca le deslumbraron las aparentes grandezas, de que tanto se paga el mundo. Inspiróle su virtud dictámenes y máximas mas conformes á la religion que profesaba; y así en medio de la corte vivía con el arreglo y devocion que pudiera un solitario. En prueba de lo cual, escribe San Ildefonso, que bajo el hábito secular cumplía los ejercicios monásticos con tanto amor al retiro, que el tiempo sobrante al cumplimiento de sus obligaciones lo pasaba en el monasterio Agaliense, continuo á la ciudad de Toledo,

florecente por entonces en la observancia regular, donde reunido con los monges, se ocupaba en las funciones del instituto, y oficios mas humildes de la comunidad.

Cuando todos aplaudian, y aun veneraban á Eladio como maravilla de la corte, le inspiró el Señor la resolucion de dejar el mundo para atender únicamente al importante negocio de su salvacion. Y siguiendo tan acertado impulso renunció el empleo, todos los honores y esperanzas con que le lisonjeaba el siglo, vistió el hábito de monge en el monasterio dicho, donde fueron tan conocidos los progresos que hizo en la virtud, y tan notoria su consumada prudencia, que muerto el abad de aquella casa, por aclamacion comun le eligieron por padre los religiosos muy contra su voluntad. Pero si bien se esmeró en enriquecer con bienes temporales el monasterio, mucho mas en aumentar los espirituales en sus súbditos con el fervor de sus sabios consejos, siempre acompañados con el ejemplo para hacer mas eficaces sus instrucciones.

Vacó por aquel tiempo la cátedra episcopal de Toledo por muerte de Aurasio, y todos pusieron los ojos en Eladio para sucesor de aquel prelado, digno del mayor elogio. Mas aunque se hallaba cargado de años, su prudencia, santidad y sabiduria le fortalecian con el valor necesario para gobernar diestramente tan vasta diócesis. No fué tan fácil rendir su voluntad, como lo fué la eleccion; pero sujetándose al yugo por obediencia, principió á ejercer las funciones de su ministerio como sabio y santo pastor. Todos sus desvelos tenian por objeto la perfeccion del estado eclesiástico, la reforma de las costumbres del secular, y el lustre del culto divino. Y esmerándose en el socorro de los necesitados, mereció el renombre de padre de los pobres. Basta para acreditar lo inagotable de su caridad el testimonio de San Ildefonso: *Las misericordias, y limosnas que hacia Eladio, dice el Santo, eran tan copiosas, como si entendiese, que de su estómago estaban asidos como miembros los necesitados, y de el se sustentaban sus entrañas*: observando para no defraudarles una frugalidad admirable en su mesa. El mismo S. Ildefonso añade que rehusó escribir, porque sus acciones laudables eran un continuo testimonio de cuanto podia imprimir en el papel para pública enseñanza.

Entre otros muchos hechos de este celebérrimo prelado, dignos de eterna memoria, fueron las vivas y eficaces instancias con que persuadió al rey Sisebuto para que espeliese á los judios de los dominios de España, que la inficionaban con su ceguedad, y alborotaban con sus genios; inquietos: experimentándose muy luego las conocidas ventajas de aquel destierro. Tambien se debió á su piedad la construccion del templo de santa Leocadia, donde fué sepultado con un epitafio espresivo de su nobleza, nacimiento y admirables acciones, es-

crito por San Ildefonso, á quien ordenó de diácono, y le sucedió en los empleos de abad y arzobispo en la primera cátedra.

En fin, despues de haber gobernado su obispado como un verdadero sucesor de los apóstoles por espacio de diez y ocho años en los tiempos de Sisebuto, Chintila, y principios de Sisenando, cargado de merecimientos falleció en el dia 18 de febrero del año 632; cuya muerte se cree muy verosimil ocasionó el sentimiento que concibió su corazon por los disturbios, y males que ocurrieron en España con motivo del violento despojo del rey Chintila por Sinenando, sugeto de grande ánimo y destreza en el arte militar, pero lleno de ambicion por reinar, el que pasando á Francia consiguió de Dogoberto auxiliarse con sus tropas sus intentos. La opinion de santidad de este escelente prelado fué entre los Godos celebrísima; y en prueba de su veneración pública escribe Pisa en la historia de Toledo, que le pintaban antiguamente con diadema, insignia de santidad conocida.

DIA XVIII.

San Teotonio Prior de Coimbra.

SAN Teotonio honor del estado eclesiástico, y decoroso ornamento de los canónigos regulares de San Aguslin, nació en la provincia de Galicia por los años 1080. Fueron sus padres Obeco y Eugenia, ambos descendientes de las familias mas nobles del pais, á la que añadieron la distincion de sus sobresalientes virtudes, y en fuerza de ellas no omitieron medio alguno de cuantos pudieran contribuir á dar al niño una educacion tan propia de su piedad como de su ilustre nacimiento; pero su bello natural, y su inclinacion á todo lo bueno facilitaron mas que todo el efecto de sus sanas intenciones. Habíalo prevenido Dios con sus mas dulces bendiciones, y correspondiendo á ellas fielmente Teotonio, se dejó admirar desde sus mas tiernos años por sus santísimas costumbres verdaderamente inmaculadas.

Dedicáronle sus padres á la carrera de las letras, y encargándose en sus adelantamientos su tio Crescencio obispo de Coimbra, le dió por maestro á su arcediano Tello hombre ejemplar y doctísimo, bajo cuya enseñanza hizo el ilustre joven grandes progresos asi en las ciencias como en la virtud. Murió Crescencio cuando se hallaba ya Teotonio instruido perfectamente, y pasando de Coimbra á la ciudad de Viseo, incorporado en el clero de la iglesia de Santa Maria, ascendió por sus méritos á la dignidad del Sacerdocio. Luego que se vió revestido con el sagrado caracter, solo pensó en hacer una vida mas per-

fecta, y no teniendo ocioso el ministerio que habia recibido, trabajó sin cesar en la salvacion de las almas, siendo siempre eficaces sus tareas, porque siempre iban acompañadas de sus edificantes ejemplos.

Precisóse Gonzalo obispo de Coimbra sucesor de su tío á que admitiese el priorato, ó curato de la misma iglesia de Santa Maria sin dar oídos á su humilde resistencia; y creyéndose Teotonio mas obligado por el nuevo empleo á ser un modelo perfecto del estado eclesiástico, lo consiguió á expensas de una conducta irreprehensible; pero no satisfecho con velar de continuo sobre sus súbditos para que desempeñasen el carácter de su profesion: siempre solícito, y siempre ansioso de que se celebrasen los divinos oficios con la mayor decencia, dió á su iglesia preciosísimas alhajas de su propio patrimonio.

Quiso visitar personalmente los santos lugares de Jerusalem; y habiendo dejado en el priorato á un compañero suyo llamado Honorio, partió á satisfacer su devocion en traje de peregrino, haciendo este viage con mucha pobreza, y predicando humildad y penitencia en su vestido, y en su porte. Con la vista de aquellos monumentos de nuestra dicha, y con la consideracion de los misterios que en ellos obró nuestro Redentor, se renovaron en el corazon de Teotonio los afectos de la mas tierna piedad, á que fueron consiguientes el tedio, y el disgusto de todas las cosas de la tierra. De aquí provino, que habiendo vuelto de su laboriosa expedicion, por mas que le rogó, y le suplicó Honorio sobre que tomase el priorato, siempre se mantuvo inflexible en no admitirle, por no verse en la precision de ejercer los oficios de superior: bien que no por esto dejó de predicar la palabra de Dios á su pueblo, de socorrer á los pobres, de visitar á los enfermos, en substancia, satisfizo todas las funciones de su ministerio eclesiástico sin aceptacion de personas.

Tenia Teotonio muy presente la memoria de los venerables lugares de la capital de Palestina; y no pudiendo olvidar aquellos tiernos afectos de devocion que concibió con su vista, volvió segunda vez á visitarles, á fin de imprimir nuevamente en su corazon la dolorosa passion y muerte de Jesucristo, que era la materia mas frecuente de sus meditaciones. La misma diligencia practicó en todos los lugares memorables de la Tierra Santa; y volviéndose á Jerusalem, se mantuvo algun tiempo en la iglesia del Santo Sepulcro propia de los canónigos reglares que en ella estableció Godefrido cuando recuperó la ciudad Santa, ocupándose en fervorosas oraciones, y en la mas alta contemplacion de las eternas verdades. Edificados aquellos canónigos de la conducta y de la devocion del Santo, le suplicaron encarecidamente que se quedase en su compañía; pero aunque sus deseos no eran otros, con todo les respondió, que por entonces no podia con-

descender con sus ruegos, hasta dejar dispuestas todas las cosas de su casa.

Partió á este fin á España, y llegó á Coimbra en tiempo que su maestro al arcediano Tello con otros varones piadosos habia dado principio al monasterio de Santa Cruz con anuencia del rey Alonso I. y del Obispo de la ciudad, con el noble objeto de dedicarse al servicio del Señor bajo la regla de San Agustin; y conociendo todos los interesados en el establecimiento, que podia Teotonio dar mucho lustre á aquella nueva casa, le persuadieron que desistiese de su propósito sobre volver á Jerusalem, cuando podia ser util á muchos en su misma patria. Cedió el Santo á las súplicas de sus amigos; y habiendo distribuido sus bienes, parte en en la iglesia de Viseo, parte en los pobres, y parte en la fábrica de Santa Cruz, se unió á la ilustre Colonia que entró á poblar aquel célebre monasterio. Tratóse de la eleccion de prior, y recayó esta por consentimiento comun de todos en la persona de Teotonio muy contra su voluntad. En vano solicitó excusarse por cuantos medios le sugirió se profunda humildad, confesando ingenuamente su ineptitud y su debilidad para el desempeño del empleo, porque como á todos constaba su eminente virtud, y su consumada prudencia, insistiendo en la eleccion, le fue preciso obedecer.

Luego que el santo se vió á la frente de aquella ilustre comunidad, todo su pensamiento, y todo su conato fue dar todo el lleno á la alta idea de perfeccion á que conspiraba la regla que habia abrazado. Creyóse obligado por su empleo á promover en sus súbditos la vida comun que era el punto principal del establecimiento; y aplicando todas sus atenciones á la consecucion de este fin, lo consiguió con sus sabias, y precedentes exhortaciones, tanto mas eficaces, quanto acompañadas siempre de sus grandes ejemplos. En efecto la justificada conducta del nuevo Prior, la inocencia de sus costumbres, la puntual asistencia á los officios divinos, el particular amor que profesaba al retiro, su evangélica pobreza, y sobre todo aquel ardiente zelo que manifestaba por la disciplina regular; pero siempre templado con una suma prudencia y con una santa suavidad, hicieron amables sus preceptos, al mismo tiempo que dieron á conocer quanto puede en una comunidad el ejemplo de un superior prudente y santo.

Aunque en todo género de virtudes se hizo el ilustre Prior digno de la admiracion de todos, en la que brilló incomparablemente fue en la amorosa caridad para con los pobres, y en la compasion para con los miserables. Hizo el rey Alfonso de Portugal hijo del grande Enrique varias expediciones contra los moros de Andalucia; y volviendo victorioso, trajo entre los cautivos Africanos muchos cristianos Mozárabes, esto es, de los que vivian mezclados con los Arabes. Súpolo el santo Prior, y aunque nunca se dejó ver fuera de la puerta

de su monasterio, saliendo en esta ocasion al rey, le ponderó de tal suerte el grande pecado que cometia un Manarca católico en traer cautivos á los cristianos, que compungido Alfonso al oír tan justa reprehension, dió libertad á mas de mil hombres, sin contar los niños, ni las mugeres; pero no satisfecho el santo con esta accion verdaderamente heroica, les dió sitio para que habitasen cerca del monasterio, y les mantuvo muchos años como si fuese padre de todos.

Mucho contribuyó para dar mas realce á la eminente virtud de Teotonio la multitud de prodigios que hacia diariamente, sanando maravillosamente á innumerables enfermos, espeliendo á los demonios de los cuerpos humanos que atormentaban, y librando á no pocos cautivos cristianos del poder de los Agarenos: no siendo el menor de todos sus portentos la inalterable tranquilidad que conservaba en medio de una multitud de gentes de toda clase que concurría al monasterio á ver al siervo de Dios para aprovecharse de las singulares gracias que le concedió el cielo, y de sus saludables instrucciones; pareciendo á todos en las dulces palabras con que les hablaba, y en los amorosos afectos con que atendía al socorro de sus necesidades, que trataban no con un hombre sino con un ángel en carne humana. Por este alto concepto se grangeó la estimacion de todo el reino de Portugal, y de Galicia, donde era venerado como oráculo celestial; pero distinguiéndose sobre todos en el aprecio el rey Alfonso I: no intentaba empresa alguna que no fuese con aprobacion del ilustre Prior, en cuyos méritos tenia colocada su confianza. Sintió este religioso príncipe la fortaleza de Santaren ocupada por los moros; y manifestando al santo que determinaba dar el peligroso abance, despues de largo tiempo que la tuvo cercada, para que le ayudase con sus poderosas oraciones, hechas estas con toda su comunidad á pie descalzo en el mismo dia del asalto, entró triunfante el rey en aquella importantísima plaza. No fue esta sola la gloriosa empresa que consiguió Alfonso con la proteccion de Teotonio: coligáronse cinco reyes moros para detener los progresos del valeroso príncipe; y recurriendo éste á las poderosas armas de la oracion del santo, consiguió de todos una completa victoria, llegando á ser el terror de las Lunas Agarenas.

Deseaba Teotonio descargarse del cargo de superior para dedicarse únicamente al servicio del Señor: rogó, suplicó, y pidió á su amada comunidad que le concediesen este consuelo; y admitida su renuncia, despues que disfrutó su sabio y prudente gobierno en el dilatado tiempo de veinte años, hizo que se eligiese en su lugar á su discípulo Juan Teotonio varon verdaderamente digno de sucederle en el empleo. Libre ya del peso que tanto le affigia, se entregó á los excesos de su fervor, y á una mortificacion sin limites, pasando en

oracion los dias y las noches, gozando por medio de su íntima comunicacion con Dios, aquellos destellos de la bienaventuranza con que el Señor endulza los rigores, y los trabajos de sus fidelísimos siervos. De aquí provenian aquellos frecuentes raptos, y aquellos admirables éstasis que padecia de continuo el santo, indicios nada equívocos del encendido amor con que se hallaba abrasado, prorrumpiendo muy de ordinario aquellas espresiones del real Profeta: *Me he alegrado en las cosas que se me han dicho, irémos á la casa del Señor.*

Cuando el siervo de Dios estaba tan distraido de todo lo terreno, tuvo una vision en la que le pareció que se hallaba en una torre eminente, desde donde veia venir hácia sí un varon respetable, que por las señas conoció ser el apóstol San Pedro, el que le decia con dulcísimas palabras: *Ten buen ánimo Teotonio, que en breve tendrán fin tus trabajos, pasando á gozar la vida eterna; y da á Dios gracias por los beneficios que te ha concedido.* Conoció el Santo por esta vision que se acercaba el tiempo de pagar el tributo impuesto á los mortales; y redoblando su fervor, hizo nuevos esfuerzos para purificar su inocencia. No es fácil amor de Dios mas encendido, mas generoso, ni mas tierno que el que manifestó esta dichosa criatura en el último periodo de su vida. Recibió los últimos sacramentos; y habiendo dado á su comunidad los mas saludables consejos, puesto sobre ceniza en saco de penitencia segun la piadosa costumbre de aquellos tiempos, entregó su alma en manos del Criador en el dia 18 de Febrero del año 1442.

Quiso Dios acreditar la gloria de su Siervo con estupendos prodigios: poco antes de espirar Teotonio, se vió descender del Cielo un globo de estrellas en medio del claustro del Monasterio de Santa Cruz tan resplandeciente, que llenó de admiracion á todos cuantos lo vieron; y luego que murió el Santo, quedó su rostro con tanta serenidad, y con tanta hermosura, que no dejó duda á los asistentes de la felicidad que gozaba su alma; lo que contestó el mismo enemigo de la salvacion con señales nada equívocas de no haber tenido la mas mínima parte en aquella alma dichosísima. Tuvieron los canónigos dos dias enteros el venerable cuerpo para satisfacer la devocion de la multitud de gentes que concurrió á tributarle los últimos obsequios; y hechos los oficios funerales con la mas solemne pompa, le dieron sepultura bajo la concavidad del Altar del Capitulo de la misma Casa. Allí se mantuvo en grande veneracion hasta el año 1650, en el que le trasladaron los Canónigos Regulares á un magnífico sepulcro de jaspe primorosamente trabajado, excepto un brazo que se dió á la Iglesia de Viseo donde habia sido Cura.

DIA XIX.

S. Beato presbitero.

Dios que elige las cosas necias, y humildes al parecer del mundo para confundir á los sabios y soberbios de él, eligió á San Beato humilde Presbitero, bien que insigne en doctrina, y en santidad, para abatir el orgullo de Elipando Arzobispo de Toledo, protector del error que perturbó en su tiempo la tranquilidad de la Iglesia de España. Había tenido este prelado por maestro en su juventud á Felix natural de Francia, hombre de un ingenio perspicaz, y de una vasta erudicion; pero dejándose llevar despues que ascendió á la dignidad de Obispo de Urgel del fanatismo, que por lo comun preocupa el entendimiento de los hereges, tuvo la fragilidad de sostener con un empeño indiscreto, y con un teson irregular, que Jesucristo era hijo adoptivo del eterno padre, contra lo que espresamente enseñan las Sagradas Escrituras. Persuadió este error á su discípulo Elipando; y como se hallaba colocado en la Cátedra principal de España, abusando de su autoridad, procedió por escrito primeramente, y despues con anatemas contra todos los Obispos y Presbíteros de la Nacion que impugnaban su pestífera doctrina.

Afeada la hermosura de la iglesia de España por el Prelado mas principal y poderoso de ella, asi como en otro tiempo previno Dios á un David contra el soberbio Goliath, sacó de las selvas á San Beato para que pelease gloriosamente contra el jactancioso Arzobispo, que lleno de una vana presuncion, quiso avasallar á los defensores de la fe ortodoxa. Nació este héroe en las ásperas montañas de Liebana de las nobles familias de los mas antiguos Asturianos: educóse en la religion cristiana, y aplicado á los estudios, hizo en las ciencias grandes progresos, y con especialidad en las Santas Escrituras, de las que adquirió una perfecta inteligencia. Eligió el estado eclesiástico con el laudable objeto de dedicarse enteramente al servicio del Señor, y habiendo ascendido por sus relevantes méritos á la dignidad del sacerdocio. Luego que recibió el sagrado carácter, solo pensó en hacer una vida mas perfecta; y no teniendo ocioso el Ministerio, trabajó infatigablemente por conservar el sagrado depósito de fe en la misma pureza que la habian prêdicado los Apóstoles. Oyó la errónea doctrina que queria introducir en España el Arzobispo de Toledo, y revestido de aquel santo zelo, y de aquel valor que cons-

títuye el carácter de los varones Apostólicos, comenzó á predicar el dogma católico por toda aquella region, declamando con el mayor ardor contra la herética novedad.

Conservaba Beato una íntima amistad con San Eterio Obispo á la sazón de Osma, fundado este estrecho vínculo en la unidad de religion, en la conformidad de costumbres, y en la uniformidad de sentimientos; y reuniéndose ambos héroes en la gloriosa empresa de proceder acordes por palabras, y por escritos contra Elipando, y contra Felix protectores del error, predicaron y enseñaron por todos los pueblos la doctrina católica con tanto zelo, y con tanta actividad, que á sus eficacísimas diligencias se debió el que regresasen muchos al gremio de la Iglesia arrepentidos de haberse dejado seducir de los maestros de perdición.

Sintió Elipando en el alma la oposicion de los dos ilustres héroes; por la que lleno de soberbia y de altivez, se quejó agriamente de ellos como despreciadores de su alto carácter, y de su suprema autoridad en una carta que escribió á cierto abad de Asturias llamado Felix, á quien dió comision para que les notificase su determinacion. Decia en la carta el vano Arzobispo (hablando de Beato) ¿quién oyó jamás que un hombre Asturiano vagante por esas montañas se atreva á corregir, y á enseñar á los Toledanos? Bien podia tomar ejemplo del obispo Atearico, que habiendo oido las espresiones de los impugnadores de opinion, recurrió á nuestra cátedra, rogándonos con humildad que le manifestásemos qué era lo que debia creer; pero confiamos en Dios que hemos de estirpar de esas montañas la heregia Beaticana, sostenida tambien por Eterio que como jóven se dejó engañar de Beato, hombre silvestre y hablador; y así (prevenia al Abad) amonéstales que desistan de su terquedad, pues de lo contrario les heriremos con la formidable espada de la anatema.

Notificó Felix la carta del orgulloso Elipando á Beato y á Eterio, creyendo que respetarian la autoridad de un Arzobispo como el de Toledo; pero estuvieron tan lejos de acobardarse con las amenazas de aquel soberbio Goliat, que animados de un nuevo zelo, le respondieron de comun acuerdo con una especie de simbolo arregtado á las Santas escrituras, á las definiciones de los concilios, y á los sentimientos de los Santos padres. Y no satisfechos con este documento digno de eterna memoria, escribieron ambos una apología en defensa del dogma católico que era el asunto de la controversia; y esparciéndole por toda la Nacion, desengañaron á muchos que preocupados con los paralogismos de los hereges, habian seguido el partido de la novedad.

Quisieron sin embargo sostener con pertinacia Felix y Elipando su perversa opinion; pero declamando incesantemente contra ellos los

dos ilustres defensores de la doctrina ortodoxa, fueron condenados aquellos poderosos Gefes en el concilio que se celebró en Franfort de orden del Emperador Carlo Magno, al que asistieron como Legados de la Santa Sede Teofilato, y Esteban y como nuncios de la Iglesia de España Eterio y Beato. Manifestaron estos á los padres de aquella eclesiástica asamblea los vicios, y las enmiendas que Elipando y Felix habian introducido en los códigos eclesiásticos, y en los escritos de los Santos padres Españoles para sostener su error, acreditando por los originales que exhibieron, que jamás hubo en héroes de tan conocida santidad, y de tan eminente sabiduría la mas mínima espresion que favoreciese á la execrable novedad; y no satisfechos con esta manifestacion, contribuyeron á que se les impusiese por el concilio la merecida anatema en justo castigo de su obstinada pertinacia; cuya pena aprobó el papa Adriano con todas las actas de aquel célebre sinodo, mandando que se admitiesen en todas las Iglesias.

Supo Elipando cuanto se determinó en Franfort, y queriendo dar á todo el orbe cristiano un testimonio público de su reconocimiento, habiendo convocado un concilio en Toledo, ofreció á los padres una confesion de fé católica, en la que protestaba creer que Jesucristo era hijo natural del padre y no adoptivo como sostuvo hasta entonces lleno de preocupacion, corroborando el artículo con las espresiones del símbolo de San Atanasio; en virtud de lo cual, y de la sinceridad de su arrepentimiento fue reconciliado con la iglesia. De este hecho resultó el que conociendo el mismo Arzobispo, que Beato, y Eterio habian sido los mas acerrimos defensores de la doctrina Católica, les pidió humildemente perdon, y contrajo con ellos una estrechísima amistad que conservaron hasta la muerte.

Serenadas las disensiones cismáticas que perturbaron la paz de la iglesia de España, se aplicaron los dos ilustres héroes de la religion á extinguir del todo algunas dispersas y mal apagadas chispas que habian quedado en la nacion, no obstante la solemne adjuracion del principal gefe de la herética novedad. Hiciéronlo con tanta vigilancia y con tanta actividad, que á espensas de su infatigable zelo, y de sus sabias é ingeniosas exhortaciones consiguieron desarraigar del todo el contagio del nocivo veneno. Lograda esta apetecida felicidad se retiró Beato á Baldecaba ó Balcabado, lugar sito á la raya de las montañas de Liebana en el Obispado de Leon cerca de un pueblo llamado Saldaña, donde soltando las riendas á su fervor, se ocupó en fervorosas oraciones, en rigurosos ayunos, y en asombrosas penitencias; pero sin perder jamas de vista el estudio de las santas Escrituras, que fue siempre el objeto de todas sus atenciones, cuya meditacion le hizo escribir un libro sobre los misterios del Apocalypsis con admirable orden, obra verdaderamente digna del mayor aprecio. Siguió al-

gunos años con este tenor de vida mas angélica que humana, hasta que queriendo el Señor premiar sus grandes merecimientos, le llevó para sí en el día 19 de Febrero á fines del siglo VIII. Su cuerpo fue sepultado en Baldecaba, y dignándose Dios hacer célebre el sepulcro de su fidelísimo Siervo con portentosos milagros, fue elevado despues de tres años del primer depósito á su magnífico sepulcro de marmol donde se conserva en grande veneracion en la iglesia de su nombre, escepto un brazo, que engastado preciosamente, se guarda separado para darle á adorar á los enfermos, que concurren á implorar el patrocinio del Santo, venerado por los naturales con el nombre de San Vieco.

DIA XIX.

San Alvaro de Córdoba confesor.

UNO de los varones ilustres que florecieron en España en el siglo XIV. fue San Alvaro, decoroso ornamento del orden Dominicano, tan célebre por su santa vida como por sus hechos portentosos. Nació este héroe verdaderamente digno de los mas altos elogios en la ciudad de Córdoba, de la excelentísima casa de los Duques de este título, tan distinguida por su calificada nobleza como por los méritos personales de sus descendientes. Fueron sus padres D. Martin Lopez de Córdoba primer Maestre del orden de Alcántara, y D.^a Sancha Alonso Carrillo, á quien dan algunos el apellido de Valenzuela, los cuales pusieron al niño en la pila bautismal el nombre de Alvaro; si no en memoria de alguno de sus ascendientes, acaso con respeto á otro Alvaro íntimo amigo, y condiscípulo de san Eulogio, cuya veneracion movió á muchas personas de España á tomar su nombre. Criaron á nuestro Santo sus nobilísimos padres con aquel cuidado que les inspiró su amor y su piedad; pero como en él notaron desde luego aquellas disposiciones de naturaleza y gracia que no solo allanaron, sino que facilitaron el camino de la virtud, costóles poco trabajo conseguir el efecto de su educacion. Habíalo dotado Dios de un corazon dócil, noble y generoso, de una inclinacion como natural al retiro, de unos modales gratos, apacibles, y cultos, y reuniendo á todas estas gracias un horror sumo al pecado, no tuvo de niño otra cosa que la inocencia, ni en él se notaron aquellos pueriles entretenimientos que son regulares en la tierna edad; pues todo su gusto, y toda su complacencia la tenia en frecuentar los templos y casas de religion, y en asistir con una devocion extraordinaria á los divinos oficios.

Admirados sus padres de las escelentes inclinaciones de Alvaro,

no omitieron medio alguno de cuantos pudieran contribuir á perfeccionar sus nobilísimas ideas. Buscáronle los mas sabios y religiosos maestros para que le enseñasen las letras y las virtudes; y como se hallaba dotado de unos talentos extraordinarios, y de una piedad singularísima, hizo en muy breve tiempo grandes progresos asi en aquellas como en las ciencias de los santos. Al amor que el ilustre jóven profesaba á la virtud se siguió naturalmente el tedio de las cosas del mundo; hicieron poca impresion en el corazon de Alvaro las esperanzas de los mas altos empleos con que le tentó la fortuna, lisongeándole con que eran debidos á su distinguido nacimiento; pues el deseo de trabajar únicamente en el negocio importante de su eterna salvacion tuvo para él mas atractivo que todos los bienes terrenos.

Como Alvaro juntaba con la pureza de sus costumbres una grande solidez de entendimiento, descubrió sin dificultad los lazos que el mundo pudiera armarle para que siguiese sus vanidades: observó las licenciosidades de los jóvenes de su calidad y de su tiempo, y conociendo por ellas los peligros á que está espuesta la salvacion en el siglo, resolvió buscar asilo á su inocencia en el retiro de algun claustro religioso. Pusó los ojos en el convento de San Pablo de Córdoba del órden Dominicano, floreciente por entonces el primitivo fervor con que fundó el institute su querúbico Patriarca: pidió el Santo hábito con humildes ruegos, y como constaban á toda la comunidad las excelentes virtudes del ilustre jóven, fue admitido con universal gozo de todos los religiosos, persuadidos que con el tiempo daria á la religion mucho honor y mucho lustre un sugeto, que si bien distinguido por su nacimiento, lo era mucho mas por sus personales prendas. Ningun novicio entró en la religion con vocacion mas verdadera, ni ninguno le excedió en la exactitud de la observancia regular. En efecto, su profunda humildad, su pureza angélica, su ciega obediencia, su silencio, su modestia, su puntual asistencia á los oficios Divinos, y sobre todo las estraordinarias mortificaciones con que castigaba su inocente cuerpo, eran miradas como prodigios de la gracia por los mas ancianos Religiosos, á quienes servía de ejemplo, y de admiracion su devocion y su fervor. Hizo su solemne profesion, manifestando con las mas claras, y mas espresivas voces el eficazísimo deseo que ardía en su corazon de satisfacer los votos esenciales que prometía al Señor en aquel acto, los que cumplió sin el menor defecto en el discurso de su religiosa carrera.

No se contentaba el siervo de Dios con los oficios y con los santos ejercicios de la comunidad; añadió otros muchos de devocion con el deseo de santificarse mas y mas cada dia. Concluidos los maitines pasaba el resto de la noche en fervorosa oracion, en visitar los altares del templo, y en satisfacer sus amorosos afectos para con la

Santísima Virgen ante una efigie de la señora, que con el título de las Angustias se venera en la capilla del consuelo, cuyo doloroso espectáculo le servía del mas espresivo objeto para fomentar en su corazón las impresiones mas vivas de los misterios de la pasión y muerte de nuestro Redentor, que era la materia mas frecuente de sus piadosas meditaciones, hermoseando con la serie alternativa de estos santos ejercicios su alma, al paso que ilustraba su entendimiento con el estudio de las facultades de la filosofía, de la teología y de las sagradas letras, dejándose ver á un mismo tiempo docto y santo, sabio y perfecto.

Mandáronle los superiores que recibiese el órden sacerdotal, y aunque toda su vida fue una continua preparacion para el ministerio, con todo quiso disponerse con un nuevo fervor, conociendo la alta dignidad á que se eleva el hombre por el sagrado caracter. La conducta ejemplar que observó en este tiempo, facilitó la gracia con que el Espíritu Santo concluyó en él la imágen del hombre perfecto, llenándole de sus dones por la imposicion de las manos del obispo que le confirió los órdenes, cuya plenitud acreditó en todas las ocasiones que celebraba el santo sacrificio, manifestándose en el altar como un abrasado serafin en el amor para con la víctima inmaculada que ofrecía al Eterno Padre.

Quisieron los religiosos aprovecharse de los extraordinarios talentos del santo, y lo destinaron á que leyese artes y teología en el convento de San Pablo de Córdoba. Hizolo Alvaro con tanto acierto en ambas facultades, que le obligaron á que enseñase en público la sagrada escritura, de la que tenia una superior inteligencia. Sabia muy bien el santo cuan importante era esta ciencia para desempeñar el objeto principal del instituto de los religiosos predicadores, y por lo mismo se esmeró en semejante enseñanza, teniendo el consuelo de que saliesen de su escuela muchos célebres discípulos que hicieron grande fruto en la Iglesia, al paso que dieron mucho honor á su Maestro.

No llenaban el corazón de Alvaro tan laudables tareas, puesto que el principal objeto de todas sus atenciones era la conversion de las almas. Con esta mira se dedicó al ministerio apostólico de la predicacion, en unos tiempos que era necesario nada menos para predicar con fruto que unos hombres de los talentos, de la virtud y de la reputacion que el santo. Hallábase Europa y por consiguiente España hecha un lastimoso teatro donde se dejaban ver estragadas las costumbres, introducidos los vicios, y aun aplaudidos los errores, efectos todos del dilatado cisma de los tres Antipapas, con los nombres de Benedicto XIII. Gregorio XII. y Juan XXIII. que pretendian la cátedra apostólica, tres monstruos que perturbaban la tranquilidad de

la Iglesia sin otros muchos que nacieron de sus respectivas parcialidades: á esto se agregaban en España las sangrientas guerras que ocurrieron en ella, resonando por todas partes el estruendo de las armas, sin que la autoridad del Legado apostólico Guidon destinado por el Papa para establecer la paz entre las coronas de Castilla, de Aragon, y de Portugal, hubiese podido ajustar cosa alguna, aun habiéndose valido de la asistencia de fray Lorenzo Ripauda, religioso respetable del orden de Santo Domingo, hombre de singular instruccion, y de un manejo extraordinario en las materias del Estado.

En esta lamentable época quiso Dios que se presentasen en público San Alvaro de Córdoba, y San Vicente Ferrer, hijos del Patriarca Santo Domingo para el remedio de tanto daño, dejándose ver ambos en el candelero de la Iglesia como dos antorchas luminosas capaces de desterrar las tinieblas de la ignorancia, y de las preocupaciones. De dicaronse á un mismo tiempo al ministerio apostólico de la predicacion con el noble objeto de combatir desde el baluarte de la cátedra del Espíritu Santo un desorden tan general que amenazaba la destruccion de casi toda la Europa; siendo el asunto mas frecuente de sus sermones la terribilidad del juicio particular, y del universal para despertar á los hombres del profundo letargo en que se hallaban dormidos.

Como á los extraordinarios talentos, y á la gran sabiduria de Alvaro se agregaba el concepto general que todos tenian de su eminente virtud, luego que se presentaba en el púlpito, y que comenzaba á comunicar á los concursos el ardiente fuego de amor divino que ardia en su pecho, se sentian los oyentes movidos á compuncion, y acompañada siempre la divina gracia de su apostólico zelo, lograba en cada uno de sus sermones admirables conversiones de pecadores arrepentidos, sin que hubiese alguno tan obstinado que pudiese resistirse á su triunfante elocuencia. Córdoba y los pueblos de su comarca fueron el primer teatro donde sembró Alvaro la semilla de la palabra de Dios, á quien rindió los frutos abundantísimos que podian esperarse de la actividad de semejante operario; pero como su zelo infatigable no podia limitarse á los cortos espacios de aquel territorio, estendió sus conquistas á las provincias de Andalucía, de Castilla, de Toledo, de Estremadura, de Portugal, y aun de Italia; haciendo todas estas penosas expediciones á pie descalzo, sin otra prevencion que la de su báculo, su breviario y su biblia, contribuyendo no poco al logro de la copiosa cosecha que en todas partes hizo para el divino labrador, su modestia, su humildad, su mansedumbre, y su desinterés verdaderamente apostólico.

Estando Alvaro en Italia ocupado en las funciones de su mision, quiso visitar personalmente los santos lugares de Jerusalem, donde

se obraron los misterios de nuestra reparacion: emprendió la peregrinacion de la tierra santa, la que hizo con mucha pobreza y con grandes trabajos, predicando con su porte, y con su humilde traje penitencia. Empleó mas de un año en la veneracion de aquellos adorables monumentos regados con la sangre de Jesucristo; y habiendo quedado mas vivamente impresa en su corazon la memoria de la dolorosa pasion y muerte del Señor con la vista de aquellos santos lugares que se conservaban entre los infieles por una particularísima providencia, lleno todo en amorosos afectos para con el Redentor del mundo, volvió á Italia á continuar su apostólico ministerio. Tres años gastó fuera de España en tan laudables expediciones, y volviendo á la nacion sin cesar de predicar en todos los pueblos por donde hizo tránsito, llegó al principado de Cataluña con el mismo designio, donde hasta hoy se conserva la memoria de la predicacion, y de la santidad de Alvaro.

No es facil explicar los trabajos, y las penalidades que padeció el Santo en semejantes expediciones; pero lo mas de maravillar fué, que ni en sus dilatados viages, ni en sus mayores fatigas, ni en sus continuas misiones jamás se dispensó un punto de la observancia religiosa, ni aun las enfermedades fueron bastantes para que mitigase el rigor de sus ayunos y de sus asombrosas penitencias.

Ya establecido en España, se hallaba en Valladolid la reina Doña Catalina mujer de Enrique III. fatigada de tan gravísimos negocios, que cada uno era bastante para rendir el ánimo menos generoso que el de esta soberana. Deseaba tener cerca de su persona un sugeto de conocida virtud, de consumada prudencia, y de gran sabiduria para que la dirigiese. No ignoraba que todas estas prendas concurrían en Alvaro; y aunque le constaba que su corazon se hallaba muy distante de apetecer honoríficos empleos, como lo tenia acreditado la experiencia en las generosas renunciaciones de las mayores dignidades Eclesiásticas á que quiso promoverle, con todo le ordenó que pasase á Valladolid para encargarse de la direccion de su conciencia. Escusose el siervo de Dios representando á la reina su insuficiencia, y la falta de instruccion para desempeñar tan arduo empleo; pero creciendo en Doña Catalina los deseos al paso de la humilde resistencia de Alvaro, le mandó con firme resolucion que aceptase el encargo.

El estado en que se hallaban las cosas de Castilla quando se le obligó al Santo á que admitiese el Confesonario, era el mas crítico y mas delicado: á la soledad de la Reina viuda se agregaban las solicitudes de algunos grandes, y con especialidad del condestable Ruy Lopez de Abalos, sobre querer dar el Reino de Castilla al Infante Don Fernando hermano del Rey difunto, quitándolo injustamente á su hijo Don Juan el Segundo legítimo sucesor á la Corona: añadiase

á esto las dificultades que habia que vencer para que criase Doña Catalina al Príncipe, pues en virtud de lo dispuesto en el testamento de su padre, tenian, ó pretendian tener derecho á esta educacion Don Diego Lopez de Zúñiga Justicia mayor de Castilla, y Don Juan de Velasco; á lo que se aumentaba la division de gobiernos en las provincias, fiadas unas al de la Reina, y otras al del Infante Don Fernando, mientras durase la menor edad de Don Juan, con total independencia el uno del otro, en fuerza de la última voluntad del difunto, que no quiso que se gobernasen á una voz por ambos tutores. A estos gravísimos cuidados que tenian á la Reina en un continuo sobresalto, se agregaban otros de mayor momento, nacido el uno de las turbaciones que se suscitaron en Aragon sobre la sucesion á aquella Corona, y el otro del dilatado cisma que tenia á la Iglesia en una continua inquietud. Facil es de creer la impresion que haria en el corazon de Alvaro la idea que ofrece el plan de este lastimoso estado; pero como no confiaba en sus propias fuerzas, sino en Dios, cuya asistencia imploraba de continuo con fervorosas oraciones, con rígorosos ayunos, y con asombrosas penitencias; portándose como diestro piloto en el Oceano de tantos escollos, supo con su gran sabiduria, con su consumada prudencia, y con su eminente virtud providenciar los medios mas oportunos que exigian tan críticas circunstancias, logrando á espensas de su infatigable actividad, el sosiego de la Reina, y la tranquilidad de tan fatales perturbaciones; para lo cual llamó en su ayuda á San Vicente Ferrer, quien contribuyó con no menor zelo al fin deseado, oyéndose el dictamen decisivo de ambos, como de dos oráculos del cielo.

Murió la Reina Doña Catalina á quien asistió San Alvaro hasta los últimos alientos, y como habia impreso el Santo en el tierno corazon de su hijo Don Juan el Segundo desde sus primeros años todas las ideas de justificacion que son capaces de formar á un príncipe Cristiano, quiso éste que se encargase de la direccion de su conciencia, bien entendido de los efectos que produjo en su madre todo el tiempo que la confesó. Molestaban mucho al Siervo de Dios las inquietudes que sobrevinieron en el reinado de Don Juan; y como todas sus ansias eran por el retiro de la corte para disfrutar los dulces consuelos que el Señor comunica á sus siervos en la soledad, conociendo la repugnancia del Rey en concederle este permiso, se valió del prudente arbitrio de ir disponiendo su Real ánimo para el logro de su fin.

Luego que se celebró el concilio de Constanca, y se estinguió en él el lastimoso cisma con la legitima eleccion de papa hecha en la persona de Martino V., persuadió Alvaro al Rey Don Juan, que pidiese á su nombre Bula á su Santidad para fundar seis conventos de Predicadores en castilla, en los que viviesen en la mas rígida ob-

servancia regular; á fin de ir desterrando por este medio la relajacion y los abusos que se habian introducido en las Religiones en el dilatado tiempo que duró el cisma de los tres Antipapas. A la concesion de este Breve Apostólico, se siguió el capítulo general que celebró en Florencia la orden de Santo Domingo en el año 1421, en el cual se resolvió, que en cada una de las provincias se erigiese de nuevo al menos un convento de Recoleccion donde se guardase la mas estrecha religiosidad, la que observasen cuantos tomasen en ellos el hábito, ó los que se retirasen á semejantes casas á vivir con mas rigor. Luego que Alvaro tuvo noticia de esta determinacion, le pareció conveniente suplicar al Rey que le concediese licencia para ser uno de los primeros que pusiese en ejecucion la determinacion del capítulo. Pidió este favor á Don Juan el segundo postrado á sus pies, bañado en tierno llanto, por premio del afecto que le profesaba, y de los trabajos que habia padecido en el tiempo de su educacion. No pudo contener las lágrimas el piadoso Monarca á la vista de aquel humilde rendimiento; pero no queriendo impedir los nobles designios del Siervo de Dios, levantándole del suelo entre sus brazos, le concedió á pesar de su entrañable sentimiento, la licencia que apetecia con una suma cuantiosa para la fundacion de un convento segun sus ideas.

No cabe en esplicacion el gozo que concibió Alvaro luego que tuvo tan deseado permiso; y pareciéndole dilatado tiempo todos los instantes que se detenia en la corte, partió á Cordoba inmediatamente á poner en ejecucion su proyecto. La primera diligencia que hizo fue inspeccionar el sitio donde habia de fundar, puesto que sus deseos no eran otros que erigir el convento en un lugar retirado de todo el comercio humano, proporcionado para el silencio, y para la contemplacion; pero no tan distante de Cordoba, que no pudiesen los religiosos concurrir á la ciudad sin incomodidad á predicar la palabra de Dios, que era el objeto principal de su Instituto. Con esta mira hizo eleccion de un sitio en la Sierra como una legua distante de Córdoba, en la heredad llamada por entonces la torre de Berlanga, la que compró á sus dueños á nombre de la religion; y en el dia siguiente al otorgamiento de la Escritura, que fue en el 15 de Junio de 1423 dió principio á la fábrica del convento, que intituló Santo Domingo de Escala-cæli. Consumió en muy breve tiempo la suma que le dió el Rey en la compra del terreno, y en el coste crecido de los materiales; pero como el Santo tenia colocada su esperanza en Dios, no le faltó la divina providencia, ya moviendo á muchas personas piadosas para que le diesen cuantiosas limosnas, y ya suministrándole por ministerio de los ángeles los materiales precisos, como sucedió repetidas veces cuando careció de ellos.

Tenia determinado Alvaro formar el convento en disposicion que imitase en lo posible la situacion de Jerusalem, y de los santos lugares que se veneran en ella, altamente impresos en su corazon quando los visitó personalmente; y obrando con esta idea, hizo varios oratorios contiguos al monasterio que representasen los sagrados monumentos de la capital de Palestina, para que los religiosos en tiempo y horas cómodas pudiesen dedicarse en ellos al santo ejercicio del Via-Crucis; lo que sirvió para que no solo en Córdoba, sino en otras muchas partes lo ejecutasen los fieles, conociendo la utilidad espiritual de tan piadosa institucion.

Concluida la fábrica material del convento, entró en él San Alvaro con algunos compañeros poseidos de sus mismos sentimientos á observar la mas exacta religiosidad sin frívolas interpretaciones, sin violentas glosas, ni relajados abusos, que á pretexto de costumbres suelen introducirse en las religiones; para lo cual dispuso que se guardase en la comunidad un profundo silencio, una abstinencia total de carnes, un ayuno rigoroso, una asistencia puntual al coro, y una suma distraccion de todo el comercio humano. Añadió á esto otras muchas constituciones, que sobre los votos esenciales del instituto contribuian al logro de sus intenciones; y siendo Alvaro como el alma de toda aquella ilustre colonia, hizo que en muy breve tiempo se pudiese llamar con toda propiedad su convento Escala-cæli, ó subida para el cielo.

Quiso que los religiosos de su ilustre casa fuesen modelos de la pobreza evangélica, para lo cual dispuso, que despues de decir misa fuesen diariamente á la ciudad á pedir limosna de puerta en puerta, con la indispensable precision de volver por la noche al monasterio; y no dispensándose el santo de esta obligacion ni por su calidad, ni por sus titulos honoríficos, practicaba la misma diligencia quando le tocaba por su turno en esta forma: presentábase en la plaza de San Salvador, ó en cualesquiera otro sitio del mayor concurso, y despues de haber hecho una plática espiritual al pueblo, decia en alta voz puestos los ojos en tierra: *cristianos, los religiosos de Santo Domingo de Escala-cæli no tienen que comer*; cuyas espresiones movian de tal suerte á los fieles, que muchas veces sucedió, que al volver al convento ya le hallaba abastecido con tan copiosas limosnas, que tenia con ellas la comunidad para mantenerse mucho tiempo.

No satisfecho Alvaro con los santos ejercicios que se hacian en su observante comunidad, se retiraba á una cueva que está como dos tiros de bala del convento, entre la cual y este hay un arroyo que el Santo llamaba de los cedros con alusion al que media entre Jerusalem y el monte Olivete: allí separado de sus hermanos, soltaba las riendas á su fervor, renovando con sus crueles mortificaciones aque-

llas espantosas imágenes de penitencia, oídas hasta entonces en los mas famosos solitarios del Oriente, las que por lo regular comenzaba de esta suerte: en llegando al arroyo se desnudaba las espaldas, y subiéndole de rodillas la penosa cuesta que hay hasta la cueva, se iba azotando con una cadena de hierro. Luego que entraba en la gruta, se postraba delante de una imagen de nuestra Señora de las Angustias en todo semejante á la del convento de San Pablo, que fue en los primeros años de religioso el iman atractivo de todas sus atenciones, y en esta disposicion continuaba la disciplina con tanto rigor, que quedaban bañados con la copiosa sangre que derramaba el suelo y paredes de la gruta; y penetrando el cielo los afectuosos suspiros arrancados de lo íntimo del corazón, desahogaba con abundantes lágrimas el volcan de amor divino en que se hallaba abrasado su pecho. Despues continuaba su fervorosa oracion, y arrebatado en las mas altas contemplaciones, percibia en su interior los celestiales consuelos con que endulzaba el Señor sus rigores, á que eran consiguietes los raptos, y transportes en Dios, como los de otra Magdalena en la cueva de Marcella, y como los del patriarca Santo Domingo en la de Segovia.

Parece imposible que las fuerzas humanas por mas robustas que fuesen pudiesen sufrir la continuacion de estas asombrosas mortificaciones, hechas unas veces antes de maitines para volver á ellos con mas fervor, y otras despues de ellos hasta la hora de prima, en la que volvia al coro como un abrasado serafin. Solo el subir de rodillas desde el arroyo á la cueva por una agria cuesta, lo mas de ella sembrada de puntas penetrantes de la misma piedra, era insuperable; pero queriendo el Señor aliviar á su siervo, le sostenian muchas veces los ángeles de los brazos, alumbrándole con hachas encendidas, y separando del camino las piedras para que no lo lastimasen.

El obrador de todas estas maravillosas acciones era el ardiente amor que profesaba á Jesucristo, no siendo facil que alguno otro le escudiese en el fervor, y en la ternura con que amaba al Redentor del mundo. Este era el iman que le atraia con una violencia tan eficaz, que ningun objeto criado variaba su movimiento, disminuia su impulso, ni era capaz de separarlo de su centro. De esta raiz provenia aquella ardiente caridad con que se interesaba en el socorro de los pobres, esmerándose sobre todo con los enfermos, mirando en cada uno de ellos la imagen de Jesucristo. Quiso este Señor manifestarle lo agradable que le eran estos oficios de piedad con repetidos portentos, entre los cuales merece referirse el siguiente; pasaba en cierta ocasion San Alvaro de su convento á Córdoba, y viendo en el camino á un pobre enfermo tan desnudo y tan lastimoso, que moveria á compasion al corazón menos pio, no necesitando el suyo semejantes

aspectos para enternecerse, se sentó junto á él, y comenzó á consolarlo con las amorosas espresiones que le dictó su ardiente caridad. Esperaba que pasase alguno para que lo llevase al hospital de Córdova; pero viendo que se hacia tarde, y que el enfermo necesitaba de pronto remedio, cargándolo sobre sus hombros, partió con él al convento que estaba mas cerca que la ciudad. Entró en la porteria con la piadosa carga, y acudiendo los religiosos á bajar de los hombros del Santo al enfermo, luego que lo descubrieron, hallaron una imagen de Cristo crucificado. Quedaron pasmados á la vista de aquel soberano espectáculo, pero mas que todos Alvaro tocando con sus sentidos la milagrosa trasformacion del pobre en efigie del Redentor; y puesto de rodillas ante el crucifijo banado en tiernas lágrimas prorumpió en las espresiones amorosas, que son fáciles de creer en un espíritu como el suyo todo abrasado en divinos incendios.

Llegó el Santo á la edad de setenta años, y aunque la robustez de su complexion, y principalmente la asistencia de la divina gracia le habian dado fuerzas para tan penosas mortificaciones; con todo conoció por la debilidad de su naturaleza que se acercaba al fin. Obligóle una calentura ardiente á postrarse en la cama, que le previnieron los religiosos por no haberla tenido nunca conocida, y creciendo de dia en dia la indisposicion, hizo confesion general con Fray Juan de Valencia prior del mismo convento. Recibió en seguida los últimos sacramentos con tal ternura, y con tanta devocion, que movió á un copioso llanto á todos los asistentes, á quienes dijo lleno de extraordinaria alegría, porque se llegaba el tiempo de disolverse de los vínculos carnales para unirse con Cristo: *Ya insta la hora en que he de comparecer ante el Juez supremo, y aunque atendiendo á su justicia, es mucho lo que podia acobardarme la gravedad de mis culpas, muero con la confianza de que ha de usar conmigo de su acostumbrada benignidad por su infinita misericordia.* Pidiéronle los religiosos la última bendicion, y dándola con aquel amor, y con aquella dulzura que era propia á su carácter, quedándose en una agradable suspension, fijos los ojos en un crucifijo que tenia en las manos, entregó su dichosa alma en manos del Criador en el dia 19 de Febrero del año 1450.

No tardó Dios en acreditar con señales prodigiosas la gloria de su fidelísimo Siervo: apenas espiró, se bañó el Convento, y sus montes circunvecinos de una claridad tan superior, que desterró de aquel ámbito las tinieblas de la noche: tambien se tocaron por sí las campanas del monasterio en tono de fiesta y de alegría, indicio nada equivoco de la que debía ocupar el corazon de los fieles por el dichoso tránsito del difunto, cuyo venerable cadáver despedía de sí una fragancia exquisita que consoló á todos los circunstantes. Celebráronse

los funerales del Santo con aquella solemnidad que exigía su opinion, á los que asistieron todas las personas mas condecoradas de Córdoba, y despues de haber tenido algun tiempo el cuerpo en el feretro para satisfacer la devocion de la multitud de gentes que concurrían á tributarle los últimos obsequios, se depositó en una pequeña capilla á mano derecha de la entrada de la iglesia del de Escala-cœli, donde hoy está un altar del Santo. Quiso Dios recomendar el sepulcro de su Siervo con repetidos milagros, los cuales movieron á los religiosos á que elevasen las santas reliquias á lugar mas decente, que fue á los sesenta años despues de su muerte, colocándole en una concavidad en forma de arco bajo el Altar mayor, de donde las trasladó despues D. Martin de Mendoza, siendo obispo de Córdoba á la capilla que en honor del Santo labró á sus espensas al lado siniestro del mismo altar mayor.

La opinion de santidad que tuvo el siervo de Dios, confirmada con muchos milagros en vida y despues de muerto, movió á los religiosos y á los naturales de Córdoba á que le tributasen el culto correspondiente con anuencia y aprobacion de los ordinarios, en virtud de lo cual se estableció una cofradía bajo su advocacion, que constaba de cuatro mil individuos en el año 1605; pero disminuida con el tiempo, la renovaron varios caballeros Cordobeses en el de 1655, alistándose en ella muchas personas de la primera nobleza del Reino; y teniendo ésta por objeto principal el culto del Santo, celebraba su fiesta en el dia de la Cruz de Mayo, por ser estacion mas cómoda para subir al monte donde está el Convento, que el dia diez y nueve de Febrero que fué el del natalicio del siervo de Dios, cuya imágen se lleva en procesion en aquel dia al lugar donde viviendo el Santo, acostumbraba hacer oracion delante de la Cruz que llaman de Mayo.

Aunque era inegable el culto inmemorial que se tributaba á San Alvaro, faltábale la aprobacion Apostólica, para lo cual se hicieron en Roma las correspondientes preces por parte de la religion, y de otras muchas personas condecoradas de España, en virtud de lo cual se despacharon por la sagrada Congregacion de Ritos las letras remisoriales con anuencia de su santidad cometidas á D. Alonso Salizanas Obispo de Córdoba, á fin de que justificase si el culto inmemorial dado á San Alvaro era de los exceptuados de los decretos del Papa Urbano VIII; y resultando así en el proceso que se formó por aquel Prelado, declaró y sentenció definitivamente serlo de esta clase con aprobacion de los ordinarios, exceptuado de los decretos de Urbano. En vista de estas diligencias se aprobó por el papa Benedicto XIV, quien concedió en el año 1741 que se celebrase la fiesta del Santo en Córdoba, y en todo el órden de predicadores.

DIA XX.

Santa Barbada Virgen.

SANTA Paula cuya memoria es y ha sido célebre en la ciudad de Avila con el título de santa Barbada, á causa del maravilloso prodigio que se dirá, nació en Cardenosa pueblo del obispado de Avila, de padres labradores de profesion. Imprimieron estos en el corazon de la ilustre virgen desde sus mas tiernos años, las piadosas máximas de nuestra Santa religion, y como entre las mismas se recomienda la devocion para con aquellos héroes que regaron con su sangre el ameno jardín de la Iglesia; siendo de esta clase San Segundo primer obispo de Avila, á quien reconoce la Nacion por uno de los siete varones Apostólicos que enviaron á España desde Roma los principes del colegio apostólico San Pedro y S. Pablo, con el objeto de que la ilustrasen con la luz del evangelio, en tiempo que se hallaba la península envuelta en las miserables sombras de la muerte: encendida Paula en vivísimos deseos de tributar el obsequio y la veneracion que eran debidos al primer Padre espiritual que reengendró en Jesucristo á los naturales de aquella region, venia muchas veces de Cardenosa á Avila á visitar el sepulcro del ilustre Mártir, ante el cual se ejercitaba en fervorosas oraciones, y ofrecia al Señor sus religiosos votos.

Viola en una de estas ocasiones uno de aquellos jóvenes lascivos que no perdonan el sagrado de la mas recatada honestidad, y quedó tan ciegamente enamorado de la extraordinaria hermosura de Paula, que no perdonó á medio alguno de cuantos pudieran contribuir al logro de sus torpes intenciones. El desprecio con que la casta doncella rebatió la osada pretension, no produjo otro efecto en el libertino, que el de aumentar sus impuros deseos, para lo cual puso en ejecucion todo cuanto pudo sugerirle una pasion ciega, vehemente y persuasiva; pero todos sus ruegos, todas sus promesas, y aun las amenazas de que se valió, solo sirvieron para desengañarlo de la inelicacia de sus mayores esfuerzos; pues animada Paula de un espíritu, y de una fortaleza superior á la fragilidad de su sexo, le hizo ver que se cansaba inutilmente en querer manchar la mas preciosa joya de su virginidad que tenia consagrada á Jesucristo, que tanto se complace en la pureza de las almas que se dedican á su santo servicio.

Una resolucion tan generosa, y una respuesta tan desengañada

llenó al joven deshonesto de desesperacion; y como esta precipita al hombre á las mas violentas temeridades, determinó quitar la vida á la ilustre virgen en una de las ocasiones que viniese á satisfacer sus acostumbradas devociones. Conduciase Paula una mañana muy temprano desde su pueblo á Avila; y viendo al explorador, temerosa de los insultos que pudiera causarla, se entró precipitadamente en el oratorio, ó ermita de San Lorenzo que estaba antes de llegar á la ciudad. Postrada allí á los pies de un crucifijo, rogó al Señor bañada en tierno llanto, que le afease su hermosura de suerte, que por este medio pudiese conservar intacta su virginidad; y oyendo Dios con agrado las reverentes súplicas de su fidelísima sierva, apareció de improviso su rostro tan poblado de barba, que apenas pudo conocerse que tuviera aspecto de muger.

Entró en la ermita el lascivo lleno de un furor extraordinario, resuelto á ejecutar el mas enorme atentado en caso de resistirse Paula como lo hizo hasta entonces; pero quedó sorprendido cuando vió la deformidad del hermosísimo rostro que habia sido el iman atractivo de su pasion ciega. Desconocida la casta doncella con semejante mutacion, preguntándola el libertino lleno de turbacion, si habia visto entrar en el oratorio á otra alguna persona, y respondiéndole que no, quedaron frustradas sus temerarias diligencias por aquel medio verdaderamente maravilloso.

Dió Paula á Dios las gracias correspondientes por un favor tan particular; y queriendo acreditar con pruebas prácticas su agradecimiento, fijó su residencia cerca del sepulcro de San Segundo con el noble objeto de dedicarse enteramente al servicio del Señor. Así lo hizo, ocupándose en santas vigiliass, en fervorosas oraciones, y en el ejercicio de las demas virtudes que recomienda nuestra santa religion, llegando á ser por lo mismo el objeto de la admiracion, y de los mas altos elogios de toda aquella region. Continuó algunos años con un tenor de una vida mas angélica que humana; pero queriendo el Señor premiar sus grandes merecimientos, la llevó para sí en el dia 20 de Febrero, en el que fue solemne su festividad antiguamente; y aunque no nos consta el año puntual de la preciosa muerte de la Santa, conjeturan algunos que fue á mediados del siglo VI. Su cuerpo fue sepultado cerca del arca en que están las reliquias de San Segundo, donde se tuvo en grande veneracion por todos los pueblos de la comarca; y despues fue elevado al sepulcro que en honor de la Santa mandó labrar Doña Isabel de Ribera en la espresada Iglesia de San Segundo, en el qual y en el retablo que la misma fundadora puso en la capilla con la advocacion de Santa Barbada, se leen varios versos espresivos del memorable suceso referido, que se pintó tambien en el retablo antiguo de la iglesia de San Lorenzo, apoyado

ademas de estos monumentos con una tradicion constante, aunque despues inconsiderablemente se puso sobre el sepulcro de la ilustre Virgen otro de Santa Agueda.

Dia XXIII.

EN este dia se hace conmemoracion en el Martirologio Romano de San Fulgencio, á quien unos dan el titulo de confesor, y otros el de martir; pero es de advertir para evitar toda equivocacion, que los escritores de la nacion distinguen dos Santos con el mismo nombre en Sevilla: uno martir cuya memoria se celebra en aquella santa iglesia en el dia 27 de Octubre, y otro confesor que es el que hoy se señala, de quien la injuria del tiempo robó á la posteridad sus actas: nada estraño es en un reino que ha sufrido tantas y tan repetidas invasiones enemigas, en las que perecieron los monumentos justificativos de los prodigiosos hechos de muchos Héroes que florecieron en España. Solo sabemos por un epitafio de su sepulcro, que fue un varon santo, que vivió cincuenta y tres años, y que falleció en el dia 25 de Febrero del año 485; y que sus venerables reliquias se hallaron en una escabacion que se hizo en los cimientos de la Santa iglesia de Sevilla, en la cual se conservan en una arca de plata, y sellavan en solemne procesion en hombros de sacerdotes el dia de su festividad, que se celebra todos los años con rito de segunda clase.

Dia XXV.

El Beato Sebastian de Aparicio.

EL Beato Sebastian Aparicio tan celebrado en el nuevo mundo Mexicano por su portentosa vida, nació en el año 1502 en una pequeña Aldea de la provincia de Galicia llamada Gudina perteneciente al Obispado de Orense. Fueron sus padres Juan de Aparicio, y Teresa del Prado, que si bien pobres en los bienes de fortuna, eran muy ricos en virtudes. Dedicáronse estos entre las fatigas de la agricultura de que se mantenian, á dar al niño una educacion cristiana, pero como Dios le habia prevenido con todas aquellas disposiciones de naturaleza, y de gracia para los nobles designios que sobre él tenia su adorable providencia, comenzó desde luego á dar en su infan-

cia señales nada equívocas de las heroicas virtudes á que llegó con el tiempo. Aplicáronle en sus primeros años á que apacentase un pequeño rebaño de ganado que tenia su padre, destino muy acomodado al genio de Sebastian, amante del retiro y de la soledad; pero aunque aquella rústica ocupacion trae consigo la ociosidad; muy distante de esta madre de los vicios el Beato, empleaba todo el tiempo en el estudio de la oracion, y en la práctica de las virtudes; dejándose ver con una simplicidad de vida verdaderamente admirable, y con una inocencia de costumbres mas angélica que humana.

Quiso Dios probar la eminente virtud de Sebastian en sus mas tiernos años, al paso que acreditar su especial cuidado de la conservacion de aquella dichosa criatura. Formósele un espantoso tumor en la cabeza, y graduando aquel sintoma extraordinario por señal de la peste que por aquellos tiempos hacia grandes estragos en España, fué preciso sacarle de la poblacion, y llevarlo á un lugar desierto, para que no comunicase á otros el contagio. Quedó el pobre niño solo en una humilde choza bajo de la proteccion de la divina providencia, sin otro auxilio que el escaso alimento que le traia su solícita madre; pero como para mantenerse era preciso buscar el sustento necesario, sucedió un dia que al volver á su miserable habitacion, se arrojó á él un lobo hambriento que se habia entrado en ella, el que haciendo presa del tumor, lo rompió; y saliendo de él el humor melancólico, quedó Sebastian perfectamente sano.

Despues que empleó el Beato algunos años en los ejercicios rústicos, lo llamó interiormente una voz superior (como á otro Abraham) á que dejase su patria para ir donde le destinase la divina providencia. Obedeció Sebastian á la inspiracion del cielo, y poniéndose en camino para Castilla, se puso á servir en Salamanca á una señora viuda, joven, rica, y muy graciosa, que le empleó en trasportar frutos de unas posesiones para el surtido de su casa. Cumplió el beato con tanta fidelidad, y con tanta exáctitud éste y otros encargos que fió á su cuidado la señora, que poseida de una ciega pasion, puso en una terrible prueba la virtud de su sirviente. Hizole entrar una noche en su aposento á pretexto de encender la luz, y comenzó á provocarle á la impureza hasta el estremo de despojarlo de todos sus vestidos; pero luego que advirtió el casto joven la vehemente tentacion del ama, reprehendió severamente su libidinosa licenciosidad. No contento con esto, se partió á la provincia de Estremadura, y en la ciudad de Zafra se puso á servir á un sugeto poderoso llamado Don Pedro Figueroa, que le dió el cargo de trasferir los paños que se tundian en un batan propio. Habíase fijado allí el beato, solo con el objeto de ocurrir á su necesidad; mas queriendo seguir el impulso superior que le impelia á continuar su viage, pasado algun tiempo, se

condujo á San Lucar de Barrameda, donde entró por criado en casa de una viuda que tenia dos hijas muy sobresalientes. La fidelidad, y el porte que observó Sebastian en el servicio de aquellas señoras, le granjearon toda su benevolencia; pero como el demonio no podia sufrir tanta virtud en un jóven de tan cortos años, procuró manchar su castidad inflamando el corazon de una de aquellas doncellas con las impuras llamas de un afecto sensual hacia su sirviente; tal que ciega de una violenta pasion, viendo que no tuvieron efecto los diferentes arbitrios de que se valió para que condescendiese con sus impuros designios, llegó á proponerle que se casase con ella. Resistióse siempre con valor el beato á todas las provocaciones de la ciega doncella, y conociendo que el modo de precaver semejantes peligros era la fuga, resolvió abandonar aquella casa, reducirse de nuevo á su antiguo ejercicio de labor, mediante á tener experimentado que la vida rustica estaba mas distante de los riesgos á que se vió espuesto en las referidas ciudades.

Ocupóse algunos años en el cultivo de una pequeña heredad sin separarse jamas de la práctica de las virtudes, especialmente de la oracion que era el fuerte de todas sus atenciones, sin interrumpir este ejercicio aun en medio de la de sus viajes; pero queriendo seguir los interiores impulsos que en otro tiempo le habian llamado á obedecer los designios de la divina providencia, determinó transferirse á las Indias Occidentales. Retardó algun tiempo este viage un suceso bien extraño, que fue el siguiente: huyóse de casa de sus padres una doncella de aquellos contornos con un mancebo igual en circunstancias, pero desigual en los bienes de fortuna; y para no caer en manos de los padres que los seguian con las mas vivas diligencias, se vieron forzados á transitar por caminos inusitados hasta llegar á la habitacion del Beato; pero como la obscuridad de la noche, y el cansancio de la precipitada marcha no permitiesen á la delicada doncella pasar adelante, le pidió el jóven al Beato por el amor de Dios, que la diese acogida hasta su vuelta. No sabia el siervo de Dios cosa alguna de la fuga; y compadecido de la molestia de la Señora, no tuvo reparo en hospedarla, cuidando de ella por mas de cuarenta dias. No volvió en este tiempo á parecer el amante, y repugnando la doncella volver á casa de sus padres, procuró hacerse amar de su huesped, ofreciéndole casarse con él para que la llevase á las Indias, adonde estaba dispuesto á pasar en breve. No condescendió Sebastian con la propuesta; antes bien redobló las cautelas que en defensa de su honestidad habia observado siempre; pero habiendo entendido la fuga de la noble jóven, la restituyó á sus padres, que le dieron repetidas gracias por haberla preservado de todos los peligros á que se vió espuesta.

Libre ya el Beato de tantas y tan molestas intrigas, no quiso retardar por mas tiempo sus resoluciones sostenidas de los impulsos de la providencia: embarcóse para nueva España, y despues de una próspera, aunque dilatada navegacion llegó al reino de Méjico, y desembarcó en el puerto de Vera-Cruz en el año de 1553 cuando contaba treinta de edad; pero no pareciéndole oportuno fijar allí su residencia, se transfirió á la ciudad de los Reyes, donde se aplicó á la agricultura. Dedicóse á domar para el servicio de ella los bueyes silvestres que habia en gran número dispersos por aquellos bosques, con conocidas ventajas de los pueblos vecinos, los cuales no se atrevieron nunca á semejante empresa aunque utilisima, porque la tenian por de insuperable dificultad. Salió Sebastian con su intento, y domó tantos pares, que pudo suministrar á otros con abundancia, principalmente á los pobres, para con quienes mantuvo siempre una caridad sin límites; por cuya piadosa conducta se adquirió entre aquellos naturales la benevolencia, el amor, y la veneracion, de tal manera, que todos le amaban como á bienhechor, y le respetaban como á varon santo.

Pensó el Beato dar mas estension á la utilidad de sus bueyes; y siendo desconocido en aquel pais el uso de las carretas, las hizo construir á un amigo suyo carpintero, que habia venido tambien de España, facilitando por este medio el transporte de las labores de las minas de Santa María de Zacatena á Méjico; y para hacer mas activo este tráfico, abrió nuevos caminos por medio de las montañas, y de los bosques impenetrables, no solo desde Méjico á Zacatena, sino hasta la ciudad de los Angeles, empresa ciertamente tan ardua, que hasta entonces no habia podido efectuarse. De aqui resultó verse Sebastian poseedor de muchisimas riquezas, de las cuales se servia para sócorrer á toda clase de necesitados; por lo que los Chichimecas hombres feroces y bárbaros, no ejecutaban á su vista los enormes daños que acostumbraban hacer á los pasajeros. Bajo este conocimiento, los que tenian precision de transitar por aquellos parages, se fiaban en la compañía del Siervo de Dios, que les defendia de todo insulto.

Despues que empleó el Beato algunos años en esta ocupacion, abandonó á Méjico, y se condujo á una Aldea llamada Capultepeque distante poco mas de media legua de la Ciudad, donde se dedicó nuevamente al ejercicio de la labor; pero sin desatender á perfeccionar su espíritu con la práctica de todas las virtudes: por lo mismo vestia con singular modestia, su alimento era muy ordinario y grosero, su descanso escaso y desacomodado, sus conversaciones santas, su oracion muy frecuente, solicitando por ella aquella íntima union con Dios, á que le impelia el agradecimiento de sus grandes beneficios. Mos-

traba siempre un zelo fervoroso por la salvacion de las almas, para cuyo logro daba instrucciones á los ignorantes, y correcciones á los delincuentes, ya suaves, ya serias, segun lo exigian las circunstancias, siendo siempre eficaces sus exhortaciones, porque siempre iban acompañadas con el ejemplo.

Si fue grande el zelo con que se interesó el Beato en el bien espiritual de sus projimos, no fué menor la ardiente caridad con que atendia al socorro de todas sus necesidades temporales: tanto que solia decir que no tenia placer el dia que no se le ofrecia ocasion de ejercitarse en alguna obra de misericordia. Con esta mira ejecutaba grandes limosnas: hacia empréstitos de toda especie sin el menor interés: pagaba deudas á los pobres para libertarlos de las molestias de sus acreedores: proveia dotes á las doncellas, á quienes la mendicidad esponia á peligro de corromperse; esto sin el diario que alimentaba y suministraba á muchas familias miserables. En suma su casa era el refugio de todos los necesitados, donde haciéndose todo de todos el Siervo de Dios, ofrecia comida á los hambrientos, hospitalidad á los peregrinos, asistencia á los enfermos, confortacion á los afligidos, y auxilio á los oprimidos; de suerte que en consideracion de estos oficios piadosos, todos y cada uno le miraban como un bienhechor, y como á un padre comun del pueblo.

Quiso Dios probar la virtud del Beato, á quien hasta entonces habia colmado de prosperidades, por medio de una enfermedad tan peligrosa que le redujo al extremo de su vida, y resignado como siempre en la voluntad divina, se dispuso á morir con las preparaciones fáciles de creer en un espíritu todo abrasado en las llamas de una ardiente caridad. Recibió los últimos sacramentos, y multiplicando su fervor con los intentisimos actos de las virtudes Teologales, esperaba de momento en momento aquel feliz instante de unirse íntimamente á su Señor; pero como aquella enfermedad no era de muerte, sino de prueba, cuando pareció al Altísimo le restituyó á su primitiva salud.

Volvió Sebastian á sus acostumbrados ejercicios, y porque experimentó en la enfermedad, que el ser solo le privaba de aquella asistencia tan necesaria en semejantes ocasiones, pensó en el estado del matrimonio, si acaso encontrase una compañera, con quien á imitacion de San José y la Santísima Virgen, viviese en una santa union sin pérdida de la castidad. Sabida la intencion del Beato, le ofreció un hombre tan pobre como honrado á una hija de corta edad, pero de mucha virtud, rogándole que la admitiese por esposa, para que de aquel modo la pusiese á cubierto de los peligros á que estaba espuesta por su mendicidad. Aceptó el Beato el partido, y se desposó con ella, siendo ya de sesenta años: persuadióla á vivir virtuosamen-

te, y se condujo de una manera tan sumamente escrupulosa, que para conservar su inocencia, se acostaba sobre una estera tendida en el duro suelo muy retirado de la cama de la doncella, teniéndola en lugar de hija. igualmente que la misma á él en el de padre, con cuyo nombre le llamaba. Desagradó con el tiempo el porte del Beato á los parientes de su esposa, que solo deseaban asegurar con la sucesion la herencia de sus cuantiosos bienes; y aunque antes habian aprobado sus santas intenciones, atribuyendo á su virtud la continencia; con todo movidos del vil interés, determinaron denunciarlo á la justicia. No alteró la tranquilidad de Sebastian semejante resolucion, porque persuadido que su casta esposa vivia contenta, y que Dios no habia de permitir que fuese ultrajado su procedimiento, esperaba en el Señor que tomaria providencia. En efecto, envió á la esposa una enfermedad incurable, que á breves dias la quitó la vida, no sin grande sentimiento del Beato, quien desentendiéndose de las injurias hechas por los parientes de la difunta, distribuyó entre ellos la porcion total que le habia asignado en el contrato matrimonial.

Ya viudo Sebastian se transfirió de Capultepeque á Tlanepantla, lugar poco mas de una legua distante de Méjico, donde entre sus acostumbradas obras de piedad fué una colocar á sus espensas en un conservatorio á una pobre doncella, que por su indigencia corria gran riesgo de peligrar. Pasado algun tiempo, fué á saber si estaba cuidada, y asistida segun sus buenos deseos, y hallándola llena de sentimientos de gratitud, y sobre todo de una suma inocencia, creyó que consentiria sin dificultad en ser compañera suya, y vivir con el en una union santa sin lesion de la virginidad. Manifestó Sebastian su pensamiento al padre de la doncella, y aceptado con gran complacencia por ambos, se celebró el matrimonio, siendo el beato cerca de la edad de sesenta y tres años. Aquel diligente cuidado, y aquel virtuoso comedimiento que observó Sebastian con su primera consorte, guardó con la nueva esposa para que no peligrase su castidad, que era la joya que deseaba conservar inviolable hasta la muerte. Cayó en este tiempo en una enfermedad grave, y habiendo hecho su testamento con varias piadosas disposiciones, instituyó heredera á su consorte, declarándola virgen é intacta conforme la recibió de sus padres. Quiso Dios restituirla á su primera salud, y entendidos los padres de la declaracion que Sebastian habia hecho, llevados del mismo interés que los parientes de la primera esposa, incurrieron en los procedimientos de aquellos; pero asegurado el beato de las intenciones de su esposa, y de que ella no dió motivo para las quejas de sus padres, no alteró en nada su correspondencia. En este intermedio ocurrió la muerte de la nueva consorte, y aunque fué grande la pena que le causó esta perdida; con todo se consoló con haber educado dos cándidas palomas para el Cielo;

mas no acordándose de los resentimientos que la ocasionaron sus padres, les dió la dote ofrecida como lo hizo con los deudos de la primera.

La conducta que observó el siervo de Dios con sus dos mugeres, pareció á algunos menos virtuosa, y menos prudente; pero debe advertirse, que para proceder de este modo en el matrimonio, fué sin duda movido de impulsos superiores, los que le condujeron en todo el resto de su vida por caminos extraordinarios para mayor gloria de Dios. Asi lo advirtieron los doctores de las célebres universidades de Sorbona, de Salamanca, y de Padua, que consultados sobre este punto, respondieron haber obrado el beato virtuosamente; cuyas respuestas se imprimieron en Roma en idioma latino en el año 1722.

Luego que Sebastian se vió segunda vez viudo, se dedicó mas que nunca al ejercicio de las virtudes, y á la beneficencia para con los prójimos con un desprecio total de sí mismo; tanto, que en su vestido, en el alimento, y en el descanso no procuraba otra cosa que el menosprecio, la incomodidad, y la mortificacion; pensando únicamente en la resolución que debia tomar para asegurar su eterna salvacion, y emplear sus haberes en obras que cediesen en mayor gloria de Dios. En este estado se valió el demonio de todos sus artificios de su malicia para desvanecer sus nobles ideas; pero de todo se libró Sebastian asilido de la divina gracia, sin otras armas que las de la oracion, y las de la penitencia.

Inspiró en fin el Señor al Beato el pensamiento de abandonar enteramente al mundo para hacerse religioso, y sin escuchar las razones que en contrario le disuadian, se fué al convento de religiosos Franciscos de Méjico, ó del de Tlaneplanta, y presentándose á su confesor le manifestó los ardientes deseos que tenia de corresponder á la vocacion á que se sentia llamado eficazmente. Aunque el prudente director tenia un perfecto conocimiento de las grandes virtudes del pretendiente, con todo le aconsejó que encomendase á Dios aquel grave negocio para entender mejor su divina voluntad. Hizolo Sebastian puntualmente; pero no pudiendo sufrir por mas tiempo las dilaciones de su director, fueron tales las instancias que le hizo, que le persuadió que vistiese por entonces el hábito de Oblato, ó de Tercero, distribuyendo sus bienes entre los pobres, de los que diera parte á las religiosas de Santa Clara que se hallaban necesitadas, á cuyo servicio seria aplicado despues. Apreció Sebastian aquel dictamen, y habiendo hecho donacion en forma de muchas propiedades en favor del Monasterio de Santa Clara, se dedicó al servicio de las mismas Religiosas cuando contaba cerca de setenta años. Mantúvose por espacio de dos años enteros en aquel destino; pero como sus deseos eran llegar al estado de Profeso, pidió á los superiores de la religion Será-

fica con sumisas súplicas, que le concediesen la gracia de religioso lego; y como les constaban las sublimes cualidades del siervo de Dios, le admitieron gustosos en el convento de Méjico, siendo de sesenta y nueve años de edad.

Fáciles son de creer los progresos que haría Sebastian en la religion, cuando antes de abrazar este estado se dejó ver entre los peligros del mundo como un modelo acabado de perfeccion: su humildad, su obediencia, su mortificacion, su devocion, su modestia, y su ingenioso estudio en toda clase de virtudes llenaron de admiracion á los mas ancianos religiosos, pues viendo que todas sus acciones, y todas sus conversaciones respiraban cierto aire de santidad, se persuadieron que dentro de breve tiempo daría el venerable anciano mucho honor al Seráfico instituto. Al compas que se adelantaba el Novicio á grandes pasos en el camino de la perfeccion, continuaba el demonio en conturbarlo por todo género de tentaciones: apareciasele especialmente por las noches con visiones espantosas, con fantasmas estraordinarias, dando horribles ahullidos y gritos espantosos, pero notando que de nada aprovechaban semejantes invenciones, tomó el partido de descargar sobre él recios golpes hasta dejarlo lleno de cardenales, y de transpostarlo á diversos lugares, todo con el objeto de hacerle obandonar su buen propósito: mas como el Beato tenia en Dios colocada toda su confianza, se burlaba de todos los ridiculos esfuerzos del porfiado enemigo, redoblando el rigor de sus penitencias, sin disminuir un punto aquel fervor con que habia comenzado su carrera.

Estaba Sebastian cerca del término de su noviciado, y cuando esperaba el día de unirse mas estrechamente con su Dios por medio de los votos solemnes, buscó el enemigo como impedirlo, incitando á algunos religiosos para que se opusiesen á la profesion á pretexto de su avanzada edad, no obstante de estar abonada con sus singularísimas virtudes. Por esta causa se retardó algunos dias la solemnidad de aquel acto, no sin mérito del siervo de Dios, que le tuvo muy grande en la heróica resignacion con la voluntad divina; pero habiéndose desvanecido todas las dificultades que ocurrieron, hizo su profesion en el dia 13 de Junio del año 1575, que era en el que cumplia 71 de su edad. Quiso Dios consolar las aflicciones de su amado, y apareciéndosele el seráfico patriarca en las tres noches consecutivas á la profesion, lo alentó á perseverar con constancia en la carrera religiosa, asegurándole que el Señor le tenia preparado un gran galardón en premio de las angustias que habia padecido, y de las tentaciones con que le afligió el demonio.

Hecha su solemne profesion, le destinó el provincial al convento de San Juan de Tecali, donde se mantuvo un año cumpliendo exácta-

mente con todo lo que le mandó la obediencia. De allí fué transferido á la ciudad de los Angeles con la ocupacion de Limosnero; y aunque su edad era avanzada, sujeto á la incomodidad de una hernia que le sobrevino en aquel empleo, jamas dejó este penoso ejercicio ni en los calores insufribles del estío, ni en los rigurosos frios del invierno, ni en las lluvias, ni en las nieves, ni en cualesquiera otra intemperie de las estaciones; pero con la particularidad de ir siempre descalzo, mal cubierto, y sin prevencion alguna, solo confiado en la divina providencia. Las noches pasaba parte en oracion, y parte en un incómodo reposo sobre el desnudo suelo á la inclemencia, sin omitir este genero de mortificacion, aun cuando le estrechasen los bienhechores á que se recogiese bajo de cubierto por evitar las lluvias, las nieves, y heladísimas escarchas.

Ofendian mucho á la profunda humildad de Sebastian los elogios y la estimacion que todos hacian de su persona; y como sus deseos no eran otros que el que le despreciasen para tener materia en que merecer, se valió del arbitrio de ocultar los grandes dones, y los favores singulares con que el Señor le habia enriquecido. Aparentó una grosera rusticidad, y una suma estolidez; y engañados algunos de sus hermanos de esta afectada simplicidad, le acusaron á su Superior como hombre ignorante, mas apto para vivir con bueyes, con los que crió siempre, que con personas religiosas. Movido el Prelado de estos informes le reprehendió severamente, le quitó el oficio de limosnero, y dándole en cara con su fatuidad, le hizo volver al noviciado para que aprendiese á vivir como religioso. No replicó el beato á esta extraordinaria disposicion; antes bien humillándose con una entera resignacion, sufrió bajo la disciplina del maestro de novicios muchas indiscretas mortificaciones, confesando merecerla por sus graves pecados; pero como observasen los religiosos que no hallaba cosa alguna reprehensible en la conducta, y sí un cumplimiento exacto de todas sus obligaciones, no pudieron menos de conocer que tanta paciencia, tanta resignacion, tanta obediencia, y tanta mansedumbre eran nacidas de una sabia industria del Beato para ejercitar su profunda humildad, que es el fundamento de todo el edificio espiritual. Con este conocimiento fue restituido dentro de poco tiempo en su empleo de Limosnero con grande dolor de aquellos mismos hermanos, que dejándose llevar de las apariencias habian sido la causa de que padeciese tantos trabajos; resultando de aquí tenerlo en mayor concepto.

Volvió Sebastian á tomar el encargo, así porque se lo impuso la obediencia, como porque en los montes, en los campos, y en las selvas hallaba mas proporciones para conversar con Dios por el conducto de la oracion que era el objeto principal de todas sus atenciones. Con-

finuó el oficio hasta la muerte en unos países tan distantes, tan escabrosos, y tan incómodos, sin que estas circunstancias, el cansancio, la intemperie de las estaciones, ni sus habituales enfermedades, le dispensasen jamas sus asombrosas mortificaciones, con que renovó aquellas espantosas imágenes de penitencia oídas en los desiertos de Egipto. Hizose por lo mismo el objeto de admiracion de toda aquella region, y aun de la compasion de muchas gentes, viéndole varias veces andar á pie descalzo por los hielos corriendo sangre por las heridas: otras cubierto de nieve por su constante costumbre de tomar algun descanso por las noches á la inclemencia: otras arrojar-se á estanques de agua helados, y retener el hábito mojado sin hacer diligencia para enjugarlo; sin mantenerse de otra cosa ordinariamente que de un poco de pan, y agua. A esto añadia frecuentes disciplinas de sangre, con las cuales se lastimaba de modo, que siempre estaba lleno de heridas y verdugones. De los fuertes golpes que se daba en el pecho con una piedra, se le formó una encallecida llaga, de la que muchas veces le salia abundante sangre; y para que no estuviese un solo momento sin mortificacion, traia de continuo un áspero cilicio tan ceñido á la carne, que cuando murió, no se le pudo arrancar sin mucha dificultad.

Seria necesario dilatarnos mas de lo que permite un resumen á querer referir individualmente todas las virtudes en que se ejercitó el siervo de Dios; pero basta decir que en las teológicas, y en las morales llegó á aquel grado de heroicidad que declaró el oráculo de la Iglesia. El obrador de todas las maravillosas acciones de Sebastian era el ardiente amor que profesaba á Jesucristo; no siendo fácil que alguno otro bienaventurado le escediese en el afecto, ni en la ternura con que amaba al Redentor del mundo. Este era el iman que le atraia con tanta violencia, que ningun objeto criado era capaz de variar sus movimientos, ni separarle de su centro. El ardiente fuego de esta caridad era el que endulzaba todos los trabajos, todas las injurias y todas las contradicciones que padeció en su vida: él era el que le hacia quedarse á la inclemencia por las noches para contemplar en las grandezas de Dios, viendo los cielos y los astros hechuras de la mano omnipotente: él era el que aun en las estaciones mas rígidas le impelia á entrar en los estanques helados, á fin de templar algun tanto el interior ardor en que se abrasaba su pecho: él era el que en medio de su acostumbrado silencio le obligaba á prorrumpir en exclamaciones fervorosas: él era el que le dejaba inmovil, enagenado de los sentidos, á veces todo encendido é inflamado el semblante, y elevado de la tierra se dejaba ver en dulces ratos enteramente embebido en su Dios, cuyo honor y gloria procuraba en todas sus acciones y pensamientos. De esta raiz provenia aquella caridad sin

límites con que atendía el Beato á beneficiar á los prójimos, con quien se despues de haber invertido todos sus bienes se empleó todo él mismo. Son inexplicables las fatigas que sufría gustoso aun en su edad tan decrépita por atender al socorro de toda clase de necesitados. La pobreza le infundía una compasion tan tierna, que al ver algun mendigo quedaba tan penetrado su interior, que aparecian en su rostro las señales de piedad. Asi buscaba él mismo la limosna para alimantarlos, y no pocas veces se privó de su hábito para vestir al desnudo. Sobre todo se manifestaba sensibilísimo de los enfermos, á los que asistía infatigable, exhortándoles á la paciencia y á la resignacion. Si era grande la caridad del siervo de Dios para con las necesidades corporales de sus hermanos, era mayor sin comparacion en órden á su bien espiritual; á cuyo fin suplicaba al Señor de continuo por la conversion de los pecadores, y por la perseverancia de los justos; esto sin cesar de promover todos los medios que le eran posibles para la consecucion de tan importante objeto.

Quiso Dios recomendar la eminente santidad de su fidelísimo siervo con esquisitos favores y particulares dones, como fueron el de profecía, el de penetracion de los secretos del corazón y el de milagros, honrándole con muchas celestiales visiones, ya de la Santísima Virgen, ya de los ángeles, ya de los santos sus abogados; especialmente de su Seráfico Patriarca, del apóstol Santiago, y de San Diego de Alcalá, á quienes profesaba una particularísima devocion. Tambien se dignó concederle el conocimiento de los misterios mas sublimes y elevados de nuestra santa religion; con mas un poder extraordinario sobre las cosas inanimadas, y un dominio prodigioso sobre los animales mas bravos, que á la voz del Beato quedaban al instante mansos y domesticados como si fuesen unos mansos corderos.

Conoció en fin Sebastian por la debilidad de su naturaleza nacida de sus continuos trabajos, y del rigor de sus penitencias, que se acercaba el tiempo de pagar el tributo impuesto á los mortales; y aunque toda su vida fué una continua preparacion para la muerte, con todo en los últimos periodos hizo esfuerzos extraordinarios para purificar su inocencia. Agravóse mas de su habitual enfermedad de la hernia que padecia; y aumentándose á ésta una ardiente calentura junto con inflamacion, fué preciso transferirlo á la enfermeria de su convento. No pudo recibir el viático á causa de sus continuos vómitos, y consiguió que á lo menos le llevasen el Sacramento Eucarístico para adorarlo; y fortalecido con la santa uncion, lleno de celestiales consolaciones, fijos los ojos en un Crucifijo que tenia en sus manos, invocando el dulce nombre de Jesus, pasó su dichosa alma á gozar de la vision beatífica en el día 23 de febrero del año 1600, que era el 98 de su edad, y el 26 de religioso.

En la mañana siguiente al feliz tránsito del Beato, transfirieron los religiosos á la Iglesia el venerable cadaver con la pompa y con el acompañamiento que exigía su mérito para darle sepultura; pero se vieron en la precision de diferirlo, porque habiendo concurrido de repente una innumerable multitud de personas de todas clases, aun de aquellos lugares en que jamas se habian oido las campanas del convento, diciendo recíprocamente sin saber como, vamos á ver el Santo que ha muerto en el convento de San Francisco, les fué preciso dejarlo en el feretro por espacio de cuatro dias enteros, para satisfacer la devocion de las gentes que á todo poder solicitaban tocar el cadaver, besarlo y cortarle algun fragmento del hábito por conservarlo como preciosa reliquia. Mantúvose en este tiempo el cuerpo flexible como si estuviese con su calor natural, despidiendo de sí un olor suavísimo, y aun algunos obtuvieron muchas gracias milagrosas que el Señor obró por intercesion del Beato. Abrióse el venerable cadaver antes de darle sepultura, y salió de él tanta sangre fresca, viva y natural, que ademas de haber manchado notablemente el vestido del cirujano que hizo lo operacion, se empapó en ella un lienzo para conservarlo. Halláronse las entrañas blancas, y defendidas de toda corrupcion; las que estraidas y puestas aparte, fué enterrado el resto del cuerpo en la capilla mayor de la Iglesia del convento de San Francisco de la ciudad de los Angeles, donde despues se visitó muchas veces el santo depósito: una en la noche del 19 de Julio de 1600; otra en el 29 de Junio de 1602; otra en el 7 de Junio del mismo año; y otra en el 28 de Abril de 1632; y en todas se tomaron auténticos testimonios de la incorrupcion é inflexibilidad del cuerpo del siervo de Dios. Con esta justificacion se recurrió á la Santa Sede para tratar de su beatificacion, y exáminadas por la sagrada congregacion de Ritus sus virtudes, fueron declaradas en grado heroico por el papa Clemente XIII, y aprobados algunos de los milagros del siervo de Dios por el sumo Pontifice Pio VI, decretó finalmente su solemne beatificacion en el dia 17 de Mayo de 1789.

DIA XXV.

San Valerio Confesor.

Uno de los muchos Santos que ilustraron con sus prodigiosas vidas la Provincia de Vierzó, fue San Valerio, tan célebre por sus heroicas virtudes como por la invieta paciencia con que sufrió las mas violentas persecuciones que le ocasionaron sus émulos. Nació Valerio en el

territorio de Astorga, y educado desde la cuna en el seno de la religion cristiana, siguió fielmente todas sus piadosas máximas, arreglando sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios, cuyo santo temor quedó grabado en su pecho desde que se despertó en él la luz de la razon. Conoció en su juventud los peligros á que están espuestos los hombres entre el tumulto de los mundanos, y como sus deseos no eran otros que atender únicamente al importante negocio de su eterna salvacion, resolvió buscar asilo á su inocencia en el retiro de algun claustro religioso. Puso la mira en el monasterio de Compludo fundado por S. Fructuoso Arzobispo que fue de Braga, floreciente por entonces en el mas activo fervor de la observancia religiosa; pero no teniendo efecto su entrada por algunos impedimentos que ocurrieron, resignándose el ilustre jóven con la voluntad de Dios, que así lo disponia para que brillase su inalterable paciencia, se retiró á una ermita contigua al castillo llamado de la Piedra en el obispado de Astorga, con firme resolucion de seguir en aquel lugar solitario el tenor de vida que observaron los mas rígidos Anacoretas. Con efecto, su silencio, su oracion, su ayuno, su abstinencia y sus penitencias asombrosas renovaron las espantosas imágenes de mortificacion oidas hasta entonces á los mas famosos solitarios.

Estendióse la fama del célebre Eremita por toda aquella region, y aitraidas del buen olor de su eminente virtud las gentes de la comarca, comenzaron á frecuentar su oratorio con el objeto de disfrutar su santa conversacion y sus saludables consejos, en agradecimiento de lo cual le ofrecian abundantes limosnas, para que se mantuviese, ó invirtiese en socorro de muchos pobres que concurrían á visitarle. Estaba la ermita á cargo de cierto clérigo llamado Flayno, cuya obligacion no le escitó á tener el mas mínimo cuidado de ella, hasta que vió la multitud de ofrendas que daban los fieles á Valerio. Quiso apoderarse de estas piadosas contribuciones, y no teniendo título alguno legitimo para apropiárselas, comenzó á perseguir al Santo de tal suerte, que le fue preciso abandonar el oratorio, para no dar motivo á la desenfrenada codicia del avaro sacerdote. Retiróse á una espantosa soledad; pero ni allí le dejó quieto Flayno, teniendo la osadía de quitarle los libros que habia escrito por su propia mano á pretesto de que pertenecian á su Iglesia.

Sintieron en el alma las gentes de aquellas montañas la injusta persecucion que causaba al Santo el mal sacerdote, los insultos y los malos tratamientos que le hacian los ladrones que se refugiaban entre las malezas del espeso monte donde se retiró Valerio, y añadiéndose á esto el no poder tolerar la ausencia de aquel á quien veneraban como padre espiritual, en el que tenían todo su consuelo, le obligaron con sus incesantes súplicas á que se estableciese en una he-

redad llamada Ebronato, en la que le erigieron un oratorio, donde concurrían á visitarle, y á oír sus saludables instrucciones. Pareció al Siervo de Dios que tendría allí quietud para dedicarse á la oracion y á la lectura sagrada, que eran los principales objetos de todas sus atenciones; pero como el Señor quería acrecentar mas su virtud, permitió que le sobreviniese otra persecucion mas cruel que la antecedente. Incitó el demonio á Racimino dueño de la heredad de Ebronato para que despojase del oratorio al Santo, bajo el pretexto de construir en ella una parroquia en la que se celebrasen los Oficios Divinos; hizolo así, pero antes de ver concluida la fábrica, le castigó el cielo con una muerte desgraciada en pena de su atentado. Nombróse por sacerdote de aquella iglesia un presbítero llamado Justo, que solo tenia de tal el nombre pero no las obras, el que persiguió al Siervo de Dios en términos, que no satisfecho con haberle reducido á la última miseria, ni aun le permitía que tuviese algun lugar donde recogerse. Compadecido un Diácono de la desdicha, y de la miserable constitucion del Santo, hizo cuanto fue posible para reconciliar á Justo, y aunque éste permaneció algun tiempo al parecer amigo, lleno de envidia al ver el afecto, y la veneracion que todos profesaban á Valerio; no contento con las muchas injurias, y con los malos tratamientos que le hizo padecer, llegó su tenacidad al extremo de ponerle las manos; pero sin que se le oyese al Siervo de Dios la mas mínima espresion de queja, ni de resentimiento; cuyos insultos cesaron por la confiscacion que se hizo de orden del Rey en la heredad de Ebronato, en virtud de la cual quedó estinguida la Parroquia enteramente.

Corrían veinte años de persecucion contra Valerio, y hallándose ya muy anciano, y muy débil, comenzó de nuevo á buscar algun lugar donde establecerse. Recurrió á Dios con fervorosas oraciones, para que se dignase declararle donde era su voluntad que permaneciese. Oyó el Señor con agrado las humildes súplicas de su Siervo, y le inspiró que se retirase al desierto del Vierzo, donde San Fructuoso habia edificado su oratorio bajo la advocacion del Apostol San Pedro. Siguió el santo varon la inspiracion divina inmediatamente, y limpiando las malezas con que se hallaba cubierto, y afeado aquel sitio venerable, en que habitó uno de los héroes mas ilustres de la Nacion, resolvió pasar el resto de su vida en aquella espantosa soledad. Cuando se vió en lugar tan separado de todo comercio humano, se sintió mucho mas encendido en el amor á los ejercicios eremíticos, y desde aquel punto no tuvo otra ocupacion que dedicarse á la contemplacion de las grandezas de Dios, gastando en oracion los dias y las noches. Causan admiracion los artificios de que se valió el demonio para separarle de su buen propósito; pero de todos le libró

su humildad, su frecuente recurso á la oracion y á la penitencia, triunfando con estas armas de todos los mas fuertes combates del inferno, y de no pocos hombres malevolos que procuraron inquietarle.

Libre Valerio de tan violentas persecuciones, se entregó á los excesos de su fervor, y al rigor de una mortificacion sin limites; pero el Señor endulzaba maravillosamente sus asperezas con exquisitos consuelos. Esparcióse la fama de la eminente virtud del ilustre Eremita por toda la region de Galicia y de Asturias; y queriendo Isidoro Obispo de Astorga que brillase aquella antorcha escondida en una de las mas célebres asambleas del Reino, le instó para que le acompañase al concilio que se celebraba en Toledo. Excusóse el humilde solitario, mirando con adversion toda gloria vana; pero insistiendo el Obispo con tenacidad en su empeño, quedó libre de él con la muerte que sobrevino á aquel Prelado.

Quiso Valerio no tener ocioso el menor instante del tiempo, y así el que le sobraba de sus santos ejercicios, lo dedicaba á las tareas literarias con que recreaba su entendimiento. En estas escribió una carta llena de instruccion y de saludables máximas á los Monges del Vierzo, la vida de San Fructuoso, la de una ilustre Religiosa llamada Echeria, la historia del Abad Donadeo, los milagros y revelaciones de los Monges Maximo, y Bonelo, y de un criado de San Fructuoso; cuyos escritos se conservan en la Santa Iglesia de Oviedo, y en el Monasterio de Carracedo.

Finalmente quiso el Señor premiar los grandes trabajos de su fidelísimo siervo, y cargado de dias, y de merecimientos, le llevó á gozar de su vision beatífica en el dia veinte y cinco de Febrero á fines del siglo VII. Dióse sepultura á su venerable cuerpo con el honor que era debido á su eminente virtud, y es uno de los que se conservan en las urnas que estan colocadas en el altar mayor de la iglesia del monasterio de San Pedro de los Montes, que fué antes del órden de S. Benito, y hoy de la reforma del Cister, cerca de Ponferrada pueblo de la provincia de Galicia; en cuyos depósitos no acostumbraban los Monges poner otras reliquias sino las de aquellos ilustres Varones que morian en opinion de Santos, en la que es tenido, y venerado San Valerio.

DIA XXX.

San Baldomero Confesor.

UNO de aquellos Santos maravillosos que han florecido en la Iglesia de Dios, fue San Baldomero natural de Francia, cuya memoria ha sido célebre en la Ciudad de Leon que fué el teatro de su prodigiosa vi-

da. Educado desde la cuna en la religion de Jesucristo, siguió fielmente todas las piadosas máximas del evangelio, arreglando sus costumbres con el espíritu de la Ley Santa de Dios. Quiso aspirar desde sus primeros años á la cumbre de la mas alta perfeccion, y conociendo que cuanto menos grato pareciera á los ojos del mundo, tanto mas agradaria al Señor, se dejó ver siempre el mas despreciable de los hombres en el vestido y en el calzado. Fundado en esta máxima, y en el sólido principio del santo temor de Dios, practicó todas aquellas virtudes que forma el caracter de un perfecto cristiano, tanto que ya su infancia era un preludio de la santidad futura á que llegó con el tiempo.

Aplicóse en su juventud á trabajar en labores de Herrero; y como su fin no era otro que el de tener fondos para ejercitar su ardiente caridad, que fue en él la virtud predominante; ejecutándolo así, invertia en socorro de los necesitados todo el importe de sus primorosas obras. No por esta ocupacion dejó el principal objeto de todas sus atenciones, que era el de su propia santificacion, y por lo mismo se dejó ver integro en la caridad, continuo en la leccion espiritual, frecuente en las santas vigalias, liberal en las limosnas, agradable y veraz en el trato con sus hermanos; sin que jamas se le notase el menor dolo en su intencion, ni en sus labios la mentira mas leve.

Aunque todo este cúmulo de virtudes hicieron amable á Baldomero, y aun venerable; lo que mas llenó de admiracion á cuantos le conocieron, fué aquella continua solicitud en bendecir al Allisimo, siendo su incesante expresion: *Demos á Dios gracias siempre en el nombre del Señor*. De aqui resultó que atendiendo los Fieles á una leccion tan continua, se movian á su ejemplo á alabar á Jesu-Cristo.

Pasó en cierta ocasion el ilustre Abad Vicente del monasterio de San Justo de Leon á un pueblo llamado Audacio, poco distante de aquella ciudad; y viendo en él á Baldomero con su acostumbrado humilde traje en fervorosa oracion, en cuyo ejercicio ocupaba muchas horas del dia y de la noche, edificado de su devocion, quiso saber quien era. Comenzó á tener con él conversacion, y conociendo por ella y por un impulso del Espíritu Santo que era un fiel siervo de Dios, llevándole consigo á su monasterio, hizo que se estableciése en él, bajo el concepto de que daria mucho honor á aquella ilustre casa. Eligió el Siervo de Dios para su habitacion la celda mas humilde del monasterio, y manifestando desde luego aquellas heroicas virtudes que cultivó en el siglo, sin dejar su acostumbrada solicitud de alabar al Señor con la expresion dicha, se concilió la veneracion no solo de los monges, sino de todos los habitantes en Leon. Vieron estos que la pasion predominante de Baldomero era la de la caridad para con toda clase de necesitados; y queriendo contribuir al ejercicio de una vir-

tud tan meritoria, le daban sumas crecidas para que las invirtiese en socorro de los miserables. Haciao el siervo de Dios con tanto desinterés, que olvidándose de sus propias necesidades, todo lo distribuía con los pobres, mirando en cada uno de ellos la imágen viva de Jesucristo.

Crecia cada dia la fama de la piedad de Baldomero; y queriendo Gaudrico obispo de Leon condecorarlo para el reparto de las limosnas, resolvió conferirle el orden de Subdiacono. Sobresaltóse la humildad del Santo al oír semejante proposicion, y considerándose indigno de recibir tal ministerio, puesto de rodillas ante el prelado, besándole las manos bañado en tiernas lágrimas, le suplicaba que no le impusiese este cargo.

Quiso Dios acreditar lo agradable que le era la ardiente caridad de su fidelísimo siervo por una de aquellas maravillas de su adorable providencia, y para demostrarlo, venian á la hora regular de comer las aves á las manos del Santo á fin de que les diese alimento, á las que despedía siempre amonestándolas que bendigesen al Señor del cielo y de la tierra. Finalmente llegó el tiempo de pagar el tributo impuesto á los mortales, y habiéndose dispuesto para la muerte con aquellas preparaciones que son faciles de creer en un espíritu todo abrasado en divinos incendios, murió en el Señor en el dia 27 de Febrero, á poco mas de mediado el siglo VII. Diéronle sepultura los monges de San Justo de Leon en su monasterio, y haciendo Dios célebre el sepulcro de Baldomero con repetidos prodigios, fueron los mas dignos de admiracion las milagrosas curaciones de los muchos enfermos que concurrían á visitarle; con la particularidad de conseguir el beneficio no solo en el cuerpo, sino de sentirse movidos á mejorar su espíritu.

DIA I DE MARZO.

San Hiscio obispo y mártir.

SAN Hiscio ó Hesicio de quien se hace en este dia conmemoracion en el martirologio Romano, fué uno de aquellos célebres obispos que enviaron desde Roma á España los Príncipes del colegio apóstólico en los principios de la ley de gracia á predicar el evangelio á los habitantes de esta Península, que como idólatras por entonces rendían antiguo homenaje á los demonios; haciendo asunto de religion, acomodándose á toda clase de supersticiones gentílicas, tributando el culto de-

bido al criador del cielo y de la tierra á unos vanos simulacros bajo el velo de quiméricas deidades.

No referimos las actas que son comunes á este varon apostólico y á sus ilustres compañeros, por evitar una molesta repetición en la vida de cada uno cuando por todos se dice en el día quince de Mayo, al que remitimos al lector, para que pueda saber sobre su caracter, y su venida á la nacion hasta que llegaron juntos á Guadix. Quedó en esta ciudad por obispo San Torcuato, y distribuyéndose los demas por diferentes pueblos de España á satisfacer el designio de su mision, pasó Hiscio, Hisichio ó Hesicio, segun otros le nombran, á Carteya, ciudad antigua de la Bética ó Andalucía por la que entienden unos á Tarifa, otros á Algeciras, y otros á Cazorra, ilustre villa de la Andalucía, alta cabeza de su adelantamiento; cuya variedad de opiniones en orden á los nombres y sitios de los pueblos no deben estrañarse en España, habiendo sufrido tantas y tan repetidas irrupciones de Bárbaros ambiciosos de su fértil terreno: bien que es muy cierto que en apoyo de ser Cazorra la que antiguamente se llamó Carteya, obra la tradicion constante de aquellos naturales que veneran á San Hiscio por su primer obispo é inelitó Patrono, sin que se haya interrumpido en ella su culto en el transcurso de tantos siglos.

Presentóse pues Hiscio en Carteya, y compadecido de la multitud de infieles que vivian en aquel numeroso pueblo sumergidos en los mas clásicos errores y en una espantosa corrupcion de costumbres, comenzó á predicar las infalibles verdades del santo evangelio con aquel espíritu y con aquel zelo que era propio de su caracter. Hizoles ver la necedad de sus ridículas supersticiones, la brutalidad de sus horrendos sacrificios, y la oposicion que dice la multitud de deidades contra lo que dicta la misma razon, demostrándoles á un mismo tiempo la verdad y la santidad de nuestra religion; y como se hallaba adornado de todas aquellas gracias especiales que el Señor concedió en el establecimiento de la Iglesia á todos los varones apostólicos, que se interesaron en la conversion de un mundo idólatra; añadiéndose á esto la confirmacion de la doctrina que predicaba con repetidos milagros, abrazaron no pocos infieles la fe de Jesucristo, detestando de sus abominables errores.

Un suceso tan pronto como feliz encendió mas el zelo del ilustre operario del padre de familias, quien no satisfecho con las conquistas que hizo en Carteya, predicó en Tarifa, en Algeciras y en Alona ciudad sita antiguamente entre Tarifa, y el cabo de la plata, segun nos dicen varios escritores nacionales, sin que en esto se encuentre alguna dificultad, por ser poblaciones poco distantes unas de otras en un mismo continente. Rindió la semilla evangelica que sembró el santo en aquellos terrenos abundantísimos frutos al labrador divino,

y estableciendo su cátedra episcopal en Carteya, se dedicó al cultivo de aquella Iglesia con la vigilancia pastoral que exigía la constitucion de unos siglos tan calamitosos, en que el furor de los Gentiles perseguía de muerte á los profesores de la religion del crucificado. Surtió á su rebaño con abundantes pastos espirituales, sin dejar de atender su ardiente caridad al socorro de sus necesidades corporales; no omitiendo los oficios de maestro, les dió todas las instrucciones que estimó necesarias para el destierro de la ignorancia, y de la preocupacion en que habian vivido hasta entonces, enseñándoles al mismo tiempo el modo de celebrar los oficios y sacrificios divinos, para que tributasen á Dios por ellos el culto debido por sus criaturas, haciendo á espensas de sus incesantes fatigas que floreciese la religion entre aquellos naturales, de manera que parecia no dejar mas que apeteacer á su apostólico zelo.

Continuó Hiscio por espacio de algunos años en el ministerio pastoral, ganando los corazones de todos con su paciencia, con su dulzura, y con su apostólico desinterés; pero ofendidos los infieles de las conversiones que cada dia hacia para Jesucristo de los muchos Paganos desengañados á la luz de su predicacion, determinaron quitarle la vida, como lo hicieron en la cruel persecucion que movió contra la iglesia el impío Neron. No nos consta con certeza el género de martirio que padeció el Santo; pues aunque algunos escriben que murió quemado en el sacro monte de Granada, atendiendo á que los naturales de Cazorla creen por una constante tradicion, que fue apedreado en un campo de aquel pueblo, donde se conservan hasta hoy unos crecidos montones de piedras; nos inclinamos á seguir este dictámen apoyado por Don Fernando Alonso Escudero de la Torre, en el libro que escribió de los santuarios del adelantamiento de Cazorla, y por Don Rodrigo Mendoza de Silva en la poblacion de España; lo que se confirma á mayor abundamiento por la gran festividad que por antiquísima costumbre hacen los vecinos de aquella ilustre villa todos los años en uno de los domingos de Mayo, en el que va el clero y el pueblo en solemne procesion al sitio donde se tiene por tradicion que fue apedreado: lo que ejecutan en el dia por voto en fuerza de un auto capitular de ambos cabildos hecho en 11 de Mayo de 1585; cuya tradicion constante nó debe despreciarse sin documentos justificativos que prueben lo contrario.

DIA II.

En este dia hace conmemoracion el martirologio romano de San Lucio obispo de Cesaréa en Capadocia, y de sus compañeros Absalon, y Lorgio, ó Gregorio con la espresion de santos mártires de la ciudad dicha, á quienes añaden otros á Herolo, Primitivo, y Januario; aunque los escritores no nos refieren los géneros de tormentos que padecieron en su martirio. Tamayo Salazar en su martirologio español escribe: que San Lucio fue obispo de Britonia Ciudad antigua de España, hoy llamada Mondoñedo, el cual habiendo pasado á Cesaréa de Capadocia con motivo de negocios urgentes, en tiempo de la sangrienta persecucion que suscitó Neron contra la iglesia; hallando en aquella Ciudad á los cristianos dispersos por temor de la terrible tempestad, les reunió con mucha caridad, les confortó, y les animó á padecer por Jesucristo; pero habiendo sabido los Paganos estos oficios delatándole al Gobernador gentil, y puesto en prision de su orden, le dieron muerte en la cárcel con Primitivo, y otros ilustres confesores que se hallaban en ella, despues de haberles hecho padecer muchos crueles tormentos por su constancia en la fe, de cuya noticia colejada con la referencia dicha en el martirologio romano, hará el lector el aprecio que le parezca.

Dia III.

San Emeterio, Mártir, llamado vulgarmente San Madi.

SAN Emeterio, ó como se dice, S. Madi, nació, segun se cree, en el pincipado de Cataluña, en la parroquia llamada de su nombre no lejos de Barcelona. Siendo de tierna edad aprendió el oficio de labrador. Poseia una casita junto al camino público, y labrando sus tierras pasaba su vida pobre aunque tranquila. Pero vino á turbarla el rey goda Eurico quien talando y destruyendo cuando se le presentaba llegó á Tarragona que tomó á viva fuerza; y cuando ya no tuvo romanos que conquistar, dirigió sus furias contra los católicos, que no querian abrazar la secta de Arrio que él profesaba; y sabiendo que S.

Severo, entonces obispo de Barcelona, conservaba entre sus ovejas la fé de Jesucristo con sus predicaciones y santa vida, mandóle un preboste para que le obligase á seguir su doctrina ó quitarle la vida. Llegado pues este tirano á dicha ciudad, intentó atormentar al santo prelado, á fin de intimar así á su rebaño; mas avisado con tiempo S. Severo, creyó deber seguir entonces el consejo de Jesucristo, que dice: 'si os perseguen en una ciudad, huid á otra; se ausentó de Barcelona y se fué á un lugar llamado antiguamente el castillo de Obtaviano, y ahora S. Cucufate, y en el camino halló á nuestro bienaventurado Emeterio, ó Madi, quien á la sazón estaba sembrando abas. El bendito obispo le dió razon de su viage, diciéndole como el mal rey Eurico pretendia obligar á los católicos á seguir la herejía de Arrio, que el mismo rey profesaba, y que por ello él huía al castillo de Octoviano, donde pensaba aguardar á los satélites de Eurico, que entendia habian de ir luego en su busca. Añadióle que si le preguntaban por él, que les dijese el lugar donde le hallarian. Obró Dios entonces un milagro con el bienaventurado S. Emeterio; porque en un momento de tiempo crecieron y florecieron aquellas abas que sembraba. Llegaron pues los perseguidores y pidieron por el santo obispo. Respondió Emeterio que por allí habia pasado, cuando el sembraba aquellas abas que entónces estaban florecidas, y les declaró el lugar donde le hallarian. Los ministros creyendo se burlaba de ellos, y sospechando que tambien seria católico, se lo llevaron preso adonde estaba entonces S. Severo; y echando en el santo prelado las manos, los llevaron á entrambos al lugar inmediato. Allí azotaron fieramente á dichos mártires con plumas. Y perseverando ellos en la fe, á S. Severo hincaron un grueso clavo por la frente, y degollaron á S. Emeterio. Aconteció la muerte de este glorioso santo en 6 de Noviembre cerca de los años del Señor 480, reinando en Cataluña y toda España el ya nombrado rey godo Eurico. Los cristianos vecinos del lugar del martirio tomaron los santos cuerpos y los sepultaron en una capilla que estaba allí inmediata, y despues con el tiempo fue trasladado el cuerpo de S. Severo al monasterio de S. Cucufate. Pero el de S. Emeterio se ignora donde está. Puédese creer que está sepultado en el mismo monasterio de S. Cucufate, ó en la primera capilla donde fueron sepultados la primera vez. Cerca de S. Cucufate hay una iglesia parroquial llamada S. Madi, donde tienen á este bienaventurado por patron, y celébrase su fiesta en tal dia como hoy con gran solemnidad y gran concurso de gentes.

DIA IV.

NOTA.

Aunque en algunas Iglesias se celebra en este dia la fiesta de San Adrian, puesto que sus actas se refieren en las de su esposa Santa Natalia, remitimos al lector al dia 1.º de Diciembre, donde constan las de esta ilustre martir.

DIA VI.

San Oleguer obispo.

EN tiempo que Raimundo Berenguer conde de Barcelona, primero de este nombre, ilustraba la provincia de Cataluña con las célebres victorias que consiguió de los moros que ocupaban injustamente el terreno de España, nació en Barcelona en el año 1060 S. Oleguer para gloria y honor inmortal de aquella capital, y de todo su principado. Fueron sus padres Oleguer y Gila, ambos mas ilustres por su piedad, que por su calificada nobleza, los cuales se aplicaron con el mayor esmero á dar al niño una educacion tan propia de su religiosidad como de su ilustre nacimiento; pero el bello natural de Oleguer, y su inclinacion á la virtud, facilitaron mas que todo la consecucion de sus buenos deseos. Háiale prevenido Dios con todas las nobles disposiciones de naturaleza y de gracia para los grandes designios á que le destinaba la divina providencia, y aunque en sus primeros años se dejó ver muy gracioso, y de alegre condicion, fué con tal juicio, y con tal modestia, que distraido enteramente de los pueriles entretenimientos que son regulares en la niñez, tenia sus diversiones en los ejercicios mas devotos. Buscáronle sus padres sabios maestros para que le instruyesen asi en las letras como en la virtud, y como Oleguer se hallaba dotado de unos talentos extraordinarios, y de una propension natural á todo lo bueno, hizo en muy breve tiempo grandes progresos en las ciencias humanas, y superiores en la de los santos.

Manifestó el ilustre jóven su inclinacion al estado eclesiástico con el objeto de dedicarse enteramente al servicio del Señor, y no queriendo sus padres defraudar su buen propósito, le ofrecieron á Dios,

y á la ilustre martir Santa Eulalia en la catedral de Santa Cruz; á la que hicieron donacion de una cuantiosa heredad que poseian en el condado de Asura, para subvenir á la necesidad de aquella iglesia recién conquistada del poder de los Arabes. Admitido Oleguer entre aquellos canónigos capitulares, cuando solo contaba diez y siete años, acreditó desde luego que su virtud era superior á su edad. La vida ejemplar del nuevo canónigo, la inocencia de costumbres, su puntual asistencia al coro, y el grande amor que profesaba al retiro, le grangearon el cariño, y aun la veneracion de todos, de suerte, que habiendo vacado la dignidad de Prepósito ó Pabordia una de las principales de aquel cabildo, fue promovido á ella Oleguer á poco tiempo de su entrada en el cabildo, en la que su gravedad, su circunspeccion, su sabiduria y su porte fueron la admiracion de los seglares, y el modelo de los eclesiásticos.

Aunque la conducta que observaba Oleguer en el nuevo estado no podia ser mas recta, como le llamaba Dios á un grado de perfeccion mas eminente, le estaba siempre inspirando ardentísimos deseos de vida mas retirada, pareciéndole las dignidades Eclesiásticas titulos de pesadumbre y de peligro, y los beneficios de mayor renta redes de mayores lazos. Fundó por aquel tiempo Don Bertran obispo de Barcelona el monasterio de San Adrian en una iglesia dedicada á este santo cerca de la orilla del mar á una milla de Barcelona, con el fin de establecer el orden de los canónigos regulares de San Agustin, que florecia en el de San Rufo de la Probenza, en donde habia sido canónigo. Quiso Oleguer abrazar aquel célebre instituto para satisfacer sus deseos, y manifestando su voluntad á Don Beltran, persuadido este de lo mucho que interesaria aquella nueva casa en tener por prelado á un sugeto de las circunstancias del santo, le nombró Prior á pesar de su humilde resistencia. No salieron frustradas las esperanzas del prelado, pues encargado Oleguer del régimen de aquella ilustre comunidad, elevó el monasterio con sus sabias providencias y con sus ejemplos edificantes al mas alto grado de perfeccion, adelantándolo considerablemente así en los bienes espirituales, como en los temporales. Murió el Prior de San Rufo, al que estaban sujetos como á casa matriz el de San Adrian, y otros muchos de canónigos regulares de España, Francia, é Italia; y como la justificacion, y consumada prudencia de Oleguer era tan pública en todas partes, fue promovido á aquella dignidad por unánime consentimiento de todos los lectores que debian concurrir al nombramiento. La superioridad de este empleo no alteró la humildad del insigne prior, ni mudó en él un ápice de la religiosísima conducta que observó en San Adrian, antes bien si cabe aumentó su fervor, para escitar á los canónigos á que diesen ejemplo en la exactitud de su

observancia regular á todos los monasterios, que reconocian como cabeza principal al de San Rufo.

Cuando solo pensaba el ilustre Prior en santificarse á sí, y á sus súbditos, ocurrió la muerte de Don Raimundo obispo de Barcelona, que ejercia el cargo de Legado apostólico del papa Pascual II, en la expedicion de la cruzada, que hacia el conde Berenguer contra los moros en las Islas de Mallorca, Menorca y Ibiza; é interesándose el clero y el pueblo en las preces, y en los ayunos acostumbrados por entonces en semejantes vacantes, para que el Señor se dignase concederles un prelado digno sucesor del difunto, se convinieron por inspiracion divina en que lo fuese Oleguer, que á la sazón se hallaba en Barcelona. Fué la eleccion agradable á los condes, acepta al clero, y tan á satisfaccion del pueblo, que manifestó su gozo con las mas festivas demostraciones. Solo el santo reprobo una eleccion tan aplaudida, y resolviendo no admitir tan pesada carga, se huyó secretamente á Francia en el silencio de la noche. El sentimiento que causó en el ánimo de todos la fuga de Oleguer, cubrió de luto á Barcelona; pero atribuyendo el conde á sus pecados la causa de este hecho, determinó pasar á Roma, ya con el fin de visitar los Santos lugares que se veneran en aquella capital, regados con la sangre de tanto martir, ya para que el papa nombrase su legado en la expedicion de la cruzada que continuaba contra los Arabes, y ya para que obligase á Oleguer á la admision del obispado. Detúvose el conde en Pisa por temor del emperador Enrique, que no omilia medio alguno para apresarle, y habiendo enviado sus oradores á Roma á que manifestasen á Pascual II sus designios, nombró éste por su legado apostólico al cardenal Boson, al que dió sus letras apostólicas para que compeliése á Oleguer á que aceptase el obispado. Partieron de Pisa el cardenal y el conde, y habiendo llegado á la Provenza, valiéndose de cierta industria, supieron que estaba oculto Oleguer en el monasterio de San Rufo. Hizole comparecer el legado, é intimándole el precepto del papa, le consagró inmediatamente, sin dar oídos á sus ruegos ni á sus lágrimas.

No ignoraba Oleguer los formidables cargos del estado episcopal; pero lleno de confianza en aquel Señor que se la echó á cuestras, esperando de su piedad las luces y las fuerzas necesarias para cumplir fielmente su ministerio, se aplicó con la vigilancia mas activa á satisfacer todos sus deberes, dejándose desde luego ver en la dignidad como un modelo de los prelados perfectos que exige el apostol en el candelero de la Iglesia. Surtió á su pueblo con sus continuas predicaciones, y con sus saludables consejos de abundantes pastos espirituales; y no omitiendo su ardiente caridad los oficios de padre, socorrió las necesidades corporales de sus ovejas. Estaba muy reciente en su

obispado la memoria de los infieles que le ocuparon dilatado tiempo, por lo que se conservaba en muchos pueblos la relajacion .que habia estampado en las costumbres de los cristianos, y para borrarla enteramente visitó Oleguer á su diócesi, y no como quiera fué su visita una reforma sino una visible trasformacion de los pueblos. Trataba á sus súbditos con tanto amor, con tanta dulzura, y con tanta benevolencia, que le amaban como padre, y le veneraban como á Pastor santo, correspondiendo el rendimiento de sus órdenes al espiritu con que las dispensaba. Sobre todo su humildad, su modestia, y su frugalidad le hicieron mas respetable, sin querer en nada ser magnífico sino en las limosnas, mirando á los pobres como acreedores de sus rentas.

Intentó el Conde Berenguer recuperar á Tarragona del poder de los Moros, y conociendo que la gran reputacion y el inefable zelo del obispo de Barcelona podria contribuir mucho para la consecucion de tan gloriosa empresa, le cedió aquella ciudad para sí y para sus sucesores, como consta de su donacion fecha en primero de Febrero del año 1117. Pasó Oleguer con este motivo á obtener de Gelasio II. sucesor de Pascual, que se hallaba en Cayeta, la confirmacion de aquella nueva promocion: recibióle el papa con las demostraciones del mayor honor, y conociendo por su trato que era mayor su virtud que la que publicaba la fama, no solo confirmó su eleccion, sino que le condecoró con el Palio, insignia de los Metropolitanos, como lo fue en tiempo de los godos el prelado de Tarragona, segun consta por su breve apostólico á 21 de Marzo de 1118.

Volvió á España Oleguer lleno de honores, é interesando toda su autoridad, y todo su valimiento en la recuperacion de Tarragona, conseguida esta con la ayuda del Conde Berenguer, restableció su iglesia destruida por los moros, creó canónigos beneméritos, y dispuso todo lo necesario para la defensa de los ciudadanos; pero como los moros se hallaban dueños de las poblaciones inmediatas, no cesaban de invadir á la ciudad y de causar innumerables daños en sus campos. No podia Oleguer contener estos insultos por ser su fuerza inferior á la de los enemigos, y pensando en los medios capaces para atajar tan fatales estragos, discurrió al prudente arbitrio de dar á feudo la ciudad, para que la defendiese, á Roberto de Aguilo Caballero fuerte y soldado valeroso, lo que hizo con anuencia del Conde de Barcelona, y de su Cabildo en el dia 24 de Marzo de 1128; pero con la condicion de dejar libres las posesiones, los derechos y la inmunidad de la iglesia y Eclesiásticos; y la de que habian de pagarse los diezmos de todos los bienes seculares. Aceptó Roberto la cesion con las condiciones dichas, y como era un sujeto tan poderoso, que habia adquirido gran parte de sus haberes de los despojos de las batallas que tuvo con los moros, los repelió enteramente de Tarragona y de su territorio:

fortificó la ciudad, y distribuyó sus campos entre los cristianos para que los cultivasen.

Murió el papa Gelasio II, y habiendo sucedido en la Cátedra Apostólica Calisto II, convocó un concilio general en Roma, que fue el primero de Letran, en el que se trató de la Cruzada para la recuperación de la tierra santa. Asistió Oleguer al concilio como uno de los padres, y representando por su medio el conde de Barcelona, que era no menos importante la Cruzada en España que en la Palestina, mediante la opresion que padecian en ella los cristianos de los moros: nombró Calixto por su Legado apostólico á nuestro ilustre Prelado, para que auxiliase con su autoridad las expediciones de Lérida, de Tortosa, y de otras muchas villas que ocupaban los Bárbaros. Volvió Oleguer de Roma á España condecorado con la Legacia, y empeñado todo su zelo, y toda su reputacion en las expediciones dichas, acreditaron desde luego los felices sucesos que en ellas tuvieron los cristianos, cuanto puede la direccion de un Gefe santo y docto.

Desembarazado el célebre obispo de estas laboriosas ocupaciones, persuadió al conde de Barcelona la necesidad que tenia de celebrar cortes generales, así para el bien del estado, como para corregir los excesos de los seculares contra la inmunidad, y contra los derechos de la iglesia. Convocáronse éstas en efecto en Barcelona en el año 1525, á las que asistieron Raimundo obispo de Vique, Bernardo de Gerona, los Abades, los Condes, los Nobles, y los Apoderados de las Ciudades del principado, y siendo como el alma de ellas Oleguer, se determinó en orden al estado eclesiástico los capítulos siguientes: Que en adelante no se atreviese alguno á violar la inmunidad eclesiástica á treinta pasos del lugar sagrado: que no se causase injuria de modo alguno á las personas ni bienes de los clérigos: que se pagasen sin fraude los diezmos á Dios, y que se restituyesen á los obispos las iglesias usurpadas con todas las posesiones y derechos pertenecientes á ellas. El conde fue el primero que dió ejemplo de esta restitucion, á quien siguieron muchos señores principales; pero porque no lo hicieron así algunos otros usurpadores, se manifestó Oleguer con tal teson en esta parte, que les hirió con la espada de la Excomunión, sin alzar la censura hasta que lo ejecutaron, como sucedió con el conde de Gerona, al que no absolvió, hasta que restituyó al cabildo de Barcelona las tres iglesias que le mandó su abuelo.

Viendo el ilustre prelado el buen estado en que se hallaban las cosas de su iglesia, no contento con haber venerado en las dos veces que esluvo en Roma los santos Lugares regados con la sangre de los Príncipes del Colegio Apostólico, y con la de tantos mártires como murieron en ella por la fé, quiso visitar personalmente los de Jerusalem, santificados con la Real presencia de nuestro Redentor. Hizo es-

te viaje con mucha edificacion, esparciendo por todas partes el buen olor de sus eminentes virtudes. Llegó á la capital de Palestina, donde fue recibido por el Patriarca Guarimundo con aquellas demostraciones de honor que se merecia su persona, y renovando en su corazon la memoria de los misterios de la pasion y muerte de Jesu- cristo con la vista de aquellos preciosos monumentos de nuestra dicha despues que satisfizo su devocion, volvió á España lleno de los afectos de la mas tierna piedad.

Vió el santo en Jerusalem el zelo, y el ardor con que se esforzaban los Templarios á pelear contra los enemigos de la fé; y conociendo la grande utilidad que resultaria á Cataluña en tener aquellos caballeros cruzados obligados por voto á la defensa de la religion, supo persuadir al conde de Barcelona de tal suerte sobre su establecimiento en el principado, que no contento con haber cedido para este fin la villa y fortaleza de Grañena, quiso vestir el hábito de semejantes alumnos, en atencion á las muchas indulgencias que les estaban concedidas por la santa Sede. Pensaron ambos sobre el sitio de la fundacion; y pareciéndoles muy proporcionado el castillo de Mar-devarveans á los confines de Cataluña y Valencia, cedido éste para tan noble proyecto por el conde de Urgel, se establecieron en él los doce ilustres individuos que obtuvieron del gran maestro del órden; de donde tuvo principio el de los Templarios en España, esparcidos despues por el resto del reino; lo que se debió al infatigable zelo de San Oleguer, siempre ansioso de providenciar todos los medios capaces de avasallar el orgullo de los Mahometanos.

Sucedió en la cátedra apostólica por muerte de Calisto II, Inocencio II; y habiéndose retirado á Francia huyendo de las injurias del Antipapa Pedro de Luna, que con el nombre de Anacleto se apoderó de la silla de San Pedro, auxiliado de Rogerio rey ó conde de Sicilia, convocó un concilio en Claramonte para extinguir el lastimoso cisma que perturbaba la paz de la iglesia. Escribió el Papa á Oleguer, á fin de que concurriese al Sinodo, bajo el concepto de que su grande reputacion contribuiria no poco á el fin deseado. Hizolo el santo á pesar de sus muchos años; y reconociendo las razones y fundamentos que obraban en favor de Inocencio, votó por legitima y canónica su eleccion; y declaró por cismático, y excomulgado á Pedro de Luna, sin embargo de los muchos personajes que favorecian su partido en España, y del parentesco que tenia con el conde de Barcelona; cuyos respetos no fueron capaces de separarle de la justicia que siempre observó en todas sus determinaciones.

Volvió Oleguer del concilio de Claramonte lleno de honor y de gloria, y se dedicó con nuevo ardor á reparar, á reconciliar, y á bendecir las iglesias destruidas y violadas por los moros, cuidando con

el mayor esmero de que se celebrase en ellas el culto divino con la decencia, y con la magnificencia posible por los mas dignos ministros. Tambien erigió muchos monumentos piadosos que eternizan su memoria, como fueron las donaciones de predios propios que cedió el cabildo de su iglesia, y las que hizo al hospital de Barcelona para la asistencia de los pobres enfermos.

El alto concepto que tenia Oleguer para con los principes y personas poderosas, le hizo árbitro en las discordias que sobrevinieron en su tiempo; siendo el ángel de la paz en todas ellas. Asi se verificó en las reñidas disputas que ocurrieron entre los Reyes de Aragon y de Castilla Don Ramiro y Don Alonso; las que tranquilizó con su grande prudencia, luego que para este fin se presentó en Zaragoza; logrando los mismos favorables efectos en las concordias que por su mediacion hicieron los condes de Tolosa y de Venecia con el de Barcelona; y en la transacion del ruidoso pleito que seguia el Dean y cabildo de Barcelona, sobre el derecho que pretendian tener respectivamente á la capellania de nuestra Señora del mar.

Finalmente debilitada la naturaleza del ilustre Prelado á fuerza de sus continuos trabajos, y del rigor de sus penitencias, quiso Dios acrisolar su virtud por medio de una prolongada enfermedad, en la que dió ejemplo de su inalterable paciencia. Convocó sin embargo un sínodo diocesano por el mes de Noviembre del año 1196, en el que habló con nuevo ardor sobre el estado de la Iglesia, sobre la religion, sobre el oficio sacerdotal, y sobre otras importantísimas materias; pero habiendo manifestado á los concurrentes que estaba cercano el fin de sus dias, acreditaron todos con tiernas lágrimas el dolor que les causaba la pérdida de su Santo Pastor. Continuó indispuerto hasta la cuaresma del siguiente año; y celebrado otro sinodo en la primera semana, recibió los últimos sacramentos á presencia de los abades, de los presbíteros, y de los clérigos que asistieron á él; y dándoles su bendicion murió tranquilamente en el dia 6 de Marzo del año 1137 á los 76 de su edad.

Dieron sepultura al venerable cuerpo del Santo prelado con la magnífica pompa funeral que exigia su mérito en el claustro de la catedral; pero dignándose el Señor manifestar cada dia la gloria de su fidelísimo siervo con repetidos milagros; no pudiendo la devocion de los Barceloneses tolerar por mas tiempo que estuviere oculto en la tierra tan precioso tesoro, se hizo su traslacion á un suntuoso sepulcro de marmol á un lado del capítulo de la Iglesia: en cuyo acto se vió con admiracion de todos íntegro é incorrupto el cuerpo del Santo despidiendo de sí un olor suavísimo. Concurrieron los fieles con varias limosnas y donaciones para la ereccion de la capilla que se construyó en honor del santo en la misma catedral adonde se hizo la segunda

traslacion de su cuerpo por los años 1580; el que se conserva en grande veneracion sobre un altar algo separado de la pared, por cuyo espacio se ve el cadaver íntegro, escepto un poco de carne que le falta en el rostro.

DIA VIII.

San Julian Arzobispo de Toledo.

SAN Julian, celeberrimo en santidad y elocuencia, para hablar con las voces mismas de que se sirve el Martirologio romano en su elogio; modelo el mas perfecto de los prelados eclesiásticos, uno de los ornamentos mas brillantes del órden episcopal, y gloria inmortal de su patria, nació en la imperial ciudad de Toledo: criaronle sus padres en el santo temor de Dios; pero su bello natural, é inclinacion á lo bueno facilitaron mas que todo el grande efecto que se siguió á su educacion. Habiale prevenido Dios con todas las disposiciones de naturaleza y gracia para los eminentes designios á que le destinaba la Providencia. Su ingenio vivo, sólido y fecundo; su superior capacidad para las ciencias; su corazon noble, dócil y generoso; sus modales gratos, cultos y apacibles; su sumo horror al pecado; su piedad, su dulzura y las sublimes ideas de virtud sobre que formaba las costumbres que le hacian tanto mas recomendable que sus talentos, fueron indicios nada equívocos de su futura santidad. Adornado con todas estas sobresalientes cualidades, hizo Julian admirables progresos tanto en la virtud, como en las letras en la escuela de San Eugenio III, arzobispo de Toledo; é incorporado en el clero de aquella santa iglesia, con el objeto de servir al Señor en este estado, contribuyó no poco para sus adelantamientos la estrecha amistad que contrajo con el diácono, ó arcediano Guidila, que era reputado en su tiempo por una de las personas de conocida piedad, y sobresaliente mérito. El amor á la virtud, la semejanza en las costumbres, la uniformidad en los dictámenes, hicieron indisoluble hasta la muerte el vínculo de su union: ellos no tenian sino una voluntad, un espíritu, y un corazon que producía unos mismos deseos: y aunque resolvieron de un comun acuerdo retirarse del mundo á una santa soledad, para vivir con tranquilidad, y pásar el resto de su vida en los ejercicios saludables de la penitencia, en el estudio de las Santas Escrituras, y en la contemplacion de las verdades eternas; impedidas estas piadosas inclinaciones por una superior autoridad; se vieron precisados á ceder por obe-

diencia, y permanecer en los respectivos oficios de su iglesia, trabajando en la instruccion y santificacion del pueblo, segun su primera vocacion. En efecto, ambos se esmeraron en desempeñar estas funciones con un celo infatigable, dándose enteramente al ministerio de influir en la salvacion de las almas, y en la instruccion y aprovechamiento de los prójimos de una manera tan exacta y prodigiosa, que hace, y hará el eterno lustre y honor de su iglesia.

Murió Guidila en el año octavo del reinado de Wamba; y sintió Julian esta falta con dolor tan vivo y penetrante, que fué necesaria toda su virtud para resignarse. Despues de haber satisfecho los obsequios debidos á su fiel é intimo amigo, procurando que su funeral se hiciese con toda pompa y magnificencia, continuó en las funciones eclesiásticas, especialmente en las del sacerdocio con tanta edificacion y utilidad del pueblo, que todos le aclamaban digno de mayores empleos. Vacó la cátedra de Toledo, ó por el retiro, ó por la muerte de Quirico; é inmediatamente se hizo eleccion de sucesor en nuestro Santo por un consentimiento universal, á pesar de su humilde resistencia.

Colocado Julian en el candelero mas eminente de la iglesia de España, no tardó en acreditar con pruebas prácticas el alto concepto que así el clero, como el pueblo de Toledo tenian formado de su persona. Todas las delicadas virtudes, que exige el Apóstol de los sujetos consagrados á Dios en el sublime ministerio episcopal, se dejaron ver juntas en el santo prelado con una edificacion maravillosa. Serian necesarios muchos volúmenes para referir específicamente sus gloriosos hechos; pero para que se forme una mediana idea á lo menos de su escelente conducta, usaré de las mismas espresiones de que se sirve su sucesor Felix, para bosquejar sus relevantes merecimientos, y el regladísimo acierto de su pastoral gobierno. Julian, dice aquel su sabio cronista, tan digno de ser ensalzado con las alabanzas de todos, cuanto adornado con las riquezas de todas las virtudes, compuso maravillosamente su iglesia, y mereció el célebre nombre de su dignidad; fue un varon lleno de temor de Dios, igual en la prudencia, recatado en los consejos, perfecto en la discrecion, prontísimo en el alivio de los miserables, compasivo en el socorro de los oprimidos, afectuoso en la intercesion por los desvalidos, diestro en el manejo y conclusion de los negocios, justo en las disposiciones jurídicas, suave en las sentencias, singular en sostener los derechos de la justicia, célebre en las disputas, perpetuo en la oracion, admirable en la asistencia á los divinos oficios, valeroso en la defensa de las iglesias, vigilante en el gobierno de sus súbditos, severo en reprimir á los soberbios, suave en tratar á los humildes, generoso en conservar la autoridad, insigne en la humildad, y generalmente esclarecido en la per-

feccion de todas las virtudes. En la misericordia tan liberal y compasivo, que no había necesitado á quien no desease socorrer con ansia; tan ardiente en la caridad, que jamás le pidieron alguna cosa por el amor de Dios, que no la concediese; esmerándose siempre en el divino agrado, y anhelando, en honor de éste, al de los hombres: fué tan igual en los merecimientos á los insignes prelados que le precedieron, cuanto émulo de sus heroicas virtudes. En suma, brillaron en él una sabiduría admirable, una prudencia consumada, un celo siempre activo, una caridad sin limites: todo para todos era el padre de los pobres, la fuerza de los débiles, el apoyo de las viudas, el tuteur de los pupilos, comunicando su esplendor á las provincias vecinas, y portándose generalmente con tanta dulzura, amor y venevolencia, que hecho dueño de los corazones de sus súbditos, le veneraban como á santo, y le respetaban como á padre.

El deseo de aprovechar á la Iglesia le hizo convocar en Toledo cuatro concilios, que fueron el XII, XIII, XIV y XV: en los que presidió tanto por la eminencia de su doctrina, como por la autoridad de su Silla. En estas célebres asambleas eclesiásticas hizo constituciones, y reglamentos sabios y prudentes, acreditando en todos el fondo de su admirable sabiduría y santidad. Disuelto el sínodo XIII toledano á fines del año 683. ó á principios del de 684, recibió Julian las Actas del sexto concilio general, celebrado en Constantinopla en tiempo del papa Agaton contra los Monotelitas, sectarios de la herejia de Apolinar, remitidas por Leon II, sumo pontífice, con el fin de que la Iglesia de España las aprobase y recibiese. Pero conociendo el santo la dificultad de congregar un concilio nacional en el rigor del invierno, para dar pronta satisfaccion á la cátedra apostólica, le dirigió un escrito bajo el título de apologético de la fé (que es el mismo que celebraron, y aprobaron los padres del concilio toledano XIV), en el que además de testificar el Santo la admision, y aprobacion de las referidas Actas á su nombre, y al de toda la Iglesia de España, y anatematizar los errores de los Monotelitas, le manifestó lo que de Cristo sentia, y creia esta misma Iglesia universalmente. Recibió Benedicto II, sucesor de Leon, este escrito al tiempo que llegó á Roma; y manifestando á los emisarios su reparo en orden á las espresiones que en él usaba, de que en Dios engendrarse la voluntad á la voluntad, y de que asegurase tres sustancias en Cristo, cuyos dos capítulos son los que nos constan; recibida por Julian esta respuesta como una honesta censura de su obra, no pudiendo insistir haciendo critica de los sentimientos del papa, cómpuso otro segundo apologético en defensa de la doctrina del primero, donde manifestó claramente su sentido, confirmandole con tan abundantes testimonios de los santos Padres, que convenció plenamente no haber dicho otra cosa, que lo que enseña-

ron S. Agustin, S. Cirilo y S. Isidoro de Sevilla. Este escrito sobre haber merecido por su solidez, y elocuencia los mas altos elogios de la silla apostólica, propuesto en el concilio toledano XV, no solo le aprobaron los padres, sino que le insertaron integro entre sus actas, para que constase á la posteridad la pureza de la fé del santo prelado, y su profunda inteligencia en los mas difíciles misterios.

Como Julian estaba lleno del Espiritu santo, fertilizado con copiosas y cristalinas corrientes de sabiduría y elocuencia, dió á luz muchas, y muy sabias obras utilísimas á la Iglesia, que le han merecido ser puesto en el órden de sus padres. Estas son el libro de los pronósticos del siglo futuro, dirigido á Idacio, obispo de Barcelona, dividido en tres, en los que trata del origen de la muerte, estado de las almas despues de ella, y última resurreccion. Obra que ha dado motivo para que algunos confundan á nuestro Santo con Julian Pomero ó Pomerio, presbítero de la Mauritania, que floreció 200 años antes, quien compuso tambien un tratado de la vida futura con el mismo título de *Pronósticos*; notándose en el de nuestro santo, que es una coleccion continua de pasajes de S. Agustin, S. Gregorio, y el citado Pomero. En la Biblioteca de los Padres se halla un escrito de S. Julian bajo el título del origen de la muerte humana; del que hablando cierto critico extranjero, se persuade que no puede hablarse del autor sin confesar, que para escribirlo se elevó sobre la condicion de la carne, pues en él se encuentra espiritu, elevacion, sabiduría, piedad, solidez, órden, ingenio, y mas que comunes conocimientos, no fácil de hallarse juntos entre los talentos humanos.

Tambien compuso otro escelente tratado, con una epístola al rey Ervigio, sobre el cumplimiento de la sesta edad del mundo, contra los judíos, dividido en tres libros: en el primero prueba con muchos testimonios del Testamento antiguo la venida de Cristo: en el segundo demuestra claramente que nació de santa María Virgen, con la doctrina de los apóstoles; y en el tercero con maravilloso ingenio argumenta, que las cinco edades del mundo precedentes á la sesta en que nació el Mesías, no se distinguen por años, sino por los límites predefinidos en las generaciones. Asimismo escribió el libro de contrarios ó contrapuestos, dividido en dos partes, sobre varias antilogias del Testamento antiguo y del nuevo. Escribió asimismo la historia de los hechos del rey Wamba en la Galia Narbonense con motivo de la rebelion de Paulo el pérfido, y una esposicion muy erudita sobre el profeta Nahum; cuyas obras se hallan en la edicion magnífica que ha dado á luz con la mas escrupulosa crítica el eminentísimo señor Don Francisco Antonio de Lorenzana, arzobispo de Toledo, en el año 1782. Igualmente arregló un libro de misas para todo el círculo del año, distribuido en cuatro partes; donde enmendó algunas viciadas por la

incuria de los tiempos, y compuso otras de nuevo: y así mismo hizo otras oraciones para todas las festividades acostumbradas en su iglesia, según el estilo de su singular ingenio.

También compuso un libro de sentencias de las Décadas de San Agustín recopiladas brevemente y sumariamente, con una colección de lo más precioso de los libros de este santo doctor contra Juliano hereje; un libelo de los juicios divinos recopilado de los sagrados códigos. Un libro de remedios contra la blasfemia: otro de diferentes versos, epítafios y anagramas numerosas: otro de muchas epístolas, con el opúsculo sobre la defensa de la casa de Dios, y los que á ella se refugian: los cuales no existen con notable sentimiento de la nación, pues en ellos, y con especialidad en sus cartas pudiéramos hallar muchas célebres instrucciones acerca de la disciplina de la Iglesia de España: debiéndose notar que se estiman por obras apócrifas del Santo la crónica de los reyes godos, y ciertos versos que se le atribuyen.

Finalmente, después de haber gobernado santamente su diócesis cual pastor celosísimo tanto con la pureza de su doctrina, como con la severidad de sus ejemplos por espacio de diez años, un mes y siete días, murió en el Señor en el de 690, tercero del reinado de Egica, con universal sentimiento de sus súbditos. Su cuerpo fué sepultado en la Iglesia de Santa Leocadia, contiguo á los de sus predecesores; bien que se ignora en el día el sitio determinado donde se oculta tan precioso tesoro, como el de otros muchos santos arzobispos de la imperial ciudad de Toledo.

DIA VIII.

San Beremundo Abad de Hirache.

SAN Beremundo, cuyo nombre parece que fué presagio de su eminente santidad, puesto que en realidad de verdad se conservó mundo, ó limpio de toda culpa en el discurso de su vida, nació en el reino de Navarra, bien fuese en Arellano, ó bien en Villa-tuerta, sobre lo que disputan los naturales de los dos pueblos, ambos con el objeto de ennoblecer el suyo con un héroe de tan distinguidos méritos. Criaronle sus padres con santo temor de Dios, y quedándose impresas en el tierno corazón de Beremundo todas las máximas evangélicas que conspiran á la perfección del hombre cristiano, se retiró en lo más florido de sus años al monasterio de Santa María de Hirache del ór-

den de San Benito, donde á la sazón era abad un tío suyo llamado Nuño varón verdaderamente digno de aquel empleo.

Era aquel monasterio uno de los mas célebres de España por su antigüedad, por el fervor con que se guardaba la regla de San Benito, por la exactitud, por la magnificencia con que en el se celebraba el culto divino, y por la multitud de varones ilustres en ciencia y en santidad, que produjo aquel religioso claustro. Todos estos respetos movieron á Beremundo á elegirlo entre otros muchos que florecieron en España, y como sus deseos no eran otros que añadir si pudiese algun esplendor á aquella casa, lo consiguió á expensas de su prodigiosa vida. Ningun novicio abrazó con mas fervor la carrera religiosa, ni ninguno le escedió.

En efecto su humildad, su obediencia, su puntual asistencia á los oficios divinos, sus vigiliás, sus rigurosos ayunos, y sus asombrosas penitencias eran miradas como prodigios de la divina gracia en un joven que dentro de breve tiempo hizo conocidas ventajas á los mas ancianos monges, á quienes servía de modelo; pero sobre todo se distinguia singularmente en la caridad para con los pobres, llegando ésta al extremo de serle preciso al abad poner límites á los piadosos escesos de su sobrino: mas el Señor acreditó con portentosas maravillas lo acepto que le era la misericordia de Beremundo. Preguntóle el abad en cierta ocasion, que conducia pan para los necesitados, qué era lo que llevaba en el hábito, y respondiéndole el ilustre Novicio, que astillas para calentar á un pobre con alusion á lo que produce el alimento, se convirtió el pan en astillas efectivamente por un prodigio extraordinario, del que fué testigo el superior, queriendo inspeccionarlo.

Murió el abad Nuño con el consuelo de dejar en el monasterio de Hirache á su sobrino Beremundo, bastante á recomendar la enseñanza que le dió por sus virtudes religiosas, y como eran tan conocidas éstas, tuvieron poco que deliberar los monges para elegirle sucesor del difunto. En vano alegó Beremundo para escusarse su corta edad, los pocos años de religioso, y la falta de esperiencia para el desempeño del empleo, pues como constaba á todos su consumada prudencia, y su grande sabiduría, insistiendo en la eleccion á pesar de su humilde resistencia, fuele preciso rendirse á la voluntad de Dios bien conocida por aquellos medios. Encargóse del gobierno de aquella ilustre comunidad, y acreditó desde luego el acierto de su eleccion, portándose en la abadía con tal destreza, que sobre los adelantos espirituales que hizo en el monasterio, le aumentó en los bienes temporales considerablemente. El amor con que trataba á sus súbditos, la vigilancia con que atendia á socorrer á todas sus necesidades, la afabilidad y la cortesanía de su porte, acompañadas de cierto aire de

santidad que se dejaba ver en todas sus acciones, le hicieron dueño del corazón de todos los monges, y valiéndose el ilustre abad de la fiel correspondencia á sus órdenes, hizo mas con su ejemplo que con sus palabras, que en el monasterio brillase el primitivo fervor de la observancia religiosa, y que fuese el objeto de los mas altos elogios.

Quiso el Señor manifestar la santidad de su siervo con las maravillosas espulsiones que hizo de los espíritus inmundos de varios cuerpos humanos que tiranizaban; con la gracia especial de curaciones, de la que usó en favor de no pocos enfermos que padecian de varios accidentes; y con la abundancia de lluvias que por su poderosa intercesion fertilizaron la tierra en las mayores esterilidades; pero aunque todas estas prodigiosas maravillas, y otras muchas que obró, recomendaron su mérito, lo que dió á su eminente virtud el mayor realce fué el siguiente portentoso: ocurrió una escasez general en todo el reino de Navarra, en la que se vieron aquellos naturales en inminente peligro de perecer enteramente de hambre: concurrieron al monasterio de Hirache, que era el refugio de todos los necesitados, cerca de tres mil personas, á implorar la caridad de Beremundo; pero como éste habia ya dado de limosna todos los repuestos que tenia, y no habian venido los criados que envió fuera de la provincia á comprar alimentos para los necesitados, penetrado su corazón del mas vivo dolor al ver aquella multitud de gentes, que le pedian que los socorriese por amor de Dios, se postró ante el altar bañado en copiosas lágrimas, y rogó al Señor, que tuviese compasion de tanto pobre por su infinita misericordia. Oyó Dios con agrado la humilde súplica de su amado siervo, nacida de un corazón cuyo carácter era la misma piedad, y por uno de aquellos maravillosos prodigios de su admirable providencia hizo que bajase del cielo una paloma de extraordinaria blancura, que volando con un aire suave sobre las cabezas de aquel numeroso concurso, se sintieron todos inmediatamente satisfechos, como si hubiesen comido los alimentos mas sustanciosos.

Boló la fama de tan estupenda maravilla por toda aquella region, y deseosas las personas del mas alto carácter de ver y de tratar á un Héroe tan portentoso, concurrieron á visitarlo, atraídos del buen olor de su eminente virtud. Quiso distinguirse entre todos Don Sancho Ramirez Rey de Navarra y Aragon, y para dar á Beremundo una prueba nada equívoca de la grande estimacion que le profesaba, hizo por su respeto al Monasterio de Hirache cuantiosísimas donaciones de Iglesias, de Pueblos, y de predios, tantos, que apenas se hallaba por aquel tiempo en España otro mas opulento. No paró en esto la liberalidad del religiosísimo Principe; pues persuadiéndose no sin grande fundamento, que la santidad del ilustre Abad se refundia en sus súbditos, como se dejaba ver por su religiosísima observancia, les con-

cedió el privilegio de que se diese crédito en juicio á la simple declaración de cualesquiera monge de Hirache, en todas sus controversias que se suscitasen acerca de los derechos del Monasterio.

Todos los honores, y todas las riquezas que así el Rey Sancho como otros muchos grandes del Reino concedieron á aquella célebre Casa, no fueron capaces de alterar la profunda humildad, ni la pobreza evangélica del insigne Prelado, tan pobre, y tan humilde cuando súbdito, que cuando Abad. Solo en las limosnas para con los pobres, y en el culto divino quiso ser magnífico, esmerándose en que los Oficios Eclesiásticos se celebrasen con toda aquella grandeza, aquella exactitud, aquel orden, y aquel método que exige la Soberana Magestad de Dios, á quien se da por ellos el culto. Así lo comprobaron el Antifonario, y Libro de oraciones de su monasterio, el que conducido á Roma con el Misal Gótico, cuando la Iglesia de España solicitó la aprobacion Apostólica de sus Oficios Eclesiásticos por algunas mal fundadas sospechas, merecieron aquellos los mas altos elogios del Papa Alejandro II. y de todo el Sacro Colégio; y lo mismo el Manual para la administracion de los Sacramentos.

El movíl de todas las heróicas virtudes de Beremundo fue el ardiente amor que profesaba á Jesucristo, tal, que puede afirmarse seguramente, que no le excedió alguno de los Bienaventurados en el afecto para con el Redentor del mundo. Si fue éste grande, no fue menor el que tuvo siempre á la Santísima Virgen, cuya devocion tierna y fervorosa se hacia sensible en todas sus acciones, y en todos sus movimientos: de esta resultaba quedarse repetidas veces en dulces éxtasis ante una prodigiosísima imagen de la Señora, que dió al Monasterio de Hirache el Rey Sancho primero de Navarra con todo el Valle de San Estevan, en agradecimiento de la victoria que consiguió por el patrocinio de la Reina de los angeles de una multitud de Moros en el Castillo de Monfardín: y aun se dice que le habló muchas veces la piadosa madre, consolando á su fidelísimo Siervo en los trabajos, y en las aflicciones que padeció. De aquí provino el interesarse todo el empeño de Beremundo en la propagacion de las glorias de la Reina del Cielo, en quien despues de Dios tenia colocada toda su confianza, y con especialidad en los progresos del misterio de su immaculada concepcion: debiéndose á su infatigable zelo. el que se celebrase poco despues de su muerte este inefable misterio en el monasterio de Hirache, y en todo el Reino de Navarra el dia ocho de Diciembre como hoy lo ejecuta la iglesia, segun consta por una Escritura antigua escrita con caracteres góticos que se conserva en el Archivo de aquella ilustre casa.

Tambien se cree, que en premio de la misma devocion que profesaba Beremundo á la Santísima Virgen, se debió á ella el descubri-

miento de la prodigiosa imagen de la Señora, que llaman del Rey, como á unos mil pasos del Monasterio de Hirache, lo que sucedió á virtud de un prodigio extraordinario, que fue el siguiente: vieron unos pastores repetidas veces bajar del cielo un globo de estrellas sobre un cerro, dicho desde entonces en idioma basciéncie Lizarra, lo mismo que monte estrellado, y concurriendo al sitio que indicaba el fenómeno, se halló una peregrina efigie de la Reina de los Angeles con un niño en los brazos en una lóbrega gruta, sin que el largo tiempo de su ocultacion, ni la humedad del lugar hubiesen podido obscurecer, ni afeár la hermosura de aquella primorosa imagen: lo que movió al Rey Sancho Ramirez á fundar cerca de aquel sitio la ciudad de Estella, llamada así de las estrellas dichas que aparecieron en él: confesando aquellos naturales, que semejante ereccion, y considerables aumentos del pueblo se deben á la proteccion de San Beremundo; por cuyo respeto concedió despues el Rey Sencho de Navarra al monasterio de Hirache la parroquia de San Juan con todos los diezmos, y todas las oblaçiones pertenecientes á ella, en virtud de lo cual ejerce en la misma el Abad de aquel los oficios de Párroco.

Llegó finalmente el tiempo en que quiso Dios premiar los grandes merecimientos de Beremundo, despues que gobernó el monasterio de Hirache por espacio de veinte años, sin dispensarse jamas en lo mas mínimo de la observancia regular, por mas ocupaciones que le ocurrieran. Conoció este por la debilidad de sus fuerzas nacida del rigor de sus continuos trabajos, y de sus asombrosas penitencias que se acercaba el fin, y aunque toda su vida fue una continua preparacion para la muerte, con todo hizo esfuerzos extraordinarios para purificar su inocencia, y habiendo recibido los últimos sacramentos, espiró con una suma tranquilidad en el dia 8 de Marzo del año 1192. Depositaron los Monges el venerable cuerpo del ilustre Abad bajo del altar mayor del mismo monasterio; pero dignándose el Señor hacer célebre el sepulcro de su fidelísimo siervo con los muchos milagros que obraba cada dia por su poderosa intercesion en favor de los que concurrían á visitarlo, comenzó á venerarse por santo con aprobacion de los ordinarios. Mantúvose en el primer depósito 491 años hasta el de 1585, en el que con motivo de la milagrosa curacion que consiguió Fray Antonio Comontes Abad de aquella ilustre casa de una gravísima enfermedad por la mediacion de San Beremundo, hizo la traslacion de su cadáver á un lado del Altar mayor, excepto la cabeza, y un brazo que reservó en un relicario para consuelo de los fieles. Así permaneció hasta el año 1657, en el que el abad Fray Pedro Uriz colocó todas las venerables reliquias en la Capilla que se construyó en honor del santo, donde permanecen en grande veneracion incluso en una preciosa urna de plata.

DIA IX.

San Paciano obispo de Barcelona.

SAN Paciano uno de los hombres mas sabios de su época, y uno de los Prelados mas zelosos que han florecido en la iglesia de España, á quien celebra el padre San Gerónimo con el particular elogio de que fué un varon esclarecido en santidad, y en elocuencia, fue natural de Barcelona, capital del Principado de Cataluña segun nos dicen varios Escritores. Dedicáronse sus nobilísimos padres á darle una educacion tan propia de su piedad como de su ilustre nacimiento; y aplicándolo á la carrera de las letras luego que tuvo edad para ello, como se hallaba Paciano dotado de un ingenio perspicaz, y de una memoria feliz, hizo en muy breve tiempo grandes progresos en las ciencias naturales. Abrazó en su juventud el estado del matrimonio, del cual tuvo un hijo llamado Destro, varon muy instruido en toda clase de literatura, que ascendió por sus revelantes méritos á la dignidad de Prefecto del Pretorio Romano: el cual escribió cierta historia elegante segun testifica el padre San Gerónimo, á cuyos ruegos compuso un libro de los Escritores Eclesiásticos desde el establecimiento de la iglesia hasta el año catorce del Emperador Teodosio.

Murió la muger de Paciano, y libre ya del vínculo del matrimonio, abrazó el estado eclesiástico con el noble objeto de servir únicamente al Señor. Recibió los órdenes sagrados, y no teniendo ocioso el ministerio, trabajó sin cesar en la salvacion de las almas, distinguiéndose en el nuevo estado desde luego por la arreglada circunspeccion de sus costumbres, por su singular piedad, y por su grande sabiduría. Vacó la Silla Episcopal de Barcelona, y hubo poco que deliberar para que recayese la eleccion en Paciano por universal consentimiento de todo el clero, y de todo el pueblo, á quienes constaban por notorias sus revelantes prendas. Tenia el Santo bien previstas las formidables cargas del ministerio episcopal, y confiando en aquel Señor que las cargó sobre sus hombros, que le daria fuerzas para satisfacer sus deberes, se aplicó, luego que se consagró, á satisfacerlas con aquel zelo, y con aquella vigilancia que exige el apóstol de los prelados perfectos colocados en el candelero de la iglesia, sirviendo á los cristianos de agradable consuelo, al paso que de grave terror á los herejes contra los que guerreó gloriosamente: y como era tan sabio escribió varios opúsculos llenos de aquella uncion que derrama el Espiritu san-

to sobre los doctores de la iglesia. Asi lo acreditaron las tres cartas que escribió á Simproniano hereje Navaciano contra los errores de esta secta, en las que brilló su erudicion, su santidad, y su mansedumbre, no menos que en otra que dirigió al mismo sobre la dignidad, y sobre la inteligencia del nombre cristiano, manifestándole, que éste solo conviene con verdad á los hijos obedientes á la Santa Romana iglesia, que creen y confiesan la fe ortodoxa, y no á los herejes, sin embargo que se comprenden bajo esta determinacion. Tambien compuso un excelente tratado sobre el Sacramento del Bautismo, y otro libro que intituló: *Parenesis ó Exhortacion á la penitencia* en el que hizo ver su ardiente zelo por la salvacion de las almas, exhortando por él á sus ovejas con las espresiones mas vivas, y mas eficaces á la práctica de una virtud, tan importante para la remision de los pecados; y aunque se dice que escribió otros tratados útiles, nos privó de ellos la injuria de los tiempos.

No impidieron al santo Prelado todas estas tareas literarias, que nos dan idea de su gran sabiduría, y de su ardoroso zelo por la religion católica, el que surtiese á su grey con los saludables pastos de la doctrina evangélica, para que ella se conservase inviolable en el sagrado depósito de la fe con la misma pureza que la predicaron los Apóstoles: ni el que atendiese su ardiente caridad al socorro de todas las necesidades de sus ovejas, que experimentaron en él un padre piadosísimo, y un vigilantísimo Pastor, que como tal continuó muchos años en las funciones de su ministerio hasta que llegó á una edad avanzadísima; haciéndose respetar no solo de los cristianos, sino de los herejes, que en vista de sus eminentes virtudes no pudieron dejar de llamarle con el honoroso nombre del venerable anciano. Finalmente, despues que ilustró á su Iglesia con su celestial doctrina, que confirmó á los fieles con sus palabras, y con sus ejemplos, y que redujo á no pocos extraviados al redil de Jesucristo, lleno de dias y de merecimientos, murió santamente en el dia 9 de Marzo á fines del siglo IV.

El alto concepto de santidad en que falleció el ilustre Prelado hizo que los fieles de Barcelona erigiesen en honor suyo una capilla, y un altar donde le tributaron el culto debido; cuya festividad mandó en el año 1595 el Ilustrísimo obispo de aquella ciudad D. Juan Dimas Loris, que se celebrase con rito de primera clase en el insinuado dia 9 de Marzo; y queriendo el sinodo diocesano que se tuvo en Barcelona en el de 1600, siendo obispo de ella D. Alfonso Colona, elevar la veneracion del Santo hasta lo sumo, dispuso que se guardase su fiesta de precepto con prohibicion de toda obra servil, conforme se observa actualmente.

DIA XI.

San Eulogio, presbítero y mártir, llamado por algunos San Eloy, de Córdoba.

SAN Eulogio, uno de los mas brillantes astros de la Iglesia de España, uno de los mas célebres doctores ortodoxos, y uno de los mas ilustres mártires de Jesucristo, nació en la ciudad de Córdoba en tiempo que los Arabes eran dueños de ella. Sus padres, descendientes de la primera nobleza de los Romanos, y que hacian profesion de la religion cristiana, educaron al niño con el mayor cuidado en las máximas del evangelio, é impresas firmemente en el corazon desde sus primeros años, arreglaron despues sus costumbres, conformándolas en todo con la ley santa de Dios. Dedicado el jóven Eulogio al servicio del Señor en la iglesia de S. Zoilo de aquella ciudad, é incorporado en el seminario, ó sea colegio eclesiástico de aquel templo. emprendió con el mayor fervor la vida clerical, y la carrera de las letras. Como se hallaba dotado de un ingenio naturalmente vivo, y de grande comprension, hizo en las ciencias maravillosos progresos. Su deseo de instruirse y adelantarse en los conocimientos sabios era tan grande, que no satisfecho con la enseñanza de los maestros ordinarios, á cuyo gobierno estaba fiado, buscaba otros por quienes la fama y la opinion de hombres escelentes, y de superiores luces estaba declarada. Este espíritu lo llevó á la escuela del abad llamado *Espera en Dios*, quien por aquel tiempo era mas admirado y tenido como por un oráculo de ciencia y santidad, que á manera de rio celestial fertilizaba todas las provincias de Andalucia: aquí se adelantó Eulogio considerablemente, y se hicieron bastante sensibles sus bellos talentos. Alvaro de Córdoba su íntimo amigo y su cronista, que era alumno de la misma escuela, hablando de los progresos de nuestro Santo, dice: con esta ocasion le conocí, y era tanta la dulzura y suavidad de su condicion, que mi mayor delicia era tratarlo. Fue estrechísimo el vínculo de amor y pia afeccion con que uní mi voluntad á la suya, y quedamos tan semejantes y conformes en los deseos, que con la misma inseparable uniformidad y sagrada correspondencia, proseguimos los estudios bajo los preceptos, é instruccion de aquel célebre maestro. Nuestros mutuos cuidados eran inquirir las verdades, y con mayor celo y ardor las mas recónditas y elevadas de las santas Escrituras. Tanta era, y tan vehemente nuestra pasion por alcanzarlas, que aun

no sabiendo manejar los remos de los primeros principios de la facultad, ya nos engolfábamos en el profundo piélago de sus misterios; de esto tratábamos á boca cuando nos veíamos; de esto nos escribíamos estando ausentes; estos eran los entretenimientos de nuestra juventud, y nuestra recreacion, y en ellos teníamos librado todo el gusto de nuestra vida. Las disputas pacíficas eran nuestra diversion, las escuelas nuestros paseos, y la sagrada Escritura nuestros jardines.

Particularizándose despues de esto con Eulogio añade: consagróse desde sus mas tiernos años á las letras eclesiásticas, y creciendo cada dia mas y mas, tanto en el estudio de las ciencias, como en el de las virtudes, consiguió la perfeccion de éstas, y alcanzó el realce de aquellas; descollando sobre sus contemporáneos, lució con tal sabiduría y brilló con tal erudicion, que era aclamado por doctor de los maestros, á los que sobrepujaba si no en edad, ciertamente en sabiduría; siendo un solícito investigador de las santas escrituras, y del espíritu é inteligencia de sus sentencias, era todo su fuerte meditar de dia y noche en la ley del Señor. ¿Quién podrá, (sigue el mismo historiador) declarar bastantemente la grandeza de su ingenio? ¿la gracia de su estilo? ¿la afluencia y nervio de su elocuencia? ¿Qué libro hubo que no leyese? ¿qué escrito ingenioso de escelente católico, ó filósofo gentil que no recorriese con deleite? En descubrir obras esquisitas, en leerlas, y aprovecharse de lo mejor de sus máximas, fué diligentísimo é incomparable. Siempre procuraba imitar á los antiguos Padres, á los que profesaba un amor y veneracion singular, y así representaba la gravedad de un Gerónimo, la modestia de Agustino, la mansedumbre de Ambrosio, y la firmeza de un Gregorio; pero lo mas admirable todavía es que aun siendo un varon versado en todas las facultades, y que á todos precedía y se aventajaba en saber, parecia el mas humilde de todos, no queriendo saber solo para sí, sino para comunicar su doctrina á todos.

No conspiraban los deseos de Eulogiõ á solo fecundar su entendimiento con conocimientos especulativos: el torrente de luz que éstos despedían, servia de fuego para encender su voluntad; y el Señor, que ilustraba con tan visibles gracias su espíritu, inflamaba su corazon llenándole de un amor casto y entrañable por las cosas celestiales, de cuyo ardor santo vivamente movido corria, si no volaba, en el camino de la perfeccion. Ocupado en estas sublimes é inmortales ideas, jamás dió lugar, ni entrada en su pecho á las fantásticas é ilusorias afecciones de la tierra, concretando su trato únicamente con aquellos amigos en quienes advertía las mismas inclinaciones á la virtud, y los mismos sentimientos de piedad.

Como á los conocimientos que se adquieren con la verdadera sabiduría son consiguientes los deseos de aspirar á un estado mas perfec-

to; apenas llegó Eulogio á la edad competente cuando abrazó el sacerdocio, habiendo ya dado pruebas de merecerlo por la exactitud y celo con que se habia ejercitado en los órdenes precedentes. Constituido en este ministerio, dice su cronista, se consagró con mayor desvelo al estudio de las santas escrituras, á los saludables ejercicios de la penitencia, ayunos y vigiliass; á frecuentar devotamente los monasterios; de suerte que hermanando ambas vidas de sacerdote secular y de solitario contemplativo conversando con los clérigos, parecia profesar el instituto regular de los monges, y cuando con éstos, la regla clerical de los sacerdotes: con unos y con otros se manifestaba profesor de ambos estados, de forma que asistiendo en el de la soledad, no faltaba al del siglo; y estando en éste, no se apartaba de la religion. Iba muchas veces á las sagradas juntas de los monasterios, y porque no pareciese menospreciar su estado, volvia con los sacerdotes; y despues de haber conversado con ellos algun tiempo, por que no se debilitase la virtud de su espíritu con los cuidados del siglo, se restituia al claustro, buscando en este retiro al amado de su alma. En la iglesia esparcia su doctrina; en el monasterio perfeccionaba su vida, y abrazado en el amor de la perfeccion, pasaba por la peregrinacion del mundo con angustia de su alma, anhelando por verse libre de todo lo humano para volar al cielo, donde gozase de todo lo divino.

Encendido en vivos deseos de visitar personalmente los santos lugares de la capital del orbe cristiano, regados con la sangre de tantos mártires como allí habian padecido por la fé de Jesucristo, á los que tuvo siempre particularissima devocion, resolvió pasar á Roma en traje de peregrino á fin de macerar su carne con la aspereza del sacco, y los trabajos, é incomodidades de tan penoso viaje; pero reconvenido de sus amigos sobre la falta que hacia su recomendable personal asistencia á los cristianos en las deplorables circunstancias en que se hallaban, como era religiosísimo para con Dios, compasivo y misericordioso para los prójimos, y sentia sus males como propios, defirió á los ruegos, y cedió de sus intentos por no defraudar á sus hermanos de los auxilios que pudiera prestarles su noble caridad.

Si no tuvo efecto esta santa expedicion, poco tiempo despues emprendió otra, que lo tuvo en provincias menos distantes, bajo el pretesto de visitar á sus íntimos Alvaro, é Isidoro, desterrados de Córdoba á los confines de Francia. Hizo su viaje con este fin; pero no pudiendo entrar en aquel reino desde Navarra á causa de estar interceptados los caminos con la guerra que á la sazón hacia el duque Guillermo al rey Ludovico, habiendo visitado el monasterio de S. Zacarías, que estaba al pie de los Pirineos, volvió á Pamplona, donde hospedado por Wilisendo, obispo de la ciudad, con las demostraciones de la mayor estimacion, dióle sugetos prácticos en la tierra á fin de

que saciase su devoción viendo todos los monasterios de la provincia, con cuyo motivo contrajo amistad con muchos insignes padres, que admirálos de su portentoso saber, y de su eminente virtud, sintieron en el alma su ausencia. En esta expedición descubrió muchos libros, hasta entonces desconocidos, como fueron: los de la ciudad de Dios de S. Agustín, la Eneida de Virgilio, las Sátiras de Juvenal, las obras retóricas de Porfirio, los versos sobre virginidad de S. Adelmo las fábulas métricas de Rufo Festo Albino, y los poemas sagrados de Prudencio, y otros españoles. Al mismo tiempo adquirió noticia de no pocos varones ilustres, honra de nuestra patria, y gloria de la nación, cuya memoria quedaria acaso sepultada en un perpetuo olvido, si no la hubiera resucitado nuestro santo. Desde Navarra pasó á Zaragoza, Sigüenza, Alcalá de Henares, y llegó hasta Toledo; dejando en todas partes recuerdos inmortales de su heroica piedad. Detenido en esta última ciudad por su arzobispo Witrismiro, no cesaba de admirar las relevantes cualidades de un jóven tan sobresaliente en sabiduría y santidad. Conocido su mérito personalmente con este motivo en aquella capital, habiendo muerto despues Witrismiro, congregados los obispos de la provincia, el clero y pueblo, para elegir sucesor de aquel insigne prelado, lo hicieron en Eulogio, que se respetaba, y era considerado como el primer hombre de la iglesia de España, tanto por su doctrina, capacidad y virtud, como por la gloriosa confesion que ya habia hecho de la fe de Jesucristo. Bien que no llegó el caso de consagrarse en la dignidad, porque como la divina Providencia le reservaba para la corona del martirio, dispuso que algunos obstáculos suspendiesen la promoción.

Volvió Eulogio á Córdoba, concluida su famosa expedición con nuevo y mas esforzado ardimiento para trabajar en la viña del Señor: visitó las iglesias y monasterios, levantó á los caidos, ilustró á los ignorantes, y consoló á los afligidos; observando en todo sus ejemplares costumbres, y tenor de vida anterior.

Suscitó Abderramen en el año 850 de Jesucristo una cruel persecucion contra los cristianos, mas fomentada si cabe en el de 852 por su hijo Mahomet; y tomando Eulogio como diestro piloto el timon de aquella iglesia, espuesta á peligrar entre los furiosos vientos de la tempestad, empleó toda su actividad, y su celo en sostener á los que sacrificaban sus vidas por Jesucristo, y daban con su sangre un heroico testimonio de las verdades infalibles de nuestra santa fé. El los alentaba para los combates, los instruía en el modo de mauejar la palabra de Dios, y vencer á los enemigos de la religion, esponiendo su vida cada día que les acompañaba á los cadalsos para infundirles valor y constancia. Celebró sus triunfos en tres libros que compuso con el título de memorial de los Santos; debiéndose á su cuidado lo que

hoy sabemos de sus hechos y lo que de su vida y su muerte leemos en sus historias. Defendió el partido de los mártires contra los que á pretexto de paz reprobaban el heroismo de su voluntaria presentacion, en el libro que intituló *Apologetico*, con tan vivas y eficaces razones, con tanta piedad y doctrina, con tanta y tan cordial devocion, que mereció ser recibido en el número de ellos por el Señor. Es escusado ponderar el celo de su cristiano pecho, el tierno afecto de su alma para con Dios, su humilde reverencia para con los Santos, la sencillez y verdad con que escribió sus actas, pues sus palabras dulcissimas, devotissimas, y dignas ciertamente de ser leidas, encienden en el corazon aquel amor divino, que ardia en el suyo, y en su lengua.

Conociendo los Arabes el nign efecto que producian los horrosos extragos de la persecucion para contener el valor de los cristianos, antes bien servian de alentarlos mas, y encenderlos á que saliesen cada dia al campo de batalla nuevos esforzados militares de Jesucristo á triunfar de su furor, de lo que admirados los mismos moros, no pocos se convertian á la religion; para atajar este daño, tuvieron por mas poderoso medio quitar el ejemplo, que hacer escarmiento en los que le podian dar. En fin Mahomet, hijo y sucesor de Abderramen, rey tirano y bárbaro, si cabe todavia mas cruel que su padre, introduciéndose en lo sagrado, hizo llamar á Recafredo, obispo metropolitano, segun parece, á efecto de que con su autoridad quebrantase el orgullo de los que se ofrecian continuamente al martirio. Recibió este indigno prelado el encargo, y con él el mismo espíritu de ira de Mahomad, constituyéndose ministro de sus atrocidades. Entró por las iglesias no ya como pastor, sino como un lobo carnicero, á devorar rabiosamente el rebaño inocente de Jesucristo: descargó su impetuosa cólera sobre el clero, y puso en dura prision al obispo de la ciudad con los sacerdotes que pudo haber por entónces, esmerándose su saña principalmente contra Eulogio, de quien sabia que era el jefe y caudillo de los cristianos. En tanto que los demas sacerdotes pensaban en el modo de recobrar su libertad, nuestro Santo se ocupaba todo é infatigablemente en la oracion, meditacion, lecciones sagradas, y en consolar y esforzar á sus compañeros para que se mantuvieran fieles á Dios. En la misma cárcel compuso aquel admirable tratado con el título de *Documento del martirio*, el cual por mano de su amigo Alvaro dirigió á las santas vírgenes Flora y Maria, presas por la fe, para fortificarlas y alentarlas á sufrir con valor la muerte por amor de Jesucristo, manifestándoles que por sus méritos á los cinco dias despues de su glorioso triunfo conseguirian su libertad los que se hallaban en prision, cuya profecía se cumplió á la letra el año siguiente.

Puso en libertad Recafredo á los sacerdotes bajo cierta fianza; y no satisfecho con esta seguridad, les tomó juramento sobre la san-

ta cruz, y el libro de los Evangelios, de que en adelante no se oírecian voluntariamente á la muerte, ni condenarian en público la secta del falso profeta Mahoma; ceremonia infame que hizo observar aquel lobo en hábito y con nombre de pastor por complacer al rey infiel. Muchos de los que ántes se mostraban constantes en la fe, y enteramente contrarios á la opinion de este odioso obispo, que tan en oprobio de su dignidad prestaba su ministerio á los Mahometanos, ó quebrantados del tormento de su áspera y dilatada prision, ó acobardados con las rigurosas amenazas que contenian las nuevas leyes, hacian buena cara al tirano y disimulaban en lo exterior el sagrado aborrecimiento que le tenian en su corazon. Desamparado el rebaño de Jesucristo, sin auxilio ni proteccion, se vieron las iglesias cubiertas de luto, afligidos los ministros del santuario, y marchitas las Virgenes, clamando en el secreto de su alma al cielo; pero Eulogio mas que todos sensible á esta desgracia, y penetrado del mas vivo dolor, como no se miraba con poder para resistir al tirano, deshecho en sentidas lágrimas se arrojaba en la presencia de Dios, pidiéndole el remedio de aquella estrema necesidad. Abstúvose de celebrar, y de toda otra funcion eclesiástica para no comunicar en lo sagrado con el perverso pastor; pero no siéndole licito escusar su trato por no darle motivo á que descargase su enojo contra los fiadores, solo esperaba ocasion de manifestarle cuan odiosa le era su compañía. Dispúsole así la divina providencia, pues leyéndose en la iglesia en el curso ordinario de la liturgia una carta de San Epifanio, obispo de Salamina en Chipre, escrita á Juan de Jerusalem, en la que entre otras cosas se referia, que San Gerónimo y San Vicencio se habian abstenido de celebrar por cierta causa muy justa, arrebatado Eulogio de un impulso superior, le dijo á Recafredo: *Si las antorchas y columnas de la iglesia hicieron esto, conozca vuestra paternidad las dignas y fundadas razones que he tenido para abstenerme de la licencia de sacrificar, y ofrecer todos los dias el venerable misterio de la justicia, y de la paz.*

Este zelo ardentísimo que obstentaba nuestro Santo por la defensa de la fé, y el valor insuperable con que se oponia á los enemigos de la religion, le hicieron acreedor á la gloria del martirio, cuya corona consiguió en efecto en premio de sus trabajos. Habia en Córdoba una doncella, hija de padres Mahometanos, llamada Lucrecia, ó Leocricia, á quien una parienta suya, dicha Lyciosa, habia educado secretamente en la religion cristiana; y siendo ya bien jóven no tuvo inconveniente en manifestarla á aquellos que la profesaban. Sintieron los padres la resolucion de haber abandonado su secta, y con ella los dictámenes de su profeta Mahomá, á los que la creian adicta á semejanza de ellos: y para obligarla á que apostatára de la fé, se valieron de todos los medios aun los mas crueles, que pudo sugerirles el enemigo de la salva-

cion. En este apuro recurrió Lucrecia á San Eulogio, conocido por padre y protector de los cristianos, quien la refugio en su casa, cuidando cautelosamente de su seguridad, y mandándola con secreto de una en otra casa de sus amigos, sin cesar de instruirle en las verdades infalibles de nuestra santa fé, fortificándola en su creencia, y esforzándola á padecer por amor de Jesucristo. Las diligencias que los terribles padres de esta inocente Virgen hicieron para hallarla fueron tales, que en fin la encontraron, y ella y Eulogio fueron presos y presentados al juez.

Acusado nuestro Santo sobre la seducion y robo de la doncella, respondió á estos cargos que se le hicieron por el magistrado, abominando la criminalidad que en sí contenian, de los cuales jamás podia él ser el autor: y demostrando admirablemente que por la dignidad y obligaciones de sacerdote de Jesucristo estaba en la indispensable precision de favorecer á todos los que se acogian bajo su amparo por causa de la fe: hizole ver que segun sus propios principios, de que no podia separarse un mahometano, habia tenido razon en persuadir á la santa virgen, que prefiriese siempre á Dios y su salvacion al respeto de sus padres carnales, principalmente cuando querian pervertirla. En el mismo acto ofreció tambien al juez enseñarle la infalible verdad de la religion cristiana, y demostrarle las necesidades y delirios de la secta de Mahoma; pero irritado el bárbaro, sin tener que responder á los nerviosos y concluyentes discursos con que habló Eulogio en defensa de su conducta para con Lucrecia, mandó traer varas con el fin de azotarle; mas despreciando el Santo la debilidad de aquel castigo, le provocaba con entereza á que ordenára afilar el cuchillo que de un golpe lo acabase, porque lo demás era perder el tiempo, y debia estar seguro á que jamás desistiria en la defensa de las verdades que le habia oido sostener, aunque le costara perder una y mil veces la vida.

Viendo el juez la constancia y fortaleza de Eulogio, y que nada aprovechaban sus crueles amenazas para intimidarle, ó rendirle, le hizo conducir al palacio, y presentarle al consejo del rey, para que este supremo tribunal juzgara la causa de un hombre de su carácter. Pusiéronle á presencia de aquel formidable senado, y uno de los consejeros, afecto á nuestro Santo, tan lleno de compasion como de ignorancia, hablándole aparte, le quiso persuadir que cediese en el ardimiento con que se habia empeñado por la religion, que renunciase solo de boca á Jesucristo delante del tribunal, aunque en su corazon reludiese constantemente la fe, esto precisamente por un instante; pues haciéndolo así, conseguiria la libertad, y permaneceria en el franco ejercicio de la religion. Oyó Eulogio con horror tan abominable propuesta, y despreciando el perverso consejo, como tambien de-

testando al que se lo daba, con una santa intrepidez, se puso á la frente de aquel maligno senado, y habló en favor de la fe con mayor valor si cabe, y con mas impetuosidad que lo habia hecho á presencia del primer ministro; cuya confesion oida por los jueces, le condenaron á ser degollado. Cuando le conducian al suplicio, uno de los criados del rey le descargó una terrible bofetada; pero el Santo lejos de quejarse de la injuria, le presentó su otra mejilla, que tuvo el infeliz la osadía de hierirla igualmente. En fin puesto de rodillas en el lugar del martirio, armado con la señal de la cruz, y fijando sus ojos con el corazon en los cielos, prestó con un semblante dulce y risueño su inocente cuello al cuchillo del bárbaro ejecutor, que le cortó la cabeza, y pasó su dichosa alma á disfrutar los premios eternos el dia 11 de marzo de 859.

Apenas fué acabada esta cruel ejecucion cuando Dios quiso manifestar la gloria del santo mártir con prodigios visibles, de que fueron testigos los mismos infieles. Habiendo arrojado el bendito cuerpo al rio, y quedándose á la orilla, una paloma de extraordinaria y asombrosa blancura se puso sobre el, y allí estaba inmóvil, hasta que hostigada de los enemigos voló á una torre contigua, desde donde se observaba estar mirando el venerable cadáver; al rededor del cual un centinela vió en la misma noche, bajando á beber agua al rio, que muchos sacerdotes vestidos de blanco, y con hachas encendidas en las manos cantaban las divinas alabanzas. En el dia siguiente al de su martirio rescataron los cristianos la cabeza, y á los dos despues pudieron haber el cuerpo, el que sepultaron en la iglesia de S. Zoilo, donde habia sido sacerdote asignado hasta la muerte; y en el 4.º de julio del año siguiente fué trasladado del primer lugar á otro mas decente. En el mismo templo permaneció hasta el año de 885, que fue trasferido con el de Sta. Lucrecia á la ciudad de Oviedo, donde por intercesion de su siervo se dignó el Señor obrar muchos prodigios: y con motivo del que ejecutó con D. Rodrigo Gutierrez, arcediano de aquella santa iglesia, fué trasladado segunda vez el año 1500 á la cámara santa del mismo templo, siendo obispo de Oviedo D. Fernando Alvarez.

DIA XI.

Santa Auria Virgen.

UNA de las vírgenes verdaderamente ilustres que han florecido en el jardin ameno de la Iglesia de España, fué santa Auria, natural de

Villavelayo, pueblo distante seis leguas del monasterio de San Millan de la Cogulla. Vivian sus padres García Nuño, y Amuna con la pena de no tener sucesion, y habiendo recurrido al cielo con fervorosas súplicas, con religiosos votos, y con promesas continuadas para que se dignase concedersela, oídos sus humildes ruegos, les dió el Señor por fruto de sus dulces bendiciones á una preciosa niña, á quien pusieron en la pila del bautismo por nombre Auria: sin duda movidos de un superior impulso, como que fué oráculo del purísimo oro en que la convirtió el calor del sol de Justicia, que la abrasó en divinos incendios todo el discurso de su prodigiosa vida. Dejóse ver Auria desde la cuna con un natural docil y compasivo, con una inclinacion singular hácia todo lo bueno; y agregándose á estas nobles disposiciones el desvelo con que se aplicaron sus padres á cuidar de su educacion, conocieron muy presto, que sus instrucciones solo servian de fomentar las inspiraciones que el Espiritu Santo habia producido en el noble corazon de Auria tan lleno de sentimientos cristianos, que en su infancia parecia haber llegado á una eminente perfeccion. Penetrada la ilustre joven de las verdades de nuestra religion, y favorecida de gracias especiales con que la dotó el cielo, redujo en sus mas tiernos años todas sus diversiones á ocuparse en la oracion, antes de conocer el mérito de tan laudable ejercicio, en la leccion espiritual, que es el verdadero alimento que nutre al alma, y en obras de caridad; invirtiendo en socorro de los pobres necesitados parte de su alimento, ademas de las sumas que le daban sus padres para que hiciese limosna; llenándose éstos de complacencia al ver en su hija tanta compasion aun en edad poco sensible de las miserias ajenas, y edificándose no menos del desprecio que hacia de las vanidades del mundo, satisfecha con vestirse de un paño grosero y despreciable, todo con el objeto de padecer mas bien á los ojos de Dios, que á los de los hombres.

Adelantábase Auria en la virtud al paso que iba creciendo en edad; pero conociendo que en la casa de sus padres no podia practicar libremente todas aquellas mortificaciones que le dictaba su fervor, para hacerse victima agradable al esposo eterno, á quien tenia consagrada su virginidad, resolvió buscar algun lugar retirado, donde libre de los impedimentos de la carne y de de la sangre, pudiese satisfacer sus deseos, no otros que los de conservar intacta su pureza entre los rigores de la penitencia. Florecia por entonces en religion, y en santidad el monasterio de San Millan de la Cogulla, cerca del cual habia un asceterio ó monasterio de ilustres vírgenes gobernadas por los monges; las cuales hacian grandes progresos en la carrera de la perfeccion. Agradó á Auria aquel retiro tan proporcionado á sus inclinaciones: entró en él abrasada en divinos incendios, y sol-

tando las riendas á su fervor, redujo todas sus ocupaciones á castigar su inocente cuerpo con las mas asombrosas penitencias, y á dedicarse á la mas alta contemplacion de las grandezas divinas y de las verdades eternas, pasando en oracion los dias y las noches; llegando á ser por lo mismo el objeto de la admiracion y aun de la veneracion del asceterio.

Esparcióse por toda aquella region la fama de la eminente santidad de Auria, y de los milagros que el Señor obraba por medio de su fidelisima sierva; y aunque sus deseos eran vivir desconocida de todos los mortales, se vió rodeada de innumerables gentes, que atraídas del buen olor de su virtud, deseaban ver y tratar aquel prodigio de la gracia.

Quiso Dios manifestar á su amada esposa lo agradable que le eran los santos ejercicios con que procuraba complacerlo, y así la regaló con exquisitos favores. Púsose en oracion despues de mañines del tercer dia de Navidad, en el que se celebraba por entonces la fiesta de Santa Eugenia; y habiéndose quedado dormida, se le aparecieron en el dulce sueño tres hermosísimas vírgenes, que le manifestaron eran Santa Agueda, Santa Cecilia y Santa Eulalia, las cuales (despues que la dieron muchas gracias por el gusto, y por la complaciencia que recibia en la lectura de sus vidas y de sus martirios, la dijeron: que el Señor la tenia preparado en el cielo el premio de sus rigurosos ayunos, de sus mortificaciones, y de sus lágrimas. Mostráronla una escala por donde las almas subian al cielo; y elevándola por ella, la llevaron á unos lugares deliciosos, donde vió muchos coros de espíritus celestiales, que gozaban de la vision beatífica. Dispertó Auria toda llena de consuelo, y encendida en vivísimos deseos de disfrutar cuanto antes la dicha, que en la vision le manifestaron las tres ilustres santas, redobló el rigor de sus espantosas penitencias, y el fervor de sus oraciones: de suerte, que no viviendo desde entonces en sí, sino en Jesucristo, fue el resto de su vida una serie continua de admirables estasis, arrebatada á fuerza de las dulces violencias del amor divino en que se hallaba abrasada, ansiosa por instantes de verse libre de los vinculos carnales, para unirse con su esposo eterno.

A los nueve meses de la vision dicha, estando Auria orando fervorosamente en la noche de la fiesta de San Saturnino, se le apareció la reina de los ángeles entre coros de vírgenes con la magestad y con la gloria de su soberania, y con la duzura propia de su caracter la dijo: hija, ya es justo que se temple el rigor de tu penitente vida, y que recibas el premio de que son acreedores tus trabajos, lo que se verificará dentro de breve tiempo. No tardó mucho en cumplirse el aviso de la Santísima Virgen; pero queriendo Dios acrisolar la virtud

de su fidelísima sierva, la probó con una larga, y penosa enfermedad; en la que al paso de los agudísimos dolores que toleró con indecible paciencia, crecieron los consuelos celestiales, hasta que abrasada como preciosa víctima en divinos incendios, entregó su espíritu en manos de su amado esposo en el día 11 de Marzo del año 1070, hallándose presentes su madre Amuna, Don Pedro Abad del monasterio de San Millan, con Muño Monge que escribió la historia de esta gloriosa Heroína. Dieron sepultura á su venerable cadaver en el de San Millan, en un sepulcro abierto en una peña viva, que está á la entrada de la Iglesia, al que se baja por una escalera estrecha de treinta y cinco escalones: y en lo sucesivo se erigió en honor de la Santa una ermita en la casa propia en que nació, donde se le tributa la veneracion correspondiente.

DIA XI.

San Vicente y San Ramiro mártires.

LA preciosidad de los metales de que abunda España, y la fertilidad de su terreno movieron á muchas naciones bárbaras á solicitar posesionarse de esta apreciable Peninsula á fuerza de las mayores violencias, y de las mas sangrientas guerras; como hicieron sucesivamente los Cartaginenses, los Romanos, los Alanos, los Godos y los Suevos. Establecieronse estos en el reino de Galicia, y como estaban infestos con la peste de la heregia Arriana, procedieron contra los católicos con mayor furor si cabe, que los paganos en aquellas desgraciadas épocas que suscitaron sus cruelísimas persecuciones contra la Iglesia. Tuvieron un conciliábulo en Leon ó bien de motu proprio, ó por órden de Riciliano su rey segun escriben algunos, á la sazón que se hallaba San Vicente Abad del monasterio de San Claudio, Lupercio y Victorico, sito en la misma ciudad, uno de los mas acérrimos defensores de la divinidad de Jesucristo, que era el punto cardinal de la reñida controversia entre los Católicos y Arrianos. Citaronle estos al conciliábulo con ánimo de obligarle á que suscribiese la impiedad de su secta; pero presentándose el insigne Prelado con aquel espíritu, y con aquel valor que son propios de los padres ortodoxos; no satisfecho con haber declamado contra la execrable blasfemia, manifestó á los Hereges, que no creia, ni confesaria jamas otra fe, que la definida en el santo concilio Niceno; por cuya defensa estaba pronto á dar la vida una y mil veces, si posible fuera.

No es fácil explicar la ira que concibieron los Hereges al ver la generosa confesion de Vicente, á quien miraban como uno de los mas formidables enemigos de su secta; y arrebatados de un furor extraordinario, le desnudaron inmediatamente, y poniéndole en medio del Conciliábulo, descargaron sobre su inocente cuerpo una espesa lluvia de cruclisimos azotes; pero horrorizados al ver los arroyos de sangre que corrian por el suelo, de la que vertian las heridas del ilustre Prelado, determinaron encerrarlo en un calabozo obscuro, resueltos á hacerle sufrir los mas esquisitos tormentos. Entró Vicente en la prision lleno de extraordinaria alegría, considerándose dichoso por la merced que le hacia Jesucristo, de que padeciese por la defensa de su divinidad; y queriendo el Señor premiar la heroica fortaleza de su fidelisimo siervo, hizo que bajase de repente una celestial luz, que disipó las tinieblas del calabozo, derramando al mismo tiempo sobre la dichosa alma de su ilustre confesor una dulzura divina, y un consuelo de superior orden, que le inundó de gozo. Tambien descendieron espiritus angélicos que le curaron perfectamente todas las heridas, dejándose percibir los celestiales cánticos con que alababan á Dios, de manera, que aquella horrorosa prision parecia haberse convertido en paraíso de delicias.

Mandaron los Arrianos que compareciese segunda vez al Conciliábulo, y quedaron atónitos cuando le vieron sin la mas leve lesion de los azotes pasados; pero aunque esta prodigiosa maravilla les dió á cenocer, que le defendia alguna virtud sobrenatural, con todo quisieron obligarle á que subscribiese la sacrilega blasfemia de su heregia. Valiéronse para reducirlo de las mas terribles amenazas; pero creciendo al compas de las conminaciones el valor y la fortaleza del insigne abad en la confesion de la divinidad de Jesucristo, lo sentenciaron á muerte con la prevencion de que se ejecutase á la puerta de su monasterio, para aterrar á los monges con el castigo hecho en su venerable padre. Lleváronlo los verdugos al lugar señalado con el tropel, y con la ignominia que les dictó su impiedad, y descargando una herida mortal sobre la cabeza de S. Vicente, la separaron de su cuerpo en el dia 11 de Marzo á la mitad del siglo VI. Dejaron el venerable cadaver envuelto en su propia sangre; pero valiéndose los monges del silencio de la noche, le dieron sepultura cerca del sepulcro de los ilustres mártires Claudio, Lupercio, y Victorico patronos del monasterio.

No dudaron los monges de la vision beatífica, que gozaba San Vicente en premio de su glorioso martirio, y estando en oracion pidiendo al Señor, que les concediese auxilios para poder pelear con fortaleza contra los hereges arrianos por la intercesion de su santo padre, se les apareció éste acompañado de muchos coros de mártires, y les

habló de esta forma: *Ya hijos llegó el tiempo de la inmolation, si alguno de vosotros desea labar su estola en la sangre del Cordero, prepárese, bajo el seguro de que será coronado el que pelear legítimamente; pero el que no se halle con fuerzas para el combate, busque otra mansion de librarse: yo como veis, gozo de la vida eterna en compañía de los mártires que derramaron su sangre en defensa de la fé ortodoxa.*

No se tardó mucho tiempo en verificarse el aviso de San Vicente, pues no satisfechos los herejes con la muerte del insigue abad, resolvieron acabar enteramente con los monges de San Claudio, para evitar que siguiesen los pasos de su ilustre padre. Habia quedado haciendo los oficios de Superior en aquella casa Ramiro, de quien no nos consta con certeza su patria, sus padres, ni su primera educacion; solo si sabemos, que era un varon esclarecido en todo género de virtudes, el cual se hallaba á la sazón Prior del espesado monasterio. Supo la determinacion de los Arrianos; y encendido en vivisimos deseos de padecer martirio dijo á sus compañeros: *Ya habeis oido carísimos hermanos, lo que se ha dignado el señor manifestarnos por medio de nuestro santo padre. Ya estais informados de lo que conviene hacer; bajo este supuesto, los que se hallan con fortaleza prepárense al sacrificio, y retirense los pusilánimes. Yo os ruego, que no perdais la corona que se nos presenta, ni os prive de la vista del Señor respeto alguno del mundo: antes bien digamos todos con el apóstol llenos de firmeza, ¿quién nos separará del amor de Jesucristo? ¿por ventura la tribulacion? la angustia? el hambre? la desnudez? el peligro? la persecucion? ó la misma muerte? Escrito está en las sagradas letras, que por la caridad de Dios somos mortificados todos los días, llevados á padecer como las ovejas que se conducen al matadero; pero por estos conflictos esperamos la vida eterna por aquel que nos amó. No os acobarde hermanos el furor de los hereges, ni os aterren las crueldades que ejecutan con los defensores de la divinidad de Jesucristo, puesto que está con nosotros el mismo Señor que nos eligió para combatir contra los enemigos de la fé católica, para que triunfando de ellos con su divina asistencia, reinemos en la gloria eternamente.*

Hecha esta zelosa eshortacion despachó Ramiro inmediatamente á las montañas de Galicia á los monges débiles que no se hallaban con valor para entrar en la pelea; y bajando á la Iglesia con doce ilustres religiosos, á quienes eligió el Espíritu santo para combatir con los enemigos de la fé católica, puestos todos en oracion, esperaban de momento en momento ser victimas del furor Arriano. No tardaron estos en presentarse con mano armada al monasterio: llamaron á las puertas con extraordinario estrépito, salió á abrirlas el Santo Prior

lleno de fortaleza, y entonando con él los doce monges el símbolo nicéno, y con especial repeticion aquellas palabras que condenan la impia heregía Arriana, acometiéndoles los hereges como perros rabiosos, los despedazaron á fuerza de mortales cuchilladas. Dejaron tirados por el suelo los venerables cadáveres, y recogiéndolos los católicos, les dieron sepultura juntos en el mismo monasterio; escepto el cuerpo de San Ramiro, que depositaron con separacion en un sepulcro de piedra tosca, conforme ofreció por entonces la oportunidad. En él se mantuvo por incuria de los monges, hasta que el Señor quiso que se elevase á lugar mas decente, por medio de un prodigio que recomendó la poderosa intercesion del insigne mártir. Cayó gravemente enfermo Fray Alonso del Corral abad de San Claudio, y ofreciendo á San Ramiro á quien profesaba una devocion particular que trasladaria sus reliquias á sitio mas honorífico, si recuperaba la salud, la consiguió por su intercesion; pero olvidándose de cumplir su promesa con la ocupacion de otros negocios, volvió á recaer en igual peligro, y reiterando su primer voto, luego que logró el mismo beneficio, puso en ejecucion su oferta. Halló el cuerpo del Santo íntegro sin la mas leve corrupcion, é incluyéndolo en una preciosa arca, que hizo labrar á sus espensas, la colocó en la capilla, que hoy llaman de San Ramiro, en el dia 26 de abril del año 1596; cuya traslacion se celebró con asistencia del obispo, del cabildo, del clero, y del pueblo de Leon, que concurrieron á solemnizar el acto con las mas festivas demostraciones.

DIA XIII.

San Rodrigo y Salomon mártires.

EL Padre San Eulogio que escribió el triunfo de estos dos ilustres mártires de Jesucristo en el libro que intituló Apologético de los mártires, nos dice: que San Rodrigo fué natural de la villa de Cabra, sita en el obispado de Córdoba, hijo de padres cristianos, los cuales le educaron segun las piadosas máximas de nuestra Santa religion, y aplicado al estudio luego que tuvo edad competente, hizo en las ciencias eclesiásticas tan conocidos progresos, y dió tan calificadas pruebas de su eminente virtud, que ascendió por sus méritos á la dignidad del Sacerdocio; en cuyo sagrado ministerio fué su irreprochable conducta el mayor testimonio de su justificacion, distinguiéndose desde luego en el nuevo estado por su singular piedad, y por la arreglada circunspeccion de sus costumbres.

Quiso Dios ejercitar la eminente virtud de su fidelísimo siervo por medio de una guerra continua, que si bien fué causa del mas vivo dolor, lo fué de su mayor merecimiento. Tenia Rodrigo dos hermanos tan diferentes en la religion como unidos con el vínculo de la sangre. Uno de ellos era cristiano y otro profesor de la secta de Mahoma, que era la dominante por entónces en España, con motivo de hallarse en poder de los Africanos, hecha por lo mismo la nacion un teatro lastimoso de diferentes sectas, como hoy sucede en los paises donde viven mezclados los Herejes con los católicos. Pasaron las continuas riñas que tenian los dos hermanos un dia tan adelante, que no contentos con las palabras, vinieron á las manos, lastimándose reciprocamente. Procuró el Santo pacificarlos; pero las resultas fueron herirlo tan gravemente, que llegó á perder todos los sentidos. Creyóle muerto el hermano Mahometano, cuando debia condolerse de aquella desgracia, procedió como bárbaro, haciendo que le pusiesen en un ataúd, en el que fijó un rotulo que decia: *Este á quien conocisteis sacerdote de los cristianos, estando en la hora de la muerte, ha sido ilustrado por nuestro profeta Mahoma; en virtud de lo cual ha renegado de Jesucristo, ha reconocido su error, y ha pasado á nuestra herencia.*

Volvió Rodrigo del letargo, pero habiendo sabido la enorme traicion que contra su fé cometió el pérfido hermano, penetrado su corazon del mas vivo dolor, procuró desacreditar la impostura por cuantos medios le dictó su prudencia. Conoció la impresion que habia hecho la calumnia en el vulgo, siempre fácil á creer lo peor; y persuadiéndose que no le seria fácil disuadir al pueblo, resolvió ausentarse de su patria. Llegó á Cordoba en tiempo que se hallaban consternados todos los cristianos á causa de la cruel persecucion que movió contra ellos el Rey Mahomad hijo de Abderraman, uno de los mas fieros enemigos del nombre y religion de Jesucristo, con cuyo motivo se retiró á la sierra de Córdoba, donde le pareció que podría con mas quietud dedicarse al servicio del Señor.

Bajó un dia el Siervo de Dios al mercado de Córdoba á comprar cosas precisas para alimentarse, y viéndolo su pérfido hermano, que por casualidad, ó por disposicion divina habia concurrido al mismo mercado, no contento con llenarlo de injurias, le delató al Juez Arabe, con la falsa acusacion de que habia renegado de Jesucristo. Quedó sorprendido Rodrigo con tan inesperada novedad; pero conociendo que aquella era disposicion de la divina providencia, para que diese pruebas públicas que fuesen acreedoras de la gloria del martirio, negó á presencia del juez la imputacion del pérfido delator, diciendo: *Testigos son cuantos me conocen, que mi fe, y mi vida han sido siempre cristianas, lo que se confirma por mi trato con los de*

esta Religion, y se apoya sin la menor duda por mi Estado Sacerdotal. Quien vió jamas que mi conducta degenerase de mi profesion, ni quien lo oyó sino de la boca de un hermano traidor, que valiéndose de la casualidad de un letargo, cometió la vileza de fingir esta calunnia. Creyó el juez que para rendir á un hombre del caracter de Rodrigo, tendria mas eficacia la blandura y la urbanidad que la severidad ni el rigor, y siguiendo esta idea, le ofreció los parlidos mas honerosos, siempre que se separase de la religion cristiana, y confesase por verdadero profeta á Mahoma; pero despreciando el Santo con valerosa generosidad todos los ofrecimientos, le hizo entender las patrañas, y los embustes de su secla, y que solo habia justificacion, verdad, y santidad en la ley de Jesucristo.

No es fácil esplicar el enojo que concibió el bárbaro luego que oyó al ilustre sacerdote, y no pudiendo contener la indignacion dentro del pecho, mandó ponerlo en una obscura mazmorra, espresando su furor con estas voces: *Cubran las tinieblas la desvergüenza del renegado, quebranten los hierros los bríos del atrevido, y viva en compañía de los ladrones el que menosprecie nuestra ley.* No acogió á Rodrigo el horror del calabozo, ni el estrépito de las prisiones: antes bien comenzó con nuevo aliento á insultar á los infieles, á que hiciesen uso de todos los tormentos que pudiera discurrir su bárbara crueldad, asegurándoles que primero se cansarian, que desfalleciese su constancia.

Quando entró Rodrigo en la mazmorra encontró en ella á Salomon preso por la misma causa. Comunicáronse ambos los piadosos sentimientos del corazon, y hallándose conformes en los mas vivos deseos de padecer martirio, pactaron emplearse en el servicio de Dios, hasta que llegase el tiempo de ofrecerle sus vidas en sacrificio. Con esta mira castigaban sus cuerpos con rigurosos ayunos, y con continuas vigiliias, recreando sus almas con la meditacion de las eternas verdades, ansiosos ambos de disolverse de los vinculos carnales, para unirse con Jesucristo. Irritado el Infierno de ver convertida en casa de oracion la morada de los malhechores, inspiró al Juez que ordenase separar á los dos íntimos amigos, para que no tuviesen comunicacion. Sintieron ambos aquel divorcio; pero resignándose con la voluntad divina que así lo permitia, rogaban incesantemente á Dios, que no dilatase el triunfo que esperaban conseguir de sus enemigos asistidos con su gracia. Oyó el Señor con agrado las reverentes súplicas de sus Siervos, y no tardó en concederles la dicha que apetecian.

Mandó el Juez Arabe comparecer á Rodrigo y á Salomon á su tribunal, y habidos en su presencia, se valió de las promesas mas ventajosas, y de las amenazas mas terribles para separarlos de su proposito; pero hallándoles cada vez mas firmes en la confesion de Jesu-

eristo, y en el desprecio de su falso Profeta, los sentenció á degüello. Llegaron los santos á la orilla del rio, que era el lugar señalado para el suplicio, y volviendo el Juez á probar la constancia de los dos ilustres Confesores, le respondió Rodrigo con generoso valor: en vano te cansas para estraernos del camino. cuando ya estamos al fin de la carrera; ya no es tiempo de gastar palabras, ejecuta luego tu crueldad, para que pasemos á gozar de la vista de Jesucristo, por cuya fe desafiamos hasta la misma muerte. Irritó al Juez de tal suerte este último desprecio, que no pudiendo sufrir por mas tiempo la burla que de él hacian, mandó decapitarlos inmediatamente. Armaronse los dos santos con la señal de la Cruz, y puestos de rodillas, aprontaron llenos de alegría sus cuellos al verdugo, que con dos fieros golpes cortó las cabezas de ambos en el dia 15 de Marzo del año 859. Llegó la nueva del glorioso triunfo que consiguieron Rodrigo y Salomon de los infieles á San Eulogio, á tiempo que acababa de celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, y queriendo certificarse con sus propios ojos, de lo que despues escribió con la pluma, pasó al lugar del suplicio sin algun temor.

No satisfecho el Tirano con el castigo dicho, quiso vengarle en los venerables cadáveres, mandando, que los clavasen por los pies en dos palos á la vista de la ciudad, y que despues que estuviesen así todo el dia, los arrojasen al rio. Fueron ejecutadas sus órdenes con la mayor prontitud; pero respetando las aguas aquellos depósitos que habian sido de las dos almas dichosísimas, los pusieron suavemente en la orilla del rio. Hallaron los vecinos del Barrio, llamado por entonces de los Tercios, la cabeza de San Rodrigo no léjos de su cuerpo; y sabiéndolo un Sacerdote, estrajo de las aguas las santas reliquias, y las depositó en su casa, hasta que se condujesen á la iglesia de San Gines con la debida solemnidad, como lo hicieron los cristianos cantando himnos y Salmos en la pompa funeral, sin temor de los Mahometanos.

Concluido el oficio de Rodrigo, se encendieron los fieles en vivísimos deseos de buscar las reliquias de Salomon, á pesar de la palabra que empenó el Juez Moro de hacer un escarmiento con quien lo intentase. Aparecióse el ilustre martir á un Sacerdote, y le indicó el paradero de su cuerpo en aquella parte del rio, que correspondia al barrio dicho de las Ninfas; y sacándole de él, se le dió sepultura con la misma solemnidad que á su compañero en la Iglesia de San Cosme y San Damian: de cuyo templo, del de San Gines, ni de los barrios dichos, no nos dejó el tiempo memoria alguna, si solo la de los triunfos de estos gloriosos Santos, que enriquecieron á Córdoba con sus venerables reliquias.

DIA XV.

San Raimundo, fundador del orden de Calatrava.

EL venerable abad Raimundo, honor de España, gloria de la reforma del Cister, y esclarecido fundador del Orden Militar de Calatrava, nació en la ciudad de Tarazona, sita en el reino de Aragón, según la opinión mas autorizada, aunque algunos le creen originario de S. Gaudencio, en el condado de Combrona en Francia, y otros de Tarazona en Cataluña; todos con el santo deseo de honrar su patria, haciendo suyo un héroe tan recomendable y visible en la historia de la Iglesia. Dios, que en los profundos secretos de su providencia le habia elegido para cosas grandes, le adornó á proporcion con las singulares disposiciones de naturaleza y gracia, que mas conducian á ejecutar tan altos designios. Criáronle sus nobles padres con el mayor cuidado en la piedad y religion cristiana; pero su bello natural é inclinacion á la virtud, les dejó poco que hacer para ver cumplidas sus santas intenciones. Ya en la puericia era Raimundo ejemplar en las costumbres, moderado en el hablar, grave en las palabras, modesto en las acciones, y estremado en todos los ejercicios de piedad.

Aplicado al estudio de las letras, como estaba dotado de un ingenio sólido y perspicaz, hizo conocidos progresos en las ciencias, y no menores en la virtud. Concluida esta carrera fue provisto en uno de los canonicatos de la santa iglesia de Tarazona, en cuyo empleo se hizo admirar de todos por su vida ejemplar, inocencia de costumbres, puntual asistencia á los divinos oficios, y por el estremado amor que profesaba al retiro. Pero como Dios le llamaba á un estado de perfeccion mas sublime, siguiendo nuestro Santo este superior impulso, se ausentó, como otro Abraham, de su patria, padres y parientes, y se condujo al desierto con el único fin de atender precisamente al negocio importante de su salvacion. Oyó hablar con grande elogio de la reforma del Cister que habia fundado el venerable Roberto, abad de Molesme, la cual brillaba como estrella matutina en el firmamento de la Iglesia, iluminando al orbe con los vivisimos rayos de su santidad: inmediatamente se resolvió á abrazar este partido, como mas conforme á sus ideas, y se acogió á él como á ciudad de refugio, y torre de fortaleza, en el célebre monasterio llamado Escala Dei, situado en la Gascuña. Aquí profesó el nuevo instituto con tanto fervor, que la severidad de las mortificaciones, el desinterés del mundo, el espíritu de

recogimiento, su ciega obediencia, su tierna devocion, y su profunda humildad le llevaron muy en breve á la cumbre de la perfeccion religiosa.

Solicitaban los venerables religiosos maestros de la reforma del Cister ampliar el célebre instituto cuanto fuese posible, y llevarlo por toda la tierra, á fin que hasta en los yermos y soledades mas apartadas del comercio humano se tributasen á Dios sacrificios de alabanza con cánticos é himnos espirituales. El abad del monasterio de Escala Dei, varon ciertamente esclarecido en religion y piedad, quiso darle valor al excelente proyecto, haciendo que tuviera una muy pronta y diligentísima expedición; y para ello envió al reino de Navarra á cierto monge de conocida virtud, llamado Durando, en clase de superior, ó sea abad, con nuestro Santo, íntimo amigo suyo, y otros religiosos de aquella comunidad, que diesen principio á la santa empresa. Entró esta agraciada ejemplar comitiva en aquel reino, é internándose por sus ásperos desiertos llegó hasta el monte *Yerga*, donde con permiso de Alfonso el VII, llamado comunmente el emperador de España, comenzaron á levantar edificio para establecerse, aprovechándose de una pequeña ermita formada en la cumbre, y dedicada á la Santísima Virgen, desde la que se veia una prodigiosa imagen muy venerada en toda aquella comarca, para oratorio é iglesia. No se tardó mucho tiempo en experimentar que lo fragoso del terreno, y otras incomodidades que presentaba su desproporcionada situacion, no eran convenientes para fijar allí el establecimiento; y cediendo el celo con que aquellos piísimos varones estaban determinados á sufrir todas las penalidades de una vida lavoriosa y solitaria, á la prudencia que exigia de ellos que la eleccion de sitio fuese conveniente á la subsistencia propia, para hacer durable y permanente la fundacion, dejando allí vestigios ciertos de su primer pensamiento que hasta el día de hoy se conservan, manteniendo tan laudable memoria dos monges de la comunidad de Fitero que lo habitan, se trasladaron á un valle inmediato cerca de *Nienzabas*, poblacion casi destruida por los Arabes, de la que tambien les hizo donacion el mismo emperador Alfonso en el año 1140, en prueba del singular afecto que tenia á la reforma.

Fundaron aquí un monasterio; y muerto Durando, despues de haber ejercido por algun tiempo el oficio de superior, los monges, que sintieron este suceso quanto es creible por la extrema afeccion con que lo respetaban, para mitigar el dolor de esta pérdida, y darle por sucesor en el gobierno una persona de igual probidad y merecimiento, eligieron á Raimundo; persuadidos sobre todo, de que con su eminente virtud, y consumada prudencia, no solo se conservaría la estrecha regular observancia de la nueva reforma, sino que

sostendria con constancia y zelo el santo proyecto, y le haria estenderse y dilatarse. Sucedió así con efecto, pues habiendo permanecido en aquel valle cerca de ocho años, á pesar de las grandes incomodidades que causaba la desigualdad de su temperamento, atento á la salud de sus religiosos, mudó de lugar, y se pasó con ellos en el año de 1148 á Castejon, cuatro leguas de Tudela de Navarra, y tres de la villa de Alfaro. Dos años despues, el de 1150, por mayor comodidad se trasladó á otro terreno, que le cedió D. Pedro Tizon, abuelo del arzobispo de Toledo D. Rodrigo, con cuyo auxilio edificó el magnífico monasterio de Santa Maria de Fitero, así llamado del nombre de la heredad cedida; el cual enriquecieron profusamente con cuantiosas donaciones los reyes y próceres del reino, atraídos del buen olor, y notorios ejemplos de virtud y santidad con que en breve tiempo le hicieron brillar los de Raimundo. Su elevado extraordinario espíritu, y su ardor y zelo apostólico no podian estrecharse dentro de los reducidos muros del monasterio; y habiéndole dotado Dios de una singular rara elocuencia, y de extraordinarios talentos para la predicacion de la palabra divina, salia frecuentemente á ilustrar con la luz de su saludable doctrina á toda aquella region, en la que hizo prodigiosas conversiones, y separó á no pocos de los peligros del siglo, llevándoles á servir á Dios en el retiro del claustro; de los cuales muchos fueron el consuelo del santo abad, y recomendaron con la heroicidad de su piadosa vida y costumbres la santidad del instituto.

Murió por entonces el emperador Alfonso, señalado héroe del cristianismo, que peleando siempre en las batallas del Señor habia baticido el orgullo de los Agarenos en España. Ganóles este magnánimo rey la villa y fortaleza de Calatrava en el año de 1147; y para defenderla y conservarla, como plaza de mucha consecuencia é importancia, la cedió á los caballeros Templarios, que la sostuvieron intrépidamente el espacio de diez años con su acostumbrado valor y brio. Pero como los Sarracenos auxiliados de Miramamolín, que pasó del Africa á estas partes con un poderoso ejército, hicieron varias correrías y estragos por el campo de Calatrava, atacando las murallas de esta fortaleza con porfiada osadía, empeñados en reconquistarla, y ganarse en ella el fácil paso para sus nuevas entradas en Castilla; pero los Templarios, que consultando con sus fuerzas veian no poder resistir á las superiores del enemigo, hicieron dimision de la plaza al rey D. Sancho el Deseado, hijo de Alfonso, que á la sazón se hallaba en Cortes en Toledo. Sintió el esforzado Sancho en su alma la intempestiva é inesperada renuncia de aquel presidio que los caballeros le hacian en un tiempo tan apurado, como el de no hallarse en capacidad de hacer guerra á los Moros, estando precisamente con

las armas en la mano para mantenerla contra su hermano Fernando de Leon, y además ocupada toda su atencion en sosegar los tumultos del reino. En tal conflicto hizo publicar que si alguna persona poderosa quisiese defender la plaza de Calatrava, se la cederia con todos sus términos, castillos y fortalezas. Mas como una confederacion tan sensiblemente valerosa, cual era la de los caballeros Templarios, se habia retirado de sostenerla á causa del inminente peligro en que se veian de poderla conservar, ninguno se atrevió á encargarse de tan difícil empresa.

Hallábase por este tiempo en Toledo el venerable abad Raimundo en solicitud de la confirmacion de los privilegios concedidos á su monasterio. Para prosperar en su comision, habia traído consigo á uno de sus monges, llamado D. Diego Velazquez, natural de Bureba, cerca de Burgos, muy estimado del rey, por haberlo sido del emperador su padre, á quien sirvió con distincion en el ejército, haciendo prodigios de valor, y con quien antes y despues de monge consultaba muchos negocios de gravedad é importancia á la corona, bajo el concepto de su conocida virtud, acreditada esperiencia, y prudencia consumada.

Este valeroso héroe acostumbrado tantas veces á vencer el orgullo de los enemigos de la religion, no pudo sufrir el nuevo ponderado insulto, que tanto intimidaba á la nobleza de España; y renovando su antiguo aliento, igualmente que encendido en un santo celo, persuadió al abad Raimundo, que pidiese al rey la fortaleza de Calatrava para defenderla, ofreciéndose animoso á estar siempre á su lado en todo trance, y asistirle con su consejo y con sus fuerzas: oyó, no ingratemente el venerable prelado la proposicion, y retirándose á consultar con el Señor de los ejércitos el suceso de ella, por medio de la oracion, que era el recurso ordinario en todas sus espediciones y empresas, se levantó despues de largo rato tan lleno del espíritu, de valentia, é intrepidez sagrada, que inmediatamente pasó con Velazquez, y le hizo la súplica al rey. Oída la propuesta no es fácil explicar el gozo que concibió Sancho al ver la ardorosa resolucion de ambos; y como no dudaba de la virtud y valimiento del abad de Fitero, aunque no faltaron algunos cobardes aduladores que censuraron de temeraria y arrojada la oferta, con aprobacion general de las Cortes, le cedió á Calatrava segun su anterior promesa; cuya donacion se formalizó por escritura pública en Almazan, por el mes de enero de 1138.

La voz que generalmente se habia esparcido de que Raimundo mandaba y tenia á su cargo una espedicion tan importante, llenó de júbilo á todo el reino: recibieronla con estremado contento los próceres, y gente visible, tanto, que disponiéndose á la empresa el esfuerza-

do abaal, no quedó alguno que no le ayudase, contribuyendo con soldados, armas, caballos y dinero. El arzobispo D. Rodrigo, distinguiéndose entre todos, además de los crecidos caudales y refuerzos con que le surtió, hizo publicar repetidas indulgencias en favor de los que se alistasen en sus banderas. Con estos auxilios, y los eficaces arbitrios de que se valió en Fitero, juntó un ejército de veinte mil combatientes de grande valor, animosos y esforzados, que parecía, según el alborozo y entereza de espíritu con que caminaban, mucho mas ciertamente ir á cantar la victoria, que á arriesgarse á una batalla; y así lo esperaban conseguir bajo la conducta de un jefe, cuya santidad con tan visibles prodigios habia acreditado el cielo. Dirigióse á Calatrava á la frente de estas tropas, y luego que se presentó en la villa, mudaron de semblante todas las cosas: consoló á los afligidos habitantes; los alentó en su consternacion; fortaleció la plaza de todos modos, y rechazó á los Arabes valerosamente, poniéndolos en tan precipitada fuga, que perdieron totalmente las esperanzas de conquistarla. No quedó satisfecho Raimundo con esta retirada de los Moros: parecíale no ser triunfo, ó ser un triunfo muy pequeño contener la invasion sin escarmentar los invasores; y meditando mayores y mas ventajosos sucesos, aunque se miraba en una edad bastante avanzada, y debilitado de fuerzas naturales por su cansado temperamento, vigorizado con la virtud divina sin temor alguno á la muerte, pensando solo en dilatar el reino de Jesucristo, empuñó el baston de general, se armó de todas armas con valeroso denuedo, púsose cota, morrion, y demas fornituras militares, y animandó á los cabos y soldados de su ejército con la persuasion de esperar no ya en el propio ánimo, corazon y valentia, sino en la virtud del Altísimo, en cuyo nombre peleaban; dió principio á la persecucion de los enemigos, los atacó en sus mismas trincheras, los derrotó, los venció, y los arrojó hasta de sus mas inespugnables fuertes.

Divulgada por toda España la fama de este esclarecido héroe, elegido de Dios para deshacer el oprobio de su pueblo; admirados universalmente de sus gloriosas hazañas, y de que un pobre monge fuese el terror de unos enemigos tan irreconciliables de la religion cristiana, como temibles por el número, y por la ferocidad; siendo mas prodigioso todavía haber conseguido tan completas y circunstanciadas victorias mas por efecto de sus vigorosas oraciones, vigiliass y penitencias, que por el credito, y poder de las armas; se encendieron no pocos personajes en vivisimos deseos de este nuevo caudillo del Señor, para participar de sus triunfos; y otros muchos escitados de su notoria virtud se consagraron á Dios en la milicia sagrada profesando su instituto.

Creciendo prodigiosamente el número de estos concurrentes, y co-

nociendo Raimundo la sana intencion y fervor de ellos, con cierto modo maravilloso estableció en Calatrava dos clases de cuerpos regulares, ó congregaciones religiosas; uno de la reforma del Cister, y otro de militares con las insignias del mismo hábito del orden, llamados en los principios hermanos conversos, porque apartándose del mundo, se habian convertido á Dios, y dedicado á su servicio todo el discurso de su vida. Unos para que alabasen, é hiciesen sacrificios al Señor en el coro y en los altares, y otros para que siguiesen la guerra contra los infieles: los primeros para implorar el auxilio de Dios por medio de la oracion, de la penitencia y de los ejercicios de piedad; y los segundos para que con estos auxilios prevaleciesen contra los enemigos de la fé, y consiguiesen completas victorias de todos ellos.

Dió á los conversos para su direccion y gobierno los mas sabios y prudentes reglamentos en forma de estatutos y constituciones regulares, que merecieron despues ser aprobadas y autorizadas por la silla apostólica en Breve de Alejandro III del año de 1164, debiéndole así á éste como á otros muchos pontífices, y reyes católicos innumerables gracias, privilegios y exenciones, con que se dignaron honrar al nuevo religioso establecimiento, y á su santo fundador, quien lo erigió gloriosamente sobre la piedra angular Jesucristo por el ministerio de sus piadosísimas acciones, sus virtudes heróicas, su exactísima observancia en la religion, su eminente y su incomparable celo por la honra de Dios. Tales fueron las primeras ideas, y los dichosos principios, en que aquel grande espíritu, aquella dignísima alma apoyó y sobre que levantó el inmortal edificio del Sagrado Militar Orden de Caballería de Calatrava, para honor, utilidad y seguridad del cristianismo en España, para distinguir y recompensar el heroísmo de su nobleza, para realzar el decoro de la Iglesia de Jesucristo, y para dar esplendor y reputacion á los votos monásticos; monumentos inmortales, que representarán eternamente á la posteridad la memoria de S. Raimundo.

Sosegadas algun tanto las fatigas de la guerra con la retirada de los Moros, que escarmentados huyeron léjos para no volver tan presto á probar su total derrota, en tanto que los combatia el venerable abad, llorando este la ruina y desolacion en que habia quedado el campo, llorando y términos de Calatrava con las anteriores incursiones y correrías de aquellos imprudentes y bárbaros enemigos, se aplicó todo á proveer de remedio, y restituirlos á su antigua fertilidad. Con estas miras hizo traer de varias provincias de España, y especialmente del reino de Navarra colonos útiles, que las cultivasen y cuidasen; y consiguió en efecto, ver florecer, y volver á su primera gracia y bondad aquel pingüe amenísimo terreno, que en la continuacion de este cuidado, y conducta sabia, que se extendia á proporcion de

cuanto se adelantaba la aplicacion y el esmero, dió á crecer inmensamente el dominio de aquel establecimiento, cuyos derechos útiles ocupaban el espacio de veinte y ocho leguas desde las Navas de Tolosa hasta la villa de Orgaz, comprendiéndose en él varias poblaciones y ciudades considerables.

Lleno ya de coronas, y de un sin número de triunfos que le habian dado á ganar todos estos felices sucesos, pensando solo en si mismo y en aprovechar el poco tiempo que le quedaba que vivir, (segun sus muchos años, su estrema debilidad, y las gravisimas penosas tareas de su vida) quiso prepararse á la muerte, y prevenir el último juicio. Con este objeto, y dejando en Calatrava personas de su mayor confianza, capaces de seguir exactamente todas sus ideas, se retiró á un pueblo dentro de los limites de su dominio llamado *Cyruelos*, donde abstraído enteramente de las impresiones y negocios del siglo, solo atento á las verdades eternas, que meditaba de dia y noche sin intermision, ni intervalo, pasó piadosa y devotamente el resto de sus dias en la oracion, en las vigiliias, y en el recogimiento de espíritu, siendo la admiracion, y la edificacion de toda aquella comarca, hasta que debilitada su naturaleza con el peso de los trabajos, con la rigidez de sus austeridades, y asombrosa penitencia, pagó el comun tributo de todos los mortales, y pasó á gozar los premios eternos en el dia 15 de marzo del año de 1163. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia del mismo pueblo con la posible pompa y magnificencia: habiéndose Dios servido acreditar la gloria, á que le habian elevado sus grandes merecimientos, con muchos milagros que obró por la intercesion de su siervo, y en crédito de su valimiento, y de la veneracion debida á su memoria.

En este lugar de su sepultura se mantuvo el venerable cadáver por espacio de muchos años, no obstante las vivas instancias, ruegos y solicitudes, tanto de los monges del Cister, como de los caballeros de Calatrava, interesados todos con el mayor empeño en trasladarlas á sus respectivos monasterios, resistiendo siempre los naturales con increíble fuerza despojarse de aquel precioso tesoro, que parecia haberles concedido Dios con preferencia, llevándole á morir, y ser depositado entre ellos. Ultimamente se decidió esta acalorada disputa á pesar de estos el año de 1468, en el que D. Luis Nuñez, canónigo de la santa Iglesia de Toledo, y arcediano de Madrid, trasfirió los sagrados huesos de S. Raimundo al convento de Monte Sion de la misma ciudad de Toledo, en virtud de Bula especial, que obtuvo para ello del papa Paulo II, y los colocó en una capilla propia suya, donde se conservaron con grande estima, culto y religion todo el tiempo de ciento veinte y dos años, hasta el de 1590 en que Fr. Marcos de Villalba, general que fué del Orden, siendo abad de Fitero, por la grande devo-

cion que profesaba al Santo (y sin duda con superior permiso y facultad) trasladó las venerables reliquias á un suntuoso sepulcro, que mandó labrar cerca del altar mayor al lado de la epístola con la siguiente inscrieion: aquí yace el venerable Fr. Raimundo, monge de este órden, primer abad de Fitero, por quien Dios ha hecho muchos milagros, el cual de licencia del rey D. Sancho el Deseado defendió á Calatrava de los Moros, é instituyó el Orden Militar de Calatrava: murió el año de 1165 , trasladado aquí en 1590.

DIA XV.

San Sisebuto Abad.

EN el monasterio de San Pedro de Cardena del Orden de S. Benito, sito en el arzobispado de Burgos, se celebra en este dia la memoria de San Sisebuto, varon esclarecido en letras y en santidad. No nos consta cosa cierta de su patria, de sus padres, ni de su primera educacion, porque la injuria del tiempo, y la negligencia de nuestros mayores privó á la posteridad las importantes noticias de los gloriosos hechos, y de las eminentes virtudes de este, y otros muchos Héroeos que ilustraron á la nacion; pero á pesar de estos motivos sabemos por algunos fragmentos de escrituras públicas, y por las inscripciones que se leen en los mármoles, que San Sisebuto abrazó la regla de San Benito, y que ascendió por sus méritos á la abadia del Monasterio de San Pedro de Cardena, y que se portó de tal suerte en el cumplimiento de la regla, en la direccion de los monges, y en el cuidado del monasterio, que apenas hubo antes, y despues del Santo quien le escediese en la observancia puntual del instituto Benedictino. Tambien se dice, que siendo tan conocido por sus eminentes virtudes y por su grande prudencia, concurrió con el conde de Asures á la fundacion del monasterio de Santa Maria la Mayor de Valladolid, donde dió á los monges que se establecieron en él la regla de San Benito, instruyéndolos en el modo de vivir segun su espiritu. Finalmente, habiendo consumado su carrera, murió en el Señor en el dia 15 de Marzo del año 1082: y como la opinion de su santidad era tan notoria, depositaron los monges su venerable cuerpo en la capilla de Santiago del mismo monasterio, en un sepulcro de piedra bajo de un arco de mármol, donde estuvo espuesto á la veneracion pública, haciendo de él conmemoracion todos los sábados despues del oficio Vespertino, con oracion, y antifona propia, cuyo nombre escribieron en-

tre los de los confesores en las letanias, y en los Sufragios. Quiso Dios acreditar la gloria de su Siervo con repetidos prodigios, memorables entre ellos la milagrosa salud que por su poderosa intercesion consiguió Doña María Francisca, privada del uso de sus miembros de un accidente paralítico; la que agradecida del beneficio, mandó construir á sus espensas un magnífico hospital para asistencia de los pobres peregrinos cerca de la misma Capilla de Santiago. Tambien hizo pintar en un lienzo de la pared el milagro de su curacion, y bajo él dispuso en su testamento que se le diese sepultura, dotando una lámpara para que ardiese perpetuamente ante el sepulcro de San Sisebuto. Mantúvose el venerable cuerpo en el primer depósito algunos años; pero creciendo su devocion, á virtud de los muchos milagros que el Señor obraba cada dia por la mediacion de su fidelísimo Siervo en favor de las gentes que concurrían á visitarle, trasladaron los monges las santas reliquias de la capilla de Santiago á la Mayor cerca del Tabernáculo del Sagrario en una urna de primorosa escultura, donde se tienen en grande veneracion, y se les tributa el culto debido.

DIA XV.

Santa Matrona Virgen.

SANTA Matrona cuya memoria es, y ha sido celebre en Capua, y en todo su obispado, fué natural de Portugal, una de las provincias pertenecientes en los siglos pasados al reino de España, donde su padre tenía el empleo de Regente ó Gobernador que con el titulo de Rey ó Régulo, se nombra por los escritores antiguos. Enfermó la ilustre virgen á los doce años de su edad de un flujo copiosísimo de sangre; y habiéndose valido sus padres de los mas hábiles facultativos, y de los medicamentos mas eficaces, tuvieron el desconsuelo de que la desauciasen de todo remedio humano. Recurrió Matrona al cielo en aquel conflicto, y como el Señor la había elegido para que descubriese las venerables reliquias de uno de los mas celebres Prelados que florecieron en la iglesia en los principios de su establecimiento, queriendo que por este medio aspirase á la cumbre de la mas alta perfeccion, dispuso que se le apareciese en sueños un Angel, quien saludándola de parte de Dios, la dijo: Ve á Italia, pasa á Campania, para cerca de Capua en el camino que llaman Acuario, donde hallarás dos novillos indómitos, que separándose del demas ganado se recuestan siem-

pre en cierto sitio: haz cabar allí, y encontrarás el cuerpo de San Prisco obispo y mártir, uno de los discipulos de Cristo, con cuyo contacto quedarás perfectamente sana.

Comunicó Matrona el aviso celestial á su padre, y como deseaba éste no omitir medio alguno de los que pudieran contribuir á la curacion de su amada hija, dispuso que la acompañasen para aquella expedicion doce nobles doncellas, con algunos otros caballeros de la primera distincion. Llegó la ilustre comitiva al camino acuario, y viendo en el sitio indicado los dos novillos en la misma disposicion que manifestó el ángel á Matrona, mandando ésta cabar en él halló las reliquias de San Prisco, y recuperó con su contacto la apetecida salud.

Agradecida la ilustre virgen de aquel beneficio, hizo construir en el mismo lugar una Iglesia en honor de San Prisco; pero no satisfecha con esta prueba de su reconocimiento, fabricó una casa contigua, donde resolvió pasar el resto de su vida con las doce doncellas que la acompañaron, ocupándose en todos los santos ejercicios que recomienda nuestra santa religion. Así vivió algunos años, siendo el objeto de la admiracion de toda Capua por sus eminentes virtudes, hasta que murió en opinion de Santa, justamente debida á sus relevantes merecimientos. Depositóse su cuerpo en un sepulcro de mármol dentro de una magnífica capilla de obra Mosaica, sostenida de cuatro primorosas columnas; y queriendo el Señor hacer célebre su sepulcro con repetidos milagros, entre ellos dispuso su adorable providencia, que destilase un licor de virtud exquisita para la curacion de diferentes enfermedades: y con especialidad para la del flujo de sangre, que fué la que padeció Matrona: el cual duró hasta el año 1540, que cesó con motivo de haber introducido un dedo cierta muger prostituta por el conducto que manaba el licor.

Tambien es constante tradicion, que solicitando los de Capua trasladar las reliquias de la santa al nuevo templo, donde se transfirieron las de San Prisco, estando en el atrio que media entre la iglesia antigua, y casa que vivió Matrona, se levantó de repente una tempestad tan desecha, que impidió el piadoso proyecto. Lo mismo sucedió en la segunda y tercera vez que lo intentaron, por lo que convencidos, que era voluntad de Dios que allí permaneciese, dejándola en su antiguo sepulcro, se le tributa la veneracion y el culto debido, y se digna el Señor obrar repetidas maravillas en favor de los que concurren á visitarla.

DIA XV.

Santa Lucrecia Virgen y Mártir.

AQUEL gran Dios que con su admirable providencia hace que nazca la hermosa rosa entre las punzantes espinas, sin que la lesionen éstas, hizo que naciese en Córdoba la ilustre virgen Lucrecia entre los abrojos de la secta de Mahoma, sin que lastimasen estos la hermosura de este primoroso fruto de la divina gracia, no obstante que su origen fue de una raiz infecta. Eran sus padres Agarenos, ciegos partidarios de la ley del falso profeta Mahoma, que fue causa de la perdición de tanta multitud de gentes; y aunque pusieron el mayor cuidado en instruir á su hija en su religion, ilustrado el entendimiento de Lucrecia superiormente luego que se despertó en ella la luz de la razon, no se dejó preocupar de los clásicos embustes del Alcoran. Tenia lo noble niña una parienta Cristiana llamada Liciosa ó Eliciosa, á la que visitaba con mucha frecuencia, atraida del buen olor de sus virtudes; y advirtiéndole ésta las bellas disposiciones de Lucrecia, deseosa de que no se malograsen los singulares talentos con que la dotó el Cielo, la instruyó en las infalibles verdades de nuestra santa fe, é hizo que se bautizase secretamente.

Supo Lucrecia ocultar en sus primeros años con ingeniosas industrias su fe; pero habiendo llegado á su juventud, creyó que no debía disimular por mas tiempo la Religion que profesaba, y con efecto dió de ella pruebas auténticas. Sintieron sus padres en el alma tan inesperada novedad, y valiéndose de alhagos, de caricias, y de promesas para separarla de Jesucristo; viendo que de nada aprovechaban estos medios, echaron mano del rigor. Descargaron sobre la inocente virgen un sin número de injurias, de fieros golpes, de cruellísimos azotes, y usaron con ella cuantos géneros de crueldades pudo discurrir la barbaridad mas obstinada. Sufrió Lucrecia con indecible paciencia todo este tropel de excesos, que apenas le dejaban un instante para respirar, y manteniéndose siempre constante en su fe, suplicaba al Señor bañada en tierno llanto, que le concediese algun alivio entre tantas penas, como las que padecía por su amor. Oyó Dios con agrado los reverentes ruegos de su sierva, y le inspiró el pensamiento de que se valiese de San Eulogio, que era el padre, y el protector de los Cristianos. Hizolo la ilustre virgen, dándole aviso del conflicto en que se hallaba, rogándole encarecidamente que la refugiase en algun lugar seguro, donde pudiera emplearse libremente en los santos ejercicios, que prescribe nuestra Santa Religion: y como el Santo

Doctor era tan diestro en esta clase de negocios, la dió el consejo, que disimulase para con sus padres el ardor que manifestaba por la fe, hasta que tuviese proporción de huir de tan crueles perseguidores. Fingió Lucrecia en el exterior que deseaba complacerlos, en virtud de lo cual cesaron en molestarla. En este estado pretestó cierto día, que tendria especial gusto de asistir á los desposorios de unos parientes, y dándola sus padres permiso para que concurriese á la función, se refugió en casa de San Eulogio, que cuidó de ocultarla entre los Cristianos de su confianza.

Luego que los padres de Lucrecia la echaron menos, recelándose el motivo de su fuga, hicieron en busca suya las mas exquisitas diligencias, y aun obtuvieron facultad del Juez Arabe para afligir, y para prender á todas aquellas personas de quienes pudiesen tener sospecha que la ocultarian. Ejecutaron los bárbaros muchas tropelias con los cristianos, y mientras tanto mudaba á la ilustre virgen San Eulogio de una á otra parte en el silencio de la noche, para que no cayese aquella inocente oveja en manos de los mas sangrientos lobos. Ademas de esto pasaba el Santo Doctor las noches enteras en la iglesia de San Zoilo, pidiendo á Dios con fervorosas oraciones que diese fortaleza á Lucrecia para triunfar de sus enemigos; la cual entre tanto se ocupaba en rigurosos ayunos, en continuas vigiliias, y en asombrosas penitencias, todo con el noble objeto de hacerse agradable victima á los ojos del Señor.

Quiso Lucrecia en este tiempo ver á la hermana de San Eulogio, una de las ilustres vírgenes consagradas á Dios que dieron mucho honor á Córdoba con sus eminentes virtudes; y condescendiendo en ello el Santo Doctor, pasó á satisfacer sus deseos. Vino el guarda á la hora acostumbrada á mudarla al lugar destinado; pero detenida con la hermana de su maestro hasta la noche siguiente, pasaron ambas los dos dias en santa conversacion, encendiéndose con ella en el amor de Jesucristo, ansiosas de que llegase la ocasion de manifestarlo así al mundo con públicas y ruidosas pruebas. Pudieron entender los exploradores puestos por sus padres donde se hallaba Lucrecia; aunque se ignoraba el conducto por donde se suministró la noticia: dieron parte al Juez inmediatamente, y enviando éste una tropa de soldados, para que cercasen la habitacion, prendieron á Lucrecia, y á San Eulogio. Reconvinó el Juez al Santo Doctor sobre el rapto de aquella noble doncella; pero la concluyente satisfaccion que dió en defensa de su amparo á una señora atribulada y afligida, le mereció la corona del martirio. Quiso el Arabe pervertir á Lucrecia, ponderándola las comodidades que podia disfrutar en lo mas florido de sus años rindiéndose á la voluntad de sus padres; mas conociendo el ningun efecto que producian todos los arbitrios de que se valió para sepa-

larla de la fé de Jesucristo, no pudiendo contener la indignacion dentro del pecho á vista de la constancia de la ilustre virgen, y del heroico desprecio que hacia de todas sus ofertas, mandó que la decapitasen inmediatamente, con la prevencion de que arrojasen su cuerpo al rio, para que los cristianos no pudiesen tribularle la veneracion que acostumbraban á las reliquias de los mártires. Fueron ejecutadas las órdenes del tirano con la mayor prontitud en el dia 15 de marzo del año 899; pero respetando las aguas al venerable cadáver, lo presentaron á la orilla; y recogiéndolo los fieles, le dieron sepultura en la Iglesia de San Gines, sita en el barrio llamado por entonces de los tercios. Allí se mantuvo hasta el de 685, en el que fueron trasladadas sus reliquias con las de San Eulogio á la ciudad de Oviedo, donde se colocaron en la capilla de Santa Leocadia; de la cual las trasfirió en 9 de enero del año 1500 el ilustrisimo obispo de aquella ciudad Don Fernando Alvarez á la cámara santa de la misma santa iglesia, en la que se conservan en una arca de plata de grande estimacion.

DIA XVIII.

San Narciso Obispo y mártir.

AUNQUE de San Narciso, uno de los célebres prelados que han florecido en la Iglesia de España, no sabemos con certeza de su patria, de su educacion y de su vida, antes que principiase á padecer por amor de Jesucristo; nos constan sin embargo las Actas de su glorioso martirio. Suscitaron los Emperadores Diocleciano, y Maximiano en principios del siglo IV, una de las mas sangrientas persecuciones que padeció la iglesia en tiempo de los príncipes gentiles. Llegó el fuego de la deshecha tempestad á la ciudad de Gerona sita en el principado de Cataluña, donde se hallaba obispo Narciso, nombre que en nuestro idioma significa flor hermosísima; y conociendo el insigne prelado el temor que podrian causar en su grey los formidables estragos, y las inhumanas tiranías que los paganos causaban en el rebaño de Jesucristo, comenzó con nuevo ardor á alentar á su pueblo en estos términos: *Hijos carísimos, manteneos firmes en la fe sin temor de la presente persecucion, cuyo furor pasa tan breve, como se disuelve el humo, pues os asistirá el Señor con el auxilio de sus consuelos. Sabed, que ninguno será coronado, sino el que pelee cristianamente; y que es bienaventurado el que sufre con paciencia la tribulacion, porque cuando por ella sea probado, recibirá la corona que*

Dios tiene prometida à los que le aman. Tened entendido, que los padeceres ó pasiones del tiempo presente, no son dignos de la gloria futura que se nos ha de manifestar. No temais aquellos que solo pueden dar muerte al cuerpo, pero no al alma; temed mas bien al que puede condenarla al abismo.

Ocupado Narciso en semejantes exhortaciones propias de un pastor celosísimo, deseaba ofrecer el primero al Señor el sacrificio de su vida, para preceder à sus ovejas en el reino de Dios con la palma del martirio; pero cuando esperaba de momento en momento conseguir esta apetecida dicha, se le apareció Jesucristo, y le dijo: *Mantente fuerte carísimo, espera con paciencia la corona que te está preparada en mi reino, aguarda un poco hasta que se complete el número de almas que han de creer en mí por tu predicacion. Ve con tu diácono Felix à la ciudad llamada Agusta, allí entrarás en la casa de cierta muger prostituta dicha Áfra, donde lanzarás à un demonio que está en ella oculto; à quien mandarás que dé muerte à un dragon que existe en los Alpes Julianos: purificarás la casa con tus oraciones, bautizarás à las mugeres perdidas que allí habitan, consagrarás obispo à cierto Dionisio de los que conviertas: y hecho esto, volverás à este lugar à recibir la corona, que gozarás eternamente conmigo, y mis escogidos. Ve seguro, pues yo enviaré à uno de mis ángeles que te conduzca, te guarde, te defienda, y te reduzca hasta aquí sin lesion alguna.*

Dió Narciso parte à su amado pueblo de la revelacion divina, para que no tuviera su fuga por sospechosa en aquellas críticas circunstancias, que mas necesitaban las ovejas tener à su pastor à la vista. Comenzó à caminar con su diácono Felix por tierras desconocidas, y habiendo llegado à la ciudad de Agusta que estaba encendida con el fuego de la persecucion de Diocleciano, entró en casa de Afra, saludándola con la paz de Jesucristo. Fueron recibidos benignamente los estrangeros, bajo el concepto que su venida se dirigia à la torpeza, en que comerciaba aquella prostituta; pero viendo Afra que no trataban de cosa alguna lasciva, sino de alabanzas de Dios, llena de confusion, les dijo compungida: *Señores míos, sin duda habeis entrado aquí errados, pues esta casa es de inmundicia, y no conviene à vosotros que al parecer sois cristianos: puesto que la virtud de vuestra religion peligrá, donde continuamente se ejercita la impureza.* Oyó Narciso con su acostumbrada mansedumbre aquella reconvenccion, y la respondió en tono muy agradable: *Yo nunca hubiera entrado aquí, à no ser mandado por Jesucristo; cuya gracia no se mancha por vosotras, antes bien por ella conviene que seais limpias, para que seais glorificadas por vuestra conversion, y deis ejemplo à los demas pecadores.* ¿Cómo puedo yo ser glorificada, replicó Afra:

cuando he cometido tantas culpas cuasi como las arenas del mar, y las gotas de las lluvias; perdida no solo por el pecado de la fornicacion, sino por el de la idolatria? pues he estado desde mi infancia hasta ahora dedicada á Venus Diosa, á quien no puede dársele culto sino por la inmundicia. Nada es imposible á mi Señor Jesucristo, replicó Narciso: y manifestándole la eficacia de la gracia, que comenzó á hacer sus efectos en el corazon de Afra, y en los de toda su familia, despues que las instruyó en los principios de nuestra santa religion, administró el sacramento del bautismo á Afra, á su madre Hilaria, á Digna, Eunomia, y Europia criadas, y á Dionisio, que otros llaman Zózimo, lio de Afra, á quien ordenó obispo. Dedicó en Templo la casa de Hilaria, celebró en ella los divinos oficios todo el tiempo que se mantuvo en Augusta, y convirtió á la fe de Jesucristo á muchos gentiles á virtud de su predicacion, y de los maravillosos prodigios con que confirmó la verdad de su doctrina.

Supieron los paganos estas conquistas, y se quejaron al juez de la ciudad llamado Gayo, diciendole: ve, que un obispo de los cristianos llamado Narciso desterrado de su patria, vino prófugo á este pueblo, donde permanece en casa de Afra la cortesana, el cual pervierte á muchos, predicando á Cristo por su Dios. No oyó el juez con indiferencia la acusacion; y como discurria, que el mayor servicio que podia hacer á los emperadores, era el de proceder contra los cristianos, mandó á sus ministros que prendiesen á Narciso, obligándole á sacrificar á los Idolos, y de lo contrario le diesen muerte á fuerza de los mas esquisitos tormentos. Dirigiéronse los ministros á la casa de Afra á estraer al santo con su diácono Felix, para poner en ejecucion la injusta providencia; pero ocultándoles Afra bajo unas estopas de lino, burló la diligencia de los Emisarios.

Libre el santo prelado por este medio del furor de los Gentiles, se detuvo algun tiempo en Augusta, ejerciendo los oficios de su ministerio, y volviendo á Gerona, halló su iglesia mas alligida que al tiempo de su ausencia. Refirió á sus ovejas todos los sucesos maravillosos que obró en Augusta: por los que dieron sus ovejas á Dios las debidas gracias, elogiando á su infinita misericordia, que nunca quiere perezca el pecador, sino que se convierta y viva. Continuaba el santo en las funciones de su ministerio con aquel ardor, y con aquella exactitud, que era propia de su caracter; pero discurriendo los gentiles principales de Gerona, que si llegaba á entender el Gobernador de la provincia, que á la sazón era el bárbaro Daciano, los procedimientos del santo obispo, convertiria su furor contra todos los ciudadanos, y llevados de este caduco objeto, pensaron quitarle la vida. Temieron alguna sedicion en el pueblo, que amaba á su pastor cordialmente, y se valieron de asesinos, previniéndoles unos que espe-

rasen ocasion oportuna para darle muerte. Ejecutáronlo así estando en oracion el santo en la iglesia, preparándose para celebrar el santo sacrificio, á fuerza de tres mortales heridas que le dieron en la garganta, en el hombro, y en la cara, y logró por este medio la apetecida corona del martirio en el dia 18 de Marzo á principios del siglo IV; cuya dicha alcanzó poco despues su diácono Felix.

Dieron los fieles sepultura al venerable cadaver de su ilustre obispo en la iglesia de Gerona; pero habiéndose perdido la memoria de la estancia de aquel precioso tesoro, con motivo de las guerras continuas que ocurrieron en aquel país, ocupado tambien por los Arabes: se halló despues de muchos siglos integro, é incorrupto el cuerpo del Santo Prelado vestido de cilicio con un color natural, y las tres heridas dichas, como si estuvieran recientes, puesta la mano derecha en ademan de bendecir al pueblo: conforme hoy permanece depositado en un sepulcro magnífico, que el Señor quiso hacer célebre con los muchos milagros que se ha dignado obrar por la intercesion de su fidelísimo siervo, memorable entre ellos el siguiente:

Posesionóse de Sicilia el Rey don Pedro III de Aragon, por corresponderle á su muger hija de Manfredo legitimo soberano de aquella provincia. Tomó contra él las armas Carlos titulado Rey de Sicilia; y auxiliado este de Felipe de Francia, entraron en Cataluña con un poderoso ejército. Profanó la insolencia de los soldados los templos, las reliquias y los vasos sagrados; y causando iguales insultos en el sepulcro de San Narciso, no tardó la divina justicia en vengar la ofensa hecha á su respetable siervo. Salieron de su túmulo inmediatamente innumerables enjambres de moscas de color azul y verde con algunas listas rojas, con veneno tan activo, que á cuantos hombres y caballos mordian, espiraban al momento: siendo tan grande el estrago que hicieron en el ejército, que apenas quedó de él una tercera parte, que huyó precipitadamente á Francia temerosa de su muerte; cuyo estupendo prodigio sucedió en el mes de Septiembre del año 1286, segun consta en el libro intitulado, Crónica de los Reyes de Aragon, que se conserva en el archivo de Barcelona.

DIA XVIII.

El beato Salvador de Horta.

ADMIRABLE DIOS en sus santos, quiso serlo de muchos modos en el beato Salvador de Horta, cuya vida fue una serie continuada de prodigios: fueron sus padres unos labradores ricos de la parroquia de

Brñola perteneciente al obispado de Gerona en el principado de Cataluña; los que reducidos á una suma pobreza, se vieron en la indispensable necesidad de pasar al hospital de Santa Coloma de Fernel, no lejos de su labor, á curarse una enfermedad que les sobrevino; donde fue tal el porte pacífico, y el particular agradecimiento que manifestaron los honrados labradores en todo el tiempo de su curacion, que movieron á los jurados ó capitulares de Santa Coloma á suplicarles que se quedasen en la misma Casa de Misericordia para cuidar de los enfermos. Admitieron gustosos este partido en fuerza de su miseria, y fueron tan grandes los servicios que hicieron al Señor en aquel ministerio de caridad, que queriendo Dios remunerarlos, les concedió al beato Salvador fruto de sus bendiciones, en quien acreditó desde luego la divina providencia el particular cuidado que tenía de aquella dichosa alma, elegida para que manifestase al mundo una multitud de maravillosos portentos, capaces á enoblecere al soberano Autor, que se complace en hacer uso de su omnipotencia por medio de las mas humildes criaturas.

Criaron sus padres á Salvador en el mismo Hospital donde nació, y cuando tenia seis años poco mas ó menos le destinaron á que guardase unas ovejuelas. Llevólas á beber cierto dia á un canal que suministraba el agua á un molino arinero, y habiendo caido en el cubo inopinadamente, corrieron al instante á favorecer al niño unos hombres que estaban inmediatos; pero cuando creian que hubiese sucedido con él una fatal desgracia, le hallaron jugueteando sobre las aguas. Quedáronse admirados en vista de aquel prodigio, y tuvieron por cierto que el Señor le conservaba para cosas grandes, como lo acreditó la experiencia. Crecia Salvador en la virtud conforme iba creciendo en edad; y enamorado de la pobreza, y de la penitente vida de los religiosos de San Francisco, se encendió en vivísimos deseos de abrazar el seráfico instituto. Pidió el santo hábito con la mayor sumision en el convento de Santa María de Jesus de Barcelona, y persuadiéndose los Religiosos, que un hombre de aquel carácter daría mucho honor á la Religion, le admitieron gustosos para Fraile Lego, estado muy conforme á la inclinacion del Beato, que solo deseaba el emplearse en los oficios mas ínfimos y penosos, y santificarse en las humillaciones.

Ningun novicio entró en la religion con deseos mas eficaces de aspirar á la cumbre de la mas alta perfeccion que Salvador: su humildad, su obediencia, su austeridad, su devocion, su ingenioso estudio en la virtud, y sobre todo su inocente simplicidad, siempre acompañada de cierto aire de santidad que se dejaba ver en sus acciones y movimientos, llenaron de admiracion á los mas ancianos religiosos, que confirmándose en la idea que concibieron al tiempo de su admi-

sion, esperaban ver cumplido su vaticinio dentro de muy breve tiempo. Hizo Horta su solemne profesion, y viéndose ya ligado con los votos esenciales que prometió á Dios en aquel acto, todo su pensamiento, y toda su ocupacion en adelante fue fundar todo el lleno á la alta idea de perfeccion á que era llamado. No se entivió en el Beato aquel ardiente deseo de mortificarse que concibió cuando novicio: antes bien si cabe se aumentó en el discurso de su carrera religiosa; en fuerza de lo cual siempre anduvo descalzo dentro y fuera del convento, castigando su inocente carne con rigorosos cilicios, con sangrientas disciplinas, y con asombrosas penitencias; pero como estaba tan abrasado en el amor divino, que era el que le impelia á semejantes excesos, se valía del silencio de la noche para desahogar en el Templo sus amorosos afectos para con el Redentor del mundo, y para con su Santísima Madre, á quien profesaba una devocion singularisima.

Dióle la obediencia á un mismo tiempo los oficios de portero y limosnero; y fué tanta la liberalidad con que socorria á los pobres el caritativo lego, mirando en cada uno la imagen de Jesucristo, que se vió en la precision el guardian de mandar cerrar todas las oficinas del convento; receloso de que daría el Beato todas las provisiones que habia en ellas á los necesitados que se las pidiesen por amor de Dios. Súpose en Barcelona la providencia que tomó el prelado para contener los piadosos excesos de Salvador, y como todos lo amaban entrañablemente, le enviaban cargas enteras de pan para que pudiese socorrer á los pobres, creyendo que sus limosnas tendrian mayor mérito distribuidas por el siervo de Dios. Díjole un dia el guardian, que mirase que eran tambien los frailes pobres, á quienes debia socorrer primero que á los estraños, á lo que respondió el Beato con su acostumbrada sinceridad: Padre, á mí no me dan los bienhechores las limosnas para que las invierta en los que tienen con que mantenerse, sino para que las dé á los que no tienen: por tanto las distribuyo en los pobres, puesto que Dios tiene cuidado de los hijos de nuestro padre San Francisco segun su promesa, por lo que nunca he visto que se haya muerto de necesidad ningun fraile de los menores.

Quiso Dios manifestar con innumerables prodigios lo agradable que le era la ardiente caridad de su amado siervo, los cuales hicieron célebre su nombre en todo el reino de España, y en el de Francia. Concurrían á buscarle innumerables enfermos para que les curase de sus dolencias, y haciendo sobre ellos el Beato la señal de la cruz los sanaba milagrosamente. Parecia regular que venerasen los hermanos á un hombre tan portentoso, en quien brillaba el don espeoial de milagros visibles á cada paso, y á cada momento; pero como el Señor solicitaba acrisolar la eminente virtud de Salvador con las pruebas que acostumbra, permitió que la misma gracia que recomendaba su san-

tidad, sirviése de motivo para sus mayores persecuciones. Vino el provincial al convento de Horta donde vivia el Beato, y quejándose de él los religiosos, porque los inquietaba continuamente con la multitud de enfermos que venian en su busca para que les sanase de los males que padecian, pidieron al prelado que le echasen del convento. Oyó el provincial la delacion, y como si fuese delito el mérito, mandó á Salvador que digese la culpa en el capitulo. Tratóle de hombre alborotador é inquieto, y ordenó, que en adelante se le llamase Fray Alonso, para que fuese desconocido con la mutacion del nombre; pero no satisfecho con semejantes excesos, le previno, que marchase antes de amanecer al convento de Reus, donde habia un guardian de àspera condicion. Sufrió el siervo de Dios con inalterable paciencia todo aquel tropel de injurias, y retirándose á la Iglesia á dar al Señor gracias, y á despedirse de la santísima Virgen; se mantuvo en fervorosa oracion hasta la media noche, en cuya hora partió, para no ser visto, á cumplir la obediencia.

Llegó al convento de Reus, y como el guardian ya tenia noticia de los portentos del siervo de Dios, le dijo en tono muy desabrido: ¿Vienes á inquietar este convento, como lo has hecho en todos los que has estado? Leyó la carta del provincial en que mandaba que no le llamase alguno Fray Salvador, sino Fray Alonso, para desvanecer por este medio la concurrencia de los enfermos; y queriendo contribuir por su parte al mismo fin, le destinó á la cocina con precepto espreso de que allí rezase y orase, sin salir al público á hacer ningun milagro; y para que no anduviese ni aun por el convento, lo encerró en la misma oficina; ¿pero de qué sirven las prevenciones humanas cuando intentan oponerse á las divinas disposiciones? No pasó mucho tiempo de estar el Beato en la cocina, cuando se llegaron á la Iglesia, y á la porteria del convento un gran número de enfermos, así de la misma villa como de otras partes, clamando por el siervo de Dios para que les curase de sus dolencias. Creyó el guardian que en esto luyo el Beato alguna oculta inteligencia, y bajando á la cocina lo llenó de improperios. Sufrió Salvador la imprudente reprehension con un sumo silencio, sin hablar palabra en su defensa; pero creciendo las voces, y los clamores de los enfermos, se vió en la precision de salir á la Iglesia. Estaba ésta llena de cojos, tullidos, manecos, quebrados, etc. y mandándoles rezar la oracion del Padre Nuestro y Ave Maria, haciendo sobre ellos la señal de la cruz, sanaron todos perfectamente. Quedaron en el templo una multitud de muletas, de cintas, de vendas de las que usaban los enfermos; y cuando debiera el guardian conmovérse á veneracion á la vista de aquellas insignias, que acreditaban tanto número de portentos, prorumpió lleno de ira: aqui no ha venido este fraile sino á ensuciar el templo.

No fueron solas las persecuciones dichas las que sufrió el Beato: llegó la imprudencia de sus hermanos á delatarlo á la inquisición por sus portentosas maravillas, creyendo que estas nacian de otro principio que de la gracia especial con que quiso Dios recomendar la santidad de su siervo; pero como el santo tribunal procede con tanto pulso, y con tanta circunspección en los asuntos que le competen, conociendo que la causa que motivaba la acusacion era mas para recomendar su mérito, que para un recurso tan extraordinario; estuvo tan lejos de darle la mas leve reprehension, que todos los señores del santo oficio le suplicaron, que rogase por ellos á Dios, bien persuadidos del valimiento de sus poderosas oraciones. No cesaron por esto las persecuciones de los imprudentes religiosos; mas como Dios cuidaba de la defensa de su fiel siervo, quanto mas se empeñaban los hombres en perseguirlo, tanto mas hacia el Señor que resplandeciese su eminente santidad con maravillosos prodigios.

Vivia Salvador en Horta muy perseguido, y pasando cierta noche con algunos Religiosos devotos á una cueva donde solia retirarse á orar les dijo, que no moriria en su Provincia, puesto que no le querian sus hermanos, cuyo vaticinio no tardó mucho tiempo en cumplirse. Fuese á la Isla de Cerdeña con Fray Vicente Ferro comisario de aquella Provincia, y habiendo entrado en Caller á principios del mes de Noviembre del año 1565 se quedó á vivir en el Convento de Santa María de Jesus de su mismo orden. Comenzó á hacer uso del don especial de milagros que le concedió el Señor, y como los Sardos viesan tantos portentos, estimándole como á un hombre venido de los cielos para beneficiar á su region, le tributaron aquel honor, y aquella veneracion, que no pudo haber en Cataluña. Vivió algun tiempo el siervo de Dios en Cerdeña siendo el objeto de los mas altos elogios de toda la Isla; hasta que conociendo por la debilidad de su naturaleza que se llegaba el tiempo de pagar el tributo impuesto á los mortales, hizo esfuerzos extraordinarios para purificar su inocencia. Murió en fin con la muerte de los Santos en el dia 18 de Marzo del año 1567, reinando en España el Serenísimo Rey Felipe II, y se le dió sepultura en el espesado convento. Quiso Dios manifestar la gloria del Beato con innumerables prodigios, de los que hizo una informacion auténtica Don fray Francisco Gonzaga Arzobispo de Mantua, religioso que habia sido del orden de San Francisco, y presentada al Papa Sixto V, aprobó, y confirmó todo lo contenido en la misma sumaria en el dia 5 de Setiembre del año 1586, segundo de su pontificado. Nombró el Papa Clemente VIII Visitadores Apostólicos regulares para la Isla de Cerdeña, y noticiosos estos de los muchos milagros del siervo de Dios, dieron comision á fray Dimas Serpi varon de muchas prendas, para que hiciese justificacion de ellos, así en Caller, como en el prin-

cipado de Cataluña. Presentóse á este efecto al Obispo de Barcelona, que á la sazón era Don Alonso de Coloma, el que nombró á Don Francisco Olibon, para que acompañase á fray Dimas en la comision: formaron ambos el correspondiente proceso, en el que resultaron justificados plenamente muchos, y muy singulares milagros del Beato, los cuales mandó su Ilustrísima por decreto de 30 de Agosto del año 1600, que se publicasen, se leyesen, y se imprimiesen, si se considerase oportuno en todo su obispado, á fin de que constase á todos los portentos hechos por el siervo de Dios en el nombre de la Santa Cruz.

Con la informacion de los milagros del siervo de Dios, y con la justificacion de su culto inmemorial, se recurrió á Roma en solicitud de su beatificacion, y confirmada por la sagrada congregacion de Ritos en 15 de Setiembre de 1710 la sentencia del Eminentísimo Cardenal Clemente Vicario de la ciudad, en que declaró, que constaba de inmemorial el culto del beato exceptuado de los decretos de Urbano VIII, lo aprobó así el Papa Clemente XI en el dia 29 de Enero de 1711. Suplicó despues Fray Bernardino de Nicea, Procurador de todas las causas de beatificacion y canonizacion del orden de los menores á la sagrada congregacion, que concediese permiso para que se celebrase el officio del Beato con rito doble en el dia 18 de Marzo, que fue el de su dichoso tránsito; no solo en todo el orden, sino en la ciudad de Caller, donde se venera su cuerpo, en el lugar de la Santa Columba donde nació, y en Horta de donde tomó el sobrenombre por el mucho tiempo que moró en aquel Convento; y se concedió así por el Papa Benedicto XIII en el dia 15 de Julio del año 1724.

DIA XX.

San Martín Obispo de Braga.

SAN Martín uno de los hombres mas sabios de su época, á quien elogian los Escritores con el glorioso titulo de apóstol de los Suebos, nació en Panonia, de una familia muy distinguida en aquella Provincia por su calificada nobleza, pero mucho mas por sus cristianas virtudes. Criáronle sus padres segun las piadosas máximas de nuestra santa religion, y quedándose estas altamente impresas en el tierno corazon del niño, pudo decirse con verdad, que no tuvo de tal sino la inocencia. Descubrió un ingenio vivo, sólido y perspicaz, con unas grandes disposiciones para las ciencias, por lo que deseando sus padres cultivar sus extraordinarios talentos, le buscaron los mas hábiles pre-

ceptores para que le enseñasen bellas letras. Hicieronlo estos con mayor esmero, y como Martin juntaba con sus despejadas luces una aplicacion suma, se dejó ver en su juventud perfectamente instruido en toda clase de erudicion; sin que el estudio perjudicase á su devocion, á su pudor, ni á su modestia. Los conocimientos que adquirió en esta primera escuela, pudieron ser profundos; pero solo sirvieron para excitar en un jóven llamado á cosas grandes, el deseo de aumentarles en otras facultades, donde se consume el irgenio, y se fecunda el entendimiento con ideas mas sublimes. Reflexionó que en su patria no era fácil satisfacer su deseo, y como era tanta su ambicion por saber, resolvió pasar al Oriente, ya con el fin de visitar personalmente los santos lugares de Jerusalem, regados con la preciosa sangre de nuestro Redentor, y ya para continuar sus estudios en las universidades de la Grecia, donde llegaron las ciencias al mas alto grado de penetracion. Hizo este viaje con infalible anhelo, y habiendo satisfecho su devocion en la capital de Palestina, bebió en las célebres academias en el Oriente, de las fuentes originales la mas sana doctrina ortodoxa: adquirió noticia de toda la disciplina eclesiástica; y tuvo tan completa inteligencia de las letras griegas, que por esta causa no le han faltado escritores que le estimen griego de Nacion.

Enriquecido Martin con aquellos científicos conocimientos, solo pensó en dedicar sus talentos en el servicio de Dios, y en la utilidad de la Iglesia. Supo que los Suevos dueños por entonces del reino de Galicia, se hallaban infectos con la peste de la heregia arriana, pervertidos por cierto apóstata griego llamado Ajax, ó Ayaxo, que tuvo habilidad para engañarlos con sus discursos artificiosos; y encendido en los mas vivos deseos de reducir á aquellas miserables gentes al gremio de la iglesia católica, pasó del Oriente á España, y llegado á Galicia, á tiempo que los Emisarios del rey Teodomiro acababan de llegar de Francia, donde fueron á ofrecer á nombre de aquel Soberano sus votos, y sus oblacones al sepulcro de San Martin de Troux, para conseguir de Dios por la intercesion del Santo la salud del principe Mironio gravemente enfermo; cuyo beneficio logró con el contacto de una parte del báculo de aquel celebrísimo Prelado. Cuando estaban el rey y la corte llenos de admiracion á la vista de aquel milagro, elogiando la santidad y los poderosos méritos de los héroes que veneraban los católicos, se presentó en Braga Martin, que era el medio elegido por la divina Providencia para sacar del error arriano á los Suevos. Dieron noticia á Teodomiro de que se hallaba en la ciudad un estrangero hombre venerable en el aspecto, humilde en el traje, penitente en la vida, y santísimo en las costumbres, llamado Martin, como aquel otro por cuya intercesion habia conseguido el principe la salud milagrosamente: y como estaba tan reciente en el ánimo del

rey la memoria del santo obispo de Trous, luego que oyó su nombre concibió grandes deseos de ver al peregrino, que por las señas creia ser algun héroe digno de veneracion, y de respeto. Mandóle venir á su presencia, y á la primera vista (disponiéndolo así Dios) robaron el corazon del Monarca la dulzura, la afabilidad, la modestia, y la elocuencia graciosa del extranjero. El mismo efecto causó en todos los cortesanos, que reparando muy por menor en el porte, y en las modales de Martin, no cesaban de elogiar á un hombre, cuya vista respiraba santidad.

Era á la sazón obispo de Braga Lucrecio varon esclarecido en doctrina y en virtud, prelado verdaderamente católico, á quien no pudo inficionar el contagio de la heregia arriana. Conoció éste la impresion que habia hecho en el ánimo de todos el célebre extranjero, y despues que exploró á fondo la pureza de su fe, y su gran sabiduría, le rogó encarecidamente, que emplease sus talentos en la conversion de los Suevos al gremio de la iglesia católica. No necesitaba Martin de semejantes instancias, porque siendo éste el noble objeto que le condujo del Oriente á España, comenzó desde luego á predicar sobre el artículo dogmático, que era el punto cardinal de las reñidas controversias entre arrianos y católicos, las que inundaron de sangre al Oriente, y al Occidente. Probó la consubstancialidad del Verbo con el Padre con razones tan claras, y tan enérgicas: explicó al pueblo la igualdad de tres divinas Personas en una misma esencia con tanta precision, y con tanta limpieza: y demostró al mismo tiempo el error de los arrianos, y la impiedad de su secta en términos, que parecia que hablaba un ángel, y no un hombre por su boca. No pudiendo resistirse los Suevos á los concluyentes discursos de aquel celestial oráculo, que á manera de un torrente vertia una erudicion basta, y profunda en confirmacion del dogma católico: abjuraron la sacrilega blasfemia del heresiarca Arrio, y se convirtieron al gremio de la iglesia, siendo el rey Teodomiro, y los grandes de su corte los primeros que confesaron la consubstancialidad del Hijo con el Padre, para dar ejemplo al resto de la nacion.

A vista de un suceso tan feliz se encendió mas y mas el zelo del nuevo Apóstol, ya venerado de todos como un hombre bajado de los cielos; pero no satisfecho Martin con la conversion de la corte, continuó su predicacion por todas las ciudades, por todas las villas, y por todas las aldeas del reino; haciendo ver á todos la infalible verdad de la fe definida en el santo Concilio de Nicea contra la execrable impiedad del perverso Heresiarca, que vomitó el abismo para que rasgase la vestidura de Jesucristo, esto es, la unidad de su iglesia. Echó Dios su bendicion sobre los trabajos de su zeloso operario, y tuvo el consuelo de ver reducidas al gremio de la iglesia Católica todas aque-

llas gentes, separadas de ella por el dilatado tiempo de casi un siglo. Concluida esta gloriosa expedicion, que le mereció el honroso título de Apóstol de los Suevos, pensó Martin establecer en Braga el Instituto de San Benito, que por entonces ilustraba á todo el Occidente con su santidad, y con el crecido número de varones eminentes: todo con el fin de que contribuyesen sus alumnos á mantener el sagrado depósito de la fe en la misma pureza que la habia predicado contra las tentativas que pudieran hacer los Hereges. Habia edificado Teodomiro un templo cerca de Braga en honor de San Martin de Trous, en reconocimiento de la milagrosa salud que consiguió su hijo por la intercesion del Santo; y considerando Martin que aquella iglesia era muy á propósito para la ejecucion de su proyecto, suplicó al Rey que se la concediese, no ocultándole sus ideas. Hizoló Teodomiro con mucho gusto, y conseguida esta gracia, erigió en ella el célebre Monasterio de Dumio, en el que congregó los monges mas esclarecidos que pudo haber de otros monasterios, los cuales siguiendó en todo los pasos del Santo, que cargó con el gobierno de aquella ilustre comunidad, hicieron una vida ejemplarísima, siempre ocupados en alabanzas divinas, en oraciones fervorosas, y en los ejercicios de penitencia: de suerte que llegó á ser aquella célebre casa por la actividad, y por el zelo de su insigne Abad el objeto de la admiracion, y el asunto de los mas altos elogios de todo el reino de los Suevos.

Quiso el Rey Teodomiro dar á Martin mas superiores pruebas, que las que hasta entonces, de la grande estimacion que le profesaba, y para esto dispuso con anuencia del arzobispo de Braga, que se erigiese en iglesia catedral el monasterio de Dumio, de la que fuese obispo el venerable Abad. Sujetose éste á las disposiciones del monarca, no con otro fin que el de poder contribuir con mayor autoridad al bien comun de la iglesia, como lo acreditó desde luego; pues apenas se vió revestido con el carácter episcopal, persuadió á Lucrecio, que convocase como Metropolitano un Concilio Nacional en Braga para que en él se estableciesen los cánones que exigian las circunstancias del tiempo. Celebróse con efecto el sinodo en el año 561, y como el espíritu de los padres que concurrieron á él, no era otro que el de providenciar los medios de conservar la pureza de la fe: se anatematizaron en él la heregia de Arrio, con otras que afeaban la hermosura de la iglesia, y se confirmó la doctrina católica definida en los Concilios Generales. Tambien nos dicen algunos escritores, que se debió al infatigable zelo de Martin la celebracion de otro concilio que el mismo Lucrecio congregó en Lugo, en el que se condenó la heregia de Prisciliano, y se señalaron los terminos de los obispados.

Murió el arzobispo de Braga, y como en todo el reino de los Suevos no habia persona mas digna para ocupar la Silla primitiva de la

nacion que Martin, hubo poco que deliberar en la eleccion de sucesor del difunto Lucrecio, la cual se hizo en el obispo de Dumio por universal consentimiento del rey, y demas que debian concurrir con sus sufragios. Entonces fue cuando comenzaron á verse desde el mas alto candelero las eminentes virtudes del insigne Prelado, ocultas hasta entonces en el silencio del claustro, admiradas solo por los monges. Serian necesarios muchos volúmenes para referirlas individualmente; pero basta decir, que dió todo el lleno á los deberes de su alto ministerio. Luego que tomó posesion de aquella cátedra, manifestó su consumada prudencia en la decision de las causas que ocurrieron; su justicia en la distribucion de lo que por mérito, ó por derecho correspondia á cada uno; su integridad en la correccion de los delitos, al paso que su indulgencia con los verdaderamente arrepentidos; su ardiente caridad para con los pobres, á quienes tenia por verdaderos acreedores de todas sus rentas: todo esto sin perjuicio de la austeridad con que trataba á su cuerpo, y la de su puntualissima asistencia á los oficios divinos; sin que jamas faltase á las horas nocturnas, quedándose de rodillas en el coro despues que se concluian los maitines, esplicando con sollozos, con suspiros y con tiernas lágrimas, las amorosas conmociones, que causaba en su pecho el comercio que tenia con Dios por medio de sus fervorosas oraciones.

Exigian las cosas políticas del Estado, y las que se interesaban en materia de fe, y en el buen gobierno de la iglesia la celebracion de un concilio nacional; y como los deseos del santo Prelado no eran otros, que ocupar sus talentos en beneficio del público, le convocó en Braga en el año 572, segundo del rey Mironio sucesor de Teodomiro. Presidió en él Martin tanto por la autoridad de su silla primada, como por la eminencia de su doctrina, y se debieron á ella los decretos utilisimos, que se establecieron en aquella célebre asamblea, á continuacion de los cuales hallamos en los códices de este sínodo ochenta y dos cánones, sacados de los concilios orientales, traducidos de la lengua griega á la latina por el sabio prelado, que tuvo en aquel idioma un conocimiento perfectisimo.

Si fue infatigable el zelo del ilustre Arzobispo para conservar la pureza de la fe, y para establecer en las mejores reglas la disciplina eclesiástica, no fue menor en la reparacion de muchas iglesias destruidas, y en la ereccion de no pocos Monasterios, para que en ellos se tributasen al Señor las debidas alabanzas; pero todas estas laboriosas fatigas no le impidieron escribir varios tratados utilisimos, que nos dan idea de su basta erudicion, y de su grande sabiduria. Asi lo comprueba el gran número de cartas, que dirigió á diferentes varones científicos, llenas de aquel espíritu de Dios, que animaba todas sus acciones; cuyo volumen leyó con admiracion el Padre San Isidoro se-

gun testifica, y lo mismo el libro que escribió sobre la diferencia de las cuatro virtudes Cardinales, donde esplica los oficios propios de cada una, capaces de perfeccionar al hombre: llamado por Sisiberto Fórmula especial de la vida honesta, al que se agrega en la biblioteca de los Padres otro con el título de las Costumbres, en el que exhorta al lector á la fuga del vicio, y al amor de la virtud. Tambien compuso excelentes tratados sobre la humildad, sobre la soberbia, sobre la jactancia, y sobre el hábito de la ira, y sus efectos, enseñando el modo de mitigarla. Asimismo tradujo del idioma griego al latino muchas sentencias provechosísimas de los Padres de Egipto; y en el tiempo debido en que se debia celebrar la Pascua, compuso un escrito verdaderamente digno de su eminente sabiduria en la materia, de suerte, que al considerar toda esta multitud prodigiosa de admirables tratados, parece que Martin habia vivido en un sumo retiro, todo ocupado en meditar, en leer, y en escribir.

Finalmente debilitadas las fuerzas del ilustre Prelado al rigor de sus asombrosas mortificaciones, y de sus continuos trabajos, cayó en una grave enfermedad; y conociendo que se acercaba el fin, redoblando su fervor, y haciendo nuevos esfuerzos para purificar su inocencia, recibió los últimos sacramentos con aquella devocion, que era propia en su espíritu todo abrasado en el amor de Dios; y habiendo ordenado que se le pudiese sobre la arena, vestido de cilicio; asistido en los últimos instantes de la Santísima Virgen, y de San Martin de Trouis, murió tranquilamente entre los coros angélicos en el dia 20 de Marzo del año 588, mereciendo oír de la boca de Dios: *ven, ven, Siervo bueno, y fiel, y entra en los gozos del Señor*. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia del monasterio de Dumio, no obstante el decreto del concilio de Braga, al que asistió el Prelado; por el que se mandó, que ningun difunto se enterrase dentro de los templos, prueba la mas clara del alto concepto de santidad en que era tenido. Allí se mantuvo en grande veneracion hasta la irrupcion de los moros en España, con cuyo motivo estuvieron ocultas sus santas reliquias todo el tiempo que ocuparon los bárbaros aquella capital; pero habiéndose descubierto en el de 1591, las trasladó en el de 1606 el Ilustrísimo Señor Don Agustin de Castro Arzobispo de Braga á la capilla particular, y al magnifico sepulcro que mandó labrar en la misma iglesia, donde se le tributa el obsequio debido.

DIA XXIII.

El beato José Oriol, presbítero, doctor y confesor.

EL beato José Oriol, gloria del clero español y ornamento de la Iglesia, nació de padres pobres en Barcelona, á 25 de noviembre de 1650, en la parroquia de S. Pedro de las Puellas. Apenas contaba dos años de edad cuando murió su padre, y la madre pasó á segundas nupcias con un zapatero, varon no menos honrado que piadoso, quien se encargó de José con el cuidado mismo que si fuera su hijo propio.

A la edad de siete años fue admitido por monacillo en la iglesia de Santa Maria del Mar, empezando aquí á dar muestras de la santidad á que Dios le destinaba. No solo vivia separado de los juegos y diversiones pueriles, si que tambien con una modestia y seriedad superior á sus años servia á sus compañeros de estímulo. El tiempo que le quedaba libre lo empleaba en la oracion, pasando horas enteras postrado delante del Santísimo Sacramento.

Estaba estudiando la gramática cuando perdió el segundo padre, y con él el único apoyo con que pudiera contar para seguir los estudios; pero aquel Señor cuyos designios eran de formar en José un sacerdote segun su corazon, le deparó recursos en el amor que le tenían los presbíteros beneficiados de dicha iglesia de Santa Maria del Mar.

Mas adelantado en edad tuvo que dejar el servicio de la iglesia, y pasó á vivir en casa de su ama de leche, Catalina Bruguera, que le amaba estremadamente. Una casualidad empezó á manifestar en la angosta esfera de esta casa la virtud de José: Estábase un dia en la cocina, ayudando á su ama en algunas ocupaciones domésticas, cuando llegó el marido de Catalina: al verlos solos, contra su costumbre, concibió injustas sospechas, aunque no las manifestó. Conociólas el jóven sin embargo, inspirado sin duda de luz superior, y puso desde luego las manos en el fuego, que sacó ilesas despues de un largo rato. Viendo el marido dos prodigiós tan notables, el de su interior descubierta y el de las manos de José sin lesion del fuego, no solo se corrió de lo mal pensado, sino que reformó su vida de tal modo que no atendió ya sino en obrar cristianamente.

Su adelantamiento en los estudios fué á la par de su aplicacion y de su talento, aventajándose de manera que mereció la borla de doctor en sagrada teologia con general aplauso de sus condiscipulos y ca-

tedráticos, viendo condecorado al estudiante mas estimado que entonces frecuentaban las aulas.

Antes de graduarse habia recibido ya los órdenes menores, y en el mismo dia en que cumplió los veinte y seis años de su edad se ordenó de sacerdote, diciendo su primera misa en el año 1676, con semblante de ángel mas que hombre, en la precitada iglesia de Sta. Maria del Mar, la de sus primeros instructores y bienhechores, y la del primer noviciado de su santidad.

Con el deseo de ayudar y socorrer á su pobre madre aceptó la proposicion de entrar en calidad de ayo y preceptor de los niños en la distinguida casa de Gasneri, en cuyo desempeño se grangeó no solo la estimacion de los padres, sino aun la de los alumnos, siendo venerado en aquella casa como un hombre del cielo; y creció mas la veneracion desde el dia en que Dios le llamó milagrosamente á una vida mas austera y penitente. Era la mesa de los señores de Gasneri como de caballeros, esto es, copiosa y espléndida; quiso tomar José de un plato mas delicado que otros, y habiéndolo tanteado por tres veces consecutivas, otras tantas sintió una mano invisible que le retiraba el brazo á viva fuerza. Conociendo entonces lo que Dios queria de él, se retiró á su aposento, de donde no salió en adelante para la mesa de sus amos, y dió principio desde aquel instante á un riguroso ayuno, que no dejó hasta la muerte.

Perseveró el siervo de Dios en la casa de Gasneri hasta la muerte de su madre, acaecida en 1686; y apenas se vió libre de las obligaciones de hijo, las únicas que le habian dado motivo para entrar en dicha casa, pidió y obtuvo permiso de sus amos para cumplir los deseos que tenia de visitar la capital del mundo cristiano, partiendo á pie en traje de pobre peregrino y sin aparejo ninguno. Al salir las puertas de Barcelona entregó á un pobre todo el dinero que consigo llevaba y siguió hasta Roma pidiendo limosna. Que es lo que hizo en Roma, nada se ha podido averiguar; solo se sabe que informado el papa Inocencio XI de la vida ejemplar de José Oriol le confirió un beneficio de residencia en la iglesia del Pino de Barcelona.

Recibida la gracia pontificia regresó á su patria; y no queriendo por su conocido espíritu de pobreza tomar casa propia, como pudiera hacerlo con su renta eclesiástica, aceptó un cuarto debajo tejado que le ofreció de balde el cirujano Padrós para poder así atender á sus devociones y penitencias, sin que nadie le viera ni observára; aunque no le aprovechó esta cautela, porque quiso Dios por su gloria y por la de su siervo que muchas de sus acciones privadas se hiciesen públicas y patentes.

El verdadero camino de la oracion es difícil de conocerse; no obstante José Oriol llegó á ser maestro consumado en él, aprendiólo

de los Loyolas, Neris y Teresas de Jesus; y conforme á lo que estos santos enseñaron, sabía hallar objetos de meditacion en las criaturas todas del mundo. Pero paraba especialmente sus consideraciones en el divino Redentor, guia segura de toda virtud y ejemplar perfectísimo de la mas sublime santidad.

El amor de Dios y del prójimo fueron las guias perennes de toda su vida interior y exterior, de manera que nunca en toda su vida dió á nadie motivo de ofensa, de queja ó de sentimiento. Pero si en asuntos personales nadie le ganó en humillarse, en someterse y en despreciarse á sí mismo; tratándose de negocios de Dios no hubo quien le igualase en valor, en constancia, en intrepidez. Los desprecios, las chacotas, y los ultrages de hombres atrevidos no podian alterar su mansedumbre y tranquilidad, persuadido de que le trataban como merecia; mas tampoco se envanecia con las alabanzas que algunas veces se le prodigaban: podian decirle que era un santo, un apostol, un profeta; recogíase dentro de sí mismo, reconociendo su vileza, su ineficacia, su indignidad.

A esta profunda humildad reunia José Oriol una ciega obediencia á sus superiores; cuyos preceptos eran para él lo mismo que si lo mandára Dios. Prevenido en cierta ocasion el obispo, siniestramente informado, de que por la sobrada aspereza del siervo de Dios, iban enfermizos y desmedrados algunos de sus penitentes, le hizo repetir por su vicario una severa reprehension y le quitó las licencias de confesar. Muy dura orden fué esta, y fácil hubiese sido á José sincerarse ante su prelado; pero prefirió sufrir tan injusta humillacion con paciencia, esperando con santa resignacion á que el sucesor del obispo, el Ilmo. Sala, le hiciese justicia, devolviéndole las licencias y tomándole por su confesor.

La austeridad de su vida se revelaba en su rostro macilento, en su existencia delicada: él mismo por sí barria su habitacion y lavaba su ropa; y su traje aunque aseado, en verano y en invierno era siempre el mismo. Dormia las mas de las veces sentado en una silla y no mas de dos horas, que es cuanto le permitia una candelita encendida que tenia en la mano, para que con su calor le despertase: el resto de la noche lo destinaba á la oracion y á macerar su cuerpo con penitencias. Durante el dia sus desahogos y paseos eran enseñar el catecismo á los pobres, á los encarcelados, á los enfermos, y á cuantos por su estado y por sus particulares circunstancias eran dignos de su sollicitud, acabando siempre sus instrucciones con alguna limosna á fin de que le escucháran con gusto. Las fábricas, los presidios, los hospitales, y todos los asilos de la humanidad doliente le veian con frecuencia difundir en su seno las luces y los consuelos de la religion. El confesionario y el púlpito fueron el principal teatro de sus triunfos;

y á los que no querian ó no podian asistir, les salia al encuentro procurando ganar su corazon y su alma para Jesucristo. En suma, nada se escapaba á su zelo, nada á su caridad: cuantos necesitaban el auxilio de manos caritativas, lo hallaban en el venerable Oriol, el cual siempre estaba dispuesto á alargar las suyas mucho mas allá de lo que podia.

Un santo varon que con tanto empeño trabajaba en su propia santificación y en la de los otros, debia de tener necesariamente en su alma quien le diese vigor para mostrarse tan superior á su propia naturaleza: este oculto animador de su espíritu era su ardiente caridad; y tan vivos eran sus deseos y tan vehementes sus impulsos, que puesto una tarde como fuera de sí, se salió de Barcelona, camino de Francia, sin haber hecho preparativo alguno para su viaje, ni traer consigo dineros por haber dado en la puerta de la ciudad á los pobres los pocos con que habia salido. Quiso Dios que estuviesen paseando fuera de la ciudad dos beneficiados compañeros suyos, y como le viesen estos á manera de hombre enagenado, le llamaron y pararon; y habiendo oido que se iba á Jerusalem y de allí adonde Dios le llevase para convertir infieles y morir por la fe, procuraron y consiguieron disuadirle, diciéndole que debia volverse con ellos á Barcelona y allí deliberar con madurez un negocio de tanta importancia.

Si Oriol retrocedió de su corrida, no así de su santa vocacion; pues intrépido y valeroso volvió á emprender su viaje el dia 2 de abril de 1698, en traje de pobre peregrino, sin mas dinero ni equipaje que unos tres reales de vellon que distribuyó de limosna, segun su costumbre, al salir de Barcelona. Le acompañó en la primera jornada un mozo á quien quiso Dios por testigo de la primera accion milagrosa con que se dignó indicar ante los hombres la santidad de su siervo. En el meson de *Font-freda*, distante dos horas de la ciudad, comió el mozo á su satisfaccion, confiando en el dinero de Oriol; mas como éste tampoco lo tuviese, cortó inmediatamente un rábano á tajadas, y estas al punto se convirtieron en otros tantos reales cuantos fueron menester para pagar al mesonero.

Prosiguió el siervo de Dios su viaje siempre á pié y pidiendo limosna hasta Marsella, donde se detuvo para descansar un poco, sirviendo entre tanto á los enfermos de un hospital. Allí contrajo una enfermedad tan grave, que le puso en el último extremo de la vida.

Entonces se le apareció la Reina do los cielos, de la cual habia sido siempre devotísimo, y le mandó desde luego volver á Barcelona, restituyéndole repentinamente la salud y las fuerzas. Embarcóse para Cataluña, y apenas estuvieron en alta mar, cuando se levantó una tempestad tan furiosa que en breve se vieron en el último apuro. El patron angustiado corre en busca del siervo de Dios, y encontrándole

en la cámara que estaba rezando, le coge del brazo y le obliga á subir sobre la cubierta de la nave. Nuestro beato, al ver el mar tan embravecido, dióle la bendicion, y cedieron los vientos y las olas á la fuerza de su imperio con pasmo de todos los circunstantes. Pero no paró en esto el prodigio, pues quedándose allí mismo puesto en oración el siervo de Dios, se le vió elevar arrebatado á mucha altura, sin perder la perpendicular sobre el mismo barco; y cuando volvió de su éstasis volvió á bajar al mismo lugar de donde se habia levantado. A vista de estas maravillas, condonóle el patron del barco el pago del flete ajustado, pago que posteriormente se le exigió y satisfizo, obrando un segundo milagro. Hallábase en casa de una hija suya de confesion, cuando se le presentó el ingrato patron pidiendo el dinero que le habia condonado; mandó el beato sin replicar que se abriese un escritorio, en el que nunca se habia puesto dinero alguno y apareció dentro de él un doblon en oro, que era justamente el precio estipulado.

Sabido por la ciudad el arribo del siervo de Dios, fue universal el júbilo en toda clase de personas; y desde el día siguiente dió principio á su ministerio mostrándose al mundo con todo el resplandor de que rodea el Señor las virtudes de sus siervos. En efecto, la vida de José Oriol ya no debia ser mas que una continuada serie de prodigios obrados en virtud de la omnipotencia divina que se le comunicó como en premio de sus merecimientos. La capilla del santísimo Sacramento de Santa Maria del Pino fue testigo constante de innumerables milagros, por los cuales los enfermos sanaban de todas sus dolencias, con solo imponerles el siervo de Dios las manos despues de santiguarles con agua bendita. Y tantas fueron las curaciones milagrosas, todas plenamente justificadas en los procesos formados para su beatificacion, que de ellas solas pudieran formarse gruesos volúmenes. La única recompensa que á todos pedia era que observasen la ley de Dios, y que fuesen devotos de Maria.

Despues de cinco años empleados en el cotidiano trabajo de curar milagrosamente todo género de enfermedades, y de una existencia consumida por el fuego de la caridad, debia llegar, como llegó, el premio que da el Señor á sus escogidos. Destituido José de fuerzas por sus tan extraordinarias fatigas, y por su austerísima vida; como que en toda su vida casi no probó otro alimento que pan y agua, era ya un milagro manifesto que su cuerpo fatigado, débil y estropeado, que parecia un cadaver ambulante, pudiese manejarse.

Acometido por fin nuestro beato de una enfermedad mortal, predijo el día y la hora de su muerte, y empleó los días de su detencion en la cama consolando y enfervorizando en el amor de Dios á los que le asistian. Pero corriendo al instante de boca en boca el mal estado

de su salud; acudieron de todas partes al rededor de su casa los pobres y los enfermos que él habia sanado, y que lloraban la pérdida de su bienhechor, del taumaturgo barcelonés.

Los últimos instantes de su existencia fueron como lo habian sido los de toda su vida, los de un Santo. Confortado con los auxilios de la religion y alimentado con el pan de los ángeles, pidió que le cantasen en voz baja el *Stabat Mater* cuatro infantillos acompañados con el arpa; y el siervo de Dios estático como si ya se hallase en el Paraiso, dió suavemente su alma al Señor en la noche del 23 de marzo del año de 1702, teniendo cincuenta y uno de edad.

Al oír el clamoreo de las campanas, anunciando la muerte del Siervo de Dios, conmoviése toda la ciudad mas que si hubiera muerto un soberano; y tal fué el concurso de gentes que se agolpó al rededor de su féretro, que fué preciso poner guardias para evitar desgracias. Sus honores fúnebres fueron proporcionados á la fama de su santidad, siendo llevado procesionalmente y descubierto por espresa disposicion del obispo, con mas apariencias de triunfo que de entierro; y los oficios fueron tan suntuosos que no habia habido ejemplar de tanta magnificencia en la capital de Cataluña. Para darle sepultura fué preciso eludir la esperanza del pueblo de que no se le enterraria hasta el siguiente dia; y su sepulcro fué siempre glorioso, porque el Señor continuó en justificar por medio de repetidos milagros cuan agradables eran á sus ojos los méritos de su difunto siervo. No era aun colocado en los altares, sin embargo todos le invocaban así en las necesidades públicas como en las privadas, acreditando con su patrocinio la promesa que hizo de manifestar á los enfermos despues de su muerte el mismo amor con que los habia mirado en vida. La santidad de Pio VII despues de examinada detenidamente la vida, virtudes y milagros del que tan generalmente era ensalzado, espidió el decreto de su beatificacion el dia 15 de mayo de 1806, y el breve con la concesion de rezo y misa á la ciudad y diócesis de Barcelona á 5 de Setiembre del mismo año. El cuerpo ó sean sus huesos están en la iglesia parroquial de nuestra Señora de los Reyes llamada vulgarmente del Pino, de la misma capital, en un suntuoso altar dedicado al glorioso beato.

DIA XXVI.

San Braulio, Obispo de Zaragoza.

ENTRE los prelados sobresalientes en virtud y letras que ha tenido la Iglesia de España, uno ha sido el glorioso S. Braulio, obispo de Zara-

goza, y honor inmortal de aquella respetable silla. Hay quien le hace hermano de S. Hermenegildo y de Recaredo: hay quien le da la misma ascendencia que á los santos Leandro, Fulgencio, Isidoro, y Florentina; pero la verdad es, que se ignora quienes fuesen sus padres, y solo sabemos por S. Ildefonso, que fué hermano de su predecesor Juan, que tanto brilló en el mismo obispado. Desde sus tiernos años dió muestras de la capacidad que tenia su corazon para dar asiento á las virtudes, y del talento particular que prometia feliz acogimiento á las ciencias. Uno y otro cultivó nuestro jóven, bajo la direccion de escelentes maestros, cuales fueron su mismo hermano y el glorioso S. Isidoro, á quien oyó en compañía de S. Ildefonso.

En tal escuela se deja conocer los admirables progresos que haria un jóven que en nada se disipaba, y que se aprovechaba con un ardor insaciable de las lecciones de piedad y de los ejemplos con que las veía practicadas. Las sagradas letras, los cánones eclesiásticos, la disciplina, y los santos padres eran las fuentes cristalinas donde bebía aquella doctrina pura y sublime que se echa de ver en todas sus cartas, y con que ilustró despues á los monarcas y á los concilios. Pero no quiso que esta ciencia fuese seca y desalinada; sino que tuviese todos los adornos y atractivos que encantan á los menos cautos, y que logran á veces efectos maravillosos, que no consigue acaso el zelo, si carece de elocuencia. Por tanto, estudió los autores profanos, tuvo conocimiento de las lenguas mas necesarias, y no despreció el furor y entusiasmo de los poetas; antes bien de todo hizo un caudal que empleó despues con ganancias á beneficio de la iglesia y de su esposo Jesucristo. Los himnos que compuso en alabanza de los que vencieron al mundo, y aquella carta dirigida al papa, que tanto dió que admirar en Roma, son claros testimonios del alto grado en que poseyó este siervo de Dios las letras humanas y las sagradas ciencias.

Como á estos ornamentos añadía los de una virtud sólida, se hizo tan dulce y apetecible en el trato, y tan amable para todos, que se tenia por feliz el que disfrutaba su conversacion, ó aquel que lograba su correspondencia por cartas. Su mismo maestro, el gran S. Isidoro, le amaba con tal estremo, que para mitigar su ardor le escribia cartas amorosísimas y regaladas, y le enviaba donecillos. Aun siendo el Santo arcediano, le escribió una, en que le dice estas palabras: «Hijo mio carisimo, cuando recibas esta carta de tu amigo, no te detengas en abrazarla como si fuese él mismo en persona. Los que están ausentes no tienen otro consuelo que abrazar las cartas de su amado. Te he enviado un anillo y una capa: lo primero en señal de la union de nuestros corazones, y lo segundo para que cubra y resguarde nuestra amistad, que es lo que significó la antigüedad en el vocablo de que usan los latinos. Ruega á Dios por mí; y el Señor quiera mover-

te el corazón, de manera que merezca yo volver á verte otra vez, para que sea mi alegría viéndote tanta, como es el pesar que tengo desde que estás ausente.» Así significaba san Isidoro el encendido amor que tenia á S. Braulio, lo que prueba con claridad el grado de amabilidad á que este bendito Santo habia llegado por su ciencia é integridad de vida.

Conociéronlo bien sus superiores, y advirtiéndolo el tesoro que en el tenia la iglesia, determinaron honrarle con sus dignidades, bien satisfechos de que Braulio no las convertiria en motivo de vanidad y de soberbia, sino en la edificación y provecho de las almas. En efecto, su hermano quiso depositar sobre los hombros de Braulio una gran parte de la pesada carga que tenia siendo obispo; y así llamándole á Zaragoza le hizo arcediano de aquella iglesia, que es decir, le dió el oficio y cargo de mas cuidado y responsabilidad que tenia toda la diócesis. En este tiempo, deseando continuar su propia instruccion, y juntamente proporcionar á los fieles los escritos mas instructivos y piadosos, solicitó de su maestro S. Isidoro que escribiese los libros de las etimologías, obra, que como afirma el mismo S. Braulio, basta por si sola para formar el estudio de un hombre, y hacerle instruido tanto en las letras humanas, como en las divinas. Condescendió el santo Obispo á las suplicas de su discípulo, y así debe reconocerse deudora nuestra iglesia y el mundo todo de una obra tan preciosa, á las reiteradas instancias de Braulio, que no pudo resistir su maestro por el sumo amor que le tenia.

Tambien le dirigió, siendo arcediano, aquel antídoto admirable contra los trabajos y tribulaciones que se padecen en esta vida; esto es, la obra de los sinónimos, en que el santo arzobispo de Sevilla, introduce á la razon, dando los consejos que pueden tranquilizar sólidamente á un corazón agitado, y enseñando los medios seguros de conseguir la paz verdadera con que descansan las almas piadosas. De todo lo cual sacó nuestro Santo tan colmados frutos, que habiendo el Señor llamado á mejor vida á su hermano Juan, no se encontró sujeto mas digno de sucederle en la Silla de Zaragoza. Esta eleccion se refiere comunmente acompañada del prodigio de haber bajado del cielo un globo de fuego sobre la cabeza de San Braulio, á tiempo que en un concilio de Toledo se consultaba de dar sucesor á su hermano; oyéndose una voz que decia: *Este es mi siervo escogido sobre el cual puse mi espíritu*. Pero así este como otros sucesos maravillosos que refieren algunos modernos, carecen del apoyo de la antigüedad, por cuya causa se omiten, en la firme persuasion de que los hechos no se adivinan, ni se pueden saber sino por el testimonio de documentos fidedignos.

Sentado nuestro Santo en la Silla de Zaragoza comenzó á difundir

tanta luz de sabiduria y celestiales virtudes, que era la admiracion de los mas provectos, al tiempo que sus ejemplos se permitian imitar de los mas flacos. Fiel ejecutor de las reglas que prescribe S. Pablo á sus discípulos Tito y Timoteo, era sobrio, casto, humilde, prudente y caritativo, haciéndose todo para todos. Ofreciósele buena ocasion para manifestar todas estas virtudes luego que le consagraron obispo, porque inmediatamente se vió su diócesis afligida de la guerra, de la hambre, de la esterilidad, y de su compañera inseparable la peste. Sufria todos estos males con indecible paciencia, adorando la mano invisible que con ellos castigaba los escesos de los mortales. Pero al mismo tiempo cuidaba como solícito pastor de acudir á todas partes con remedio y consuelo, para que entre tantos males ni se descarriasen ni se perdiesen sus ovejas. Alentaba á los flacos, consolaba á los afligidos, ayudaba á los menesterosos, alimentaba á los hambrientos, y cual amoroso padre se hallaba á la cabecera de los enfermos y moribundos, dándoles fortaleza con sus exhortaciones, y confortando sus almas con dulces y piadosas palabras. Fallábase á si mismo por asistir á sus súbditos, siendo tanto el zelo y la caridad con que los asistia, que no le quedaba tiempo para escribir siquiera una carta á su amigo y maestro S. Isidoro.

Pero en medio de tantas borrascas y trabajos jamas desatendió el principal cuidado que era el de su propia santificacion, por los varios y dificiles medios que le ofrecian las circunstancias. Cuidó ante todas cosas de ejercitarse en la humildad como basa y fundamento de todo el espiritual edificio. Pocos obispos ha tenido España, que hayan logrado un concepto tan ventajoso, una admiracion tan universal, y unas alabanzas tan extraordinarias; y menos todavía los que con tanta justicia hayan merecido tales alabanzas, admiraciones y concepto. Sin embargo nada habia en la reputacion de Braulio mas despreciable que él mismo. *Siervo inútil de los santos de Dios*, era el nombre ordinario que usaba al firmar las cartas; y estaba tan persuadido á ello, que á un obispo que le escribió ensalzando sus prendas y merecimientos, parece que quiso persuadirle á lo contrario, segun la eficacia con que le habla de su poquedad é insuficiencia. Si alguna vez erró, confesó llana y sencillamente su yerro, implorando el perdon y condescendencia como se ve en una de sus cartas escrita al obispo Wilgildo en que confiesa haber hecho mal en ordenar de diacono á un monge súbdito de este prelado, y le ruega con las espresiones mas humildes que le perdone este esceso.

A la verdad, pedía con justicia, porque una de las principales virtudes en que este Santo resplandeció fue en el perdon de las injurias y en la mansedumbre y sufrimiento de las persecuciones y trabajos. Todo su obispado fue una serie continua de amargas. La reforma de

los abusos introducidos, el orden y severidad con que mantenía la disciplina eclesiástica, y el teson con que se oponía como muro fuerte á los desórdenes y relajaciones que traen consigo unos tiempos turbados con guerras y con heregias, le ocasionaron disgustos tan pesados, que nunca escribe á S. Isidoro, ni al rey Chindasvinto y Recesvinto, sin ponderar las angustias y amarguras en que estaba sumergida su alma. No obstante esto, nunca se queja de sugeto determinado; antes bien, siendo notorias las injurias que le escribió un cierto Tajón, presbítero, le responde con tal mansedumbre, con palabras tan llenas de caridad y dulzura, que manifiesta bien ser fiel discípulo de aquel que dió su sangre por los mismos que le crucificaron.

Ejercitado de este modo en sufrir las contradicciones del mundo buscando su consuelo en Dios y su tranquilidad en la oracion, en la meditación de las santas Escrituras y en el cuidado de su rebaño, salió excelente maestro para dar consolacion y enjugar las lágrimas de los que las vertían por las ocasiones más funestas. Consoló á su hermana Basila en la muerte de su marido: á Pomponia en las muertes de Basila y del bienaventurado Nonito, obispo de Gerona: á Hoyon y Eutrocia en la de Hugnan, grande amigo del Santo; y últimamente, á Ataulfo, Gundesvindo y Wistremiro, que estaban inconsolables por la muerte de estas prendas muy amadas. Y esto lo hacía con tanta ternura y piedad, que la carta que escribió á Wistremiro comienza con estas notables palabras: «Sin embargo de que no es consolador oportuno aquel que por sus propias penas está sumergido en llanto; con todo eso, quisiera yo solo padecer tu dolor y el mio, á trueque de poder oír la gustosa nueva de que vivías consolado.» Que es lo mismo que desear cargar con los trabajos y adversidades de sus prójimos, por tener la dulce satisfaccion de que la caridad para con ellos había llegado al mas sublime grado.

Dos cosas le llenaban el corazón de esta tranquilidad admirable y de una superioridad decidida sobre sus angustias y las ajenas. Una era el ejercicio de la oracion, en que recibía del cielo no solamente consolaciones espirituales superiores á todo el rigor y amargura con que atormentan los trabajos del mundo; sino las luces suficientes para dar salida á los negocios mas arduos, y consejos sólidos y acertados á los que se hallaban en ocasion de necesitarlos. Otra era la santa compañía de un varon tan sabio y tan piadoso como lo era su discípulo el arcediano Eugenio, quien fastidiado de los engaños de la corte se había retirado á hacer vida monacal en Zaragoza, dejándole á Toledo la inquietud de sus cortesanos, sus engaños y sus perfidias. Así lo confesó el mismo Santo en la carta primera que escribió al rey Chindasvinto, con ocasion de llamar este soberano al referido Eugenio para que presidiese en la silla de Toledo. Este golpe le llenó el corazón

de tanta amargura, que no dejó diligencia por hacer para que el soberano se apiadase de la tristeza en que le sumergiria esta separacion. Ponderó su incapacidad en el ministerio de la palabra, sus quebrantadas fuerzas, las muchas turbaciones que padecía su diócesis, la necesidad que tenia de su arcediano para conservar la grey del Señor segura de los acometimientos con que pretendian ensangrentarse en ella voraces y carniceros lobos, y últimamente le representó que estaba casi ciego, y que quitándole á Eugenio le robaban la mitad de su alma.

El piadoso rey respondió cortesmente á su carta, ponderando su erudicion, su sabiduría, su elocuencia, y concluyendo con que Zaragoza estaba bien provista de pastor con su persona, y que la Iglesia de Toledo tenia justicia para pretender otro tanto en la de Eugenio. Que reconociese aquella eleccion como dirigida por el Espiritu Santo, y esperase que el justo Juez premiaria en el maestro la doctrina y santas virtudes con que habia sabido enriquecer á su discípulo, haciéndole digno de gobernar la primera silla de España. No pudo Braulio resistirse á razones tan poderosas, que iban ademas revestidas de toda la autoridad y poder que las daba el haber sido dictadas desde el trono; y así envió á Eugenio con tanto dolor de su alma, que se atrevió á pronosticar que seria otra vez restituído á la iglesia de Zaragoza. Pero la divina Providencia tenia dispuesto que Eugenio presidiese en la silla de Toledo, como se verificó siendo consagrado metropolitano en el año de 646, y quedando Braulio cubierto de amargura, aunque en todo resignado y conforme con las disposiciones divinas.

A proporeion de sus virtudes brillaba su sabiduría. La primera ocasion en que se dejó ver con admiracion de toda España fué el concilio IV de Toledo. Ya la fama habia publicado que era digno discípulo de S. Isidoro; pero en este concilio se le ofrecieron ocasiones de testificar que las voces con que se habia estendido y celebrado su doctrina eran todavia muy inferiores á la verdad. En cuantos puntos se trataron habló como un oráculo, pues consta que muy de antemano se preparó con un estudio activo y prolijo de cuanto en el concilio se habia de resolver; y á este fin suplicó á su maestro que intercediese con el rey para que le remitiese el códice de las actas del concilio que tuvo en Sevilla S. Isidoro. Es de creer tambien, que hallándose este Santo sumamente debil, fagigado y enfermo, cargaria todo el peso del Concilio sobre San Braulio y de consiguiente que tendria este mucha parte en la disposicion de las actas y en la formacion de los cánones, ya porque su ciencia lo hacia mirar con respeto, y ya por aliviar de este modo á su amado maestro, que no tenia ya fuerzas para semejante trabajo.

Estando en este concilio, le encargó S. Isidoro que corrigiese y perfeccionase la obra de las Etimologías que poco antes le habia dirigido, bien satisfecho del Santo, ya por su sabiduría, y ya porque á instancias suyas habia compuesto la obra. En efecto, San Braulio descendió con las insinuaciones de su maestro, dividiendo el código en veinte libros, y purgándole de muchos defectos con que le habian corrompido los copiantes. El trabajo que empleó en esta correccion fué sin duda muy considerable, porque además de ser la obra de mucha erudicion y doctrina, tuvo S. Braulio por entonces el ánimo ocupado de amarguissimos sentimientos. Causáronlos las muertes de algunas personas amadas del Santo que ilustraban la Iglesia con sus virtudes, y eran un vivo ejemplar de perfeccion para los fieles. Tales fueron entre otros el marido de Basila, hermana suya, la misma Basila, Nonito, obispo de Gerona; y lo que es mas que todo, el mismo San Isidoro, á quien amaba como á amigo, respetaba como á maestro, y veneraba como á santo.

Desde este tiempo comenzó Braulio á ser el único apoyo y oráculo de los concilios, y el astro brillante con que se iluminaban todos los obispos de España para dar acertadas resoluciones en los casos arduos que se les ofrecian. Poco despues de la muerte de S. Isidoro se juntó en Toledo el concilio quinto en el año de 636, en el cual se presentó nuestro Santo como un sol que despedia resplandores para la ilustracion de todas las iglesias de España. Todos los padres reconocian la superioridad de sus luces, y así ponian en sus manos las determinaciones seguros del acierto. Á él se le deben los sábios cánones y decretos con que se afirma el dogma y se corrobora la disciplina, por lo cual San Ildefonso le elogió llamandole *esclarecido é ilustre en la formacion de los cánones*, como atribuyéndole los que en este concilio y el siguiente se establecieron. Este fué el sexto Toledano famoso, porque en sus cánones se hace una sólida refutacion de cuantas herejías se habian condenado hasta aquel tiempo; y porque además se vindicó el honor de los obispos de España, falsamente calumniados en Roma de poco vigilantes en su ministerio.

Esta vindicacion la hizo S. Braulio comisionado por todo el concilio, como sugeto en quien con la doctrina se juntaba la amenidad de las bellas letras, y el arte de hacer prevalecer la verdad, presentándola con todos los atractivos de la elocuencia. Al juntarse en el concilio recibieron los padres una carta del papa Honorio, remitida por el diácono Turnino, en que los argüia ásperamente de no cumplir exactamente con su ministerio, resistiendo con esfuerzo y valor á los enemigos de la fe. Por tanto, temia no se cumpliese en ellos aquella sentencia que de fieles custodias de la grey de Jesucristo, los condenaba por unos perros mudos, que no tenian ánimo para ladrar

siquiera contra los lobos carnívoros. Sintieron los padres una reprobación tan severa del pastor de la Iglesia universal; y fué tanto mayor su sentimiento, cuanto estaban mas seguros en su conciencia de haber cumplido exactamente con su cargo, condenando los errores, oponiéndose vigorosamente á las novedades, y llenando completamente las obligaciones de obispos vigilantes y zelosos. Su mucha virtud no pudo hacerse desentendida de los perjuicios que trae consigo una calumnia cuando llega á encontrar abrigo en el pecho de un superior. Determinaron, pues, prevenir las funestas consecuencias, desengañando al santo Padre de las falsedades que le habian sugerido; y para este efecto le remitieron copia de las actas de los concilios anteriores, juntamente con una carta escrita por S. Braulio, de la cual dice el arzobispo D. Rodrigo, que causó grande admiración en Roma por la hermosura de su estilo y la gravedad de sus sentencias. En ella le hace ver al pontífice el zelo y esmero con que tanto el rey Chintila como los obispos de la península cuidaban de mantener en toda su pureza la doctrina de Jesucristo. Se hace cargo de que es propio de su oficio pastoral dirigir semejantes avisos á todas las iglesias; pero al mismo tiempo que lo es tambien no dar fácil entrada, ni creer con precipitación las delaciones que se hacen contra un cuerpo de obispos tan respetable. Le propone el ejemplo de esta cautela en ellos mismos, quienes, aunque habian oido decir que el romano pontífice permitia volver á sus ritos supersticiosos á los judios que habian recibido el bautismo, de ninguna manera habian dado asenso á semejante nueva, suponiéndola muy ajena de la firmeza y santidad de aquella piedra sobre que Cristo habia fundado su Iglesia. Y últimamente le ruega que ayude con sus oraciones, para que el Señor proteja la salud y buenos propósitos, tanto del rey piadoso, como de unos obispos que de acuerdo con él velaban sobre el depósito de la fé.

No brillaba menos su portentosa sabiduría fuera de los concilios, y así recurrían á Braulio los obispos, los Reyes, Presbíteros y todo género de personas, como á una fuente de doctrina y de prudencia en donde hallaban la solución de sus dudas, y consejos acertados en los negocios mas arduos y difíciles. Luego que Eugenio fué promovido al arzobispado de Toledo, se halló embarazado con algunos casos de tan difícil solución, que no se atravió á resolverlos por sí mismo, sino que pidió á nuestro Santo le aconsejase lo que debia hacer, contemplando que de su doctrina no se podia esperar otra cosa que el acierto. Habia encontrado un presbítero fingido que ejercia las funciones del sacerdocio sin haber recibido realmente este orden sagrado. Halló algunos diáconos que acostumbraban administrar el sacramento de la confirmación; y últimamente halló presbíteros, que no contentos con confirmar, se atrevían á consagrar el óleo y bálsamo para la confir-

macion. Sin embargo de los muchos cuidados, tristezas y amarguras que por entonces le oprimian, responde á todo con gran copia de doctrina, rogando al mismo tiempo á Eugenio humildemente, que si hallaba algun defecto en sus respuestas, le corrigiese y le avisase para corregirle él mismo.

La grande obra de asegurar la tranquilidad del reino, haciendo que á Chindasvinto sucediese Recesvinto en la corona, fué tambien fruto de la sabiduría y alta consideracion que Braulio tenia en todas las jerarquías de la nacion, y en la estimacion del mismo rey. Se habian experimentado varias turbaciones y excesos en las elecciones de monarca. Con prevision de la muerte de Chindasvinto se iban ya fomentando facciones por personas tumultuarias y ambiciosas, que aspiraban al trono por medio de la tiranía. Los españoles fieles y sensatos previeron que costarian mucha guerra y sangre semejantes turbulentas intenciones; y así procuraron poner en tiempo el remedio á los males que amenazaban, solicitando que Chindasvinto, no solamente declarase á su hijo heredero de la corona, sino que le asociase en el reino, dándole el título y potestad de rey antes de su muerte. Pero un negocio tan arduo necesitaba para tratarse y conseguirse de una mano maestra, que supiese manejar todos los medios de la prudencia, de la política y de la razon. Pusiéronlo todo en las de Braulio, de cuya sabiduría, autoridad y santidad no dudaron que haria el rey todo el aprecio que esperaban. En efecto, escribió el santo obispo á Chindasvinto una carta en que despues de representarle el amor y fidelidad de sus vasallos, las calamidades y turbaciones á que quedarían espuestos si no se prevenian oportunamente los artificios de la ambicion, llega á proponerle temeroso y esperanzado el medio que los españoles deseaban. El efecto de esta carta fué nombrar á Recesvinto sucesor del reino, y rey juntamente con Chindasvinto mientras á éste le durase la vida.

Despues que Recesvinto subió al trono, encargó á S. Braulio la correccion de un código que estaba tan falto y mendoso, que aseguró el Santo que le hubiera sido de menos trabajo el escribirle de nuevo. Por tanto, despues de haber hecho algunas correcciones, se le volvió al rey, alegando que sus muchos años, sus enfermedades, la falta de vista, y las amarguras que le hacian padecer los espíritus discolos é inquietos, le hacian tardar demasiado, y casi desconfiar de la conclusion de la obra. Pero el piadoso monarca, conociendo cuanto valia el trabajo de un varon tan consumado en letras y virtudes, no quiso desistir de su empeño. Consolóle en sus trabajos; alentóle con la esperanza de que el Señor, por cuya causa trabajaba, le infundiria nuevo vigor y nuevas fuerzas; y últimamente, que solamente de su elocuencia y sabiduría esperaba la conclusion de aquella obra. Cedió el

santo á las honoríficas y piadosas insinuaciones del monarca, y concluyó la obra, remitiéndola con las humildes espresiones de que «si algun yerro se encontraba en ella, debia atribuirse á la cortedad de sus luces; y por el contrario, todos los aciertos debian atribuirse á la gracia particular de aquel Señor que habia sabido desatar la lengua del animal mas rudo para que hablase cuando convenia.»

Unos trabajos tan pesados y tan continuos; las inquietudes y detracciones que le hicieron padecer los enemigos de la virtud; el zelo y vigilancia con que miraba la salvacion de sus ovejas, y las muchas enfermedades que padeció, pusieron término á su preciosa vida, cuyo fin le obligaban á mirar con gusto las amarguras con que la pasaba, como afirma en la primera carta que escribió á Chindasvinto. Sucedió su muerte por los años del Señor de 651; siendo llorada de todos los buenos que conocian que en S. Braulio habia perdido la iglesia de España un ministro fiel, un obispo zeloso, un doctor sapientísimo, un padre amoroso y un sacerdote santo. Su venerable cuerpo fué sepultado en la iglesia de Sta. María la mayor, que hoy se llama del Pilar, en donde por la miseria de los tiempos siguientes llegó á estar sin veneracion y desconocido por mas de seiscientos años. Pero Dios que quiere sean veneradas las reliquias ó sagrados despojos de sus siervos, reveló al obispo D. Pedro Garces de Januas el sitio donde reposaban las del Santo, desde donde con grande veneracion fueron trasladadas al altar mayor de la iglesia del Pilar, en donde los fieles las veneran. Escribió la vida de S. Millan; un índice de las obras de su maestro S. Isidoro; la vida de los santos mártires Vicente, Sabina y Cristeta; y muchas epístolas llenas de uncion y sabiduría, que son un depósito de instruccion para los fieles, y un testimonio de los grandes trabajos que padeció S. Braulio por el amor de Jesucristo y de su esposa la iglesia.

DIA XXXI.

San Pedro, Soldado y Ermitaño

AUNQUE no consta por que tiempo floreció este santo confesor español, podemos reducir su nacimiento á los últimos tiempos de la dominacion de los Godos, ya cuando los moros estaban para apoderarse de España, hácia los fines del siglo VII. De sus actas consta que nació en aquella parte de España, que riega el Betis. Por lo cual con fundamento creen algunos que su patria pertenecia al reino de Cór-

doña, porque el Betis es río mas propiamente de Córdoba, que de otra provincia. Sus padres fueron católicos, gente hidalga y rica. Educaron en el temor de Dios y en las letras á este hijo, cuyas inclinaciones y obras mostraban haber nacido para el cielo mas que para el mundo. Entre los regalos de la casa de su padre y los riesgos de la carrera militar á que lo destinaron, se conservó sin mancha, velando y andando siempre con temor ¡ay si caeré! Considerábase en tierra de enemigos, trataba las cosas del mundo como el que camina sobre ascuas. Por el oficio de tribuno que sirvió en la milicia, vestia ropas preciosas; en lo interior miraba estos atavíos como lo que son, como prueba de nuestra gran miseria, y efecto del pecado. Era benigno sobre manera, á los pobres trataba con grande amor, ardia en zelo de la gloria de Dios, era larguísimo en gastar de lo suyo, y alentar á otros á que gastasen en sacar almas de pecado. Su ordinario ejercicio era meditar la sagrada pasion de nuestro Señor. De la virginidad era amantísimo, la cual guardó hasta el fin de su vida, logrando en esto un triunfo muy señalado. El caso fué que habiendo tratado sus padres de casarlo con una doncella igual á él en calidad y riqueza, el Santo por no darles pesar, ó porque era llamado de Dios á otra mayor victoria, consintió que la boda se tratase, y la noche del desposorio, encomendando al Señor á la santa doncella su esposa, como otro Alejo, desnudo de los bienes de la tierra, rico de los del cielo, desamparó la casa de su padre, y por sendas desconocidas peregrinando llegó á la ciudad de Bauco en el estado eclesiástico junto á Sora, que es el reino de Nápoles. Cerca de allí escogió para su habitacion una cueva oscura, donde vivió en carne vida de ángel. Dormía sobre el duro suelo; muchas veces descansaba de dia por padecer la intemperie de la noche; era gran velador, oraba mucho; su ropa cual fuese, ya se deja entender. Ceñia con hierros los brazos y pantorrillas, el saco militar era de cadenillas de hierro que le servian de molestia y de carga, y le dejaron abierta una llaga que le cubria todo el cuerpo. Estas nuevas trazas inventaba el soldado de Cristo para tratar su carne como lo que ella es, como esclava del espíritu. Nunca jamás encendió lumbre ni aun en invierno, con ser aquel sitio muy destemplado. Su ordinario alimento era yerba y bellota; de noche bajaba á beber al río que va por junto á Bauco.

No quiso Dios que la gloria de su siervo estuviese escondida. Por toda aquella tierra se fué derramando el buen olor de su santidad y la fama de las maravillas que obraba: especialmente en una hambre general que padecieron aquellos pueblos, era Pedro el remedio y consuelo de todos. Entre otras cosas se cuenta que una buena muger á quien el Santo pidió de limosna un pedazo de pan, como se excusase por temor de que le faltaria á ella lo necesario para su sustento, ins-

tada por el Santo fué á una arca que tenia vacía, y la encontró llena de pan como la leche blanco y muy tierno.

Después de este prodigio huyó nuevamente Pedro á su morada, donde vivió todavía algun tiempo, subiendo de cada dia á mayor perfeccion. En su rostro alegre y pacífico se traslucia la hermosura de su alma especialmente cuando servia algun enfermo, ejercicio que amaba mucho. Llegado el dia de su muerte se postró contra el suelo, y dió gracias á nuestro Señor; luego clavó los ojos en el cielo, y en esta postura entregó á Dios su espíritu. Los milagros que después de muerto Pedro obró Dios por su intercesion, no lo cuenta el autor de su vida, aunque dicen fueron muchos, y que de todos ellos se habia hecho proceso. Solo dice que de todo aquel contorno acudió mucha gente á la fama de su virtud, y que el admirable resplandor que salia de su rostro no parecia de hombre muerto sino de santo glorioso, en tanto grado, que muchos estando mirándolo fueron llamados de Dios á penitencia. Hubo un hipócrita que afectando piedad quiso llegar á besarle la mano, la cual retiró el sagrado cadáver, quedando aquel mal hombre espantado y trocado su corazon de malo en bueno.

Las reliquias de S. Pedro se conservan en la iglesia de Bauco, ó en otra propia junto al monte donde vivió. Los naturales de aquella tierra lo veneran como á su especial protector.

DIA I.^o DE ABRIL.

San Tesifont obispo y mártir.

PARA escusar una molesta repeticion de las mismas actas que son comunes á san Tesifont ó Tesifonte, y á sus seis ilustres compañeros Torcuato, Cecilio, Isicio, Indalecio, Segundo, y Eufrasio, remilimos al lector al dia 15 de Mayo, donde podrá informarse del caracter de estos siete célebres obispos, que enviaron á España los principes del colegio apostólico, con el noble objeto de predicar en ella las infalibles verdades del santo evangelio á los idólatras nacionales, que vivian por entonces envueltos en las miserables sombras de la muerte.

Llegaron juntos los siete gefes apostólicos á Guadix, y quedándose Torcuato por obispo de aquella iglesia, se esparcieron los demas por diferentes pueblos de la Península á ejercer el designio de su mision. Presentose Tesifont en Vergi antigua ciudad de la Bética ó Andalucia, por la que se entiende hoy Berja entre Bonol y Adra, donde halló un dilatado campo que cultivar en la multitud de gentiles preocupados

con las ridiculas supersticiones del paganismo. Sintió el Santo en el alma la desgraciada constitucion de aquellas gentes infelices, y como se ballaba dotado de unos talentos extraordinarios, y poseia una basta erudicion, lleno de aquel valor, y aquel espíritu que realiza el caracter de los varones apostólicos, comenzó el ministerio de su predicacion, haciendo ver á los infieles la vanidad de los falsos dioses, á quienes tributaban culto en los simulacros de las estatuas, y la necesidad de la idolatria; manifestándoles al mismo tiempo la divinidad del verdadero Dios Criador del cielo y de la tierra, la equidad y la justicia de su santa ley; por lo que convirtió en muy breve tiempo á Jesucristo gran número de infieles desengañados con la luz de su celestial doctrina. Mucho contribuyó para dar mas eficacia á la predicacion del nuevo apóstol la afabilidad, la dulzura, y la inalterable paciencia con que trataba á todos cuantos le oian; y sobre todo la confirmacion de su doctrina con portentosos milagros; cuyo don con el de lenguas, el de profecia, y otros especiales concedió el Señor en los principios del establecimiento de la iglesia á los varones Apostólicos que se interesaron en la conversion de un mundo idólatra, para que no dudasen de la verdad de la religion que predicaban, ni de la Divinidad de su autor.

Unos sucesos tan prósperos encendieron mas el celo de Tesifont, y no satisfecho con las conquistas que hizo en Vergi, predicó en Baza (segun nos dicen varios Escritores) llamada antiguamente hasta cabeza de los pueblos Bastenzos, y en Huescar, ambas Ciudades del Reino de Granada; acreditando el copioso fruto que dió al Cielo este operario del Padre de familias, la actividad, y el ardor con que desterró la idolatria de aquellos naturales, á quienes redujo al conocimiento del verdadero Dios á espensas de los infatigables trabajos, de las incessantes tareas, que son mas fáciles para entregarlas á la meditacion, que para darlas á la pluma.

Tambien opinan algunos que fue el primer Obispo de Baza, donde predicó la fe de Jesucristo, cuya cátedra se halla hoy unida á la de Guadix; pero aunque no negamos que se ejerciese su mision en aquella ciudad, y que en ella crease prelado que cuidase de su iglesia; es lo cierto, que en favor de haber sido su primera silla en Vergi, obra el martirologio romano que asi lo señala, la opinion comun de los escritores, y la tradicion constante, que es apoyo decisivo en semejantes materias dudosas llenas de oscuridad; no estraña en un reino que ha sufrido tantas invasiones de enemigos ambiciosos de su fertil terreno, en cuyas violentas irrupciones perecieron los monumentos justificativos de los gloriosos hechos de muchos varones ilustres, que florecieron en los primeros siglos de la Iglesia, y se destruyeron con sus sangrientas guerras no pocas ciudades, con lo que se extinguieron sus

nombres: viéndose por lo mismo los que se han interesado en el descubrimiento de las actas de aquellos, en la indispensable precision de recurrir á la tradicion constante de los pueblos, donde no se ha interrumpido el culto de los mismos héroes; rastreando por este medio, y el de otras muchas diligencias la situacion que tuvieron las poblaciones antiguas en la que han sucedido otras nuevas, ó en sitios inmediatos al que tuvieron aquellas. Bastaba lo dicho para comprobacion de haber sido Vergi la primera iglesia de este ilustre prelado; pero lo que mas lo confirma es el maravilloso prodigio continuado en tantos siglos hasta el dia, de no verse pájaro alguno que causase daño en la vega del mismo pueblo, que llaman Cartela; lo que creen los naturales debido á la proteccion del Santo Tesifont, á quien propusieron los idólatras que abrazarian la fe que predicaba, siempre que obra-se el milagro de auventar de aquella vega la multitud de aves que se comian los frutos, lo que hizo el ilustre prelado en confirmacion de su doctrina; viéndose hasta el dia con particular admiracion, que pasan los pájaros por cima del terreno sin tocar los frutos como si tuvieran conocimiento; con la particularidad de que si alguno coge algun grano, muere con él al instante, de lo que se han hecho en diferentes tiempos varias informaciones por la justicia secular y eclesiástica para perpetua memoria de un portento tan extraordinario.

Asimismo se dice, que predicó el Santo en Adra, llamada antiguamente Addera, en cuyas murallas existe una piedra de alabastro junto á la puerta del mar, en la que se ven estampados los pies del varon Apostólico, y algunas señales de los golpes que dió en ella con su báculo; cuyo monumento permanece en el lugar dicho sin duda por disposicion divina, en comprobacion de lo que creen aquellos naturales por tradicion, y es, haber echado el Santo su maldicion á la poblacion antigua, de la que se hallan las ruinas á un cuarto de legua de la nueva Adra, viendo la repugnancia que tenian aquellos idólatras en admitir la palabra evangélica.

DIA III.

Santa Engracia, virgen y mártir Bracanense.

ESTA Santa Engracia es distinta de la virgen y mártir del mismo nombre, que padeció en Zaragoza en la persecucion de Diocleciano. Algunos creen que nació en Badajoz, otros que en el territorio de la Iglesia de Braga. Su martirio, que fué hácia la mitad del siglo XI en tiempo del rey D. Fernando el I, sucedió como ahora diré. Los padres de esta doncella la habian ofrecido en casamiento no se sabe si

á algun cristiano, ó tal vez á algun moro de los que tenian dominada aquella tierra. Y como Engracia se hubiese ofrecido á Dios por voto de virginidad perpetua, luego que tuvo noticia de lo que se pensaba huyendo de su esposo se vino á Castilla. El, enojado con esta fuga, teniéndose por burlado de Engracia, salió en su busca, y en los montes de Carvajales junto á Leon, donde la halló, le cortó la cabeza, y llevándola como en trofeo de su mala victoria, la echó en una laguna; de donde habiendo sido descubierta, fué llevada despues á la santa Iglesia de Badajoz. Habia junto á aquel sitio un monasterio de la órden de S. Agustin, cuyos religiosos procuraron recoger el cadáver de la santa virgen, y lo depositaron en su iglesia. Muchos años estuvo el convento en este lugar, hasta que poblada la villa de Carvajales, sus vecinos lo trajeron á la poblacion, y allí le fundaron una casa con el título de Santa Engracia, quedando el convento antiguo deshabitado, pero sujeto á la disposicion del prior.

La invencion de la cabeza de nuestra Santa refiere el Hagiologio lusitano de esta manera. Apacentaba su rebaño un pastor por las cercanías de la laguna; y llevándolo un dia á beber, salió del agua un resplandor tan extraordinario, que se espantaron las ovejas, y el pastor atónito fijando los ojos en aquella luz quedó deslumbrado, como si los clavára en el sol, y no sabia que hacerse. Volviendo en sí por inspiracion del cielo, dió parte á algunas gentes de lo que le habia sucedido. Y habiendo agotado con artificios el agua de la laguna, hallaron la cabeza fresca y encarnada. A este hallazgo se siguieron algunas maravillas que obró nuestro Señor por intercesion de esta Santa. La cabeza se mantuvo algun tiempo en una ermita que edificaron en aquel sitio; luego fué trasladada á la catedral. La ermita al fin del siglo XIII vino á parar en convento de la órden de S. Agustin, de donde pasaron al de Santa Marina despues de la estincion de los Templarios, y finalmente entraron en la ciudad por los años 1432, por haberles dado la parroquia de San Lorenzo el obispo D. Francisco Juan de Morales.

La Iglesia de Badajoz celebra hoy la fiesta de esta santa virgen por auto capitular dado el año 1580.

DIA IV.

San Victor Obispo y Mártir.

EN la ciudad de Barcelona capital del principado de Cataluña ha sido siempre célebre la memoria de San Victor, de quien no nos consta cosa cierta de su patria, sus padres, ni su primera educacion, porque

nos robó el tiempo los documentos justificativos de sus gloriosos hechos, privando á la posteridad de tan importantes noticias; pero se sabe por una constante tradicion, que fue uno de los primeros Obispos, que ocuparon aquella Silla, por lo que se infiere la pureza de su fe, y la justificacion de su conducta; puesto que en los primeros siglos de la Iglesia solo se colocaban en tan alto ministerio aquellos varones verdaderamente dignos del caracter Episcopal, lo que acreditó Victor en todas las funciones de su cargo Pastoral, dando la última prueba de ser un verdadero sucesor de los Apóstoles en la heroica accion de derramar su sangre por defensa de nuestra santa fe. No nos consta el año fijo de su martirio; pero algunos lo señalan en la época del Emperador Claudio primero de este nombre, porque aunque este príncipe no suscito de propósito persecucion contra la Iglesia; con todo dieron muerte en su reinado los gentiles á muchos cristianos en fuerza del odio con que miraban á todos los profesores de la religion del crucificado, como ellos llamaban por desprecio al Redentor del mundo.

DIA V.

La Beata Catalina de Tomas.

LA Beata Catalina de Tomas tan celebrada por su prodigiosa vida, como por los singularísimos favores con que la enriqueció el cielo, nació en el año de 1555 en la villa de Valdemuza, ó Valdemoza una de las mas amenas de la Isla de Mallorca, que se hizo acreedora de memoria eterna por haber sido patria de esta ilustre heroína, gloria, y honor inmortal de toda Mallorca. Fueron sus padres Jaime Tomas, y Marquesína Gallard, ambos mas distinguidos por su piedad, que por su calificada nobleza, los cuales tuvieron siete hijos, cuatro varones y tres hembras; y aunque en la educacion de esta dilatada prole acreditaron su religiosidad, parece se dedicaron con particular esmero en la crianza de Catalina que fue la menor de todos ellos, llevándoles toda la atencion y todo el cariño aquellas particularísimas gracias con que la dotó el Señor; sin que fuese extraño que así sucediese á sus padres, pues traía consigo cierta oculta recomendacion de tan eficaz atractivo, que cuantos la veían se le aficionaban inmediatamente. Mucho contribuyó para esto su singular hermosura, su particular modestia, y su natural dulcísimo, acompañado de una gravedad magestuosa, que infundia respeto; pero con tanto amor á la pureza, que si alguno intentaba llegar al rostro de la ilustre niña, que no tuvo de tal sino la inocencia, al

punto se deshacia en tiernos llantos, comenzando así á dar muestras de aquel candor, que conservó inviolable hasta la muerte.

¶ Puso á la piadosa madre de Catalina en el mayor cuidado ver que jamás quiso la niña tomar el pecho en los viernes, y sospechando que semejante novedad seria efecto de algun accidente, se valió de cuantos medios pudo sujerirla su cariño, para reducirla á que recibiese el alimento, pero todos fueron inútiles en aquellos días. Duró la amorosa contienda entre la madre y la hija algunos viernes, hasta que reflexionando la religiosa señora por una parte la quietud y la serenidad de la niña, y por otra que tomaba sin dificultad el pecho en los sabados siguientes; quedó persuadida que en esto no obraba ninguna indisposicion corporal, sino algun oculto misterio de la gracia; ya desde entonces queria instruir la en aquella maravillosa abstinencia que observó toda su vida.

Parece que se anticipó en la ilustre niña el uso de la razon á la edad regular en que esta se despierta; y no teniendo ociosos aquellos singulares talentos que derramó el Espíritu santo sobre su alma privilegiada, comenzó á rezar la salutacion angélica, aun antes que se la enseñasen sus padres, atendiendo á sus cortos años; pero con la particularidad no solo de pronunciarla clara, y perfectamente con sus balvucientes labios, sino la de derrefirse su tierno corazon en amorosos afectos para con la Madre del Señor, que fué siempre el objeto atractivo de todas sus atenciones. Bien presto se conoció lo agradable que le era á la Santísima Virgen el piadoso obsequio de Catalina, pues habiéndola dislocado un brazo por casualidad su madre, la sanó la Reina de los Angeles milagrosamente, luego que á instancias de la niña se puso á éste una imágen de la Señora; cuyo prodigio hizo que se preguntasen todos, como sucedió en otro tiempo á los Montañeses de Judea acerca del Bautista, que pensaban seria aquella dichosisima criatura, con la que tan temprano se manifestaba estar la mano del Omnipotente.

En vista de estos maravillosos sucesos quiso la madre de Catalina imprimir en su tierno corazon las piadosas maximas de nuestra santa religion; pero presto conoció por sus santas inclinaciones, por su anticipada devocion, por su candor, por su docilidad, y por su modestia, que el cielo la puso en su poder como en deposito; y que ciertamente la tenia el Señor escogida para esposa suya. A la verdad que era cosa digna de admiracion ver el desprecio con que miraba la ilustre niña á todos los adornos y vanidades del mundo; las ingeniosas industrias de que se valia para mortificar su inocente cuerpo, y aquel respeto con que estaba en el Templo, ó fijos los ojos en el cielo, ó en alguna santa imagen, puesta siempre de rodillas en señal de la gran veneracion con que miraba la casa del Señor.

Conoció el demonio por los rápidos progresos que hacia Catalina en el camino de la virtud, que habia de llegar en muy breve tiempo á la cumbre de la mas alta perfeccion, y lleno de infernal cólera, comenzó á perseguirla desde sus más tiernos años con furiosos asaltos, y con formidables aspectos; pero de todos estos combates la libró el Cielo, ya con la asistencia de los Angeles, y ya con las frecuentes visitas de los Santos, hasta del mismo Jesucriso, y de su madre santísima.

Era grande el mar de tribulaciones por donde habia de navegar esta admirable criatura, y como el Señor la tenia destinada para que fuese un modelo de sufrimiento, quiso mostrarla el original del que copiase los esmeros de la paciencia. Cuando contaba seis años se le apareció Jesucristo del mismo modo que estuvo en la Cruz, y mirando Catalina aquel lastimoso espectáculo, se escitaron en su pecho los afectos de la mas tierna compasion, al compas del amor que tenia al Salvador del mundo. Duró largo rato la vision, para que quedase esculpida en su alma mas perfectamente la imagen de aquel varon de dolores, quien la dijo con dulcísimas palabras: *Hija tú has de ser mia; pero mira cuanto me cuestas*. Penetraron estas espresiones hasta lo mas íntimo del corazon de la inocente niña, y no teniendo voces para esplicar sus sentimientos, prorrumpió en copiosas lágrimas, sintiéndose desde entonces tan esforzada para sufrir los trabajos, que aunque alguna vez lo sintiese la naturaleza, los abrazaba con gusto la voluntad, acordándose que su amado la enseñó á padecer desde la Cátedra de la Cruz.

Murieron los padres de Catalina cuando contaba siete años de edad, y aunque fué excesivo el dolor que concibió en la falta de los que la dieron el ser, como ya estaba prevenida con la instruccion dicha, tuvo poco que hacer su heroica virtud para resignarse con la divina voluntad. Pasó á vivir con este motivo á una granja, como una legua distante de la villa donde nació, en casa de unos tios suyos llamados Bartolomé Gallard y María Tomasa, donde tuvo que mudar de método, porque conoció, que no podia usar de la libertad que hasta entonces para dedicarse á sus acostumbrados ejercicios. Era el tio hombre de natural duro, que con poca ó ninguna reflexion se dejaba llevar de la cólera, y su tia muger inclinada al pundonor y vanidad: todas cualidades muy del caso para mortificar á la inocente niña, pues ni las raras prendas, ni los extraordinarios talentos con que la dotó el cielo fueron bastantes para librarla de muchos lances pesados que la ocurrieron; porque como los tios no entendian el espíritu que la gobernaba, la dieron no poco que sentir, oponiéndose á sus devociones. Conoció Catalina la diversidad de sentimientos de los que ya tenia en lugar de padres, y haciéndose cargo que entró en aquella casa

á padecer: hizo una firme resolucion de abrazar la cruz de las adversidades sin quejarse, ni manifestar los trabajos á persona alguna, para vivir mas agena de los alivios humanos; pero como en ninguna cosa hallaba consuelo sino en el comercio con Dios, determinó aplicarse á la oracion despues de haber dado entero cumplimiento á cuanto la mandasen sus tios: para lo cual pasaba casi las noches enteras en este santo ejercicio; y aun halló modo de continuarlo en las ocupaciones de la casa, teniendo en ella elevada la mente en Dios, sin que la interrumpiesen las fatigas corporales.

En este estado inspiró el Señor á la ilustre doncella el noble pensamiento de ser religiosa, y como este era el mas á propósito para conservar la virginidad que la tenia consagrada al Esposo eterno; para poder aspirar á la perfeccion que era cuanto deseaba, lo abrazó inmediatamente. Ofreciósele la dificultad de no tener medios para poner en ejecucion una vocacion tan santa; pero como su fe era fe viva, y toda su esperanza estaba colocada en la Divina Providencia, confió en el Señor, que no dejaria de proporcionarle arbitrios para el cumplimiento de sus deseos.

Vivia por entonces en la Ermita de la Santisima Trinidad que está en el sitio de Miramar, dicho asi porque desde su eminencia se descubre grande estension del Mediterraneo, un venerable sacerdote llamado Pedro de Castañeda, tenido por su penitente vida en toda la Isla de Mallorca como un oráculo de prudencia; y noticiosa Catalina de aquel varon tan eminente, pasó á consultar con él sus intenciones. Manifestó al venerable con profunda humildad, y con singular modestia su vocacion, y la falta de medios que tenia para ejecutarla; por cuyas razones le buscaba por padre, y por protector. Oyóla con su acostumbrada mansedumbre Castañeda, y admirado de ver tanta discrecion en una niña que apenas contaba trece años, quiso examinar á fondo el fervor de su devocion, el rigor de sus penitencias, y el sufrimiento de los trabajos, para proceder con acierto en un negocio tan importante. Satisfizo la ilustre virgen á todas las preguntas que la hizo el venerable llena de rubor, y aunque no le manifestó los singulares favores con que el cielo la regalaba, con todo quedó el célebre hermitaño pasmado de la eminente virtud de aquella alma dichosissima; pero como era tan prudente, no resolvió cosa alguna por entonces, á pretesto de rogar á Dios que le iluminase para darla respuesta.

Quedó Catalina llena de consuelo á vista de la dulzura, y de la caridad con que la trató Pedro, compadecido de su horfandad; pero conociendo que era el Señor quien habia de mover la piedad de aquel venerable varon, pasaba en oracion las noches enteras redoblando el rigor de sus disciplinas, y de sus asombrosas mortificaciones, todo

con el fin de mover á la divina misericordia: interponiendo para ello la proteccion de los Santos, y con especialidad la poderosísima de la Santísima Virgen, en quien despues de Dios tenia colocada toda su confianza. Súpose en casa de sus tíos la resolucion de la ilustre Virgen, y fueron tan diferentes los dictámenes asi de los tíos como de los concurrentes, que los que discurrieron con mas piedad, se inclinaron á creer que aquella determinacion era por huir del trabajo.

Llegó el tiempo en que el venerable Castañeda diese respuesta á Catalina, y la dijo: he diferido manifestarte mi dictámen hasta consultarlo con el Señor, y me parece, que tu vocacion es inspirada de Dios, quien te llama al retiro de los claustros religiosos, para que te ocupes en su santo servicio; por lo que yo te ofrezco mi proteccion, bajo el seguro que no te desampararé hasta ver cumplidos tus deseos. No es facil poder explicar el gozo que concibió la santa doncella al oír semejantes espresiones; y no pudiendo contener la alegría dentro del pecho, la manifestó por los ojos con tiernas lágrimas. No pudo Castañeda cumplir su palabra con la brevedad que deseaba Catalina, para quien eran todos los instantes de dilacion una demora sensibilísima; y habiendo salido en este tiempo al campo una mañana dia de San Pedro á desahogar su corazon agitado de tristes imaginaciones, (pero sin ceder un punto en la constancia de sus fervorosos deseos) se puso en oracion usando de aquel misterioso lenguaje, que sin hablar palabra se dice mucho. Sintió ruido á la espalda, y queriendo ver quien lo causaba, vió muy cerca de su persona á un magestuoso anciano que la preguntó muy afable: *¿por qué está tan triste y afligida Catalina?* Conoció esta con luz superior que era el principe de los apóstoles, y no pudiendo hablar palabra anegada en un profundo respeto, la consoló el santo asegurandola, que veria cumplidos sus deseos, con lo que desapareció, dejando el corazon de la ilustre virgen transmutado de las mas tristes imaginaciones á un maravilloso mar de gozos.

Principió Castañeda á disponer todas las cosas necesarias para la entrada de Catalina en algun monasterio, habiendo vencido las arduas dificultades que se le ofrecieron en casa de sus tíos, cuya declarada oposicion era uno de los mayores escollos. Bajó con la ilustre virgen á Palma, y la hospedó en casa de un noble caballero de su confianza llamado Mateo Zaforteza, para que se enseñase á leer y escribir, por ser requisitos precisos para cumplir su vocacion. Conoció Mateo luego que se presentó Catalina en su casa, que el venerable ermitaño se había quedado corto en el informe que dió de las eminentes virtudes, y gracias particulares con que había dotado el cielo á la doncella, y creció tanto su estimacion con la de su familia para con la ilustre virgen, que todos la amaban con estremos; especialmente

cuando experimentaron mas de cerca el tenor de su prodigiosa vida; reducida á la abstinencia mas maravillosa, á las devociones mas dignas, á la oracion mas fervorosa, y á las mas asombrosas mortificaciones; cuyos rigores la postraron en una gravísima enfermedad. El dolor, y el sentimiento que concibieron los dueños de la casa á vista del peligro en que la puso el accidente, correspondió al cariño que la profesaban; y creyéndose obligados á solicitar todos los medios que pudieran contribuir á su salud, no omitieron gastos ni diligencias para buscar los mas hábiles facultativos, y los mas eficaces remedios. La humildad, y el sufrimiento con que toleraba la insigne virgen la enfermedad, eran iguales á los ardientes deseos que tenia de padecer; y ofreciéndose nuevamente víctima al Señor, era la cama á un mismo tiempo cátedra y oratorio, cátedra donde enseñaba lecciones de paciencia, y oratorio donde se elevaba á las mas altas contemplaciones, ejercitándose en amorosos actos de caridad, de resignacion y de sufrimiento: bien que el Señor endulzaba maravillosamente las penas de su fidelísima sierva con esquisitos favores, y con frecuentes visitas de los ángeles y de los santos sus abogados; pero como la enfermedad no era de muerte, sino para que Dios fuese en ella glorificado, la sanó perfectamente, cuando fue su di vina voluntad.

Creó el venerable protector que no le sería dificultoso recoger la dote que necesitaba Catalina entre la nobleza de Mallorca, bajo el concepto de la grande estimacion que le profesaban; pero como Dios queria que fuese la entrada de la ilustre vígen por uno de aquellos portentos maravillosos en que brilla su divina providencia, dispuso que ni el todo, ni parte de la dote pudiese haber de aquellos ilustres caballeros. No desfalleció por esto Castañeda, pues persuadiéndose que cualesquiera monasterio noticioso de las grandes virtudes de Catalina la admitirian sin dote, se condujo al de Santa Maria Magdalena del orden de San Agustin, en el cual á nombre de la santa doncella hizo la pretension, dando á las religiosas el mas alto informe de sus incomparables prendas, las que añadió, podrian substituir en lugar de la dote, con tantas ventajas para el monasterio, quanto va de las riquezas del cielo á los caducos bienes de la tierra. No dudaron las religiosas del informe del venerable, cuya opinion de santidad era notoria en toda la Isla; pero le respondieron, que se hallaba el convento muy atrasado, por lo que no podian recibirla sin dote. Hizo Castañeda las mismas diligencias en los monasterios de San Gerónimo y de Santa Margarita que era el mas poderoso de la ciudad, y en todos hubo el desconsuelo de que le dieron igual respuesta.

Comunicó el venerable lleno de amargura todo lo ocurrido á Catalina, y aunque no pudo menos de entristecerse, se confortó con la voluntad divina, ofreciéndole de nuevo en sacrificio la suya; bien

que siempre confiaba en las promesas de los santos que le aseguraron que no quedaria sin cumplimiento la vocacion. No se tardó mucho tiempo en experimentarlo asi; pues reflexionando las religiosas de Santa Maria Magdalena el honor y la gloria que las resultaria en tener por compañera á una santa, enviaron á su confesor el Doctor Don Rafael Bonet, para que á nombre de todas propusiese á Castañeda, que venian gustosas en recibir á Catalina sin dote. Sorprendió al venerable la inopinada novedad, y no dudando que aquella mutacion era disposicion del Altísimo, comenzaron sus ojos á verter dulces lágrimas, que bañaron sus respetables canas. Respondió al doctor Bonet, que manifestase á las religiosas su agradecimiento, y que en breve dispondria la entrada de Catalina; pero aun no habia concluido la conversacion, cuando llegó otro sugeto en nombre de las monjas de San Gerónimo haciéndole la misma oferta; y sin tener tiempo para satisfacer á este recado, se presentó otro por parte de la comunidad de Santa Margarita diciendole; que estaban prontas para admitir á su recomendada, la que se sirviese llevar inmediatamente, pues todas deseaban con grandes ausias enriquecer su monasterio con una alhaja tan preciosa.

No es fácil poder explicar el gozo que concibió Castañeda á vista de aquellas tan palpables disposiciones de la divina providencia; pero pareciéndole que debia preferir entre todas las pretendientas á las del monasterio de Santa Maria Magdalena, dió palabra al Doctor Bonet de hacerlo así, despidiendo cortesmente á los emisarios de la Religion de San Gerónimo, y de Santa Margarita, dándoles las correspondientes gracias. Comunicó el venerable todo lo ocurrido á Catalina, y siendo tan favorable, reparó con escesivos consuelos la tristeza que le causaron las repulsas precedentes.

Entró con efecto la ilustre Virgen en el de Santa María Magdalena, vencidos tantos escollos de dificultades que se ofrecieron; y como vió cumplidos sus deseos, vesaba llena de gozo el suelo y las paredes del monasterio. Contaba diez y nueve años cuando vistió el santo hábito, y ya en dictámen de su confesor habia llegado al mas alto grado de perfeccion, por lo que fue desde luego la admiracion de todo aquel religioso claustro. Informóse muy por mayor de la regla, y de las Constituciones que obsevaba la comunidad, y quedaron tan impresas en su corazon, que mientras vivió, no faltó un ápice á ellas. Ninguna novicia entró con mayor fervor en la Religion, ni ninguna le hizo escesos en la observancia regular; pues persuadiéndose que era nada cuanto habia hecho hasta entonces en comparacion de lo que debia por el nuevo estado, comenzó no solo á correr sino á volar por el camino de la perfeccion á que era llamada. Aunque todas las virtudes religiosas llamaron la atencion á la Novicia, en lo que se ocupó principalmen-

te fue en la oracion; cuyo ejercicio fue el centro de todos sus honerosos cuidados, como si fuese su único y total empleo; pero sin faltar a punto á las funciones de comunidad; sabiendo conciliar ambos extremos con tal prudencia, que no le impedían estas el trato para con Dios, ni este la estorbaba para las ocupaciones religiosas. El alto informe que dió el venerable Castañeda de la célebre doncella movió á las monjas á observar con escrupulosa diligencia todas las acciones de Catalina, y descubriendo ademas en sus heróicas virtudes los extraordinarios talentos con que la dotó el cielo, se concilió en muy breve tiempo el amor y la veneración de toda aquella ilustre comunidad. Conoció la ilustre Virgen, y como ofendian tanto á su profunda humildad el aprecio que de ella hacian las criaturas, tomó el arbitrio de aparecer simple y rústica en su trato y en sus expresiones; pero como observaban las religiosas, que no se hallaba cosa alguna reprehensible en toda su conducta, y si un primor maravilloso en el cumplimiento de sus obligaciones; se persuadieron que aquella era una sábia industria para ejercitar su humildad, resultando de aqui tenerla en superior concepto.

Quiso la Priora hacer pruebas á las fuerzas de la Novicia, y de cuanto podia prometerse de ellas la Comunidad; y no contenta con haberle mandado que asistiese á la cocina, y á los enfermos, la previno que ayudase á las torneras. Cargó Catalina con el peso de estas tareas laboriosas; pero como estaba ocupada en ellas casi todo el dia, y no tenia por entonces tiempo para dedicarse á los santos ejercicios que deseaba practicar, se retiraba á su celda luego que entraba la noche, y soltando las riendas á su fervor, descargaba una espesa lluvia de crueles azotes sobre sus virginales carnes, y por descanso de estos rigores continuaba en fervorosa oracion, contemplando en las grandezas divinas, que eran el objeto de todas sus atenciones.

Hizo su solemne profesion en el año 1555, y viéndose ya con el velo negro, creyó que cuanto ejecutó en el noviciado no era mas que un ensayo para lo que debia hacer siendo profesa. Lo primero en que puso su cuidado fue en la distribucion del tiempo, alternando en las ocupaciones de Marta, y en las atenciones de Maria Magdalena; y observándolo así en todo el discurso de su carrera, logró imitar á aquellas dos heroínas, que tanto elogia el santo evangelio.

Seria necesario un volumen dilatado para referir individualmente las pruebas, con que acreditó el cumplimiento literal de los votos esenciales, que prometió á Dios en el acto de su profesion, y la práctica de las heróicas virtudes en que se ocupó toda su vida; pero basta decir, que dió todo el lleno á la perfeccion del estado religioso; llegando á ser el objeto de la admiracion, y de los mas altos elogios no solo del monasterio de Santa Maria Magdalena, sino es de cuantos pu-

dieron tener noticia de este abrasado Serafin en carne humana. El obrador de todas las acciones maravillosas de esta criatura verdaderamente singular, era el ardiente amor que profesaba á Jesucristo, no siendo facil que algun otro bienaventurado le escudiese en el afecto, ni en la ternura con que amaba al Redentor del mundo. Este era el iman que le atraia con tanta violencia, que ningun objeto criado era capaz de variar sus movimientos, ni separarla de su centro. No alcanza la pluma á manifestar con los rasgos mas vivos el soberano incendio en que se hallaba abrasado el pecho de esta dichosisima criatura para con su eterno esposo, del que puede darse alguna idea por los efectos de sus admirables éxtasis, tan singulares, que dieron bien á entender que no vivia en sí sino en Jesucristo. Aunque antes de abrazar Catalina el estado religioso, se veian en ella estos maravillosos sintomas, indicios nada equivocos de las fuertes violencias del amor divino en que se hallaba abrasada; con todo, cuando entró en el Monasterio, y especialmente despues que profesó, llegaron á ser tan frecuentes, que eran casi continuos: nada extraño en quien todos sus pensamientos, y todas sus atenciones estaban anegadas en el oceano de las perfecciones divinas de su amado esposo; pero aunque no estuviese en un éxtasis perfecto, vivia tan fuera de sí, que muchas veces que salia de su celda para alguna parte determinada, se iba á otra, con tal que no fuesen cosas tocantes á la obediencia, á las que atendia con un acierto maravilloso aunque estuviese abstraída.

Notaron las religiosas llenas de admiracion esta enagenacion casi continua de Catalina, pero ninguna mas de cerca en los principios que su compañera de turno; pues cuando iba á avisarla por la mañana para que bajase á su ministerio, la hallaba inmóvil toda arrebatada en Dios, sin poder despertarla de aquel dulce sueño por mas que la voceaba, y tiraba de la ropa; hasta que viéndose ya apurada en tan repetidas ocasiones, discurrió el arbitrio de llamarla con el reclamo de la obediencia, y entonces aunque no totalmente despejada, practicaba su oficio perfectamente. Todos los dias que comulgaba, se engolfaba de tal modo en aquel piélago de amorosas finezas de un Dios Hombre, que distraída de los sentidos, se quedaba en un dulce éxtasis por espacio de veinte y cuatro horas, sin durar mas tiempo á los principios esta maravilla; pero presto pasó á ser de mas duracion, pues unas veces continuaba el rato dos, tres, ó cuatro dias enteros; esto sin el dilatado que todos los años le sucedia antes de la fiesta de Santa Catalina martir, su especialísima abogada; en cuyo tiempo se quedaba trasportada unas veces trece dias, otras catorce, otras quince, sin volver en sí hasta la vispera de la Santa; y aun tuvo uno que le duró veinte y un dias enteros.

Supo el Ilustrisimo Señor Don Diego Arnedo obispo á la sazón de

Mallorca, uno de los prelados mas célebres que ha tenido la Iglesia de España, aquellos trasportes extraordinarios, de cuya duracion habia tan pocos ejemplares en la historia; y creyéndose obligado á examinarlos por sí, dió orden para que se le avisase cuando la sierva de Dios estuviese arrebatada. Hizose así, y mirando á Catalina con el cuidado mas escrupuloso, quedó lleno de admiracion al ver aquel prodigioso espectáculo, que arrebatava la atencion de todos los presentes. Preguntó á las religiosas, que si respondia cuando le hablaban en estos casos, y le respondieron que no, á no ser que la preguntase la Priora: solicitó probar su Ilustrisima si respondia tambien á él, y haciéndola varias preguntas, á todas contestó con admirable concierto. Valióse ademas de esto de cuantos medios le dictó su prudencia para certificarse mas y mas, é informado de la conducta, de las costumbres, y de los santos ejercicios de Catalina, y de cuanto podia darle luz para hacer juicio en negocio de aquel momento, resolvió con dictamen de personas doctas, que aquellos síntomas verdaderamente dignos de la mayor admiracion, eran efectos del amor divino el mas activo, el mas fervoroso y el mas eficaz para con el Señor; cuya fuerte violencia arrebatava aquella alma dichosissima á la mas íntima comunicacion con Dios.

Causan admiracion los artificios de que se valió el demonio para combatir á esta criatura, que servia de la mayor confusion á todo el infierno; pero como Dios queria probar la virtud, y la paciencia de su fidelisima sierva, permitió que el enemigo de la salvacion la atormentase cruelmente, y de varias maneras: unas veces con temerosos ahullidos, con gritos horribles, con visiones espantosas, y con fantasmas extraordinarias; pero como estas invenciones no produgesen ningun efecto para inquietarla, la daba otras veces recios golpes, la arrastraba por la celda, y la heria furiosamente. Tuvieron las religiosas un terror pánico á los principios que sintieron en la celda de Catalina los infernales combates; pero notando la serenidad, y la tranquilidad de ánimo con que se manifestaba despues de aquellas peleas, quedaron llenas de admiracion y de consuelo, viendo que tenian en su casa una insigne heroina que despreciaba á todo el infierno junto.

Sobre el alto concepto que todos tenian formado de Catalina, quiso Dios manifestar la eminente virtud de su fidelisima Sierva con repetidos milagros; y esparcida la fama de su santidad por toda aquella region, atrajo á una multitud de gentes al monasterio de Santa María Magdalena de Palma á ver á la ilustre Virgen, unos para alcanzar por su medio remedio de sus males, y tener consuelo en sus urgencias, otros para tomar consejo en sus dudas, y encomendarle el acierto de sus arduos negocios, y otros para aprender las importantes lecciones

de la virtud en la escuela de tan sabia maestra; pero como la caridad de Catalina para con los pobres era tan universal, sentida de las aflicciones de unos, y ansiosa de las mejoras de otros, á ninguno despedía sin consuelo, ó sin remedio.

Deseaban las Religiosas aprovecharse de los extraordinarios talentos de su ilustre hermana, y para esto la eligieron Superiora á pesar de sus humildes escusas, de sus lágrimas, y de sus protestas; pero en el mismo dia de la eleccion, estando en el refectorio, dijo á las Monjas, que el Prelado haria otra priora en aquella tarde, cuya profecia se cumplió á la letra. Vino el Obispo de Mallorca á darla la enhorabuena, y habló Catalina á su Ilustrísima con tanta eficacia, y con tal convencimiento sobre la ruina que la amenazaba el empleo, que no dudando el Prelado que la violencia que en esto se hacia á la profunda humildad de la Sierva de Dios, seria capaz de quitarla la vida dentro de muy breve tiempo, admitió su renuncia muy á pesar de todas las Religiosas; creyendo que seria mas grato á los ojos de Dios conservarla para beneficio comun en la clase de súbdita, que esponerla á morir, siendo superiora.

Quiso Dios regalar á Catalina con singularísimas finezas en los tres últimos años de su vida, y como estos aumentaban cada dia los ardientes deseos que tenia de disolverse de los vinculos carnales para unirse consu amado, vivió en este tiempo, y con especialidad en el tercer año crucificada con este tormento poco conocido de los mundanos: en fin quebrantada su salud al rigor de sus escesivas penitencias, conoció que se acercaba la hora de pagar el tributo impuesto á los mortales, y redoblando su fervor, y su devocion, hizo nuevos esfuerzos para purificar su inocencia. No parecia posible amor de Dios mas encendido, mas generoso, ni mas tierno, que el que manifestó esta dichosísima criatura en los últimos períodos de su vida en los que fue visitada con frecuencia de la Santísima Virgen, y de los Santos, y habiendo recibido los últimos Sacramentos, abrasada como preciosa víctima en divinos incendios, murió tranquilamente en el dia 5 de Abril del año 1574, á los 40 de su edad, once meses y cinco dias. Quedóse su rostro, y cuerpo hermosísimo, despidiendo de sí un olor celestial, que llenó de fragancia todo el ámbito del Monasterio. Mantúvose tres dias en el feretro para satisfacer á la devocion de gentes que concurrieron á tributarle los últimos obsequios; y fue cosa muy digna de admiracion ver á una multitud de niños, que deponiendo todos los movimientos regulares en su edad, llegaron con los brazos cruzados delante del pecho á adorar al venerable cadaver, cuya extraordinaria accion movió á ternura á todos los concurrentes. Tratóse de darle sepultura; pero apenas se oyó en el concurso, cuando levantando la voz todos, clamaban que no era justo ocultar bajo la tier-

ra aquel objeto tan digno de la veneracion pública. En este apuro se discurrió el prudente arbitrio de darla sepultura en el silencio de la noche, como se hizo bajo de las gradas del Altar mayor dentro de una arca preparada á este efecto. De allí se trasladó á los tres años y dos dias despues de su feliz tránsito á un precioso sepulcro, que se labró bajo de la Capilla de Santa Catalina Martir, donde pidió la ilustre Virgen antes de morir que se la enterrase; en cuyo acto se halló su cuerpo íntegro, incorrupto, y flexible, como si estuviese vivo. De aquel depósito se transfirió ultimamente á la magnífica Capilla que en honor suyo se erigió en el mismo Monasterio, donde se celebró su fiesta con aprobacion de los Ordinarios; manteniéndose su culto por espacio de veinte y ocho años, hasta que se suspendió con grande dolor de los Mallorquines, con motivo del decreto de Urbano VIII sobre que no se tributase á los Santos, que no le hubiesen de inmemorial.

Con motivo de esta prohibicion, y de los muchos milagros que cada dia obraba el Señor por la intercesion de su fidelisima sierva, se interesaron los Mallorquines para que se tratase de la beatificacion de la venerable. Dióse principio al proceso ordinario en el año 1626, y concluido, se presentó en la sagrada congregacion en solicitud de las letras remisoriales para la formacion del proceso apostólico. Suspendiéronse estas por el accidente de haberse quemado aquel en casa de cierto curial, que murió de peste; pero habiendo resumido la causa la sagrada congregacion por la poderosa recomendacion del rey D. Felipe IV, se despacharon las correspondientes letras en 25 de Mayo del año 1671, cometidas al Ilustrísimo señor D. Bernardo Coloner obispo de Mallorca, para la formacion del proceso apostólico sobre las virtudes, y los milagros de la sierva de Dios: hizose este con deposicion de muchos testigos, que declararon de público y notorio sobre ambos estremos, y aprobados por la misma sagrada congregacion con las formalidades que acostumbra, la beatificó el Papa Pio VI, como consta de su breve apostólico dado en Roma á 5 de Agosto del presente año de 1792, en el diez y ocho de su pontificado.

DIA X.

San Urbano Abad.

EN este dia se celebra en el monasterio de San Pedro de los montes del orden de San Benito en el obispado de Astorga, la memoria de San Urbano, uno de los mas brillantes ornamentos del Instituto Be-

nedictino, de quien nos dicen sus escritores, que fué un varon de eminente santidad, y que habiendo ascendido por sus relevantes méritos á la dignidad de Abad del monasterio espresado, acreditó en el gobierno de aquella ilustre casa su consumada prudencia, é instruyó á muchos en el camino del cielo con sus celosas exhortaciones y con sus edificantes ejemplos. Murió en fin lleno de dias, y de merecimientos en el día 6 de Abril, y aunque se ignora el año puntual de su feliz tránsito, calculan algunos escritores que fué por el de 850. El alto concepto de santidad en que falleció, movió á los Monges á que depositasen el cuerpo del siervo de Dios en el monasterio de Peñalva, en la misma capilla donde está el de San Genadio, en la que es tenido en grande veneracion.

DIA XVI.

Los diez y ocho santos mártires de Zaragoza.

ESPAÑA, reino fértil, no solo por las producciones naturales que en él admiran los historiadores, sino por los insignes mártires de Jesucristo, tiene dentro de sus límites á la ciudad de Zaragoza, que en verdad puede decirse madre de los mártires, por los innumerables que regaron con su sangre aquel dichoso terreno; cuyos nombres ignoramos, aunque están escritos en el libro de la vida; entre los cuales son dignos de memoria los diez y ocho santos compañeros en el memorable triunfo que juntamente con Santa Engracia consiguieron de los enemigos de la religion cristiana.

Daciano despues que privó á los fieles de Zaragoza de la presencia y de las santas exhortaciones del obispo Valerio y de su diácono Vicente (*véase su historia en el dia 28 de enero*); no contento con perseguir á los sacerdotes y rectores de las iglesias, trató ya de hartar su crueldad con la sangre de los demas fieles. Parecía que iria mas bien su persecucion, si comenzando su matanza por los nobles, cerraba enteramente al bajo pueblo la puerta de la benignidad. Prendió pues hasta diez y ocho varones á los cuales llamó Prudencio, *cándido coro de la primera nobleza*, cuya constancia en la fe tentó desde luego, diciendo que si no renegaban de ella, los mandaria martirizar. Los siervos del Señor despreciaron las amenazas del perseguidor, y con gran libertad confesaron á nuestro Señor Jesucristo, diciendo, que la vida que habian recibido de Dios, darian por su amor de muy buena gana. Y de hecho fue así, que cada uno de ellos peleó con ánimo in-

vencible hasta dar la vida por Cristo, siendo degollados en tal dia como hoy, por los años 303, en la persecucion de Diocleciano y Maximiano. Fué este un ejemplo de gran fruto para los fieles de aquella ciudad, los cuales procuraron recoger los sagrados cadáveres y depositarlos en lugar decente. Sus reliquias han sido veneradas en todos los siglos. Propagóse su culto hasta Francia, y rezábase de ellos algunos siglos há en el obispado Belovacense. S. Eugenio III, arzobispo de Toledo, huyó de su iglesia donde servia en el ministerio clerical, como dice S. Ildefonso, por vivir junto á las reliquias de los mártires Cesaraugustanos, y allí se mantuvo hasta que lo arrancaron para que fuese obispo. Los nombres de estos santos como los pone Prudencio, son, *Optato, Lupercio, Suceso, Marcial, Urbano, Julia, Quintiliano, Publio, Fronton, Felix, Ceciliano, Evencio, Primitivo y Apodemo*, y otros cuatro que Prudencio y el Martirologio romano llaman *Saturninos*, lo cual dió motivo á que algunos creyesen que no tuvieron nombres propios. Pero se hallan espresados por S. Eugenio III en el epigrama que hizo en su alabanza, y son *Casiano, Matutino, Fausto y Januario*. En el dia se tiene ya por indudable que todos estos mártires fueron naturales de Zaragoza.

Diéronles sepultura en el campo, conforme á las leyes de Diocleciano y Maximiano, que no consentian enterrar á nadie dentro los muros de las ciudades. Allí estuvieron sin culto público, hasta que restituida la paz á la Iglesia, por los años 312, fueron colocados en una capilla subterranea que se edificó en el mismo sitio llamada de las *Santas Masas*, donde permanecieron ocultos durante la persecucion. Todos ellos fueron colocados en un sepulcro, á escepcion de Lupercio ó Lupercio, que fue puesto en una division del sepulcro de Sta. Engracia. (*véase la historia del martirio de esta Santa que sigue.*)

DIA XVI.

Santa Engracia virgen y mártir de Zaragoza.

EL furor del presidente Daciano en perseguir á los cristianos de España, no satisfecho con la victoria que de su crueldad acababan de alcanzar los diez y ocho mártires, de quienes hemos hablado hoy, trató de ostentar su gran poder y la fiereza de su condicion con una tierna doncella llamada Engracia, y tambien Eucratis. Algunos escritores la hacen natural de Portugal, provincia entonces de España, é hija de un régulo, añadiendo que padeció el martirio en Zaragoza, de

camino para el Rosellon, enviada por su padre á desposarse con el duque ó capitán de aquella frontera, acompañada de diez y ocho deudos suyos todos cristianos. Otros la estiman nacida en la misma ciudad de Zaragoza con los de su comitiva, cuya opinion en el dia es tenida de muchos por cosa averiguada. Pero sea de esto lo que fuere, es lo cierto que no asustando á Engracia la crueldad del inhumano Daciano, y encendido su corazon en vivisimos deseos de derramar la sangre por amor de Jesucristo, quiso luchar con un hombre tan cruel, para darle una prueba nada equívoca del poder de la gracia; y habiendo alentado á sus diez y ocho compañeros á que diesen testimonio de la fe que profesaban, se presentó animosamente nuestra Santa al tirano, y le habló en estos términos: «¿Porqué, juez inicuo, desprecias al verdadero Dios y Señor que está en los cielos, y atormentas tanta crueldad á los que le dan culto? ¿Porqué tú y tus emperadores persiguen por todo el mundo tan injustamente á los cristianos por defender á los ídolos, que son unas vanas estatuas donde habitan los demonios?

Asombrado quedó Daciano al oír tan inesperada reprension, y mas admirado al ver el espíritu y majestad con que aquella doncella despreciaba con generosa libertad á los dioses imperiales, de manera que litubeó algunos instantes si usaria de alguna cortesía con una dama de distincion; con todo, pudiendo en él mas su brutal condicion, arrebatado de un extraordinario coraje, mandó prenderla al instante, azotarla cruelmente, y arrastrarla en seguida como á blasfema por toda la ciudad, atada á la cola de un caballo, acompañada de los suyos, persuadiéndose que éstos aterrados á vista de aquel horrible castigo, desertarian de la fe por no padecer igual martirio. En el templo de la Santa se conserva todavia la columna donde fue azotada.

Viendo el cruel Daciano que de nada sirvió aquella invencion para intimidar á Engracia ni á su santa comitiva, quiso entonces seducirla con halagos y blanduras; mas la Santa al oír con horror sus falaces persuasiones, le respondió: «Tú, sacrilego, ensénate á tí mismo los falsos dogmas, pero no á mí, á quien ni tus blanduras convencen ni tus tormentos aterran. Sabe que soy enviada por mi Señor Jesucristo á reprender tus enormes delitos, de los que es preciso que te abstengas, si temes como debes la ira de Dios, que ya conozco preparada para descargar sobre tí.»

Oíendole Daciano de la generosa libertad con que reprendió Engracia sus crueldades, bramando como un leon enfurecido, dió orden á los verdugos de que empleasen en el cuerpo de la Santa los mas terribles tormentos, á fin de vengar cumplidamente el desprecio que habia hecho de los dioses imperiales: acometiéronla como lobos carnívoros, y dislocaron todos sus miembros; luego, segun testifica Prudencia

que lo vió, fué despedazada con garfios, hasta que todo su cuerpo fue hecho una carniceria, le cortaron el pecho izquierdo, viéndose las telas del corazon, y asido de las uñas de hierro salió un pedazo del hígado. Engracia en medio de tantos tormentos, constante en su propósito, perseveraba con semblante alegre en la confesion de Cristo, de manera que hasta los mismos gentiles confesaban que no era posible tal fortaleza, sin algun milagro. Viendo Daciano que la flaqueza de una pobre mujer tenia el pie sobre su poderio, apurado todo el sufrimiento, mandó que la dejasen así con sus llagas, á fin de que el dolor prolongado hiciese mas cruel su martirio. Al efecto dispuso que la cubriesen de la cabeza á los pies con una túnica larga, la cual bañada toda de la sangre que manaba de las heridas se guardaba en tiempo de S. Eugenio III, arzobispo de Toledo, como testimonio de lo mucho que Engracia habia padecido.

De esta suerte vivió nuestra santa mártir, conservándose frescas sus llagas: los dolores muy intensos y agudos que padeció, no hay lengua que los pueda explicar: de modo, que, como dice Prudencio, mayor martirio fué el dilatarle la muerte que el dársela; porque vivia con una muerte viva, y cada hora y cada instante revivian y se aumentaban sus dolores. No obstante, el gozo con que llevaba las penas de este nuevo martirio, servian de confusion á Daciano, y á los fieles de estímulo por dar la vida por la misma causa, si fuese menester.

Finalmente mandó Daciano que le hincasen un clavo en la frente, de lo cual es prueba el agujero que se ve en la cabeza de la Santa; y en su templo se venera el clavo ensangrentado que se asegura ser el mismo que la atormentó. Pensó el tirano acabar así de una vez con la que tan visiblemente convencia la impotencia de los falsos dioses; mas como no bastase tampoco esta nueva atrocidad para quitarla la vida, avergonzado por fin de verse vencido por una tierna doncella, ordenó á los verdugos que desistiesen de atormentarla. Refiere Prudencio que aun sobrevivió Engracia algun tiempo á su martirio, con admiracion de cuantos pudieron entender tan asombroso prodigio para mayor confusion de los enemigos de la religion y recomendacion del poder del verdadero Dios que adoran los cristianos. A lo que se siguió su felicísimo tránsito en la cárcel, en el dia 16 de abril, por los años 305, juntamente con el de sus diez y ocho compañeros á quienes el tirano mandó degollar fuera de la ciudad, segun queda referido.

El cuerpo de Santa Engracia sepultó un S. Prudencio ó Prudente, obispo de Tarazona, que fué á Zaragoza á socorrer aquella Iglesia afligida por la ausencia de S. Valerio, con grande y milagroso acompañamiento de ángeles, que bajaron del cielo á honrar el glorioso triunfo de esta valerosa heroína de nuestra santa religion.

Despues que gozó de paz la iglesia, y todo el tiempo que se mantuvieron en España los Godos, se tuvieron sus reliquias en grande veneracion en la capilla subterránea, llamada de las *Santas Masas*, sobre la cual edificó S. Braulio, obispo de Zaragoza, una iglesia en honor de Santa Engracia en el año 609. Continuó este público obsequio hasta la irrupcion de los Arabes en España, en la que temerosos los fieles de que cayese en poder de los bárbaros tan precioso tesoro, le ocultaron en el mismo templo subterráneo, donde se mantuvo incognito cerca de siete siglos, hasta el año de 1589, en el que con motivo de la reedificacion de aquel templo, se hallaron en la escabacion de los cimientos en un sepulcro de piedra, y en él dos depósitos, uno con la inscripcion de Santa Engracia, y otro con la de S. Luperco; y en otro sepulcro de mármol las cabezas y huesos de los diez y ocho compañeros de la Santa, cuyos huesos se vieron integros de color de rosa, despidiendo un fragantísimo olor.

Habiendo conseguido D. Juan el II, rey de Aragon y Navarra, la recuperacion de la vista, casi perdida, en el año 1459 por la intercesion de la Santa con el contacto del clavo que la clavaron en la cabeza, agradecido de este beneficio quiso edificar un monasterio de religiosos Gerónimos, á quienes se diese su iglesia, para que en ella se interesasen en su mayor culto; pero no pudiendo ejecutarlo por sí á causa de su muerte, en cumplimiento de su voluntad lo hizo su hijo D. Fernando el Católico, concluida la guerra de Granada, y dotó con magnificencia su biznieto Carlos V. el Emperador. (*Véase los innumerables mártires de Zaragoza en el dia 3 de Noviembre.*)

DIA XVI.

San Lamberto, mártir de Zaragoza.

EN este dia hace conmemoracion el Martirologio romano de san Lamberto, de quien nos dicen varios escritores nacionales, que fue uno de aquellos ilustres mártires de Jesucristo que testificaron con su sangre las infalibles verdades de nuestra santa fé, á poco despues que el bárbaro Daciano sacrificó al furor de su colérica saña los innumerables mártires de Zaragoza, cuyas actas se refieren en el dia 3 de noviembre. Vivía Lamberto en aquella capital del reino de Aragon haciendo profesion del cristianismo, no estinguido en ella á pesar del mas formidable estrago que jamás vieron los siglos en tanto número de mártires como murieron en aquel dichoso pueblo: servia en clase de la-

brador á cierto infiel, adicto como el que mas al culto de los ídolos; y habiendo tenido con su amo varias reñidas controversias sobre las falsas deidades, á quienes veneraban por tales los gentiles, le quiso obligar el dueño en uno de los dias que se ocupaba Lamberto en la labor á que prestase adoracion á los ídolos, amenazándole, que cuando no lo hiciese, preparase el cuello al cuchillo; pero el horror que le causó la sacrilega impiedad á que queria precisarlo, y la heroica constancia con que se negó á cometerla, redobló la crueldad del pagano en términos, que lo decapitó inmediatamente. No tardó el Señor en acreditar con admirables maravillas lo agradable que le habia sido el sacrificio de su fidelísimo siervo; pues luego que se ejecutó el injusto atentado, cogiendo el cadáver con las manos la cabeza, se condujo con ella al lugar donde descansaban las reliquias de los innumerables mártires, cuyos cuerpos habiéndolos mandado quemar el bárbaro Daciano, se convirtieron sus cenizas en una masa de exquisita blancura, con los que se incorporó el Santo, señalando por sí mismo el lugar de su sepultura.

En el lugar de su martirio se fundó despues bajo su invocacion un convento de la orden de la santísima Trinidad. Guárdase en él un pedazo de la zarza que consta por tradicion haber sido plantada por el Santo en el mismo sitio, la cual dice el P. Murillo que se conserva tan sólida, tan entera y tan sin carcoma, como si acabára de plantarse.

Zaragoza venera á S. Lamberto como á su especial abogado. Acrecentóse esta devocion desde los tiempos de Adriano VI con el ejemplo de este sumo pontifice, y tambien con el prodigio de haber salido sangre fresca del sagrado cuerpo, habiendo cortado de él una quijada.

DIA XVI.

San Fructuoso Arzobispo de Braga.

Uno de aquellos ilustrísimos varones que han florecido en España, dignos de los mas altos elogios asi por la prodigiosa vida, como por sus gloriosas empresas, fue San Fructuoso, que si bien distinguido por la Real sangre que traía de sus ascendientes, lo fue mucho mas por sus eminentísimas virtudes; dejándose ver desde sus mas tiernos años con todas aquellas nobles disposiciones de naturaleza y de gracia, para los grandes designios á que le eligió la Divina Providencia. Llevó su padre en cierta ocasion siendo niño á la Provincia del Vierzo

à reconocer las grandes posesiones, y los ganados que tenia en aquella tierra; y mientras se ocupó en tomar cuenta y razon á sus Pastores, y á sus Colonos, se entreluvo Fructuoso en inspeccionar los lugares mas proporcionados para la ereccion de un Monasterio, donde libre de los tumultos del mundo, pudiera dedicarse enteramente al servicio de Dios: dando ya en esto pruebas nada equivocadas de cuan distante se hallaba su corazón de las atenciones terrenas. Murieron sus padres dejando al ilustre joven heredero de un cuantioso patrimonio; pero como sus deseos aspiraban á la consecucion de los bienes eternos, se desnudó del hábito secular, y en el de Eclesiástico se entregó á la direccion de Conancio Obispo de Palencia, varon esclarecido en ciencia y en santidad, para que le instruyese en la doctrina del Cielo, y en la disciplina de la Iglesia, en las que hizo en muy breve tiempo grandes progresos bajo la enseñanza de tan sabio Maestro.

Aunque nuestro Santo tenia tan grandes talentos, y tan nobles disposiciones para continuar la carrera de las letras, con todo era mayor su inclinacion al retiro. En vano le lisonjeaba la fortuna tentándole con las mas ventajosas esperanzas debidas á su alto nacimiento; pues el deseo de trabajar únicamente en el negocio importante de su eterna salvacion, tuvo para Fructuoso mas atractivo que todas las prosperidades del mundo. Retiróse á la Provincia del Bierzo á perfeccionar la idea que concibió cuando niño en la inspeccion de aquel desierto; y fundó en las montañas de Rabanal un célebre Monasterio en honor de los ilustres Mártires de Jesucristo San Justo y Pastor, llamado el lugar de su situacion antiguamente Compluto, y despues Compludo. Corrió la fama del ilustre Fundador por todos los Pueblos de la comarca, y habiendo concurrido muchas personas á vivir bajo la direccion de tan santo Director, se vió poblada aquella horrorosa soledad de una innumerable multitud de gentes, atraidas del buen olor de la eminente virtud de Fructuoso.

Previó el enemigo comun las grandes utilidades que produciria aquella ilustre Congregacion bajo la direccion de su Gefe, y no perdonando medio alguno para atajar sus progresos, incitó á un cuñado del Santo para que se querellase al Rey Chindavisto, sobre los agravios que habia hecho en los bienes aplicados al Monasterio, de los que se debian parte á su mujer por razon de la herencia paterna. Tuvo Fructuoso muchos sentimientos en la demanda; pero recurriendo á Dios con fervorosas súplicas, para que se dignase mirar con benignos ojos aquel piadoso establecimiento; vengó el Cielo con la muerte del avaro cuñado la persecucion que causó á su fidelísimo Siervo; con cuyo visible castigo estuvo tan distante el Rey de quitar cosa alguna al Monasterio, que antes bien le dotó con cuantiosos bienes, segun aparece por su Real privilegio del año 646.

Libre ya el Santo de aquella tribulacion, se dedicó enteramente á que floreciese la observancia regular en el Monasterio de Compludo, que le costó tantos desvelos. Con esta mira prescribió á los Monjes una regla llena de sabios, de prudentes y de santos documentos, y siendo como el alma de toda aquella ilustre Comunidad, elevó aquella ilustre casa al mas alto grado de perfeccion con sus zelosas eshortaciones, y con sus edificantes ejemplos; pero como á los ecos de la eminente santidad de Fructuoso recurrian cada dia innumerables gentes al Monasterio, que perturbaban la quietud que apetecia para la contemplacion de las grandezas divinas, y de las verdades eternas que era el objeto de todas sus atenciones; se retiró secretamente á un lugar solitario, de lo mas áspero de aquellas montañas, donde soltando las riendas á su fervor, renovó con el rigor de sus mortificaciones aquellas espantosas imágenes de penitencia, oídas hasta entonces en los desiertos de Egipto. Su ayuno era continuo, su abstinencia prodigiosa, sin tomar otro alimento que las raizes amargas, y algunos frutos silvestres que producía la esterilidad de aquel desierto, lo que contribuía no poco á aumentar su mortificacion; pero el Señor endulzaba maravillosamente estos rigores con el don de contemplacion que le concedió tan elevado, que puede decirse que estaba continuamente en oracion, y que ésta era continua.

Pareció á Fructuoso muy conveniente para la ereccion de un Monasterio el sitio de su retiro, por la separacion que tenia de todo el comercio humano. Labrólo con efecto y dedicándole á honor del Principe de los apóstoles; por esta razon, y la de su situacion se llamó el Monasterio de San Pedro de los montes. Eligió en él para sí una humilde habitacion cerca del Altar mayor, donde vivió recluso voluntariamente, disfrutando por medio de las más altas contemplaciones aquellos consuelos celestiales con que el Señor regala á sus Siervos muy amados. Sacáronle los Monges de Compludo muy contra su voluntad de aquel retiro, para no defraudarse de su acertado gobierno; pero como los fervorosos deseos del ilustre Padre no eran otros que dilatar las colonias de Siervos de Dios, á fin de que emulando á los Angeles, se oyesen los cánticos de las alabanzas divinas en los montes y en las solitudes, bajándose por la tierra del Vierzo á los confines de Galicia, fundó varios Monasterios, entre los que fueron muy célebres el de Villafranca, el de San Pedro junto á Villanueva, y el de la Isla frente del mismo Pueblo, alentando á los Monjes en todos ellos mas con el ejemplo que con las palabras á la consecucion de la perfeccion á que eran llamados.

Ofendian mucho á la profunda humildad del Santo los concursos de las gentes, que le seguian en todas partes; y como todas sus ansias eran vivir separado del comercio de las criaturas, para tratar única-

mente con Dios, se supo esconder tan bien entre unas espesas selvas que apenas podian penetrar los rayos del sol, y fueron en vano las mas esquisitas diligencias que se hicieron en su busca. No era ésta la voluntad de Dios, sino el que fuese descubierto por uno de aquellos maravillosos prodigios de que se vale su adorable providencia. Habia criado Fructuoso á mano ciertas avecillas en su Monasterio, y volando estas por la misma selva, luego que vieron á su bienhechor, manifestaron con festivos cánticos, y con alegres movimientos el paradero del Santo.

Quiso visitar Fructuoso el Templo de Santa Eulalia de Mérida, á quien profesaba una devocion especialisima: hizo este viage con algunos Monges, y habiendo concluido aquel acto de obsequio para con la ilustre Martir de Jesucristo, determinó pasar á la Andalucía, con el noble objeto de ampliar en aquella Provincia sus establecimientos Monásticos. Partió á esta expedicion en el rigor del invierno, sin detenerle el frio, el hielo, ni las frecuentes lluvias de la estacion; y habiendo llegado á un rio de rápidas corrientes, lo pasó á pie enjuto como los Israelitas por el Vermejo. Cayó en las aguas cierto joven con el caballo que llevaba los libros del Santo, y obró el prodigio de ibrar al joven de aquel peligro, y que los libros apareciesen en la orilla del rio sin la menor señal de humedad.

Llegó á Sevilla el ilustre padre, y habiéndose detenido algun tiempo en aquella ciudad, la ilustró con su santa conversacion, y con sus admirables ejemplos. Pasó á visitar la Iglesia de San Geroncio que está en Sevilla la vieja; y resistiéndose los marineros ó barqueros á volver á Sevilla con la nave ó con la barca, por ser ya entrada la noche cuando concluyó sus religiosos obsequios el Santo, les dijo que no se molestasen, porque Dios sin trabajo le volveria á la ciudad, como se verificó puntualmente, hallándose todos á la otra parte del rio sin hacer uso de los remos.

Partió de Sevilla á Cadiz, y no satisfecho con la fundacion que hizo en la Isla llamada por entonces Gaditana, erigió en una basta soledad del mismo territorio el suntuoso monasterio que se llamó Noño, por ser el nono de los que hasta entonces habia edificado; el cual fué tan numeroso, que mas parecia poblacion, que casa de desierto; pues la fama del ilustre fundador atrajo á muchas personas de la nacion á aquel religioso claustro, con el deseo de dedicarse enteramente al servicio del Señor bajo la ensenanza de tan santo como sabio maestro; á cuya disposicion pusieron cuantiosísimas limosnas, para que las invirtiese en los piadosos designios que le pareciesen convenientes. No fue solo el establecimiento manástico que hizo Fructuoso en aquel territorio para varones, tambien sirvió para las ilustres vírgenes que quisieron consagrarse á Dios, de las que fue Santa Be-

nedicta la primera fundadora, habiendo concurrido al Santo para que la dirigiese en el camino del cielo, segun se dice en su portentosa vida que podrá ver el lector en el día 29 de Junio.

No contento Fructuoso con haber ilustrado á España con tantos, y tan célebres monasterios, quiso pasar al Oriente á dilatar en él los mismos establecimientos; pero habiendo descubierto su intencion uno de sus discípulos cuando ya tenia preparada la embarcacion, sintiendo los Españoles que tan brillante antorcha se ausentase de la Nacion, dieron parte al rey Recesvinto de la determinacion del santo. Espidió inmediatamente el religiosísimo principe su real órden para que se custodiase á Fructuoso en un lugar seguro sin causarle la menor molestia; pero todas las prevenciones que se tomaron para la seguridad de su persona, no impidieron el que saliese de noche, sin ser visto de los guardas, á satisfacer sus devociones en los templos, abriéndose por sí mismas las puertas de la prision; bien que como era tan obediente á los preceptos de su soberano, se volvia á la reclusion luego que concluia sus estaciones. Vacó por aquel tiempo el obispado de Dumio, en la provincia de Portugal, y como el rey Recesvinto deseaba ligar á Fructuoso con alguna causa justa que le obligase á residir en España, hizo en su persona el nombramiento de aquella cátedra, hallándose muy distante de apetecer honoríficos empleos. Facil es de creer en un varon apostólico que tenia acreditado este caracter con tan relevantes pruebas, la vigilancia pastoral con que satisfizo todos los deberes de su alto ministerio, dejándose ver en todo, sino el original, á lo menos la copia de los prelados perfectos que exige San Pablo en el candelero de la Iglesia.

Asistió el Santo Prelado al concilio Toletano X que se celebró en el año 657, y habiendo sido depuesto Patamio Arzobispo de Braga por el delito de fragilidad que confesó él mismo lleno de arrepetimiento, pusieron los ojos todos los padres en Fructuoso, para que ocupase aquella Silla Metropolitana á pesar de su hamilde resistencia. No alteró la nueva dignidad un ápice la conducta, ni la religiosidad que conservó en el claustro el ilustre prelado, dejándose ver siempre tan pobre, y tan humilde cuando Arzobispo, que cuando solitario y cuando monge. Con la frugalidad de su mesa, y con la molestia del tren de su casa, tuvo medios para socorrer á muchos miserables; pero no parando en esto su vigilancia pastoral, reparó, y adornó diferentes iglesias, solicitando que en ellas se celebrasen los oficios divinos con toda la posible magnificencia por doctos Ministros. Tambien fundó entre Braga y Dumio el célebre monasterio de San Salvador de Manciolo, de que hizo donacion en lo sucesivo el Rey Don Alonso el Magno á Sisenando Obispo de Compostela. Deseaba el Santo que fuese aquella ilustre casa el lugar de su sepulcro, y habiendo tenido revelacion de la hora de

su muerte sin tener concluida la fábrica, trabajaba por las noches con hachas encendidas, para tener el consuelo de verla acabada antes de espirar. Acometióle una fiebre maligna, que le puso en inminente riesgo: manifestó á los asistentes el dia y la hora puntual de su tránsito lleno de extraordinaria alegría, porque se llegaba el tiempo de disolverse de los vínculos carnales para unirse con Jesucristo, y preguntándole los circunstantes que si temia á la muerte, les respondió: *No la temo, porque aunque pecador, se qué camino á la presencia de mi Dios.* Hizose llevar á la Iglesia, donde en traje de penitente segun la costumbre de aquellas edades recibió los últimos Sacramentos, edificando al Pueblo con los fervorosos actos de contricion, y manifestando con amorosos afectos el encendido amor de Dios en que se hallaba abrasado; estendiendo los brazos en ademan de abrazar la felicidad eterna, murió tranquilamente en el dia 16 de Abril del año 665 con universal sentimiento de todos sus súbditos, que lloraron amargamente la falta de un pastor tan santo, y de un padre tan caritativo.

Dieron sepultura al venerable cuerpo del ilustre Arzobispo en el monasterio de San Salvador, que despues se llamó de San Fructuoso, y es hoy de Religiosos Descalzos de San Francisco; [donde se mantuvo en grande veneracion hasta el año 1102, en el que pasando Don Diego Gelmirez Arzobispo de Santiago á visitar varias Iglesias, que pertenecian á la suya en la Provincia de Portugal, valiéndose de piadosísimas industrias, trasladó el cuerpo del Santo con las reliquias de otros Siervos de Dios á Compostela.

DIA XVII.

Santa Potenciana Virgen y mártir.

AUNQUE de Santa Potenciana, cuya memoria se celebra en el obispado de Jaen, no se ha podido adquirir noticia cierta de su patria, como ni de su admirable vida, á pesar de las mas esquisitas diligencias que se han hecho en su busca, con todo nos consta de su culto inmemorial en el territorio de Andujar, y el descubrimiento de sus venerables reliquias en tiempo que el Ilustrísimo Señor Don Baltasar de Moscoso y Sandobal se hallaba obispo de Jaen. Supo este eminente prelado, que en una Ermita intitulado de los santos en las riberas del rio Guadalquivir, media lengua distante del sitio en que aparecen las ruinas de la antigua Ilturgi ó Andujar la vieja, habia un sepulcro en forma de túmulo algo elevado de la tierra, en el que estaban escritas unas letras que decian: *Aquí yace el cuerpo de Santa Po-*

tenciana, la que era tenida en tanta veneracion entre aquellos naturales, que de todas partes concurrían á implorar el patrocinio de la santa por medio de sus religiosos votos, y de sus fervorosas oraciones. Quiso inspeccionar por sí mismo lo contenido en aquel sepulcro, y mandándole abrir, halló en él los huesos íntegros de un cuerpo humano, que despidieron al tiempo de la apertura una fragancia exquisita, que consoló á los circunstantes, indicio nada equívoco de la santidad del alma de quien eran aquellas venerables reliquias. Reconoció además su Ilustrísima la antigua pintura de Santa Potenciana entre las de San Bartolomé, y San Ildefonso compatronos de la misma Ermita, con otras antiquísimas que hay en Andujar; en las que están pintadas la santa con insignias de mártir, á la siniestra San Eufrasio vestido de Pontifical, ambos en ademan de sostener aquella ciudad como patronos, y titulares suyos, como lo espresan unos versos latinos que se hallan en la parte inferior de la misma pintura, sobre la que se leen unas letras que dicen: *Año 45 de la natiuidad del Señor vivió San Eufrasio mártir apostólico obispo de Iliguri, cónlega de la Santísima Potenciana.*

Hizo el piadoso obispo informacion judicial sobre el culto inmemorial tributado á la Santa, sobre la pia afeccion que la profesaban todos los pueblos de la comarca, y sobre los muchos milagros que por su intercesion habia obrado el Señor en favor de los que concurrían á visitar su sepulcro; y en vista de todo mandó en el día 11 de mayo del año 636, que se incluyesen las venerables reliquias en una preciosa urna, la cual se colocó en la capilla que hizo labrar á sus espensas en la dicha ermita; y que en adelante se continuase el culto dado hasta entonces por los fieles. En cumplimiento de este decreto se depositaron parte de las reliquias bajo del altar de la espresada capilla, y parte en el antiguo sepulcro; de las que se hizo la traslacion con toda magnificencia en el día 15 de abril de 1640 con asistencia de todos los pueblos que concurrían á solemnizar aquel acto; desde cuya época se ha continuado el culto público de la Santa, la que desde los tiempos antiquísimos tuvo grande veneracion en su sepulcro.

DIA XVII.

S. Elias, Pablo, é Isidoro mártires.

Si fué cruel la persecucion que padecieron los cristianos de Córdoba en el reinado de Abderraman, fué mas sangrienta sin comparacion en el de su hijo Mahomat que le sucedió en el trono, príncipe verda-

deramente cruel que descubrió desde luego el odio mortal que habia mamado con la leche contra los fieles inocentes. En el mismo dia de su coronacion mandó despedir de su palacio á todos los cristianos que sirvieron á su padre, privándoles de los sueldos que gozaban á título de criados de la casa real, y puso en sus empleos á personas infieles poseidas de sus diabólicas intenciones; pero no satisfecho con esto, dió órden para que se demoliesen las Iglesias que se habian edificado despues que entraron los moros en España, y cargó á los cristianos insoportables tributos, los que se cobraban con tanta violencia, que mas parecia robarles sus bienes, que exigirles las reales contribuciones. De aquí resultó, que no pudiendo algunos fieles déviles sufrir el yugo de aquella dura opresion que apenas les dejaba respirar, compraron la libertad á costa de hacerse esclavos del demonio, acomodándose á la ley y á las ridiculas supersticiones de los Agarenos; pero á pesar de tan enormes escesos no faltaron en Córdoba ilustres varones de todos estados, y de todas condiciones que salieron al campo de la batalla, á hacer frente al enemigo con aquel valor y con aquella fortaleza que es propia de los héroes del cristianismo.

Uno de estos esforzados militares de Jesucristo fué Elías, célebre sacerdote, natural de la Provincia Luxitana, hoy Portugal varon verdaderamente respetable no solo por sus canas, sino por la justificacion de su conducta, al que se unieron para tan gloriosa empresa dos ilustres jóvenes Mozárabes, esto es, cristianos mezclados con los Arabes, llamados Pablo, é Isidoro, ambos oriundos de la misma Córdoba, los que encendidos en los mas vivos deseos de aspirar á la cumbre de la mas alta perfeccion, se habian consagrado á Dios en uno de los monasterios de aquella ciudad, donde su vida inculpable servia de ejemplo á todos los religiosos. Aunque los tres eran diferentes en la edad, y en la profesion, con todo, unos en la fé y en los piadosos sentimientos, determinaron de comun acuerdo hacer una pública confesion de Jesucristo ante el tribunal de los infieles, condenando á un mismo tiempo la abominable ley de Mahoma, cuyo delito tenian por irremisible los Agarenos.

San Eulogio que escribió las actas de estos dos ilustres mártires en el libro tercero de su memorial, no nos dice la causa que les movió para una resolucion tan generosa, ó bien porque en aquel documento solo recopiló los gloriosos triunfos de los que padecieron por la fé en Córdoba; ó bien porque su ánimo era escribir mas despacio las actas despues que cesase el furor de la tempestad, cuyo tiempo no tuvo por haber fallecido en ella; ó bien porque siendo el mayor elogio de un cristiano el martirio, le pareció suficiente, que con este testimonio se daba la mas auténtica prueba de todas cuantas pudiese recomendar la vida de los profesores de la religion cristiana.

Sea el motivo el que fuese, es lo cierto que Elias, Pablo, é Isidoro pusieron en ejecucion su nobilísimo pensamiento, á pesar de las rigurosas prohibiciones Mahometanas: confesaron públicamente á Jesucristo, declaráron contra el falso Mahoma, y contra las ridiculas patrañas de su ley, haciendo ver á los Arabes que perecian irremisiblemente, dejándose conducir por las necesidades de su Alcoran. No necesitaban los moros de una confesion tan solemne para proceder contra los cristianos, á quienes miraban como enemigos capitales de su secta, y graduando aquel acto de celo por uno de los delitos mas enormes, se arrojaron llenos de furor sobre los tres Héroes; y sin dar tiempo para que se formasen los procesos judiciales acostumbrados en semejantes casos, los decapitaron precipitadamente en el dia 17 de Abril del año 856. No satisfechos los bárbaros con este castigo, clavaron en tres palos los cuerpos de los tres mártires á la vista de la ciudad, para aterrar á los fieles con aquel afrentoso espectáculo, y pasados algunos dias los arrojaron al rio Guadalquivir, con el perverso intento de que en tiempo alguno pudieran los fieles tributarle la veneracion debida.

DIA XVIII.

S. Perfecto presbítero y mártir.

EN la infeliz época que se hallaban los Moros dueños de la fertilísima provincia de Andalucía, y que fijaron su Corte en Córdoba, llamada en tiempo de los Romanos, Colonia patricia, y despues ciudad Regia por Abderraman segundo de este nombre, se empeñó este Príncipe en enriquecerla con soberbios edificios, y con jardines amenos, de suerte que en la grandeza y en la hermosura con que la adornó, escedió incomparablemente á todos los Reyes predecesores suyos; pero pareciéndole que no estaba su imperio con seguridad, si al cuidado de fortificar la capital no acompañaba el desvelo de sostener su secta, creyendo que los cristianos eran el mayor impedimento para poder conservarla con el esplendor que deseaba, hizo publicar una ley en la que mandaba bajo la pena de muerte, que no se atreviese algun cristiano á hablar mal de su profeta, dejando á los moros en libertad, para que pudieran blasfemar de Jesucristo. Esta determinacion injusta que en la disparidad de sus extremos manifestaba á primera vista la perversa intencion que animó al bárbaro Legislador que la promulgó, dió margen á los infieles para dar á la iglesia un gran número de Mártires, especialmente en Córdoba que fué el teatro mas

sangriento, donde el furor de los Mahometanos sacrificaba cada día muchos fieles inocentes, de los cuales fue uno San Perfecto natural de la misma ciudad, educado desde sus mas tiernos años en la iglesia de S. Acisclo, que era una célebre escuela donde se instruian los jóvenes cristianos en toda clase de erudición literaria, y con particularidad en la religion cristiana, y en las disciplinas eclesiásticas. Hizo Perfecto así en las ciencias como en la virtud grandes progresos bajo la enseñanza de sus Preceptores, y dedicándose al estado eclesiástico con el noble objeto de servir únicamente al Señor, ascendió por los grados prescriptos en los Sagrados Cánones á la dignidad del Sacerdocio, en la que se distinguió desde luego por la arreglada circunspeccion de sus costumbres, por su singular piedad, y por su gran sabiduria. Como juntaba Perfecto á estas recomendables prendas un perfecto conocimiento en la lengua Arabe, se grangeó la estimacion y el aprecio hasta de los mismos infieles, bajo cuyo concepto le suplicaron algunos de ellos que les dijese con ingenuidad lo que sentia acerca de Jesucristo y de su profeta. Rezelóse el ilustre presbitero de la pregunta, y sospechando algun fraude de los infieles, les hizo dar palabra con juramento, de que oirian la verdad sin el menor enojo. Ya asegurado con semejante promesa, les hizo ver que Mahoma indigno del nombre de profeta habia sido un hombre de baja esfera, que se hizo famoso por sus execrables torpezas, y que adicto como ninguno á las obscenidades de los sortilegios, fingió que por ministerio de un Angel habia escrito su ley, la cual estaba llena de falsedades inconciliables con lo que dicta la razon; por cuya causa prohibió que sobre ella disputasen sus profesores, siendo este el medio adoptado por todas las gentes racionales para venir en conocimiento de la verdad en asuntos incomparables con los de la Religion, interesante nada ménos que en la eterna felicidad de los hombres.

Oyeron los Moros muy apesar suyo los convincentes discursos del santo presbitero, y arrepentidos de la palabra que dieron con juramento, aunque disimularon por entonces su enojo, deseaban con impaciencia el que se les ofreciese ocasion oportuna para vengar las injurias hechas á su profeta. Salió Perfecto pasados algunos dias por la ciudad á negocios urgentes, y viéndole los mismos bárbaros que habian explorado su parecer, se arrojaron sobre su persona con la mayor violencia, y le presentaron al juez Agareno, acusandolo criminalmente sobre haber proferido las mas execrables blasfemias contra Mahoma; cuya ley tuvo la osadia de condenar por irracional, y por dementes á los que la siguiesen. Negó el ilustre sacerdote la delacion sorprendido con la inopinada novedad; pero dando el juez mas crédito á los delatores que á Perfecto, mandó ponerlo en una obscura mazmorra cargado de prisiones, con la prevencion de mantenerlo en

ella hasta la Pascua, la que queria celebrar con el sacrificio de aquella inocente víctima. Entró el venerable presbítero en el calabozo lleno de alegría, considerándose dichoso en padecer por amor de Jesucristo, y para disponerse al fin deseado, se ocupó todo aquel tiempo en fervorosas oraciones, en santas vigalias, y en rigurosos ayunos.

Era el juez de la causa un Eunuco llamado Nazar gran privado del rey, quien gobernaba la Monarquía con un absoluto despotismo. Llegó el dia de la Pascua tan deseado de los Moros para satisfacer sus brutales apetitos, y sacando de la cárcel á Perfecto lo presentaron al tribunal del Eunuco. Reconvinole este sobre la acusacion hecha por los Mahometanos, y aunque la negó el ilustre sacerdote en la primera vez sorprendido con la tribulacion, estuvo tan lejos de reterarse en la negacion, que arrepentido de ella, condenó nuevamente á Mahoma por falso profeta, enemigo de la verdad, haciendo demostrable á los Africanos que habia sido un monstruo fiero, que vomitó el abismo para la perdicion de innumerables gentes. No dió el juez lugar para que continuase el santo en sus discursos, porque irritado en estremo al oír las injurias contra su Legislador, mandó que lo degollasen inmediatamente, creyendo que con la sangre del atrevido cristiano lavaba las manchas que impuso á su profeta.

Habian salido de la ciudad una multitud de Moros á celebrar la Pascua á la otra parte del rio llamado el campo de la verdad; luego que supieron que se ejecutaba en aquel dia la sentencia pero de muerte de Perfecto, quisieron hallarse presentes al sacrificio, persuadiendose que en vista de él serian mas aceptos sus ritos; mas el Señor vengó la impía complacencia, haciendo que muchos de ellos se ahogasen en el rio cuando volvian á Córdoba.

Sucedió el martirio del ilustre confesor en el dia 18 de Abril del año 850, y recogido su venerable cuerpo por los cristianos, le dieron sepultura en la Iglesia de San Acisclo, donde se mantuvo en grande veneracion segun escribe San Eulogio. No se tardó mucho tiempo en verificarse la profecía del santo en órden á la desgraciada muerte del juez de su causa; pues asiendose de las entrañas del Eunuco una fiebre pútrida originada de un activo veneno, las arrojó de su miserable cuerpo á la manera que el Heresiarca Arrío en una necesidad natural.

DIA XXII.

Santa Senorina Abadesa.

SANTA Senorina tan célebre por sus heroicas virtudes, como por sus maravillosos prodigios, nació al mundo por los años 924. Fueron sus padres Hufo, Adulfo ó Abulso Belfajar ó Belfajer, Conde y Señor del territorio de Vieira, y de Basto, pueblos del obispado de Braga en la provincia de Portugal, y Teresa hermana de Gonzalo Soario diestro militar, que auxilió muchas veces á los reyes de Leon. Murió esta dejando á Senorina casi de pecho; y penetrado el corazon de Hufo del mas vivo dolor así por la pérdida de su amada consorte, como por ver á la niña sin madre en una edad tan tierna, se le ocurrió el noble pensamiento de entregarla á su tia Godina, que se hallaba abadesa del monasterio de San Juan de Vieira, Señora de conocida virtud, para que cuidase de su educacion. No salieron frustradas las esperanzas del conde, pues aplicándose Godina con el mayor desvelo á dar á la ilustre niña una crianza tan propia de su piedad, como de su alto nacimiento, tuvo el gusto de verla en su juventud como un templo vivo del Espíritu Santo, aspirando siempre por llegar á la cumbre de la mas alta perfeccion; para lo cual ayunaba casi todas los dias, domaba los rebeldes apetitos de la carne con un áspero cilicio y con sangrientas disciplinas, gastando el tiempo restante ó en oracion, ó en santas conversaciones.

Esparciose la fama de la eminente virtud de Senorina por toda aquella region, y prendado un noble caballero de sus relevantes cualidades, buscó medio para que llegase á entender que pretendia su mano: mas la insigne virgen le hizo entender que eran otros sus designios. Valiose el joven de todos los medios que pudo sugerirle la vehemencia de su pasion; pero viendo inútiles todos sus recursos, se presentó al Padre de la Santa, y manifestándole con tiernos suspiros, y con abundantes lágrimas el grande amor que profesaba á su hija, le rogó que se la concediese por esposa. Admirado el conde de un afecto tan particular como el que manifestaba el ilustre caballero, considerando, que en él concurrían todas las circunstancias que pudiera apetecer para este caso, le despidió benignamente con la palabra de que hablaria á su hija sobre el fin que le proponia. Habló con efecto el conde á Senorina, ponderándola la ventajosa conveniencia que se la ofrecia con aquel matrimonio; pero apenas oyó la insigne

virgen semejante proposicion tan opuesta á sus nobilísimas ideas, cuando respondió: *Yo ya tengo por esposo á Jesucristo, á quien es cosa abominable posponerle á otro alguno; y así no me podrán separar de su amor ni las instancias de un padre, ni el afecto del joven apasionado, ni todas las riquezas de este mundo.* Quedó el padre lleno de admiracion al oír las espresiones de su hija, dichas con un extraordinario fervor de espíritu, y no queriendo impedir su buen propósito, le prometió que jamás le tocaria igual asunto.

Agradó tanto al cielo la conformidad de Hufó con la acertada determinacion de su hija, que en la noche inmediata le manifestó en sueños un Angel lo acepta que habia sido al Señor su resignacion, previniéndole que mandase á Seniorina que abrazase cuanto antes el estado religioso. Obedeció el conde inmediatamente el aviso superior; y habiendo hecho presente á su hija, y á su tia Godina la voluntad del Señor intimada por medio del celestial oráculo, se procedió sin la menor dilacion á que vistiese la ilustre virgen el hábito Benedictino. No es fácil poder explicar el gozo que concibió Seniorina viéndose con las insignias de esposa de Jesucristo, y desde aquel punto todo su pensamiento, y toda su ocupacion fue dar todo el lleno á la alta idea de perfeccion á que era llamada, adelantándose tanto en la carrera, que no solo sirvió de ejemplo, sino de admiracion á todas las religiosas.

Leia Seniorina con mucha frecuencia las actas de los mártires, y meditando sobre la heroica constancia de aquellos héroes de nuestra santa religion, y sobre la eterna felicidad que compraron con su sangre, se encendió de tal modo en vivísimos deseos de padecer martirio, y no pudiendo conseguir esta dicha, cayó en una profunda melancolia. Esploró la abadesa la causa de la extraordinaria tristeza de su sobrina, y la hizo entender con su gran prudencia, que la vida monástica en su severidad no era otra cosa que un verdadero martirio; cuya corona podría conseguir por medio del rigor de sus ejercicios religiosos, triunfando de los fuertes combates de los enemigos del alma, aunque no batallase con los gentiles. Consolada Seniorina con estos consejos, emprendió aquel género de lucha, continuándola con tanto rigor por todo el discurso de su vida, que no sin razon se la reputó por martir; á virtud del cruento sacrificio que hizo de su propio cuerpo, crucificándolo con asombrosas penitencias.

Murió la Abadesa Godina, y como á todas las religiosas constaba la eminente virtud, y la consumada prudencia de Seniorina, la eligieron superiora á pesar de su humilde resistencia. El nuevo empleo solo sirvió para que mas brillase la virtud de la Santa Madre tan abastida, tan mortificada, y tan exacta cuando abadesa, que cuando súbdita; sin que se le observase la menor alteracion en su dulzura, en su

modestia, ni en su apacibilidad; de manera que solo se conocia que era superiora, en que iba delante de todos los ejercicios mas humildes, y mas penosos de la observancia regular. Quiso Dios manifestar la santidad de su fidelísima sierva con maravillosos prodigios, de los cuales se referirán algunos para que se forme idea de este don que la fue concedido. Caminaba en cierta ocasion Senorina con algunas de sus hermanas por el territorio de Carrazedo; y habiéndose puesto á rezar el oficio divino en un ameno sitio, era tanto el ronco estrépito de las ranas, que les impedia enteramente la atencion, y la devocion. Mandólas la Santa que callasen en adelante, y obedecieron en tanto su precepto, que desde entonces no se han visto semejantes animales en aquel territorio.

Hallábase la Santa un dia en el oficio de completas; y habiendo oido cánticos dulcísimos en la region del aire, preguntada por sus hijas qué significaba aquella suave melodía, las respondió, que en aquella misma hora conducian los angeles con festiva música á el alma de su pariente San Rudesindo á la patria celestial, como se verificó puntualmente averiguado el tiempo en que murió el Santo. Tambien se debió á sus fervorosas oraciones la conversion del agua en vino no pocas veces, y la tranquilidad de muchas furiosas tempestades que amenazaban considerables daños.

Oyó la ilustre abadesa estando en oracion una voz que la dijo: *Ven escogida mia, que el Supremo Rey desea tu hermosura*; y conociendo por ella que se acercaba el fin de sus dias, hizo esfuerzos extraordinarios para purificar su inocencia. Recibió los últimos sacramentos con aquella devocion que era propia de su espíritu; y habiendo dado á sus hijas las mas celosas instrucciones sobre la observancia regular, murió en el Señor en el dia 22 de abril del año 982 á los cincuenta y ocho años de su edad. Dieron sepultura á su venerable cuerpo en el mismo Monasterio cerca de las reliquias de San Gervasio y de Godina; y dignándose el Señor hacer cada dia muchos milagros por la intercesion de su sierva, movieron estos á Don Pelayo obispo de Braga, á visitar su sepulcro; y habiendo conseguido á su presencia un ciego de nacimiento la vista por mediacion de la Santa, elevó sus reliquias á un sublime lugar, gravando en él un epitafio expresivo de los ilustres hechos de Senorina: memorable entre ellos la milagrosa salud que consiguió el Principe Don Alonso hijo de Sancho I. de Portugal, tan gravemente enfermo, que estuvo en el último término de la vida, por lo que hizo Don Sancho grandes donaciones al monasterio de la Santa; cuyo cuerpo descansa hoy en la iglesia parroquial de Santa Senorina de Basto al lado del Altar mayor, la que fue monasterio en los tiempos antiguos.

DIA XXVI.

Traslacion de Santa Leocadia Virgen y mártir.

EL cuerpo de la santa Virgen Leocadia, mártir española del siglo IV, cuya vida escribiremos el día 9 de Diciembre, fué sepultado junto á Toledo su patria donde habia padecido, en un templo que se edificó fuera de la ciudad en la vega, no léjos del Tajo. En este templo por respeto á tan venerables reliquias se mandaron enterrar S. Ildefonso y otros prelados, y se celebraron los concilios IV, V, VI y XVII de Toledo. Allí se conservó hasta la destruccion de España por los moros, con cuyo motivo escondieron los fieles muchas reliquias, otras retiraron á Oviedo y á otros lugares mas seguros. Del de nuestra Santa creen unos que fué á parar á Oviedo, donde hay una iglesia ó capilla dedicada á su nombre, la cual fundó el rey D. Alonso el Casto con otras reliquias. Otros dicen que los cristianos lo escondieron en su misma iglesia. Sea entonces ó en los tiempos siguientes, fué á parar á Flandes al condado de Hannonia, que los naturales llaman Henegan, á la diócesi de Cambray al monasterio de Cella de la órden de S. Benito, dedicado á S. Gislen, cuyos monges celebran como nosotros la fiesta y martirio de Santa Leocadia el día 9 de diciembre. De este monasterio se trajo á España el hueso entero de la pierna derecha de la Santa, desde la planta del pié hasta la rodilla por los tiempos de Felipe I y de D.^a Juana, padres del emperador Carlos V; y el rey, á quien se habia hecho este sagrado presente, lo ofreció á la iglesia de Toledo el año 1500 juntamente con una naveta de plata y de nácar preciosa y de estraña hechura, donde se colocó la reliquia.

Despues D. Alonso Manrique, cardenal y arzobispo de Sevilla, que fué natural de Toledo, pidió con instancia á los monges de S. Gislen le hiciesen gracia de enviar lo restante del cuerpo de Sta. Leocadia á Toledo; y ellos por entonces no quisieron privarse de tan gran tesoro. En el año 1538 el cabildo de aquella santa iglesia les envió sus cartas y embajada, pidiendo encarecidamente le enviasen razon y testimonio por qué caminos y en qué tiempo fueron á su poder estas santas reliquias. A lo cual los monges no pudiendo responder cosa cierta, enviaron copia de los oficios y lecciones de que ellos usaban en la fiesta de Sta. Leocadia. Algunos años despues Miguel Hernandez, sacerdote de la compania de Jesus, español natural de Mora, hállandose en Flandes con el ejército de Felipe II, viendo que

algunas abadías y templos de aquellos estados habian sido asolados, y muchas y cuerpos de santos maltratados, quemados y destruidos por los herejes, temió no sucediese otro tanto al cuerpo de la gloriosa Leocadia. Procuró que de esto se diese noticia el arzobispo de Toledo, que lo era entonces el cardenal D. Gaspar de Quiroga; y con el favor de Alejandro Farnesio, gobernador y capitán general de S. M. de aquellos estados, consiguió que el sagrado cuerpo viniese á su poder. Hizose esta donacion y entrega con gran solemnidad á 8 de febrero de 1585. Algunos por entonces pusieron en disputa si esta Santa era la española ú otra del mismo nombre. Pero ya no hay que tratar de esto, dice el P. Mariana, porque se hallaron muy claros argumentos y muy antiguos de la verdad, cuando al mismo tiempo que escribiamos esta historia, de aquel destierro, con increíble concurso y aplauso de gentes que acudieron de todas partes, á 26 de abril del año 1587, fué restituida á su patria por diligencia y autoridad del señor rey D. Felipe II de España. Baronio dice que en sus dias entró en Roma esta preciosa reliquia cuando la traian á España. Antes de llegar á Toledo la dejaron en Oliás, que está legua y media de la ciudad, y de allí la llevaron á la antigua casa donde estuvo su sepulcro, desde donde fué trasladada á la santa iglesia en una solemnisima procesion de todo el clero de la ciudad y de ochenta lugares de su jurisdiccion. Halláronse en esta fiesta solemnisima Felipe II y sus hijos el principe D. Felipe y la infanta Isabel Clara, y su hermana D.^a María de Austria, emperatriz de Alemania, muger que fué del emperador Maximiliano II. La historia de lo que sucedió en este santo viaje escribió como testigo el mismo, el P. Miguel Hernandez y tambien Pedro Sanchez de Acre, racionero de la santa iglesia de Toledo, en la vida de los emperadores. La descripcion de las fiestas que se hicieron en Toledo para recibir el cuerpo de Sta. Leocadia se halla en Pisa. *Historia de Sta. Leocadia cap. 10*, Celébrase hoy la fiesta de esta traslacion por autoridad de Sixto V.

DIA XXVI.

S. Pedro martir, obispo de Braga.

AUNQUE nos dicen varios escritores de este celeberrimo Prelado que fué de origen judío, llamado Malaquías el anciano, ó Samuel el jóven hijo de Urias, enviado á España con otros muchos de su nacion por

Nabucodonosor en tiempo de la espugnacion de Jerusalem; á lo que añaden que le resucitó en Braga el apóstol Santiago casi seiscientos años despues de su muerte; con todo graduan esta noticia por fabulosa los mejores Críticos, que solo estiman por actas legítimas las que suponen haber sido este ilustre Prelado uno de aquellos celosísimos discípulos que tuvo Santiago, cuando ilustró á España con la luz del evangelio. Conoció el santo apostol lo mucho que contribuiría para sus gloriosas conquistas un ministro del caracter de Pedro, y le consagró obispo de Braga, que fué Metrópoli de la provincia Lusitana en tiempo de los Romanos, y tambien en el de los Godos.

Colocado Pedro en tan eminente dignidad, predicó la fé de Jesucristo á la multitud de infieles de que se componía aquella numerosa ciudad: mostroles las verdades esenciales de nuestra santa religion con el mismo espíritu, y con el mismo valor que su maestro; y no pudiendo resistirse los idólatras á los concluyentes discursos con que les hizo ver los crasos errores que adoptaban en sus ridículas supersticiones y en sus horrendos sacrificios, por los que tributaban el culto debido al verdadero Dios á unas estatuas vanas, redujo á no pocos infieles al verdadero conocimiento de la ley evangélica. Mucho contribuyeron para este logro los portentosos milagros con que confirmó Pedro la doctrina que predicaba: entre los que fue muy memorable la prodigiosa curacion de una lepra asquerosa que padecía la hija del Regulo regente ó gobernador de la provincia, por cuyo beneficio abrazó ésta con su madre nuestra santa religion. Un suceso tan feliz encendió mas el zelo al varon apostólico, y no contento con la regeneracion de aquellas en Jesucristo, hizo conocer á la noble doncella el mérito, y las prerogativas de la virginidad, de suerte que se resolvió firmemente á guardar esta virtud tan agradable á los divinos ojos.

Llegó á entender el gobernador los progresos que Pedro hacia en la religion cristiana, especialmente con su muger y con su hija; y olvidándose del agradecimiento que debía al gran beneficio que ejecutó con ésta, quiso quitarle la vida. Supo el ilustre obispo la determinacion del Regulo; pero considerando que podría ser útil á su iglesia recién plantada, se ausentó secretamente de Braga, mientras se resfriaba la cólera del ingrato gobernador. No le valió al varon Apostólico un efugio tan prudente, porque como los deseos de aquel tirano eran acabar con el célebre operario del Padre de familias, á quien miraba como el mayor enemigo de sus falsos dioses, despachó en su busca fieros ministros para que le diesen muerte. Encontráronle en un pueblo llamado Rates, distante de Braga como unas cuatro ó cinco leguas; y sin que precediese alguna de las formalidades acostumbradas en semejantes juicios, le dieron muerte alevosa. Dejaron tira-

do por el suelo el venerable cuerpo del ilustre martir; pero no atreviéndose los pocos cristianos que habia en aquella poblacion á darle sepultura por temor de los perseguidores, providenció el Señor quien hiciese aquel oficio piadoso.

Hallábase cerca de Rates un varon virtuoso llamado Felix, que se habia retirado á la cumbre de un monte, con el noble objeto de seguir el tenor de la vida eremítica. Vió subir de Rates hácia el Cielo unas luces de extraordinario resplandor, y conduciéndose al sitio que indicaban, halló el cuerpo del insigne martir envuelto en su propia sangre. Dióle sepultura en el mismo lugar, sino con la pompa funeral que exigia el mérito del célebre martir, á lo menos con aquellos afectos de veneracion que inspira nuestra santa religion para con Héroes que la ennoblecieron con su sangre. Manteniéndose en aquella humilde situacion, hasta que cesó el furor de la persecucion; y luego que gozó de paz la iglesia, erigieron los fieles un templo magnífico en honor del Santo, cuyo sepulcro quiso el Señor hacer célebre con repetidísimos milagros.

En Rates permaneció el cuerpo del santo obispo en grande veneracion hasta que fue Arzobispo de Braga Don Baltasar Limpo; quien no sufriendo que estuviesen fuera de su iglesia las reliquias de su primer Pastor, trató con su cabildo sobre los medios de trasladarlas, sin que lo pudieran impedir los de Rates. Acordaron todos que se hiciese el piadoso robo en el silencio de la noche, y ejecutado así, se transfirió el precioso tesoro á Braga; y saliendo á recibirlo en procesion solemne los cabildos Eclesiástico, y Secular con todos los ciudadanos, se depositó provisionalmente en la capilla mayor, mientras se disponia lugar decente para su colocacion, la que con efecto se hizo en la capilla de San Pedro sita al lado del Evangelio sobre un Altar especial del Santo; en cuyo sepulcro se esculpió en idioma Portugues la inscripcion siguiente: *aqui yace el cuerpo de San Pedro martir discípulo de Santiago, trasladado de la iglesia de Rates á este sepulcro en el dia 17 de Octubre del año 1552.* Concluido este acto, dispuso el mismo arzobispo que se pusiese una parte del cráneo del venerable Prelado en un costoso relicario, el que se guardase en la sacristia para darle á adorar á los fieles; y tambien fundó cinco capellanias, para que sus poseedores celebrasen el sacrificio de la misa diariamente en la misma capilla, á la que estan concedidas varias indulgencias por la santa Sede.

DIA XXVII.

San Pedro Armengol.

EN la Guardia de los Prados, villa del arzobispado de Tarragona, nació por los años de 1258 Pedro Armengol, hijo de Arnaldo, cuyo apellido hoy permanece en la ilustre casa de los barones de Rocafort, descendiente de la casa de los condes de Urgel, familia nobilísima, cuyos ascendientes tuvieron enlaces muy estrechos con los condes de Barcelona y reyes de Aragon y Castilla. Hallóse presente en su nacimiento el venerable P. Fr. Bernardo Corbera, religioso de la merced, y profetizó del recién nacido infante diciendo: *A este niño un patíbulo ha de hacerle santo.* Aplicaron sus padres el mayor cuidado en la educacion del niño, á fin de que procediese conforme á las obligaciones que le impuso la cuna; pero tuvieron el desconsuelo de ver inútiles todas sus diligencias en un jóven, que habiendo salido de un natural allivo y soberbio, ni los buenos ejemplos de los padres, ni los consejos de los mejores maestros fueron bastantes para contener su desarreglo; pues envaneciéndose mas de lo que convenia sobre su nobleza, este respeto, que debía contenerle para que obrase segun su distincion, le sirvió de motivo para que discurriese tener salvoconducto de proceder con total abandono.

Mucho contribuyó á su desenfreno la compañía de otros jóvenes disolutos y ligeros, que en poco tiempo, sin mucha resistencia le condujeron por el espacioso camino de los vicios. La disolucion de su vida ahogó enteramente en su pecho aquellos piadosos sentimientos, que en los principios de su educacion habian hecho en él alguna tenue impresion. No como quiera empezó á perderse; sino que hacia gala de ser de los mas perdidos. Y como la libertad orgullosa destierra del corazon, no solo la urbanidad y modestia, sino que la embrutece, y hace feroz é intratable; oia Pedro con desabrimiento, y aun con desprecio las saludables advertencias de sus padres.

La desatencion y poco caso que hacia de otros caballeros de sus circunstancias le acarrearón no pocas pesadumbres y sentimientos; y como un abismo provoca á otro abismo, deseoso de vengarse de ellos, juntó una patrulla de gente infame, capaz de abrazar su sistema, la que alentada á la sombra de un caudillo tan visible, cometieron tales excesos, que intolerables en el país, y perseguidos de la justicia se vieron en la precision de retirarse á los montes, donde tomaron la

infame profesion de bandoleros, siendo Pedro su gefe y capitan, con total abandono de su nobleza.

El dolor y sentimiento que causó al padre el rumbo de un hijo tan perdido, que ponía á su familia el bórron mas denigrativo, le hizo, para templar esta pena, dejar el pueblo de su habitacion, y retirarse al reino de Valencia, recién conquistado por el rey D. Jaime, con ánimo de seguir la corte, y emplearse en el servicio de un monarca tan recomendable. Determinó este príncipe pasar á Mompeller á verse con el rey de Francia, para tratar negocios importantísimos á ambas coronas; y entendido que en los montes Pirineos había no pocos salteadores que robaban y daban muerte á los pasajeros, para transitar sin peligro, dió comision á Arnoldo, sugeto de conocido valor y notoria esperiencia, á fin de que despojase el camino de aquel riesgo.

Ocurrió á Arnoldo lo que podia suceder en una expedicion tan peligrosa; pero deseoso de remediar la afrenta que causaba á su linaje su hijo, que presumia fuese el capitan de los salteadores, partió al momento con algunos de á caballo, y dos banderas de infantes. Luego que reconoció los sitios proporcionados de las montañas, y supo á virtud de las mas vivas y eficaces diligencias, que se reunieron las compañías de los bandidos para apoderarse de las riquezas de la real comitiva, ocultándose en un bosque con una porcion de infantes, dispuso echar en el camino unas acémilas mas cargadas de ruido que de dinero, á fin de atraer al cebo los ladrones. Salióle bien el pensamiento, y cuando se hallaban mas engolfados en la presa, dió sobre ellos Arnoldo y su tropa con el mayor esfuerzo, hiriendo á unos y prendiendo á otros. Pero advirtiendo que una manga de aquella escolta se defendia con particular denuedo, sospechando por lo mismo que en ella se hallaria su capitan; se apeó del caballo, y empuñando el acero, animando á los suyos, principió á acometerla como un valiente leon. La buena suerte de Arnoldo y de su hijo Pedro, hizo que fuesen los dos los primeros que se presentaron en el combate cuerpo á cuerpo, y suspendiéndose ambos despues de los primeros encuentros, hasta certificarse de las personas respectivamente; conocidos, convirtieron la cólera en compasion á un mismo tiempo, doliéndose de haberse herido recíprocamente; y avergonzándose Pedro de acometer á quien le dió el sér, bañado en tiernas lágrimas, postrado á los pies del padre, le entregó la espada, y con ella el corazon, rogandole que hiciese con él los oficios del juez mas severo.

No pudo Arnoldo aunque tan ofendido desentenderse del amor de padre, viendo á su hijo postrado; y llevándole consigo para experimentar si era verdadero su arrepentimiento, dentro de muy breve tiempo acreditó con pruebas prácticas lo que jamás pudo pensarse

de un hombre tan abandonado. Súpose el suceso por todo Aragón y Cataluña, y fué para todos de tan inesplicable gozo y satisfaccion, que dieron á Arnoldd el parabien por la recuperacion de un hijo, que consideraban enteramente perdido.

La divina Providencia, que dispuso el memorable referido hecho para la conversion de Pedro, continuando con sus sabios designios, hizo de él un héroe, que si en su juventud desacreditó su ascendencia con sus acciones, despues recuperó el honor vulnerado de su illustre familia, y ensalzó su estimacion.

Retirado nuestro Santo de la vista de los mortales, lleno de confusion y vergüenza, meditando sobre sus enormes delitos, cayó en una profunda melancolia. Valióse el enemigo de la salvacion de esta constitucion triste para tentarle á la desesperacion, representándole con la mayor viveza el rubor que era indispensable padeciese un sugeto de sus circunstancias, al proferir por su boca las execrables maldades que habia cometido, para merecer la absolucion de ellas por medio de la confesion. Pero como Dios tenia determinado formar de tan grande pecador, uno de los mayores Santos de su Iglesia, alentó su desconfianza la voz viva de varios sermones que dispuso oyese en el discurso de aquel tiempo.

Pasó al convento de la Merced de la ciudad de Barcelona á desahogar su conciencia; y oyéndole en confesion un maestro sabio, prudente y esperimentado en el ministerio, conociendo la vehemencia del dolor, y sinceridad del arrepentimiento del penitente, alentó su espiritu en tales términos, que fué causa de renovar en aquella planta un agigantado árbol, capaz de producir los mas asombrosos frutos de penitencia.

Encendido Pedro en vivisimos deseos de satisfacer las injurias hechas á Dios en la vida precedente, disueltos ya los lazos que le oprimian, alentado con un nuevo espíritu, y lleno de nuevo aliento, tomó la generosa resolucion de hacerse religioso de la Merced: pidió el hábito con tantas instancias, y dió pruebas tan concluyentes de ser verdadera su vocacion, que fué recibido en el convento de Barcelona con particular aplauso.

Apenas se vió vestido con la insignia militar de la Reina de los Angeles, maravilló su fervor á los mas perfectos, y miraron los mas ancianos con admiracion sus progresos en el noviciado; pues no pudo subir á mas punto su humildad, puntualidad y obediencia. Las pasiones á que se habia entregado tan desenfrenadamente en el siglo, se amotinaron con violencia, viéndose reprimidas en la religion; pero supo sujetarlas con tanta prontitud por medio de rigurosas penitencias, por una continua mortificacion de los sentidos, y por una oracion perpetua, que antes de acabarse el año de probacion, logró ver-

las todas rendidas á la servidumbre de la razon. Al modo que cuando jefe de malhechores les precedió en los desórdenes, despues que siguió la milicia de Jesucristo, se aventajó á los de la profesion en la reforma. En lugar de las armas ofensivas que usó cuando libertino, substituyó diferentes instrumentos de mortificaciones asombrosas para crucificar su carne. Los dias y las noches pasaba hecho un mar de lágrimas, pidiendo al Señor misericordia; llegando su rigor á tales términos, que así como á otros religiosos se les hacen capítulos de culpas, á Pedro era necesario hacerle continuos exámenes sobre sus penitencias, hasta mandarle por obediencia que se fuese á la mano en ellas.

Viendo los superiores su gran talento y raro mérito, le mandaron con precepto espreso recibiese los sagrados órdenes á pesar de su humilde resistencia, por la que se confesaba indigno de ascender al sacerdocio; en cuya dignidad se portó como el mas digno ministro del Altísimo. Todos los dias celebraba el santo sacrificio de la misa con tanta devocion, ternura y lágrimas, que cuantos le veian en el altar, salian compungidos, como si oyesen el sermon de un predicador apostólico.

Bien satisfecha la religion de su fervor y zelo, fióle á los ocho años de profeso el importante cargo de redencion de cautivos. Desempeñó la comision completamente en las provincias de España, que estaban todavia en poder de los agarenos; pero como toda su ansia era pasar al Africa, y su mayor consuelo, como solia decir, el quedarse cautivo por el rescate de alguno de los cristianos; en una ocasion que hizo esta expedicion, llegó á Bugia con su compañero Fr. Guillelmo Florentino, varon de grande mérito, y rescataron ciento diez y nueve cautivos, sin ofrecerse accidente que les embarazase hacerse desde luego á la vela para volver á la patria; pero como Dios tenia allí dispuesto el teatro de las glorias de Armengol, hizo que llegase á su noticia la esclavitud de diez y ocho niños, que como inocentes corderillos se hallaban en poder de aquellos lobos, espuestos á renegar de la fé de Jesucristo, movidos ya de los halagos, ya de los castigos de los bárbaros. Reflexionó Pedro era este el caso que habia prometido por el voto de su religion, y así se ofreció gustosamente en rehenes por la cantidad en que concertó el rescate de los diez y ocho inocentes; con la condicion, de que si no se entregaba en el tiempo estipulado, fuese condenado á las penas que quisiesen imponerle.

Partió Guillelmo con los cautivos, y se quedó Armengol á padecer y á obrar prodigios de caridad entre los infieles, convirtiendo á la fe de Jesucristo á no pocos de ellos con la eficacia de su predicacion autorizada con muchos prodigios; pero habiéndose pasado el tiempo prescrito para la solvencia del crédito, le pusieron en una prision, lle-

gando su inhumanidad á términos de negarle hasta el preciso sustento; bien que el Señor por ministerio de los ángeles surtió á su delirioso siervo milagrosamente. Cansados ya los bárbaros de atormentarle conspiraron contra su vida, añadiendo al motivo que escitó su furor la falsa acusacion de que blasfemaba y maldecia de su profeta, despreciando su ley. Irritó la novedad el ánimo del juez en tal manera, que sin embargo de que no faltó quien defendiese á Armengol entre los infieles, diciendo que lo pactado en el concierto no era la pena de muerte, sino de prision y cárcel; con todo, le condenó al castigo de horca, irregular entre los sarracenos, para acreditar en él uno de sus prodigios asombrosos la divina providencia. Ejecutóse en fin la sentencia, y estuvo ocho dias pendiente del madero, sin que se atreviese alguno á bajarle de él, á virtud de la prohibicion que publicaron los moros.

Llegó por este tiempo su compañero Fr. Guillelmo con la cantidad estipulada para el rescate de Pedro; pero habiendo sabido el atentado que ejecutaron los bárbaros, lleno de pena y sentimiento, pasó á ver el lastimoso espectáculo con algunos cautivos; y advirtiéndole al acercarse que no solo no despedia feter alguno el cadáver despues de tanto tiempo, sino una fragancia celestial, quedándose suspenso, anegado en tierno llanto, le habló Armengol desde la horca, manifestándole, que la Santísima Virgen le habia conservado la vida en aquella disposicion para que publicase sus maravillas perpetuamente. Y ordenándole que le bajase del cadalso, lo ejecutó Florentino inmediatamente con admiracion de los concurrentes y de todos los bárbaros, que asombrados de tan estupendo prodigio, no pocos se convirtieron á nuestra santa fe.

Dispusieron los dos amados compañeros dar la vuelta para Barcelona, que ya sabedora del portento esperaba ver con impaciencia al invicto mártir de Jesucristo; y habiendo llegado á ella, le recibieron todos con imponderable gozo, acompañándole desde el puerto hasta dejarle en su convento, dando gracias al Señor por sus maravillas. Deseaban los religiosos saber de su boca el suceso, pero no lo pudieron conseguir por mas ruegos; hasta que mandándole el prelado lo refiriese, no pudiendo resistirse á la obediencia, lo hizo humilde y modestamente en estos términos: *La Virgen Maria, madre de Dios y nuestra, pidió á su santísimo Hijo la conservacion de mi vida; y conseguido este favor, la misma soberana Reina me sostuvo con sus santísimas manos, para que con el peso del cuerpo no me ahogase el cordel de que estaba suspenso; y al decir estas palabras fueron tales los efectos de dulzura que sintió su corazon, que se quedó arrebatado en un admirable éstasis.*

Manifestando siempre Pedro en el cuello torcido, y en el color pá-

lido las señales mas auténticas del suceso; vivió dos años despues en Barcelona todo ocupado en altas contemplaciones y asombrosas penitencias. Destinóle la obediencia al empleo que mas deseaba su apostólico zelo, que era la conversion de las almas; y habiendo hecho el mas copioso fruto en ellas por medio de su predicacion y admirables portentos; no pudiendo sufrir su humildad los honores y aplausos que le tributaba toda la ciudad, se retiró al pobre convento de nuestra Señora de los Prados, sito en el obispado de Tarragona, donde su vida fue una continua serie de heroicas virtudes y familiares coloquios con la Reina de los ángeles, á quien agradecido del favor dicho, profesaba tanto afecto, que no parecia posible ni mas reverente devocion, ni ternura mas filial.

Como notasen los religiosos que en sus frecuentes raptos decia muchas espresiones dulces, en las que parecia estaba en conversacion con alguna persona invisible, preguntándole despues qué le sucedia, respondia siempre: *No lo sé, Dios lo sabe.* Y acordándose de aquellos dias que estuvo en la horca, les aseguraba en las repetidas veces que hablaba de la gloria: *Creedme, hermanos carísimos, que yo no juzgo haber vivido día alguno, sino aquellos pocos, pero felicísimos, en que pendiente de un madero estaba reputado por difunto.*

Finalmente oprimido de una grave enfermedad, conociendo se acercaba la hora de su muerte, la que predijo con espíritu profético, despues que recibió con su acostumbrado fervor los últimos sacramentos, cantando aquel verso de David: *Vuélvete alma mia á tu descanso, porque el Señor lo ha hecho bien contigo:* repitiendo otro del mismo profeta: *Yo agradeceré al Señor en la region de los vivos,* entregó su espíritu en manos del Criador en el día 27 de abril, dignándose el Señor desde luego acreditar la gloria de su siervo con siete milagros de prodigiosas curaciones de tres hombres y cuatro mujeres, antes que se diese sepultura á su venerable cuerpo.

No nos dicen los escritores el año puntual de su preciosa muerte; pero si atendemos á la referencia de los monumentos auténticos que señalan el suceso prodigioso de la horca en el de 1266, y que despues de este sobrevivió diez y ocho años, debemos computar el de su tránsito en el de 1284. Constándonos asimismo por la visita eclesiástica de los ordinarios de Tarragona, que sus reliquias se tienen en grande veneracion en la parroquia de la Guardia de los Prados del mismo arzobispado, donde el Señor ha continuado obrando varios prodigios por la intercesion de su fidelísimo siervo.

DIA XXVIII.

San Prudencio, Obispo y Confesor.

SAN Prudencio, uno de los obispos célebres que han brillado en la iglesia de España por su eminente virtud y particular don de tranquilizar discordias, nació en Armentia, pueblo de la provincia de Alava junto donde ahora está la ciudad de Vitoria, dotado con todas las disposiciones de naturaleza y gracia, que hasta hoy nos dán á conocer su mas expresivo carácter. Sus padres, poderosos en los bienes del siglo, pero mucho mas esclarecidos por su fé y piedad, procuraron criar al niño segun el espíritu de la religion cristiana, é imprimir desde luego sus máximas en su tierno corazon, á las que siempre correspondió fielmente, no perdiendo de vista el sólido principio del santo temor de Dios. Aplicado á la carrera de las letras, como tenia un ingenio penetrante, y era incesante su aplicacion, acompañada de estas bellas cualidades con una propension natural á todos los ejercicios de devocion, se dejó ver en su juventud sobresaliente á todos sus coetáneos en ciencia y virtud; distinguiéndose sobre todo en la particular gracia de componer las discordias de sus convecinos, y en una asombrosa caridad, privándose no pocas veces del propio alimento por socorrer á los pobres necesitados.

Encendido en vivísimos deseos de servir á Dios en el desierto retirado de los peligros del mundo, se ausentó á los quince años de edad de su patria, padres y parientes como otro Abraham; tomó su rumbo hácia el río Duero, y descansando la primera noche de esta expedicion en una cabaña de pastores, toda la empleó en divinas alabanzas, y en instruir á aquellos hombres rústicos en los misterios de la religion. Despedido de ellos en la mañana siguiente, se dirigió á la Sierra Blanca; hospedóse en la segunda noche en un molino á las riberas del Duero, donde oyó hablar con el mayor elogio de un eremita, célebre en toda aquella region por su prodigiosa vida, y eminente santidad. Alegre Prudencio con semejante noticia, partió á otro día al amanecer al lugar, donde tomó las señas de la habitacion del solitario; pero viendo que estaba á la otra parte del rio, lleno de sentimiento, imploró el auxilio de Dios, buscando los medios mas esquisitos para pasar el torrente. Salió el eremita á la puerta de la cueva á bendecir al Señor, segun tenia de costumbre, al aparecer el sol; y notando el empeño del jóven, condolido de que incautamente se pudiera anegar, le dió voces para que desistiese de aquélla temeridad. Pero apenas oyó Prudencio sus ecos, lleno de confianza en Dios, sin temer el peligro se

arrojó sobre las aguas, pasándolas sin hundirse ni mojarse los pies, y subiéndolo á la gruta con velocidad, se postró á los pies del siervo de Dios.

Admirado Saturio (asi se llamaba el eremita) de aquel grande prodigio que acababa de ver, se arrojó en tierra con el jóven, insistiendo ambos con humildad sobre su respectiva bendicion; pero no pudiendo vencer á Prudencio el eremita, le levantó del suelo, y entró de la mano en su oratorio, donde dieron juntos gracias al Señor. Exploró Saturio la voluntad del jóven; y conociendo por el exámen su verdadera vocacion, le recibió por discípulo. Adelantóse tanto en poco tiempo en el camino de la perfeccion, que el mismo Saturio le veneraba como maestro, notando en él, lleno de asombro, los progresos de los mas ancianos anacoretas. Siete años se conservó Prudencio en compañía de aquel venerable, manteniéndose ambos con yerbas silvestres, empleando todo el discurso del dia y de la noche en alabanzas de Dios, altísimas contemplaciones, y santa conversacion, hasta la muerte de Saturio, cuyo cadáver sepultó en aquella abertura, dejando memoria de su santidad y de los años que vivió aquella vida, en una inscripcion latina que dicen haber puésto alli de su mano, y es como se sigue: *Aquí descansa el siervo de Dios, Saturio, que despues de haber vivido XXXVI años vida eremítica, esclarecido en milagros durmia en el Señor á los LXXV de edad el dia 2 de Octubre en la era 606.* (que es el año de Cristo 568.)

Pensando Prudencio en el rumbo de vida que tomaria, inspirado de Dios á quien jamás perdió de vista, se condujo á la ciudad de Calahorra, donde con sus sabios consejos y zelosa predicacion redujo á no pocos distraidos de la fe al conocimiento de la verdad. Incorporado en el clero de aquella iglesia por Sancho, obispo de ella á la sazón, manifestó desde luego el fondo de su gran sabiduria y eminente virtud, siendo en su inculpable vida la admiracion de toda la ciudad. Pero como á la fama de su santidad y repetidos prodigios concurriesen de los pueblos y castillos vecinos muchos enfermos á conseguir la apetecida salud por la poderosa intercesion del siervo de Dios, no pudiendo sufrir su profunda humildad la veneracion y aplausos que todas las gentes le tributaban, se ausentó secretamente de Calahorra, y pasó á la ciudad de Tarazona, donde se agregó al sacristan de aquella iglesia para ayudarle en el ministerio; contentándose con semejante destino, aquel que con el tiempo habia de ser el mas esclarecido pastor de la misma iglesia. Muerto el sacristan, se le concedió el oficio, y fué promovido á los órdenes sagrados, cuyas funciones dispensó con tanta justificacion y edificacion, que habiendo fallecido el arcediano, se le confirió aquella dignidad condecorada por entonces con las mayores prerogativas y mas amplias facultades; dejándose en ella ver como un fiel dispensero de las rentas eclesiásticas, y un ministro el mas celoso de todos los cargos de su deber.

Cuando Prudencio se hallaba ocupado en las funciones de su dignidad á satisfaccion de todo el clero y pueblo por su exactitud y justificacion, proclamado digno de mayores ascensos, ocurrió la muerte del obispo de Tarazona, y habiendo inspirado el Espiritu Santo á muchos que se hiciese la eleccion de prelado en el Santo, al dia séptimo de vacante aquella cátedra, todos los ciudadanos desde el mas mínimo hasta el mayor clamaron á una voz que recibiera Prudencio el ministerio episcopal, porque era el padre de los pobres, el consuelo de los afligidos, el alivio de los enfermos, y el refugio de todos. No pudo resistirse á la voluntad de Dios, bien clara en tan visibles pruebas, y confiado en la gracia del Señor que le eligió, sujetó sus hombros á la pesada carga de tan alto ministerio, cuyas funciones dispuso por muchos años, venerado como padre y santo pastor de su pueblo, á quien surtió con los saludables pastos de celestial doctrina, sin omitir medio alguno que pudiera contribuir al alivio de todas sus necesidades y urgencias, tanto espirituales, como temporales.

Ocurrieron ciertas controversias entre el obispo de Osma y su clero; y como Prudencio brillaba en la singular gracia de tranquilizar discordias, llamado para establecer la paz entre aquel prelado y súbditos, pasó á Osma, animado de aquel santo zelo, que siempre fue el móvil de sus gloriosas acciones, y al acercarse á la ciudad, sucedió el prodigio de tocarse las campanas por si permaneciendo en un tono festivo, hasta que el santo se postró ante el altar á hacer oracion. Consiguióse el fin deseado por medio de este ángel de paz; pero habiéndose retirado á descansar al tercer dia de su estancia en aquel pueblo, despues que satisfizo sus acostumbradas devociones, fue asaltado de un tan grave accidente, que apenas pudo llamar á los clérigos que le acompañaban. Ocurrieron estos á la novedad, y viendo el peligro en que estaba, le administraron el viático. Recibióle el santo prelado con tanta ternura y devocion, que movió á lágrimas á todos los circunstantes, á quienes manifestó el tiempo de su muerte; y preguntándole su arcediano Pelagio, ¿dónde elegia sepultura? como vivió siempre sugeto en todo á la voluntad de Dios, le respondió: *Pelagio, mi Señor Jesucristo sabe donde mi cuerpo ha de ser sepultado, yo le ruego y mando, que puesto mi cuerpo sobre la mula en que he acostumbrado á montar, le des sepultura donde ella pare.*

Murió en efecto en el dia y hora que habia prefijado; y habiéndose suscitado discordia entre el clero de Osma y el de Prudencio, sobre la retencion de su venerable cadáver, para sosegar la contienda les ofreció Pelagio fuese de aquellos que le pudiesen mover con facilidad. Agradó la proposicion á los de Osma, y conduciéndose en solemne procesion el féretro, no lo pudieron mover aunque insistieron todo el discurso de un dia y una noche en el empeño; quedaron convencidos

por tan visible prueba de que no era voluntad de Dios quedase el tesoro en aquella ciudad. Libre ya el clero de Prudencio de todo impedimento, pusieron el cuerpo del Santo sobre la mula, segun su disposicion, y la dejaron marchar sin director alguno. Caminó todo el dia el animal, y habiendo descansado al tiempo de ponerse el sol, juzgando Pelagio que seria aquel lugar el elegido para el sepulcro, queriendo deponer el cadáver no pudo conseguirlo. Volvió la mula á caminar á otro dia antes de romper el sol por parages escabrosos; y habiendo pasado el arroyo de Lecia, que se junta en Soria con el rio Duero, comenzó á subir por una sierra encumbrada y fragosa llamada *Laturcense*, que hoy dia se dice *Clavijo*, y separándose hácia la parte derecha donde estaba una cueva, entrándose en ella se arrodilló é hizo pausa. Depuso entonces Pelagio el venerable cuerpo, y le dió sepultura en aquel sitio, donde se fundó una iglesia dedicada á S. Vicente, la que despues tomó el nombre de S. Prudencio, y habiendo sido antiguamente convento de canónigos, se trasladaron á él en el año 1181 los monges Cistercienses.

Sobre la posesion del cuerpo de S. Prudencio se controvierte reñidamente entre los de Nágera y Clavijo, ambos con poderosos documentos: los de Nágera, despues de la traslacion de sus reliquias á aquella iglesia por D. Garcia, rey de Navarra, en el año de 1052, alegan tenerle, fundados en las concesiones de Cerebruno, arzobispo de Toledo de 1246 y 1277, que así lo dan por supuesto. Los de Clavijo se atienen al diploma del rey D. Ramiro del año 856, donde con motivo de la victoria que consiguió en Clavijo de los moros, hizo donacion á la iglesia de S. Prudencio de varias posesiones, suponiendo allí la existencia de su cuerpo, y á los privilegios de D. Sancho de Navarra, despachados en 1064 y 1065, por los que concedió al templo del Santo, en uno el monasterio de Nalda, y en otro los diezmos del valle de Arnedo. Pero toda esta empeñada controversia parece que se puede conciliar con conceder parte considerable del cuerpo del Santo á ambas iglesias, tomando la parte por el todo, cosa muy frecuente, segun dice Baronio año 761, en estos casos, hablando de la traslacion del cuerpo de S. Estéban.

En señalar los años del pontificado de S. Prudencio hay alguna variedad entre nuestros historiadores; algunos aseguran que floreció en los tiempos de Diocleciano, y que fué este el santo obispo que en Zaragoza dió Sepultura á Sta. Engracia y á los diez y ocho ilustres cristianos que á principios del siglo IV padecieron en aquella ciudad. Los autores de las vidas de los Santos solo dicen que floreció antes del año 846.

DIA XXX.

Los santos Amador, Pedro y Luis, mártires.

AUNQUE la cruel persecucion que suscitaron los moros en Córdoba a comedio del siglo IX, tenia á los cristianos llenos de afliccion y de tristeza bajo el tirano yugo de los impíos agarenos, con todo no faltaron en aquella capital y en su campiña muchos ilustres y zelosos fieles, que se presentaban cada dia á los tribunales de los jueces árabes con una santa intrepidez, y con un valor verdaderamente heroico, á confesar públicamente la divinidad de Jesucristo á pesar de los formidables castigos, y de las injustas prohibiciones que impuso Mahomad contra el que así lo hiciese, aprovechándose de aquella ocasion crítica, para sellar con su sangre las infalibles verdades del Evangelio. De los héroes de esta clase fueron S. Amador, Pedro y Luis, de quienes nos dice S. Eulogio, historiador de sus gloriosos triunfos, que fué Amador un ilustre sacerdote natural de Martos, villa del obispado de Jaen, que en lo antiguo se llamaba Tucci, y Augusta Gemela, que habia ido á Córdoba con el noble objeto de instruirse en las disciplinas eclesiásticas florecientes en aquella capital, para ejercer dignamente las funciones de su ministerio.

Acompañábase Amador frecuentemente con un célebre monge llamado Pedro, y con Luis, deudo de S. Eulogio, y hermano de S. Pablo diácono, uno de los ilustres mártires que habia sido sacrificado en la misma persecucion al furor de los mahometanos, ambos naturales de Córdoba. La uniformidad de religion, de sentimientos y de costumbres unió á los tres Santos con el vínculo de la mas estrecha amistad, en fuerza de la cual pactaron de comun acuerdo de no separarse jamás hasta comprar el cielo con su sangre, puesto que se les ofrecia tan deseada dicha por la tribulacion en que se hallaba agitada la iglesia de Córdoba; y animados con tan noble pensamiento se presentaron ante el juez agareno á predicar públicamente las infalibles verdades de la fé, y á declamar contra las patrañas de la ley del falso profeta Mahoma.

No es fácil esplicar la cólera que concibió el bárbaro juez, viendo á los tres ilustres héroes publicar á su presencia la verdad, y la justificacion de nuestra santa religion, al paso que abominaba de los delirios, y de los crasos errores del Alcoran; y estimando aquella generosa resolucion por uno de los atentados mas enormes que podian co-

meterse contra su profeta, arrebatado con un furor extraordinario, sin esperar á las formalidades acostumbradas en los procesos de semejante naturaleza, mandó á sus ministros que degollasen inmediatamente á los tres atrevidos cristianos. Fueron ejecutadas las órdenes del tirano en el día 30 de abril del año 855; pero no satisfecho el bárbaro con el injusto castigo, dispuso que arrojasen los tres cadáveres al rio Guadalquivir, para impedir que los fieles les tributasen la veneracion competente. Hizose así; pero á pocos dias quiso Dios manifestar á la orilla del mismo rio los cuerpos de S. Pedro y de S. Luis; los que recogidos por los cristianos, dieron sepultura al de S. Pedro en el monasterio de S. Salvador, que tuvo su situacion en la peña de la Miel, lugar que hoy se llama de Sancho Miranda distante poco mas de una legua de Córdoba; y con el de S. Luis practicaron el mismo oficio en la noble villa de Palma, que está á una jornada de aquella ciudad, y que da título á los condes de ella, los cuales por devocion al Santo han tomado el nombre de Luis muchos de ellos. El cuerpo de S. Amador no pudo hallarse.

El martirio de estos Santos aconteció en tal dia como hoy en el año 855, y celebra su festividad la iglesia de Córdoba. A S. Amador hace tambien fiesta en la villa de Martos, en la cual hay una iglesia que es ayuda de parroquia, dedicada á su nombre. La santa iglesia de Jaen celebra su fiesta el día 5 de Mayo.

DIA XXX.

San Indalecio, obispo y confesor.

Todos los escritores de la nacion contestan, que San Indalecio fué uno de aquellos siete celebérrimos obispos que enviaron á España los príncipes del colegio apostólico, para que la ilustrasen con la luz del Evangelio; cuyas actas hasta su llegada á Guadix por ser comunes con las de San Torcuato, Cecilio, Tesifonte, Hiscio, Eufronio y Segundo, se refieren en el día 15 de mayo, donde podrá ver el lector el carácter de todos, su remision á la nacion, y su entrada en ella: lo que estima el escritor por conveniente para evitar una misma repeticion de hechos cuando se trata de cada uno. Quedó San Torcuato por obispo en Guadix, cuidando de aquella iglesia, que fué el primer fruto de todos; y partiendo los demas compañeros á ejercer su mision apostólica por diferentes pueblos de la peninsula, llegó Indalecio á Urei, ciudad antigua de la Bética, ó Andalucía; sobre cuya situa-

cion son varias las opiniones de los escritores, bien que la mas comun apoyada con la tradicion, que es documento decisivo en semejantes dudas, obra en favor de Pechina, pequeña poblacion media legua distante de Almería, adonde se transfirieron los moros en su entrada en España, por estar mas inmediato al mar el sitio llamado antiguamente Puerto-maró, que es hoy el de Almería, cuyo nombre pusieron á la ciudad los mismos árabes; confirmando mas esta opinion el haber sido la iglesia de aquel pequeño pueblo en la que dieron los fieles sepultura al venerable cuerpo del santo prelado, de la que fué trasladado al monasterio de San Juan de la Peña en el reino de Aragon, como veremos despues.

Presentóse pues Indalecio en Urçi animado de aquel mismo espíritu con que salieron los apóstoles de Jerusalem para la conquista del mundo; vió en aquella ciudad numerosa por entonces una multitud de infieles, que degenerando de la obligacion que tienen las criaturas para con su Criador, vivian envueltos en una crasa ignorancia, tributando sus incienso á los demonios en los vanos simulacros de los ídolos, bajo el velo de mentidas deidades; y como el principal objeto de su mision era ilustrar á tanto miserable con la luz del evangelio, comenzó á predicarles sobre la quimérica imposibilidad de los muchos á quienes tributaban culto; hizoles ver la necesidad que tenian de creer con principios de razon, que no habia, ni podía haber mas que un solo Dios verdadero, que era el Criador del cielo y de la tierra, esplicándoles con la mayor claridad así las verdades esenciales como la fe; confirmólas con repetidos milagros, cuyo don concedió el Señor á los varones apostólicos que se interesaron en la conquista del mundo idólatra, y convencidos los infieles así de la verdad, como de la santidad de la doctrina que les predicaba el nuevo apóstol, recibieron muchos el bautismo, contribuyendo no pocos para robarles el corazon la admirable paciencia, la dulzura, la afabilidad, y el desinterés de Indalecio, quien hizo que floreciese en breve tiempo la religion entre aquellos naturales.

La felicidad de estos sucesos encendió el zelo del nuevo apóstol para que se interesase en dilatar el reino de Jesucristo; y no satisfecho con las conquistas que hizo en Urçi, predicó, segun nos dicen varios escritores, en otras poblaciones contiguas al Mediterráneo en la costa del reino de Granada, como son Vera, Mojacar y Portilla, de la que restan en la actualidad solo sus ruinas inmediatas á la villa de las Cuevas; bien que conserva su nombre antiguo, y aun se nombra por lo respectivo á ella alcalde en el dia por los escelentísimos marqueses de los Velez, á quienes pertenece con la espresada villa, á la que está unida la parroquia que hubo en Portilla. Tambien añaden los mismos eseritores, que hizo el ilustre apóstol resonar la voz del

santo evangelio en Cartagena y en Eliocrata ó Lorca, donde consagró obispos conforme á la práctica de los jefes apostólicos, que en los primeros siglos de la Iglesia creaban prelados en las ciudades que predicaban, para que cuidasen de los rebaños de Jesucristo.

Fácil es de creer la abundancia de frutos que rendirian al Labrador divino los terrenos donde sembró la semilla del evangelio este celoso operario del padre de familias, cuando siempre infatigable y siempre activo no omitió medio alguno de cuantos pudieron contribuir á desengañar á los infieles de los crasos errores que adoptaba la necia idolatria; y de suministrar á los convertidos todos aquellos auxilios que estimó necesarios, para que conservasen el sagrado depósito de la fe que les habia predicado; sin omitir enseñarles el modo de celebrar los oficios y los sacrificios divinos, para que supiesen tributar á Dios el culto á que están obligadas todas las criaturas.

Finalmente, ofendidos los paganos de las muchas conquistas que hacia Indalecio para Jesucristo, valiéndose de la oportunidad que les ofreció para vengarse la cruel persecucion que movió contra la Iglesia el emperador Neron, le quitaron en ella la vida. Algunos escriben que murió anegado en las aguas del mar adonde lo arrojaron los gentiles; pero á pesar de este dictámen, no nos consta con certeza el género de martirio que le hicieron padecer, aunque se cree haber sido de los mas crueles; puesto que los paganos procedian con mayor furor contra los gefes de los cristianos. Despues que triunfó gloriosamente el ilustre prelado de los enemigos de la religion, dieron los fieles sepultura á su cuerpo en Pechina, donde en honor suyo erigieron un templo despues que gozó de paz la Iglesia. Allí se tuvo en grande veneracion todo el tiempo que se mantuvieron los godos en España; pero habiendo destruido los moros á Pechina en su entrada en la nacion; y trasferido su antigua poblacion á Almería, ocultaron los cristianos el cuerpo del Santo en su misma iglesia, por temor de que no cayese en manos de los bárbaros, que en odio de la fé de Jesucristo reducian á cenizas todas las reliquias de los héroes de la religion. En esta desgraciada época consta por tradicion de los cristianos mozárabes, que se vieron en el sepulcro del Santo luces resplandecientes, y nacer al rededor de él flores y yerbas medicinales, todos indicios de hallarse en aquel lugar el sagrado depósito del ilustre operario que ilustró aquella region con la luz del evangelio.

Mantúvose en Pechina el cuerpo de S. Indalecio casi diez siglos; pero habiéndose perdido la memoria del lugar de su estancia con motivo de las guerras continuas que ocurrieron en el reino de Granada, no permitiendo el Señor que quedase en un olvido perpetuo, dispuso la invencion de aquel precioso tesoro por los años 1080 ó 1084, para que gozase España de la presencia corporal de uno de los siete cé-

lebres obispos, que se interesaron en la conquista de la nacion por comision de los príncipes del colegio apostólico; los que se elogian en el oficio mozárabe segun el orden de S. Isidoro, como siete antorchas encendidas enviadas por el cielo á España, para ahuyentar de ella las tinieblas de la infidelidad; los cuales fundaron en esta península la cristiandad, plantaron nuestra santa religion, enseñaron el orden de los oficios divinos, y consagraron con su sangre las iglesias que les cupo por suerte, segun escribió el papa Gregorio VII á Alfonso VI, rey de Leon y de Castilla. (*Véase la traslacion de S. Indalecio el dia 28 de Marzo*)

DIA XXX.

El beato Andrés Hibernon.

EL beato Andrés Hibernon, decoroso ornamento de la reforma de San Pedro de Alcántara, nació en la ciudad de Murcia en el año 1534: fueron sus padres Ginés Hibernon, y María Real, ambos notorios hijosdalgo de Cartagena, los cuales se aplicaron desde luego á dar al niño una crianza tan propia de su piedad, como de su ilustre nacimiento; pero como en él hallaron aquellas nobles disposiciones de naturaleza y de gracia, que no solo allanan, sino es que facilitan el camino de la virtud, costóles poco trabajo conseguir el efecto de su buena educacion: en efecto no tuvo Andrés de niño sino la inocencia, pues distraído enteramente de todas las diversiones, y de los entretenimientos que son regulares en los párvulos, se le veia ocupado en la asistencia de los templos, en la frecuencia de los sacramentos, en los ejercicios de devocion, y en obras de caridad para con los pobres; distinguiéndose en la misericordia aun en edad poco sensible de las miserias ajenas.

Viendo los padres de Andrés que era preciso darle alguna carrera, le enviaron á Valencia en casa de unos tíos suyos, para que con su apoyo pudiese afianzar su subsistencia; pero desatendiendo los tíos el fin de la remision, le aplicaron á que guardase un rebaño de ganado, destino muy acomodado al genio del Beato, que desde niño fué muy amante del retiro, y de la soledad para dedicarse á la contemplacion de las grandezas divinas separado de los tumultos del siglo; y así aunque aquella rústica ocupacion traia consigo la ociosidad, muy distante Andrés de esta perniciosa madre de todos los vicios, empleaba todo el tiempo en el estudio de la oracion, y en la práctica de las

virtudes, dejándose ver con una simplicidad de vida verdaderamente admirable, y con una inocencia de costumbres mas angélica que humana. Continuó el siervo de Dios en este oficio hasta la edad de veinte años; pero reflexionando que no podia asegurar con él bienes para mantenerse con decencia, resolvió volverse á la casa de sus padres, que se hallaban establecidos en la villa de Alcantarilla, distante una legua de la ciudad de Murcia. Dióle el tio ochenta ducados por premio de su buen servicio; y como el desprecio de todos los bienes de la tierra habian de formar el carácter del Beato, á quien eligió Dios para que fuese ejemplo de la pobreza evangélica, hizo desde luego ánimo de consignarlos para parte de dote de una hermana suya. Poco le duró el piadoso designio, porque habiendo caido en manos de unos ladrones al llegar á los confines del reino de Valencia, le robaron el dinero; disponiéndolo así el Altísimo, para que entendiese que lo destinaba á vivir bajo de su divina providencia, llamándole eficazmente á que abrazase la regla del Patriarca de los pobres.

Correspondió fielmente Andrés á la vocacion del cielo, y despues que se estuvo algunos dias en casa de sus padres, partió al convento de religiosos Franciscos de la villa de Albacete, en el que pidió el santo hábito con tan vivas instancias, y con tan eficaces ruegos, que edificada aquella comunidad de la extraordinaria solicitud del pretendiente, le admitieron para fraile lego en el año 1556, á los veinte y dos de su edad; estado muy conforme á la inclinacion del Beato, que solo aspiraba á santificarse en las humillaciones. Ningun novicio emprendió con mas espíritu la carrera religiosa, ni ninguno le escedió en los esmeros, ni en la exactitud de la observancia; y por tanto su fervor, su humildad, su obediencia y sus asombrosas penitencias, fueron miradas, á poco que vistió la divisa franciscana, como prodigios de la divina gracia por los mas ancianos religiosos. Hizo su solemne profesión en el día 1.º de noviembre del año 1557, y queriendo acreditar con las obras los votos esenciales que prometió á Dios en aquel acto, hizo formal empeño de imitar en lo posible al seráfico Patriarca; lo que cumplió tan á la letra, que salió la copia en todo parecida al original. Continuó algunos años en el convento de Albacete, dando pruebas tan notorias de su eminente virtud, y de las extraordinarias luces que le concedió el Señor, que en los asuntos mas importantes de la comunidad se contaba con el dictámen del Beato, no obstante ser un pobre lego.

Esparciose la fama de la santidad de Hibernon por todo el reino de Murcia, y deseosa esta ciudad de tener en su centro á un hijo que estimaba por una de sus mayores glorias, solicitó del superior que lo enviase á aquel convento. Hizolo el provincial para satisfacer las an-

sias que tenían los Murcianos de ver al siervo de Dios; pero les duró poco este gozo, porque como la divina Providencia le tenía destinado para que ilustrase con los resplandores de sus eminentes virtudes otros hemisferios, le trasladó á distinto territorio.

Habia principiado á florecer por aquel tiempo la reforma de aquel ilustre héroe español S. Pedro de Alcántara, haciendo revivir en ella los prodigios de penitencia, de desnudez, y de humildad que se vieron en el mundo con admiracion de los mortales en la persona del seráfico Patriarca: ya los discípulos de aquel mortificado padre, dechados de la pobreza evangélica, tan poderosos en obras como en palabras, se habian esparcido en pocos años por las provincias de Estremadura, de Castilla, y de Valencia, edificando á los pueblos con su fervor, y con su observancia religiosa: y oyendo hablar Hibernon de la vida ejemplar, y de la austeridad de la nueva reforma, se encendió en vivísimos deseos de alistarse entre los profesores de aquella milicia, en que la disciplina era mas rígida, y la observancia mas estrecha. Consultó con Dios el asunto por el conducto de la oracion, y certificado de la voluntad divina, partió con las licencias necesarias al convento de Elche, donde se hallaba guardian un gran discípulo de S. Pedro de Alcántara llamado Fr. Alonso de Llerena. Examinó éste á fondo el propósito de Hibernon, y asegurado de que la levedad, ni inconstancia de ánimo le movia para aquella determinacion, y si una emulacion santa de vida mas rígida, le incorporó entre los individuos de su comunidad en el año 1563, cuando contaba el Beato veinte y nueve de edad.

Fáciles son de creer los progresos que haria el siervo de Dios en la reforma, cuando siendo tan admirables en la observancia, le pareció esta escuela menos rígida para ejercitarse en las virtudes religiosas. Su humilde compostura, su candor, y su modestia acompañadas de cierto aire de santidad que se dejaba ver en todas sus acciones, y en todos sus movimientos; la inocencia de sus costumbres, y el fuego de sus palabras dieron á conocer sin la menor duda, que el móvil de todas sus operaciones era el encendido amor de Dios en que se hallaba abrasado, y que solo aspiraba á la cumbre de la mas alta perfeccion. Comparó ésta con la debilidad de sus fuerzas, y pareciéndole que no podía arribar al heroísmo que deseaba, cayó alguna vez en la melancólica reflexion de si podria ó no cumplir lo que habia prometido á Dios en la nueva reforma; pero queriendo templar la pena que le causaban semejantes conflictos, nacidos del bajo y despreciable concepto que tenia formado de sí, se serenaba diciendo á presencia de todos los religiosos, que si Dios lo destinaba al infierno, con tal que estuviese unido con su divina Magestad por el amor, y le resultase la mayor gloria, estaria gustosísimo.

Cargóle la obediencia con diferentes oficios, como fueron los de portero, de hortelano, de refitolero, y de cocinero; y en la exactitud y en la vigilancia con que desempeñó Andres sus respectivas obligaciones, dió bien á conocer que la divina gracia le asistia de un modo tan maravilloso para que brillase en todos con tal acierto, que no era fácil discernir á cual debia darse la preferencia. En el de portero manifestó una caridad tan sin limites para con todos los pobres, que no habiendo género alguno de necesidad que no socorriese con entrañas de misericordia, hallaban en él los afligidos consuelo, los enfermos medicina, los flacos fortaleza, y los destituidos proteccion; en sustancia su portería era una oficina próvida de la divina Providencia. En el de refitolero y hortelano no fué menor su esméro; en éste se dejó ver infatigable para el cultivo de la huerta, y en aquél exáclisimo en la fiel administracion de los efectos del convento; pero donde resplandeció mas su virtud fué en el de cocinero, pues no sabian los religiosos cuando cumplia con las penosas fatigas de aquel ministerio, viéndole toda la mañana en la iglesia, ya en oracion, y ya en la asistencia á los divinos sacrificios, sin poder comprender como y cuando componia la comida para la comunidad; maravillándose mas, cuando percibian en ella un gusto tan delicado como si se hubiese condimentado en el cielo.

Creyéron los religiosos que la eminente santidad de Hibernon era el medio mas seguro para que el Señor les socorriese, y bajo este concepto le dieron el cargo de limosnero. Ejerciólo el Beato algunos años con tanta edificacion, con tanta modestia, y con tanta humildad, que con solo presentarse á las puertas de las casas, y oirse en ellas aquella voz encendida que acostumbraba: *Alabado sea nuestro Señor Jesucristo: Limosna para los religiosos Descalzos de San Francisco, por amor de Dios*: era tal la abundancia de limosnas, que se veía cumplida á la letra la promesa hecha por el Señor al seráfico Patriarca. El convento de Elche fué el primero que esperimentó tan grandes beneficios; y como corrió la fama de aquel conducto, por medio del cual se ofrecia tan liberal la divina Providencia, pretendieron todos los conventos de la Custodia valerse de él así para socorrer sus necesidades, como para que contribuyese á las fundaciones de nuevos monasterios donde se dilatase la reforma de Alcántara. Así lo hizo en el de S. Juan de Valencia, que logró ver concluida su fábrica en el año 1575 por la actividad del Beato; á quien se debió tambien la ereccion de un famoso noviciado, que fué un seminario donde se criaron muchos religiosos ejemplares, que enriquecieron la Custodia con virtudes, con letras y con gobierno.

La fama de la eminente santidad de Hibernon le grangeó el amor y la veneracion no solo de la plebe, sino de las personas del mas al-

to carácter, entre las que se distinguieron los eminentísimos cardenales Doria, y Borja que le llaman santo públicamente. No fué menor el aprecio que de él hacia el venerable Patriarca y arzobispo de Valencia D. Juan de Ribera, quien interrumpia sus ocupaciones por tener el gusto de disfrutar algunos ratos la santa conversacion del siervo de Dios. Llegaron hasta Murcia los hechos de los progresos de Andrés; y queriendo ilustrarse con sus resplandores, solicitó el obispo D. Sancho Dávila y Toledo traer al Beato con otros dos insignes religiosos, que lo fueron Fr. Antonio Sobrino, y Fr. Pedro Lobo, para que fundasen en aquella ciudad un nuevo convento de la reforma. Permitted Dios que una obra tan digna tuviese muchas contradicciones que ejercitaron la paciencia de los ilustres Minoritas; pero no pudiendo éstas impedir tan piadoso proyecto, quedó concluida la fábrica del Real de S. Diego en el año 1600 con todo el esplendor que hasta hoy permanece.

Habia salido Hibernon para la fundacion de Murcia del convento de Gandía, y como los duques de aquella ciudad oian por una parte los elogios del nuevo establecimiento, y espermentaban por otra la falta que les hacia el Beato, solicitaron con vivas ansias su regreso á Gandía, que fué el teatro donde en mansion mas dilatada brillaron las eminentes virtudes de Andrés, á quien veneraban todos los vecinos de aquel pueblo por un siervo muy favorecido de Dios; y así, en los casos arduos de la república, en las disensiones de las familias, y en las catástrofes de los particulares era el iris que serenaba todas las borrascas. Elche, Valencia, Murcia, Gandía, Jumilla, y Almansa fueron los pueblos donde moró el Beato, é ilustró con sus resplandores; y aunque los cuatro primeros participaron mas de su beneficencia, no por eso dejó á los demas privados de sus virtuosas influencias.

El concepto universal que se granjeó el Beato en toda la Custodia, hizo que los superiores quisiesen aprovecharse de sus extraordinarios talentos, y para ello le nombraron Discreto en el capítulo que celebraron en 11 de Junio de 1573, cuyo honor raras veces se ha concedido á los legos. Conocian muy bien el gran fondo de luces que Dios habia infundido en el humilde lego, y así no tuvieron reparo en promoverlo, como ni en fiar á su cargo los negocios mas arduos de la Custodia; sugetándose siempre á sus acertadas resoluciones, las que eran miradas como nacidas de un oráculo celestial, en quien obraba no la ciencia humana, sino la infusa que comunica el Señor á los que solo estudian en el Autor del verdadero conocimiento, como lo hacia Hibernon. La lección de los libros espirituales, y la oracion eran los medios por donde fecundaba su entendimiento, sacando del libro del mundo, y de la regla original del seráfico Patriarca las claras luces que disfrutó sin los estudios de ciencia humana que se adquieren en las escuelas.

No impidieron al siervo de Dios los muchos oficios, ni los difíciles encargos que fió á su cuidado la obediencia la práctica de todos sus acostumbrados ejercicios: antes bien parece, que al paso que crecian sus cuidados, se aumentaba su fervor, para que no pudiesen interrumpir aquellos sus eminentes virtudes. Seria necesario dilatarnos mas de lo que permite en compendio, á quererlas referir individualmente; pues basta decir, que las declaró en grado heroico el oráculo de la Iglesia, y que fué un perfecto israelita, fiel imitador del seráfico Patriarca, especialmente en la profunda humildad, en la pobreza evangélica, y en las asombrosas mortificaciones con que castigó su inocente cuerpo, renovando con ellas aquellas espantosas imágenes de penitencia, que nos refiere la historia de los ascetas mas famosos.

El móvil de todas las portentosas acciones de Andres era el ardiente amor que profesaba á Jesucristo; no siendo fácil que algun bienaventurado le escudiese en el afecto para con el Redentor del mundo, como ni en la ternura con que amaba á su santísima Madre, en quien despues de Dios tenia colocada toda su confianza. Todas las cualidades que exige el apóstol S. Pablo en la caridad perfecta, se dejaron ver en Hibernon de un modo tan maravilloso, que parecia un abrasado serafin en orden á los afectos y elogios para con Dios, y un padre el mas amoroso para con los prójimos; pero al paso que era su caridad inmensa en orden á las necesidades corporales, era tambien ilimitado su zelo por la salvacion de las almas, siendo muy pocos los pobres á quienes no convirtiese con sus palabras siempre llenas de fuego de amor divino al tiempo de socorrerles.

De esta raiz provenia aquella ansia y aquella ambicion que siempre tuvo el Beato por la oracion, que era el ejercicio por donde el Señor le comunicaba esquisitos favores; los cuales servian de encender mas y mas aquella alma dichosisima, que arrebatada en la mas dulce contemplacion de las grandezas divinas, siempre que se ponía á orar no le perturbaban los pensamientos, ni le distraian los ruidos, ni le entibiaban los oficios que le encargó la obediencia, hallando en todas partes proporcion para elevar su mente á Dios. Lo mas comun era orar en el coro, y en el templo; pero no por eso dejaba de ofrecer al Señor sus mas tiernos sacrificios en el claústro, en la portería, en la buerta, en el campo, y en los caminos: yendo tan enteramente distraido por las calles cuando ejercia el oficio de limosnero, que si se detenian algun tanto en las casas en darle limosna, se postraba de rodillas en las puertas ó en los atrios, para no perder un minuto de tiempo de aquel santo ejercicio, que era el principal objeto de todas sus atenciones; en el que se le veia muchas veces en dulces amorosos éstasis, con indicios nada equívocos de aquel volcan de fuego en que se hallaba abrasado.

Quiso Dios condecorar á su fidelísimo siervo con los dones de profecía, de discrecion de espíritus, y de milagrosas curaciones; los cuales dieron un realce superior á sus eminentes virtudes, y no menos la ciencia infusa que se dignó concederle. Esplicaba Andrés con tanta claridad y con tanta sutileza las sentencias difíciles de la Santa Escritura, que no se dudaba haberle comunicado el Señor una perfecta inteligencia de los libros canónicos, haciendo uso de ellos como si fuese un hombre que hubiese consumido todo el tiempo de su vida en el estudio de la sagrada teología; por lo que no se desdeñaban los mas doctos religiosos de consultarle en las dudas, y aun inquirir su dictámen en las funciones mas solemnes, que habian de practicarse en el templo.

Finalmente, quebrantada la salud del siervo de Dios al rigor de sus trabajos y de sus asombrosas penitencias, habiendo tenido revelacion de la hora de la muerte, redobló su fervor y su devocion, é hizo esfuerzos extraordinarios para purificar su inocencia. Observaron los religiosos en Andrés mayor exactitud en sus acostumbrados ejercicios, mas fuego en sus espresiones, mas severidad en sus mortificaciones; por lo que llegaron á sospechar, que se acercaba el tiempo de querer el Señor premiar sus merecimientos. Notaron que en el dia 15 de abril se ocupó en barrer con extraordinario aseo el convento; y aunque por entonces no penetraron la causa, habiéndose postrado en cama en el dia siguiente, entendieron, que aquella cuidadosa prevencion era para que pasase el Señor sacramentado por los claustros con toda decencia. Recibióle por Viático con aquella devocion que hasta hoy forma su mas espresivo carácter, haciendo lo mismo con la Estremauncion, en cuyo acto se quedó con un semblante risueño, como si estuviese gozando algun esquisito regalo de las alturas; y fijando poco despues los ojos en una imágen de Jesucristo crucificado, abrazado como preciosa víctima en divinos incendios, murió tranquilamente al amanecer del dia 18 de abril del año 1602 á los cincuenta y ocho de su edad, quedando su cuerpo tan sereno como si estuviese en un sueño dulce, despidiendo de sí un olor suavísimo que consoló á todos los asistentes.

En la misma hora que espiró el siervo de Dios, fué preciso abrir las puertas del convento de Gandia por la multitud de gentes de todos estados y condiciones, que se abocaron á él tanto para desahogar su justo sentimiento, como para satisfacer su devocion sin el impedimento de la humildad del difunto que lo impidió en vida; pero los que mas clamaban, formando con sus lamentos el mayor elogio de Hibernon, eran los pobres, y las muchas personas vergonzantes, á quienes la necesidad habia reducido á miseria, llorando todos amargamente la pérdida de un padre tan caritativo. Tuvieron los religiosos en el fé-

retro tres días enteros el venerable cadáver recibiendo los obsequios de los fieles, sin que se oyesen en el templo otras voces, que las aclamaciones de los que le llamaban Santo, ó los ecos de los milagros que obró el Señor por méritos de su siervo; sin ser posible acallar los clamores del concurso, que no permitia que se le quitase de la vista aquel noble objeto, que le servia de todo su consuelo. Celebráronse por último las exequias funerales con asistencia de las personas mas condecoradas de Gandía, y asegurado el precioso tesoro con tres llaves en la costosa arca que se construyó para su depósito, se colocó ésta al lado del altar mayor.

A poco tiempo de haber muerto Andrés, comenzaron los superiores de la reforma un proceso privado sobre su admirable vida, en el que depusieron los religiosos que lo habian conocido y tratado en diferentes conventos; y conociendo por él la fundada esperanza de verlo colocado sobre los altares, recurrieron á los ilustrisimos obispos de Valencia, de Murcia, y de Orihuela para la formación de los procesos ordinarios en sus respectivas diócesis, que habian sido el teatro de la vida, de la muerte, y de los prodigios del siervo de Dios. Presentáronse éstos en Roma en solicitud de las letras remisoriales para formar nuevos procesos con autoridad delegada apóstolica; y evacuados con justificacion completa sobre el contenido de las sumarias, declaró la sagrada congregacion de Ritos en 9 de julio en el año 1774 en grado heróico las virtudes del siervo de Dios, con aprobacion de Clemente XIV. Despues en el dia 7 de setiembre del año 1790 hizo igual declaracion de los milagros auténticos de Andrés con aprobacion del sumo pontífice reinante Pio VI, quien le beatificó con las solemnidades acostumbradas, como consta por su breve apóstolico, dado en Roma en el dia 13 de mayo de 1791.

DIA 1.º DE MAYO.

San Orencio ú Oroncio y santa Paciencia, padres de san Lorenzo.

SAN Orencio, cuya memoria es y ha sido siempre célebre en Huesca, ciudad antigua de Aragon, floreció en ella á principios del siglo III, siendo un modelo de la perfeccion cristiana por la rectitud de su intencion y por la sinceridad de su conducta. Unia Orencio con su calificada nobleza muchos bienes temporales, y resolviéndose á abrazar

el estado del matrimonio, lo contrajo con una señora ilustre llamada Paciencia, igual en las circunstancias y en los piadosos sentimientos. Quisieron ambos dedicarse desde luego al servicio del Señor, y conociendo que las obras de misericordia eran las mas gratas á los ojos de Dios, se ocupaban con una ardiente caridad en socorrer á los pobres, en consolar á los afligidos, y en hospedar á los peregrinos, por cuyos piadosos oficios les concedió el cielo dos ilustres hijos, que llegaron á ser por su heróica santidad objetos de las veneraciones públicas de la Iglesia. Fueren éstos S. Lorenzo y S. Orencio; éste fué obispo de Aux, y aquel mártir insigne.

Viniendo á España S. Sixto, pasó por Loret, en donde le dieron hospedaje S. Oroncio y Sta. Paciencia; y quedando prendado de las bellas calidades del joven Lorenzo, lo llevó consigo á Roma con el beneplácito de sus padres. Poco despues concluyó su carrera Sta. Paciencia llena de merecimientos; y aunque ejercitó todas las virtudes, en su rezado se hace especial memoria de su castidad conyugal, de la paciencia propia de su nombre, y de las limosnas con que socorria las necesidades. La dió Orencio sepultura en el oratorio que tenia en una heredad propia llamada Loret, como una media legua de Huesca. Apenas hubo cumplido con este deber cuando Dios le mandó por el ministerio de un ángel que partiese con su hijo Orencio á la tierra que le mostraria. Obedeció Orencio inmediatamente á la insinuacion del cielo, y dejando su casa y bienes, como otro Abraham por igual precepto, penetró los Pirineos, pasó á Francia, y llegó al campo ó valle llamado Labedan en la diócesis de Tarbes, donde desapareció la luz que le conducia; por lo que creyó el Santo que era aquel el sitio donde queria el Señor que permaneciese. Supo que aquel territorio estaba poseido de una legion de espíritus inmundos, que causaban innumerables daños en los hombres, en los animales y en los frutos; y compadecidos de tantos males, los espelió con la eficacia de sus fervorosas oraciones.

Quiso Orencio no ser molesto á los vecinos del valle, y para ello resolvió vivir con el trabajo de sus manos, siguiendo la profesion de labrador, que era la que habia tenido en su patria. No encontró para cultivar la tierra sino unos novillos bravos é indómitos; pero haciendo sobre ellos la señal de la cruz, quedaron como si fueran unos mansos corderos. Tomó por ama á una anciana venerable, y por criado á un hombre llamado Esperto, de tan perversa intencion, que empeñándose en causar todos los daños posibles á su amo, sembraba zizaña en lugar de buena simiente en las tierras que labraba Orencio; mas como Dios velaba sobre su fidelísimo siervo, le aumentaba considerablemente las cosechas, á pesar de los reprobables ardides de que se valia para impedirlo el mal criado. Conoció éste el ningun

fruto que producian sus diabólicas astucias, y dejando solos á los bueyes en cierto día que se condujo el venerable anciano á beber agua de una fuente cristalina algo distante de la labor, devoró al uno de ellos un furioso lobo que salió de aquellas selvas. Vió el siervo de Dios el estrago que causó la fiera, pero mandando á ésta en nombre de Jesucristo, que hiciese los oficios del animal que mató, cumplió con el precepto inmediatamente, con admiracion de cuantos llegaron á entender aquel extraordinario prodigio (1). Viendo Esperto que por estas maravillas se frustraban sus perversas intenciones, se fingió enfermo con el fin de no atender á la labor, creyendo que por este medio serian los daños inevitables: dejóle Orencio en la cama para que le asistiese; pero apenas salió al cultivo de sus tierras, cuando se apoderó un demonio del discolo criado, atormentándolo tan furiosamente, que le impelia á arrojarle al fuego. Volvió el venerable anciano de su labor, y compadecido del trabajo de su sirviente, procuró espeler al inmundo espíritu con sus fervorosas oraciones. Prometió éste dejar libre al que tiranizaba, siempre que el Santo le diese permiso para entrar en el cuerpo de Cornilia ó Corneja; y creyendo el siervo de Dios con su natural sencillez que seria una avecilla llamada así, no tuvo reparo en darle la licencia; en fuerza de la cual se introdujo el demonio en el cuerpo de la hija de un potentado de Francia llamada Cornelia.

Valióse el amante padre de todos los remedios espirituales para la espulsion del enemigo infernal, y afligido el demonio con los mas eficaces exorcismos, protestó, que no saldría del cuerpo de aquella ilustre virgen sin mandato de Orencio, con cuyo permiso se habia introducido. No fué difícil al potentado saber quien era aquel siervo de Dios, porque la fama de su eminente santidad se habia esparcido por diferentes partes del reino de Francia: buscóle inmediatamente, y le rogó que se dignase visitar á su hija, para lanzar de ella al demonio, puesto que habia confesado, que no saldría sin su precepto. Marchó el venerable anciano á visitar á la pobre doncella, y compadecido de su miserable situacion, mandó al enemigo que la dejase libre inmediatamente. Obedeció el inmundo espíritu sin dilacion el precepto de Orencio, dejando casi muerta en tierra á la energúmena con el estrépito y con el furor que se despidió de ella; pero cogiéndola de la mano el siervo de Dios, la restituyó á sus padres perfectamente sana. Ofreció á Orencio el potentado, agradecido de tan singular beneficio, grandes bienes y esquisitas riquezas; pero todas las rehusó por vol-

(1) Este portento se ve pintado en muchos retablos antiguos, especialmente en uno de la metropolitana de Zaragoza, y en las puertas del retablo mayor de Huesca.

verse al valle de Labedan á seguir el tenor de su vida, como lo hizo con aviso superior.

Como para Dios no hay casualidades, al pasar Orencio con su hijo por la ciudad de Aux, fué elegido éste y consagrado obispo de ella; y así desde esta ciudad tuvo Orencio que proseguir su viage solo. Halló difunta á su anciana ama, á quien llamaba madre con respeto á sus venerables canas, y habiendo hecho oracion por ella, la resucitó milagrosamente. Tuvo noticia en este tiempo del glorioso martirio que padeció en la capital de Roma su hijo S. Lorenzo: derramó muchas lágrimas por la pérdida de aquel insigne héroe de la religion cristiana, que daba tanto honor á sus venerables canas, y apareciéndosele el santo mártir entre gloriosos resplandores, le dijo que no llorase su muerte, puesto que gozaba de la vision beatífica en premio de la confesion que habia hecho á la frente de los enemigos de Jesucristo. Quedó el venerable anciano lleno de consuelo con tan agradable noticia, y amonestado por su hijo que volviera á su patria, la que hallaria muy afligida de la sequia, y que por sus oraciones seria socorrida del Señor, se puso en camino inmediatamente con grande sentimiento de todos los habitantes del valle de Labedan, que sintieron en el alma su ausencia, conociendo que por ella se les privaba de los innumerables beneficios que les concedia el cielo por la poderosa mediacion del siervo de Dios. Presentóse Orencio en Huesca y fué recibido en ella con aquellas demostraciones de veneracion, que son muy fáciles de creer en unos ciudadanos que tenian formado anticipadamente el mas alto concepto de su eminente santidad tan merecido por la justificacion de su conducta y por sus piadosas obras. Rogáronle, que se condoliese de la grande esterilidad que padecia toda aquella region, y habiendo recurrido á Dios con fervorosas oraciones, fué socorrida la tierra con lluvias abundantísimas.

Retiróse el venerable anciano á su casa de Loret con firme resolucion de pasar el resto de sus dias en el servicio de Dios; y con verdad pudo decirse, que el tenor de su vida fué mas angélica que humana. Así continuó por algun tiempo, hasta que lleno de dias y de merecimientos, pasó á gozar de la vista de Dios, pocos años despues del glorioso triunfo de su hijo S. Lorenzo, que fué en el de 258. No tardó el Señor en acreditar la gloria de su fidelísimo siervo con repetidos prodigios: luego que espiró, se vió su cuerpo rodeado de una luz celestial que duró por espacio de tres horas, y ejecutado su funeral con la pompa mas solemne, se le dió sepultura en su propio oratorio de Loret cerca del de su esposa Paciencia, donde se conserva segun tradicion de aquellos naturales, que celebran la festividad de ambos en el dia 1.º de mayo, y se valen de su poderosa intercesion especialmente en la escasez de lluvias, segun se acredita por la ora-

cion que se lee en los breviarios antiguos de Huesca, lo que comprueba esta gracia especial sobre la que invocan su patrocinio. También ha librado algunas veces el Señor el territorio de Huesca, por los méritos de sus siervos de la plaga de la langosta.

DIA II.

San Segismundo, ó Sigismundo rey de Borgoña.

SAN Segismundo rey de Borgoña, cuya memoria es y ha sido siempre célebre en el Principado de Cataluña, por haber ilustrado con su portentosa vida aquel territorio, fué hijo de Gunebaldo, rey de Borgoña, uno de los príncipes mas valerosos y mas guerreros que se refieren en los anales. Derrotó este á los francos, auxiliares de su hermano Gondeguiselo, y llegó con sus gloriosas conquistas á Viena, en tiempo que se hallaba obispo de aquella capital San Avito, varon verdaderamente digno de los mas altos elogios por su eminente santidad y por su zelo apostólico. Empleó el ilustre prelado toda su eficacia y toda su sabiduría para reducir al gremio de la Iglesia católica aquel soberano, que afeaba todas sus recomendables prendas con el borron de la herejía arriana de que estaba infectado; y aunque fueron inútiles todos los esfuerzos que hizo el Santo para vencer la obstinacion de Gunebaldo, tuvo el consuelo de ver cumplidos sus deseos en su hijo Segismundo, príncipe adornado de las mas bellas cualidades que pueden apetecerse en los inmediatos sucesores á los cetos. Instruyóle San Avito en todos los principales misterios que cree nuestra santa religion, especialmente en el dogma que era el punto principal de las reñidas disputas entre los ortodoxos y los arrianos, y convencido el ilustre jóven de la infalible verdad del artículo católico, fué uno de los defensores mas acérrimos de la divinidad de Jesucristo que impugnaban los herejes arrianos.

No contento el Santo con haber enseñado á Segismundo las verdades esenciales de la fe, imprimió en su tierno corazon las piadosas máximas del santo evangelio, á las que correspondió con tanta fidelidad, que arregló sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios. Parecióle que en la corte no podia dedicarse al noble objeto que le inspiraban sus deseos, y como estos no eran otros que atender al importante negocio de su eterna salvacion, resolvió retirarse á un desierto léjos de su patria, donde pudiera dedicarse enteramente al servicio del Señor, libre de los peligros á que está espuesta en el

mundo la inocencia. Con esta mira pasó á España disfrazado, y entró en ella por el principado de Cataluña: hizo confesion general de todos sus pecados con el mayor dolor y con el mayor arrepentimiento en la ciudad de Vich, y habiendose informado de las montañas mas encumbradas de aquel territorio, se dirigió á las de Monseny con ánimo de sepultarse para siempre en aquella soledad, donde eligió para su habitacion una cueva espantosa, que solo podía servir de abrigo á las fieras. Cuando se vió Segismundo en lugar tan retirado de todo el comercio humano, se sintió mas que nunca encendido en el amor á los ejercicios eremíticos; y con efecto, soltando las riendas á su fervor, renovó con el rigor de su abstinencia y de sus asombrosas mortificaciones aquellas espantosas imágenes de penitencia que se leen de los solitarios de los desiertos de Egipto; pero el Señor endulzaba estas austeridades maravillosamente con el don de la contemplacion que le concedió, siendo su vida una continua meditacion de las grandezas divinas y de las verdades eternas.

Envidioso el demonio de los progresos que hacia el ilustre jóven, movió todas sus máquinas para retraerle de su buen propósito: púsole delante de los ojos los grandes bienes que habia abandonado, la debilidad de su temperamento, los horrores del desierto, y los riesgos de la soledad. Viendo frustrados semejantes artificios, le atacó con las armas de la sensualidad, insultándole con los mas torpes pensamientos, y con las rebeldías de la carne; pero resistiendo Segismundo asistido de la divina gracia á tan fuertes combates, consiguió una completa victoria, sin otras armas que las de la oracion y las de la penitencia, sin perder jamás de vista á la madre de la pureza, en quien despues de Dios tenia colocada toda su confianza.

Dos años y medio poco mas ó menos pasó Segismundo en aquel tenor de vida mas angélica que humana, cuando resolvió su padre buscarlo á espensas de las mas esquisitas diligencias: encontrólo en fin; pero no le conoció por lo desfigurado que le habian puesto sus rigorosas penitencias. Descubrióse el siervo de Dios, viendo la afliccion y angustia de su solícito padre, y lleno este de extraordinaria alegría, le obligó á que volviese á Borgoña á pesar de las mas tiernas lágrimas, y de los mas humildes ruegos con que suplicó que le dejase en aquella soledad, para atender al importante negocio de su eterna salvacion, que era el único objeto de todos sus deseos.

Ocurrió la muerte de Gunebaldo, y habiéndole sucedido Segismundo en el reino de Borgoña, acreditó desde luego que permanecian indelebles en su corazon aquellas piadosas máximas que imprimió en él su sabio y santo maestro, en cuyo ejercicio se habilitó en el desierto. No es fácil explicar el porte que observó el ilustre principe desde el momento que ascendió al trono. El primer cuidado del santo des-

de su coronacion, fué proceder contra los herejes arrianos, enemigos inconciliables de los católicos, valiéndose de toda su autoridad, así por esto, como para purificar el reino de los desórdenes y de los vicios que se habian introducido en él á pretesto de costumbres, solicitando siempre el mayor lustre de la religion, así por sus leyes como por sus ejemplos; pero distinguiéndose sobre todo en el culto y en la veneracion para con los mártires que habian derramado su sangre por amor de Jesucristo, teniendo en sus dominios la iglesia de San Mauricio, donde estaban sus reliquias, con las de sus ilustres compañeros de la legion Tebea, hizo construir en ella un suntuosísimo monasterio, en el que congregó ilustres monges de conocida virtud, ocupándose en él con mucha frecuencia en todos los santos ejercicios que recomienda nuestra santa religion. Quiso el Señor premiar la devocion del devotísimo rey con esquisitos favores, entre los cuales fué muy memorable la revelacion que tuvo, sobre que hiciese que se cantasen los oficios divinos alternativamente por dos coros, á fin de que imitasen los monges á los ángeles en las alabanzas de Dios.

—Casó Ségismundo con Amalabenga hija de Teodorico, rey de Italia, y tuvo en su matrimonio un hijo llamado Siagro; pero habiendo muerto aquella princesa, verdaderamente digna de semejante enlace, contrajo de segundas nupcias con una señora noble, bien que muy desigual en los sentimientos; la cual miraba con una suma aversion á su hijastro, y por lo mismo no cesaba de incitar contra él á su padre. Vióla el principe cierto dia con los preciosos vestidos de su difunta madre, y manifestándola lleno de sentimiento que no era digna de ponerse aquellos adornos, fué tanta la ira que concibió la madrastra, que para provocar á su marido á una venganza injusta, se valió de la calumnia que solo cabe en una muger despechada, persuadiendo á Segismundo con toda la eficacia que le dictó su coraje, que aspiraba Siagro no solo á despojarlo del reino, sino á quitarle la vida; y dando crédito el religioso monarca á la falsa delacion, arrebatado de un extraordinario movimiento, dió orden á sus pajes para que ahogasen al principe cuando estuviese dormido. Hiciéronlo así los pajes; pero apenas se cometió el homicidio, cuando arrepentido Segismundo de aquel horrible atentado, se echó sobre el cadáver de su amado hijo, y bañándole con copiosas lágrimas, no cesaba de pedir al Señor perdon de su delito. Retiróse al monasterio de S. Mauricio, que era el asilo de todas sus aflicciones, á fin de aplacar la justicia divina con frecuentes vigiliass, con rigorosos ayunos y con asombrosas penitencias, valiéndose de la intercesion de los santos mártires para alcanzar el perdon; y oyendo Dios con agrado las reverentes súplicas del arrepentido rey, nacidas de un corazon contrito y humillado, dándose por satisfecho quiso premiarlas con la corona del martirio.

Habia muerto Gunebaldo padre de Segismundo á su hermano Chilperico, de quien quedó Clotilde que casó con Clodoveo, rey de Francia; y deseando ésta vengar la muerte de su padre, provocó á sus hijos Clodomiro, Childeberto, Clotario y Teodorico, para que tomasen las armas contra Segismundo y su hermano Gundemaro. Entraron aquellos con un poderoso ejército en el reino de Borgoña, despreciando todas las proposiciones de paz que les hizo el santo rey, á fin de que no se derramase la sangre de sus vasallos; pero conociendo los borgoñeses la disparidad de sus fuerzas con la superiores de los francos, reuniéndose muchos de ellos con los vencedores, para libertarse de los estragos de la guerra, prometieron entregarles á su inocente rey, que se habia retirado cerca de Leon, huyendo de la ferocidad de sus perseguidores. Supo Segismundo la promesa de sus pérfidos vasallos, y queriendo librarse de los traidores, se cortó el cabello, y vestido de monge se ocupaba en fervorosas oraciones, en rigurosos ayunos, y en asombrosas penitencias, pidiendo al Señor templase la cólera de los francos; mas como Dios le disponia para la corona del martirio, permitió que llegasen al lugar donde estaba ciertos borgoñeses fingiendo amor á su rey, y apoderándose de él, lo entregaron á sus enemigos.

Llevó Clodomiro preso á Orleans á Segismundo con su mujer y con sus hijos, resuelto á quitarles la vida: aconsejóle S. Avito, abad del monasterio de S. Máximo, varon de santidad conocida, que se abstuviese de aquel hecho verdaderamente indigno de un monarca vencedor, si deseaba conseguir la victoria que se prometia; amenazándole que de lo contrario moriria á manos de sus enemigos. Despreció el soberbio franco tan saludable monicion, y quitando la vida al santo rey, á su muger y sus hijos, en el dia 1.º de mayo del año 515, en una aldea de Orleans llamada Columpina ó Columna, hizo que se echasen los cadáveres en un pozo. No quedo sin el merecido castigo el injusto homicidio del Santo, pues habiéndole sucedido en el reino de Borgoña su hermano Gundemaro, auxiliado éste de Teodorico, rey de Italia, continuaron ambos la guerra con el mayor ardor contra los francos, en la que valiendose Gundemaro de un ardid ingenioso, cortó la cabeza á Clodomiro en la batalla que se dieron los dos ejércitos cerca de Viena.

Tres años permanecieron en el pozo los cuerpos de S. Segismundo, de su esposa y de sus hijos sin que espermentasen la mas leve corrupcion; mas queriendo Dios que se estrajesen de aquel lugar indecente las venerables reliquias, llamó la atencion de los fieles con la prodigiosa maravilla de dejarse ver por la noche muchas luces celestiales sobre el lugar de su estancia. Tuvo aviso superior el abad de S. Mauricio para que sacase del pozo los cuerpos de los Santos,

y no sabiendo cómo ejecutarlo, le inspiró el Señor que se valiese de Asemundo, persona de grande aprecio para con Teodomiro, que había sucedido á su hermano Clodomiro en el dominio de Orleans. Concedió gustoso este príncipe en que se hiciese la estraccion pretendida, y ejecutada se trasladaron las venerables reliquias al monasterio de Agauno, donde se depositaron con toda magnificencia en la capilla de de S. Juan Bautista, en la que son tenidas en grande veneracion, y se ha dignado el Señor acreditar la gloria de su fidelísimo siervo con repetidos milagros.

Habia dejado el santo rey en la cueva que hizo penitencia, cerea de Villadrau, pueblo de Cataluña, dos cruces, y queriendo Dios después de muchos siglos manifestar aquellas adorables reliquias, se valió de un suceso bien extraño. Apacentaba cierto pastor de un labrador, llamado Gad, una vacada en las montañas da Monseny, y observó que separándose un toro de lo demás del ganado, iba todos los días á la cueva del santo, donde se ponía de rodillas. Notició al rector de Villadrau aquella novedad, y certificado este por sí de la maravilla, dió parte al obispo de Vich, quien consultando el caso con su cabildo, pasó con su clero á la misma cueva, en la que hallaron al toro de rodillas: mandó el prelado cavar en aquel sitio, y habiéndose encontrado las dos cruces que dejó en ella Segismundo, dispuso que se trasladasen con la mayor devoción á la parroquia de Villadrau, pero al siguiente dia regresaron por mano invisible á la cueva de donde se estrajeron. Igual prodigio sucedió en la segunda y tercera vez que se trasladaron á otras partes, por lo que convencido el obispo que era voluntad de Dios de que allí permaneciesen, hizo construir en la misma cueva una iglesia en honor del santo, por cuya poderosa intercesion ha obrado el Señor muchos milagros.

DIA II.

La conmemoracion de san Felix Diácono.

En este dia hace conmemoracion el Martirologio Romano de San Felix diácono, con la expresion de que padeció martirio en la ciudad de Sevilla, en cuya Diócesi se celebra su festividad con Rito de segunda clase. No nos consta de la patria, padres, ni laudables hechos del Santo, porque la injuria del tiempo robó á la posteridad las Actas de éste, y otros muchos héroes que florecieron en la nacion en aquellas lastimosas edades en que la ferocidad de los bárbaros redujo á ceni-

zas los preciosos escritos de una venerable antigüedad: solo si sabemos por el breviario Mozárabe segun el orden del padre San Isidoro, que el ilustre Diácono Felix sostuvo con indecible fortaleza los mas fuertes combates contra los enemigos de nuestra santa fé, que quisieron obligarlo con exquisitos tormentos, á que sacrificase á los ídolos; pero resistiendose á aquella sacrilega maldad con el valor propio de los Héroe's Cristianos, mereció la corona del martirio en el dia dos de Mayo, á principios del siglo IV se cree, cuando movieron contra la iglesia su cruel persecucion los Emperadores Diocleciano, y Maximiano.

DIA VII.

San Sisto Y Eovaldo, Hamado en vulgar catalan san Hou.

En la sagrienta persecucion que suscitaron contra la iglesia en principios del siglo IV los emperadores Diocleciano y Maximiano, es bien sabido, que nombraron estos supersticiosos príncipes por gobernador de la provincia de Tarragona á Daciano, con el impío designio de extinguir, si pudiese, el nombre y la religion de Jesucristo. Sacrificó este bárbaro, uno de los mas inhumanos que conocieron los siglos, al furor de su saña innumerables víctimas de fieles inocentes, cuyas reliquias ocultaron los cristianos con la cautela y con el silencio que exigia la constitucion de aquellas edades lamentables; por lo que permanecieron incógnitas, hasta que el Señor se dignó manifestarlas. De esta clase fueron las de S. Sisto y las de S. Eovaldo, llamado S. Hou en idioma catalan, uno de los muchos mártires que derramaron su sangre en la misma tempestad; no por otra causa que la de haberse resistido con valerosa constancia á prestar sacrificios á los dioses romanos, que veneraba por tales la ciega obstinacion de los gentiles.

Las venerables reliquias de estos dos ilustres mártires estuvieron incógnitas muchos años, hasta que por un prodigio maravilloso quiso el Señor demostrarlas. Vivió en Celdran, pueblo del obispado de Gerona, un labrador de conocida virtud, á quien en sueños dijo un ángel: *Ve, siervo de Dios, á la viña que tienes en Valiorta cerca de la iglesia de la bienaventurada Sta. Tecla, virgen y mártir, y allí encontrarás dos cuerpos de santos, que padecieron martirio por defensa de la fé, los que ocultaron los cristianos por temor de la tiranía de Daciano.* Despertó el labrador todo asustado; pero no despre-

ciando el aviso del cielo, se condujo á la viña en la siguiente noche, y vió sobre un cúmulo de espinos que estaban en la misma heredad un globo de luz tan resplandeciente, que ilustraba con su claridad todos los campos inmediatos. Quiso observar si se repetía igual prodigio para mas certificarse; y habiéndolo observado segunda y tercera vez, no le quedó duda que en aquel lugar estaba el insinuado tesoro. Quemó las malezas del sitio, y cavando en él encontró dos areas de madera trabajadas con tal artificio, que apenas se hallaba en ellas cisura alguna.

Refirió el labrador todo lo ocurrido á un sacerdote de la iglesia de Celdran; y habiendo dado éste parte al obispo de Gerona, pasó aquel ilustrísimo prelado con su clero y mucha parte del pueblo al reconocimiento de aquellos depósitos. Mandó á todos los asistentes que se pudiesen en oracion, para que el Señor se dignase manifestar de quienes eran las santas reliquias contenidas en aquellos depósitos; y abriéndose por si mismas las dos arca, luego que demostraron ser las de S. Sisto y san Eovaldo, se cerraron con el mismo prodigio.

Quiso el reverendo obispo llevarlas á Gerona, para enriquecer su iglesia con alhajas tan preciosas; pero al llegar á un arroyo donde finaliza el término de la parroquia de Celdran, se quedaron inmóviles los conductores. Conoció el prelado por aquella resistencia, que era voluntad de Dios el que permaneciesen en la misma parroquia, donde hizo construir dos magníficos altares para colocarlas; y ejecutado así, son veneradas en ellos por todos los pueblos circunvecinos, á quienes concede, Dios muchos favores por la intercesion de los dos Santos.

DIA VIII.

El beato Domingo, confesor.

EN este dia se celebra en el convento de religiosos Dominicos de Santaren, pueblo ilustre del reino de Portugal, la memoria del beato Domingo, uno de los ornamentos mas brillantes del querúbico instituto, digno de los mas altos elogios por la inocencia de su vida. Tenia este el oficio de sacristan en el espresado convento, y enseñaba á unos niños vestidos del mismo hábito las primeras letras y la doctrina cristiana. Acostumbraban estos despues de ayudar á misa, ir á desayunarse á una capilla donde estaba una muy prodigiosa imágen de la Santísima Virgen con el niño Jesus en los brazos, el que se dignaba bajar del regazo de su madre para estar con los niños en ade-

man de desayunarse. Refirieron estos á su maestro el suceso, y conociendo Domingo que la inocencia y la sinceridad en que tanto se complace el Señor, era la causa de aquel favor tan extraordinario, previno á sus discipulos, que cuando bajase Jesus le dijesen: *Señor, tú siempre te desayunas con nosotros, pero no acostumbras á darnos nada: convidanos alguna vez con nuestro maestro en casa de tu Padre.* Hicieronlo así los inocentes, y condescendiendo el Señor, les convidó para el día de la Ascension. Avisaron los niños á Domingo para que se dispusiese; y habiendose preparado con el sacrificio del altar, que celebró en el mismo día con asistencia de dos diños, concluida la misa pasaron á disfrutar el convite de Jesus en la patria celestial. Dieron los religiosos sepultura á los tres venerables cadáveres en un mismo sepulcro, donde se pintó despues la historia de aquel suceso memorable; pero olvidandose con el trascurso del tiempo el lugar donde estaban las venerables reliquias, se hallaron con motivo de abrir en aquel sitio una puerta en el año 1577 integros los cuerpos de Domingo y los de los dos niños, con la particularidad de no haber padecido la mas minima corrupcion los lienzos con que se enterraron; por cuyo prodigio se trasladaron del primer depósito al altar mayor. Supo lo ocurrido el ilustrísimo Señor D. Gregorio Almeida, obispo de Lisboa, y queriendo acreditar su devocion para con los tres santos, hizo que se incluyesen sus cuerpos en tres primorosas estatuas labradas á sus espensas, las que se colocaron en un altar propio á un lado del crucero de la iglesia con una imagen del niño Jesus, donde se les tributa la veneracion correspondiente.

DIA IX.

San Gregorio, obispo de Ostia.

AGRADECIDA España, y con especialidad la provincia de Rioja y el reino de Navarra, de los grandes beneficios que recibió del Señor por la mediacion de S. Gregorio, obispo de Ostia, decoroso ornamento del orden de S. Benito, uno de los prelados mas dignos que han florecido en la Iglesia, celebra su memoria desde que falleció en nuestra península, donde se conservan sus reliquias. No nos consta de la patria, de los padres, ni de la primera educacion de Gregorio, pero por los méritos que le hicieron acreedor de los altos empleos á que fué elevado, se infiere la justificacion en que pasó los primeros años de su vida. Abrazó en lo mas florido de sus años el instituto de S. Beni-

to en el monasterio de S. Cosme y S. Damian de la capital de Roma; y en vista del fervor y de la perfeccion con que se portó en el noviciado; se persuadieron los monges, que con el tiempo seria Gregorio uno de aquellos hombres eminentes, que dieron tanto honor á la religion benedictina. No tardó en verificarse el vaticinio, pues los rápidos progresos que hizo así en la virtud como en las ciencias, le merecieron el concepto de santo y de docto no solo en el claustro, sino fuera de él, siendo objeto de la veneracion de los romanos. Murió el abad de S. Cosme y S. Damian, y todos los monges pusieron los ojos en Gregorio para que ocupase aquel empleo, bajo el seguro de las considerables ventajas que se prometia aquella ilustre casa, con tener á la frente un superior de tan conocidos méritos. En vano solicitó escusarse por cuantos medios le sugirió su humildad, porque constando á los monges que en él concurrían todas las cualidades que pudieran apetecerse para el gobierno, insistieron en la eleccion á pesar de su humilde repugnancia.

La nueva dignidad solo sirvió para que mas brillase la virtud de Gregorio, y para que se manifestasen desde luego aquellos talentos extraordinarios de que se hallaba dotado: en efecto, gobernó su comunidad con tanto zelo, con tanta prudencia y con tanta suavidad, que á la reputacion del ilustre abad se siguió la del monasterio, en el que resucitó la disciplina monástica en el fervor primitivo con sus sabias exhortaciones y con sus edificantes ejemplos. Hicieronse en Roma públicas las eminentes virtudes del santo, y queriendo el papa Juan XVIII condecorar á una persona de tanto mérito, le consagró obispo de Ostia, y dió el capelo de cardenal en el año primero de su pontificado; fiandó además á su cuidado el empleo de bibliotecario apostólico, que sirvió en tiempo de cuatro sucesivos papas, manifestando en él y en todos los negocios mas arduos de la Iglesia su grande sabiduría y su vigilancia pastoral.

Cuando así brillaba en Roma el ilustre cardenal, ocurrió en España una plaga tan crecida de langosta, que asoló las provincias de Navarra y de la Rioja, y destituidos los naturales de todo socorro humano, recurrieron al sumo pontífice, para que les suministrase algun alivio en una constitucion tan deplorable. Dispuso su Santidad que se hiciesen en Roma públicas rogativas con ayuno general, á fin de alcanzar de Dios el remedio de aquella calamidad; y al tercero dia de sus reverentes súplicas, reveló un ángel al papa que cesaria la plaga si enviaba á España á Gregorio, por cuya intercesion conseguirian los afligidos el consuelo que deseaban.

No dudó el papa de la divina promesa, teniendo tan conocida la eminente santidad de Gregorio; á quien envió inmediatamente en clase de su legado opostólico, para que providenciase con su gran

prudencia todos aquellos medios que estimase conducentes á contener tan formidables males. Entró en España el célebre cardenal, y conociendo que la inundacion de la langosta era un azote con que el Señor castigaba los pecados de aquellos naturales, comenzó á ejercer sus funciones con aquel fervor que era propio de su carácter. Predicó penitencia en Calahorra, en Logroño y en otros muchos pueblos de la Rioja y de Navarra; instituyó rogativas públicas, ayunos y sacrificios; y aplacada la ira de Dios con la sincera conversion de aquellos en quienes imprimió el celoso prelado las mas altas ideas de verdadera penitencia, se desvaneció como humo la innumerable multitud de la langosta.

Los grandes trabajos é incesantes fatigas que padeció Gregorio en el espacio de cinco años, que se ocupó en una expedicion tan penosa, debilitaron su salud enteramente; y habiendo caído enfermo de una grave enfermedad, se retiró á Logroño, donde conociendo que se acercaba el fin, hizo nuevos esfuerzos para purificar su inocencia. Recibió los últimos sacramentos con aquella devocion que escitan en una alma toda abrasada en las llamas del amor divino, y fijando los ojos en el cielo, murió tranquilamente en el dia 9 de mayo del año 1048, segun el cómputo mas arreglado, bien que otros señalan el de 1044.

Habia vivido siempre el santo prelado sin otra voluntad que la de Dios, á la que estaba sometido con un profundo rendimiento; y queriendo continuar tan acertadas máximas hasta la muerte, dispuso en ella que puesto su cuerpo sobre un caballo ó mula, se le enterrase donde parase tercera vez. Hiciéronlo así sus discípulos, los cuales siguieron al caballo acompañados de muchos naturales, dejándolo ir sin conductor: salió éste de Logroño, y se condujo por el camino real que va á Santiago á la iglesia de S. Salvador de Piñaba, ó de Peñalva, que está cerca de la ciudad de Estella, del monasterio de Hira-che, y de la villa de Arcos en el reino de Navarra; donde verificadas las señales de S. Gregorio, dieron sepultura á su venerable cuerpo, el cual se mantuvo allí muchos años, dignándose el Señor obrar muchos prodigios por la intercesion de su fidelísimo siervo; y bajo su advocacion erigieron los fieles en oratorio el mismo cuarto donde vivió y murió en Logroño.

Olvidóse el lugar donde estaban las venerables reliquias del santo prelado con motivo de las continuas guerras que ocurrieron en España; pero queriendo Dios manifestarlas al comedio del siglo XIII, se encontraron á espensas de las mas esquisitas diligencias que hicieron en su busca los ilustrísimos obispos de Pamplona y de Bayona, Don Pedro Jimenez Gonzalez y Don Sancho Axco; los cuales las colocaron inclusas en una preciosa arca en la misma ermita de Peñalva, que

tomó su advocacion, habiendo tenido antes la de S. Salvador, adonde concurren en procesion los pueblos vecinos á implorar la poderosa intercesion del Santo en las plagas de langosta, teniéndole por especial abogado contra semejante contagio: bajo cuyo concepto ha sido costumbre antiquísima pasar agua por sus venerables reliquias, y rociar con ella los campos en que ocurre alguna plaga de langosta, ó de otros insectos perjudiciales.

DIA XV.

San Witesindo, mártir de Córdoba.

FUE Witesindo de tierra de Cabra, villa antigua y noble de Andalucía, que en lo antiguo se llamó Egabro, y tuvo silla episcopal, como en otra parte hemos dicho. Este Santo, permitiéndolo así nuestro Señor por sus ocultos juicios, ó bien para mostrar cuan poco son y pueden los hombres dejados á su natural, siendo ya viejo cedió al furor del rey de Córdoba Mahomad, que perseguía á los cristianos, y ofreció negarle la fé. Humillado con esta caída le dió la mano nuestro Señor para que levantándose con esfuerzo, borrara el yerro pasado. Y así fué que como los moros lo estrechasen á dar pruebas de lo que habia prometido, con nuevo espíritu de cristiano dijo que no cometería tal maldad, y que estaba resuelto á desmentir con el corazon y con la obra la flaqueza pasada. Hecha relacion del caso al juez, recibió tanto enojo que luego lo mandó degollar. Ejecutóse la sentencia en mayo del año 855. Con tanta aceleracion escribió S. Eulogio las actas de este martirio, que se le pasó advertir el dia en que sucedió; solo dice que fué por el tiempo en que padecieron S. Amador y sus compañeros Pedro y Luis de quien hablamos el mes pasado. Tampoco hace memoria del paradero de su cadáver. Puede conjeturarse que fué echado al rio, como lo eran entonces los de todos los mártires.

Martin de Roa no puso este santo mártir en el Breviario que la iglesia de Córdoba rige desde el año 1601, porque la licencia que dió el Papa para hacer oficio á los santos, solo se estendia á los que estaban registrados en el martirologio romano; y no lo estaba el de S. Witesindo, aunque tenia la misma autoridad que los demás de quien escribió S. Eulogio, solo por no haberle señalado el dia de su martirio. El cardenal Baronio, reformador del antiguo Martirologio romano señaló á S. Witesindo en el dia 15 de mayo, y dice Roa que lo hizo así movido de una representacion que á la santa Sede hizo el venera-

ble clérigo cordobés Juan del Pino. Pero esta correccion no tuvo efecto, fuese por olvido del cardenal, ó por otra causa. Lo cierto es que en Córdoba no se le hace fiesta como á los otros mártires de la persecucion sarracena.

DIA XVI.

El beato Gil, confesor.

MARAVILLOSO Dios en sus Santos, segun nos dice el real Profeta, quiso serlo particularmente en el beato Gil, para que brillase en él su divina misericordia, en tiempo que se hallaba precipitado en un caso de los vicios mas enormes. Nació este héroe verdaderamente portentoso en uno de los pueblos de la provincia de Portugal llamado Vaozela, y fueron sus padres D. Rodrigo Valladares y D.^a Teresa Gelia ó Epidia, ambos muy distinguidos en aquel pais, asi por su calificada nobleza, como por el grande empleo que tenia Rodrigo en el servicio del rey D. Sancho el I. Aplicáronse éstos con el mayor esmero á dar á Gil una educacion tan propia de su piedad, como de su ilustre nacimiento; y habiendo manifestado desde luego unos talentos extraordinarios, quisieron que estuviese en la universidad de Coimbra bajo la enseña de los célebres maestros que regentaban las cátedras de aquella célebre academia. Hizo Gil grandes progresos dentro de muy breve tiempo en la latinidad y en la filosofía, y enamorado el rey Sancho de la habilidad y de la expedicion del ilustre jóven, proveyó en él varias piezas eclesiásticas; cuya carrera abrazó, no con el objeto ni con la rectitud que exigia el estado, antes bien fué el escándalo del pueblo por sus abominables desórdenes.

Quiso Gil dedicarse por una vana curiosidad al estudio de la medicina, y para instruirse perfectamente en esta ciencia, determinó pasar á París, donde la enseñaban los mas hábiles facultativos. Comenzó á pensar en el camino sobre los medios de adelantarse en la facultad á todos los hombres mas sabios de su tiempo, sin tener la menor repugnancia en adoptar toda clase de malas artes, con tal que consiguiese sus intenciones. Valióse el demonio de esta resolucion, para acabar de perder á un jóven que ya tenia preso con la cadena de los vicios, y juntándose con él en el camino en traje de pasajero, comenzó á explorar en las conversaciones familiares que tuvo con el desgraciado mozo el fin que le llevaba á París. No tuvo reparo Gil en manifestar todas sus ideas al enemigo de la salvacion, quien de-

saprobándolas enteramente, le dijo: que no tenia necesidad de ausentarse tan léjos de su patria para conseguir sus deseos, cuando podia lograrlos mas cerca; puesto que en la ciudad de Toledo enseñaban ciertos hábiles maestros unas artes casi divinas, por las que penetraban los hombres los mas ocultos secretos de la naturaleza y de la medicina, y obrando por aquel estudio cosas maravillosas, se hacian dueños de las personas y de sus bienes; añadiéndole que si le agradaba la proposicion, le acompañaria hasta ponerle en el mismo sitio, donde se enseñaban aquellas ciencias con un profundo secreto. Quedó Gil suspenso por algun tiempo; pero como su ánimo no era otro que lograr el fin de su vanos deseos, aunque fuese á costa de los medios mas ilicitos, admitió desde luego la oferta. Conducidos ambos á Toledo, se encontraron en una cueva espantosa, donde ciertos hombres perdidos enseñaban las abominables disciplinas que les sugirió el infierno: manifestaron estos á Gil las leyes y condiciones que era preciso observasen los que querian ser discípulos de aquella escuela, entre las que era uno de sus principales establecimientos hacer carta de vasallaje al demonio escrita con su propia sangre.

Ejecutó el perdido jóven el infame instrumento, y habiendo cursado por espacio de siete años el estudio de aquellas perversas artes, instruido en ellas á satisfaccion de sus maestros, tuvo permiso para practicarlas donde le pareciese. Quiso que Paris fuese el teatro de sus primeras habilidades, y conduciéndose á aquella capital, se mereció en breve tiempo los aplausos de los doctos y de ignorantes, admirándose todos al ver los maravillosos efectos que obraba en la medicina.

Continuó Gil la profesion algunos años lleno de vanagloria y de considerables riquezas, hasta que llegó el tiempo en que Dios por su infinita misericordia quiso conmutar en vaso de eleccion al que lo era de contumelia, por uno de aquellos prodigiosos medios de su adorable providencia. Estudiaba Gil en cierto dia en su biblióteca, y cuando estaba mas engolfado en la especie, se le apareció un hombre de terrible aspecto á caballo con una lanza en la mano en ademan de acometerle, quien le dijo con una voz espantosa: *Muda de vida, muda de vida*. Asustóse con la vision el famoso médico; pero como la relajacion de sus costumbres le tenia trastornado el entendimiento, creyendo que seria alguna ilusion de su acalorada fantasia siguió con sus mismos vicios. Pasado algun tiempo volvió á presentarse el mismo caballero armado estando Gil en su librería, y con voz mas formidable le repitió por tres veces: *Muda de vida, pues de lo contrario te daré muerte*; y dicho esto, le hirió algun tanto con lanza en el pecho.

Creó Gil que habia penetrado la herida hasta lo intimo del corazon, segun la viveza del dolor que tuvo; mas siendo este efecto de la

divina gracia, que le movia al arrepentimiento de sus desórdenes, comenzó á clamar bañado en tierno llanto: *Yo, Señor, mudaré de vida; pero te ruego por tu infinita misericordia me perdones el no haber obedecido á tu primer llamamiento.* Era aquel auxilio uno de los eficacisimos que Dios por su infinita bondad confiere á los pecadores mas obstinados; y correspondiendo Gil con fidelidad á la vocacion del cielo, quemó todos los libros de su magia, y dejando á París, se dirigió á su patria con firme resolucion de enmendar sus yerros. Cayó en el camino en una enfermedad grave, nacida del terror y de la tristeza que ocupó á su espíritu, meditando sobre sus desórdenes, pero no por eso dejó el buen propósito de su sincera conversion.

Pasó de camino Gil por la ciudad de Palencia, cuando los hijos de Santo Domingo de Guzman se hallaban en la obra de su convento; y edificado de ver trabajar en la fábrica á unos hombres religiosos, distinguidos por su estado y por su carácter, como si fuesen unos pobres jornaleros, concibió grandes deseos de abrazar el instituto, movido del humilde y edificante ejemplo de sus profesores. Hizo una confesion general con el prior, manifestando en ella clara y distintamente las execrables maldades de su vida: pidió la absolucion bañado en tiernas lágrimas, y concluido aquel acto, rogó al superior, que se dignase admitirlo entre los individuos de su comunidad, bajo el supuesto de no ser otro su objeto, que el de dar al Señor satisfaccion por medio de aquel orden de penitencia. No quiso el prior despreciar la ocasion que se le presentaba de lograr para Dios una alma verdaderamente arrepentida; y recibéndolo en su comunidad con anuencia de los demás religiosos, desde el momento que vistió Gil el santo hábito, dió pruebas tan concluyentes de su vocacion, que se persuadieron todos, que dentro de breve tiempo seria uno de los ornamentos mas decorosos del instituto dominicano. En efecto, su devocion, su fervor, su humildad, su obediencia, su pobreza y su penitencia, fueron el asombro de los mas ancianos religiosos, los que no pudieron menos de admirar como prodigios de la divina gracia los progresos que hacia Gil en el noviciado.

Causan admiracion los artificios de que se valió el enemigo de la salvacion para separarlo de su buen propósito; pero siempre constante, y siempre firme Gil en la vocacion, triunfó de los enemigos inseparables que le atacaron con los mas activos movimientos. Las pasiones que se habian estragado tan desenfrenadamente en el siglo, se amotinaron con sediciosa violencia, viéndose reprimidas en la religion; los apetitos habituados á saciar sus gustos, lucharon fuertemente para atraerlo al abismo de sus desórdenes; pero el siervo de Dios supo reprimir con tanta prontitud semejantes movimientos con el rigor de sus penitencias, con la frecuente mortificacion de los sentidos,

y con la oracion continua, que aun antes de acabarse el año del noviciado, logró tener rendidas á la servidumbre de la razon todas sus pasiones.

Hizo su solemne profesion; y reiterando los firmísimos propósitos que le trajeron á la religion, puede decirse con verdad, que cumplió perfectamente las promesas que hizo á Dios en aquel acto en el curso de su carrera. Enviáronle los superiores al convento de Santaren, poco distante de su patria, una de las casas mas célebres del orden, así por su observancia regular, como por el concurso de muchos varones esclarecidos en ciencia y en santidad que vivian en ella; y queriendo Gil dar á Dios satisfaccion de sus enormes delitos á la vista de aquellos religiosos ejemplares, se entregó á una penitencia sin limites, trayendo siempre ceñidas sus carnes con una cadena de hierro, la que hasta hoy se conserva en el mismo convento para perpetua memoria de sus rigurosas austeridades.

Lo que sobre todo afligia á Gil era la memoria de la escritura de vasallaje que firmó al demonio con su propia sangre: teniale esta pena en una inquietud continua, y conociendo que el medio mas poderoso para rescindir aquel infame instrumento, era el recurso al poderoso patrocinio de la Santísima Virgen, se postraba con frecuencia ante una prodigiosa imágen de la Señora que estaba en la capilla, ó capitulo del convento, y anegado en tiernas lágrimas, rogaba, instaba, y suplicaba continuamente á la Madre de pecadores, que se dignase interceder con su Santísimo Hijo, á fin de que le librase de tan terrible tormento.

Bien conoció el demonio los efectos que habian de producir las fervorosas oraciones y las asombrosas penitencias del siervo de Dios afianzado en la proteccion de la Santísima Virgen, y para impedirlos, se valió de cuantos géneros de tentaciones pudo discurrir su refinada malicia: puso en ejercicio todas las armas de la sensualidad, insultos de la imaginacion, torpezas del entendimiento, y rebeldías de la carne: atormentábale con temerosos aullidos, con gritos horribles, con visiones espantosas y con fantasmas extraordinarias; pero queriendo Dios probar á un mismo tiempo la virtud y la paciencia de su siervo, y confundir la malignidad del espíritu de las tinieblas, le permitió que le maltratase de diferentes maneras. Siete años sufrió Gil como otro pacientísimo Job este tropel de combates; pero viendo el enemigo que de nada aprovechaban semejantes ardidés, hizo el último recurso, tentándole sobre desesperacion. Reiteraba Gil en cierta ocasion sus súplicas á la Reina de los ángeles, y acometiéndole los demonios llenos de furiosa rabia, le dijeron: que se cansaba en vano, pues habiendo renegado de Jesucristo por medio de un instrumento firmado con su sangre, era irremisible su delito, por el cual estaban

para el cerradas las puertas del cielo. Consternó al siervo de Dios un ataque tan cruel pintado con los coloridos mas vivos por el demonio; y puesto en mortales congojas, se llegó á la imágen de la Santísima Virgen, y arrancando lastimosos suspiros de lo íntimo del corazón, la habló de esta suerte: *Madre clementísima, consuela á quien implora vuestra piedad en el mayor conflicto, y muestra embusteros á los padres de la mentira, que solicitan que desconfie de vuestra grande misericordia.* Quiso la Señora consolar á su fidelísimo siervo, dándole un testimonio nada equívoco de sus acostumbradas piedades; y para que no dudase de esta fineza, hizo que el demonio dejase caer sobre el altar de la Santísima Virgen la escritura, tratando á Gil de traidor, de falsario, y de ingrato á sus muchos beneficios.

No es fácil poder explicar el gozo que concibió el siervo de Dios, viendo disuelto el inicuo pacto que hizo con el demonio llevado de sus vanos deseos, lo que le tenia en una afliccion continua; y conociendo que aquel singular favor era debido á la poderosa proteccion de la madre de misericordia, no acertaba como darle gracias, ni como manifestar su agradecimiento. Quiso acreditar éste en todo el resto de su vida, esmerándose en el afecto para con la Señora; y seguramente puede afirmarse, que no hubo ningun otro bienaventurado que le cediese en la devocion á la reina de los ángeles, ni en la solitud en propagar sus glorias.

Sucedió la calma á la deshecha tempestad que padeció Gil, y si sufrió por espacio de siete años los mas terribles ataques de todo el infierno, por igual tiempo quiso el Señor premiar la inalterable paciencia de este segundo Job con esquisitos favores; entre los cuales fué muy singular la asistencia de una luz refulgente que le acompañaba en todas partes, sirviéndole de escudo para ahuyentar á las potestades de las tinieblas, á las que ya no temia Gil, antes bien les servia de un terror formidable.

Libre el siervo de Dios de tan crueles persecuciones, quiso estudiar teología, para adquirir una superior inteligencia de los atributos y de las perfecciones de Dios, á fin de amarle con mayor conocimiento. Enviáronle á París los superiores para que cursase en aquella célebre universidad; de lo que se alegró en extremo, por poder desagaviar al Señor en el mismo pueblo que habia sido el teatro de sus mas enormes vicios. Fundado en esta máxima, hizo grandes progresos así en las ciencias sagradas, como en la de los santos, y resarció por este medio las gravísimas ofensas que cuando jóven cometió en París con sus desórdenes; pero como en lo que mas pecó fué en el mal uso de la medicina, en este mismo ejercicio procuró la enmienda, sirviendo á los pobres enfermos de médico y de asistente hasta en los oficios mas humildes.

Recibió Gil el grado de doctor en sagrada teología con aplauso general de toda la universidad, queriendo los superiores aprovecharse de sus raros talentos, lo enviaron á España para que enseñase esta facultad. Hizolo con ventajas conocidas en los que fueron sus discípulos; pero no satisfecho con las tareas de la escuela, se aplicaba á un mismo tiempo al ministerio de la predicacion, animado de zelo verdaderamente apostólico por la salvacion de las almas. Esparcióse la fama de la eminente virtud, y de la grande sabiduria del beato por toda la provincia, y deseando los religiosos tenerlo por superior, le nombraron provincial á pesar de su humilde resistencia. Visitó á pié todos los conventos de Castilla y de Portugal, comprendidos por entonces bajo de una provincia; y se conoció en todos cuanto puede la virtud, cuando los empleos le dan motivo para manifestarse. No quedaron reducidos los favorables efectos del siervo de Dios dentro de los claustros, pues no teniendo su ardiente caridad domicilio fijo, ni lugar determinado, participaron de su beneficencia todos los pueblos por donde hizo tránsito. Concluyó el trienio de su prelacia; y como los religiosos esperimentaron la grande utilidad que resultó á la provincia por el zelo de un prelado tan zeloso como santo, volvieron á reelegirlo en el mismo ministerio; pero fueron tantos los ruegos y tantas las lágrimas á que recurrió Gil para escusarse, representando su avanzada edad, la debilidad de sus fuerzas, y sobre todo el ardiente deseo que tenia de disponerse para morir, que logró en vista de tan poderosas razones, que le admitiesen la renuncia del empleo.

Desembarazado Gil de tan penoso cargo, se retiró al convento de Santaren que fué el campo de sus gloriosas batallas; y renovando su fervor, pasó el resto de su vida mas como un ángel, que como criatura en carne humana. Seria necesaria una estension mayor que la que permite un compendio, si se hubieran de referir individualmente las heroicas virtudes de este hombre portentoso, tan encendido en el amor de Jesucristo, que se puede decir sin exageracion, que no hubo quien le escudiese en el cordial afecto, ni en la ternura con que amó al Redentor del mundo. De esta raiz provenia el quedarse con mucha frecuencia en dulces éstasis no solo en la celda, en la iglesia y en el coro, sino es en los caminos, en los campos, y en otras diferentes partes, todo arrebatado en Dios, haciéndose sensible en todas sus acciones y en todas sus palabras el incendio de amor divino en que se hallaba abrasado, el cual le postraba muchas veces en cama sin que tuviese otra enfermedad.

Llegó el siervo de Dios á una edad muy avanzada, y conociendo por el quebranto de su naturaleza que se acercaba el fin, hizo esfuerzos estraordinarios para purificar su inocencia. No parecia posible

amor á Dios mas fino ni mas generoso, que el que manifestó esta dichosa criatura en los últimos instantes de su vida, y abrasado como víctima preciosa en divinos incendios, murió tranquilamente en el mismo dia que celebra la Iglesia la Ascension de Jesucristo, que fué el 14 de Mayo 1265. Quedó su cuerpo sin las horrorosas señales de la muerte, despidiendo de sí un olor esquisito, y se le dió sepultura en el mismo convento de Santaren, donde despues se trasladaron sus venerables reliquias á la capilla, que en honor del Santo hizo labrar á sus espensas su consobrina D.^a Juana Diaz, mujer de D. Fernando Fernandez, en la que se depositaron en un magnifico sepulcro de mármol; y habiéndose llevado un hueso del siervo de Dios á Vaocela, se erigió bajo su advocacion un oratorio ó capilla cerca de la cárcel pública, y otro en el aposento donde nació. Tambien se engarzó en plata el cingulo de hierro que llevó asido el Santo al cuerpo, el que se aplica á las que están de parto con cuyo contacto se experimenta la apetecida felicidad en aquel peligro.

Quiso el Señor hacer célebre el sepulcro de S. Gil con repetidos milagros, los cuales movieron al ilustrisimo señor D. Agustin de Portugal, obispo de Viseo, especial devoto suyo, para que enviase á Roma á Fr. Agustin de la Cruz con las justificaciones correspondientes, á fin de solicitar de la santa Sede que se le escribiese en el catálogo de los Santos; pero habiéndose suspendido la causa por muerte del comisionado, quedó la cosa en estado de que se le tributase culto público en Santaren, y donde estaban sus reliquias. Promovieron éste varios sumos pontífices, concediendo Gregorio XV indulgencia plenaria á los que visitasen la iglesia del convento de Santaren en la fiesta del Santo, y la misma Clemente VIII á la villa de Vaocela en honor de este ilustre hijo; pero como la religion de Sto. Domingo exigia la confirmacion apostólica de este culto inmemorial, retiraron sus instancias para con la Santa Sede; y hechas las justificaciones competentes lo declaró así el papa Benedicto XV en el año 1741, en el mismo dia que confirmó el de S. Alvaro de Córdoba.

DIA XIX.

Santa Tecla virgen y mártir.

SANTA Tecla una de las vírgenes mas ilustres que han florecido en el jardin ameno de la Iglesia en los principios de su establecimiento: á quien celebran muchos de los santos padres griegos y latinos con

los mas altos elogios; y aun algunos de ellos le dan el glorioso titulo de proto-mártir, por haber sido la primera de su sexo, que derramó su sangre por amor de Jesucristo, nació en Iconia de muy distinguidos padres; pero como tenian la desgracia de ser infieles, la educaron en las supersticiones del Gentilismo. Predicó San Pablo en aquella capital con aquel espíritu, y con aquel fuego que eran propios de su carácter, haciendo ver á los Paganos con la mayor claridad las miserables sombras de la muerte en que vivian sumergidos, tributando sus cultos á unos vanos simulacros bajo el velo de quiméricas deidades: y entre los muchos idólatras que convirtió á Jesucristo, fué una Tecla, que si bien ilustre por su nacimiento, era mas conocida en Iconia por las recomendables prendas con que el cielo la dotó. Tenia Tecla un entendimiento vivo, y una comprehension demasiado perspicaz para vivir satisfecha con las ridiculeces del gentilismo; y aunque la bastaria su sola razon natural para conocer los enormes absurdos de la idolatria: mas despejadas sus luces luego que oyó predicar al apóstol, no tuvo dificultad en adjuar los crasos errores en que fué educada. Instruida por tal maestro en los misterios de nuestra santa fé, recibió el bautismo; y fué tan abundante la gracia de esta regeneracion, que desde el principio se sintió llena del Espíritu Santo como los mas perfectos cristianos.

Estaba Tecla, cuando se convirtió, prometida para futuro matrimonio á un noble jóven llamado Tamiro, con quien otros la suponen desposada; pero como el apóstol de las gentes la hizo ver las prerrogativas de la virginidad, se resolvió á conservar inviolable una virtud de tanto mérito ante los ojos de Dios. Instáronla sus padres á que cumpliese la promesa esponsalicia, y resistiéndose á quebrantar el voto que ya tenia hecho á Jesucristo, se persuadieron aquellos, que el único motivo de su repugnancia no era otro, que el haber abrazado la religion que predicó San Pablo; por lo que manifestándose no menos resentidos de su resistencia, que del abandono de sus supersticiones, la delataron al Gobernador de la ciudad para que la castigase; á fin de que con su ejemplo se atemorizasen las demas doncellas.

Valióse el gobernador de las promesas mas ventajosas, y de las amenazas mas terribles para obligar á Tecla á que condescendiese con la voluntad de sus padres; pero encontrando siempre en la ilustre virgen una fortaleza, y una magnanimidad de espíritu superior á la fragilidad de su sexo, y á sus tiernos años (pues solo tenia diez y ocho cuando tentó su constancia) se persuadió, que cederia solo á la conminacion de ser quemada viva. Con esta mira dispuso, que se encendiese una grande hoguera; y poniéndola á la vista de aquel incendio, quiso intimidarla con que mandaria arrojarla á las

llamas, si al instante no se rendia á la voluntad de sus padres: haciendo al mismo tiempo muchos desprecios de la nueva religion que habia abrazado.

No se acobardó Tecla al oír semejante proposicion, antes bien movido su generoso corazon en aquel instante de un estraordinario impulso, para dar á entender á los Gentiles, que los tormentos mas crueles no eran capaces de intimidar á los verdaderos cristianos; sin esperar que los verdugos la echasen al brasero, se arrojó élla misma llena de animosidad á las llamas; queriendo manifestar que no solamente era voluntario, sino es alegre el sacrificio que hacia de su vida al verdadero Dios. Quedáronse atónitos los Paganos, y mirándose unos á otros, no acertaban á comprehender como una delicada doncella tuviese valor para una accion tan asombrosa; pero creció mas su admiracion cuando vieron, que de repente estinguíó el fuego, una copiosa inundacion de lluvias, quedando Tecla sin el menor daño.

Parece que tan prodigiosa maravilla habia de obligar al tirano á conocer, que defendia á la ilustre virgen una fuerza superior; pero como los gentiles vivian persuadidos, que semejantes prodigios los obraban los cristianos por malas artes, le pareció que venceria estos encantos, arrojándola á las fieras: para lo cual dió orden á sus ministros, que la llevasen al anfiteatro, donde fuese pasto de los tigres, y de los leones. Egecutóse así con asistencia de una multitud de infieles, que concurrieron á ver el espectáculo; pero olvidándose las fieras de su condicion, se postraron mansamente á los pies de Tecla, rindiéndole la veneracion que le negaba la obstinacion de los paganos. No pudieron éstos menos de confesar á vista de tantos portentos, que era grande el Dios de los cristianos; y levantando la voz, pidieron al gobernador que se dejase en libertad á la noble doncella; lo que hizo, temiendo alguna sedicion del pueblo interesado en defenderla.

Habiendo triunfado la ilustre virgen de tan enormes suplicios, se retiró á Seleucia con el noble objeto de dedicarse al servicio del Señor separada enteramente de los peligros del mundo: eligió para este fin la cumbre de un monte poco distante de aquella ciudad, como Elias el Carmelo; y soltando las riendas á su fervor, se entregó á una penitencia sin limites, gastando en oracion los dias y las noches, de suerte que su vida mas parecia angélica que humana. Continuó así muchos años, siendo el objeto de la veneracion, y de los mas altos elogios de toda aquella region; pero queriendo el señor premiar los grandes merecimientos de su fidelísima sierva, la llevó á gozar de su vision beatífica en el dia 22 de Setiembre, á principios del siglo II de nuestra era. Dieron los fieles sepultura al venerable cuerpo de Tecla en el mismo lugar que hizo su vida penitente: y despues

que cesó el furor de las persecuciones gentílicas, erigieron en honor suyo un templo magnífico, que fué frecuentado de innumerables personas del oriente y del occidente, que concurrieron en peregrinacion á implorar el piadoso patrocinio de la ilustre vírgen; cuyo sepulcro quiso el señor hacer célebre con repetidísimos milagros, los que movieron al emperador Cenon á que mandase construir una soberbia basilica en Seleucia, la que enriqueció con preciosas alhajas, y cuantiosísimas donaciones.

Aunque en todo el orbe cristiano era tenida santa Tecla en grande veneracion, se distinguia en ella muy particularmente la ciudad de Tarragona, con motivo de estar aquella iglesia metropolitana bajo la advocacion de la santa. Deseaba ésta por lo mismo tener alguna de sus reliquias, y noticiosa de que se hallaba un brazo de ella en poder de Onfino ú Osino rey de Armenia: unido el arzobispo de Tarragona don Eximio de Luna con su cabildo eclesiástico, y con el secular suplicaron al rey Jacobo II de Aragon, que se dignase enviar sus embajadores á Armenia, para que pidiesen á Osino en su nombre la espresada reliquia, á fin de enriquecer con ella la santa Iglesia de Tarragona. Hizolo Jacobo con cartas de la mas espresiva recomendacion, y con esquisitos regalos; y condescendiendo con sus súplicas el rey de Armenia, entregó á los Emisarios del de Aragon en el año 1319 ó 1320 el brazo de Santa Tecla, excepto el dedo pulgar, incluso en una preciosa urna de plata. Llegaron los embajadores con las santas reliquias á Barcelona, y como deseaba Jacobo que se hiciese su colocacion con el aparato mas solemne, mandó conducirla á Gostatin, mientras se disponia lo necesario. Convocó á los grandes nobles, y personas principales del reino para el dia señalado: hizo lo mismo el arzobispo con todos los sufragáneos, abades, priores, y clérigos de su diócesi, y con asistencia del rey, de su hijo, y de tan lucido acompañamiento se hizo la traslacion desde Gostatin á Tarragona en el dia 19 de mayo del año 1323; donde fue colocada la venerable reliquia en el altar de san Fructuoso; en virtud de lo cual dispuso aquella santa iglesia que se celebrase la fiesta de esta traslacion en la dominica despues de la pascual, conforme continúa hasta la presente.

DIA XXI.

San Secundino, mártir.

EN la sangrienta persecucion de Diocleciano y Maximiano dió España á la Iglesia innumerables mártires, que con el mayor desprecio de las grandezas del mundo y de lo que en él se estima, ofrecieron libe-

ralmente sus cuerpos á los ingenios y esfuerzos de la crueldad, mas fieros y espantosos que la misma muerte. Entre los cristianos de la ciudad de Córdoba, conocida en tiempo de los romanos con el nombre de Colonia Patricia, fué digno de memoria eterna S. Secundino por los gloriosos combates que tuvo con el gobernador de aquella capital en defensa de la religion cristiana.

Quiso este tirano obligar á Secundino á ofrecer sacrificio á los idolos; y para persuadirlo á creer la divinidad de los dioses que veneraban los romanos, hizole presente, que así lo apoyaba la opinion comun de tantos siglos, la autoridad de los filósofos y de los poetas, y sobre todo las leyes y edictos de los emperadores que obligaban á darles culto. Oyó el Santo estos argumentos, que eran los mas poderosos en que se fundaban los gentiles para prestar culto á los idolos bajo el velo de deidades; y deseando satisfacer por partes á aquellos motivos de falsa credulidad, hizo patente al gobernador el error de los siglos pasados, fundado en la ceguedad de las gentes y en el interés que tenia el demonio en que no abriesen los ojos á la luz. A los filósofos y poetas respondia con las bajezas que ellos mismos escribieron de los que llamaban sus dioses; infamias que aun en gente relajada y perdida no se pueden sufrir. De las leyes imperiales dijo que su notoria injusticia las condenaba, ni tenian otra autoridad que la preocupacion de los legisladores que las publicaron.

No tuvo el gobernador razones con que rebalir las conculyentes satisfacciones del Santo, y pareciéndole, que para reducir á un hombre de aquella sabiduria y de aquel carácter. tendrian mas eficacia los buenos modos, que la severidad, le ofreció ventajosas conveniencias. grandes honores, y sobre todo la gracia de los principes del mundo, cuando ofreciese sacrificio á los dioses romanos; pero el horror que le causó la sacrilega impiedad á que queria obligarlo, y la heroica constancia con que se negó á cometerla, redobló la furia y la crueldad del tirano de suerte, que sin hacer uso de las formalidades acostumbradas en semejantes casos, le sentenció á la pena capital, que se ejecutó el año 306 tal dia como hoy en que celebra su fiesta la santa iglesia de Córdoba. Robó á la posteridad la injuria de los tiempos las actas específicas de la vida de este héroe; pero no impidió la noticia de su glorioso martirio, que le hizo digno del reverente obsequio que como á tal se le tributa.

DIA XXIII.

San Epitacio y San Basileo, mártires.

SAN Epitacio, cuya memoria es y ha sido célebre en el obispado de Plasencia, nació, segun nos dicen varios escritores nacionales, en aquella antigua ciudad de la provincia de Andalucía de padres infieles, los que le educaron en las ridículas supersticiones del gentilismo, por lo que vivió envuelto en las miserables sombras de la muerte, hasta que oyó predicar las infalibles verdades de la religion cristiana á S. Pedro, obispo de Braga, comunmente llamado de Rates, por haber sido aquel pueblo donde padeció martirio. Era éste uno de los mas famosos discípulos que tuvo el apóstol Santiago, cuando hizo resonar en España la voz del santo Evangelio con aquel espíritu, y con aquel valor que nos dan idea del carácter de aquel celoso operario del padre de familias, á quien reconoce la nacion por su inclito patrono; y siguiendo Pedro los vestigios de su maestro, sembró la semilla de la palabra divina por diferentes pueblos de Portugal y de otras provincias contiguas. Hizo en ellas maravillosas conquistas para Jesucristo, y entre los muchos paganos que convirtió, fue uno Epitacio, que desengañado de los crasos errores de la idolatría por la predicacion de Pedro, no tuvo repugnancia en abrazar nuestra santa religion, convencido que fuera de ella no hay salvacion para los hombres. Dejó su patria, padres y bienes por seguir hasta Braga á su catequista, bajo cuya enseñanza se adelantaba considerablemente cada dia; y conociendo Pedro el ardor que manifestaba Epitacio por dilatar el reino de Jesucristo, como estaba bien informado de la pureza de su fe y de sus eminentes virtudes, le consagró obispo, á fin de que se ejercitase en las funciones de aquel alto ministerio. Dispensólas Epitacio primeramente en Tuy, y despues en Plasencia, y manifestándose en ambas ciudades como un verdadero sucesor de los apóstoles, redujo á nuestra santa fé á muchos gentiles con la luz de su celestial doctrina.

Supo el gobernador de Plasencia las conquistas que hacia el insigne obispo; pero como sus procedimientos eran diametralmente contrarios á los edictos imperiales, que se dirigian á extinguir el nombre y religion de Jesucristo, mandó ponerlo en una dura prision, donde padeció innumerables trabajos. Solicitó despues el gobernador obligarle á que prestase adoracion á los ídolos; pero el horror que causó

á Epitacio la sacrilega impiedad á que queria precisarle, y la heróica constancia con que se negó á cometerla, redobló la furia y la crueldad del tirano en términos que haciéndole padecer esquisitos tormentos con Basileo, otro ilustre predicador de Jesucristo, recibieron ambos la corona del martirio en tiempo de la cruel persecucion que movió Neron contra la Iglesia. Dieron los cristianos sepultura á los venerables cuerpos de los dos insignes mártires con la cautela que les permitian aquellos siglos calamitosos; pero habiéndose hallado las reliquias de Epitacio en el año 554, y continuando despues su veneracion; á instancias del ilustrisimo señor D. Diego Arce y Reinoso, obispo de Plasencia, de su dean y cabildo, concedió la sagrada Congregacion de Ritos por decreto de 8 de Octubre de 1650, que se celebrase la festividad de ambos mártires en Plasencia y en las demas iglesias de España en el dia 23 de mayo, que fué el de sus gloriosos triunfos.

DIA XXV.

San Genadio, obispo de Astorga.

SAN Genadio, abad del monasterio de S. Pedro de Montes, hácia fines del siglo IX sucedió á Ranulfo en el gobierno de la iglesia de Astorga. Desde muy niño fué inclinado este siervo de Dios á la vida solitaria. Para cumplir con esta vocacion del cielo dejó la casa de sus padres, y los bienes que tenia, y las esperanzas todas del mundo, y se retiró al monasterio Argeo ó Agco, situado verosíblemente en aquella diócesi, aunque no se sabe en qué paraje de ella. Era entonces abad de esta casa un venerable anciano llamado Arandiselo, de cuyo ejemplo y doctrina se aprovechó Genadio en gran manera. Pero como este monasterio estaba á lo que aparece en poblado, y nuestro Santo huia hasta del eco del mundo, habiendo comunicado con el abad el deseo que le inspiraba Dios de retirarse á lugar mas solo, con su aprobacion, acompañado de otros doce, se fué á los montes del Bierzo al sitio donde S. Fructuoso fundó el monasterio que san Valerio su abad llamó *Rufianense* ó sea *Rupianense*, y ahora se conoce por el título de S. Pedro de Montes. Hallábase abandonado este monasterio desde la invasion de los árabes, caidas sus bóvedas, sus paredes unas aportilladas, otras casi arruinadas de todo punto; algunos ni noticia tenian de que en España hubiese habido tal casa. Así borra el tiempo la memoria de cosas muy esclarecidas. Genadio por

amor á los Santos que habian allí florecido, y porque no quedase desaprovechado un sitio tan propio para quien huye del tráfico y bullicio del mundo, determinó reparar ó levantar casi de nuevo aquella casa y cultivar los campos vecinos, y hacer plantíos de viñas y otros árboles para el mantenimiento de los monges. Era esto por los años 895. Ranulfo, que era entonces obispo de Astorga, nombró á S. Genadio abad de este monasterio, constando por una escritura del tiempo del rey D. Ordoño de Galicia y D.^a Elvira, que ya era abad nuestro Santo en abril del año 898.

Pero Dios que queria servirse de este siervo suyo no en la vida privada sino en los lugares altos de su Iglesia, dispuso que muerto Ranulfo, muy pocos meses despues, el clero y el pueblo de Astorga lo eligiesen por su prelado. El Santo como arrancado del desierto, contra toda su voluntad, solo por obedecer á la voz de Dios tomó sobre sí este gran peso. No se sabe fijamente el día ni el año de su consagracion, sino que era ya obispo en el año treinta y cuatro del reinado de Alfonso III, esto es, en el año 900.

Entre los oficios del ministerio pastoral conservaba nuestro Santo entrañable amor al desierto; y ya que no podia gozar en él los regalos pasados del espíritu, estimulaba á otros á que huyendo del gran riesgo de condenarse que hay en el mundo, volasen á la soledad. Mucha gente conquistó por este medio. Poblóse tanto en sus días el yermo de S. Pedro de Montes, que pareciéndole angosta aquella iglesia, hizo otra mas suntuosa, que dicen es la actual, la cual consagró acompañado del obispo Dumiense, del de Leon y del de Salamanca, á 24 de octubre del año 919. Otra edificó tambien en aquellos montes con la invocacion de S. Andrés, y mas adelante un monasterio en memoria del apostol Santiago, otro que se llamaba *Peñalba*, y otro en honor de Sto. Tomé en el *Silencio*, que este nombre tenia el sitio donde lo fundó. De estos monasterios dá una noticia muy puntual el M. Florez. A cada uno de ellos dispuso nuestro Santo que fuese comun el uso de su librería; pasaban de uno en otro para aprovechamiento de los monges los muchos y preciosos códices que él poseia, así de los libros sagrados, como de los Padres y otros escritores de la antigüedad eclesiástica. En cada monasterio de estos dejó libros para uso del coro, y haciendas las necesarias para su mantenimiento. La escritura de estas donaciones llamó Genadio *Testamento*, conforme á la costumbre de aquella edad en que se llamaban testamentos no solo las declaraciones de la última voluntad, sino tambien los privilegios y las donaciones irrevocables hechas á las iglesias. Y así no van por buen camino los que por el año en que hizo nuestro Santo estas donaciones, quieren probar el tiempo de su muerte.

Por una escritura de Odoario, obispo de Astorga, del año 960 cons-

ta tambien que nuestro Santo en el Bierzo, á cuatro leguas de S. Pedro de Montes hácia Membibre, fundó el monasterio de S. Pedro y S. Pablo de Castañeda; y puso en él por abad á D. Atilano ó Atila, que algunos sin fundamento confunden con Atila, obispo de Zamora, á la entrada del siglo X, en los tiempos de D. Alonso el Magno, y otros con S. Atilano el contemporáneo de S. Froilan, que por los años 990 fué consagrado obispo de la misma diócesi.

Este zelo que tenia Genadio por ver floreciente en nuestros pueblos la vida monástica, lo hizo muy amado de los buenos. D. Alonso III hacia de él tanta estimacion, que apenas resolvia negocio alguno de importancia sin su consejo: llevábalo siempre á su lado; hizo que lo acompañasen en su última espedicion, y de él fué asistido en la muerte. Por su mano quiso que se entregasen á la santa iglesia de Santiago quinientas monedas de oro, lo cual no se cumplió por ciertos estorbos que se atravesaron, hasta que muerto el rey D. García el I. hijo de D. Alonso, D. Ordoño II su hermano trató con el Obispo que se conmutase la ofrenda dándola á Corneliana en la ribera del rio Limia por los años 915.

Despues que el rey D. Alonso pasó de esta vida, Genadio lleno del Espíritu Santo como dice su discipulo Salomon que le sucedió en la silla de Astorga, despreciando las cosas de la tierra, y buscando las del cielo, conforme á su antiguo deseo, renunció el obispado retirándose á los monasterios del Bierzo de que habia sido fundador. Ordoño II no se atrevió á impedir esta resolucion, y por su consejo nombró para que le sucediese en aquella dignidad á Fortis, discipulo suyo, que por ventura fué de los que con él salieron del monasterio Ageo, y perseveraron á su lado en el de S. Pedro de Montes. De esta renuncia no háy data fija; sábese que despues del año 912 todavia Genadio disponia como prelado de los bienes de su dignidad; y esto consta de varias donaciones que hizo hasta el año 920 así á los anacoretas del monte *Silencio*, como al monasterio de Sta. Leocadia de Castañeda, á S. Ciprian y otros. Y así fue bien advertida al parecer la equivocacion que sospecha el P. Florez en la escritura X del tom. 4 de Yepes, donde á 27 de Junio del año 912 se supone ya Fortis obispo de aquella iglesia: la renuncia de nuestro Santo no pasó del año 920, en cuyo mes de octubre era ya Fortis Obispo de Astorga. El Obispo Salomon dice que eran de S. Genadio, esto es, fundados ó restaurados por él, todos los monasterios que habia entonces en el Bierzo, que por ser muchos en número, y por el vigor con que florecia en ellos la disciplina monástica, hacian comparable aquel desierto con los mas santos de Palestina. El bien que solo en esto hizo S. Genadio á la iglesia de España, no cabe encarecerlo. No se sabe cuantos años vivió vida de monge despues de su renuncia, sino que florecia en santidad por los

años 955 en el monasterio de Santa Leocadia de Castañeda, y que el año 957 lo supone ya difunto Salomon, su discípulo, llamándolo *Genadio de gloriosa memoria*. Es probable que muriese Genadio en el monasterio de Santiago de Peñalva, donde estaban ya sus reliquias en tiempo del obispo Salomon; el cual hizo una iglesia nueva junto á la que nuestro Santo habia edificado, con tal disposicion que dentro de ella quedase su sepultura en una capilla correspondiente á la mayor. Luego por la devocion de aquella tierra á nuestro Santo ha tomado su nombre aquel monasterio, perdiéndose el antiguo del apóstol Santiago. Gran parte de su cuerpo fué trasladado desde esta iglesia á principios del siglo pasado con algunos huesos de S. Urbano y del obispo Fortis al convento de Dominicas descalzas que en Villafranca fundó la duquesa de Alba D.^a Maria de Toledo hija del marqués de este título. Despues habiéndose trasladado á Valladolid aquel convento, conocido con el título de *la Laura*, pasaron con él las sagradas reliquias. La cabeza de S. Genadio fue llevada despues á la santa iglesia de Astorga, donde al presente se venera. Muy de antiguo tenia ya culto nuestro Santo, y á principios del siglo XIV habia ya en Astorga dia señalado para la celebracion de su fiesta.

DIA XXVIII.

San Justo, obispo de Urgel.

SAN Justo, decoroso ornamento del órden episcopal, uno de los hombres mas doctos de su siglo, nació en aquella parte de España comunmente llamada España Citerior de padres católicos, cuya piedad tenian acreditada en la educacion cristiana de los cuatro hijos que les concedió el cielo, que fueron nuestro Santo, Nerbidio, Justiniano y Helpidio, de quienes el padre San Isidoro de Sevilla hace mencion con particular elogio en el catálogo de varones ilustres, que han florecido en la nacion, llegando á ser por sus relevantes méritos prelaos de diferentes iglesias.

Aplicaron á Justo sus padres, luego que tuvo edad competente á la carrera de las letras; y como se hallaba dotado de unos talentos extraordinarios, hizo en muy breve tiempo grandes progresos en la ciencia, y no menores en la virtud. Entendió que el santo temor de Dios era el principio de la verdadera sabiduria, y juntando la oracion con el estudio, y la práctica de las buenas obras con los ejercicios literarios, se dejó ver á un mismo tiempo santo y docto. Quiso de-

dicarse enteramente al servicio del Señor en el estado eclesiástico; y habiendo ascendido por los grados prescriptos en los sagrados cánones al sacerdocio, se distinguió desde luego en la nueva dignidad por la arreglada circunspeccion de sus costumbres, por su singular piedad, y por su grande sabiduría. Vacó el obispado de Urgel, y siendo tan conocidas las virtudes de Justo en toda aquella region, fué promovido á aquella cátedra por consentimiento comun de todo el clero y de todo el pueblo; persuadidos, de que una persona de tan notorios méritos daría mucho esplendor á aquel alto ministerio. No salieron frustradas sus esperanzas, pues colocado Justo en la dignidad episcopal, acreditó con pruebas prácticas el acierto de su eleccion, portándose como pastor vigilante, y como padre caritativo con el rebaño que cometió el Señor á su cuidado. No nos constan con individualidad los hechos de este ilustre prelado en el dilatado tiempo de doce años que administró el obispado, porque la injuria del tiempo robó á la posteridad tan importantes noticias; pero por el gran concepto que se granjeó universalmente se infiere, que dió todo el lleno á los deberes de su ministerio pastoral. Quiso Justo utilizar á la Iglesia con algunos escritos, que nos dan idea de su gran sabiduría; como fué el tratado que compuso sobre el *Cántico de los Cánticos*, en el que espone breve y claramente por un sentido alegórico todo el contenido de aquel misterioso libro; cuyo escrito, muy estimado de sus contemporáneos, dió á luz Menardo en el año 1525.

El infatigable celo que siempre manifestó Justo por la disciplina de la iglesia, hizo que apoyase con su autoridad los cánones, que se decretaron en el concilio que tuvo en Toledo el celebre arzobispo Montano por los años 527; pues aunque no pudo asistir á él al tiempo que se celebró, habiendo llegado despues á la ciudad regia con su hermano Nerbidio, obispo de Egoña, firmaron ambos todo lo que se estableció en aquella asamblea. Tambien asistió al concilio que se tuvo en Lérida en el año 546, promoviendo como uno de sus padres las reglas canónicas que se determinaron en él. Finalmente quiso Dios premiar los méritos de su amado siervo; y habiendo gobernado su obispado por espacio de doce años, murió santamente en el dia 28 de mayo hácia la mitad del siglo VI.

DIA XXVIII.

San Justo, confesor.

EN este dia se celebra en la santa iglesia de Vich la memoria del glorioso S. Justo, con motivo de conservarse en ella las reliquias de

este ilustre confesor, de quien se tiene por cosa cierta, fundada en la tradicion, que fué catalan, nacido en la muy esclarecida ciudad de Vich, llamada antiguamente Ausa ó Ausona. No se sabe el tiempo en que floreció Justo, si antes de los moros ó despues. En el siglo XII se celebraba ya en Vich su festividad, como consta por el breviario manuscrito de esta iglesia, que es de aquella edad poco mas ó menos. Siendo lego, y estando metido en negocios seculares, supo conocer la burlería del mundo; de tal suerte que alcanzó gran abundancia de riquezas espirituales y riquísimos tesoros de buenas obras. No nos constan los hechos de su prodigiosa vida, porque la injuria de los tiempos robó á la posteridad las importantes noticias que pudo haberse de éste, y de otros muchos héroes que han ilustrado á la nacion; pero por el alto concepto que se mereció, se infieren las heróicas virtudes en que se ejercitó todo el tiempo que vivió. Murió en fin en opinion de santo, y no tardó Dios en acreditar la gloria de su siervo con repetidísimos milagros; cuyo número hizo olvidar la incuria de nuestros predecesores; bien que tres de ellos, que se refieren en un himno del citado breviario antiguo de la iglesia de Vich, nos dan sobrada idea de su santidad. Cayó en cierta ocasion sobre el sepulcro del santo una pared fuerte y elevada, y cuando todos creian, que se hubiese reducido á cenizas aquel precioso tesoro, se encontró sin la mas mínima lesion: el mismo prodigio sucedió en otra ruina que cogió la lámpara que ardía delante del sepulcro del ilustre confesor, la que se encontró íntegra, con la particularidad de no haberse apagado la luz: asimismo se dice, que se oyeron conmoverse los huesos del Santo primeramente por ciertos niños, y despues por los clérigos de la misma iglesia, de cuya novedad se ignora el motivo. Tambien se sabe por tradicion, que teniendo un sacerdote de conocida virtud la piadosa costumbre de orar por la noche en la iglesia donde se enteró el Santo, vió repetidas veces una luz superior que se dirigia á cierto lugar determinado: refirió el suceso al ilustrísimo obispo de Vich; y mandando éste cavar en el sitió que indicó el sacerdote, se descubrió una arca con unas letras en la parte superior que decian: *San Justo*. Halláronse en ella los huesos del siervo de Dios incluidos en una urna de plata, los que se trasladaron con la mayor solemnidad al altar mayor de la catedral, donde se conservan en grande veneracion, habiéndose dignado el Señor obrar muchos beneficios en favor del pueblo por la poderosa intercesion de su fidelísimo siervo. Especialmente se ha experimentado su favor en los temblores de tierra.

DIA XXVIII.

El venerable Miguel de Arandica, de la órden do Montesa, prior de San Jorge de Alfama.

EL Menologio Cisterciense al dia 18 de enero hace memoria del venerable Miguel de Arándiga que por causa de la fé dió su vida en Argel donde estaba cautivo.

Nació este siervo de Dios hácia la mitad del siglo XVI en Montesa villa del reino de Valencia, en la cual estaban avecindados sus padres Juan de Arándiga y Catalina Navarro. Tomó el hábito de la órden militar de nuestra Señora de Montesa á 14 de marzo del año 1564, y despues de haberse ordenado de sacerdote y dado muestras de gran virtud en la vida penitente y áspera que vivia, por nombramiento de Fr. Pedro Luis Garcerán de Borja fué electo prior de S. Jorge de Alfama á 22 de mayo de 1576. Acababa de terminarse entonces el litigio que hubo entre la ciudad de Tortosa y el maestre de Montesa acerca del derecho de poner y quitar guardas en el castillo de Alfama, del que se habla en el dia de S. Jorge. El capítulo general de la órden, celebrado en abril de aquel mismo año, dispuso que pues por la sentencia dada un año habia en aquella causa se recobró la torre de Alfama, y tenia ya en ella la religion tres guardas continuas, se renovase el título de prior de Alfama que se habia perdido, y que este priorato lo proveyese el maestre conforme á las definiciones de la órden, quedando á cargo del prior la torre y el nombrar gente que la guardase. He dicho todo esto para que se vean los rodeos por donde iba disponiendo el Señor estas cosas para gloria suya y bien de su siervo. Porque habiendo sido nuestro venerable el primero á quien el maestre nombró prior despues de las pasadas reyertas, despues que hubo tomado posesion del priorato miércoles á 18 de julio, el sábado de la misma semana cuando se volvia á Valencia en la cala que llaman del Fustel, una de las muchas que hace el Coll de Balaguer lo cautivaron los moros á él y á trece cristianos mas. Lleváronlo á Argel en donde lo compró Caxeta, morisco natural de Oliva, que vivia en un lugar llamado Sargel, distante de Argel veinte leguas. Hizole pasar grandes trabajos en durísima esclavitud, los cuales sufría el siervo de Dios con una conformidad inalterable. Al cabo de un año lo quemó vivo en odio de la santa fe católica. Fué su preciosa muerte el dia 28 de mayo del año 1577 á la caída de la tarde. Algunos histo-

riadores fidedignos aseguran que S. Luis Bertran estando en Valencia vió subir su alma al cielo á la misma hora de su martirio.

DIA XXIX.

San Voto y san Felix, confesores.

EN aquellos infelices siglos que por justos castigos de Dios gemia casi toda España bajo la dura esclavitud de los agarenos, cupo esta suerte desgraciada á Zaragoza, capital de la provincia de Aragon; donde los cristianos se vieron en la precision, como en otros muchos pueblos del reino, de sujetarse á los escesivos tributos que quisieron imponerles los bárbaros, para ejercer libremente la religion de Jesucristo, los cuales se llamaban mozárabes, lo mismo que fieles mezclados con los árabes. De esta clase fueron dos ilustres hermanos naturales de la dicha capital llamados Voto y Felix, ambos muy distinguidos por su calificada nobleza, pero mucho mas por su grande piedad para con los pobres de Jesucristo, á quienes socorrian en sus miserias con mano liberalísima.

Era Voto naturalmente inclinado á la caza, y en una de las ocasiones que salió á esta diversion, se condujo á un monte llamado antiguamente Panno á la parte septentrional de Aragon, donde hoy está el célebre monasterio de S. Juan de la Peña del orden de S. Benito; sitio verdaderamente ameno por la fertilidad de sus árboles, por sus hermosos prados, y por sus fuentes cristalinas. Vió un ciervo en aquella montaña, y queriendo darle muerte le siguió corriendo con el caballo hasta la cumbre del monte, desde donde afligido el animal con la opresion de los perros, se precipitó hasta un valle profundísimo. Iba desvocado el caballo de Voto en seguimiento de la fiera, y llegando inopinadamente al mismo lugar del precipicio, invocó el ilustre jóven la proteccion de S. Juan Bautista; á cuya voz quedó inmovil el caballo asidas á un pedernal las herraduras, conforme se ven hasta hoy los vestigios.

Quedó Voto lleno de admiracion, si bien á vista del inminente peligro, mucho mas considerando la maravillosa proteccion de su especial abogado; y llevado de un impulso superior, quiso inspeccionar el sitio; corrió con la espada en la mano por todas las malezas de la montaña, y en lo mas secreto de ella encontró una ermita dedicada á S. Juan Bautista. Entró á dar gracias á su protector, y vió á un lado del altar á un difunto, sobre cuya cabeza estaba una piedra

con unas letras que decian: *Yo Juan, eremita en este sitio habiendo despreciado al mundo, fundé como pude esta ermita en honor de S. Juan Bautista, y aquí descanso en paz. Amen.*

Dió Voto sepultura en el mismo oratorio al venerable cadáver, que segun parece fué el de Juan de Atarés, llamado así por el lugar de su nacimiento, el cual murió santamente el año 718; y reflexionando tanto sobre el suceso como sobre la felicidad de aquel hombre dichosísimo, que supo vivir con tranquilidad libre de los peligros del mundo, se encendió en vivísimos deseos de seguir aquel tenor de vida, para atender únicamente al importante negocio de su eterna salvacion. Volvió Voto á Zaragoza con tan nobles pensamientos, y habiendo referido á Felix todo lo ocurrido en el monte Panno, quiso éste acompañar á su hermano en la determinacion. Distribuyeron ambos sus cuantiosos bienes entre los pobres de Jesucristo, y se retiraron al monte Panno, con ánimo de sepultarse para siempre en aquella espantosa soledad, donde edificaron dos pobres celdas contiguas á la ermita de san Juan Bautista. Cuando se vieron en lugar tan retirado de todo el comercio humano, se sintieron mucho mas encendidos en el amor á los ejercicios eremiticos, que era el objeto que les habia traído al desierto; y soltando las riendas á su fervor, no tuvieron otra ocupacion que la de dedicarse á la contemplacion de las eternas verdades, pasando en oracion los días y las noches, sin usar de otro alimento que el de algunas frutas silvestres, ó raizes de yerbas, que contribuian no poco á aumentar su mortificacion, resucitando con semejante vida aquellas espantosas imágenes de penitencia, oidas hasta entonces de los mas famosos solitarios del Oriente y Occidente.

Causan admiracion los artificios de que se valió el demonio para engañar á los dos ilustres eremitas, cuya vida con ser tan pura y tan penitente no estuvo exenta de las mas violentas tentaciones, con que los ejerció por largo tiempo el enemigo de la salvacion; pero de todos estos combates, que fueron dilatados y crueles; les libró su humildad y su frecuente recurso á la oracion, triunfando con la asistencia de la divina gracia de todas las máquinas del infierno.

Continuaron Voto y Felix por espacio de algunos años aquel tenor de vida mas angélica que humana; pero como Dios queria que fuesen útiles á muchos, hizo que se esparciese la fama de su santidad por toda aquella region. Por mas que solicitaban ocultarse á la vista de los mortales, atrajo el buen olor de sus eminentes virtudes á muchos afligidos cristianos al monte Panno al abrigo de los dos ilustres eremitas; disponiéndolo así la divina Providencia, para que no solo se empleasen en los ejercicios de la vida contemplativa, sino en los de la activa, de suerte que diesen mucha gloria al nombre cristiano. Sucedió así con efecto, pues viendo los dos hermanos el gran número

de fieles que se habia refugiado en aquella montaña, huyendo del furor de los mahometanos, les animaron á que instituyesen el heroico valor á los pocos cristianos de Asturias, que bajo la direccion de principe Don Pelayo hicieron inmortal su memoria en las guerras contra los bárbaros agarenos. Alentáronse los fieles con tan zelosa exhortacion; y habiendo nombrado por su capitán á D. García Jimenez, señor poderoso y militar diestro, comenzaron á pelear contra los africanos, auxiliados de los dos célebres eremitas, á cuya actividad y fervorosas oraciones, mas que al poder de las armas, se debió la libertad de muchos pueblos contiguos del tirano yugo agareno.

Viendo Voto y Felix á los cristianos en estado de poderse defender de los enemigos de la religion, se volvieron á su retiro á continuar con los ejercicios eremiticos; bien que el Señor endulzaba maravillosamente sus rigores con el don de contemplacion que les concedió tan elevado, que sin exajeracion puede decirse, que era su vida una oracion continua. Quiso en fin Dios premiar los grandes merecimientos de sus fidelisimos siervos, y sacó del destierro de este mundo á Voto, que era el mayor de los dos hermanos, en el dia 29 de Mayo hácia la mitad del siglo VIII; á cuyo venerable cuerpo dieron los fieles sepultura en el oratorio de S. Juan Bautista. Murió á poco despues Felix, y le enterraron en la misma capilla que habia sido el teatro donde se ejercitaron en todo género de virtudes. No tardó el Señor en acreditar la gloria de los dos famosos solitarios con los repetidos milagros, que se dignó obrar en favor de muchos enfermos que concurrieron á la ermita dicha á implorar la poderosa intercesion de los santos, que se celebran en el dia 29 de mayo; no porque muriesen ambos en este dia, sino porque siéndolo el del feliz tránsito de Voto, pareció conveniente celebrarles juntos, habiendo sido inseparables en su prodigiosa vida.

Los venerables cuerpos de Voto y Felix permanecieron en el oratorio antiguo hasta que cesó la hostilidad de los mahometanos; en cuya feliz época ampliaron los fieles la reducida ermita á una magnífica iglesia en honor del Bautista que vino á ser en lo sucesivo del célebre monasterio de religiosos Benedictinos llamado de S. Juan de la Peña, donde se mantuvieron en grande veneracion los cuerpos de los dos santos con el del eremita Atarés; pero habiendo ocurrido un incendio voraz en aquella ilustre casa por los años 1492, consumido en el fuego el de Atarés, y reservadas las reliquias de S. Voto y de S. Felix, se colocaron en el nuevo templo, donde se les tributa el culto debido.

DIA II DE JUNIO.

El beato Juan de Ortega, confesor.

El beato Juan de Ortega, llamado así por el sitio donde hizo su prodigiosa vida, nació en el año 1080 en una pequeña aldea del arzobispado de Burgos, dicha Quintana de Ortuño, á la que resultó una gloria inmortal por haber sido patria de un héroe tan ilustre. Fueron sus padres Vela Velazquez, y doña Eufemia, ambos muy distinguidos en el país por su notoria piedad; los cuales vivieron muchos años sin sucesion en su pacífico matrimonio: recurrieron al cielo con fervorosas oraciones y con religiosos votos, valiéndose de la poderosa intercesion de la santísima Virgen; y habiendo sido oidas sus reverentes súplicas, les concedió el Señor á Juan, sobre quien derramó sus mas dulces bendiciones con mano liberalísima. No se tardó, mucho tiempo en manifestar el niño las gracias con que se hallaba favorecido, pues su inclinacion á la virtud, su amor para con Dios, y su caridad para con los pobres, aun en edad poco sensible de la miseria; dieron á conocer desde luego, que su dichosa alma se dirigia por las inspiraciones del Espíritu Santo.

Aplicáronle sus padres á la carrera de las letras, y como se hallaba dotado de unos talentos extraordinarios, hizo grandes progresos así en las ciencias como en la virtud. Hizo el mundo cuanto pudo para atraer á su partido á un jóven que descollaba sobre todos sus contemporáneos; pero como á Juan le sobraba entendimiento para conocer las engañosas esperanzas con que le lisonjeaba el siglo, aspirando á otra fortuna mas sólida, abrazó el estado eclesiástico, con el noble objeto de dedicarse enteramente al servicio del Señor, y de ser útil á la Iglesia. Ascendió por los grados prescriptos en los sagrados cánones á la dignidad del sacerdocio, y luego se distinguió en el nuevo ministerio por la arreglada circunspeccion de sus costumbres, por su singular piedad, y por su grande sabiduría; pero pareciéndole que podia ser tibieza en un sacerdote, lo que era devocion en un seglar, se entregó á la oracion, al retiro y al estudio.

Murió Alfonso VI, rey de Castilla, y estando casado con su hija Urraca, Alfonso rey de Aragón y de Navarra, llamado el Guereador, queriendo éste sujetar á su dominio á Castilla, se suscitaron con este motivo grandes conmociones entre los aragoneses y los castellanos. Parecióle á Juan que en aquella situacion no podia continuar el te-

nor de vida que se propuso seguir, ni menos conservar su patrimonio entre los tumultos de la guerra; y para conseguir con él el reino del cielo, distribuyó todos sus cuantiosos bienes en los pobres de Jesucristo, reservando para sí solo lo preciso. No contento con una acción tan generosa, determinó visitar personalmente los santos lugares de Jerusalem, donde se obraron los misterios de nuestra reparación; y queriendo imitar en la peregrinación á los verdaderos pobres, espendió en el camino entre los necesitados la corta porción que reservó para su sustento. Llegó á la capital de Palestina despues de muchos trabajos, y con la vista de aquellos preciosos monumentos de nuestra dicha se renovaron en el corazón de Juan los afectos del mas tierno amor para con el Redentor del mundo, á los que se siguieron inmediatamente el tedio y el disgusto de todos los bienes de la tierra. Mantúvose algun tiempo regando con sus lágrimas los venerables lugares que santificó Jesucristo con su real presencia; y pareciéndole que las cosas de España estarían ya sosegadas, resolvió volver á su patria. Embarcóse con una multitud de peregrinos, y levantándose una tempestad furiosa, se pusieron todos en el mas inminente peligro de naufragar. Imploró Juan en aquel conflicto á la divina misericordia, y valiéndose de la protección de San Nicolás, de quien traía reliquia con otras muchas, prometió construir en honor suyo una iglesia cuando se librase del peligro. Sucedió una calma apacible á la deshecha tempestad, y agradecido el siervo de Dios al beneficio de su protector, solo deseaba ocasion de cumplir el voto que le habia ofrecido.

Cuando llegó Juan á España halló las mismas turbaciones que al tiempo de su partida; y conociendo que en su patria no podia dedicarse con tranquilidad á los santos ejercicios en que deseaba, resolvió retirarse á la soledad de algun desierto. Escogió para este fin un campo alto y despoblado que está á la falda del monte Idubeda, llamada hoy *de Oca* por la antigua ciudad del mismo nombre, que era la capital de aquella tierra. Caía este desierto en el camino de Santiago, llamado *Ortega ú Ortiga* por las malezas y espesuras de orfigas y de otras malas yerbas que habia en él, donde se refugiaban muchos salteadores de caminos al abrigo de las malezas de aquella selva inculta. Dos fueron los motivos que tuvo el siervo de Dios para hacer elección de aquel peligroso sitio: el uno por despejar de él á los ladrones que causaban innumerables daños á los pasajeros; y el otro por ser muy proporcionado para ejercitarse en obras de misericordia con los pobres peregrinos que se conducían en romería á Santiago de Galicia, puesto que aquel lugar estaba inmediato al camino.

Entendió Juan que sin licencia del rey no podia poner en ejecución sus piadosos designios, y habiendola conseguido, comenzó á labrar la

Iglesia de S. Nicolás en cumplimiento de su promesa. Temieron los ladrones, que si se concluía el oratorio se les quitaría aquel lugar de asilo, y no contentos con las muchas injurias que causaban al siervo de Dios, destruían por la noche cuanto trabajaba por el día. Sufrió Juan con inalterable paciencia todos aquellos insultos; pero conociendo que la consumación de las obras buenas depende de Dios, y no de los hombres, venció con su constante firmeza la terquedad de los salteadores: atraíalos con limosnas, y haciéndolos todo el bien que podia, de suerte que admirados de su heroico sufrimiento, muchos de ellos se convirtieron, y lo dejaron en paz, abandonando aquel sitio.

Libre el ilustre sacerdote de sus enemigos, concluyó por fin la iglesia ofrecida á S. Nicolás, donde colocó las reliquias traídas de Jerusalem, y habiendo erigido cerca de ella un famoso hospital para que se hospedasen los peregrinos, los servia con la mas ardiente caridad. Durante esta obra confirmó Dios la virtud de su siervo con milagros patentes. Eralo ya la vida que el santo vivia en esta soledad: todos los años ayunaba tres cuarentenas, y en los demás dias solo tomaba una vez alimento; pero tan corta cantidad que parecia vivir milagrosamente: cenía su carne con un cinto de hierro espantoso, que aun se guarda en el relicario de su capilla: dormia poquísimos, y eso sobre el duro suelo; lo mas de la noche empleaba en orar; del dia se le iba gran parte en ejercicios de caridad dentro y fuera de su hospicio: el hábito era humilde sin ostentacion; andaba en un asnillo cuando la jornada era larga: su hospicio era refugio de los pobres, escuela de los que deseaban aprovechar en la virtud: muchos ermitaños y personas devotas de aquellas cercanías lo buscaban y escuchaban como á su padre y maestro. Entre ellos habia dos sobrinos del siervo de Dios, á los cuales mandó que guardasen la regla de San Agustin. Era esto por los años de 1138, en que deseando asegurar aquel establecimiento, pidió á Inocencio II que lo recibiese bajo su proteccion. En el breve que con este motivo espidió este papa á nuestro Santo, es llamado aquel monasterio *San Nicolás de Ortega*. A los religiosos de aquella casa llamó nuestro Santo canónigos reglares de San Agustin, y con tal nombre perseveraron cerca de trescientos años.

Volaba la fama de la eminente santidad del venerable sacerdote por toda aquella region, y atraídas muchas personas del buen olor de su virtud, quisieron ser sus discípulos. Tuvo tanto acierto en el nuevo establecimiento, que todos los hospitales desde Logroño á Burgos adoptaron su proyecto, dejándose gobernar por los consejos, y por las sabias disposiciones de tan santo director: bien es verdad que el Señor manifestaba cada dia la santidad de su fidelísimo siervo con repetidos milagros, entre los que fueron memorables las maravillo-

sas multiplicaciones de alimentos, cuando le faltaban para socorrer á los pobres.

Despues que el rio Ebro con sus avenidas inutilizó el puente que Sto. Domingo de la Calzada hizo junto á Logroño, emprendió nuevamente esta obra el siervo de Dios, y le acabó con gran beneficio de toda aquella tierra. Con igual caridad labró de su mano, ayudado de sus discípulos, en un sitio pantanoso y trabajoso para los peregrinos, la calzada que hay entre Ages y Atapuerca, y la otra que va desde este lugar hasta el monasterio, y un pequeño puente junto á Cubo, lugar que dista seis leguas de Ortega. Tambien hizo el puente del rio Najerilla, junto á la ciudad de Nájera, y otro muy largo de madera sobre pilares de piedra para el rio Oja que baja por la ciudad de Sto. Domingo, evitando por este medio los daños que en este paso espermentaban los que iban á Santiago en romería. Al tiempo de esta obra señalan Ocaña y Sigüenza el milagro que obró nuestro Santo resucitando á un muerto á quien habia pasado una carrela por encima. Todo su afan era remediar á los necesitados del modo que podia.

Llegó por fin el célebre operario á una edad muy avanzada, y queriendo Dios acrisolar la virtud de su siervo por una dilatada y penosa enfermedad, dió en ella ejemplo de su inalterable sufrimiento, y de su resignacion con la voluntad divina. Conoció Juan por la debilidad de sus fuerzas, que se acercaba la hora de la muerte, y aunque toda su vida fué una continua preparacion para ella, con todo hizo en aquellos postreros instantes, esfuerzos extraordinarios para purificar su inocencia. Recibió los últimos sacramentos, y habiendo hecho oracion por todos los vivos, por todos los difuntos, y por la paz de la Iglesia, entregó su espíritu en manos del criador en el dia 2 de junio del año 1165. Dieron sepultura al venerable cuerpo del siervo de Dios en la iglesia de S. Nicolás, fundada por él mismo; y no tardó Dios en hacer célebre su sepulcro con repetidos milagros, especialmente en favor de las estériles que recurren á implorar su patrocinio, habiéndose dignado el Señor concederle esta gracia especial, en memoria de haber sido el Santo de padres de esta clase. Cada año se celebra su fiesta con grandisimo concurso de gentes.

Dió en el año 1434 D. Pablo de Santa Maria, arzobispo de Burgos, el santuario de Ortega á los religiosos del orden de san Gerónimo con aprobacion del papa Eugenio IV y con acuerdo y voluntad de tres canónigos reglares, que solos quedaban en él: determinaron estos en el de 1474 trasladar el cuerpo del Beato del depósito antiguo al monasterio; y habiendo concurrido á la traslacion innumerables personas de los pueblos comarcanos, se dejaron ver de repente ciertas ave-cillas de extraordinaria blancura, que con un suave y alegre susurro cantaban entre las gentes, sintiendo estas al mismo tiempo un olor

suavísimo; pero al querer trasferir las venerables reliquias se ofrecieron inmóviles á cuantas diligencias se practicaron. Conocieron todos por este síntoma, que era voluntad de Dios que se mantuviesen en la iglesia de S. Nicolás, en la que pasados algunos años se trasladaron del primer sepulcro á mas decente lugar; y hecha la inspeccion de las mismas reliquias con este motivo, se halló consumida la carne, integros los huesos, y fresco el corazon del Beato, que habia sido el centro del mas puro amor para con Dios, y de la mas ardiente caridad para con los prójimos.

DIA III.

San Isaac, monge.

ENTRE los ilustres mártires de Jesucristo que dieron tanto honor á Córdoba, y á la Iglesia, sacrificados por el bárbaro furor de los mahometanos, fue uno S. Isaac, natural de la misma ciudad, hijo de padres de la primera nobleza de ella, en quien manifestó el cielo muy anticipadamente indicios nada equívocos de su santidad futura antes que naciese. Refiere S. Eulogio su historiador, que habló en el vientre de su madre, la que pasmada con la novedad, no pudo entender lo que decia. A los siete años, añade el mismo escritor, que una mujer religiosa vió descender de los cielos un globo de luz, y estendiendo Isaac las manos, cogiéndole, le introdujo por su boca.

Las grandes ideas que concibieron los padres en un hijo en que parece se interesaba el cielo, y las esperanzas de vincular su opulenta casa en sucesion tan dichosa, les empeñó en dar al niño una educacion cristiana, é imprimir desde luego en su corazon los altos dictámenes de la religion católica, para que despues correspondiesen sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios, y con el esplendor de su sangre. Sobre tan sólidos principios, sin perder de vista las visibles ocupaciones del estado, al que podría servir conforme á su nacimiento, procuraron educarle bajo la conducta de los mejores maestros, siguiendo las nobles disposiciones de su espíritu, logrando en muy breve tiempo, que hiciese en las letras maravillosos progresos. S. Eulogio confiesa el grande ingenio de Isaac, las superiores luces de su entendimiento, y los profundos conocimientos que tuvo en las ciencias humanas y divinas. En efecto, era reputado en su tiempo por un portento de sabiduria, y estimado universalmente por un hombre de incomparable rectitud y prudencia. Y como se hallaba instruido per-

fectamente en la lengua árabe, y en el manejo público, sin embargo de la diferencia de religion, echaron mano de nuestro Santo los árabes, dominantes en España, en muchas ocasiones críticas, y aun le fiaron el cargo de síndico general, que desempeñó con grande reputacion.

Como juntaba Isaac una singular circunspeccion y gravedad de costumbres á aquella gran madurez de juicio, y solidez de entendimiento, descubrió sin dificultad los lazos que iba armando el mundo á su inocencia. Hicieron poca impresion en su espíritu los atractivos de una fortuna brillante. Inútilmente probó á su virtud todo aquello que mas pudiera atentar á cualquiera otro corazon menos desengañado, ó menos sólido. Nunca le deslumbraron los apreciables partidos de los empleos mas elevados, de que tanto se paga el mundo. Inspiróle su virtud dictámenes y máximas mas conformes á la religion que profesaba, y aunque jóven, rico, y en medio de la corte, vivia con la circunspeccion y arreglo que pudiera un solitario, empleado en oracion, obras de caridad y en la lectura de libros espirituales. Todos aplaudian, y aun veneraban á Issac, como maravilla de la corte, cuando Dios le inspiró la resolucion de dejarla, por atender únicamente al negocio importante de su salvacion. Siguiendo vocacion tan acertada, y renunciando todas las grandezas y prosperidades mundanas, se retiró á servir á Dios en el monasterio de Tabana, poco mas de dos leguas distante de la ciudad de Córdoba, en lo muy espeso y enriscado de la Sierra Morena, que habia fundado el ilustre mártir de Jesucristo S. Jeremias, tío de nuestro Santo. A esta repentina mutacion atribuye S. Eulogio los prodigiosos sucesos que ocurrieron en el tiempo de la preñez de su madre, y en la infancia de nuestro Santo, que se hizo admirar en el nuevo estado, bajo la disciplina del abad Martin, como un modelo de todas las virtudes, y un monstruo de humildad y mortificacion, acreditando en la total abstraccion de las cosas del siglo, y recogimiento de su espíritu, que solo vivia en Jesucristo.

Apenas habia tres años que se retiró del mundo, cuando el Señor le ofreció el campo de su glorioso combate, para el que se disponia con fervorosos deseos, suplicando á Dios continuamente le concediese esta gracia. Suscitó Abderraman por los años 851 una cruel persecucion contra los cristianos con el depravado intento de destruir, si pudiese, hasta las reliquias de la religion en sus estados, para que dominase mas libremente la secta de su profeta falso. Tenia Dios siervos fieles, zelosos y leales, que gemian por entonces bajo la dominacion de los bárbaros, de los cuales muchos, tanto de la ciudad, como de los campos de Córdoba, se presentaban con una santa intrepidez y con un valor increíble ante los jueces árabes á confesar en alta voz la fe de Jesucristo, y aprovecharse de esta ocasion para sellar con su

sangre las infalibles verdades. Uno de los primeros que voluntariamente se ofreció al combate fue Isaac, cuyo ejemplo animó maravillosamente á los fieles restantes.

A pretesto de aprender la ley de Mahoma se presentó al juez árabe, solicitando le dijese las razones en que se fundaba; y persuadido el bárbaro, que movía á nuestro Santo el deseo de abrazar su secta, le manifestó los delirios y necedades de su falso profeta; y como Isaac se hallaba perfectamente instruido en el idioma árabe, en su lengua principió á reconvenirle sobre los errores crasos que adoptaba una secta toda llena de patrañas, repugnante á cuantos principios suministran las luces naturales, añadiéndole que estrañaba, como unos hombres racionales se dejasen seducir de tan obvios engaños, sin otro apoyo que el de un profeta falso, maldito de Dios, y castigado en el infierno con la multitud de sus secuaces.

Turbóse el juez al oír respuesta tan inesperada, y embriagado de cólera, sin poder hablar palabra, se arrojó sobre Isaac furiosamente, y le dió de bofetadas. Recibió el Santo con increíble paciencia aquella injuria, diciéndole solamente que daría al Señor cuenta por atreverse á herir sin motivo á su imágen. Pero continuando sin embargo en la defensa de la religion de Jesucristo, y en hacer ver la falsedad del engañador Mahoma, no atreviéndose el juez á deliberar por sí en aquel negocio, mandó ponerle en prision ínterin informaba al rey de lo sucedido.

Olvidado el rey bárbaro de las obligaciones que en otro tiempo debió á Isaac, cuando le sirvió con el mayor honor y fidelidad, irritado con el informe de su ministro, mandó que inmediatamente le quitasen la vida como á todos los que se atreviesen á maldecir de su profeta; pero no queriendo que fuese de un golpe para dilatar mas su martirio, ordenó que le atasen por los pies á una horca con la cabeza hácia bajo, y que le mantuviesen algunos días en esta disposicion, para que sirviese del mas terrible espectáculo á todos los cristianos. Ejecutose tan inicua providencia; y quemado despues vivo, logró la corona del martirio en el dia 3 de junio del año 854, y no satisfechos con este castigo los bárbaros arrojaron sus cenizas al rio con las de otros ilustres mártires. Tenia Isaac entonces veinte y siete años.

Un santo monge del monasterio de Tabana, de donde salió Isaac para su glorioso combate, inmediatamente que se verificó su triunfo tuvo una revelacion, en la que vió un mancebo hermoso, que entregándole una esquela, leyó en ella lo siguiente: *Así como nuestro padre Abraham ofreció á su hijo Isaac en sacrificio, del mismo modo se ha ofrecido Isaac al Señor por sus hermanos.*

DIA V.

San Fernando Infante de Portugal.

UNO de aquellos héroes del cristianismo, digno de los mas altos elogios por su prodigiosa vida fué S. Fernando, quinto hijo de Juan, primero de este nombre, y décimo entre los reyes de Portugal, y de Felipa, hermana de Enrique V. de Inglaterra. Quería el Señor manifestar al mundo uno de los maravillosos prodigios de su divina gracia en Fernando, y así dispuso que hasta su nacimiento fuese portentoso. Sobrevinieron á su madre estando cercana al parto unas calenturas tan ardientes, que desesperando los facultativos de poderla salvar juntamente con lo que tenia en el vientre, resolvieron acelerar aquel con peligro del infante. Resistiose la piadosa reina á semejante determinacion, y no queriendo preferir su vida corporal á la espiritual de la criatura, puso toda su confianza en la santa parte del sacrosanto leño en que murió nuestro Redentor, que se tenia en grande veneracion en la iglesia de Marmelor perteneciente á los caballeros de S. Juan de Jerusalem, y con efecto al contacto de la santa reliquia dió á luz con toda felicidad al ilustre niño en el dia 29 de Setiembre del año de 1411.

Salió el infante al mundo tan débil y tan macilento, que fué preciso administrarle el bautismo por necesidad, creyendo todos que iba á espirar de momento en momento; de que provino el que en los primeros veinte y seis años de su vida padeciese continuas enfermedades con dolores intensísimos; mas no por eso dejó de ejercitarse en todas las virtudes, y de instruirse en las ciencias, especialmente en las sagradas para haber un perfecto conocimiento de las verdades eternas, el que tuvo mas infuso que adquirido por el conducto de la oracion, practicando desde la edad de catorce años la vida que pudiera el eclesiástico mas ejemplar. Todos los dias rezaba las horas canónicas en su capilla, la cual tenia ricamente adornada y surtida de todo lo necesario, con ministros continuos y con cantores escelentes, para que en ella se celebrasen los oficios divinos con toda magnificencia; pero no satisfecha su piedad con estos ejercicios dentro de palacio, asistia á todas las procesiones públicas, al viático cuando se llevaba á los enfermos, á las funciones eclesiásticas, y con especialidad á las de semana santa y de resurreccion, observando puntualmente todas las sagradas ceremonias. Ademas de esto invertia todos sus bienes en socorro de los pobres de Jesucristo, á quienes consolaba con palabras

dulces, en caso de faltarle dinero, prometiéndole subvenir á sus necesidades cuando lo tuviese; y esmerándose con los cautivos, se interesaba en su rescate por todos los medios que le dictaba su caridad sin límites. Amaba á la castidad con un afecto tan particular, que jamás se le oyó espresion menos decente, ni permitió que otros la dijese á su presencia: por cuya razon aborrecia en extremo á los lascivos, y separaba de sí todo cuanto podia provocar á la torpeza, estimando respecto de ella leves á los demás vicios. Sobre todas estas apreciables cualidades, añadía el infante al rigor de asombrosas penitencias un ayuno casi continuo, haciéndolo á pan y agua en todos los sábados y en todas las vigiliias de las festividades de la Santísima Virgen; y condecorado con todas las virtudes, era Fernando el objeto de la admiracion de toda la corte.

Murió el rey D. Juan de Portugal, y no quedándole al infante otra herencia para mantenerse que el pueblo de Salvatierra, le instó su hermano Eduardo, sucesor en la corona que admitiese el empleo de gran-maestre de *Abisio*, semejante al del orden de Calatrava en España, el cual se hallaba vacante por fallecimiento de D. Fernando Rodríguez. Rehusólo Fernando por no querer gravar su conciencia con las rentas eclesiásticas; pero al fin le vencieron las súplicas de su hermano, haciéndole presente, que podia invertir las en los piadosos destinos de semejantes establecimientos. Vino á Portugal por aquel tiempo en clase de legado apostólico Fr. Gomez, abad Florentino á traer al infante la insignia de cardenal, á nombre del papa Eugenio III; pero no fué posible reducirlo á que admitiese tan suprema dignidad, confesándose indigno de ser príncipe de la Iglesia.

Determinó el rey Eduardo hacer una espedicion contra los moros del Africa, y nombró por generales de su exercito á sus dos hermanos Enrique y Fernando. Sobrevino á este al tiempo de partir de Lisboa una apostema maligna, acompañada de una ardiente calentura; pero disimulando la indisposicion, porque no se ofreciese con este motivo algun impedimento que retardase la empresa, montó en la nave con una grandeza extraordinaria de ánimo, supliendo éste las fuerzas que le faltaron en el cuerpo. Hiciéronse á la vela los dos infantes con siete mil combatientes en el dia 22 de Agosto del año 1437, y desembarcaron en Ceuta con toda felicidad; pero habiéndose aumentado los agudos dolores de la apostema de Fernando con la agitacion del viaje, se vió precisado á postrarse en cama con manifiesto peligro de su vida.

Salió Enrique de Ceuta en el 9 de Setiembre con cinco mil soldados, dejando dos mil para la custodia de la plaza; y entrando Fernando en las galeras, mejorado alguna cosa, llegaron ambos por mar y por tierra á Tanger. Hallábase el Santo cuando desembarcó con tan

agudos dolores, que apenas podia mantenerse sobre el caballo; pero á pesar de aquella indisposicion, capaz de rendir á otro ánimo menos valiente que el suyo, corrió por todo el ejército animando á los cristianos á que peleasen valerosamente contra los enemigos de la fé. Acometieron con efecto á los moros, y sin embargo que el número de estos era tan excesivo, salieron los portugueses victoriosos en el primer combate, en el que se apoderaron de muchos despojos, que dejaron los africanos en el campo. Dióles el triunfo mayor ánimo y volviendo á continuar la guerra, se hallaron con la novedad que venia contra ellos el rey de Fez y su general Lazaraquio con seiscientos mil combatientes, que juntaron de toda la Mauritania. Viendo los portugueses esta desigualdad, retrocedieron á sus campamentos, dispuestos á resistir el ímpetu de tanta multitud de enemigos, y habiendo sostenido el ataque por espacio de seis horas, los rechazaron valerosamente, distinguiéndose sobre todos Fernando no obstante la debilidad de las fuerzas.

Continuaron los moros sus ataques, y viéndose ya los portugueses reducidos al corto número de tres mil soldados, imposibilitados á resistir por mas tiempo á tanta multitud de enemigos, enviaron sus embajadores á los moros, prometiéndoles á Ceuta con la condicion de permitirles volver á sus galeras sin que les causasen molestia alguna; pero creyendo los bárbaros conseguir una completa victoria, prendieron á los emisarios, y volvieron con mayor coraje á continuar la guerra. Defendiéronse animosamente los cristianos, infundiéndoles el Señor fortaleza para que no triunfasen los enemigos, y viendo los africanos frustradas sus intenciones, convinieron con la proposicion de los portugueses, fiados en que á su retirada á las galeras los derrotarian enteramente. Pidieron en rehenes á uno de los infantes hasta la entrega de Ceuta, y ofrecieron ellos de su parte dar á los cristianos para la seguridad que apetecian al hijo primogénito de Zalambezala, señor de Melilla y Tanger.

No dudaba Fernando los innumerables trabajos á que se esponia entre una gente infiel y bárbara por naturaleza; mas como siempre estaba dispuesto á sacrificar la vida por los suyos, se entregó voluntariamente en el dia 16 de octubre del año 1457 con algunos principales portugueses, su médico, y su confesor fray Gil Gonzalez, que le acompañaron. Era ya obscurecido cuando llegó á Tanger la ilustre comitiva, y como los moros no habian cumplido su oferta, se mantuvo el infante á la puerta de la ciudad sin querer entrar en ella, hasta que entregasen á los cristianos al primogénito de Zalambezala, al que recibió D. Rodrigo Gomez de Silva. Partió éste á embarcarse con los demás portugueses; pero faltando los moros á su palabra, los acometieron de improviso, y dieron muerte á cincuenta ó á sesenta

soldados contra la seguridad prometida. Dispuso Zalambezala trasportar al infante á Melilla, con firme resolucion de retenerlo allí hasta que se concluyese el negocio de su rescate; y habiéndose mantenido Fernando en aquella fortaleza por espacio de siete meses, padeció gravísimas enfermedades acompañadas de intensísimos dolores; pero no por eso dejó de rezar todos los dias las horas canónicas y demás devociones que tenia de costumbre, y de ocuparse en obras de caridad para con los pobres cautivos, á los cuales suministraba todo lo necesario.

Instaba Zalambezala al infante para que escribiese á su hermano Eduardo, rey de Portugal, sobre la entrega de Ceuta, todo con el fin de recuperar á su hijo dado en rehenes; pero como los africanos habian faltado á la condicion estipulada de no ofender á los cristianos al regreso de las galeras, se resistian los portugueses á entregar la plaza, aunque trataban eficazmente de la libertad de Fernando á costa de cuantas sumas quisiesen los árabes. Viendo Zalambezala que le retardaba la entrega, y que se tomaban otros medios sobre el rescate del infante, resolvió enviarlo al rey de Fez como soberano de toda la Mauritania; y considerando Fernando que aquel bárbaro era el mas cruel del mundo, instó á sus hermanos para que no dilatasen valerse de todos cuantos medios fuesen posibles para salvarlo.

Envió con efecto Zalambezala al infante con su comitiva á Fez, y en el dilatado camino de treinta leguas que dista Melilla de aquella ciudad, padeció inmensos trabajos é innumerables desprecios de los africanos. Pusieronlos en unas casas fortísimas donde se labraban varias obras reales, y hallándose en aquella fábrica dos cautivos portugueses, les manifestaron la oscura mazmorra y las pesadas cadenas que les tenian preparadas los moros; añadiéndoles que habian oído decir, que estaba determinado cortar á cada uno una mano y un pié, cuya infausta nueva fué la primera que tuvieron los desgraciados huéspedes. Dilataron los moros aprisionarlos hasta que pasase la Pascua que estaba próxima, y concluida esta festividad, en la que satisfacen los bárbaros sus brutales apetitos, encerraron al infante en un lóbrego calabozo, cargando sobre su delicado cuerpo una disforme cadena, y fiando su custodia á un bárbaro llamado Lazaraquio, el mas inhumano de todos los mortales; ejeculó con Fernando indecibles crueldades por espacio de cinco meses. Pasados estos sin tener efecto los mas eficaces medios que se tomaron sobre su rescate, hizo Lazaraquio desnudar al infante de todos sus vestidos, y sacándole con los suyos de la prision amarrados á una cadena, les obligaba á cavar en los huertos del rey desde por la mañana hasta el oscurecer. Sufrió Fernando por mucho tiempo aquellos trabajos con tanta paciencia y con tal serenidad, que sirvió de admiracion hasta á los mismos

infeles; pero agregándose á esta pena la infausta noticia de la muerte de su hermano Eduardo, fué tan vehemente el sentimiento que concibió su afligido corazón, que tuvo necesidad de toda su virtud para resignarse.

Sucedió á Eduardo en el reino de Portugal su hermano Pedro, quien no menos solícito que el difunto en procurar la libertad de Fernando, tuvo el desconsuelo de ver frustradas todas sus diligencias; las cuales no produjeron otro efecto que el de aumentar los trabajos, las injurias, las burlas, y los deprecios del infante, que en el conjunto de tantas penas no tenia otro consuelo, que el que le suministraban sus compañeros en la dura prision á que les redujo Lazaraquio; sin permitirles que saliesen de ella ni aun para las precisas necesidades. Pero no satisfecho aquel bárbaro con tan inhumanos tratamientos, mandó poner á Fernando separado de los suyos en una oscura mazmorra sumamente estrecha sin ventana alguna, ni lumbreira, donde se vió precisado á tener encendida una lamparilla por el dia y por la noche, leyendo á la luz artificial en cierto libro en que estaban escritas muchas piadosas meditaciones; y orando de continuo con ambas rodillas puestas en tierra, derramaba tanta abundancia de lágrimas que le hicieron en el rostro una canal por donde corrían. En este abandono discurrieron los suyos para hablar á Fernando, el arbitrio de abrir un agujero en la pared que mediaba entre el calabozo y el palacio arruinado, donde trabajaban por órden de Lazaraquio, en el cual ponian un ladrillo para que no se conociese. Esta comunicacion, que era la única que dilatava el corazón del infante, era el conducto por donde con frecuencia decia á sus amados compañeros: *Perdonadme por amor de Dios, puesto que por mi causa padecéis tantas molestias. Sabed, amigos, que os tengo en lugar de hijos, y que mi mayor gusto sería acompañaros en los trabajos sin alguna distincion, lo que preferiria al reino de Portugal: testigo es Dios que no miento. Solo por tres cosas quisiera vivir: la primera, para premiaros como mereceis: la segunda, para animar á los cristianos á destruir estas bárbaras regiones, no por venganza de lo que padeczo, pues cuanto hacen conmigo los moros lo recibo como ministros de mi salvacion: y la tercera, para persuadir á mis hermanos á que librasen á los pobres cautivos, lo que yo haria mejor que otro alguno, habiendo sido testigo de las miserias que padecen.*

Quiso en fin Dios premiar los trabajos de su fidelísimo siervo, y despues de seis años del mas duro cautiverio, comenzó á padecer en el dia 1.^o de junio del año 1443 una desenfrenada diarrea, que le puso en un sumo desfallecimiento. Dieron los guardas noticia de la novedad á Lazaraquio, y desentendiéndose el bárbaro de suministrarle los remedios necesarios, solo permitió que entrase al calabozo el

confesor del infante, que solo tenia facultad para hacerlo una vez á la semana, ó de quince á quince dias. Dijole á éste Fernando (con la prevencion de que no le revelase) lo siguiente: *Dos horas antes de amanecer estando considerando las miserias de esta vida y la felicidad de la eterna, comencé á sentir en mi corazon un gran consuelo y un deseo ardoroso de salir de este mundo. Fijè los ojos en la pared, y ví á una Señora sentada en un alto trono entre celestiales resplandores; conocí al instante que era la Virgen Santísima, y postrándome de rodillas, como pude, à su presencia, oí á uno de los de la comitiva, que por las señas era S. Miguel, que la decia: Yo os ruego, Señora, que os compadezcáis de este vuestro siervo: ved cuanto tiempo hace que padece, y que pide á vuestro querido Hijo que ponga término á sus miserias; por él intercedo, pues es mi especial devoto. Despues hizo las mismas súplicas otro que sin duda fué S. Juan Bautista, y en seguida ví á la Señora, que me miraba con beguinos ojos, con lo que desapareció inmediatamente.* Concluido este relato, hizo confesion general bañado en tierno llanto, y habiéndole aplicado el confesor la indulgencia plenaria concedida para el artículo de la muerte, se volvió al lado opuesto, y murió tranquilamente en el día 5 de junio del año 1443, á los cuarenta y uno de su edad.

Supo Lazaraquio la muerte del infante, y aunque no hizo aprecio alguno de la noticia, con todo quiso Dios que su infame lengua fuese panegirista de los elogios del difunto, diciendo á presencia de todos: *Si entre los perros cristianos hay algo de bueno, sin duda lo tuvo este que acaba de morir, el que si fuese moro, merecia tenerse por santo. Sé que jamás mintió, ni de su boca se le oyeron nunca palabras de falsedad: cuantas veces envié exploradores para que viesen lo que hacia, siempre le encontraron en oracion, y ciertamente los de su nacion cometieron un grande pecado en dejarlo morir así;* pero á pesar de esta confesion continuó sus crueldades con el venerable cadáver. Mandó á unos cautivos cristianos que le arrancasen los intestinos y las entrañas, y no satisfecho con una accion tan enorme, hizo que colgasen el venerable cuerpo por los pies en el muro de la ciudad, para que fuese el objeto de la burla y del desprecio de los africanos. Allí se mantuvo algun tiempo, hasta que cansados los bárbaros de insultar al ilustre mártir, dieron permiso á los cautivos para que lo depositasen en la misma muralla dentro de una caja de madera.

No tardó el cielo en vengar las injusticias hechas al siervo de Dios por el impío Lazaraquio, pues queriendo éste apoderarse de un pueblo llamado Graceloy, perteneciente á un moro principal, fué muerto alevosamente. Tambien quiso Dios manifestar la gloria del insigne mártir con repetidos milagros, por cuya razon se tuvo en grande

veneracion hasta de los mismos infieles; pero como no era justo que estuviesen las venerables reliquias en poder de los bárbaros, dispuso el Señor que se hiciese su traslacion á Portugal por medios extraordinarios, para que brillase en el acto su adorable providencia. Tenia el rey de Fez un sobrino de recomendables prendas, y temiendo que por ser tan amado de los moros, pudieran éstos elevarlo al imperio de Mauritania, comenzó á tratarlo severamente. Quiso el jóven vengarse de las injurias que le causaba su tío, no dándole causa para ello; y creyendo que el mayor sentimiento que podia originarle era robar el cuerpo de S. Fernando, se valió de dos cautivos cristianos, para que hiciesen el piadoso robo en una noche tenebrosa. Ejecutáronlo así, y transfiriéndolo á Melilla, que ya estaba en poder de los cristianos, fué recibido por estos con las demostraciones de la mayor alegría. De allí lo condujo á Portugal el mismo sobrino del rey de Fez con los dos cautivos que intervinieron en una accion tan laudable; y habiendo llegado con toda felicidad al puerto de Lisboa, salió el rey con toda la nobleza á recibir el precioso tesoro, llevándolo en solemne procesion por todas las calles y plazas de la ciudad, que se adornaron ricamente, hasta la iglesia catedral. Hicieronse fiestas y regocijos públicos por la recuperacion de las santas reliquias del siervo de Dios; y concluidas estas, se trasladaron con majestuoso acompañamiento al monasterio de nuestra Señora de la Victoria de religiosos Dominicos, distante cuatro leguas de Lisboa; en el que el rey D. Juan I de Portugal hizo labrar una magnífica capilla con una suntuosa bóveda, para que en ella se enterrasen los reyes, los príncipes y los infantes de su real familia. Depositóse con efecto el venerable cadáver de S. Fernando en la real capilla, donde ya estaban sus intestinos y sus entrañas, traídas anteriormente por D. Juan Alvarez y D. Juan Ruiz, que estuvieron cautivos con el mismo infante, y es tenido en grande veneracion, y se tributa el culto como á ilustre mártir, dignándose el Señor obrar muchos prodigios por la intercesion de su siervo.

DIA V.

San Sancho, mártir.

Dos dias despues que padeció el monge S. Isaac, un ilustre mancebo llamado Sancho, discipulo de S. Eulogio, dió la vida gloriosamente por la misma causa. Era natural de Albi ó de Albs, pueblo de la primera Aquitania, de aquella parte de Francia que llamaron los roma-

nos Galia Comata ó del cabello largo, por el uso de traerlo así sus moradores. Hicieron los africanos, dueños de casi toda España, unas de sus acostumbradas correrías por aquella region; y entre los muchos cautivos que llevaron á Córdoba fue uno Sancho, profesor de la religion de Jesucristo. Consiguio éste dentro de poco tiempo su libertad, y fue admitido en el palacio del rey entre otros ilustres jóvenes, que se habilitaban al mismo tiempo que servian al soberano en el ejercicio militar, para estar diestros en el uso de las armas en los casos de urgente necesidad; cuyo género de soldados se llamaban donceles, los que se mantenian del erario público.

La dichosa suerte que cupo á Sancho no alteró en lo mas mínimo sus piadosos sentimientos; porque como juntaba á la gravedad de sus costumbres madurez de juicio y solidez de entendimiento, descubrió sin dificultad los lazos que iba armando el mundo á su inocencia. Hicieron poca impresion en su corazon los atractivos de una brillante fortuna, y pusieron inutilmente á su virtud en la mayor prueba todas aquellas prosperidades terrenas, que pudieran tentar á otro espíritu menos desengañado que el suyo, pues no aspiraba á los honoríficos empleos que solicitan con ansia los cortesanos, ni á las grandes apariencias de prosperidad de que tanto se paga el siglo. Estos dictámenes, tan conformes á la religion que profesaba, hicieron que no se manchase con los vicios regulares en palacio; y aunque en él se cometian toda clase de excesos, con toda la vanidad, la lisonja, ni la ambicion no hallaron entrada en el pecho de Sancho, ni menos la liviandad, tan autorizada entre los que servian á un bárbaro, con quien tenian mas privanza los mas obscenos.

Entregóse á la enseñanza de S. Eulogio, del que se hacia sensible el suave olor de sus eminentes virtudes en todas sus palabras, y en todas sus acciones, é instruido por tan célebre maestro en todas las verdades esenciales de nuestra santa religion, y en el heroismo con que se acreditan, deseaba Sancho con vivas ansias, que se le presentase ocasion oportuna de dar al mundo pruebas públicas de la firmeza de su fe, abonada con la pureza de sus costumbres. No nos dice S. Eulogio el motivo que obligó al ilustre jóven para hacer la pública confesion de la religion que profesaba; pero es lo cierto que la ejecutó renunciando con admirable desinterés el sueldo y gajes reales.

Delataron los moros á sus jueces á Sancho porque maldecia de mahoma; y sintiendo éstos el atrevimiento del valeroso jóven en desprecio de su profeta, le reconviniéron con las muchas obligaciones que tenia para con el rey, dándole en rostro con la nota, de ser aquellos ingratos procedimientos los que le inspiraba su ley. Hirió á Sancho la reconvencion; no por la parte que afeaba el hecho de darse á conocer por cristiano, sino por las ofensas que hacian los árabes de

la religion de Jesucristo, creyendo que enseñaba á sus profesores á ser ingratos; y queriendo defenderla de esta sospecha, les dijo: Mi ley es tan justificada que enseña á obedecer á los principes del mundo aunque sean infieles en lo que es justo, como que toda potestad bien ordenada proviene de Dios; si me redarguyerais de esta inobediencia yo mismo culparia mi procedimiento; pero estoy satisfecho que no he faltado en lo mas mínimo en esta parte. Las mercedes y los favores que el rey me ha dispensado las he remunerado, sirviéndole con lealtad como buen criado y como fiel vasallo; pero si os parece que el no obedecerle en punto de religion es ingratitud, sabed que en orden á esto debo mayor respeto á Dios que á vuestro soberano; pues sus preceptos están muy ajenos de la justicia, y aun de lo que dicta la luz de la razon. Profesad vosotros la secta de vuestro profeta, indigno de este nombre por sus execrables vicios y enormísimos errores, que yo creo en el verdadero Dios; cuya santa ley confieso sin estimar en composicion de ella la libertad, la gracia del rey, sus premios, ni mi propia vida. En este supuesto haced lo que os parezca, porque no habrá felicidad, ni desgracia que baste, para entibiar el firme propósito que tengo de sostener la verdad á costa de mi sangre.

En vista de esta confesion determinaron los magistrados privar á Sancho del sueldo y de los gajes reales, creyendo, que reducirian por necesidad al que no pudieron con las mal compaginadas reconvençiones; pero el ilustre jóven despreció con admirable desinterés una pena tan tenue, estimándola como anticipadas arras del martirio que esperaba. No se tardó mucho tiempo en lograr esta dicha; pues viendo los magistrados el ningun efecto que habia producido su providencia, persuadiéndose que cuantas tomáran aunque fuesen del mayor rigor serian inútiles para rendir á un hombre de aquel carácter, le sentenciaron á muerte. Sacáronle los ministros de la audiencia para el lugar del suplicio, y en cumplimiento de la injusta determinacion lo degollaron en el día 5 de junio del año de 851. No satisfechos los bárbaros con aquel castigo, pusieron el venerable cadáver de Sancho en un palo á la vista de la ciudad, junto al de S. Isaac, los cuales juntamente con los de S. Pedro, Walabonso, Sabiniano, Wistremundo, Abencio y Jeremías, que fueron dos dias despues sacrificados al furor de los mahometanos, ya medio podridos los quemaron el día 11 de junio y echaron sus cenizas en el rio Guadalquivir; lo que hicieron con la perversa intencion de que los cristianos no les tributasen la veneracion que acostumbraban á las reliquias de los mártires. El año de 1613 el Dr. Gerónimo Gonzalez, canonigo penitenciario de Jaen, dotó una solemne fiesta á S. Sancho, que se celebra anualmente en aquella iglesia.

DIA VII.

Los santos monges Pedro, Walabonso, Sabiniano, Witresmundo (ó Wistremundo), Abencio y Jeremias, mártires de Córdoba.

EN la sangrienta persecucion que suscitó contra los cristianos el rey de los sarracenos Abderraman en Córdoba, capital de su reino en España, por los años de 851, entre otros ilustres mártires que padecieron en ella por defensa de la fé de Jesucristo, se admiró el valor, fidelidad y constancia de Pedro, Walabonso, Sabiniano, Wistremundo, Abencio y Jeremias, que fueron victimas del furor de los bárbaros cinco dias despues que consumó S. Isaac su sacrificio. No eran todos nacidos en el mismo lugar, ni tenian igual grado en la jerarquía de la Iglesia. San Eulogio, testigo ocular de sus triunfos, compañero despues en el martirio, nos ha dado una relacion histórica de la naturaleza y hechos de estos gloriosos héroes.

PEDRO sacerdote, dice, natural de Ecija, ciudad considerable en la Andalucía, en otro tiempo llamada Astigi; y WALABONSO, diácono de Niebla, antiguamente Elepla en la misma provincia, habian venido en su juventud á Córdoba con el objeto de instruirse en las letras humanas y sagradas: el amor á la virtud, que ardía en el corazon de ambos, y el deseo de buscar asilo para conservar inviolable la inocencia, libres de los peligros del mundo, les hizo conducirse á la escuela de un gran siervo de Dios, llamado Frugel, superior del monasterio de Santa María de Cateclara, pequeña poblacion, situada al occidente de Córdoba; y los fecundos talentos é incansante aplicacion en el estudio les dió á conocer bajo la direccion de tan insigne maestro la verdadera inteligencia de las santas escrituras; y el mérito de las virtudes cristianas.

SABINIANO, natural de Froniano, lugar de la sierra de Córdoba, se habia consagrado á Dios en un monasterio de la diócesi, donde habia muchos años que observaba la vida austera, contemplativa y penitente de un perfecto religioso.

WISTREMUNDO era un jóven de Ecija, como el sacerdote Pedro, nuevamente profeso en la abadía de San Zoilo, de Armitata, Armelato, ó Guadalmelato, situada en las montañas desiertas al setentrion de la misma Córdoba, donde se hallaba tambien Sabiniano retirado.

ABENCIO, natural de Córdoba, vivía dedicado enteramente al ser-

vicio del Señor en el monasterio de San Cristobal sito en la misma ciudad sobre la ribera del Guadalquivir, tan retirado del comercio de los hombres, que solo se dejaba ver por una ventana pequeña de los que iban á visitarle.

JEREMÍAS era de la primera nobleza de Córdoba, casado con Isabel, mujer no menos ilustre, hermana de Santa Columba. Desprendiéronse ambos de sus riquezas para fundar un monasterio de hombres y mujeres que se llamaba Tabanense, distante de Córdoba dos leguas poco menos, donde Isabel fue abadesa, y Martin su hermano abad, y florecieron San Isaac, sobrino de Jeremias, y Santa Fandila, y las santas Digna, Sabigoto y Columba. En este retiro se preparaba el anciano Jeremias con ayunos para dar la vida por Jesucristo.

Todos estos seis fortísimos y muy esclarecidos varones unidos en la voluntad y resolucion de dar la vida por Jesucristo, en un mismo dia á una misma hora se presentaron en Córdoba ante el tribunal, y á una voz dijeron al juez árabe: Tambien somos nosotros de la misma opinion, y sentimos lo mismo que nuestros hermanos Isaac y Sanchó; á quienes por ello quitaste la vida. Ejecuta, pues, en los presentes la sentencia que en los pasados; y si mas quisieres, acrecienta cuanta fiereza pudieres en venganza de tu profeta; porque nosotros confesamos á Jesucristo verdadero Dios, y á vuestro profeta tenemos por un fanático impostor.

Estimó el juez árabe por el mayor atentado resolucion tan generosa; y advirtiendo en la santa comitiva que era una la voz, el alma y el objeto, hizo caer contra todos una misma sentencia de muerte; mandando que les decapitasen; pero irritado sobre manera contra el venerable anciano Jeremias, á causa de algunas espresiones que vertió llenas de fuego contra el falso profeta al tiempo de la confesion, quiso que antes que sufriese el último suplicio, despedazasen su cuerpo los verdugos con crueles azotes, en cuyo castigo murió gloriosamente. Conducidos los cinco al lugar de la ejecucion de tan injusta providencia, se iban alentando mutuamente á padecer por defensa de la fé, mostrando en sus semblantes una alegría tan extraordinaria como si fuesen convidados á un gran festin. En fin, fueron degollados en el dia 7 de junio del año 851, logrando por este medio la corona del martirio, por la que habian suspirado tanto tiempo. No satisfecho el furor de los bárbaros con este castigo, despues que tuvieron sus venerables cuerpos atados á unos palos algunos dias, los quemaron y arrojaron sus cenizas al rio para que no quedase á los fieles el consuelo de conservarlas.

DIA X.

Los santos Crispulo ó Crispolo y Restituto, mártires.

EN las persecuciones de los primeros siglos de la iglesia, padeció en España tal dia como hoy por confesar la fe, un siervo de Dios llamado Crispulo. En esto concuerdan los martirologios antiguos, aunque no señalan el lugar donde fué martirizado, ni de esto ha quedado vestigio ó memoria en ninguna de nuestras iglesias.

S. Restituto, presbítero y mártir, fué natural, en opinion de algunos autores, de Ilipla ó Elepla, hoy Niebla y Peñaflor, en el arzobispado de Sevilla; pero otros suponen que la patria de este Santo presbítero fué Epora, que hoy es Montoro, en la diócesis de Córdoba.

Interesados algunos críticos en inquirir el motivo porque dan á S. Restituto por compañero en el martirio á S. Crispulo, nos dicen que la causa de esta equivocacion ha consistido, en haber confundido nuestros Santos nacionales con otros S. Crispulo y S. Restituto que padecieron juntos el martirio en Roma.

La variedad con qué se esplican las actas de los dichos, que fueron romanos, con las de los nuestros, nada puede valer contra el testimonio de la fiesta que la Iglesia de Sevilla hace hoy á los santos Crispulo y Restituto, como propios de su arzobispado desde el año 1624.

DIA XI.

Los mártires de Algarve.

HABIENDO reunido en el año de 1242 á la corona del santo rey don Fernando varios pueblos de los de Algarve don Pelayo Correa maestro del orden de Santiago, llamado Josue del nuevo testamento por los Españoles, á virtud de haberse detenido el sol en cierta ocasion que combatia con los morós hasta que consiguió de ellos una completa victoria; fueron las resultas de aquel memorable triunfo la muerte de siete esforzados militares Españoles, llamados Pedro Rodriguez comendador, Mendo del valle, Damian Var, Alvaro García, Estevan Vazquez y Valerio de Hora, computados en el número de ilustres mártires por el motivo siguiente.

Conquistó don Pelayo Correa maestre del orden de Santiago ciertos lugares de los de Algarve á fuerza de sus victoriosas armas en tiempo que los moros dueños de aquellos pueblos se hallaban en la siega de sus mieses; y habiendo pedido estos treguas á don Pelayo, se las concedió sin dificultad, mediante á que estaba su ejército disminuido notablemente, y necesitado de descanso. Bajo la seguridad de esta tregua permitió el gran maestre á Pedro Rodríguez comendador, que saliese á caza con cinco compañeros al campo de Tabira, y ejercitándose en aquella diversion, dieron inopinadamente los Mahometanos sobre los seis cristianos, que viendo el excesivo número de bárbaros contra quienes tenían que batallar, dieron prontamente aviso á don Pelayo, para que los auxiliase; pero como se hallaban distante cinco leguas de aquel campó, se vieron en la indispensable precision de sostener en el interin un reñido combate. Unióse á ellos cierto mercader llamado Garcia Rodriguez diestro militar, que á la sazón pasaba por aquel campo, quien reconociendo la desigualdad de los fieles con el gran número de infieles, se incorporó con los cristianos, animándolos con sus obras y con sus palabras á que peleasen con valor contra los Agarenos.

Luego que supo el gran maestre el inopinado suceso, unió á cuantos soldados pudo haber, y marchó precipitadamente á favorecer á los afligidos fieles; pero aunque practicó la diligencia con la exactitud y con la presteza que exigía la necesidad, con todo tuvo el desconsuelo de ver muertos á los ilustres cristianos, que se habian defendido con cuanto valor cupo en los mas esforzados militares, como lo acreditaba la multitud de cadáveres Mahometanos, de que estaba lleno el campo. Irritó al gran maestre la infidelidad de los bárbaros de suerte, que no reparando en el corto número de sus soldados, acometió á los arabes con un impetu y con un valor tan heróico, que aunque estos se refugiaron en Tabira, que era una fortaleza considerable, llegó victorioso hasta el medio de la misma plaza á pesar de la resistencia de los enemigos, y vengó la muerte de los suyos.

Hecho dueño de aquella fortaleza don Pelayo, fué su primera diligencia hacer que se purificase la mezquita de los moros con los ritos, y con las ceremonias cristianas, y que se consagrarse Templo en honor de la santísima Virgen, y asimismo procuró que se construyese un altar á san Bernabé, al lado del evangelio del altar mayor, por haber conseguido en el dia de la festividad del santo apostol un triunfo tan memorable, sobre el cual hizo colocar un sepulcro de mármol donde se depositasen los venerables cuerpos de los siete héroes militares para que se les honrase como á verdaderos mártires, muertos por los Mahometanos en odio de la fé que profesaban.

DIA XII.

Del beato Alonso Rodriguez, coadjutor temporal de la compañía de Jesus.

NACIÓ el Beato Alonso Rodriguez, á los 25 de Julio del año de 1531, en la muy ilustre y antigua ciudad de Segovia, en Castilla la Vieja, siendo Vicario de Cristo en la tierra Clemente Séptimo, y reinando en las Españas el invicto Emperador Carlos V.

Fueron sus padres Diego Rodriguez y María Gomez, personas de antiguo y limpio linage, y muy ejemplares cristianos, así por la frecuencia de los santos Sacramentos, como por la buena crianza que daban á sus hijos, que fueron once; entre los cuales resplandeció nuestro Alonso, que fue el segundo, como el sol entre las estrellas, dando desde luego claras muestras de la santidad á que habia de llegar, con la divina gracia, y de la mas cordial devocion á la Sma. Virgen María Madre de Dios, el cual teniendo destinado á Alonso á la Compañía de Jesus, dispuso con su alta providencia, que viniesen hospedados en casa de su padre Diego, siendo él niño, los dos primeros Padres de esta sagrada Religion, que vinieron á Segovia, de los cuales aprendió los misterios de nuestra fé, y los primeros fundamentos de la perfeccion, en la cual se adelantó felizmente bajo la direccion del P. Francisco de Villanueva, gran maestro de espíritu, y se hallaba á la sazón en la universidad de Alcalá; donde fue enviado Alonso, con un hermano suyo para que aprendiese las ciencias; sino que se hubo de volver á Segovia, pasado un año, por muerte de su padre Diego, y mandato de su madre, la cual lo indujo asimismo á tomar el gobierno de casa, y el estado de matrimonio.

En este, dádose al comercio de las lanas que habia egercido su padre, y hallado en él menoscabo en vez de ganancia; y muriéndosele una hija, que era sus delicias, y poco despues su esposa; y conocida cada día mas la caducidad de las cosas de esta tierra, con acuerdo de su madre y sus parientes, y el de los PP. de la Compañía, que eran sus directores, se redujo á vivir separado, aunque en una misma casa, él con su hija, y su madre con sus dos hermanas, dispuesto á los ulteriores llamamientos de la divina Magestad. Las dos hermanas, hecho voto de virginidad, perseveraron en él toda la vida, que fue muy ejemplar; y la madre vivió pocos años mas, acumulando virtudes y méritos.

En este retiro, discurriendo Alonso en la consideracion de las mi-

serias de esta vida, y en la estrecha cuenta que se ha de dar á Dios en la otra, lleno de sentimientos profundos dió principio con una confesion general, que hizo con el P. Francisco Martinez, uno de los primeros Predicadores de la Compañía de Jesus en Segovia, á una vida aun mas fervorosa; perseverando en ella tres años en ayunos, disciplinas y ásperos cilicios, y en continuas oraciones y lágrimas, y juntamente los mas dulces coloquios con Jesus y María, á los cuales un dia de la festividad de las Nieves hizo Alonso de sí mismo la entrega mas fervorosa.

Con esto serian como seis años que este nuevo soldado habia perseverado en Segovia en el tenor de vida dicho, quando despues de haber hecho testamento de cuanto tenia en sus hermanas, dejando sus parientes y patria, pasó á Valencia, donde estaba su antiguo confesor el P. Luis de Santander, Rector del Colegio de San Pablo de aquella ciudad, con determinacion de hacerse Religioso.

El P. Santander, oida la resolucion de Alonso, lo dirigió al P. Antonio Cordeses, Provincial que era de dicha Provincia de Aragón, el que entendida la vocacion de Alonso á la compañía, y sus súplicas, aunque los PP. Consultores no dejaron de poner reparo en su avanzada edad, que era ya de mas de 40 años, lo recibió, viniendo en ello los consultores, al decirles el P. Provincial, que era varon espiritual, que cría que Dios se lo enviaba para santo; y así vistió la sotana, el último dia de Enero, ó el 6 de Febrero de 1571.

Ancorado pues Alonso en el puerto de la religion, si ya en el siglo vivia tan abstraído del mundo, ¿cuál habrá sido en ella su vida? Los seis meses que pasó de novicio en el colegio de S. Pablo, mas fueron de angel que de hombre mortal; sino que los superiores lo destinaron al colegio de la ciudad de Palma de Mallorca, que entonces se comenzaba, para que fuese de fundamento y adorno. Este colegio fue el teatro principal de las virtudes heroicas del beato Alonso; de los muchos y singulares favores que recibió de la Santísima Trinidad, de nuestro Señor Jesucristo, de la santísima Virgen Maria, y de S. Ignacio de Loyola y otros Santos; y de los muchos milagros que obró el Señor por su medio con mucha edificacion y utilidad de los mallorquines.

En tanto habiendo observado los PP. con complacencia lo fervoroso del espíritu de Alonso, á los dos años de su noviciado, se le concedió hiciese los votos religiosos segun el uso de la compañía, y los hizo el domingo de Pascua de Resurreccion, qué fue aquel año de 1575 á 3 de Abril. Sus ocupaciones ordinarias fueron despues ayudar á la fábrica de la iglesia, que entonces se hacia, acompañar á los PP., y cuidar á temporadas de diversas oficinas del colegio, segun su estado de hermano coadjutor temporal, hasta que pasados en esto

doce años, y teniendo de edad 52, hizo los votos de coadjutor temporal formado en las manos del P. Alonso Romeu, visitador del colegio, habiéndole sido compañero en esta accion sagrada el hermano coadjutor Diego Ruiz su apasionado imitador.

Incorporado así enteramente Alonso con la religion, le dieron los superiores el cargo de la portería de aquel colegio. ¿Mas quién podrá describir la exactitud, con que lo desempeñó? Persuadido á que Dios seria cualquiera que llamase á la puerta, acudia siempre á abrir con todos los afectos de devocion y humildad. El tiempo que le sobraba de su ocupacion todo lo empleaba en santos ejercicios; en enseñar la doctrina á los pobres, á leer y escribir á niños, y á veces á sugetos de distincion, que procuraban los diese leccion nuestro Alonso, por el gran concepto que de él tenian; y no fueron pocos los que dirigió al estado religioso, en lo que tuvo acierto singular.

Pero ¿quién podrá dar á entender suficientemente las muchas y singulares virtudes que practicó nuestro Beato en este su empleo, que egereció no menos de 40 años?

Su recogimiento interior fue tal; que pudo asegurar á su confesor, á mayor gloria de Dios; que en todo un dia, no solia desviarse de la presencia de Dios ni aun el espacio de un Credo. De su mortificacion basta decir, que jamás en 40 años miró el rostro de mujer, con ser tanto el concurso de ellas en una portería.

Nunca dió oidos á mínima murmuracion, y si el sugeto que en esto faltase era tal que lo pudiese advertir, lo hacia con cristiana libertad. En los discursos indiferentes se dormía; mas si el superior le mandaba hablar, lo hacia con tal peso de razones, que los oyentes quedaban admirados, como sucedió con el Sr. Virey D. Carlos Colomes. Ni perdia ocasion de mortificar el gusto habiéndole costado á veces esto grandes vómitos y dolores de estómago, y aun calenturas de muchos dias.

Sus penitencias las tenia repartidas de modo que en 46 años, pidiendo licencia para ello todos los meses, para cada dia tenia la suyas, sin que para cumplirlas le fuese de impedimento, ni aun el estar enfermo. Y buena prueba fueron de su paciencia los repelones, las cortaduras y los tropiezos de nabaja, que de intento por mucho tiempo le hacia probar un mozo insolente de mala indole, que venia al Colegio á la rasura, y queria ver si con sus malos tratamientos llegaba á sacarle alguna señal de impaciencia; lo que no consiguió.

Ni podia faltar en Alonso la humildad, compañera indivisible de la paciencia y mortificacion. Con efecto, fue tal la humildad de este Siervo de Dios, que él era en su concepto el mas aborrecible de todos los hombres; y así en los concursos siempre escogia el último lugar, ni jamás consentía se le besase la mano. Su pobreza, particu-

larmente despues que hizo sus primeros votos, fue de modo que todo un año estuvo en su aposento sin silla, habiéndose olvidado de volvérsela los que en una funcion de iglesia la habian sacado. Y otra vez, paseándose junto á un hábar en la granja del Colegio, y cogido dos habas, sin advertirlo, se halló confuso, de modo que no atrevia á dejarlas, ni á darlas, por parecerle que era contra la regla que hay en la Compañía de no disponer de nada sin licencia del Superior, al cual las llevó confesando su culpa, y el Superior ordenó se llevasen á la mesa.

No pudiendo por tanto tolerar los espíritus infernales tales virtudes en Alonso, se conjuraron á cara descubierta á hacerle guerra contra la castidad especialmente; ni ya solo con malos pensamientos, sino aun con visiones las mas deshonestas, dándoles licencia el Señor para que lo labrasen como á su escogido: y aunque al principio de sus combates, parecia que lo dejaba, mas al fin lo consolaba y confortaba con grandes consuelos. Cuanto se agradase Dios en la pureza de este su siervo, se puede echar de ver por los milagros que obró por su intercesion en favor de los que para la guarda de la castidad se encomendaron en sus oraciones. Refiero el que sigue, y se halla en los procesos de su beatificacion.

El hermano Antonio Mora, de nuestra compañía, viéndose perseguido de grandes estímulos de carne, de que deseaba verse libre un dia, que como enfermero, servia al Hermano Alonso, tomó un pedazo de cuerda que le habia servido, y con confianza se la ciñó sobre las carnes, rogando á Dios fuese servido por los méritos de Alonso de librarle de su impostura tentacion; no habia bien acabado sus ruegos, cuando se conoció libre de su trabajo, y nunca jamás le volvió.

¿Pero qué podremos decir de su obediencia, ni á cual grado de ella llegase nuestro Beato? Se conozca de los dos casos que siguen. Meditando un dia aquellas palabras del sabio: *Mens justí meditabitur obedientiam*; y aplicándolas á su oficio de portero, se hizo esta pregunta: *Si el superior te mandára que no abrieses á nadie la puerta, y llegase el rey con su guardia, y dijere que le abrieras, ¿qué harías?* Pensólo un poco, y resolvió, *que aunque le hubiese de costar la vida, no contravendría á la obediencia; pero que procuraria con buenas razones dar á entender que no tenia orden para abrir.* El otro caso, que tratándose una noche de invierno en el aposento del P. Rector, entre otras cosas espirituales, de lo mucho que padecian nuestros misioneros en las Indias; vuelto el P. Rector al hermano Alonso, le preguntó, ¿cómo nunca habia podido ir á Indias, como si todo hubiese de ser estarse aquí sin hacer nada? Padre, respondió el obediente hermano, yo no soy, ni valgo nada, pero juzgo, que si conviniese, me enviaria allí la obediencia sin pedirlo; y si me enviase,

iria gustoso, fiado en que Dios me mandaba. *Pues váyase á Indias, que yo se lo mando*, le dijo el P. Rector. Era ya muy viejo el hermano Alonso; mas oido lo que el P. Rector habia dicho, haciendo un humilde acatamiento, fuese á la portería, y empezó á tocar con la campanilla al portero; el cual, venido luego, y prevenido del superior, preguntó al hermano Alonso, que queria? Que me habra, respondió, que me voy á las Indias. Pues, cómo á estas horas, replicó el portero, y sin sombrero, ni manteo? Si, hermano, que la obediencia me envía, y para cumplirla no hay reserva: tiene pasaporte, replicó el portero; pues, sabe, que sin él nadie se puede poner en camino, ni yo le puedo dejar salir, sino lo tiene; vaya por él. Con esto hubo de volver al superior á pedirlo; y el superior, recibidolo con algun desvío, le dijo: Hermano, no sirve aquí de nada, y se quiere ir á las Indias; y así acabó. Y preguntado, si no habia sentido dificultad en cumplir aquella obediencia, respondió, que ninguna, y que iba como un bobillo á cumplir el mandato de Dios.

Amantísimo de la compañía de Jesus y su instituto nadie lo vió jamás faltar á la mínima regla de él; venerando grandemente sus superiores, y todos los individuos de dicha Religion y dando continuas gracias á Dios de su vocacion á religion tan perfecta en que tuvo diversas veces revelacion de que perseveraria en ella, y seguridad con eso de su eterna salvacion.

El fruto de tantas virtudes lo sacaba este fiel Siervo del Señor del Altísimo don de contemplacion, al cual Dios lo habia elevado.

Llegó nuestro Alonso sin duda por medio de las tres vias Purgativa, Iluminativa y Unitiva, que enseñan los maestros de espíritu á la mas elevada union con Dios, y de aquí nació su amor tan abrasado de Dios, y gran aborrecimiento á cuanto podia apartarlo de este amor.

No dejó en tanto nuestro beato Alonso los otros medios para la perfeccion; y particularmente fué devotísimo del misterio de la Sma. Trinidad de la Humanidad Sma. de nuestro Señor Jesucristo y de todos sus misterios, y de la Sma. Virgen María, especialmente en el misterio de su Purísima Concepcion.

Asistia con devocion y frecuencia al sacrosanto sacrificio de la misa; y solo de verlo oír misa ó ayudar á los sacerdotes en el altar, se encendian en fervor los circunstantes, y los sacerdotes procuraban que Alonso les ayudase cuando habian de tratar algun negocio grave, muy confiados de ser mejor oídos del Señor. Mucho habia que contar de los favores que recibió en sus comuniones, y especialmente en la accion de gracias, en que hubo vez, que arrebatado en espíritu, lo tomó la Sma. Virgen María en sus brazos, y acompañada de S. Ildefonso y del angel de su guarda, lo presentó á la Sma. Trinidad con demostraciones de fiesta y regocijo de la celestial corte.

Con la frecuencia de rezar el rosario se le hicieron callos en el dedo pulgar y en el índice: y rezaba todos los días las letanias, y otras devociones en obsequio de la Sma. Virgen María, y en especial el oficio Breve de su Purísima Concepcion; diciendo con particular afecto, que Jesus y su Madre gustan mucho de ver á los hombres empleados en solemnizar este misterio, y que del cielo le habia sido asegurado, que entre las otras causas habia enviado Dios al mundo la Compañia de Jesus, para que enseñase, predicase y defendiese con todo su celo la verdad de este misterio.

Y sin detenerme en los mil otros favores con que la Sma. Virgen correspondió benigna á la devocion del beato Alonso, referiré este solo. Iba un día, en tiempo de mucho calor, este buen Hermano con el P. Matías Borrusa al castillo de Bellvér, que está en una altura, como media legua de Palma, donde habia de confesar y decir misa á los que estaban de guarnicion; y el hermano Alonso todo metido en Dios, y por el calor y fatiga de la cuesta, y trabajo de las llagas de sus piernas, se habia sentado en unas piedras, corriéndole un gran sudor por el rostro, y abrazando con mucha conformidad aquel trabajo, y todos los demás del mundo, si fuesen necesarios, y cuidándose muy poco de enjugarse el sudor, cuando ve que que la Sma. Virgen María, compadeciéndose, se le aparece con aquel rostro que alegra los cielos, con sus benditas manos le enjuga el rostro, y lo deja con tal regalo como se puede entender, fortalecido y consolado.

Siendo en tanto tan devoto de Jesus y Maria este Beato hermano, era forzoso lo fuese no menos de sus imágenes y de los Santos; las que mas le arrebatában eran las del *Ecce Homo*, y las de *Jesucristo crucificado*: siendo entre veinte y cuatro Santos, á quien profesaba particular devocion, S. Francisco de Asis, el mas distinguido, y á quien desde niño se aficionó tiernamente, como tambien á San Ildefonso, Capellan de la Virgen, cuyo nombre tenia. Ni menos era aficionado á S. Ignacio de Loyola, y habiendo leído, entrado en la compañía, su vida con gusto particular, con el mismo hablaba de sus virtudes; y una vez que le mandaron predicar en su octava en el refectorio, lo hizo con tal fervor, que dejó á los oyentes encendidos en los mas vivos deseos de imitar sus virtudes; de las cuales Alonso fue tan perfecto imitador, y en especial del deseo de salvar almas, que hubiera sido bastante á quitarle la vida, segun el conocimiento que tenia del infinito mérito que tiene Dios de ser amado; de lo terrible del infierno, que merecen los hombres por sus pecados; y lo apreciable de gloria celestial, á la cual deseaba que todos llegasen.

Con este zelo lloraba, y oraba, y se mortificaba, para que los predicadores y confesores lograsen el fruto de sus apostólicas tareas, y le fue mostrado como la Sma. Virgen María tomaba bajo su proteccion

los ministros evangélicos, para que sus trabajos fuesen fructuosos; lo que sucedería, si fuesen acompañados de humildad profunda.

Tambien se dolia mucho este buen siervo del Señor de los trabajos corporales de sus proximos, y bien lo esperimentó una muger, que estando para espirar, con recios dolores de parto, por sus oraciones fue libre, y tuvo feliz alumbramiento. Padeciendo tambien Mallorca una vez una general hambre, el Siervo de Dios no sosegó, hasta que el Señor le dijo, que no le faltaria lo necesario, como sucedió, viniendo trigo suficiente de reinos estraños para poderse mantener.

Es el ejemplo de la vida bien elocuente predicador, y con él y con sus santas conversaciones se vieron muchas y maravillosas conversiones, como la del Dr. Don Bartolomé Balperga, que venido á visitar al Hermano, bien lleno de esperanzas de haber de ser algo en el mundo; de su conversacion salió tan trocado, que tomando el hábito en la Cartuja de Jesus de Mallorca, allí murió en opinion de santidad, dejando escrito que debia su conversion á la conversacion del Hermano Alonso. Por sus consejos tambien entraron otros muchos en religiones diversas, y cuantos entraron en la Compañia en el Colegio de Mallorca, que fueron muchos, siendo él Portero, todos comunicaron con él su vocacion, debiéndole la Compañia al bendito hermano el venerable mártir de Cristo en el nuevo mundo, ó sea el P. Juan de Moranta, insigne Panegirista del Beato Alonso.

No es ciertamente argumento infalible de santidad el don de hacer milagros ó de profecia; con todo eso, cuando á él se acompañan las virtudes heroicas, no queda razon de dudarse de ella. Todo concurrió en nuestro Beato Alonso, y dejando otros casos, que pudieran servir de prueba, referiré el siguiente y no mas. Estaba en una ocasion todo el colegio de Mallorca contristado, por la nueva, aunque falsa, de que el P. Provincial habia sido cautivado de los moros: todos los PP. y Hermanos del colegio estaban en sumo desconsuelo; y solo el Hermano Alonso estaba con semblante alegre; lo que viendo el P. Rector, le dijo; que es esto, hermano, ¿todos estamos tristes, y solo mi Hermano alegre? ¿es esto de poca monta para no sentirlo? De ninguna, respondió el Hermano Alonso, que el P. Provincial está ya en Barcelona, sano y salvo con todos sus compañeros: han tenido el viaje de ángeles, y nuestra Señora gobernaba el timon; y poco despues se supo por cartas la verdad de esta profecia.

Cuanto al don de milagros, en vida y en muerte obró muchos el Señor por su siervo, y por su venerable cadáver. Entré otros, estando en casa de Mateo Mas, vecino de Mallorca, una silla, en que solia sentarse el venerable hermano, en circunstancias de ir allí con un padre á visitar un enfermo; viendose la nuera de dicho Mas, preñada, y con mucho temor por lo que sufría en los partos, le vino al

pensamiento, que sentándose en aquella silla, á tiempo de los dolores, tendria feliz alumbramiento; como lo pensó, lo hizo y sucedió, como habia imaginado; porque llegando los dolores del parto se sentó en la silla, y al punto, con gran facilidad dió á luz una criatura. Divulgado el caso, y confirmado con repetidas esperiencias, sintiendo alivio todas las que se veian en aprieto al tiempo del parto, la dicha silla andaba, y aun creo que vaya de casa en casa con continuadas maravillas.

Un caballero llamado D. Juan Vivót, desauiciado de los médicos, por una herida en el pecho de un pistoletazo, visitándolo el venerable hermano, y alcanzando de él que le tocase la herida, al mismo punto se alivio y en poco tiempo alcanzó total salud.

El P. Juan de Torres de nuestra compañía, aseguraba con juramento, que hallandose tan falto de fuerzas que no podia seguir la comunidad, se las alcanzó el hermano Alonso con sus oraciones; y así mismo otra vez, pocos dias antes de una cuaresma, en que debia predicar, habiendo sido asaltado de recia calentura con fuerte dolor de cabeza, sabiendo el hermano Alonso el peligro, hizo oracion por él y en el mismo punto se adormeció dulcemente, y despertando de él se halló contra el curso de la calentura, sin que le quedase señal de ella, ni del dolor de cabeza; con lo cual el mismo dia se levantó y dijo misa, con admiracion del médico de tan repentina sanidad. Se dejan de referir por no alargarnos diversos otros milagros, y sirvan los dichos para alentar nuestra confianza en nuestras necesidades. Nos remitimos tambien á la vida mas estendida, que de este beato hermano Alonso escribió el P. Colín de la compañía; en orden á los muchos favores que recibió de nuestro Señor Jesucristo, de su purísima madre la Virgen María, de nuestro P. San Ignacio, y de otros santos; y digamos de sus últimas enfermedades, de su santa muerte, de sus exequias y de algunos milagros despues de su muerte.

Entre dulzuras y penas, regalos y desconsuelos habia pasado Alonso desde el año de 1610 hasta el de 1616; y ya tocaba el término de su peregrinacion, que fué en el año 1617; cuando un tropel de enfermedades juntas, dolores de estómago, de riñones, de piedra, de hijada, de piernas que no podia mover, lo redujeron á la cama, y todos los llevaba con paciencia invencible. Ni dejó el cruel enemigo de las almas de procurar tambien con todas sus fuerzas de derribarle; afligiéndose el bendito Hermano, no tanto por su padecer, quanto por el temor de faltar á su Dios, el que consoló al fin á su siervo, mandando á los demonios que lo dejasen.

La falta de memoria tambien fue otra de las aflicciones, pues ni se acordaba de sus oraciones, aun las mas usuales. El Señor lo queria mártir, y así dejaba que se acrisolase; mas no olvidando de darle

la mano en lo mas apretado de su necesidad. Acudia Alonso del mejor modo que podia á los dulcísimos nombres de Jesús y de Maria, los cuales frecuentemente se le aparecian consolándolo con su presencia, y con palabras de mucha ternura y consuelo.

Cinco meses duró esta su enfermedad última, en que tres meses estuvo sin poderse mover: confesaba y comulgaba tres veces cada semana, sin que nadie le impidiese esta devocion, y ocho dias antes de su muerte recibió la Estrema-Uncion, confesándose primero; no obstante que sabia que aun viviria ocho dias. Despues de recibida la Estrema-Uncion comulgó dos veces mas, y la última que fue tres dias antes de morir, cesaron todos los dolores, y quedó su rostro con particular hermosura; y de tal modo absorto, que no parecia tuviese sentidos, sino que manteniéndose los pulsos sin decadencia, y mas bien reforzados, se juzgó que en este tiempo gozase de los consuelos que el Señor y la Sma. Virgen Maria le tenían prometidos para aquella hora. Vuelto pues de su raptó al cabo de tres dias, que se cumplieron el 30 de Octubre, con un suavísimo Jesús en la boca, y vuéltole de nuevo los dolores, todos conocieron que habia llegado la hora en que su alma bendita habia de volar á las eternas moradas; y corrida la voz por todo el Colegio de que el Beato hermano Alonso moria, todos acudieron para hallarse presentes á su dichoso tránsito, echándole al cuello y manos, rosarios, y haciéndole diversas otras demostraciones, nacidas del aprecio que hacian de su santidad.

Como una media hora estuvo lidiando con las últimas agonías, y al fin de ellas, abiertos los ojos, que habia tenido cerrados, y mirado con cariño y alegría á los circunstantes, volvióse á la devota imágen de un crucifijo que tenia en sus manos, é inclinándose para adorarla, y pronunciando en voz alta el dulcísimo nombre de Jesús, dió al mismo Jesús su Criador y Señor su dichoso espíritu, poco despues de entrado el dia 31 de Octubre de 1617 á los 86 años tres meses y cinco dias de su edad.

Quedó su rostro difunto mas hermoso y venerable que cuando vivia, y el cuerpo blando y tratable. Fué de estatura mediana, y en vejez coreobado, que parecia pequeño; enjuto de carnes, color tostado, gran calva y frente arrugada; los ojos grandes, los lagrimales encendidos y sangrientos de las continuas lágrimas; la boca pequeña, y en la vejez (sin fealdad) algo torcida; el semblante todo con una modestia tan singular, que parecia distintivo seguro de la santidad.

Habia prometido Dios al humilde hermano Alonso, que sus cenizas serian honradas: luego pues que corrió la voz de su fallecimiento, toda la ciudad se conmovió y acudió á reverenciar su cadáver, y á tocar en él cintas, rosarios y medidas, en prueba del concepto de su santidad. Las exequias no pudieron ser mas solemnes: sino que cuando pareció

que la gente estaba descuidada, se tomó el cadáver, y se le encerró en la sacristía, donde estuvo hasta la media noche, y los nuestros, puéstolo en una caja de madera, lo enterraron en una pequeña vóveda al lado del evangelio del altar, y capillá de nuestra Señora de quien el beato había sido tan favorecido.

Muchos fueron los milagros que en el día de su tránsito y entierro obró el Señor por medio del beato hermano Alonso, los que seria largo de contar; y así vuelvo á remitirme á su vida ya mencionada.

Viéndose en tanto las muchas maravillas que obraba Dios por la intercesion de este venerable hermano, acudian á la capilla, donde estaba enterrado, todo género de gentes á hacer oracion y mandar decir misas, trayendo cirios, y haciendo novenas; y ya se iban llenando las paredes de votos y tablas de milagros; por lo que deseando los devotos que se pusiese en público su retrato, Monseñor Hmo. D. Fr. Simon de Bausa, del orden de predicadores, obispo de Mallorca, tuvo á bien de conceder la licencia que se le pedia, y con ella los doctores Onofre Verí, y Gerónimo Dezcallar, canónigos de la santa iglesia de Palma en Mallorca, acompañados de diversos caballeros, devotos del hermano Alonso, pusieron su retrato al vivo en el sobredicho lugar, aun no cumplidos seis meses de su dichoso tránsito. Esta accion recibida con aplauso universal, y adelantándose con esto la devocion al venerable hermano continuaban las maravillas, siendo las mas ordinarias el feliz alumbramiento en los partos difíciles, con asentarse en la silla, de que arriba queda hecha mencion. Y no siendo la mano de Dios abreviada, podemos esperar, que en todas las partes del mundo se esperimenten iguales, y aun mayores gracias por la intercesion de este tan grande siervo de Dios.

Cuanta fuese aun viviendo la estima que hicieron de su santidad los varones mas esclarecidos de su tiempo en letras y virtudes, se verá de lo que sigue.

El P. Gerónimo Roca, de la compañía de Jesus, siendo provincial de la provincia de Aragon de la misma compañía, llegó á decir, que habia hallado en su provincia (hablando del hermano Alonso) un religioso á quien favorecia Dios tanto como á un San Francisco de Asis.

El P. Antonio Ibanez, tambien provincial de la dicha provincia, cuando el hermano Alonso entraba en su aposento, disimuladamente se levantaba, se quitaba el bocoquin, y así permanecia mientras el hermano estaba en su presencia.

El P. Lorenzo San Juan, varon apostólico, cuando estuvo de Visitador en Mallorca, se llevó consigo á la visita al hermano Alonso, para que santificase, decia, con su presencia los otros colegios.

El P. Ricó, varon ilustrado, guardaba, aun en vida del hermano Alonso, por reliquia una carta suya.

Los religiosos de la compañía de Aragon estaban comunmente deseosos de pasar á Mallorca solo por conocer á este venerable hermano, y los que lo trataron y conocieron procuraban con toda diligencia recoger por reliquias sus cabellos, su ropa, sus escritos y otras cosas: lo consultaban en sus dudas, y pedian su favor en sus trabajos; y la principal prevencion de los Predicadores, en sus misiones y cuaremas, era pedir al hermano Alonso sus oraciones.

El P. Francisco Colin, que escribió su vida, y lo conoció y trató mucho, dos cosas dice, que preguntó á muchos de los que lo habian conocido; esto es, si sabian que alguno hubiese notado en el hermano Alonso alguna imperfeccion, ó hacer alguna accion particular, que en aquellas circunstancias de tiempo y cosas, se pudiese hacer con circunspeccion mas religiosa; y que todos unánimes, respondieron que no.

Tambien en otras Religiones fué muy grande el concepto de santidad de nuestro venerable hermano.

D. Vicente Mas, Prior de la Cartuja de Mallorca, el P. Mtro. Fr. Antonio Creus, del orden de Predicadores, varon tenido en vida y en muerte por santo, el P. Fr. Rafael Sierra, del orden de S. Francisco, y provincial que fué, y no menos santo que el P. Creus.

El Señor Patriarca D. Juan de Ribera, Arzobispo de Valencia, elevado no hace muchos años al honor de los altares, como Beato por la santidad del papa Pio Sexto; los Vireyes que alcanzó en su tiempo, y la Vireína Doña Juana Parde, etc. etc. lo veneraron grandemente, y se encomendaban á él como á santo; y asimismo los Señores de Gandía, Frias, y Feria y otras señoras le escribian desde Madrid, encomendándole especialmente sus hijos y familia; y en una palabra, cuantos le conocieron hicieron la mayor estima de su santidad.

Ultimamente, nuestro Santo P. Urbano VIII, informado de las muchas virtudes y milagros que Dios obraba por medio del venerable hermano Alonso, deseoso de ponerlo en el catálogo de los Santos, espidió en la forma acostumbrada el decreto en orden á su Beatificacion, que fue recibido en Mallorca y Segovia con muchas fiestas y regocijos.

El año de 1627 el Papa Clemente X. aprobó sus virtudes en grado heroico. Y finalmente el 12 de Junio de este presente año de 1825 lo declaró Beato la santidad de nuestro Señor Leon XII. que actualmente reina, y reine muchos años.

DIA XIII.

San Fandila, Presbítero y Mártir.

SAN Fandila nació en Acci, ciudad episcopal fundada en el sitio que llaman Guadix el Viejo, distante poco mas de una legua de la actual ciudad de Guadix, al oriente y no lejos del rio Fardes. Sus padres que eran cristianos y temerosos de Dios, deseando que se perfeccionase en las letras, lo enviaron á Córdoba, cuyas escuelas gozaban entonces de grande reputacion. Empleó en los estudios aquella parte de edad que por lo regular gastan los jóvenes en diversiones y en pasatiempos; pero como á los conocimientos de la verdadera sabiduria, que se fundan sobre el sólido principio del santo temor de Dios, son consiguientes los deseos de aspirar á la virtud, quiso Fandila adquirirla por medio del estado mas perfecto, que es el religioso. Agradábase mucho la santa conversacion de los monges; pareciale muy bien sus arregladas costumbres, y enamorado de aquel género de vida, resolvió abrazarla para conservar su inocencia, retirado totalmente de los peligros del siglo. Reconoció los monasterios de Córdoba, y eligió entre todos el Tabanense, célebre entonces por el fervor de su observancia religiosa, y por el grande número de individuos que florecian en él con el mas alto concepto de santidad. Constituido en el claustro, no es fácil esplicar los grandes progresos que hizo el ilustre jóven en poco tiempo bajo la enseñanza del abad Martin, uno de los varones mas esclarecidos de su época; de forma que portándose el mas humilde, el mas obediente, el mas exacto, y el mas mortificado de todos los individuos de aquella comunidad, le miraban desde luego los monges como el modelo mas cabal de la perfeccion religiosa.

Esparsióse la fama de la eminente virtud de Fandila por todos los monasterios del territorio de Córdoba, y deseando los monges del de S. Salvador, fundado por los padres de Santa Pomposa, al norte de Córdoba, al pié de Peñamelaria ó Peña de la miel, gozar del sabio y del prudente gobierno de un hombre tan celebrado, hicieron varias instancias á los del Tabanense para que les concediesen por padre á Fandila. Sintió éste en el alma semejante solicitud; pero aunque procuró escusarse por cuantos medios le dictó su profunda humildad, se vió precisado á encargarse del empleo de abad del espresado monasterio, sacrificando la repugnancia que tenia de mandar, al beneficio comun que pudiera resultar de su gobierno.

La nueva dignidad solo sirvió para que brillasen mas sus virtudes, puesto en mas eminente candelero. Su fervor y su ejemplo mas que sus sabias exhortaciones eran las lecciones con que alentaba á sus súbditos á que aspirasen á la cumbre de la perfeccion á que eran llamados; y supo gobernarles con tanto zelo, con tanta prudencia, y con tanta santidad, que se conoció desde luego quanto puede la virtud cuando los empleos la dan ocasion para manifestarse.

Vivia el insigne abad tan distraido de las cosas de la tierra, y tan engolfado en las del cielo, que suspiraba continuamente como otro Pablo por verse libre de los vínculos carnales para unirse con Cristo. Habia mucho tiempo que deseaba con vivas ansias presentarse á derramar su sangre en defensa de la fe para alentar con su ejemplo á los cristianos, que intimidados con el decreto que obtuvo Mahomet de los obispos, se hallaban en inaccion de aquellos hechos heróicos que ennoblecieron el valor de los profesores de nuestra santa religion en los gloriosos combates contra los enemigos de ella; y animado de este impulso, bajó á Córdoba, y presentándose ante el tribunal del Juez árabe, comenzó á predicar las infalibles verdades del evangelio, exhortando con maravilloso brio á todos los oyentes á que desistiesen de los enormes delirios, y de las ridículas necedades que prescribió en su ley el falso profeta Mahoma. Quedó sorprendido el juez á vista de una accion tan inesperada, y graduándola por medio de los mayores atentados, mandó poner á Fandila entre los malhechores en un oscuro calabozo cargado de pesadas cadenas. Hizo el juez relacion al rey Mahomet del extraño suceso, y reflexionando el bárbaro príncipe que era Fandila el primero que se habia atrevido á quebrantar sus decretos, mandó prender al obispo que entonces gobernaba la iglesia de Córdoba, queriendo vengar en el pastor el agravio del súbdito. Mas como el obispo huyendo hubiese escapado de su furor, mandó el rey decapitar á Fandila inmediatamente, y que ejecutado el castigo, pusiesen su cadáver á vista de la ciudad, para que sirviese de escarmiento á los cristianos que se atreviesen á seguir su ejemplo. Fueron ejecutadas sus órdenes en el dia 13 de Junio del año 853, y desde aquel punto se celebró la memoria del ilustre mártir en Córdoba. Quiso tambien la ciudad de Guadix acreditar su estimacion para con aquel que miraba como honor inmortal de su patria, bajo cuyo supuesto estableció en ella su festividad el ilustrísimo obispo D. Juan de Fonseca á instancias de D. Diego de la Cruz y Savedra, á la que por voto asiste la ciudad, donde se erigió en honor del Santo una ilustre cofradía, que aprobó D. Juan de Cobarrubias, prelado que fué de la misma iglesia.

DIA XIV.

**Los santos Anastasio, presbítero; Felix, monge;
y Digna, virgen.**

Mucho ánimo puso en los pechos de los cristianos de Córdoba el ejemplo del santo monge Fandila que, como dejamos dicho en el día de ayer, en la persecucion del cruel Mahomet vindicando la honra de la religion ultrajada, dió la vida por Jesucristo. Al día siguiente salieron tres ilustres campeones á seguirle en la gloria del triunfo.

El primero de estos fué *Anastasio*, natural de la misma ciudad de Córdoba, el cual se habia educado desde sus primeros años en laudables costumbres, é instruido en las ciencias en la iglesia de S. Acisclo, bajo la enseñanza de los sabios maestros destinados en aquella escuela á enseñar á los niños y jóvenes cristianos las letras y las virtudes. Abrazó el estado eclesiástico con el designio de dedicarse enteramente al servicio del Señor; y habiendo ascendido por sus méritos personales al orden sacro de diácono, se portó en las funciones de su ministerio, y en todo el resto de su conducta con tanta edificacion, con tanta prudencia, y con tanta caridad, que se concilió el amor y la veneracion de todos los fieles. Creció su fervor con el nuevo carácter, y pareciéndole que separado de los tumultos del siglo, podría aspirar á la cumbre de la perfeccion que era lo que deseaba, se retiró al desierto no con otro fin que el de gozar con quietud las dulzuras que disfrutaban las almas en la contemplacion de las grandezas divinas. Vivía Anastasio en el yermo con un perpetuo olvido de las cosas de la tierra, pero le duró muy poco su gozo, porque le arrancaron de su amada soledad los cristianos, para que se ordenase de sacerdote, á fin de que atendiese á la urgente necesidad en que se hallaba la iglesia de Córdoba, necesitada en aquella infeliz época de operarios de su eminente virtud, y de su ardoroso zelo.

Sintió Anastasio en el alma aquella determinacion, mas conociendo que en ella se interesaba nada menos que la utilidad comun de la Iglesia, se sujetó á la voluntad de Dios que así lo disponia. Elevado al sacerdocio, satisfizo todos los deseos de los cristianos; pues no teniendo ocioso el ministerio que habia recibido, trabajaba sin cesar en la salvacion de las almas, ocupándose con una vigilancia infatigable en sostener á los flacos, en esforzar á los débiles, y en mantener á los fuertes constantes en defender la fé á costa de su sangre; pero como estaba habituado á los consuelos que habia disfrutado en el desierto, todos sus deseos y todas sus ansias eran por su amada soledad, para

dedicarse á la oracion que era el fuerte de sus atenciones: persuadiéndose con fundada razon, que no le dejarian los fieles retirarse, siéndoles tan necesaria su presencia, y encendido en vivísimos deseos de unirse con el Señor por camino mas breve, como lo era el del martirio, se presentó al consejo de los magistrados agarenos, y haciendo una pública confesion de su fe, declamó con fervorosa elocuencia contra los clásicos errores, y contra las ridículas patrañas del Alcoran de Mahoma. No pudieron los jueces sufrir aquel insulto mucho tiempo, y graduándole por uno de los mas enormes atentados que podian cometerse por los profesores de la religion cristiana, mandaron decapitarlo inmediatamente, con orden de poner en un palo el cadáver á vista de la ciudad, inmediato al de S. Fandila, para que sirviese de público escarmiento; todo lo cual se ejecutó en el día 14 de junio del año 853.

En el mismo dia dió igual prueba de su valor otro esforzado militar de Jesucristo, llamado FELIX, natural de Alcalá de Henares, que se retiró de su patria á las montañas de Asturias con el noble objeto de instruirse en los misterios de nuestra santa fe, y en otros científicos conocimientos; puesto que en aquel pais vivian los cristianos con mas libertad que no en Castilla ocupada por los moros. Abrazó allí el estado religioso, é hizo grandes progresos en la virtud; pero como sus deseos no eran otros que testificar con su sangre las infalibles verdades del santo evangelio, se dirigió á Córdoba con este fin, y se estableció en el monasterio de San Justo y Pastor, ilustres mártires de Alcalá, donde quiso disponerse para el combate con los enemigos de la fe por medio de fervorosas oraciones, de rigorosos ayunos, y de asombrosas penitencias. Pasó algun tiempo con este tenor de vida, siendo la admiracion de aquella casa religiosa, sita en el interior de las montañas de Córdoba; mas no pudiendo resistirse á las fuertes violencias que sentia en su corazon sobre no diferir el cumplimiento de sus deseos, bajó á la ciudad, y se presentó en el palacio de Mahomet, á la sazón que salia el bárbaro acompañado de una numerosa comitiva. Hízole ver con valeroso espíritu la inhumanidad y la injusticia con que trataba él y sus ministros á los inocentes fieles, no por otra causa que la de no obedecer sus impíos decretos contrarios á los de Dios, que seguian los cristianos fielmente, ansiosos de sacar á los moros de los enormes errores que prescribió en su ley Mahoma, indigno del nombre de profeta, llevando por ellos á innumerables gentes por el camino de la perdicion. Quedó sorprendido el rey á vista de aquella inesperada novedad, y arrebatado de un furor extraordinario, dió orden á sus ministros para que degollasen á Felix sin dilacion, y que clavasen su cuerpo en un leño, en la misma disposicion que estaban los de S. Fandila y San Anastasio.

Iba ya declinando el día 14, y hallándose cansados los jueces árabes de los combates que tuvieron con los cristianos, no lo estaban estos para ofrecerse al sacrificio. Así lo hizo con un valor excesivo á la fragilidad de su sexo una ilustre doncella, llamada DIGNA, religiosa del monasterio Tabanense, del que era superiora la venerable Isabel, mujer del mártir Jeremías, fundadores de aquella célebre casa, que fué un seminario de Santos. Vivía Digna tan abrasada en las llamas del amor divino, y tan regalada de su amado esposo, que para darle una prueba nada equívoca de su agradecimiento, deseaba ocasion oportuna de ofrecerle su vida en sacrificio. Engolfada en tan nobles pensamientos, estando recogida cierta noche vió en sueños á una hermosa virgen rodeada de gloriosos resplandores, que traía en las manos un primoroso ramillete: preguntóla Digna quien era, y le respondió: *Yo soy Agueda, que en los siglos padecí grandes tormentos por amor de Jesucristo, y ahora vengo á repartir contigo las flores que traigo en las manos;* y poniendo una rosa en las de Digna desapareció inmediatamente.

Dispertó la ilustre virgen llena de extraordinaria alegría, y teniendo la vision por un aviso del combate para que era llamada, á fin de que diese pruebas de su fe y de su cristiana fortaleza, habiendo entendido que en aquel mismo día lograron la dicha que deseaban San Anastasio y San Felix, valiéndose de la oportunidad que le ofreció el corto descanso que tenían las religiosas por la siesta, abrió con mucho silencio las puertas del monasterio, y bajó de la Sierra á Córdoba con tanta aceleracion, que caminando casi dos leguas de distancia, llegó á la ciudad á tiempo que pudo presentarse á los jueces agarenos. Hablóles con aquel valor que es propio de los héroas del cristianismo, y reprendió varonilmente los injustos procedimientos contra los inocentes mártires que acababan de sacrificar, sin mas motivo que el de ser obedientes á la ley santa de Dios, y el de impugnar los crasos errores del falso profeta Mahoma. En fin, hizo sobre esto tantas y tan conducentes reflexiones, que no pudiendo sufrir los magistrados el verse confundidos por una delicada doncella, para evitar que cautivase con sus elocuentes discursos á los que la oyesen, la sentenciaron á muerte, con la prevencion de que ejecutado el castigo, se hiciese lo mismo con su cuerpo que con los de Fandila, Anastasio y Felix; pero no satisfechos los bárbaros con semejantes castigos, á pocos dias despues arrojaron los venerables cadáveres á una ardiente hoguera, y habiéndolos consumido el fuego echaron las cenizas al río Guadalquivir, con el perverso designio de que no pudieran los cristianos tributarles la veneracion correspondiente.

Al otro dia que fueron martirizados estos santos, padeció por la misma causa Santa Benilde, de la cual hablaremos mañana.

DIA XV.

Santa Benilde, mártir de Córdoba.

EL siguiente dia al martirio de los santos Anastasio, Felix y Digna, mas irritados los moros con la constancia de los cristianos que hartos de derramar su sangre, cebaron tambien su sed en la venerable persona de Benilde, mujer de muy santa vida, avanzada en edad y natural de Córdoba. No la conocia S. Eulogio hasta que la vió seguir el camino de los pasados, saliendo en público á confesar á Jesucristo. Presentose en el tribunal, y dirigiendo la palabra á los jueces: «Desdichados, les dijo, habeis dado la muerte á los que os pretendian desengañar. Ahora vengo yo á haceros caer en la cuenta de vuestro yerro, y á aconsejaros que volvais sobre vosotros, y conozeais que Jesucristo es verdadero Dios, que vive y reina en asiento de majestad y gloria, igual al Padre y al Espiritu Santo. Vuestro profeta fué un solemne embustero, maldito de Dios, bestia carnal, tizon del infierno.» No pudieron ellos sufrir esta confesion de la verdad, y al punto mandaron que Benilde fuese degollada. Ejecutóse esta sentencia el año 855 á 15 de junio en que celebra su fiesta la santa iglesia de Córdoba. Su cuerpo fué puesto como los otros en un palo á vista de la ciudad. Pocos dias despues fueron quemados todos juntos en una hoguera, y sus cenizas arrojadas en el rio Guadalquivir porque no las venerasen los cristianos.

DIA XV.

San Pedro, llamado compadre.

EN este dia se celebra en Oviedo, capial de Asturias, la memoria de S. Pedro, llamado por sobrenombre Compadre, por ser esta la expresion con que acostumbraba llamar frecuentemente á cuantos trataba; de quien nos dicen varios escritores, que fué uno de aquellos ilustres hijos de S. Francisco que envió el santo patriarca desde Italia á España, para que dilatase su instituto bajo el conocimiento de su eminente virtud. Llegó el célebre minorita á Oviedo, y en cumplimiento de su comision fundó por los años 1214 un convento en

aquella ciudad segun el espíritu de la seráfica regla. No nos constan las actas de su prodigiosa vida, porque la injuria de los tiempos privó á la posteridad de su noticia; pero por la grande opinion de santidad en que murió, se infieren las heroicas virtudes en que se ejercitó, por cuya razon ha continuado su culto y su veneracion entre aquellos naturales desde su feliz tránsito. Dieron sepultura al cuerpo del Santo en la parte interior de la iglesia de su convento, donde se mantuvo hasta el año 1487, en el que á instancias y á espensas de D. Alfonso Balderrábano, gobernador de Asturias, se colocaron sus reliquias en el día 26 de mayo sobre la puerta principal del mismo templo; mas con motivo de amenazar ruina la pared en que estaba, se trasladaron segunda vez á lugar mas decente por el guardian Fr. Luis de Quirós con asistencia de D. Luis Carrillo de Mendoza, gobernador de Asturias, de los nobles, y de las personas principales del principado, que concurrieron á solemnizar aquel acto; entre los que se distribuyeron algunos tantos de sus venerables huesos, siendo no pocos los milagros que se ha dignado el Señor obrar por la intercesion de su siervo.

DIA XVII.

**Santa Teresa, mujer del Rey D. Alfonso IX de Leon,
y santa Sancha, Virgen.**

LA Santa reina D.^a Teresa, mujer de D. Alfonso IX de Leon, y Sta. Sancha, á quienes con el titulo de Santas Reinas se les tributa en Portugal el mas solemne culto, fueron hijas del rey D. Sancho I, rey de Portugal, y de D.^a Dulce, la hija de D. Ramon Berenguer, conde de Barcelona, y de D.^a Petronila, reina de Aragon; eran ambos muy recomendables por su singular piedad, por la que les concedió el Señor entre otros hijos á las dichas infantas, que con sus heroicas virtudes y sus laudables acciones añadieron mucho honor á su grandeza.

Tuvieron á Teresa, la mayor en edad, antes de reinar, en vida aun de D. Alfonso, primer rey de Portugal, padre de D. Sancho. A las prendas naturales de que nuestro Señor la dotó con larga mano, hacian gran ventaja los dones de la gracia que se traslucian en todas sus obras. Desde muy niña se dejó ver en el mundo con un corazon recto y generoso; con un entendimiento sólido y perspicaz, y con una inclinacion como natural á la virtud; y reuniendo á estas especiales

gracias el estudio de la piedad, la frecuencia de sacramentos, la lectura espiritual, la contemplacion de las verdades eternas, y las mas ingeniosas mortificaciones para castigar su inocente cuerpo, fué su infancia un prelude de la eminente santidad á que llegó en lo sucesivo.

Y aunque las recomendables prendas de Teresa, acompañadas de un aire afable y magestuoso, arrebató todas las atenciones de la corte, amante siempre de la modestia, miraba con indiferencia y con desprecio todas las vanidades del mundo; no dudando que los adorados, por mas brillantes que sean, no son capaces de dar el mas minimo grado de mérito á las doncellas cristianas. De suerte que aun cuando se presentaba en palacio con preciosos vestidos por no disgustar á sus padres, traia ceñido á la carne un áspero cilicio; con cuyo dolor contenia la mas leve complacencia, viviendo en la corte como pudiera en el retiro del claustro la mas perfecta religiosa.

Corrió la fama de la singular hermosura y de la rara virtud de Teresa por los reinos de Europa, y se declararon pretendientes de su mano muchos príncipes, juzgando cada uno que seria feliz el que lograse por esposa á una dama de tan revelantes prendas. Prefirió entre todos su padre al rey de Leon Alfonso IX, muy conocido por su gran valor, y sobre todo por la uniformidad de sentimientos con Teresa; y aunque deseaba ésta conservar inviolable su virginidad y profesar vida religiosa, como era tan obediente á las órdenes de su padre, hizo su voluntad, casándose á fines del año 1190, cuando solo contaba los trece de su edad, y su esposo los diez y nueve; sin reparar los que intervinieron en el desposorio en el impedimento de consanguinidad que habia entre ambos contrayentes, siendo Alfonso y Teresa primos carnales; en lo que pudo disculparlos el estrépito de las guerras continuas que por entonces hacian á los reyes de Leon y de Portugal los agarenos, dueños de los territorios vecinos.

El esplendor de la corona no alteró un punto la modestia, ni la devocion de Teresa, ni le sirvió el trono de otra cosa, que para que mas brillasen sus eminentes virtudes desde mas alta esfera. No alteró la mudanza del nuevo estado las costumbres de la santa reina, pues viviendo en Leon conforme habia vivido en Portugal, nunca dió entrada en su cuarto á aquellas vanas diversiones, ni á aquella cadena de frívolos pasatiempos, en que constituyen toda su ocupacion los cortesanos. El tiempo que le sobraba al cumplimiento de sus obligaciones, le empleaba parte orando, parte leyendo en libros espirituales, y parte en sus habituales devociones; de suerte que por la justificacion de su conducta, llegó Teresa á ser el objeto de la admiracion y de los mas altos elogios de toda la corte de Leon; pero cuando ambos esposos vivian con la mayor tranquilidad, con los tres frutos de bendiccion que les concedió el cielo, á saber, D.^a Sancha, D. Fernan-

do y D.^a Dulce, quiso el Señor, que hasta entonces habia colmado de prosperidades á la santa reina, darla parte de su cruz, para que viese el mundo que su eminente virtud era superior á todas las desgracias.

Ocurrieron en Portugal por aquel tiempo sobre las continuas guerras de los moros, repetidísimas plagas, que pusieron el reino en la mayor consternacion; y reflexionando los naturales sobre la causa motiva de semejantes azotes, todos se persuadieron que no podia ser otra que el desprecio hecho al vicario de Jesucristo, á quien no se pidió dispensa del impedimento de consanguinidad para desposarse Teresa. Bajo este concepto enviaron á Roma personas condecoradas, para que espusiesen al papa Celestino III todo lo ocurrido en el matrimonio de la santa reina. Consultó el papa el asunto con el sacro colegio de cardenales, y todos fueron de sentir, que se remitiese á España un legado á *littere*, que convocase un concilio, en el que oidas las partes se procediese conforme á lo que tenian dispuesto los sagrados cánones en semejante materia. Congregó en efecto el legado un sínodo provincial en Salamanca, al que concurrieron todos los obispos de Leon y de Portugal; y habiéndose disputado altamente entre los procuradores del rey D. Alfonso y los que sostenian la parte del derecho canónico, se declaró nulo el matrimonio; pero sin culpa de los contrayentes, puesto que lo celebraron de buena fé, sin tener consideracion al impedimento de consanguinidad que habia entre ambos.

Notificóse la sentencia ó determinacion del concilio á Teresa; y superando su piedad para con Dios, y su reverencia para con el vicario de Jesucristo, á la inesplicable pena que concibió su corazon al verse en la precision de separarse de su fidelísimo esposo y de sus tres amados hijos, resolvió seriamente dejar el mundo y poner en práctica aquellos primeros deseos que en sus juveniles años tuvo de consagrarse á Dios.

Habia dejado Sancho I por su disposicion testamentaria á sus cinco hijas Teresa, Sancha, Mafalda, Blanca y Berenguela varios pueblos y posesiones, para que se mantuviesen con la decencia debida á su alto nacimiento. Sucedióle en el reino de Portugal su hijo Alfonso II, quien juró en manos del obispo de Coimbra cumplir en un todo la voluntad de su padre; pero estimulado de una insaciable codicia, intentó despojar á sus hermanas de sus respectivas herencias. Valióse para ello de diferentes medios artificiosos contra el decoro de soberano; y como estos no produjeron el deseado efecto, recurrió al poder de las armas, faltando á la religion del juramento. Defendiéronse valerosamente las infantas; mas conociendo Teresa, la mayor de todas, que no podian resistir á las superiores fuerzas del avaro rey, recurrió á nombre de todas al sumo pontífice Inocencio III, rogándole, que

se dignase interponer su mediación para con su hermano, á fin de que no se derramase la sangre de los vasallos inocentes por tan injusto motivo; y conolido su Santidad de la afliccion que padecian las infantas, contiuvo con sus conminaciones la guerra que les hacia injustamente Alfonso.

Conseguida la paz por la mediacion del vicario de Jesucristo y la entrada de D. Sancho II en la corona de Portugal, viéndose Teresa libre de cuanto podia aprisionar su corazon en la tierra, se dedicó desde aquel instante al servicio de Dios y á propagar por aquellas tierras la vida monástica. Habia cerca de Coimbra un monasterio del orden de S. Benito, llamado Lorvaon ó Lorbaño, en un valle cercado de montes; muy proporcionado para el retiro espiritual. Agradó aquel sitio á la santa reina, que concibió grandes deseos de vivir en él con algunas ilustres vírgenes, que se ofrecieron voluntariamente á seguir sus designios; pero restaba la dificultad de remover á los monges de aquella casa, que sentian dejarla por haber sido célebre en toda la region así por su antigüedad, como por la veneracion que se merecian; mas rendidos á los humildes ruegos de la santa reina, que les proporcionó otro lugar mas cómodo, comenzó á edificar un magnifico monasterio capaz de contener gran número de religiosas, al cual despues dotó con grandeza, é intituló de santa Maria de Lorvaon.

Entre tanto amenazó á Leon una sangrienta guerra. Habia señalado el rey Alfonso IX herederas del reino á sus dos hijas Doña Sancha y Doña Dulce, escluyendo al hijo San Fernando, rey de Castilla, habido en la segunda mujer Doña Berenguela. Por las infantas se declararon los señores de Leon que no venian bien en sujetarse á Castilla. San Fernando tenia derecho y mas fuerzas. Para evitar los desastres de la guerra, determinaron arreglar este negocio nuestra Santa y Doña Berenguela, que al efecto habia pasado ya á Leon con su corte. Viéronse, y con el amor de la paz que animaba á ambas reinas, se convinieron en que San Fernando se quedase con los reinos de Castilla y Leon, y á las infantas dotaron competentemente á satisfaccion de todos. Hizose esta concordia entre los hermanos á fines del año 1251 con aprobacion de Gregorio IX.

Florécia por entonces en Portugal la reforma del Cister en el primitivo fervor; y agradando á Teresa tan célebre instituto, quiso que se siguiese en su monasterio. Obtuvo facultad del sumo pontífice para llevar á él las religiosas mas perfectas que hubiese entre las cistercienses; y habiéndolas buscado con esquisita diligencia, entró con ellas en aquella nueva casa del Señor con su hermana Blanca, y con otras doncellas nobilísimas, á entablar un género de vida en todo conforme al espíritu del insigne fundador. Causó á todos admiracion ver el despojo que hizo la santa reina de todo cuanto podia oler á

soberanía; y portándose desde el instante que puso sus pies en el claustro como la religiosa mas pobre y mas humilde, todo su pensamiento y toda su ocupacion en adelante fué dar todo el lleno á la alta idea de perfeccion á que era llamada. No parecia posible humildad mas profunda ni mas sincera, obediencia mas exacta ni mas sencilla; y aunque todas las monjas estaban igualmente confundidas que mortificadas, al ver una persona tan grande en los oficios mas bajos de la comunidad, era preciso condescender con su abatimiento. Lo que sobre todo la hizo mas amable, fué aquella ardiente caridad con que atendía á socorrer á sus súbditas, y con especialidad á las enfermas, á las que visitaba, consolaba y asistía, dándolas por sus propias manos el alimento y las medicinas; esmerándose tanto para con las moribundas, que no se negaba hasta que se les suministraban los últimos sacramentos con los demás auxilios espirituales, para que espirasen con santas disposiciones.

Aunque la vida de Teresa habia sido antes de religiosa austera y penitente, desde que abrazó este estado redobló sus rigores, si bien para dar ejemplo á sus hermanas, mas para sujetar la carne al imperio de la razon, con cuya mira trataba á su cuerpo con escesiva crueldad. Cuando le faltaban en la mano fuerzas para disciplinarse por sí, mandaba á sus súbditas con precepto espreso, que la azotasen hasta derramar sangre; por lo cual caía muchas veces desmayada entre las que la castigaban por obediencia. Además de esto traía siempre ceñido á la carne un áspero cilicio, y para mayor mortificacion domaba el apetito con una hambre y con una sed suma. Todos los viernes, concluidos los oficios divinos, se encerraba en su celda á pedir al Señor deshecha en lágrimas perdon de sus culpas; y teniendo en las manos un Crucifijo, aplicaba su boca á las llagas de nuestro Redentor con tanta adhesion, como que deseaba sacar de ellas la preciosa sangre con que lavar sus manchas. Su sueño era brevísimo, porque como estaba acostumbrada la mente á las dulzuras de la mas alta contemplacion, no permitia al cuerpo mucho descanso; esta era la causa de que su oracion fuese casi continua, dejándose ver no pocas veces en este santo ejercicio arrebatada en el aire con un rostro sereno, despidiendo de él rayos de luz encendidos; indicios todos del ardiente fuego de amor divino en que se hallaba abrasada. Abstúvose de la oracion en público, porque llegó á entender aquellos síntomas que tanto sentía su profunda humildad; pero como el Señor queria hacer á todos notoria la santidad de su amada sierva, manifestaba los mismos indicios en los lugares mas secretos, á pesar de las industrias de que se valia para ocultarlos.

Doña Sancha, su santa hermana, brillaba al mismo tiempo que la reina Santa Teresa, siendo el objeto de los mas altos elogios de todo

el reino de Portugal por la santidad de su conducta. Nació esta infanta casi con las mismas disposiciones de naturaleza y de gracia que Teresa, puesto que el Señor las había elegido para unos mismos destinos. Adelantóse en ella la devoción á los años, y la prudencia á la edad en que por lo regular se despierta el uso de la razón; y acompañadas estas singulares gracias con una índole apacible, con una modestia singular, con una docilidad incomparable, y con una propensión como natural á todo lo bueno, se conoció desde luego que no necesitaba la ilustre niña de muchas instrucciones para caminar arreglada por las sendas de la virtud. En efecto, desde sus mas tiernos años distribuyó el tiempo, y aun las horas, en oración, en la lectura espiritual y en obras de piedad; lo que observó con tanta exactitud, que ni aun las muchas enfermedades que padeció la dispensaron de estos santos ejercicios.

Dejóla su padre Sancho I por herencia el pueblo y castillo de Alenquer, sitio fuerte, saludable, fértil, ameno y abundante de toda clase de frutos; y habiéndose retirado Sancho á él con su familia, entabló un género de vida verdaderamente religiosa, haciendo que en la capilla de su palacio la acompañasen sus damas en los santos ejercicios de devoción, de frecuencia de sacramentos, y de alabanzas á Dios, trayendo bajo de sus vestidos un cruel cilicio con que crucificaba su inocente cuerpo, sin tener otro descanso que el de un corto tiempo que se reclinaba sobre la tierra, teniendo un leño por cabeceira. Todos estos actos no impedían empero el que la infanta atendiese á las obligaciones que tenía sobre sí, antes bien sabia conciliar con discreción los oficios privados con los públicos de su cargo. En palacio oraba, velaba y trabajaba con su familia, y fuera de él daba á sus vasallos, como señora de ellos, las mas arregladas providencias; pero sobre todo en lo que mas brilló Sancho fué en la ardiente caridad para con los pobres, especialmente para con aquellos que ó por imposibilidad, ó por rubor, no podían participar de sus limosnas, teniendo destinadas personas de conocida piedad, á fin de que inquiriesen con escrupulosa diligencia los vergonzantes, las viudas y los huérfanos que necesitaban de sus socorros. Además de esto daba de comer todos los viernes del año á doce pobres mujeres, á quienes lavaba los pies con un profundo respeto, despidiéndolas con vestidos nuevos.

Envió por aquel tiempo S. Francisco á sus hijos Zacarias y á Gualtero con otros ilustres minoritas para que ampliasen su instituto en España: entraron éstos en Portugal, y habiendo hecho presente al rey Alfonso y á su muger Urraca el fin de su venida, como les constaba la caridad de Sancho, los remitieron á ella, rogándola que contribuyese al designio del seráfico patriarca. La infanta, que en tratán-

dose de obras de piedad no necesitaba de recomendacion, recibió benignamente á los menores. Por su trato, por su pobreza y por su humildad conoció muy en breve que eran verdaderos discipulos de aquel portentoso padre cuya fama de santidad volaba por toda Europa; y creyendo que haria al Señor un gran servicio en cooperar al establecimiento de una religion que tenia por objeto la salvacion de las almas, les dió por de pronto la capilla de Sta. Catalina, para que fundasen un hospicio, sin perjuicio de contribuir en adelante á mayores progresos. Supo este rasgo de piedad Fr. Suero, hijo de Sto. Domingo, enviado á España para el mismo fin que los franciscanos, y presentándose á Sancha, erigió á sus espensas un convento del orden de Predicadores; de suerte que á la piedad de la santa infanta se debieron los primeros establecimientos de ambos órdenes en el reino de Portugal.

Recibia Sancha frecuentes cartas de su hermana Teresa, en las que le manifestaba la tranquilidad del ánimo y la paz del corazon que disfrutaba en su monasterio de Lorvaon; y encendida en vivisimos deseos de seguir los pasos de su ilustre heroína, resolvió fundar otro monasterio no distante del de su hermana Teresa para dedicarse en él esclusivamente al servicio del Señor; pero antes quiso ceder su palacio á los religiosos de S. Francisco, labrándoles un magnífico convento con retencion del hospicio de Sta. Catalina, á fin de que se conservase la memoria del primer establecimiento del orden seráfico en Portugal. Hecha una accion tan generosa, capaz por si sola de eternizar su memoria, pasó á Coimbra á poner en ejecucion sus nobilísimas ideas; y reflexionando sobre el sitio mas adecuado para el proyecto, escogió un lugar no muy distante de la ciudad llamado de las Celdas, por las muchas que en él habia de no pocas mujeres devotas que, retiradas del mundo, profesaban la vida solitaria. Erigió allí un célebre monasterio con el título de Sta. María de las Celdas; y habiendo reunido una comunidad respetable, compuesta en gran parte de las mismas solitarias, y de otras insignes vírgenes que vivian en el castillo de Alenquer, animadas todas en unos mismos sentimientos, se ocuparon en el servicio de Dios con un perpetuo olvido de las cosas del siglo.

Mas adelante quiso ver Sancha á su hermana Teresa, cuyas heroicas virtudes tanto oia elogiar, para lo cual se condujo con algunas de sus compañeras al monasterio de Lorvaon. Quedó admirada al ver la santidad de la ilustre reina y la de sus hijas escedia sin comparacion á cuanto publicaba la fama; é informándose muy por menor del instituto del Cister, determinó que se siguiese en su monasterio de las Celdas. Admitido que fué en él, vistió la infanta el hábito cisterciense, y renovado en el acto el voto de virginidad que tenia consa-

grada á Dios desde sus mas tiernos años, hizo empeño desde luego en observar á la letra las rígidas constituciones de la reforma. Este era el documento capital que enseñaba á sus súbditas, para que aspirasen á la cumbre de la perfeccion á que eran llamadas; y como su porte iba siempre acompañado de su gran prudencia y de una suma discrecion, mientras ella se aplicaba á imitar los rigores de los mas famosos solitarios, cuyas vidas leía frecuentemente, tenia gran cuidado de que su ejemplo no sirviese para mover á sus hermanas á inmoderadas penitencias, dando bien á entender que solamente era severa consigo misma. Siempre deseosa de mortificarse, traia inseparable de su inocente carne un áspero cilicio; á cuya mortificacion añadia diariamente sangrientas disciplinas, sin dispensarse de los ejercicios, ni por la multitud de sus ocupaciones, ni por los oficios de comunidad, manifestando hasta en los mas humildes y repugnantes una suma complacencia, de suerte que á la vista de su ejemplo se alentaban las menos fervorosas á seguir los pasos de su santa fundadora, en quien solo observaban orar, meditar, contemplar, mortificar los sentidos, é inquirir los defectos con el mayor escrúpulo para confesarlos inmediatamente bañada en tiernas lágrimas.

Cayó en fin Sancha en una grave enfermedad originada del rigor de sus asombrosas penitencias; y sufriendo los agudísimos dolores del accidente con una paciencia inalterable, manifestó en la estraordinaria alegría de su semblante el ardiente deseo que tenia de disolverse de los vinculos carnales para unirse con su amado esposo. Estaban inconsolables sus hijas considerándose próximas á verse sin tal madre, y queriendo templar sus penas la ilustre infanta, las consolaba con la promesa de que las seria mas útil en la presencia de Dios. Supo Teresa el peligro en que se hallaba su hermana, y deseando asistirle en la hora de la muerte, pasó inmediatamente al monasterio de las Celdas. No pudo menos de quedar admirada al ver las disposiciones con que se preparaba Sancha á su felicísimo tránsito, el cual se verificó en el dia 13 de marzo del año 1250, teniendo al pecho la imágen de Jesucristo crucificado, entre cuyos brazos dió el último suspiro.

Quería Teresa dar sepultura al venerable cuerpo de su hermana en el monasterio de Lorvaon; pero considerando la justa resistencia que harian las religiosas de las Celdas, esperó á que éstas se fuesen á descansar, hizo secretamente el piadoso robo, y llevó el cadáver en una litera á Lorvaon, donde lo depositó en un magnífico sepulcro, que se dignó el Señor hacer célebre con repetidos prodigios; memorable entre ellos el de una luz resplandeciente que se dejó ver en él por espacio de muchas noches, indicio nada equívoco de la luz perpetua que disfrutaba en la patria celestial.

El ardiente deseo que concibió la santa reina Teresa de acompañar á su hermana cuanto antes en la vision beatífica, la estimuló á redoblar su fervor; y persuadiéndose que la consideracion de la muerte la moveria con mayor actividad á la práctica de todas las virtudes, hizo construir el sepulcro donde habia de enterrarse cerca del de Sancha, donde oraba y meditaba ansiosa de salir del destierro de esta vida. Dióse en fin por sentida la naturaleza, y fué necesario ceder á la suma debilidad á que la redujeron sus rigurosas penitencias y sus continuas vigiliass; recibió los últimos sacramentos con aquella devocion y con aquellos consuelos interiores que comunica el Señor á sus amadas esposas, y mandando á sus hermanas que cantasen el salmo de *Magnificat*, al llegar aquel versículo: *Recibió Israel*, etc. reclinando la cabeza sobre los hombros, murió tranquilamente en el dia 17 de junio de 1250. No tardó el Señor en manifestar la gloria de su fidelissima sierva con portentosas maravillas: luego que espiró, se dejó ver sobre el templo del monasterio de Lorvaon un globo de luz á manera de un sol, que se elevó sobre las nubes, como testificaron muchas personas fidedignas. Celebráronse las exequias con un aparato tan magnífico, que mas parecia triunfo que oficios funerales, y se depositó el venerable cuerpo en el mismo sepulcro que la santa reina hizo labrar en vida, junto al de su hermana, tan incorporados que parecian uno los dos, conviniendo así para denotar que las que unió la naturaleza y la virtud, no las separó la muerte.

Los muchos milagros que cada dia obraba Dios por la intercesion de las santas reinas, movieron á las personas del mas alto carácter á tratar de su beatificacion y de su canonizacion. Cuatro procesos ordinarios se formaron á este fin: el primero por el serenissimo señor infante de Portugal Enrique, cardenal de la santa Romana Iglesia, en el año 1574; el segundo por el obispo de Coimbra en el de 1575, de órden del rey D. Sebastian; el tercero en el año 1595 por Fr. Lorenzo del Espiritu Santo, dignissimo general de la reforma del Cister; y el cuarto en el de 1684 por don Benito Almeida, arcediano de Coimbra en *Sede vacante*, diputado para ello por su cabildo, en el que depusieron doscientos y cuarenta testigos sobre los milagros auténticos de las Santas. Presentáronse estas diligencias en Roma, y se despacharon por la sagrada Congregacion las correspondientes letras apostólicas, con anuencia del papa Inocencio XII, en 17 de setiembre del año 1695, á instancias de los reyes, de los prelados, de los tribunales y de las religiones de Portugal. Fueron cometidas á los obispos de Coimbra y Lisboa para la justificacion de los milagros y del culto inmemorial de las santas reinas; y resultando así comprobado plenamente en el proceso que formó el de Coimbra D. Juan Mello, se de-

claró por éste en 13 de Marzo de 1698, que el culto inmemorial de las Santas era de los esceptuados de los decretos de Urbano VIII; cuya sentencia aprobó la sagrada Congregacion, y confirmó el papa Clemente XI, declarándolas bienaventuradas en el día 29 de diciembre de 1705; haciendo en su breve espresion de todos los progresos que tuvo la causa en tiempo de sus predecesores, y concediendo en su fiesta misa y oficio doble para la orden del Cister y para el obispado de Goimbra donde está el monasterio de Lorvaon. En el año 1713 se estendió el rezo á todo el reino de Portugal, y en el de 1724 aprobó la sagrada Congregacion de Ritos la oracion y lecciones propias que se compusieron para su oficio.

DIA XVIII.

Los santos German, Paulino, Justo y Scicio mártires

Los gloriosos mártires S. German, Paulino, Justo y Scicio, eran naturales de un lugar del Ampurdan en el principado de Cataluña llamado la Pera. S. German y S. Paulino tuvieron por padres á Liro y Floris; S. Justo y Scicio fueron hijos de Siro y Gelida. Sucedió que estando Floris embarazada vió en sueños que de su vientre salia un fuego que alumbraba toda la tierra, y despertando refirió á su marido el sueño y la vision que habia tenido, de lo cual quedó muy maravillado. A su tiempo dió á luz la buena mujer á los bienaventurados German y Paulino, y contó la vision á otra mujer llamada Fecunda, que era cristiana. Esta inspirada del cielo interpretó el sueño, y le dijo: «Hija mia, este sueño que habeis tenido os ha sido inspirado por mi Señor Jesucristo; porque os hago saber, que estos dos hijos que teneis serán dos lumbreras de la Iglesia de Dios. Y puesto que el Señor os hace tanta merced en descubrirnos este secreto, no le seais ingrata, sino recibid el bautismo luego para que podais acompañarles en el cielo.» Pudieron tanto con Floris estas palabras, que se convirtió á la fe de Jesucristo, y pasados algunos días murió. Muerta la madre, Liro envió sus hijos German y Paulino á casa de Gelida, tia de ellos, donde quedaron establecidos. Algun tiempo despues de este suceso estando Gelida durmiendo, oyó una voz celestial que la llamaba por su nombre, y luego vió á su hermana Floris, sobremanera hermosa y linda que le dijo: «¿Quiéres, hermana, tener la belleza que ves en mí? acude al sacerdote Estéban que está no muy lejos de aqui y él te dirá lo que has de hacer para conseguir hermosura perfecta.» El lu-

gar donde estaba entonces el siervo de Dios Estéban, se llama ahora nuestra Señora de los Angeles. Despertando Gelida y admirada de lo que en el sueño había visto, púsose en camino sin saber adonde iba, sino que el Señor por cuya voluntad aquellas cosas se hacian, la condujo hasta el lugar donde vivia dicho sacerdote; el cual viendo venir á Gelida, inspirado por el Espíritu Santo, entendió el motivo porque iba, y comenzó á esplicarle la vida de Jesucristo, su muerte y otros artículos de la fé. Permaneció Gelida con el santo varon por espacio de tres dias ayunando, haciendo oracion y oyendo sermones, y luego recibió el bautismo, quedando tan inflamada en el amor de Dios, que puso en olvido todas las cosas del mundo.

Liro por este tiempo, marido de la difunta Floris y cuñado de la Gelida, casó con una prima hermana de su primera mujer llamada Florencia, de la cual tuvo otros dos hijos, uno muy hermoso y otro leproso, flaco y muy desmedrado. Gelida dijo: «Hermana mia si tú supieras el misterio que Dios ha obrado contigo, verias que tienes mas ocasion de alegrarte que de entristecerte; porque en darte Dios este hijo tan asqueroso entiendo que ha querido significarte cuan sucia y asquerosa es la ley de la gentilidad que tú profesas. Y si tú quieres que alcance salud, cree en nuestro Señor Jesucristo, tú y tus hijos recibid el santo bautismo, y verás las maravillas del Señor.» Tras estas razones le refirió todo cuanto habia oido y visto del sacerdote Esteban; y siendo inspirada Florencia por la gracia del Espíritu Santo, rogóla que enviase inmediatamente por el dicho sacerdote Esteban.

Vino pues el santo sacerdote á casa de Florencia, y en ella estuvo por espacio de seis meses, enseñándole la fe, y luego dió el bautismo á ella y á sus dos hijos. Quiso aquí la divina Majestad mostrar una gran maravilla, porque luego que el hijo leproso fue bautizado curó de su enfermedad. De lo cual tomó Florencia motivo de amar al Señor con mayor fervor y pidió que la dejasen oír misa. Fuéle concedido, y estando celebrándola el sacerdote, al levantar la sagrada hostia, German y Paulino vieron por los resquicios de la puerta á Jesucristo Salvador nuestro en sus manos, y luego comenzaron á dar voces, y con grande prisa entraron al aposento que les servia de iglesia, y acabada la misa, recibieron el bautismo. Despues que el ministro hubo acabado la misa y bautizado los dichos santos mancebos, estando hablando con Florencia, mientras Gelida andaba ocupada en los quehaceres domésticos, llegó su marido, y hallándola sola con aquel eclesiástico, movido de irreflexivos zelos y lleno de cólera, tomó la espada y quiso matar. Pero mostró entonces Dios su poder, pues el dicho hombre quedó allí rabiando y sin poder moverse. Entonces Gelida y Florencia se postraron delante del altar de nuestra Señora rogando á Dios que le quisiese remediar. Acabada la oracion vinieron adon-

de estaba Liro mostrándole á su hijo curado de la lepra y dijéronle: «Si tú crees en Jesucristo y recibes el bautismo, recobrarás la salud.» Viéndose Liro atormentado de aquella manera, dijo: Yo creo en Jesucristo, y quiero ser bautizado;» y quedó al instante curado. Avisado de esto Esteban, acudió allí y lo bautizó.

Después Gelida se fué á su casa con su marido Siro, el cual hallándola un día en la cámara haciendo oracion, y entendiéndola que era cristiana, tomó un cuchillo para degollarla. Pero al punto le apareció el ángel del Señor en figura de niño, con gran claridad, y echó á Siro en tierra, de tal suerte que toda la noche estuvo fuera de sí. Venida la mañana Gelida llamó á su prima Florencia y á Liro marido de ésta, y ellos entendiéndolo el caso pasaron á visitar á Siro, que estaba como muerto, mas despertando luego llamó á su mujer, y en presencia de todos los que allí estaban, dijo lo que habia visto, y muy espantado le pidió perdon, y diciendo que queria ser cristiano, recibió el bautismo.

Los santos cuatro mancebos German, Paulino, Justo y Scicio, llegando á edad competente se aficionaron á la albañilería, entretalladura y mazonería, en cuyas artes salieron tan aventajados, que eran muy conocidos por su superioridad. Porque de mazonería y entretalladura hacian estatuas muy primorosas así en piedra como en madera. Muertos ya sus padres, perseveraron viviendo juntos y sin casarse, dándose todos á Dios, y merecieron tanto delante de él, que por ellos hizo muchos milagros. Entre otros aconteció que labrando una casa en el lugar dicho Ultramot, un peon de los que ayudaban al edificio, cayó y se quebró los brazos y piernas de tal suerte, que no habia esperanza que viviese. Viendo los Santos al pobre hombre con tanta necesidad, acudieron luego á él, y levantándolo de la tierra, é invocando el nombre de Dios lo curaron de tal suerte, como si nunca tuviera enfermedad alguna. Acabada la obra, fueron á Flassa, y entrando en el lugar, vieron un sordo y mudo de su nacimiento, los cuales teniendo compasion de él, acercáronsele, y tocándole las orejas y lengua le dijeron: «Hombre, oye y habla, y dá gracias á Dios.» Y luego el mancebo cobró el oido y la palabra, bendiciendo al Señor.

Comenzóse á divulgar la fama de este hecho por toda la villa de Flassa, y nuestros Santos queriendo huir las alabanzas de los hombres se fueron á la villa de Monells. Llegados á ella hallaron un hombre endemoniado, é invocando el nombre de Jesucristo sobre él, le curaron, dejándolo bueno y sano. Viendo los gloriosos Santos que allí tambien se divulgaba su fama, fueron á Gerona, y llegando á una de las puertas de la ciudad, hallaron un hombre viejo y cojo que pedía limosna; acercándose á él le dijeron: En nombre de Jesucristo levántate y camina;» y luego el hombre se levantó y fué tras ellos.

Imperaban entonces Diocleciano y Maximiano, cruelísimos enemigos de Jesucristo, los cuales enviaron el presidente Daciano á España, para que persiguiese á los cristianos. Llegado este tirano á Gerona, prendió á S. Felix, que había venido de Ampurias y entrególo á Rufino su teniente; aunque algunos autores dicen que no le prendió Daciano sino el mismo Rufino, enviado por aquel desde Valencia. Pidió pues Rufino si se hallarian en Gerona oficiales de mazonería y entretalladura para hacer ciertos dioses de madera ó piedra. Y como la habilidad de los santos artistas era bien conocida, Rufino los llamó, diciendo: Tengo entendido por fama ser vuestra habilidad grande, y así os he llamado para que me hagais ciertos dioses del pueblo romano, á los cuales quiero que adoren todos los hombres y mujeres.» Respondió el glorioso S. German en nombre suyo y de todos los otros, y dijo: «Todos los dioses de los gentiles son demonios, porque no hay sino un Dios que ha hecho el cielo y la tierra. Yo me maravillo que nos digas que hagamos tus dioses; porque si nosotros los hiciéramos, mejores serémos que ellos, pues es claro que el factor es mejor que la hechura. Conoce, ó Rufino, á Dios criador del cielo y de la tierra, que por su gran misericordia ha enviado á su Hijo, el cual nació de María Virgen, ha padecido por los pecados de los hombres, y este es el Rey de los reyes, y Señor de los señores.» Oyendo esta respuesta Rufino, mandó que los echasen en la cárcel y que estuviesen en ella sin comer, para que de esta manera acabasen la vida por hambre, mandando á las guardias que tuviesen gran cuenta no se les diese cosa alguna. Pero el ángel del Señor vino á la misma cárcel y les consoló con palabras de mucho amor y esfuerzo, diciendo: «Caballeros de Jesucristo, no temais, porque el omnipotente Dios no os dejará;» y habiéndoles dado consuelos desapareció.

Pasados ocho dias fueron presentados delante de Rufino, quien mandó que los desnudasen y azotasen con pelotas de plomo, y que les volviesen de nuevo á la cárcel, en la cual aparecióseles otra vez el ángel del Señor para darles consuelo y esfuerzo, y les curó las llagas. El dia tercero Rufino los hizo traer delante de él y hablóles con palabras blandas, diciendo: «¿Para qué quereis morir por el Crucificado? Dejad á Cristo y negadlo adorando nuestros dioses, porque yo os haré grandes en la tierra, y haré tambien que todos os honren.» Entonces los Santos mártires todos á una voz respondieron: «¡O miembros de Satanás, adorad vosotros vuestros dioses, que nosotros creemos en Jesucristo y nunca adoraremos á otro Dios sino á él.»

Viendo Rufino la constancia de los Santos, hizo traer un tribunal delante del portal de la Valtenebrosa, y sentado en él, dió la sentencia siguiente: á German que decia que Dios era Padre omnipotente, y su hijo unigénito, le quebrasen la cabeza con una piedra y mar-

tillo; á Paulino que decia que Cristo habia muerto en una cruz, fuese degollado; á Justino que afirmaba que Cristo era cabeza de la Iglesia, le cortasen la suya; y Scicio que decia que Cristo nuestro bien envió el Espiritu Santo sobre sus apóstoles en lenguas de fuego, fuese quemado.

Pronunciada ya la sentencia, los mártires dieron gracias al Señor que les habia hecho merecedores no solamente de padecer trabajos por su amor, sino tambien de dar por él la vida. Y estando los sayones ejecutando la cruel sentencia, fué oida una voz del cielo acompañada de un gran trueno, que dijo: «Preciosa y dichosa es delante del Señor la muerte de sus Santos.» Oyendo esto Rufino se espantó tanto que cayó en tierra postrado; y temblando con gran temor entró dentro del portal, mandándole cerrar á piedra y cal de tal suerte, que de entonces acá no se ha abierto, y el pueblo huyó á sus casas.

Algunas mujeres devotas vinieron de noche, y tomando los sagrados cuerpos de los mártires sepultáronles en la iglesia de nuestra Señora fuera de los muros de la ciudad, donde es ahora la iglesia de San Felix, poniéndoles en sepulturas de piedra mármol, y haciendo en cada sepulcro su letrero, que declaraba quien era el que estaba allí sepultado. Fué este martirio por los años del Señor de 300.

Algunos siglos despues Carlomagno conquistó de los moros la ciudad de Gerona, é hizo de su mezquita iglesia catedral, al cual entonces fué revelado que los dichos santos cuatro mártires estaban sepultados en la iglesia de San Felix; y el devotísimo principe hizo traer sus santas reliquias á la iglesia catedral y ponerlas con reverencia en el altar de nuestra Señora.

Pasados despues muchos años, el venerable Arnaldo de Monrodon, canónigo de la Seo de Gerona, hizo una capilla en honor de estos benditos mártires con sepuleros para cada uno de ellos, y en ella fueron trasladados sus sagrados cuerpos, donde instituyó un beneficio; y por esto fué á Roma, de donde trajo esta historia.

Grandes son los favores que estos bienaventurados alcanzan de Dios para sus devotos. Roguémolos que nos alcancen de su divina Majestad que acertemos en servirle en esta vida, para que en la otra gocemos de su gloria. Celébrase su fiesta en Gerona, el lunes despues de la Santísima Trinidad, y nómbranles en las colectas de la misa y oficio divino. (*Domenech, historia de los Santos de Cataluña.*)

DIA XX.**San Inocencio obispo.**

EN la ciudad de Mérida se celebra en este día la memoria de S. Inocencio, obispo, de quien nos dice el escritor Pablo Diácono en el libro de la vida y de los prodigios de los Padres que han florecido en aquella ilustre ciudad, que fué metropolitano de la misma provincia en tiempo de los romanos y de los godos, que despues de la muerte del venerable Masona, sucedió en aquella silla episcopal un varon de suma sinceridad y de una humildad profundísima llamado Inocencio, nombre verdaderamente espresivo de la justificacion de su conducta, pues siempre se manifestó inocente en todas sus acciones y sus palabras. Así lo manifestó el Señor con los repetidos milagros que se dignó obrar por la poderosa intercesion del insigne prelado, especialmente en la escasez de lluvias; en cuyos casos cuando concurrían los fieles acompañados con él á las basílicas de los Santos á implorar la divina misericordia, alcanzaba Inocencio el apetecido beneficio; sin que quedase alguna duda que era debido á las fervorosas oraciones y á las abundantes lágrimas del humildísimo y sencillísimo obispo, que murió en grande opinion de santidad, y se depositó su cadáver en una capilla poco distante de la insigne vírgen y mártir Sta. Eulalia de Mérida con los cuerpos de S. Renobato, de S. Pablo, de S. Felix y Masona; donde concurrían los fieles á venerar el sepulcro de estos ilustrísimos prelados; pero habiéndose perdido la memoria de este lugar venerable con motivo de la ocupacion de Mérida por los agarenos en la irrupeion que hicieron en España; recuperada aquella ciudad del poder de los bárbaros, se hallaron las reliquias de los dichos con las de otros Santos en el templo de santa Eulalia, en tiempo de los reyes católicos D. Fernando y doña Isabel; las cuales se colocaron en un precioso relicario junto al altar mayor, donde se les tributa el culto correspondiente, y se celebra la fiesta de su traslacion en la Dominica cuarta de la Cuaresma.

DIA XXI.**San Raimundo, obispo de Barbastro.**

SAN Raimundo, decoroso ornamento del órden episcopal, tan celebrado por su eminente virtud, como por la heróica paciencia con que

toleró el violento despojo de su cátedra, nació en Durban, pueblo del obispado de Tolosa, de la ilustre casa de aquellos condes. Aplicáronse sus padres á darle una educacion tan propia de su piedad, como de su ilustre nacimiento; pero su bello natural y su inclinacion á lo bueno, facilitaron mas que todo el efecto de sus buenos deseos. Quisieron que siguiese los estudios; pero luego que adquirió algunos tenues conocimientos en las letras, le dedicaron á la carrera militar, por ser aquel ejercicio muy frecuente en los jóvenes de sus circunstancias; y no siendo aquella profesion para la que Dios tenia elegido á Raimundo, le inspiró que volviese á continuar el estudio. No se resistió un punto á la vocacion del cielo el devoto mancebo, y como se hallaba dotado de unos talentos estraordinarios, juntando con ellos una suma aplicacion, hizo en muy breve tiempo grandes progresos en las ciencias, y nada inferiores en la virtud; mas como sus deseos no eran otros que dedicarse enteramente al servicio del Señor, habiendo abrazado el estado eclesiástico, ascendió por sus relevantes méritos á la dignidad del sacerdocio. Luego que se vió revestido del sagrado carácter, solo pensó en hacer una vida mas perfecta; y empeñando para el logro de este fin todo su fervor y toda su eficacia, se distinguió entre todos los clérigos por la arreglada circunspeccion de sus costumbres, por su singular piedad, y por su grande sabiduria.

Quisieron los canónigos de San Saturnino de Tolosa tener á la frente una persona tan recomendable como Raimundo, y para ello le eligieron prior de aquel ilustre cabildo, bajo el concepto de que daria mucho lustre á su iglesia. No salieron frustradas sus esperanzas, pues con el nuevo empleo adquirió nuevo esplendor la virtud del célebre sacerdote, de estímulo para aumentar su fervor y para que tuviesen mas estension los ardorosos impulsos de su zelo verdaderamente apostólico. Habiale Dios dotado con el don especial de atraer á muchas gentes á verdadero conocimiento con sus sabias y con sus amorosas exhortaciones, y haciendo uso de esta gracia especial, convirtió innumerables pecadores, ya con sus conversaciones familiares, ya con sus elocuentes predicaciones, en cuyo ministerio trabajó infatigablemente algunos años, correspondiendo el fruto á la actividad del celo operario, que solo pensaba en su propia santificacion, y en la del pueblo, siendo siempre eficaces sus exhortaciones, porque siempre iban acompañadas con el ejemplo.

Esparcióse la fama de las eminentes virtudes de Raimundo no solo por el territorio de Tolosa, sino es por todas las provincias inmediatas; y habiendo vacado la silla episcopal de Barbastro, fué promovido á aquella cátedra, hallándose muy distante de apetecer honoríficos empleos. No fué tan fácil el consentimiento del ilustre prior, como habia sido la eleccion, pues se mantuvo inflexible á las mas fuer-

les instancias de los electores, sin que le obligasen los respetos del rey D. Pedro de Aragon; con cuya aprobacion se hizo el pombramiento. Crecian al paso de la repugnancia del Santo, los deseos de los interesados en la admision, y viendo frustrados cuantos medios estimaron precisos para obligarle, lo condujeron con violencia á Barbastro, entronizándole con universal aclamacion de todo el pueblo.

No ignoraba Raimundo los formidables cargos de la dignidad episcopal, y lleno de confianza en aquel Señor que se la cargó sobre sus hombros, esperanzado en la divina piedad que le daria todas aquellas luces y todas las fuerzas necesarias para cumplir fielmente con todos los deberes de su alto ministerio, comenzó á ejecutarlo con aquella vigilancia y con aquella solicitud que exige el apóstol en los prelados colocados en el candelero de la Iglesia. Visitó su obispado personalmente; y cada visita no era como quiera una reforma, sino una visible trasformacion de las costumbres de los pueblos. Apacentó sus ovejas con los abundantes pastos de la doctrina cristiana, plantó en ellas las virtudes que enseñaba mas con el ejemplo que con sus sabias exhortaciones, y aplicó todo su esfuerzo á desarraigar los vicios que afeaban la hermosura de la Iglesia; y cuando otros obispos tocados de la raiz de todos los males, que es la codicia, solicitaban atesorar riquezas, valiéndose Raimundo de la oportunidad que le ofrecian aquellos calamitosos tiempos, se portaba muy al contrario, buscando solo como zeloso pastor las cosas pertenecientes al servicio del Señor y á la salvacion de sus ovejas, cuyos oficios practicaba con tan maravilloso desinterés, que parecia serle característica la pobreza evangélica.

Seria una especie de prodigio si una virtud tan eminente como la de Raimundo estuviese exenta de la prueba de la persecucion. Aquella armoniosa union que reinaba entre el pastor y el rebaño se turbó por el artificio del infierno, sobre cuyos dominios hacia cada dia el insigne prelado nuevas conquistas para Jesucristo. Desagrado mucho al enemigo comun así la solicitud pastoral, como los grandes frutos que hacia el Santo cada dia, y enfurecido contra él desplegó todas las máquinas de su diabólica astucia. Incitó á Estéban, obispo de Huesca, hombre de una insaciable codicia, para que á pretexto de ciertos derechos imaginarios inquietase al santo obispo en la posesion pacífica de su silla: adoptó Estéban un pensamiento tan indigno, y habiendo entrado con mano armada en Barbastro, valiéndose del favor que le dispensaba Alfonso, rey de Aragon, prendió á Raimundo en el mismo altar, y le espelió ignominiosamente de la ciudad. Sufrío el siervo de Dios con indecible paciencia aquel execrable insulto, y saliéndose á pié de Barbastro, le siguió su amado pueblo, hasta los judios y los gentiles, llorando todos amargamente la desgracia que

tan injustamente se le ocasionaba. Llegó el ilustre prelado á un pueblo de su diócesi con la comitiva que le acompañaba; predicóle con aquel fervor y con aquel zelo que era propio de su carácter, y volviéndose hácia Barbastro, escomulgó á Estéban por invasor y por espoliador sacrilego contra las reglas prescriptas en los sagrados cánones.

Retiróse el santo á Roda que tambien era iglesia suya en virtud de la union que hizo de ella con la de Barbastro el rey don Pedro de Aragon en el año de 1101, cuando la recuperó del poder de los mahometanos. Apeló sobre el enorme atentado á Pascual II, que por entonces regía la Cátedra de S. Pedro; y sintiendo el Papa el sacrilego despojo, escribió al invasor, abominando el indigno procedimiento, y mandándole que dentro del preciso término de dos meses diese á Raimundo la satisfaccion que era debida, bajo la pena de suspension de todas las funciones de su oficio. Asimismo escribió al rey Alfonso de Aragon en tono bastantemente sensible, quejándose del auxilio que habia dado al de Huesca para un arrojó tan temerario; amonestándole que jamás permitiese el que se invadiesen los términos señalados respectivamente en las iglesias, los que en el presente caso se hallaban prescritos por los gloriosos reyes su padre y su hermano con aprobacion de la Santa Sede. No tuvieron el deseado efecto las letras apostólicas durante el despojo de Raimundo, que se ocupaba en Roda en santas vigiliass, en rigurosos ayunos y en asombrosas penitencias; y electo obispo de Ribagorza, dispensó el ministerio con el mismo zelo y con la misma vigilancia pastoral que se portó en Barbastro.

Pasó Raimundo á Zaragoza por causa de ciertos negocios urgentes, y fué recibido del obispo y de los canónigos con aquellas demostraciones de amor y de respeto que eran debidas á su eminente virtud. Quedó admirado al ver tanta caridad en una iglesia recién conquistada del poder de los agarenos; y rogando á aquel ilustre cabildo que le hiciesen participante de sus beneficios piadosos, lo ejecutaron así con la mayor complacencia: desde cuyo tiempo tuvo principio la confraternidad que hasta el dia se conserva entre los canónigos de Zaragoza y Roda. Pidieron con este motivo los de Zaragoza á Raimundo, que les diese alguna parte de las reliquias de S. Valerio que estaban en la iglesia de Roda; y conociendo el Santo lo justo de la súplica, les concedió un brazo de aquel insigne prelado, que se trasladó á Zaragoza en el año 1118 con imponderable gozo de todos los ciudadanos.

Crecia cada dia la fama de la eminente santidad de Raimundo; y pesaroso el rey Alfonso de Aragon de haber dado auxilio para que se le despojase de su cátedra, quiso darle pruebas de su arrepentimiento y del alto concepto en que le tenia. Determinó aquel valeroso

príncipe, conocido por el glorioso título de Batallador, penetrar hasta lo mas remoto de Andalucia, con el noble objeto de espeler á los moros de aquella fertilisima provincia; y para que Dios echase la bendicion sobre sus armas, determinó llevar á Raimundo en su compañía, á fin de que le ayudase con sus poderosas oraciones, y que animase al ejército con sus zelosas predicaciones. Obedeció el santo prelado, olvidándose de las injurias que el rey le habia hecho, como verdadero discípulo de Jesucristo: llegó Alfonso á Málaga, despues de los innumerables trabajos que padecieron sus tropas en una marcha tan dilatada: salió á contener sus ímpetus una innumerable multitud de agarenos; y orando Raimundo como otro Moisés, mientras peleaban los soldados, concieron todos visiblemente que los progresos felices de aquella empresa tan ardua eran debidos mas á las fervorosas oraciones del Santo, que al poder de las armas.

Volvió el ilustre prelado de aquella espedicion con órden del rey Alfonso, para que se le restituyese en la silla de Barbastro; vino indispuesto todo el camino, y agravándose la enfermedad luego que llegó á Huesca, dió aviso del peligro en que se hallaba á los canónigos de Roda. Recurrieron éstos inmediatamente á visitar al santo obispo, y si fué grande el gozo que tuvieron con verle, fué sin comparacion mayor la pena, conociendo que estaba en inminente peligro. Creció la indisposicion de dia en dia; y habiendo recibido los últimos sacramentos con aquella devocion que era propia de un hombre tan ejemplar, murió tranquilamente en el dia 21 de julio del año 1126, despues que dispensó el ministerio episcopal como un verdadero sucesor de los Apóstoles por espacio de veinte y un años, ocho meses y veinte dias. Depositóse el venerable cuerpo del ilustre prelado en la iglesia de Roda; y queriendo el Señor hacer célebre su sepulcro, obró muchos prodigios en favor de los que concurrian á visitarle.

Sintió Esteban, obispo de Huesca, despues de la muerte de Raimundo el sacrilego atentado que habia cometido, y movido del remordimiento de su conciencia, se condujo á Roma á pedir la absolucion de su censura; pero queriendo el cielo castigar su enorme delito; murió infelizmente á manos de unos ladrones. En vista de este escarmiento, procuró el rey Alfonso dar á todo el mundo un testimonio público de su arrepentimiento, convocó á muchos obispos y varones religiosos, y habiendo confesado ante ellos lo mal que habia procedido en auxiliar el injusto despojo de Raimundo, dijo: *Pero ahora temiendo el juicio de Dios, confirmo á Pedro, obispo de Roda, y á todos sus sucesores todos los derechos que le competen á la silla de Barbastro, en virtud de los establecimientos hechos por mi padre y hermanos, confirmados por la Santa Sede.*

Quiso Gaufrido, sucesor de Raimundo, colocar las reliquias de su santo predecesor en lugar mas decente, con las de otros santos que estaban enterrados fuera de los muros de Roda en varios huertos, donde los ocultaron los cristianos en la irrupeion de los moros. Convocó para la solemnidad de aquel acto religioso á muchos obispos, abades, nobles y personas distinguidas de los pueblos vecinos, y con asistencia de tan lucido concurso se trasladaron las del ilustre prelado en el dia 16 de noviembre de 1143 á un sepulcro de mármol, que se colocó en el altar mayor de la iglesia de Roda, donde se ha dignado Dios obrar muchos milagros, que justificados en forma, y remitidos á Roma, se obtuvo la canonizacion del siervo de Dios verosimilmente por el papa Inocencio II á los diez años despues de su muerte.

DIA XXV.

Santa Eurosia ú Orosia virgen y mártir.

AUNQUE convienen todos los escritores, que el glorioso martirio de Sta. Eurosia fué en España en la desgraciada época que ocurrió en la Peninsula la irrupeion de los mahometanos; siendo como son varias las opiniones sobre el origen de esta ilustre mártir de Jesucristo, nos precisa dar alguna noticia en esta parte, no con otro objeto que el de no defraudar á la nacion de haber sido patria de esta célebre heroína, á quien venera la ciudad de Jaca por su patrona; por cuya sangre, con la de otras ilustres mujeres, se restauró el reino de Aragon del poder de los bárbaros africanos, segun nos dice D. Nicolás Antonio.

Muchos hacen á Eurosia natural de Bohemia, hija de los reyes Barvitorio y Ludimila, los cuales, segun escriben los mismos, la enviaron á España á contraer matrimonio con un hijo del monarca, y habiendo ocurrido la pérdida de la nacion al tiempo que entró en ella la noble doncella, fué martirizada por los moros cerca del año 714; pero reparando algunos críticos, que en aquella desgraciada época no tenia hijo alguno el rey de España, que á la sazón era D. Rodrigo, añadiendo á esto, el que Bohemia no habia recibido por entonces la fe, para que solicitasen sus padres desposarla con algun príncipe cristiano, puesto que despues de muchos años al suceso predicó el Evangelio en aquel reino su apóstol S. Metodjo; por estos poderosos fundamentos niegan que fue natural de Bohemia. Otros discurren, que nació en Boya, ciudad de Aquitania, por la que entienden á Bayona de Francia, y que fué hija del Régulo ó regente de aquella pro-

vincia, que la envió con un lucido acompañamiento á desposarse con cierto gobernador de la España citerior; con cuyo motivo padeció martirio cerca de la ciudad de Jaca en la época insinuada; pero no constándonos la certeza de ninguna de las dos referidas opiniones, no hay razon para negar que fuese natural de España, á lo que se inclinan los padres Bolandos cuando critican las actas de su glorioso martirio, las que referimos adoptando lo mas verosímil en los hechos.

Ocurrió en España la detestable violencia que hizo el rey don Rodrigo á Florinda, conocida en la historia de la nacion con el nombre de la Caba; era ésta hija del conde D. Julian, gobernador de Ceuta, y quejándose á su padre con las mas vivas espresiones del insulto cometido por el rey, graduándole el conde por el borron mas infame que pudo echarse á su ilustre prosapia, determinó vengarle por uno de los mas enormes atentados que se leen en los anales. Convino con Muza, famoso general de los moros en el Africa, para que pasase á España con un formidable ejército á fin de apoderarse de la nacion, facilitándole los mas ventajosos medios, bajo el seguro de que todos los vasallos vivian descontentos con D. Rodrigo. No despreció Muza el pensamiento, y deseoso de establecer su dominio en una península que era el objeto de toda su ambicion, como lo fué en los siglos precedentes de todas las gentes bárbaras codiciosas de tan precioso terreno, entró en España con un poderoso ejército cerca del año 711; y habiendo vencido á D. Rodrigo, que quiso oponerse á la innumerable multitud de bárbaros, hechos estos dueños de toda la Andalucía, estendieron su conquista hasta las cumbres de los Pirineos por los años 714, causando en todos los pueblos por donde hicieron tránsito los formidables estragos que son fáciles á creer en su acostumbrada inhumanidad.

Vivia por entonces Eurosia fidelísima observante de todas las pias-dosas máximas que enseña nuestra santa religion, y temiendo los insultos que cometian los moros con todas las doncellas cristianas, se retiró á una caverna horrorosa del monte Yebra, sito en el obispado de Jaca, no distante de los Pirineos; cerca de la cual se conserva una cristalina fuente con nombre de la santa, que se cree haber manado á sus ruegos, para satisfacer su ardiente sed, y la de los ilustres compañeros que se refugiaron con ella en la misma gruta, huyendo del furor de los agarenos. Pareció á Eurosia estar segura en aquella espantosa cueva por estar rodeada de asperosas malezas; pero á pesar de ser el sitio tan desconocido, fué descubierta por los africanos. Quedaron admirados estos luego que vieron la peregrina belleza de la ilustrísima doncella, y persuadiéndose que no podrian hacer á su general mayor obsequio que presentársela, lo hicieron así inmediatamente.

te. Recibió el general la oferta lleno de placer, no menos sorprendido de la rara hermosura de Eurosia, que de su singular modestia: quiso obligarla á que renegase de Jesucristo para desposarse con ella, segun sienten unos, ó á que condescendiese con sus torpes deseos, como opinan otros; pero resistiéndose la castisima doncella con heróica fortaleza á las violentas pretensiones del bárbaro, arrebatado en un furor extraordinario, viendo su desprecio, mandó degollarla inmediatamente y que la cortasen las manos, los brazos y los pies, bien fuese viva ó despues de muerta, lo que no nos dicen los escritores.

Logró Eurosia la corona del martirio en el 25 de junio del año 714 segun el mas prudente cálculo, y sepultaron los fieles su venerable cadáver en el mismo lugar que padeció el martirio; pero oscurecida la memoria de su sepultura con motivo de las sangrientas guerras y continuas irrupciones que hicieron los moros en aquel país, no queriendo Dios que estuviere oculto tan precioso tesoro, se dignó manifestarlo por medio de una revelacion hecha á cierto pastor, que apacentaba su grey en aquel territorio; lo que fué causa para que se trasladasen las santas reliquias con toda solemnidad á la catedral de Jaca, donde permanecen su carne y miembros íntegros, despidiendo de sí una fragancia exquisita; escepto la cabeza que se guarda con parte de los cabellos en el mismo sitio donde fue martirizada, juntamente con una porcion de sangre que se conserva en una ampolla, la que vertió el cadáver despues de muchos siglos, en cierta ocasion que D. Juan Navarro, obispo de Jaca, quiso cortar parte de la carne de la Santa para tener tan preciosa reliquia. Muchos han sido y son los prodigios que el Señor ha obrado y obra por la intercesion de su fidelísima sierva, especialmente en los tiempos de escasez de lluvia; sin que suceda jamás el que deje Dios de favorecer con abundancia de aguas á aquellos naturales, llevando en rogativa las preciosas reliquias de la ilustre mártir como tenian de costumbre en semejantes urgencias; por cuya razon es grande la devocion que la profesan, como se acredita en el dia que celebran su fiesta, que es el inmediato al de S. Juan Bautista, en el que concurren los pueblos de la comarca con sus respectivas cruces parroquiales á la solemne procesion, que se ejecuta con la mas fervorosa reverencia.

DIA XXV.

San Felix ó Felices.

EN el ramo del Pirineo que entra en España, y dividia antiguamente á los berones de los vardulos y cantabros conscos, junto á la bo-

ca por donde el rio Ebro pasa de la region de los cantabros á la de los berones, hubo un pueblo antiguo llamado Bilibio, y junto á él un castillo muy fuerte, al cual S. Braulio en la vida de S. Millan llama *Castrum Bilibium*.

En este pueblo vivia en el siglo V Felix, varon muy esclarecido en doctrina y en santidad, dado por Dios para que fuese luz y consuelo de la Rioja en aquellos tiempos turbados y calamitosos en que comenzaba á sentir España el yugo de los bárbaros que se habian apoderado de ella. Por testimonio de S. Braulio consta que era ya pública la santidad de Felix, cuando S. Millan á los veinte años de su edad fué llamado de Dios á la perfeccion cristiana. Era esto por los años 495. Tuvo Millan noticia, como dice S. Braulio, de que en el castillo Bilibio vivia Felix, ermitaño de muy santa vida; y deseoso de emprender con su ejemplo y direccion el camino de la virtud, le buscó y se sometió á él para que le enseñase á salvarse. Dábanos á entender con este hecho, añade el santo obispo que nadie sin maestro que lo dirija se puede prometer buen éxito en el viaje de la eternidad. Y así ni éste anduvo en él sin guia, ni Cristo por si mismo adoctrinó á Pablo, ni el divino poder dió á Samuel licencia para que resolviese por si solo; pues Millan fué enviado á Felix, y Pablo á Ananias, y Samuel á Heli aun despues que los habia alentado con maravillas y con palabras de su boca. Con las lecciones de tan buen maestro, instruido Millan en la ciencia de los Santos, alentado para correr por la senda angosta, lleno de riquezas del cielo, volvió á su patria. Esta es la memoria que Braulio dejó de nuestro S. Felix, cuyas virtudes no dibujó con mas estension por no ser este el objeto de su escrito; pero en el provecho que á S. Millan hizo su compañía, se ve como un bosquejo de lo que era su santo director. No se sabe fijamente el año que murió S. Felix; su merte fué en el castillo de Bilibio, en cuyo oratorio lo sepultaron, y se conservó venerado de aquellos pueblos hasta el año 1090,

La agregacion de Bilibio y sus montes á la villa de Haro que se hizo por donacion del rey D. Alonso en la era 1225, dió motivo á que se pensase en trasladar las reliquias de S. Felix al monasterio de S. Millan que dista del castillo cinco leguas.

Ya el rey D. García, hácia la mitad del siglo XI, habia intentado trasladar este santo cuerpo al monasterio de Nájera, cuyo encargo hizo á García obispo de Alava; el cual al primer golpe que dió para abrir el sepulcro, fué apartado de él con una fuerza oculta, y quedó con la boca torcida. Al mismo tiempo se levantó una recia tempestad que acabó de determinar al obispo á desistir de su empresa, y reconociendo en aquellos castigos la voluntad de Dios, hizo grandes votos para aplacar su ira; mas nunca volvió á recobrar perfectamente la salud.

Son muchos los prodigios que ha obrado nuestro Señor por intercesion de su siervo S. Felices, los cuales han contribuido al singular culto y veneracion en que son tenidas sus sagradas reliquias. Hallanse estas junto al cuerpo de S. Millan en una arca de plata rodeada de piedras de cristal y de otras muy preciosas, labrada con ricas y esquisitas labores conforme al gusto del tiempo en que se hizo.

El dia 25 de junio del año 1607 fué trasladada á la iglesia parroquial de Sto. Tomás apóstol de Haro una insigne reliquia de S. Felices, y colocada en el altar dedicado á su nombre. En este mismo dia le celebra solemne fiesta aquella villa como á su patrono.

DIA XXVI.

San Pelayo, mártir.

EL glorioso mártir S. Pelayo, que consagró la niñez con el sacrificio de su vida á nuestro Señor Jesucristo, fue natural de Galicia. Hasta hoy dura en aquella provincia la persuasion de que era patrimonio de Pelayo el sitio donde estuvo el monasterio de religiosas Benedictinas intitulado *S. Payo* en el lugar de *Albeos* distante seis leguas de Tuy: creen tambien aquellos naturales que á dos leguas y media de la misma ciudad, en Ramallosa del valle de Miñor estuvo la casa de nuestro Santo.

Llamóse *Pelagio*, voz muy usada en aquel tiempo, la cual por corrupcion ha degenerado en los nombres de Pelayo y de Payo. Su padre era rico, hermano de Hermoygio obispo de Tuy á principios del siglo X. Fué criado con opulencia, como suelen serlo los hijos de tales padres. La ocasion de su venida á Córdoba, que fue la de su martirio refiérela un sacerdote de ella llamado Raguel, de quien la copiaron nuestros historiadores.

Ensoberbecido Abderramen III, rey de Córdoba, con el poder y con la estension de su imperio, no contenta su ambicion con poseer todo el precioso terreno de Andalucia, quiso hacerse dueño de las restantes provincias de España habitadas por los cristianos, á quienes profesaba un odio mortal. Con esta idea llamó en el año 920 á los moros del Africa, y entró con un poderoso ejército por Castilla en el reino de Galicia, abrasando las tierras por donde pasaba, en tiempo que D. Ordoño, rey de Leon, lo era tambien de aquella provincia. Supo este príncipe religioso la determinacion del orgulloso agareno, y auxiliado de D. Garcia, rey de Navarra, de los grandes, y de algunos

prelados eclesiásticos de ambos reinos, salió á contener el ímpetu de los bárbaros, que á manera de una furiosa inundacion arrasaban todos los pueblos y todos los campos por donde transitaban. Trabóse la batalla de ambos ejércitos segun la opinion de unos cerca de Mondoñedo, y segun la de otros en el valle de la Junquera junto á Salinas de Oro, villa de Navarra; pero prescindiendo de esta controversia, es lo cierto, que siendo incomparable el número de los cristianos con el de los moros, quedó la victoria por éstos, á pesar del valor con que sostuvieron aquellos uno de los mas reñidos combates que se vieron en aquellas desgraciadas épocas.

Volvieron á Córdoba los bárbaros vencedores cargados de despojos; y entre los muchos cautivos que llevaron fué uno Hermigio, obispo de Tuy, al que pusieron cargado de prisiones en una oscura mazmorra, tratándole como á un vil esclavo, cuando poco antes habia sido señor de muchos vasallos. Quedábanle en Córdoba algunos amigos, desde que siendo presbítero estuvo en aquella ciudad, y de ella trasladó las reliquias de S. Eulogio. Cansado el ilustre prelado de las miserias y de los trabajos de la prision, trató al cabo de año y medio de su rescate, ofreciendo á los moros las sumas que quisiesen. Para mas fianza de su palabra dejó en rehenes á un sobrino suyo llamado Pelayo, niño de una rara hermosura y de unos extraordinarios talentos; y puesto en prision, no fueron sus ocupaciones las regulares en los niños de su edad, que era la de diez años, sino la de un perfecto anciano, segun el elogio de la santa Escritura, que computa la venerable ancianidad no por las canas, sino es por las laudables costumbres. Tenia destinado el cielo á Pelayo para hacer en él ostentacion del poder de su gracia, y así le iba disponiendo con todos aquellos auxilios especiales que concede á los héroes del cristianismo, para que triunfen gloriosamente de los enemigos de la fe: bajo cuyo supuesto se dejó ver el ilustre niño resignado con la voluntad de Dios, sin quejarse de la dureza de la prision como otros cautivos. Eligió por su maestro á S. Pablo, leyendo sus cartas con una suma atencion; y meditando sobre sus apostólicos trabajos, solo pensaba en imitarle. Guardaba tanta gravedad en todas sus conversaciones, que contenia á los que se desmandaban, y si por casualidad ó de propósito trataban los infieles sobre la religion, los confundia con la verdad de la doctrina revelada; en sustancia, adornado Pelayo con todas las virtudes, tenian en él alivio los compañeros, instruccion los ignorantes, consuelo los afligidos, freno los disolutos, y ejemplo todos que imitar.

No podia el enemigo de la salvacion mirar con indiferencia los progresos que hacia Pelayo en la virtud; quien sostuvo con inalterable paciencia los trabajos y las infelicidades de la prision cerca de tres

años y medio, siendo la admiración de todos los encarcelados, que como testigos de su conducta, lo fueron despues de sus elogios; y valiéndose el infierno de todos los artificios que le dictó su malicia, puso al ilustre niño en las mas terribles pruebas. Pareció al demonio, que el medio mas eficaz seria ponerle en ocasion de manchar su pureza, y habiendo puesto en ejecucion este perverso pensamiento, se sirvió el Señor de él para premiar la virtud de su siervo con la gloria del martirio.

Vió por casualidad un hijo ó paje del rey á Pelayo en la prision, y admirado de su rara hermosura, fué tanto lo que la ponderó á Abderramen, que mandó traerlo inmediatamente á su presencia. Procuraron los moros presentarle con vestidos esquisitos, para que hiciese mas gracia á su rey; y encendiéndose éste en los mas torpes deseos á la vista de la singular belleza del cautivo, le hizo grandes ofertas, si renegaba de Jesucristo, y abrazaba su ley. No deslumbraron al ilustre niño las ventajosas promesas del bárbaro, antes bien despreciándolas con la generosidad propia de un héroe cristiano, le respondió. *Sabe, que todo cuanto me ofreces tiene un fin percedero, no así los bienes eternos, que espero conseguir siendo cristiano; bajo cuyo supuesto jamás negaré á mi Señor Jesucristo, á quien adoro y confieso por verdadero Dios.* Pareció á Abderramen que aquellas expresiones nacia de un corazon pueril, y queriendo acariciarlo, le tocó en el rostro con cierto cariñoso juguete; pero revestido Pelayo de un valor superior á su edad, le repelió diciendo: *Aparta, perro, ¿piensas, por ventura, que soy yo alguno de tus afeminados sirvientes?* Y arrojando en seguida los preciosos vestidos que le pusieron los árabes, se preparó al combate en tono de un militar esforzado de Jesucristo. Disimuló el rey aquel desaire, lisonjeándose que con el tiempo reduciría á Pelayo á que condescendiese con sus intenciones: fió la empresa á unos cortesanos lisonjeros, que creyéndose felices si desempeñaban la comision, no omitieron medio alguno de cuantos podian contribuir á pervertir al nobilísimo mancebo. Ponderáronle las conveniencias, los honores y los regalos que podia disfrutar, condescendiendo con la voluntad del soberáno; amenazándole, que en caso de resistencia se esponia á ser la víctima de su furor; y habiendo insistido en tan fuertes ataques por algun tiempo, cansado ya el ilustre niño de sus porfias, les respondió: que se molestaban en vano, puesto que no temia la ira del rey, que solo podia quitarle la vida corporal, mas no la eterna que era por la que aspiraba únicamente.

Dieron noticia á Abderramen los lisonjeros de la inflexible resistencia de Pelayo, y trocando su amorosa pasion en una rabiosa cólera, mandó que asíéndolo apretadamente con unas tenazas de hierro, lo alzasen del suelo y lo bajasen muchas veces y con gran crueldad,

hasta que ó negase á Jesucristo, ó acabase la vida en el tormento. Ejecutaban los verdugos esta sentencia con pechos de tigres. El santo niño con esfuerzo de varon celestial, saliendo á la cara el gozo del alma, decia: Cristiano soy y siervo de mi Señor Jesucristo; no hay cosa en el mundo que me pueda arrancar de su obediencia y de la confesion de su fe. Sabiendo el rey cuan en vano era tentada la constancia del niño, y avergonzado de ella, ciego y poseido de la ira, mandó que lo hiciesen tajadas, y lo echasen al rio. Arremetieron contra Pelayo los verdugos, y comenzaron á hacer en su cuerpo la carniceria que aquel lobo mandaba. Despedazábanlo con algazara sin verse en sus caras sombra de piedad: levantaba el niño las manos pidiendo á Dios fortaleza para consumir su sacrificio, derribáronselas luego con el alfanje, segáronle otros los brazos ya troncos, otros los pies, otros le cortaron por fin la cabeza, y así hecho pedazos lo echaron en el rio Guadalquivir. Duró este glorioso combate desde las once y media de la mañana hasta las dos de la tarde del dia 26 de Junio de 925, que fué domingo aquel año. Y fué este martirio en el sitio donde hoy está el convento de los mártires, á la orilla del rio. Pudieron los cristianos recoger sus reliquias: la cabeza la sepultaron en la iglesia de San Ginés, que estaba á la parte de abajo de la ciudad, en el barrio de los Tercios; los demás miembros en el de San Cipriano. Fué este triunfo de San Pelayo muy glorioso para la iglesia, y presto se estendió su fama por todas partes, tanto, que celebrólo en verso heróico Roswita, monja que florecia en Sajonia por los años de 980. Consérvase un ejemplar antiquísimo de estas actas en S. Lorenzo el Real y trájolo ambrosio Morales por mandato de Felipe II, del monasterio de S. Pedro de Cerdeña. Otras dos copias de ellas tienen las iglesias de Toledo y de Tuy.

Por los años 959 sucedió Sancho I llamado el Gordo á su hermano Ordoño III en el reino de Leon, é imposibilitado á continuar la guerra contra los moros, se vió en la precision de hacer paces con el de Córdoba, con cuyo permiso pasó á aquella ciudad, á que le curasen de la hidropesia los famosos medicos árabes. Supo en este tiempo el glorioso martirio de San Pelayo, que habia sucedido treinta y cuatro años antes, y concibió gran deseo de llevarse á Leon estas santas reliquias, cuando se viesse restituido á su reino. Luego que lo fué sin contradiccion el año 960, desde luego comenzó á edificar un monasterio de la órden de San Benito, bajo la invocacion de San Pelayo, para colocar en su iglesia el sagrado cuerpo; y envió á Córdoba á D. Velasco, obispo de Leon, y otros caballeros de su corte con embajada particular, á pedir al Moro el sagrado cuerpo, asegurado por la amistad de ambos que no se lo negaria. Ayudaban mucho al

intento del rey Doña Teresa su mujer, y su hermana monja la infanta Doña Elvira.

El año siguiente 961 murió Abderramen. Sucedióle su hijo Alhacan ó Haliatan, con quien D. Sancho renovó la paz que con su padre tenia hecha, alcanzando de él por medio de sus embajadores enviase las reliquias de S. Pelayo. Llevolas á Leon el obispo Velasco ya cuando D. Sancho habia muerto, el año 967, que fué el primero del reinado de Ramiro III su hijo. Fueron recibidas con gran pompa de obispos, prelados y grandes del reino y con devocion y alegría de todo el pueblo y colocadas en una arca de plata en el templo que habia edificado D. Sancho.

Allí permanecieron las santas reliquias hasta que enflaquecido el poder de los cristianos, primero por falta del rey, despues por las desavenencias de los condes, creció el de los moros. Tanto que en la segunda entrada que hizo Alamanzor talando las tierras de Castilla, como los leoneses y asturianos temiesen el saco y la profanacion de las cosas sagradas, pusieron en salvo las escrituras de los archivos y los tesoros de las iglesias y las reliquias, entre las cuales se cuentan las de S. Pelayo, que fueron llevadas á Oviedo, y colocadas en el convento de religiosas de S. Juan Bautista, cuya prelada era la reina D.^{na} Teresa, viuda de D. Sancho, la cual desde Leon se retiró á Oviedo, y hacia vida religiosa, conforme á lo establecido para las reinas viudas. En este monasterio estaban ya las reliquias de S. Pelayo el año 996, como consta de un privilegio de D. Bermudo II que cita Morales como espedido en aquel año.

Finalmente, el año 1053 el rey D. Fernando I hallándose pacífico en el reino pasó á Oviedo con D.^{na} Sancha su mujer y algunos obispos, é hizo trasladar el cuerpo de S. Pelayo al altar mayor de la misma iglesia; mejoróle tambien el arca de plata en que ahora se guarda. Hay gran devocion á S. Pelayo en Asturias, en Galicia y Castilla, y tienen dedicadas á su nombre muchas iglesias. La santa iglesia de Oviedo celebra su martirio el dia 26 de junio, la de Córdoba el dia 21. En Salamanca tambien le hacen fiesta, y hay en esta ciudad una parroquia dedicada á nuestro Santo.

DIA XXVII.

San Zoilo ó Zoil, y compañeros, mártires.

EN el tiempo que los emperadores Diocleciano y Maximiano movieron contra la Iglesia una de las mas sangrientas persecuciones que padeció, florecia en Cordoba S. Zoilo, natural de la misma ciudad, á

quien Prudencio llama *Zoelo*, descendiente de distinguida prosapia, acreditando por sus laudables acciones la nobleza de su calidad. Educado en la fé de Jesucristo, no satisfecho con seguir ocultamente la profesion de cristiano, como lo ejecutaban otros en aquellas calamitosas edades; hacia en la juventud pública ostentacion de su religion predicando sus infalibles verdades á vista de los paganos con animosa resolucion.

Venido Daciano á Córdoba por junio del año 303, le dió luego en rostro la fama de este ilustre mancebo, y creyó que venciénndole á él tenia allanada en gran parte la conquista infernal que venia á hacer en España. Y si se resistia á adorar los ídolos, dejaria escarmentados á los otros con su castigo. Conduciéndose, pues, con esta idea, principió á reconvenirle en estos términos. *¿Por qué siendo noble, pones á tu linaje tan feo borron, siguiendo el sistema de una gente vil como los cristianos, que no teniendo títulos de honor con que darse á conocer en la república, querian hacerse conocidos por inventores de novedades? Nuestra religion está autorizada con la antigüedad; pero la vuestra nació ayer, tan desvalida, que es afrenta profesarla; y tan perseguida, que el no dejarla es temeridad. Créeme, Zoilo, obra como caballero, deja el error en que estás, pues de lo contrario serás la víctima de mi indignación, y el escarmiento de tus semejantes.*

Vicio de infames son las mentiras, respondió Zoilo, así como es propio de los nobles decir y defender la verdad. La ley de los cristianos lo es sin duda, pues es su autor el verdadero Dios. Vuestras deidades si que son de ayer, hechuras de las manos de los hombres, que no pueden, ni son capaces de dar divinidad á las piedras, ni á los leños de que formais vuestros vanos ídolos; ¿Qué caso se ha de hacer de una religion que tributa culto á los adúlteros, homicidas, y hombres perversos, confesados así por vuestros mismos poetas en la historia de sus vidas?

No teniendo el presidente que responder á semejantes discursos, le dijo: *A vosotros los cristianos no se ha de satisfacer con palabras, sino con obras, pues estais tan preocupados con vuestras necedades, que ni de vosotros mismos teneis compasion, arrojándoos como desesperados á vuestra ruina: escoge, pues, ó vivir con honor y comodidad, sacrificando á los dioses, ó morir á la violencia de diferentes tormentos.* No alteró al santo jóven tan terrible amenaza, antes bien deseoso de testificar con su sangre las verdades infalibles de nuestra santa fé, comenzó á predicarla con mas valor, declamando con igual brio contra los delirios y necedades de la idolatria.

Irritó una resolucion tan generosa tanto el ánimo de Daciano, que mudando de tono, mandó que le azotasen furiosamente, y que despedazasen sus carnes con garfios de hierro; pero manteniéndose Zoilo

en medio de las crueldades con un semblante sereno, dando gracias al Señor, porque le hacia digno de padecer por su amor, vuelto al tirano, le decia: *Hiere, rasga, y despedaza mi cuerpo, pues mientras mas le atormentes, mas crecerá mi corona; pues mi Maestro y Señor Jesucristo enseña en su Evangelio á sus discípulos á no temer á aquellos que solo pueden causar la muerte corporal. Sabe que ésta para mí es el fin de todos los males, y el principio de una inamisible felicidad; pero para tí será entrada á una eterna noche de tinieblas infernales, donde en compañía de los demonios serás atormentado por los siglos de los siglos sin esperanza alguna de refrigerio.*

El juez no podia sufrir aquella firmeza celestial que condenaba su fiereza. Bebieron el coraje de Daciano sus ministros, y como embriagados de igual rabia arremetieron de nuevo contra el santo mozo, y abriéndole con cuchillos las espaldas le rasgaron las entrañas y le sacaron los riñones; crueldad apenas vista en fieras. Mostró Dios entonces el poder de su brazo, conservando la vida al que debiera morir segun las leyes de la naturaleza. Holgaba el bendito mancebo de verse descarnado por Cristo, cuyo amor tenia tan entrañado en el pecho, que ni aun con las entrañas se lo pudieron arrancar. Corrian del cuerpo roto arroyos de sangre, y envuelto en ella el aliento de la vida; mas restaba entera la alegría de padecer. No pudo ya el tirano sufrir por mas tiempo tan ilustre ejemplo de fortaleza, tan alto menosprecio de los bienes caducos de esta vida, tanta burla, ni desprecio como hacia Zoilo de su ira y de sus tormentos; y tembriagado en su propia cólera, usurpando el oficio á los verdugos, le cortó la cabeza con sus mismas manos.

Con él, ó poco despues de él, fueron tambien degollados hasta diez y nueve ó veinte santos confesores, que estaban encarcelados por la fé (*), mandándolos enterrar vilmente entre las sepulturas de los peregrinos y extranjeros, para que mezclados con los otros cadáveres no pudiesen ser conocidos y sacados de allí por los cristianos. Fué su martirio tal dia como hoy por los años 505 en que se publicó el edicto de Diocleciano y Maximiano contra la Iglesia.

Alli se mantuvo desconocido el cuerpo de nuestro santo por el espacio de muchos siglos hasta el reinado de Sisebuto cerca del año 615 en que el mismo Santo se apareció al obispo de Córdoba llamado Agapito (**), y manifestándole el sitio de su sepultura le previnó

(*) En el número de los compañeros de S. Zoilo no están de acuerdo los documentos que tenemos de su martirio. Unos dicen que fueron veinte y dos, algunos Martirologios nombran doce, otros diez y ocho etc.

(**) No debe confundirse este obispo con otro del mismo nombre de la misma ciudad que en el año 589 asistió al concilio 3.º de Toledo en que los godos adjuraron la herejía arriana. Fué este concilio en tiempo de Recaredo.

era voluntad de Dios el que trasladase su cadáver á mas decente lugar. Pasó el obispo inmediatamente acompañado del clero y pueblo al lugar indicado, y tomó la arada no dejó de cavar en la tierra, hasta que descubrió las santas reliquias, besándolas tantas veces, y con tanta intension que se le cayeron dos dientes en el acto de aquella profunda veneracion. Alegres todos por tan feliz hallazgo entre suaves cánticos y festivos parabienes, le colocaron por entónces en la pequeña iglesia de S. Felix, hasta que habiendo edificado Agapito un magnífico templo dedicado al Santo, se trasladó á él, donde despues se enterraron los santos Cristóbal, Leovigildo, Pablo diácono, Teodomiro y otros muchos mártires de los que padecieron en las persecuciones de los agarenos.

En la iglesia dicha permanecieron las reliquias de S. Zoilo hasta que se trasladaron al monasterio de Carrion, del órden benedictino, por los años de 1070 poco mas ó menos, por el siguiente motivo: habia servido al rey moro de Córdoba, el conde Fernan Gomez de Carrion en la guerra que tuvo contra otros moros sus enemigos, y pidiéndole en recompensa el cuerpo de S. Zoilo, concedido gustosamente por el árabe, le traslado con el de S. Felix al espresado monasterio, fundado por su madre D.^a Teresa mujer del conde D. Gomez de Carrion, donde se les depositaron en dos arca preciosas de plata, dignándose el Señor obrar repetidos prodigios por la intencion de su fiel siervo.

No fué esta traslacion al parecer de todo el cuerpo entero, porque consta que casi doscientos años ántes de ella envió S. Eulogio al obispo de Pamplona Wilesindo la canilla de un brazo, pidiéndole edificase iglesia donde colocarla con la debida decencia.

Trató en el año de 1600 la ciudad de Córdoba con el general benedictino, que era á la sazón Fr. Juan de los Arcos, y con Fr. Placido de Huesca abad del de Carrion, que le concediesen algunas reliquias del Santo; y habiéndose abierto el arca de su depósito, despues de tantos siglos, se hallaron los huesos, camisa, ropa y cingulo de S. Zoilo bañados con la sangre de su pasion. Por entonces no tuvo efecto el llevar á Córdoba las reliquias que ofrecieron aquellos monges por la peste que sobrevino á aquella ciudad y por la muerte del obispo D. Francisco Reinoso que favorecia mucho el deseo de ella. De S. Zoilo habian quedado reliquias en Córdoba en la iglesia de los tres santos Fausto y sus compañeros que hoy es de S. Pedro, las cuales se hallaron en tiempo de Roa. El año 1714 se llevó de Carrion á Córdoba una reliquia de S. Zoilo, la cual fué colocada en la ermita de nuestro Santo que está en frente de la iglesia parroquial de S. Miguel.

En Córdoba se conservan junto de la citada antigua iglesia de S. Miguel unas casas, que por tradicion se cree haber sido las de la habitacion del Santo, en las cuales se tiene en grande veneracion un po-

zo que llaman de S. Zoilo, cuyas aguas han hecho admirables curaciones de los dolores de riñones; por lo que confirman los naturales otra de las actas que se refieren de su martirio; á saber, que enfurecido el tirano de ver su constancia en la pasión, mandó sacarle los riñones por las espaldas, los que arrojaron en este pozo.

De los milagros de S. Zoilo dejó escrita una coleccion á ruego de S. Pedro Venerable, el monge Rodulfo que estaba en el convento de Carrion de los Condes por los años 1136, cuyo original se guarda ó se guardaba en aquel archivo.

DIA XXVIII.

San Argimiro Mártir.

OTRO de los ilustres mártires de Jesucristo, que padecieron en Córdoba en la sangrienta persecucion que suscitó el bárbaro rey Mahomad contra los cristianos, fué San Argimiro, natural de la antigua Egabro, ciudad antes con silla episcopal, que hoy es la esclarecida villa de Cabra en el reino de Córdoba. La distincion de la calificada nobleza, y las recomendables prendas de Argimiro le granjearon la gracia de Mahomad, no obstante el odio mortal con que miraba á los profesores de la religion cristiana, en tanto, que le hizo merced del oficio público de censor en Córdoba, corte de los agarenos. No nos dice S. Eulogio, ni las historias de aquel tiempo, el cargo de aquel empleo, bien que parece fué semejante al que tuvieron los censores acostumbrados entre los romanos; de cuya inspeccion era formar los registros de los vecinos, y las haciendas de los ciudadanos, para exigir de ellos los tributos que debian pagar al erario: Sanchez de Feria conjetura que equivalia al de juez ó prefecto, al cual estaba aneja jurisdiccion y administracion de justicia; pero fuese este ó cualquiera otro el cargo de censor entre los moros, es lo cierto, que lo tuvo Argimiro, y que le ejerció con aquella pureza y con aquella equidad que prometia la justificacion de su conducta, labonada con la arreglada circunspeccion de sus costumbres, y finalmente con su glorioso martirio.

S. Eulogio, historiador de sus actas, le atribuye el honroso título de ilustre confesor, que se daba en los primeros siglos de la Iglesia á los que confesaban públicamente la fé ante los tribunales de los gentiles; cuyo acto solemne hizo Argimiro ante los jueces agarenos, y habiendo sido privado por él del oficio de censor, se retiró á uno de

los monasterios que florecian por entonces en la observancia regular, así en Córdoba como en sus inmediaciones, con el noble objeto de dedicarse enteramente al servicio del Señor. Cuando se vió en el claustro, quiso aspirar á la cumbre de la mas alta perfeccion con tanto mas fervor, quanto era mayor el conocimiento que tenia de las estragadas costumbres del siglo, de la amargura de sus deleites, y del caduco fin de sus bienes y honores; y para satisfacer el tiempo que habia perdido, se entregó á una penitencia sin limites, á una oracion casi continua, y á los demas ejercicios que recomienda nuestra santa religion. Presto alteraron los enemigos de Jesucristo la paz interior y exterior que gozaba el ilustre monge, pues resentidos así de la pública confesion, como del rumbo que habia tomado, lo delataron al juez con la acusacion de que decia contra su profeta, que era autor de enormes falsedades, y caudillo de innumerables perdidos; colocando en esta clase á todos cuantos seguian el Alcoran. No oyó el juez la queja con indiferencia, puesto que el mayor delito que podian cometer los cristianos era hablar mal contra Mahoma; y arrebatado de un furor extraordinario, sin que precediese otra informacion que la de los delatores, mandó poner á Argimiro en una dura prision cargado de pesadas cadenas. Dió orden, pasados algunos dias, de que le condujesen á su tribunal, creyendo hallarle abatido con los trabajos y con las molestias de la prision; luego que le tuvo á su presencia, quiso persuadirlo á que renegase de Jesucristo, y que abrazase la ley de Mahoma, valiéndose para ello tanto de promesas ventajosas, como de amenazas terribles.

Estaba Argimiro acostumbrado á ver á los héroes del cristianismo que padecieron en su tiempo con no menos honor de la religion que confusion de los infieles; y despreciando con generoso valor los partidos que le propuso el juez, ratificó de nuevo la misma confesion que antes tenia hecha á presencia de los moros. Hizo ver con una fortaleza y con una elocuencia maravillosa la verdad y la justificacion de la ley de Jesucristo abonada por la santidad de su legislador: añadió al mismo tiempo, que el autor del Alcoran era un falso profeta indigno de este título, inventor de ridículos embustes, propagador de los mas enormes vicios, y causa de la perdicion de innumerables gentes, que negándose á lo mismo que dicta la luz de la razon, vivian sumergidos en una miserable constitucion, que irremisiblemente los conducia al abismo: en fin, peroró con tanto espíritu sobre la ceguedad de los mahometanos, que no pudiendo el juez sufrir por mas tiempo los desprecios que oyó contra su profeta, hizo atormentar en un potro al ilustre confesor, escediéndose de lo que sus leyes mandaban en casos semejantes; pero viendo la serenidad con que sufrió Argimiro la crueldad de aquel inusitado castigo, no pudiendo contener

la indignacion dentro del pecho, hizo por si mismo los oficios de verdugo, atravesándole el cuerpo con un alfanje tal dia como hoy en el año 856, que fué el de su glorioso martirio. Pusieron los moros el venerable cadáver en un palo á la vista de la ciudad, donde se mantuvo algunos dias, para que sirviese de terror á los cristianos; pero teniendo arbitrio un piadoso monge para recogerlo, le dió sepultura en la iglesia de S. Acisclo, junto á la de S. Prefecto.

Halláronse y están hoy sus reliquias en la parroquia del apóstol S. Pedro de Córdoba.

DIA XXIX.

Santa Benedicta, virgen.

Por las actas de S. Fructuoso, arzobispo de Braga, sabemos de su discipula Santa Benedicta una de las mas ilustres virgenes que han florecido en España, digna de los mas altos elogios por el generoso desinterés con que renunció todos los bienes, y todas las conveniencias del siglo, por consagrarse al servicio del Señor. Supo Benedicta (natural segun se cree del territorio de Cádiz) los progresos que hacia San Fructuoso en el célebre monasterio que erigió en el territorio gaditano, llamado Nono por ser el nueve de los que fundó aquel insigne prelado, y encendida en vivísimos deseos de seguir los acertados pasos de las muchas personas que habian concurrido á vivir bajo la disciplina de tan célebre maestro, quiso participar de su enseñanza. Pasó al desierto donde estaba San Fructuoso, y manifestándole sus buenos propósitos, le rogó humildemente, que la dirigiese por el camino del cielo. Examinó el Santo á fondo el ánimo de Benedicta; y conociendo que era el Espíritu de Dios el que le inspiró tan nobles ideas, la labró una pobre celda no distante de su monasterio, adonde concurría lleno de caridad á instruirle en las máximas de la mas alta perfeccion, cuidando que no le faltase lo necesario para su alimento. Cuando se vió Benedicta en lugar tan retirado de todo el comercio humano, se sintió movida mas que nunca para los santos ejercicios que la enseñó su maestro, y desde aquel punto no tuvo otra ocupacion que crucificar su carne con el rigor de las penitencias, pasando en oracion los dias y las noches entregada en la contemplacion de las grandezas divinas.

Previó el enemigo de la salvacion los grandes progresos que haria la ilustre virgen bajo la direccion de su santo preceptor, y para

impedirlos, se valió de todos los artificios que le sugirió su refinada malicia. Tenia Benedicta prometidos esponsales con cierto caballero igual á sus circunstancias, y resentido éste de que hubiese faltado á su promesa, se quejó al rey, para que la precisase á cumplir la obligacion contraida. Nombró el rey juez que decidiese la instancia; y habiendo pasado el comisionado en compañía del pretendiente al desierto donde se hallaba la insigne doncella á oír sus descargos, fueron tan eficaces las razones que alegó sobre que debía preferir el Esposo eterno á otro alguno temporal, que sentenció el juez en favor de su libertad.

Libre ya Benedicta de semejante tribulacion, capaz de ejercitar su paciencia, continuó en sus santos ejercicios con tanto fervor y con tanto anhelo, que estendiéndose la fama de su eminente virtud por toda aquella region, concurrió un gran número de doncellas al retiro de su pobre celda, ansiosas de seguir el tenor de su admirable vida. Consideró precisa S. Fructoso la ereccion de un monasterio, para que viviesen aquellas ilustres vírgenes que deseaban consagrarse al servicio del Señor; y habiéndolo edificado, como era preciso elegir superiora para el gobierno de aquella comunidad, nombró á Benedicta á pesar de su humilde resistencia. Conoció la insigne virgen que una prelada debe ser tan superiora en las virtudes como lo es en el empleo, y se dedicó enteramente á que en sus acciones viesen sus súbditas lo mismo que exhortaba con sus palabras.

Fácil es de creer los progresos que haria la ilustre colonia de esposas de Jesueristo bajo la direccion de una maestra tan santa, asistida para el acierto de su gobierno de un hombre tan eminente como San Fructuoso. Recibió Benedicta la regla para vivir que le dió el santo prelado, y todo su pensamiento y toda su ocupacion en adelante fué dar todo el lleno á las altas ideas de perfeccion á que era llamada. Con esta mira hizo que su monasterio fuese el objeto de la admiracion de toda aquella region; y por lo mismo se veian concurrir á él muchas nobles doncellas distinguidisimas por sus circunstancias á seguir el ejemplo de la santa madre, que observó siempre el rigor de evitar á sus súbditas toda comunicacion con personas de distinto estado, sin permitir que se llegasen al monasterio los seglares, ni aun los monjes, á no ser que fuese para la administracion del sacramento de la penitencia, ó para celebrar el santo sacrificio de la misa. En fin quiso Dios premiar los grandes merecimientos de su fidelísima sierva, y la llevó á gozar de su vision beatifica tal dia como hoy hácia la mitad del siglo VII.

DIA I.^o DE JULIO.

San Simon Labrador.

EN este día se celebra en la iglesia parroquial de S. Georgio del lugar de Azuelo la memoria de S. Simon Labrador, de quien no nos constan sus actas, porque la injuria de los tiempos robó á la posteridad las importantes noticias de los ilustres hechos de este y otros muchos héroes que han florecido en España: solo sabemos por relacion del M. Egidio Gonzalez de Avila, cronista real en el teatro de la Iglesia de Castilla, que el cuerpo de S. Simon natural de Cabredo se conserva en grande veneracion en la capilla mayor de la espresada iglesia parroquial, donde se celebra su fiesta con asistencia de las nueve villas circunvecinas, á quien tenian por patrono los labradores, de cuya poderosa intercesion para con Dios se valen en la escasez de lluvias, por la que se han visto, y se ven cada día maravillosos efectos.

DIA II.

San Longinos.

EN el convento de religiosos franciscos observantes de la Salceda sito en la provincia de la Alcarria, se celebra en este día la memoria de S. Longinos, cuyas reliquias estraidas de los cementerios de Roma y trasferidas á España, se colocaron en el espresado monasterio por su fundador el ilustrísimo señor D. Pedro Gonzalez de Mendoza, arzobispo de Granada. De este ilustre mártir de Jesucristo solo nos dicen los escritores de sus actas, que fué ciudadano de Roma, profesor de la milicia en tiempo del emperador claudio Neron, uno de los tres soldados destinados para la custodia del apóstol S. Pablo, cuando estuvo preso en aquella capital; y habiéndose convertido á Jesucristo con sus dos compañeros Acesto y Mexisto en vista de los estupendos prodigios que obró el apóstol de las gentes, despues que fué este decapitado, padecieron los tres ilustres confesores martirio por orden de Neron en el día 2 de julio del año 68.

DIA IV.

San Laureano arzobispo de Sevilla.

ENTRE los obispos celebres que han florecido en la iglesia por su eminente virtud y por su zelo apóstolico en la defensa de la fé católica contra la herejía arriana, es digno de memoria eterna S. Laureano, arzobispo de Sevilla. Nació este héroe, verdaderamente grande, en la inferior Panonia, parte del reino de Hungría. Aunque su casa era una de las mas distinguidas del pais, tenia la desgracia de estar envuelta entre los crasos errores del gentilismo, en el que procuraron educar sus padres al niño; pero las primeras luces de la razon que en él se despertaron, dieron á entender fácilmente que corria por especial cuenta de Dios la direccion de su espíritu, dejándose ver sensiblemente los influjos de la gracia en el infante, que solo tuvo de niño la inocencia. Un pariente suyo católico, que contemplaba repetidas veces las celestiales prendas con que Dios habia dotado al jóven, prevenido con aquellas interiores luces, y sobrenaturales inspiraciones conducentes á los nobles designios para los que le eligió la divina Providencia, quiso darle á gustar los altos dictámenes de la religion cristiana, y en él halló una fiel correspondencia á sus saludables exhortaciones, y un asenso total á la doctrina del evangelio. Deseoso de abrazar la profesion de la verdad, dejó á su patria, padres y parientes cerca de los veinte años, y se partió á Milan acompañado de su deudo, con el objeto de instruirse en la fe, mediante á que florecia en aquella gran metrópoli, ilustrada por insignes maestros, á esfuerzos del infatigable zelo de los prelados de la misma iglesia.

Hallábase á la sazón obispo de Milan S. Eustorgio II, varon de grande mérito, á quien se presentó Laureano, é informándole el motivo de su venida, tomó á su cargo el instruirle en las infalibles verdades de nuestra santa fé; y admirado el catequista de la capacidad, del entendimiento del catecúmeno, de la superior luz de su inteligencia, de su amable condicion, y sobre todo de la interior fábrica que en él iba labrando el Omnipotente, le administró el sacramento del Bautismo, y reengendró en la vida sobrenatural aquel hombre nuevo que en el arreglo de su conducta apenas tuvo que desnudarse del antiguo.

Agradecido Laureano de este beneficio se consagró al servicio de Dios enteramente, pidiendo al Señor de continuo que no permitiese

en su alma sombra alguna que asease la divina semejanza estampada en ella. Arreglado á esta idea se entregó á la oracion, y no omitió mortificaciones, ni ejercicios de piedad que pudieran contribuir á la perfeccion que deseaba. Aplicóse al estudio de las ciencias, y como se hallaba dotado de un perspicaz y profundo entendimiento, hizo en ellas maravillosos progresos. Incorporado en el clero de aquella metropolitana iglesia, y persuadido S. Eustorgio de la utilidad que le resultaría en un ministro de tales prendas, le ordenó de diácono á los veinte y cinco años; en cuyo ministerio se dejó ver nuestro Santo con edificacion comun, rígido en la abstinencia, frecuente en los ayunos, observante de las santas vigiliass, continuo en la oracion, liberal en las limosnas, solícito en cuidar de los pobres, modesto en la conversacion, pacífico en sus movimientos, singular en la hospitalidad, esclarecido en todo estudio de la milicia espiritual, y zelosísimo defensor de la fé católica contra los herejes arrianos, que con sacrilega impiedad procuraban manchar el mas sacrosanto dogma de nuestra santa religion.

Cuando Laureano vivia en Milan respetado, y aun venerado de todos por la inocencia de su vida, y demás brillantes prendas, dispuso Dios que hiciese tránsito á España. No nos dicen los escritores de sus actas el motivo de este viage, aunque algunos opinan que fué el de huir de Totila rey de los ostrogodos en Italia, arriano de profesion; bien que otros discurren distintas probables conjeturas; en cuya incertidumbre parece que nos debemos inclinar á que esta transmutacion la ordenó la divina Providencia para que se cumpliesen los altos designios que tenia sobre su persona. Dirigióse á Sevilla en tiempo que regia aquella cátedra Masixo, segun unos escriben; bien que otros con atencion á la época opinan que era Salustio, varon esclarecido en ciencia y santidad. No tardó Laureano en darse á conocer en aquella capital por la inocencia de su vida, por sus laudables costumbres, y por su zelo verdaderamente apostólico; por cuyos relevantes méritos fué promovido á la dignidad de arcediano de la misma iglesia segun testifican varios autores; dignidad condecorada en aquellos siglos con la jurisdiccion amplia, y otras prerogativas que son notorias en la disciplina eclesiástica. Colocado en aquel alto empleo, fué el objeto de la admiracion y aun de la veneracion pública la singular prudencia, la suavidad del trato, y la celestial doctrina de Laureano, y no menos su puntual asistencia á todas las obligaciones de su cargo.

Ocurrió la muerte del arzobispo de Sevilla por los años 520, segun el mas arreglado cálculo; y como los obispos sufragáneos (que por establecimiento de los antiguos cánones debian concurrir á la metrópoli, donde examinados los votos del clero é inclinaciones de los ciudadanos, eligiesen por metropolitano el mas digno entre los presbíte-

ros, ó diáconos de la misma iglesia) no se pudieron juntar á la eleccion á causa de los maliciosos ardides de que se valieron los herejes arrianos para impedirlo; permaneci6 vacante aquella cátedra cerca de dos años hasta el de 522, en el que congregados, reconocidas las cualidades de aquellos que podian ocupar la silla arzobispal, fué preferido por universal consentimiento Laureano por la heroicidad de sus virtudes, por el conocido acierto que manifestó en su empleo, y con especialidad por su infatigable zelo por la religion cat6lica; precisa circunstancia en aquellas críticas en que los herejes arrianos hacian las mas fuertes tentativas para que prevaleciese su impiedad.

Apenas se colocó en el eminente candelero de la iglesia de Sevilla la brillante luz de nuestro Santo, cuando acreditó con pruebas prácticas el acierto de su justificada eleccion. Su desvelo sobre el rebaño cometido por Dios á su cuidado, con menos dificultad se considera, que pueden las voces esplicarle. No satisfecho su corazon con surtir á su grey con los saludables pastos de celestial doctrina, y atender como padre caritativo á toda clase de necesidades; perseguia los vicios con una entereza inflexible, al paso que con una dulce suavidad escitaba á practicar las virtudes; debiéndose á su zelo siempre activo la magnificencia del culo divino, y la reforma de las costumbres, dirigidas á este fin sus frecuentes predicaciones, sus sabias exhortaciones, sus consejos y sus apostólicas fatigas.

Penetrado del mas vivo dolor su corazon al ver tan arraigada en los ánimos de los godos la herejia de Arrio, aplicó todo su esfuerzo en extinguir esta peste, que hacia muchos años inficionaba la nacion con su veneno. Con su celestial doctrina, y la realidad de sus ejemplos, confirmada la verdad de aquella con frecuentes milagros, logró que convenciese la admiracion, lo que no convencia la razon cristiana; aunque muchos cerrando los ojos á tanta luz, permanecian tanto mas culpables en su engaño quanto la obstinacion era mas voluntaria. Diez y siete años consumió este ejemplarísimo pastor en el perpetuo ejercicio de su apostólico zelo, sin dar apenas lugar á la intermision indispensable que exige el natural descanso; por lo que ponderando el cardenal Baronio su mérito, dijo: que en el ardor de la fé y libertad de predicarla escedió Laureano á todos los cat6licos de su siglo.

A una virtud tan sobresaliente no podia faltar la prueba de la tribulacion, que acrisolase mas y mas sus merecimientos. Murió Alarico, rey de España, en el año 507, en la batalla con Clodoveo de Francia, y recayó la corona en su hijo Amalarico en la menor edad, por lo que su abuelo Teodorico, que reinaba en Italia, tomó á su cargo los oficios de tutor, y dió á conocer los de monarca en los dominios de España. Nombró por ayo de Amalarico, y sustituyó por sí en la administracion del reino á Theudes, Theuda, Theudo ó Theudio, con

cuyos nombres le llaman los escritores, varon sagaz, que valiéndose de medios injustos, llegó por fin á ocupar el trono en el año 531. En los principios de su reinado, mas atento á los intereses de su ambicion que á su secta, lo experimentaron los herejes arrianos poco ó nada favorable, y así ofreció una paz á la Iglesia capaz de que pudiesen los católicos ejercer libremente sus funciones. Pero apenas se aseguró en el solio, halló en su pecho, ó en su disimulo permision el orgullo de los arrianos, en términos que se introdujo en Sevilla y en todo su arzobispado tal iniquidad, que en breve creció en una terrible tempestad. Era el ánimo de los herejes dar fin á la vida del santo pastor, á quien miraban como á enemigo el mas temible; y en efecto inclinaron Theudes á esto mismo, en fuerza de la calumnia que levantaron los sectarios contra la inocente conducta de Laureano, cuyo ardiente zelo por la defensa de la fé católica ofendia el ánimo de un príncipe profesor de la impiedad, se escitó contra él una sedicion furiosa que amenazaba consecuencias funestísimas.

En esta constitucion lamentable, estando Laureano un domingo antes de romper el alba entre sueño y vigilia, se le apareció un hermoso jóven (que se cree fuese un ángel), adornado con vestiduras blancas, y llamándole en tono suave tres veces por su nombre, le dijo: *Levanta, y retírate de esta plebe maligna, que no merecia gozar de tu presencia, ni ser defendida con tus ruegos: no dilates la fuga; acelera el paso, que yo he de guiarte. Y sabe que en tu ausencia quedará reducida á suma desventura esta ciudad: la asfligirá la hambre, la infestará la peste, y por espacio de siete años la negará Dios el beneficio de las lluviás; hasta que honrada con tus reliquias, su misericordia la visite, y convierta á penitencia los ánimos de sus moradores.*

A continuacion de tan funesto aviso, pasó Laureano al templo, celebró el santo sacrificio de la misa, y en un sermon que hizo al pueblo con su acostumbrado zelo hasta la hora de tercia, le manifestó deshecho en lágrimas los terribles castigos que amenazaban á Sevilla. Concluido este acto, corrió por las calles de la ciudad con el báculo en la mano el triste pastor predicando penitencia, como otro Jonás á los de Ninive, valiéndose de las armas de nuevo llanto y nuevos suspiros para vencer á los corazones rebeldes, y moverles á arrepentimiento de sus culpas. Despidióse del pueblo con estos tristes síntomas, salió de Sevilla ya puesto el sol, acompañado del mismo jóven que le ordenó la fuga, y dirigió su rumbo para Roma. Fué su camino un itinerario de prodigios; memorable entre otros la vista que dió á un ciego, y la resurreccion de un difunto, los que llevaron la fama de su santidad por todas partes.

Llegó Laureano á la capital del orbe cristiano cuando ocupaba la

cátedra de S. Pedro Vigilio, único de este nombre, quien informado de su venida, y del motivo, le trató con el honor correspondiente á su dignidad, y con el amor de que era digna su persona. Sirvió de mucho consuelo al papa un varon de virtud tan conocida, en tiempo que combatian su angustiado corazon por una parte las invasiones de los godos en Italia, y por otra las inquietudes de la iglesia en el Oriente; acrecentando sus temores no menos la fácil condicion de Justiniano, que la presuntuosa audacia de Teodora Augusta; cuyos designios se convirtieron de favorables en contrarios al sumo pontífice, desde que sus rectísimos fines impidieron los medios injustos de que se valió la emperatriz. Quiso Vigilio, para dar á nuestro santo pruebas de su estimacion, que celebrase de pontifical en la basilica de S. Pedro; bien fuese en la festividad de su cátedra en Roma, ó en otra distinta sobre que se controvierte. Hizolo Laureano, obediente á las insinuaciones del vicario de Jesucristo, y reparando al salir del templo, acompañado de muchos obispos y otras personas del clero y de la primera nobleza, en la puerta del Vaticano á un pobre anciano baldado de pies y manos, que encendido en viva fe le pedia que le sanase, no menos movido de compasion, que de confusion al oír que le creía con tanta virtud, que pudiese dispensarle aquel beneficio; como su corazon era no menos magnífico que caritativo, antepuso á los respetos de su humildad la causa del doliente.

Quiso el Santo usar del arbitrio de que toda la comitiva volviese á entrar en la basilica á orar para que el príncipe de los apóstoles se dignase repetir con aquel enfermo igual prodigio que el que ejeculó en vida con otro de su clase en la puerta del templo de Jerusalem, á fin de atribuirle á S. Pedro la gloria de aquella accion; pero Dios no quiso pasar por este disimulo, pues dando á la virtud de su siervo el crédito de que se escusaba, apenas dijo al tullido, *haz que los que te traen te pongan ante los humbrales de S. Pedro, que por sus méritos conseguirás la salud*, la consiguió perfectamente; causando este milagro los mismos efectos en los concurrentes, que causaria en nosotros al ver semejante maravilla.

Persuadióle Vigilio que se detuviese en Roma, conociendo los ventajosos frutos que resultarían á aquella viña con tan admirable obreiro: condescendió el Santo con el órden del vicario de Jesucristo (aunque no nos consta el tiempo fijo de su estancia en aquella capital), y estando en oracion en cierta ocasion, comunicando con Dios sus afectos por este medio, se le apareció el mismo jóven, perpetuo y fiel compañero, y le habló en los términos siguientes: *Ea Laureano, ten buen ánimo, pues se acerca el glorioso fin de tus fatigas, el logro de tus deseos, y el premio de tus méritos. Camina á Francia, donde es voluntad del Altísimo que en Tours visites el cuerpo del gran confe-*

sor S. Martin; haz allí oracion, prepárate para el martirio, y parte luego á recibir la palma al territorio de Bourges, en cuyos espacuosos desiertos está el lugar ó aldea llamada Vatan: su campo es el teatro que destina Dios á la mayor de tus victorias, y superior de tus triunfos. Por todas partes te buscan ministros del rey, y es voluntad de Dios darles permission en aquel sitio para la consumacion de su delito por la de tu mérito. A Sevilla será llevada tu cabeza, donde consagrado templo al Altísimo en honor tuyo, será colocada y venerada: así tendrá la profecía cumplimiento: aplacará Dios sus enojos, mirará aquella ciudad con clemencia, y la favorecerá con lluvias y frutos. Pórtate, Laureano, como varon fuerte, que es muy grande el premio que te espera.

Recibió Laureano con inesplicable gozo tan alegre nueva, como terminó de sus fatigas, y serenidad de sus congojas, mirando ya cerca la gloria de testificar la fe con la sangre de sus venas, y de que se aproximaba la felicidad de Sevilla, mediante á que Dios se dignaba moverla á penitencia, pues trataba su misericordia del remedio. Encendido su corazón en semejantes afectos, y no menos impelido de ellos, salió de Roma para Francia, y aunque los escritores pasan en silencio los acontecimientos de este viaje, parece creible que se deramaria por todas partes el buen olor de su virtud; de modo, que pudieran entender los agresores, que le buscaban por varias provincias, su arribo á aquel reino. Llegó á Tours, y habiendo visitado el sepulcro de S. Martin, é implorando en aquel santuario la divina asistencia, nuevamente encendido en vivísimos deseos de lograr cuanto antes la dicha que deseaba, partió al territorio de Bourges, antiquísima metrópoli de Aquitania, hoy capital del Berri, de la que dista siete leguas hácia el occidente el lugar de Vastino ó Vatan, corta poblacion entonces, en cuyos desiertos se le habia revelado que conseguiria la corona del martirio: en efecto, apenas caminó media legua de este lugar, cuando acometido de los que habian de emplear en su inocente vida su inhumana crueldad, separaron con un terrible golpe la cabeza de sus hombros, consiguiendo por este medio la corona apetecida en 4 de julio por los años 446.

Luego que ejecutaron los homicidas el atentado, les invadió un repentino terror que los puso en precipitada fuga; pero poniéndose en pie el venerable cadáver, llevando en las manos su cabeza, siguiéndolos, los dijo: *Esperad, tomad esta cabeza; llevadla á Sevilla, y entregadla al que os envió por ella.* Absortos los agresores con tan estupenda maravilla, convirtiendo en reverencia el horror, y en viva fe su perfidia; postrados ante el Santo recibieron la preciosa alhaja para cumplir el orden de su rey, y enterraron á su cuerpo en una cueva, hasta donde habia caminado siguiéndoles.

Algunos autores escriben que fué Totila el rey que dió el órden á los ministros para que llevasen á Sevilla la cabeza del Santo, suponiéndole rey de España; pero no habiendo habido en el reino soberano de este nombre, se cree con gravísimo fundamento, atendiendo á la época del suceso, que fue Tehodes, á la sazón reinante en España, que despachó por todas las provincias pesquisidores de Laureano, á fin de que le diesen muerte. Bien que pudo valerse de Totila, rey de Italia, sabiendo que en ella moraba Laureano, para que auxiliase sus intenciones, lo que me parece pudo dar motivo á semejante equivocacion de atribuir á Totila el execrable hecho.

Partieron los agresores con la cabeza del ínclito mártir, y al entrar por los dominios de España, se comenzó á experimentar la beneficencia del cielo, saciando universalmente con lluvias abundantísimas la escasez que tantos años padecía la tierra. Supo Theodes este y otros prodigios, que se dignó el Señor obrar por la intercesion de su fiel siervo, y arrepentido de su delito, salió á recibir, á pie descalzo, el precioso tesoro, depuestas las insignias reales, vestido de cilicio, y rociada de ceniza la cabeza, queriendo le acompañasen á aquel acto de reverencia muchos obispos, sacerdotes y próceres del reino. Recibió Sevilla la preciosa reliquia de su santo obispo con universal aplauso, cesaron todas sus plagas, purificáronse los aires, fecundáronse los campos, y volvieron á ver los habitantes del país los benignos influjos de aquel apreciable clima.

No quiso Dios que solo España gozase las reliquias del insigne mártir. A los tres dias de su muerte, estando en oracion el obispo de Arles en el sepulcro de S. Cesario, que algunos dicen fué S. Eusebio, y otros, con mas fundamento que S. Aureliano, le avisó un ángel para que pasase al territorio de Bourges, y diese sepultura al cuerpo de Laureano, que hallaria cerca de la villa del Vatan, en una cueva de aquel desierto, manifestándole todo el suceso. Partió sin dilacion el prelado de Arles al indicado sitio, y habiendo encontrado el cadáver, ejecutó su funeral, y trató despues edificar sobre su cuerpo una capilla en honor del Principe de los apóstoles, cuyo título se trasmutó con el tiempo en el de S. Laureano, á virtud de los muchos prodigios que el Señor se dignó obrar por su intercesion, y aun se erigió despues en parroquia. No fue tolerable á los vecinos del Vatan, que el santuario donde se veneraban las reliquias del Santo estuviese retirado del pueblo, defraudando la distancia su culto, y mayor consuelo á los naturales; y movidos de este zelo, le erigieron templo en la misma villa, al que trasladaron su venerable cuerpo, habido en grande veneracion, hasta que invadieron los hugonotes el territorio de Bourges, robaron y destruyeron los templos, ultrajaron las santas imágenes, profanaron los sepulcros, y redujeron á ceniza las reliquias que

se veneraban en ellos; entre cuyos insultos tambien fué materia del enorme sacrilegio el cuerpo de S. Laureano; pues no contentos los impios violadores con arruinar su templo, y robar sus alhajas, le entregaron á las llamas; pero habiendo dispuesto la divina Providencia que se librase del incendio un hueso, que se dice ser del brazo, hallado con universal consuelo de los vecinos del Vatan, le colocaron en lugar decente, hasta que en el año 1100 reedificandó el templo destruido en forma mas augusta que la antigua, le depositaron en él, donde en el 4 de julio, dia de su martirio, se celebra su festividad solemnissimamente.

La cabeza del Santo no hay duda que se conservó en Sevilla en grande veneracion y aprecio hasta la irrupcion de los árabes, de cuyas bárbaras manos la preservó el Señor, como lo declaró el sínodo diocesano de aquella metrópoli, celebrado en el año 1604 por estas palabras: la cual cabeza tenemos entre las reliquias de nuestra santa Iglesia, donde se ha continuado su culto con toda magnificencia, dignándose Dios obrar repetidos prodigios por la intercesion de su siervo.

DIA IV.

El beato Gaspar de Bono, del órden de padres Minimos.

NACIÓ Gaspar de Bono á 5 de Enero de 1530 en la ciudad de Valencia, en el reino de España, de padres honrados, pero tan pobres de bienes de fortuna, como ricos de cristianas virtudes. Su padre que se llamaba Juan de Bonom, era natural de la villa de S. Lambert, en la provincia de Gascuña, y su madre llamada Isabel Juana Monsó, era natural de la villa de Cervera del mismo reino de Valencia. Ejerció Juan de Bonom en dicha ciudad el oficio de Tejedor de lino en su mocedad, y despues en edad mas adelantada el de afilar cuchillos. Criaron estos piadosos padres á nuestro Gaspar en el santo temor de Dios, y él prevenido de copiosas bendiciones de la gracia, ya desde su niñez empezó á dar claros indicios de la elevada santidad á que Dios le tenia predestinado. Era muy obedierte á sus padres y muy ajeno de los pueriles entretenimientos. Todas sus delicias eran, ó estarse en casa retirado á orar, ó asistir en la iglesia á la santa misa y á otros ejercicios de piedad. Desde aquella primera edad comenzó la devota práctica que continuó por toda su vida, de implorar cada dia el patrocinio de la Santísima Virgen con la letania

Lauretana, la Salve Regina y otras devotas oraciones: su diversion era juntar otros niños, formar con ellos una procesion y rodear por las calles vecinas cantando responsos en sufragios de los difuntos y diciendo á trechos en alta voz: *Señor, verdadero Dios, misericordia*. Predicaba Gaspar estos y otros ejercicios de religion con tal modestia y fervor, que causaba asombro á cuantos lo miraban. Sintiéndose inclinado al estado eclesiástico se aplicó al estudio de la gramática, y no obstante que estudiaba con mucha diligencia para habilitarse para el estado á que Dios le llamaba, su incesante aplicacion nada entibió los ardores de su piedad; de modo, que sus maestros le proponian por modelo á los otros discipulos: á los quince años de su edad concluyó los estudios de la gramática y entonces resolvió consagrarse enteramente á Dios en la sagrada religion de Predicadores. Fué en efecto admitido con gusto por aquellos religiosos al noviciado, y mientras estaba ya para recibir el santo hábito, un cuñado suyo logró la ocasion de hablarle, y supo persuadirlo con tanta energía, que á lo menos por entonces retardase su designio, en atencion al desamparo y miseria grande de sus padres; que el santo jóven no sabiendo resistir á la fuerza de sus razones, se despidió con lágrimas de los padres Dominicos, y se salió del convento en compania de su cuñado.

Restituido á la casa de sus amados padres, no pensó sino en elegir una ocupacion con que pudiese aliviar su pobreza. Con esta mira entró á servir en casa de un comerciante de sedas, y aquí aumentó mucho la mortificacion y penitencia que desde niño habia practicado, con el deseo de imitar la conducta de los santos, cuyas vidas leia. Comia una sola vez al dia y aun esta con gran parsimonia, y frecuentemente no tomaba sino pan y agua; su sueño era breve y su oracion casi continua. De la comida que le daban sus amos cercenaba buena porcion de pan y vianda, y la llevaba todos los dias á la casa de sus padres, para que con ella se sustentasen. No conocia ocupacion mas dulce que la de servir á su ciegucecita madre y anciano padre, en barrer la casa, componerles la cama, limpiar los platos, prepararles la mesa, y animarles á sufrir con cristiana resignacion las incomodidades de la enfermedad y pobreza, á cuyo fin les leia frecuentemente algun libro espiritual. Continuó el Beato el espresado tenor de vida en casa del buen mercader por cerca de cinco años, y entrando á los veinte de su edad, considerándose que siendo como era tarde, balbuciente, y casi de ninguna expedicion en la lengua, podia adelantar poco en el comercio ni en otro empleo, pensó que en la carrera de las armas haria tal vez mayores progresos, pues que sus fuerzas, robusta salud y proporcionada estatura le prometian algun ascenso.

Con esta mira y disponiéndolo así Dios, cuyos juicios son verdaderamente incomprensibles, tomó plaza de soldado en un regimiento de caballería del ejército del invicto emperador Carlos V, con el cual pasó luego á Italia, donde militó por espacio casi de diez años, cumpliendo en todo como cristiano y valeroso soldado. Entre el estrépito de las armas, el libertinaje y los peligros que de ordinario acompañan la profesion militar, conservó el Beato la misma inocencia, pureza de costumbres y fervor de espíritu con que habia vivido. frecuentaba los templos y hospitales y se quitaba el pan de la boca para socorrer á los menesterosos con quienes partía su tenue sueldo. Jamás ninguno de sus camaradas pudo distraerle de sus acostumbrados ejercicios de caridad y religion, ni traerle por una sola vez á los excesos del juego, del vino y de la intemperancia. Llegado por fin el tiempo en que el altísimo tenía dispuesto unir á sí con lazos mas estrechos á su fiel siervo, permitió que siendo Gaspar destacado con una corta partida para observar á los enemigos, fuese de estos atacado de improviso con tal ímpetu, que todos se dieron á una precipitada fuga, en la cual el caballo de Gaspar, desviándose del camino se precipitó en un pozo seco; y observándolo uno de los enemigos que le seguian, se acercó al dicho pozo que era de poca profundidad, y con su pica le dió un golpe tan fuerte en la cabeza que pensó dejarle muerto, y efectivamente le abrió en ella una herida mortal. Viéndose Gaspar solo, oprimido del caballo, mortalmente herido y destituido de todo socorro humano, acudió con mucho fervor á nuestra Señora de los Desamparados, é hizo voto de ser religioso de la orden de S. Francisco de Paula, si escapase vivo de aquel peligro.

Apenas habia hecho este voto, cuando de improviso fué socorrido de sus compañeros, los cuales sacándole del pozo le llevaron al hospital, donde contra la esperanza de todos sanó de su herida, y obtenida su licencia, se restituyó á Valencia, donde en cumplimiento del referido voto á los 17 de junio de 1560 tomó el sagrado hábito de dicho patriarca en el convento de los padres Mínimos, llamado vulgarmente de S. Sebastian, situado fuera de los muros de la ciudad, teniendo treinta años de edad; y habiendo cumplido con admirable fervor el año de su noviciado á los 17 de junio de 1561 hizo la solemne profesion en la iglesia de dicho convento. y aunque en aquellos tiempos no permitian los superiores de la provincia á los jóvenes religiosos subir á las órdenes mayores hasta pasados á lo menos dos años despues de su profesion, el fervor extraordinario y virtudes eminentes de Gaspar merecieron se hiciese á su favor una escepcion de aquella general costumbre; de manera que despues de diez y ocho meses de su profesion fué ordenado de presbitero y celebró su primera misa con indecible consuelo de su alma. Penetrado profunda-

mente de la santidad del estado de sacerdote en que se veía constituido, se propuso un nuevo método de vida exactamente conforme á las constituciones de su rígido instituto, y á los ápices de las mas severas leyes canónicas. Era puntualísimo á todos los actos de comunidad, y siempre el primero á entrar y el último á salir del coro. Rezados allí los maitines despues de media noche en compañía de los religiosos, perseveraba por muchas horas en el mismo lugar delante de una imagen de Cristo crucificado, todo absorto en la contemplacion, y tomaba allí mismo tan rigurosas disciplinas, que á la mañana siguiente veían los religiosos salpicadas de sangre las paredes y el suelo. Se retiraba despues á su celda á dar un brevisimo descanso á sus macerados miembros, y volvía otra vez al coro á rezar prima y terciá con la comunidad, y persistia en él preparándose muy despacio para el santo sacrificio, que celebraba todos los dias con indelible recogimiento y fervor, precediendo siempre la confesion sacramental. Recogíase despues á dar gracias en el oratorio de la sacristía, hasta que llegaba la hora de volver al coro para asistir á sesta, nona y á la misa conventual, y permanecia allí hasta el toque de rectorio. Volvía á su tiempo á cantar las vísperas con la comunidad, y despues de haberlas cantado se detenía en el coro á lo menos por espacio de una hora: jamás salía del convento, sino para ganar el jubileo en alguna iglesia, ó para visitar algunos enfermos en el hospital ó en sus casas particulares, ó cuando la obediencia le destinaba por compañero de otro religioso. Todo el tiempo que le quedaba libre, lo empleaba en la leccion de algun libro espiritual, que siempre traía consigo. Estos ejercicios, el rezar el oficio de la Virgen y de los difuntos, el repetir himnos y oraciones jaculatorias, ó el pasar el santo rosario eran todas sus recreaciones. Tal fué el sistema de vida que adoptó Gaspar desde su sacerdocio y que observó constantemente por mas de cuarenta años, no solo siendo súbdito, sino tambien siendo superior y prelado.

En este cargo, que forzado de la obediencia ejerció muchos años, ya en calidad de corrector ó de cólega, ya en la de vicario provincial y de provincial en propiedad, se portó siempre con tal zelo, caridad, discrecion y dulzura que con grandes ventajas de la orden logró mantener en su vigor y promover felizmente la disciplina regular. Su ejemplo era para todos el mas eficaz estímulo á la observancia. Aun cuando se hallaba cargado de años y de enfermedades, era siempre el primero á todos los actos de comunidad y el mas puntual en el cumplimiento de todas las reglas y costumbres de la orden. Añadía al buen ejemplo las amonestaciones, reprensiones y tal vez el castigo de las faltas; pero templaba de tal modo la aspereza con la suavidad, que los delincuentes léjos de darse por agraviados, le quedaban obligadísimos,

y se sentian muy movidos á enmendarse. En cierta ocasion cerciorado de la falta cometida por un novicio, le llamó á su presencia, y despues de haberle representado afectuosamente la gravedad de su culpa, se desnudó las espaldas y tomó una furiosa disciplina, diciendo entre tanto al culpable con sentimiento de profunda humildad: *Yo, yo soy el digno de este severo castigo, por no haberos reprendido y corregido á su tiempo como debia.* Tal vez despues de haber experimentado ineficaces sus correcciones con algun delincuente, se postraba á sus pies, y deshecho en amargo llanto con un Crucifijo en la mano le rogaba por amor de aquel Señor mejorase su vida. Cierta mañana habiendo vuelto demasiado tarde al convento un lector de filosofia, y entrado al rectorio á tiempo que la comunidad estaba ya para levantarse de la mesa, Gaspar que era superior, le dió una pública reprension; pero poco despues acercándose al culpado, mientras éste acababa de comer, le dijo con singular agrado: *Padre lector, perdone por amor de Dios: bien sabe aquel Señor que escudriña los corazones, que la correccion que poco ha le he hecho en público, no ha nacido sino del zelo y amor que profeso á V. R.: considere que ha tenido ocasion de adquirirse un gran mérito para con Dios, llevando con paciencia la pública reprension de un hombre idiota y pecador cual soy yo;* dejando con esto al lector compungido, contento y edificado. Mientras era corrector, recorria por tres veces cada noche todo el convento, y abria las celdas para ver si se guardaba el silencio y todo lo demás mandado por la regla en aquellas horas, sin querer excusar esta diligencia, ni aun la noche inmediata al dia en que tomaba posesion de dicho oficio, no obstante de que los nuevos superiores acostumbraban en estas ocasiones dispensar en la ley del silencio. En los capitulos vulgarmente dichos de *culpas*, exhortaba á los religiosos con tal fervor y eficacia á la fiel observancia del santo instituto, que las mas veces se veia obligado á interrumpir el discurso por la abundancia de las lágrimas. Cuando alguno de sus súbditos enfermaba, lo visitaba tres ó cuatro veces al dia, le servia y regalaba, y lo recomendaba apretadisimamente á los médicos y enfermeros, mandando no se perdonase á gasto alguno para la curacion de los enfermos, aunque fuese necesario vender los muebles de la casa. Cuando en calidad de provincial visitaba los conventos, jamás permitió se le hiciese otro tratamiento, que el que suele hacer la comunidad al infimo oblató de ella.

No dejó Dios de probar y acrisolar mas y mas la virtud de su amado siervo con el fuego de las tribulaciones. Padeció Gaspar el mal de gota y de retencion de orina; y á estos dos graves achaques se añadieron en lo sucesivo frecuentes calenturas y una enorme hernia intestinal, cuyas acres materias se ábrieron puerta por tres ó cuatro

partes al rededor formando otras tantas llagas, que irritadas de la continua destilacion de la orina no podian menos de causarle los mas vehementes dolores. En medio de tantas y tan largas penas jamas dió la menor seña de perturbacion ni de queja; jamas interrumpió su asistencia al coro, al confesonario y á todos los actos de comunidad, tanto de dia como de noche, á veces no pudiendo tenerse casi en pié andaba como arrastrando, apoyada la una mano en un báculo y la otra en la pared. En lo mas acerbo de sus males todo su alivio y desahogo era pronunciar los dulces nombres de Jesus, Maria, José, ó de otros santos sus especiales abogados, añadiendo tal vez: *sea todo por amor de Dios*. Héroe igualmente de la honestidad que de la paciencia, nunca pudieron rendirle los vivisimos dolores con que le atormentaba la hernia, á que la espusiese á los ojos ni á las manos de ningun médico ó cirujano. Aun resplandeció mas su paciencia invicta entre las injurias y ultrajes que se hicieron á su persona, que entre sus grandes acerbos dolores. Siendo corrector del convento de Alaquás le pidió el provincial una bota de vino para el convento de S. Sabastian de Valencia; respondióle atentamente el siervo de Dios, que no podía en esto complacerle, por ser en notorio perjuicio de su comunidad, como así lo sentia la consulta de los religiosos del convento. Irritado de esta negativa el provincial, fué al convento de Alaquás juntó capitulo, y en presencia de toda la comunidad le mandó postrarse á sus pies, y lleno de enojo le trató de insensato, desobediente, malicioso, soberbio, y llegó hasta el atentado de mandarle tomar allí mismo una disciplina. El santo viejo y corrector no solo escuchó la impetuosa invectiva con ánimo tranquilo, y sin proferir la menor palabra en su defensa, sino que besó las disciplinas, se desnudó las espaldas, y descargó sobre ellas fierosísimos golpes. Acabado este acto se acercó Gaspar á su incienso juez, le dió gracias por la correccion y castigo, y le suplicó le admitiese la renuncia del oficio de corrector, del cual se reconocia indigno; como en efecto se la aceptó el apasionado provincial. Queriendo despues los religiosos hacer contra éste algun recurso el Beato los detuvo rogándolos guardasen un perpetuo silencio sobre aquel caso; y tomando del agravio recibido la venganza que suelen tomar los santos. Habiendo venido á Valencia el padre general, para castigar al provincial, y deponerle de su oficio, el Beato le rogó eficazmente disimulase aquel caso. Y siendo despues elegido el mismo Beato provincial de Valencia colmó de atenciones y de beneficios al dicho su antecesor provincial. Otra vez siendo el Beato provincial, y hallándose enfermo en cama en Alaquás, el corrector de aquel convento entrando descomedidamente en su cama, empezó á gritar contra cierta providencia muy razonable y fácil de ejecutar, dada por el santo superior, tachándola de injusta y extravagante.

Acudieron á los gritos algunos religiosos, delante de los cuales el corrector mucho mas encendido de cólera trató al buen viejo de considerado, malicioso, bárbaro y le cargó de otros mil improperios. Gaspar bien léjos de alterarse, se arrodilló como pudo sobre la cama y con las manos juntas por tres veces le repitió benignamente: *Padre mio, por amor de Dios y de su santísima Madre que me perdone; añadiendo que le daba las gracias por haberle dicho con claridad quien era. Al fin cayendo en la cuenta el desatento corrector y confundido de tanta humildad y paciencia de su provincial, corrió tras los demás religiosos á besarle la mano, y al empezar á pedirle perdón, le interrumpió luego el Beato con estas humildes y afectuosas palabras: Padre mio, no hay para que disculparse conmigo, ni yo tengo de que perdonarle; me ha dicho la pura verdad.*

Lo que hace á un religioso perfecto en su estado es el cumplimiento exacto de los votos de su religion, y en ésta parte fué Gaspar verdaderamente admirable; y empezando por la pobreza la practicó el Beato con tal rigor, que jamás quiso administrar, ni aun tocar moneda alguna cualquiera que fuese. En sus viages y en los gastos, que por razon de sus oficios debia hacer, se servia de un oblato para entregar y recibir dinero; y esto con tal parsimonia, que una vez habiéndole las lluvias precisado á detenerse dos dias en un meson, mientras visitaba los conventos como provincial, le faltó el dinero para pagar la posada, y hubo de dejar en prenda al mesonero un lienzo de Maria Santísima que traia para el convento de la Puebla del Duque. Cuando murió no se halló en su celda alhaja que valiese dos reales. Decia que no observan la pobreza evangélica aquellos á quienes nada falta de lo preciso en vestido y alimento, y que es un grande defecto en un religioso no querer carecer de ninguna cosa necesaria. Por lo que toca al voto de castidad, á mas de lo que se ha dicho de su extremo recato, consta por el testimonio de los que le trataron familiarmente y de los sacerdotes que le confesaron, que no amancilló en toda su vida con culpa alguna grave el candor de su virginal pureza. Huyó siempre el visitar y tratar familiarmente con mugeres, aunque fuesen parientas suyas muy cercanas. Muchos testigos depusieron en los procesos hechos para su beatificacion, que solo al observar la modestia de su rostro, ú oir su celestial conversacion sentian arder su pecho en el amor de la castidad. En cuanto á la obediencia la ejercitó en tal grado que una leve insinuacion ó un solo gesto del superior bastaba para hacerle abrazar las cosas mas repugnantes á su inclinacion. En todas sus empresas y hasta en las acciones mas ligeras y menudas se gobernaba por la voluntad de sus superiores. No solo obedecia puntualmente á éstos sino tambien á los inferiores, particularmente en todo aquello de que estaban respectivamente encargados; de ma-

nera que luego que el novicio ó el sacristan le avisaban para decir misa, ó para confesar, ó que la campana lo llamase á otro acto, no habia ocupacion por grave que fuese, que no la dejase para cumplir con la obediencia. Nombrado que fué provincial, no habiendo podido lograr con reiteradas súplicas del padre general que le admitiese la renuncia de dicho oficio, eligió á su confesor por su superior inmediato, rogándola encarecidamente le corrigiese y dirigiese como si fuera el último novicio, y nunca sin su licencia comulgó en su última prolija enfermedad. Por fin fué tal su exactitud en el cumplimiento del cuarto voto de vida cuadragesimal, que despues de su muerte los religiosos, los médicos y criados del convento de S. Sebastian, en que tomo el hábito, vivió lo mas del tiempo y finalmente murió, pudieron deponer con juramento, que en todo el tiempo que vivió en la religion, solo en los últimos dias de su vida y obligado de la obediencia, consintió en gustar la carne; y lo que causa mayor asombro es, que declararon ellos mismos, que jamás le advirtieron la mas mínima inobservancia en la regla, ni por sus continuas enfermedades y dolores, ni por su grado de provincial, ni por la edad de septuagenario: cosa ciertamente fácil de decirse, pero difícil de practicarse, sino por quien esté poseido como Gaspar del espíritu de una sublime mortificacion y penitencia.

Todos los dias tomaba tan rigurosas disciplinas, que su inocente cuerpo quedaba bañado en sangre; traia continuamente un cilicio de cerdas anudadas; no dormia sino dos ó tres horas echado sobre el duro suelo ó sobre las desnudas tablas; sus ayunos eran casi perpetuos, y ordinariamente á pan y agua. En las muchas enfermedades que padeció, no queria desnudarse la túnica de lana, ni comer carne como se ha dicho. Hallándose postrado en la cama en el dia del viernes santo de resultas de su última enfermedad que habia seis meses padecia, y viendo que no podia asistir á la disciplina de la comunidad, se arrodilló como pudo sobre la cama delante una imagen de Jesucristo, y tomando las disciplinas, se dió con ellas tan desapiadados golpes, que oyéndolos desde el corredor el P. Cristobal Ariño, entró en la celda del Beato y vió que la sangre le corria por todas sus espaldas. Los religiosos que vivieron mas tiempo con él, atestiguan unánimes no haberle visto jamás salir del convento por sola recreacion, ni salir aun de la celda para pasearse per el huerto, claustros ó dormitorios, sino únicamente para ir al coro, á la iglesia ó al confesonario, ó para visitar algun enfermo. La caridad, que es el alma de todas las otras virtudes, ocupaba enteramente el corazon de Gaspar: no sabia pensar sino en Dios; le miraba presente con los ojos de la fé en todas las criaturas, y todas sus acciones dirigia á él, procurando en todas su mayor gloria; por lo que las ocupaciones exteriores, lejos de distraerle

su interior recogimiento, le servian como de gradas para elevarse á Dios. De aquí provino el prolongar tanto su oracion en el coro donde varios religiosos le vieron algunas veces elevado de la tierra por espacio de una buena hora, inmóvil, y sin dar mas señas de vida que las ardientes lágrimas y suspiros que de cuando en cuando echaba. Entrando una vez el P. Pedro Perez sub-sacristan, para tocar á maitines, al abrir la puerta vió el coro lleno de una luz y resplandor tan grande, que quedó inmóvil y como ciego, hasta que cesando la iluminacion advirtió que estaba allí arrodillado el beato Gaspar, quien levantándose, le mandó con precepto de obediencia, pues era entonces superior, que de ningun modo revelase á nadie lo que acababa de sucederle.

La misma caridad que le tenia tan unido con Dios, le hacia amar con indecible ternura á sus prójimos. Se derretia en lágrimas al ver las necesidades de los pobres. En todos los conventos en que fué corrector, su primer cuidado fué ordenar al despensero diese limosna á todos los pobres que llegasen á pedirla á la portería. Todos los dias despues de prima y de terciá bajaba á la cocina para ver como se preparaba la olla para los pobres y decia al despensero: «Carisimo hermano, mientras haya pan en el convento no dejeis de dar limosna, porque si sois remiso en esta parte, me daréis la mayor pesadumbre, y seria una gran desgracia para el convento, que llegase un pobre y se fuese desconsolado, sin haber recibido ningun socorro.» En los dias mas solemnnes mandaba hacer mayor limosna á los mendigos, diciendo que siendo los religiosos mejor tratados en aquella solemnidad, era razon lo fuesen tambien los pobrecitos. Cierta dia siendo corrector de Alaquás, en un año de gran miseria, se juntó á la puerta del convento tal multitud de gentes acosadas de la hambre, que enternecido el santo superior mandó se les distribuyese todo el pan que habia en la casa. Llegada la hora de ir al refectorio, el despensero todo turbado le representó, que no habia quedado pan sino para tres ó cuatro personas, siendo veinte los conventuales, sin contar la gente de servicio. Sin embargo el Beato le mandó hiciese la acostumbrada señal con la campanilla, y llegada la comunidad al refectorio, lleno de confianza en la divina Providencia, bendijo cuatro panecillos, y repartiéndolos á pedazos, los multiplicó Dios de manera, que no solo quedaron satisfechos los religiosos y los familiares del convento, sino que sobró aun bastante cantidad de pan, para que brillase mas la fé y la caridad de su siervo. Por mas que honrase el Señor á Gaspar con semejantes maravillas y con los dones sobrenaturales de profecía y de curar las enfermedades, los cuales le hacian venerar de los hombres como á un santo; fué sin embargo tan profunda su humildad, que puede decirse fué esta su característica virtud. Reputábase por un gran

pecador indigno del hábito que vestía: nada veía en sí de bueno. Sus ligeros defectos que él graduaba de gravísimas culpas, le tenían á todas horas tan afligido, lloroso y sobresaltado, que no le dejaban tomar el sueño. A la hora de la muerte rogó al corrector y á otros padres: «que no le enterrasen en la sepultura de los religiosos, donde estaban sepultados tantos santos, sino en el lugar mas vil y despreciable del convento; y si era posible que le arrojasen á un muladar á modo de una bestia; pues en verdad él no habia sido propiamente otra cosa, y en el curso de su vida habia ofendido á Dios desenfrenadamente.» Hacia gala de publicar la bajeza y oscuridad de su familia y sus naturales defectos. Cuando algunos personajes de alta esfera iban á consultarle en sus graves negocios, luego se desembarazaba diciéndoles: «Consultad con hombres doctos, y dejadme estar á mí miserable, ignorante y tartamudo, que no hago poco de entenderme con mi breviario.» Siendo provincial no quiso admitir el religioso que se le habia destinado para su servicio; sino que á pesar de su grado, de sus achaques y de su edad de mas de setenta años, él mismo barria su celda y bajaba con el cántaro á buscar el agua que necesitaba. A los que le importunaban para que les permitiese servirle en alguna cosa, diciéndole que así convenia á la autoridad de su oficio de provincial, respondia que no necesitaba de ningun servicio, y agradeciéndoles la atencion, añadia: «¿Qué provincial? ¿qué provincial? ¿por qué no mas bien polvo y nada? ¡vanidad, vanidad! váyase, hermano, y otra vez no tome la incomodidad de entrar en mi celda por semejante motivo, porque ciertamente me causará disgusto y pesadumbre.» Se acercaba ya el tiempo en que Dios queria premiar á su fiel siervo sus heroicas virtudes con la posesion de su gloria, y para purificar mas su alma y darle ocasion de atesorar mayores merecimientos, le envió una enfermedad que le tuvo postrado nueve meses en la cama. Sufrió el siervo de Dios con invencible paciencia esta larga enfermedad. Previó y vaticinó con toda claridad el dia y hora de su muerte, y despues de haber recibido con singular devocion, y derramando copiosas lágrimas, los santos sacramentos, al acercarse el momento de su feliz tránsito, se hizo leer la pasion de Jesucristo segun la escribió el glorioso S. Juan. y al tiempo que el religioso que la leia, pronunciaba aquellas palabras: *Padre, en vuestras manos encomiendo mi espíritu*, las repitió Gaspar con voz tierna é inteligible, y abiertos y fijos los ojos en un santo Crucifijo, plácidamente rindió su inocente alma en manos de su Criador á 14 de julio de 1604, en edad de setenta y tres años.

Ha manifestado Dios al mundo la eminente santidad de su siervo, obrando muchos milagros por su intercesion, de los cuales solo referiremos los tres, que fueron aprobados por la santidad de Pio

VI para su beatificacion , celebrada á 10 de setiembre de 1786. Antonio de Guilla, cirujano habilísimo de la ciudad de Valencia, á principios de abril de 1624 fué acometido de una calentura que le obligó á estar en cama toda la semana santa; pareciéndole el viernes santo, que se habia desvanecido, quiso levantarse la mañana del sábado; pero apenas empezó á vestirse, cuando le sorprendió un dolor espasmódico y maligno humor que acometiéndole al principio por el lado del pié izquierdo, en breve llegó hasta debajo de la rodilla. El enfermo, los médicos y cirujanos que le visitaron creyeron que aquel mal era una gangrena, que en breve si no se atajaba le quitaría la vida, por lo que resolvieron cortarle la pierna, dudando mucho que esta dolorosa operacion le produjese ningun beneficio. En este lastimoso estado recibió Antonio los sacramentos de la Iglesia, y estando con un Crucifijo en las manos esperando que llegase la muerte, mandó le trajesen un retrato del Beato que tenia en otra pieza; luego que le tuvo presente, se encomendó á él con tal fervor y feliz efecto, que al momento observó que se desvanecía toda la fluencia del humor maligno, y que la pierna se volvía á su color y estado natural; de suerte que pasados los tres dias de Pascua salió de casa á dar gracias á su libertador, y continuar el ejercicio de su facultad, sin sentir la menor incomodidad.

El segundo sucedió con Fr. Gabriel Morellon, lego profeso en el convento de Mínimos de Valencia, de edad de treinta y dos años: en fermó este religioso en el año 1602, de una aguda calentura, acompañada de un furioso delirio; desvaneciósse despues la calentura, pero quedóle el delirio, y pasó á estar tan poseido de la furia, que no conocia á ninguno de los hermanos del convento; despedazaba los hábitos y cuanto podia alcanzar con las manos: todas las diligencias que se hicieron para su remedio por mucho tiempo, ya en el convento, ya en el hospital general de Valencia fueron inútiles; por lo cual fue preciso tenerle atado en una estancia del mismo convento. Agitado un dia de un extraordinario furor rompió las ataduras, salió de la estancia y alborotado fué corriendo hácia la huerta. Fuéle al alcance Fr. Mateo Villacañas, que no quería creer en los milagros que Dios obraba por intercesion de Gaspar poco antes difunto, y andaba todos los dias con disputas sobre todo con los demas religiosos; el cual habiéndole alcanzado, á fuerza de golpes le condujo al sepulcro del Beato, y haciéndole poner la cabeza en una ventanilla del mismo, le dijo: Mentecato, haz oracion y dile al P. Bono que te cure, sino yo no quiero creer que sea santo; y luego añadió: P. Bono, si quereis que crea que sois santo, sanad este loco, y pues dicen que haceis milagros, razon será que los hagais tambien dentro de vuestra propia casa. Dicho esto se fué, dejando arrodillado allí al loco, quien despues de haber

permaneció allí cuatro ó cinco minutos como en acto de orar, se levantó sin furor manso y sano, conoció y nombró uno por uno á los religiosos, besó la mano á los sacerdotes, visitó devotamente los altares, y al dia siguiente por dictamen del médico se confesó, ayudó misa, comulgó en ella y volvió á los ejercicios de su estado, conservándose cuerdo en todo el resto de su vida, y con mayor juicio que antes de perderle.

El tercero acaeció en la ciudad de Nápoles á 16 de agosto de 1723. D.^a Francisca Antonia Coppola, baronesa de Masa, de edad de setenta años, padecía esta dama unas calenturas malignas: todo su cuerpo estaba lleno de parótidas, con un tumor durísimo, que se la habia formado en el cuello y partes inferiores del útero, y la habia roto notablemente el intestino recto, donde la quedó una llaga mortal. Estos males la habian reducido al extremo de la vida; de suerte que desahuciada de los médicos, recibidos los sacramentos tenia ya aplicada la indulgencia plenaria para la última hora. En este estado por consejo de un religioso mínimo se encomendó con mucho fervor al beato Bono, suplicándole le alcanzase de Dios la salud, si habia de ser para mayor gloria suya. Terminada la súplica la sobrevino un apacible y tranquilo sueño, y á la mañana del dia siguiente se halló enteramente sana y sin la menor señal de los males que habia padecido.

DIA VII.

San Odon, obispo de Urgel.

SAN Odon, uno de los prelados mas zelosos que han florecido en la Iglesia de España, nació en Cataluña de una de las casas mas distinguidas de aquel principado. Fueron sus padres D. Artal, conde de Pallas, y D.^a Luciana ó Lucía, señora de grande mérito, los cuales se aplicaron con el mayor desvelo á dar al niño una educacion tan propia de su piedad como de su ilustre nacimiento; y como en Odon esperimentaron desde luego aquellas bellas disposiciones, que no solo allanan, sino es que facilitan el camino de la virtud, costóles poco trabajo conseguir el efecto de una buena crianza. Buscaron los mas hábiles maestros, para que le enseñasen á un mismo tiempo las letras y las virtudes, en las que hizo el noble jóven grandes progresos en breve tiempo, puesto de que ademas de su aplicacion se hallaba dotado de unos talentos extraordinarios, distinguiéndose por lo mismo en su infancia sobre todos sus contemporáneos.

Instruido Odon en los científicos conocimientos, quisieron sus padres que siguiese la carrera militar, ya para que añadiese con sus

gloriosas acciones nuevos blasones á los ascendientes, y ya para que reprimiese con la justificacion de su conducta las iniquidades, que con motivo de la confusion de las guerras y de la corrupcion de los tiempos se habian introducido en los dominios de su casa. Consta de ilustre jóven, que no contentos los sugetos poderosos con haber invadido las posesiones de las iglesias, oprimian á los pobres que las tenian en feudo, y persuadiéndose que en la correccion de semejantes excesos hacia á Dios un gran servicio, vistió con este objeto el cingulo militar.

Contuvo el valeroso jóven con las armas, con sus exhortaciones, y mas que todo con su ejemplo gran parte de aquellos enormes atentados; pero como sus deseos no eran otros que dedicarse enteramente al servicio del Señor, abrazó el estado eclesiástico, y ascendió por sus relevantes méritos á la dignidad de arcediano de la Iglesia de Urgel. Si fué Odon exacto en llenar las funciones de los órdenes sagrados, no se portó con menor rectitud en el desempeño de las obligaciones de su empleo, manifestándose en la dispensacion de los bienes eclesiásticos como padre, como rector, y como defensor de los pobres, de las viudas y de los pupilos, que era el oficio principal del primer diácono. Sobrevino por aquel tiempo una grave enfermedad al obispo de Urgel, y considerando el inminente peligro en que se hallaba su vida, hizo llamar á su clero y al pueblo, y manifestándoles que habia ascendido á aquella cátedra por medios prohibidos por las reglas canónicas, dimitió el obispado movido de un verdadero arrepentimiento, en prueba de lo cual dejó todos sus bienes á aquella santa Iglesia. Siguióse la muerte de aquel prelado á su confesion, y habiéndose congregado todo el clero y el pueblo con los condes de Pallas y Urgel para elegir sucesor del difunto, segun costumbre de aquellas edades, deseaban todos hallar persona de las circunstancias que exigian la necesidad de la Iglesia y la opresion de los pobres, para lo cual hicieron el exámen mas escrupuloso sobre la vida y la idoneidad de algunos sacerdotes, que les pareció del caso; pero como brillaba entre todos el ilustre arcediano por la arreglada circunspeccion de sus costumbres, por su singular piedad, y por su grande sabiduria, se hizo en él la eleccion á pesar de su humilde resistencia.

No ignoraba Odon los formidables cargos del ministerio episcopal; mas confiando en el Señor que le daria las fuerzas necesarias para cumplir fielmente con todos sus deberes, se aplicó á desempeñarlos con aquel zelo y con aquella vigilancia que apetece el Apóstol en los prelados colocados en el candelero de la Iglesia. Surtió á su rebaño con abundantes pastos espirituales, hizo con él los oficios de padre caritativo, y no omitió medio alguno de cuantos pudieran contribuir á satisfacer completamente sus funciones pastorales; pero como la necesidad

de su Iglesia exigia atajar los desórdenes que afeaban su hermosura, se dedicó con un valor verdaderamente apostólico á reprimir los excesos que habian cometido los violentos invasores, que retenian por fuerza las posesiones eclesiásticas; compeliéndoles á la restitution con la formidable espada de la escomunion, en caso de desatender sus paternales moniciones; y con el mismo brio redimió á los pobres de las vejaciones injustas que les hacian los poderosos. Y como los vicios de los clérigos habian llegado á lo sumo por la torpe negligencia de sus predecesores, la refrenó con el freno de la mas rígida severidad, á fin de que la santidad de su vida sirviese de ejemplo á los seglares. En suma, restableció en su grey, hasta entonces afeada con tantos excesos, manchada con tantos delitos y gravada con tantos pecados, el culto de Dios y la pureza de las costumbres, que con motivo de la frecuencia de las guerras se hallaban en una sensible relajacion, de suerte que vino á ser su obispado el objeto de los mas altos elogios por la infatigable actividad del zelosísimo prelado.

No es fácil esplicar lo mucho que tuvo que padecer Odon en arduas empresas; pero no por ellas dejó de atender á su propia santificacion. En efecto, su oracion era frecuente, sus mortificaciones continuas, y su caridad sin limites; y considerando que el ejemplo persuade mas que los discursos por mas elocuentes que sean, fijó todo su empeño en que no se notase en sus acciones lo que reprendia en otros. Quiso Dios premiar los grandes méritos de su siervo, y preparándose para su feliz tránsito con aquellas disposiciones propias de un espiritu todo encendido en las llamas del amor divino, murió el dia 7 de Julio del año 1122, con grande sentimiento de sus ovejas que lloraron amargamente la pérdida de su ilustre pastor, cuyo venerable cuerpo se depositó en la iglesia de Urgel en un magnífico sepulcro, en el que se grabó un epitafio espresivo de sus esclarecidas acciones. No tardó el Señor en acreditar la gloria de su siervo con repetidos milagros, los cuales movieron á su sucesor D. Pedro á que con acuerdo de su cabildo se estableciese la fiesta del Santo entre las principales de la iglesia de Urgel, conforme á la de su patron y esclarecido obispo S. Armgol, segun consta por el decreto de aquel Capitulo del año 1155, once despues de la muerte de S. Odon.

DIA XI.

San Abundio, mártir.

El martirio de S. Abundio escribió S. Eulogio con la brevedad de su costumbre, diciéndonos que fué sacerdote natural de una pequeña al-

dea de la sierra de Córdoba, llamada Anuelos, de la que no dejó señas bastantes por donde pueda conjeturarse cual fuese este lugar entre los que hoy se conocen. Algunos piensan que pudo ser el que se dice Banuelo, poco mas de una legua de Córdoba, en la cumbre de la sierra que apenas conserva la forma del pueblo; bien que otros discurren que fué la villa de Hornachuelos, lo que parece mas probable por la autoridad de varias personas doctas que así lo entienden.

En esta incertidumbre no es fácil determinar el lugar fijo de su nacimiento; ni consta tampoco si se educó en Córdoba, aunque es verosímil que aprendiese allí las ciencias eclesiásticas y se criase hasta llegar al sacerdocio: luego se retiró á Anuelos y en él desempeñaba el oficio de cura de almas, como se colige de San Eulogio.

La causa de su mártirio fué la misma que la que tuvieron los muchos mártires que padecieron en la sangrienta persecucion que suscitaron los moros contra los cristianos á la mitad del siglo IX., no otra que el satisfacer el odio y encono que tenian contra los profesores de la religion cristiana. Pasados diez meses despues del martirio de Sta. Pomposa, que sucedió en el dia 16 de Setiembre del año 853. no bien hallados los bárbaros sin derramar la inocente sangre de los cristianos, fué conducido Abundio á la ciudad con engaños de los infieles; y aunque lo conoció luego el Santo, con todo, reflexionando que el cielo le llamaba por aquel medio á que le ofreciese el sacrificio de su vida, dando al Señor las gracias correspondientes, se presentó alegremente adonde sin querer era llevado. Preguntóle el juez árabe sobre la religion que seguia, y le respondió con animosidad, que la que enseñó Jesucristo, á quien veneraba como á Dios verdadero; añadiéndole que esta ley era la santa, racional y verdadera, y no la de Mahoma, que era un contesto de delirios y neceidades nacidas de un falso profeta, autor de crasos errores en la felicidad que fingió, y hacia consistir en los gustos carnales y sensibles como las bestias.

No es fácil poder explicar la ira que concibió el juez luego que oyó una reconvencion tan concluyente, y remontado en cólera, sin dar lugar á las formalidades de un proceso, mandó que luego lo degollasen; cuya sentencia se ejecutó en el dia 11 de Julio de 854, en el reinado del cruel Mahomad, logrando por este medio Abundio la corona del martirio apetecida. No satisfecho el bárbaro con este castigo, ordenó que dejasen los verdugos el venerable cuerpo del Santo con la escolta competente en el campillo llamado del Rey, á fin de que le despedazasen los perros; lo que fué motivo para que los cristianos no pudiesen recoger el cadáver, y darle sepultura, segun su piadosa costumbre.

DIA XI.

San Dietinio, obispo de Astorga.

EN este dia la santa iglesia de Astorga hace conmemoracion de San Dietinio, uno de los mas ilustres prelados que han florecido en ella. Fué antecesor de Sto. Toribio, y sucesor de Domiciano. La injuria del tiempo robó á la posteridad los importantes documentos auténticos con que demostrar los sucesos últimos de su santa vida; constándonos solo con certeza su culto en la misma iglesia, donde se celebra con el oficio del comun de confesor pontifice, de que infieren los mas severos criticos sobre el Martirologio romano, que no hay historia alguna que merezca fé ó crédito en orden á varias actas que de este ilustre prelado escriben algunos autores de la nacion, las que estiman apócrifas como deducidas de los falsos Cronicones. El culto de S. Dietinio es antiquísimo, pues á principios del siglo X, Fortis, obispo de Astorga, le llama *santísimo, gloriosísimo, sagrado confesor y poderosísimo potrono suyo despues de Dios.*

DIA XII.

Santa Marciana, virgen y mártir.

SANTA Marciana, cuya memoria ha sido célebre en la Iglesia de España desde los primeros siglos, como se acredita por el oficio eclesiástico, é himnos en su elogio, que constan en el Breviario segun el orden de S. Isidoro, dicho despues Mozárabe; separada de Santa Librada y demás hermanas, pasó á la provincia Carpentana y se estableció en la ciudad de Toledo, donde siguiendo las máximas de la religion de Jesucristo, en la que habia sido educada desde sus primeros años, seguia una vida verdaderamente angélica, en tiempo que los emperadores romanos, enemigos capitales del cristianismo, suscitaron una de sus crueles persecuciones contra la Iglesia, sacrificando en todas partes innumerables víctimas de inocentes fieles.

Cupo esta gloria á muchos mártires en Toledo, donde la valentia de Marciana dió motivo á ser participante de estos gloriosos triunfos.

Veían los gentiles en cierta ocasion sus acostumbradas adoraciones á la diosa Diana, que estaba colocada sobre una fuente de la ciudad; y resentida la Santa al ver que con semejantes ritos se tributaba á una vana estatua el culto debido al verdadero Dios, Criador del cielo y de la tierra; animada de aquel zelo santo que constituye el carácter de los héroes del cristianismo, derribó con generosa intrepidez al ídolo en tierra, y le hizo pedazos á vista de los mismos paganos.

Irritó de tal modo á los infieles el hecho, que arrojándose sobre ella, no satisfechos con los muchos golpes que la dieron, la acusaron como rea del mas enorme sacrilegio al juez de la ciudad. Reprendió éste severamente la temeridad y audacia de la santa vírgen, mandando azotarla cruelísimamente, en términos que la dejaron casi sin vida, y en esta disposicion ordenó encerrarla en un horrendo y oscuro calabozo. Traida despues á su tribunal, luego que la vió sin la menor lesion, conociendo que el mayor tormento que podia causar á una vírgen cristiana era el de violar su pureza, providenció que la llevasen al lugar público de prostitucion, donde quedase al arbitrio de los lascivos. Intentaron éstos, en uso de la libertad concedida, cometer la violencia á que les provocó su desenfrenada pasion; pero el Señor impidió el insulto con la prodigiosa interposicion de una pared que pareció de repente para defender la castidad de su esposa.

Cuando por tan asombroso prodigio debieran conocer los idólatras el soberano poder del verdadero Dios, á quien adoraban los cristianos; mas irritados con la maravilla, que segun su concepto eran efectos de las malas artes de que eran notados los fieles; reasumiendo por motivo de su nuevo encono el desprecio hecho á Diana, comenzaron á clamar con mas esfuerzo que fuese arrojada la Santa á las fieras en el anfiteatro público. Condescendió el juez, no menos colérico que el pueblo, en que se ejecutase aquel castigo, al que asistieron los gentiles y judíos del pueblo con el perverso intento de deleitarse en la tragedia.

Soltaron á un leon furioso que corrió impetuosamente hácia Marciana; pero cuando todos juzgaban que fuese en un momento víctima de la fiera, olvidándose ésta de su natural, se postró á los pies de la Santa en señal de reverencia, acreditando el Señor con aquel prodigio que quien amansó á esta fiera, pudo hacerle con la misma facilidad con cualesquiera otra que quisiese. Hallábase presente al espectáculo un judío llamado Budario, enemigo del nombre cristiano, como todos los de su secta; y resentido de la clemencia del leon, aconsejó á los paganos que se echase á la vírgen un toro indómito, que acometiéndola furiosamente la quitó la vida á fuerza de sus combates, logrando por este medio la Santa la apetecida corona del martirio en el día 12 de Julio, aunque ciertamente no nos consta el

año de su pasión; y recogiendo su venerable cadáver los cristianos, le dieron sepultura en la misma ciudad de Toledo.

No quedó sin castigo el impío judío que dió el consejo; pues al momento que espiró la santa, se prendió en su casa un voraz incendio que la destruyó enteramente; y aunque por sus parientes se intentó muchas veces reedificarla, se arruinó siempre el edificio, sucediendo lo mismo con otros diferentes donde quisieron aprovechar las piedras de aquel monumento trágico.

En comprobacion de haber sido célebre esta gloriosa Santa en tiempo de los godos, cuando el rey Wamba fortificó aquella imperial ciudad por los años 676, habiendo dedicado sus puertas á los Santos titulares de Toledo, consagró á Sta. Marciana la que mira al Oriente; cuyo patrocinio invocó el rey Alfonso el VI en la conquista de Toledo en tiempo que la ganó de los árabes.

Algunos escritores confunden á esta ilustre mártir española con Sta. Marciana que señala el martirologio romano, y otros en el 9 de Enero por la uniformidad en el nombre y género de martirio que padecieron; pero el mismo martirologio, que distingue los triunfos de ambas en diferentes regiones, el de la una en Mauritania del Africa, y el de la otra en Toledo, nos dá un testimonio nada equívoco de que fueron diferentes.

DIA XVI.

San Sisenando, mártir.

EL heroico valor con que se presentó al martirio S. Sisenando, dió nuevo aliento á los cristianos que vivian en Córdoba bajo el tirano juez de los agarenos, para sostener gloriosísimos combates contra los enemigos de la fé, en aquella tan sangrienta persecucion que movió Abderraman contra la iglesia al comedio del siglo IX. S. Eulogio historiador de las actas de este ilustre jóven, nos dice, que fué natural de Beja, pobló numeroso en la antigüedad, donde parece que estuvo la famosa ciudad llamada Pax-Julia, ó Colonia Pacense, cuyas ruinas demuestran la grandeza que tuvo en tiempo de los romanos, bien que destruida despues por los moros cuando entraron en España, quedó reducida á una corta poblacion, perteneciente hoy al reino de Portugal. Pasó Sisenando á Córdoba con el noble objeto de instruirse en las ciencias, que se enseñaban por entónces en la iglesia de S. Acisclo á los jóvenes cristianos por los mas sabios maestros, á pesar del dominio que tenian los bárbaros africanos sobre aquella célebre ciudad. Hizo en las letras y en las virtudes conocidos progresos; pero como sus de-

seos no eran otros que dedicarse al servicio del Señor, abrazó el estado eclesiástico, y ascendió por sus méritos personales al orden del diaconado; en cuyo sagrado ministerio se distinguió desde luego por la arreglada circunspección de su conducta, por su singular piedad, y por su grande sabiduría.

Habia tenido Sisenando una amistad estrechísima con los insignes mártires Pedro el de Ecija y Walabonso el de Peñafior, monges uno y otro del monasterio de Cateclara, los cuales padecieron en Córdoba en el día 7 de Junio; y queriendo éstos acreditar despues de sus gloriosos triunfos el grande amor que conservaban con Sisenando, se le aparecieron entre brillantes resplandores, convidándole con la eterna felicidad que gozaban cuando siguiese sus acertados pasos. Aceptó el ilustre jóven la oferta de sus amigos, y sin retardarse un punto hizo una confesion pública de su fé ante el juez moro, declamando á un mismo tiempo contra las ridículas patrañas del Alcoran de Mahoma. Estimó el bárbaro la generosa resolucion del valeroso mancebo por uno de los mas enormes atentados que podian cometer por entónces los fieles; y queriendo castigar su osadia, mandó ponerlo en una dura prision hasta que deliberase el castigo de que era acreedor.

Entró Sisenando en la carcel lleno de extraordinaria alegría, porque se acercaba el tiempo de ver cumplidos sus fervorosos deseos. Quiso Dios prevenirle con la buena nueva que esperaba por instantes, por medio de una revelacion que se dignó hacerle, estando respondiendo á una carta de un amigo; y habiendo escrito tres ó cuatro líneas; dejó súbitamente la pluma, y lleno de gozo se puso en pié, y vuelto al que le habia llevado la carta, le dió la respuesta conforme estaba sin acabarla, y le dijo: *Vete hijo de aqui, porque no te encuentren los ministros de justicia, que vienen á llevarme al suplicio.* Llegaron estos con grande tropel y algazara; y descargando furiosos golpes sobre el inocente cuerpo de Sisenando, lo condujeron ante el Juez Agareno. Iba el insigne Diácono con el gozo que cabe en un corazón seguro de la victoria, y cierto de la eterna felicidad, á que le convidaron sus íntimos amigos Pedro y Walabonso, reitiró en el Tribunal del Bárbaro la misma confesion que ya tenia hecha; y no contento con esto, hizo ver á los moros los crasos errores en que vivian sumergidos, siguiendo la ley de su falso profeta, con aquella valentia y con aquel ardor que son propios de los heroes del cristianismo; por cuya gloriosa accion fue decapitado en el día 16 de Julio del año 851. La Iglesia de Córdoba celebra mañana su fiesia.

Dejaron los moros el cuerpo del Santo á la entrada del Alcazar con la guarnicion que acostumbraban, para que fuese despedazado por los perros, que echaron á este efecto, y en seguida arrojaron el santo cuerpo mutilado al rio Guadalquivir; pero el Señor hizo que despues

de algunos dias lo encontrasen los cristianos entre unas peñas que estaban á la orilla del mismo rio, de donde extraido con la mayor reverencia, les dieron sepultura en la iglesia de San Ascisclo. Quiso la ciudad de Beja tener algunas reliquias de un hijo que dió tanto honor á su patria, valióse para ello de la mediacion del Rey Felipe II, y conseguida la gracia, se entregaron por el Hustrísimo Señor Don Francisco Reinoso Obispo de Córdoba á un caballero que diputó Beja, que las recibió con todas las demostraciones de reverencia que son regulares en semejantes casos.

DIA XVIII.

Santa Marina, virgen y mártir.

SANTA Marina, hermana de Sta. Librada, en cuya vida se habla del nacimiento, padres y patria de estas gloriosas santas y sus hermanas, segun nos instruyen varios escritores nacionales, en la separacion que deliberaron todas de comun acuerdo, para no incurrir en el delito que su mismo padre quiso ejecutar con ellas de quitarlas la vida, no por otra causa que la de resistirse á prestar sacrilegas adoraciones á los ídolos, se retiró nuestra Santa al campo de Limia, cerca de la ciudad de Orense, llamada Amphiloquia en la antigüedad, donde se dedicó al santo ejercicio de la oracion, y otras obras agradables á nuestro Señor Jesucristo.

Vióla el presidente por el imperio romano, llamado Olibrio, enemigo de los cristianos, y prendado de su rara belleza, quiso rendir, no solo su fe, sino tambien su pureza; pero implorando la santa virgen el auxilio del Señor, á fin de no perder su alma con los impíos, venció los mas fuertes ataques del tirano. Preguntola éste, ¿de qué linage era, y si libre ó esclava? Y le respondió Marina sin turbarse, que era libre por condicion, pero esclava de Jesucristo. Insistió Olibrio en que desertase de la religion que profesaba, y que rindiese veneracion á los dioses romanos, valiéndose para ello, así de ventajosas promesas, como de terribles amenazas; pero despreciando la generosa virgen ambos medios, enfurecido el tirano mandó que con garfos de hierro rasgasen sus delicadas carnes, hasta que apareciesen sus huesos. Horrorizó aquel lastimoso espectáculo á todos los circunstantes, y hasta el mismo presidente, que aparentando compasion, la dijo: *Cansulta, niña, á tu juventud; presta asenso á lo que te ordeno, para que no pierdas tu hermosura en la flor de tus años.*—¡O mal conse-

¡ero! ¡o insaciable fiera! respondió la santa; *sabe que tus tormentos me sirven de consuelo, y que tu poder solo alcanza à lo material de mi cuerpo, pero mi alma la guarda mi Señor Jesucristo, que la redimió con su preciosísima sangre — Ya no perdonaré; ya no tendré conmiseracion, dijo entonces el tirano, á la que blasfema de nuestros dioses, y desprecia los tormentos.* Ordenó, pues, mientras discurría otros arbitrios, poner á la santa en un lóbrego calabozo, cuya oscuridad ilustró luego el Señor con un resplandor admirable para consuelo de su sierva, que en el ahuyentó con la señal de la cruz al demonio, que la acometió en figura de un terrible dragon.

Conducida en el siguiente dia al tribunal del tirano, formó nuevo empeño en rendir su constancia; pero hallándola inflexible á todas sus tentativas, ordenó que aplicasen los verdugos hachas encendidas á sus costados, que fué uno de los mayores martirios que pudo causar á las recientes heridas; y no satisfecha su saña con esta inhumanidad, dispuso que atada de pies y manos la arrojasen á las aguas. Libró el Señor á su sierva de todas estas plagas, de lo que admirados muchos gentiles de ver como una inocente y tierna niña podia resistir tormentos de aquella clase, clamaron era verdaderamente grande el Dios de los cristianos, y se convirtieron muchos á la fe que Marina predicaba.

Lleno Olibrio de confusion á vista de que se burlaba la santa virgen de todos sus esfuerzos, mandó degollarla por último recurso, logrando por este medio la apetecida corona del martirio en el 18 de julio, aunque en el año puntual no convienen los escritores.

El venerable cuerpo de la santa se venera en la iglesia de su nombre en el sitio que llaman de *Aguas Santas*, dos leguas de Orense, donde se demuestran varios monumentos justificativos de su pasion, como son el horno de fuego donde se dice la arrojaron, y la fuente en que fué degollada, cuyas aguas refieren los naturales, han hecho repetidissimos prodigios de admirables curaciones. Es muy grande la devocion que le tienen en aquella comarca.

Algunos escritores equivocan á nuestra santa con Santa Margarita, mártir de Antioquia, por llamarla tambien Margarita otros autores; pero la uniformidad de Antioquia, con Amphiloquia como se llamó en la antigüedad Orense, pudo dar motivo para una tan fácil equivocacion.

DIA XIX.

Santa Aurea, Virgen y mártir.

SANTA Aurea, cuya memoria ha sido siempre célebre en la ciudad de Córdoba, que fué el terreno donde dió pruebas de su eminente virtud y de su heroica constancia, fué hija de progenitores naturales de Sevilla, descendiente por parte de padre de la mas esclarecida sangre de los moros, que por entonces se hallaban dueños del precioso terreno de la provincia de Andalucia. Tuvo por hermanos á S. Adolfo y á S. Juan, dos insignes mártires de Jesucristo, y por madre á Artemia, matrona distinguidísima, mas por la religion y por la piedad cristiana en que fué educada, que por la nobleza de su prosapia. Retiróse ésta, habiendo muerto su marido, al monasterio de Sta. Maria de Culeclara, uno de los que florecian en el territorio de Córdoba en el fervor de la observancia religiosa, donde por su singular virtud y por sus extraordinarios talentos mereció que se le encargase el gobierno y la direccion de aquella célebre comunidad. Llevó consigo á su hija Aurea, á quien habia instruido desde sus tiernos años en la religion cristiana, como lo hizo con sus hermanos, á pesar de la contraria secta que profesaba su padre. Vivió Aurea mas de treinta años en aquel monasterio, haciendo grandes progresos en la virtud bajo la enseñanza de su santa madre, en la que siempre tuvo un despertador continuo, que la escitaba á que aspirase á la cumbre de la mas alta perfeccion; pero sin ocultar su fé á la vista de los moros, de los que podia rezelarse por traer de ellos su descendencia, ó porque como á tal pudieran acusarla de renegada; bien que como era tan conocida su nobleza, y tenia deudos tan poderosos en Córdoba, entre ellos el mismo juez árabe, no se atrevió alguno á delatarla.

No procedieron así los parientes que tenia la Santa en Sevilla, los que habiendo entendido la profesion de Aurea, se condujeron al monasterio para enterarse de la verdad, y poner el remedio que pensaban. Hubieron gran sentimiento cuando la vieron cristiana; procuraron persuadirla á que mudase de religion, manifestándola que degeneraba de su ilustre sangre, en haber abandonado la ley que siguieron todos sus progenitores, fieles observantes de la secta de Mahoma. Valiéronse de cuantos medios pudo sugerirles el amor y el enojo, á fin de separarla de su propósito; pero desesperados de poderla reducir, la delataron al magistrado agareno, rogándole que la aconsejase

primero como deudo, y cuando no bastase, hiciese los oficios de juez.

Despachó al instante el juez ministros de su confianza, para que tragesen á la ilustre Virgen á su presencia, y disimulado por entonces su enojo, la habló en términos tan albagüenos, y tan afables, que dejándose llevar Aurea ó bien de la flaqueza de su sexo, ó bien de la idea de disimular su fé, lo que no era lícito ni permitido á los cristianos en tales casos, dió palabra á los suyos de que haria cuanto deseaban: con cuya respuesta los unos se volvieron á servirla llenos de placer por el feliz éxito del negocio que les trajo á Córdoba, y el juez satisfecho con la promesa, la dejó ir libre para que obrase segun su palabra.

Recapacitó Aurea sobre aquel echo impropio del carácter de los verdaderos fieles, y no atreviéndose á volver al monasterio por el rubor, y por la vergüenza que le causó una accion tan infame, se retiró á una casa, que debió de ser de algunos de sus deudos cristianos, donde arrepentida de su fingimiento, pidió al Señor perdon de su pecado anegada en tiernas lágrimas. Conoció cuan poderosa sería la intercesion de sus ilustres hermanos para alcanzar de Dios esta gracia; y recurriendo á ellos con fervorosas súplicas, les rogó que intercediesen con la Magestad divina, á fin de que la diese fortaleza para seguir sus pasos.

Sentia el enemigo de la salvacion el doloroso arrepentimiento de Aurea, y pareciéndole que ninguna otra cosa podria contribuir á separarla de su propósito, como armarla segunda vez el mismo lazo en que cayó la primera, dispertó con esta perversa intencion la curiosidad de algunos moros, para que observasen la vida de la ilustre virgen, á fin de reconocer por ella si con efecto cumplia su palabra. Vieron y comprobaron que no habia mudado de religion, y dieron noticia al juez de lo que pasaba. Sintió éste la novedad, y habiendo mandado traerla sin dilacion á su presencia, reprendiéndola severamente su inconstancia y el defecto de su palabra, y procuró pervertirla con terribles amenazas; pero como la insigne virgen se hallaba fortalecida con la gracia del Espiritu Santo; y deseaba con vivas ansias ocasion de dar al mundo públicas pruebas de su fé para lavar con su sangre la mancha de su pecado, le respondió con un valor y con una fortaleza escesiva al ejemplo de fragilidad que dió en el primer combate, de esta suerte: *Yo jamás me separé de mi Señor Jesucristo, ni por solo un instante creí en vuestras falsedades: si á tu presencia se deslizó un poco mi lengua, ella fué sola la que erró; pero mi corazon siempre estuvo firme en lo que á mi Dios debia. Luego que de ti me separé lloré mi culpa con arroyos de lágrimas: siempre he conservado la fé y la verdadera religion cristiana que profesé desde mi infancia, en la que me he ejercitado toda mi vida, manteniéndola con fir-*

me propósito de no dejarla aunque sea á costa de mi sangre. El Señor á quien me consagré desde mis tiernos años, condolido de mi flaqueza me ha fortificado con su poderosa mano, él es el que me restituyó por su infinita bondad á su primera gracia; por tanto tú como juez elige lo que te parezca, ó bien quitame la vida segun disponen tus leyes, ó bien déjame libre para que satisfaga las obligaciones de mi religion y de mi estado.

Quedó confuso el juez á vista de la maravillosa constancia de Aurea, y no pudiendo contener la indignacion dentro del pecho, mandó ponerla en una dura prision, mientras daba parte al rey Mahomad de aquel negocio, en que se interesaba una persona tan calificada; con cuyo acuerdo providenció al dia siguiente, que la decapitasen, y en seguida la colgasen por los pies en un palo, donde habia sido ajusticiado un homicida; pero no satisfecho con aquel castigo, dió orden para que arrojasen los moros el venerable cadáver con los de otros malhechores al río Guadalquivir, con el perverso intento de que los cristianos no pudiesen tributarle los honores que acostumbraban á los ilustres mártires que padecieron por defensa de la fé en aquellas lamentables edades. Fué el tránsito de esta virgen tal dia como hoy en el año 856.

DIA XX.

San Pablo, diácono y mártir.

UNO de los gloriosos defensores de la religion cristiana, que arrebató de este mundo la cruel persecucion que suscitaron los moros en Córdoba al comedio del siglo IX, fué S. Pablo, natural de la misma ciudad; joven ilustre, de talle airoso, y de una hermosura corporal extraordinaria, vivo retrato de la que ilustraba su alma. Era deudo de S. Eulogio y hermano de S. Luis tambien mártir, de quien hicimos memoria á 30 de Abril. No se dejó llevar en sus primeros años de aquellas vanas esperanzas con que lisonjeaba la fortuna, inspiróle su virtud dictámenes muy contrarios; pues considerando el fin caduco de todos los bienes de la tierra, quiso conseguir los eternos; y para aprender el verdadero camino que conduce al hombre á la patria celestial, empleó su juventud en el estudio de las letras divinas, y de las laudables costumbres que se enseñaban en la iglesia de S. Zoilo, donde en ambos ramos se instruian los hijos de los cristianos por los mas hábiles preceptores, en la desgraciada época que se hallaba Cór-

doba bajo el tirano yugo de los africanos. Hizo Pablo grandes progresos en las ciencias; y dedicado al estado eclesiástico, recibió el sagrado orden de diácono, en el que se distinguió por la sencillez de su corazón, por la integridad de su fé, y por el testimonio de su buena conciencia; y como estaba armado con el escudo de la caridad, no pudo separarle de Jesucristo ni la tribulacion, ni la espada, ni aun la misma muerte. En todo tiempo y en todas ocasiones daba Pablo pruebas auténticas de su ardiente caridad para con todos los pobres necesitados, y con especialidad para con los fieles que se hallaban en las cárceles inmediatas á ser victimas del furor de los árabes. no por otra causa, que la de declamar justamente contra los crasos errores y contra las ridículas patrañas de la ley de Mahoma. Servialos con indecible piedad, cuidaba de asistirlos en todas sus necesidades, mostrábales compasion en los trabajos, y aliviaba sus males con sus saludables exhortaciones. S. Eulogio que escribió las actas de este ilustre jóven, engrandece su bondad, su candidez, su suavidad y su ardorosa caridad, por lo que se hizo amable de todos; pero como Dios le tenia escogido para sí, le trasladó del destierro de esta vida en lo mas florido de sus años.

Contribuyó mucho para escitar á Pablo á la heroica generosidad con que se ofreció al martirio, la amistad que profesaba con San Sisenando, que dió pruebas de la firmeza de su fé en el dia 16 de Julio, teniendo en él no solo ejemplo, sino despertador para su glorioso triunfo; habiéndolo convidado á que lograse la misma dicha á que aspiraba, cuando estaba próximo á padecer. Presenció el ilustre diácono el valor con que hizo frente Sisenando á los enemigos de la fé, la fortaleza con que confesó á Jesucristo por verdadero Dios ante el tribunal de los jueces árabes, la generosidad con que condenó por hombre falso y engañador al que los moros tenian por verdadero profeta, y la constancia con que perseveró en la defensa de la religion cristiana hasta derramar su sangre; y encendido en vivisimos deseos de imitar á aquel héroe, se presentó al juez agareno, y no satisfecho con haber confesado la divinidad de Jesucristo, declamó con no menor brío que su amigo Sisenando contra los necios delirios del Alcoran. Irritó al juez una accion tan generosa, de suerte, que no pudiendo contener la indignacion dentro del pecho, mandó que lo degollasen inmediatamente. Ejecutóse la inicua providencia en el dia 20 de Julio del año 851; y habiendo dejado los moros el venerable cadáver delante del alcázar, recogido por los cristianos, le dieron sepultura en la iglesia de S. Zoilo, donde tuvo el oficio de diácono. Su fiesta se celebra en Córdoba el dia 14 de Agosto.

Cuando entró Pablo en la Cárcel, se hallaba en ella un sacerdote Portugues llamado Tiberino, natural de Beja, á quien por un falso cri-

men tuvieron los moros en una obscura mazmorra el dilatado tiempo de veinte años, despues de los cuales le pusieron en la prision comun de los malhechores. Entró el presbitero en el calabozo en lo mas florido de su edad, pero salió lleno de canas, á fuerza de los trabajos é infelicidades que le hicieron padecer los bárbaros. Vió á Pablo cercano á su glorioso triunfo y le rogó, que cuando estuviese en la vision beatífica, intercediese con Dios para que le libertase de las pesadas prisiones que sufría inocente tantos años. Ofreciólo así el insigne diácono compadecido de sus miserias; y no olvidándose de su palabra, á pocos días despues de su martirio consiguó el sacerdote la apetecida libertad; por lo que dió al Señor y al ilustre mártir las gracias correspondientes.

DIA XXIII.

Los Santos hermanos Bernardo, María y Gracia, mártires en el reino de Valencia.

Los santos hermanos Bernardo, María y Gracia, fueron naturales del reino de Valencia, de un lugar llamado Pintarrafes, antiguamente puesto entre Denimodol y Carlet, y ahora derribado y despoblado. Su padre Almanzor era Señor de dichos pueblos, y moro de profesion. Tuvo dos hijos y dos hijas; las hijas se llamaban Zaida y Zoraida, y los hijos Almanzor el mayor, y el menor Amete. Enviólos á la corte del rey moro de Valencia á aprender cortesanía y el arte de la guerra. Este rey, dice el maestro Gilbau, que era Zaen, deudo del otro Zaen que rindió la ciudad al rey D. Jaime. Mas esto no se compadece con la verdad, porque en Valencia nunca reinó otro Zaen que el del tiempo de la conquista. Tampoco puede ser lo que escriben Beuter y Viciano, que sucedió el caso en el año 1150; porque, como luego diremos, fué muy cerca del monasterio de Poblet, y sabemos por la historia de Carbonell, que se comenzó á edificar mucho despues en el de 1155 por el conde Ramon Berenguer, que casó con la reina D.^a Petronila de Aragon; y lo acabó su hijo el rey D. Alonso, que entró á reinar en el año 1162 y murió el año 1196. De forma que no podemos poner la historia de S. Bernardo sino es desde el año 1155 hasta el de 1196, y cuadra con esto, que el mismo maestro Gilbau pone su martirio en el año 1180.

Sea de esto lo que fuere, los dos hermanos se criaron en la corte del rey de Valencia; y aunque ambos eran muy favorecidos, parece

haberlo sido mas Amete, por la confianza que de su fidelidad y talento hacia el rey; pues pasaban por sus manos todas las rentas reales, y acudia á todos los gastos de paz y guerra. Vivía Amete con la ceguera de la secta mahometana que tenian de sus padres. Enviólo el rey por embajador á Cataluña, á tratar de rescate con los señores cristianos de ella, de algunos moros que en los reencuentros pasados se cautivaron, ó tal vez con algun tributo que pagase al conde de Barcelona. Llegado á Lérida, zeloso de su perversa secta, reprendió ásperamente á algunos moros que se habian quedado vecindados entre los cristianos. De allí pasó á Tarragona; ordenó Dios, que en medio del camino él y un criado que le seguia se perdiesen por unos bosques, y les faltase la luz del dia, para que les amaneciese el sol de justicia Cristo. Detúvose allí, rindiólo el sueño, á poco rato despertó pareciéndole haber oido una suave música.

No fué esto sueño, sino realidad. Salía este canto de un monasterio de la órden del Cister, que allí cerca acababa de labrar el rey D. Alonso de Aragon, abuelo del rey D. Jaime el Conquistador, llamado nuestra Señora de Poblet, cuyos monges cantaban á la media noche solemnes maitines. Como Amete no entendia aquel language, estúvose un rato embelesado escuchando; y despertando á su criado cuando vino el dia se fueron hácia donde habian oido cantar, y por el rastro de un camino hollado que luego encontraron, llegaron á las puertas del monasterio. Espantáronse los monges de ver tan á deshora aquellos dos moros; mas aseguráronse con la buena gracia de Amete, que con curiosidad les preguntó ¿qué casa era aquella, qué gente, y qué manera de vivir? Respondiéronle que era uno de los templos del Dios verdadero; que el ejercicio en que allí se ocupaban era hacerle gracias á todas horas por el beneficio de la creacion y redencion, y de haberles dado conocimiento de su santa ley, y en ella el estado de mayor perfeccion cual lo es el de religiosos. Iba ya Dios moviendo el corazon de Amete; comenzó á saborear la relacion, y á pedir le informasen de propósito: los religiosos echando de ver el gusto con que él les oía, le hospedaron algunos dias; pero despedido primero el criado, porque rezelaban siempre de algun trato doble. Fuese el criado á Lérida, con órden que aguardase á su señor en casa de una mora su tia; y entre tanto alumbrado de veras su entendimiento, pidió al abad con instancia el santo bautismo. Desde entonces se llamó Bernardo.

Comenzó á echar hermosos renuevos de virtudes, pidió luego al abad le admitiese en la religion aunque fuese para servicio. Pagados los monges de tan buenas muestras como daba de sí este mozo, le vistieron el hábito. Era admirable su compostura, engordaba con la abstinenca, ayunaba toda la semana, y á pan y agua la mitad de

ella. Era infatigable en la oracion, y una fuente perenne en las lágrimas: hablando con los religiosos decia: Confianza tengo en nuestro Señor Jesucristo que moriré mártir.

Suplicó al Abad que le encargase el cuidado de los pobres y peregrinos; y visto su cristiano pecho le nombraron portero y limosnero. Despues de cantados los maitines, cuando los otros se iban á recoger á sus celdas, se quedaba en el coro en profunda oracion, acompañándola muchas veces con rigurosa disciplina que se daba por la conversion de los infieles, por la cual hacia grandes y tiernas declamaciones á Cristo; y con ellas pasaba la noche hasta hora de prima. Despues de haber asistido con los demás, bajaba á la portería á remediar á sus pobres. Llegó á los oidos de toda la provincia la santidad y caridad de Bernardo, y acudian en procesion los pobres al doble de lo que antes solian. En sus manos multiplicaba Dios el pan: á no ser de esta manera, quedára corta la renta de cuatro monasterios como el de Poblet, para las estraordinarias limosnas á que se alargaba Bernardo.

Hiciéronlo procurador de la casa, holgóse de esto por poder serlo mejor de los pobres; salia á los pueblos de la contribucion, acudia á remediar las mayores necesidades, visitaba los enfermos, sanábalos con la señal de la cruz. A la fama de sus maravillosas obras salian á recibirle en los pueblos adonde llegaba, y le ofrecian sus enfermos para que los tocase, mayormente los niños, por haberle Dios comunicado particular virtud sobre los quebrados y desvencijados; y como Dios oia las oraciones de su siervo, al momento se arrodillaba, y derramando humildes lágrimas, decia: Señor, no por mis merecimientos haceis vos tantas misericordias con vuestro pueblo, sino por quien vos sois acudís á mis necesidades, y á las de aquellos por quien os ruego.

Despues de haber vencido con la ayuda de Dios algunas envidias de sus hermanos, llamado por Dios á la corona del martirio, pidió licencia al abad para llegarse á visitar los moros sus deudos, y ocuparse en su conversion. Rehusólo el abad quanto pudo; mas vencido de sus ruegos y lágrimas, condescendió con él. En la ciudad de Lérida buscó una tia suya, mora principal y hacendada. Halló en ella gran resistencia para convertirse, y aun mil cavilaciones para pervertirle á él; pero pertrechado de la gracia, la rindió á nuestra fé, y recibió de su mano el sagrado bautismo. La cual llegó en breve á tanta perfeccion, que reservando para si y dos criadas sus preciso sustento, repartió sus bienes á los pobres. Con esta victoria gozoso se fué á la casa de sus padres: halló muerto el padre, y heredado el primogénito Almanzor, y en su compañía las dos hermanas Zaida y Zoraida.

Recibiéronlo con mucha alegría, porque se persuadieron que venia

á renegar de la fé, y volverse á su secta; y luego comenzaron á tratar de la religion. Pero venidos á apretarse con argumentos los unos á los otros, no pudo jamás Bernardo ser derribado de su buen propósito: las dos hermanas alumbradas del cielo recibieron el bautismo, llamándose Gracia y María. Bramaba de coraje Almanzor de ver á su hermano escarnecer su secta: díjole Bernardo como su venida habia sido para alumbrar á sus deudos; y pues no querian admitir la luz de la verdadera religion, que él estaba resuelto de dar la vuelta á su monasterio. Almanzor embrabecido le respondió que se fuese, y que no le quitaba la vida por ser hermano.

Persuadió Bernardo á las hermanas que se fuesen con él por huir el peligro de apostatar si quedaban entre moros. Llegaron á un pueblo comarcano llamado Guadafuar, y no teniéndose por seguros de la ira de Almanzor cuando los hallase menos, caminaron hasta Alcira, y entre unos jarales estuvieron ocultos dos dias, hasta que al tercero, pareciéndole á Fr. Bernardo que ya tenia bien desmentidos los adalides y espías que habian salido en su busca, dejó allí á sus hermanas y se determinó de llegarse á unas caserías cercanas á buscar de comer. Apenas atravesó el camino real, cuando fué descubierto. Venía con soldados el mismo Almanzor, y arremetieran contra él para alancearlo, á no detenerlo el cuidado de las hermanas. Templó el rigor, y le dijo que si se las entregaba y volvía á su secta, hallaría perdon.

Respondió Bernardo: yo quisiera que hubieras cojido tú tambien como ellas el fruto de mi venida; mas pues no quieres que seamos hermanos en la fé, tén entendido que los tres estamos prontos á morir por ella. Almanzor oido esto, le hizo maniatar, y que guiase adonde quedaban las hermanas. Saliéronle ellas al camino con lágrimas y sollozos viéndole tan mal parado. Consolólas el Santo con graves y piadosas razones; y confortadas con el breve razonamiento que les pudo hacer, ofrecieron como él las gargantas al cuchillo por la ley de Jesucristo.

Los criados de Almanzor arrebataron á Bernardo, y lo amarraron á un árbol de aquel bosque para quitarle la vida; y llegando á él un barquero, que por su oficio traía consigo un mazo y un clavo, mandado por el tirano, se lo metió por la vitoriosa cabeza; que con la lengua lo poco que le concedió de vida aquel tormento, invocaba el dulcísimo nombre de Jesus, y á los circunstantes convidaba con la poca sangre que le quedaba. Rindió el espíritu á su Dios el invencible mártir; y libre ya de la vida, volvióse el tirano á las santas doncellas, con halagos y largos ofrecimientos unas veces, y otras con amenazas; y al cabo de haber dado muestras esclarecidas de su constancia en la fé, concluyó el tirano con mandar á sus criados las des-

pedazasen á cuchilladas. Embistieron los lobos carniceros á las mansas ovejas, que con notable brio se animaban la una á la otra para morir en la demanda; y juntando con la azucena de la virginidad las rosas del martirio, fenecieron juntas vírgenes y mártires en un mismo día y lugar con su hermano Bernardo. Dejaron allí los tres cuerpos para pasto de cuervos; mas Dios, que tiene el cuidado de los suyos, proveyó de quien les diese allí mismo sepultura. Con el largo cautiverio de los moros se llegó á perder la memoria de su paradero, hasta que andando el rey D. Jaime en la conquista de aquel reino, fueron descubiertos milagrosamente; y el rey los mandó colocar en una ermita que luego se incorporó con el monasterio de la órden de la santísima Trinidad donde hoy se veneran. Con las alteraciones que luego ocurrieron en aquella tierra, temiendo que fuesen hurtadas las santas reliquias, las escondieron otra vez, siendo muy pocos los que sabían el lugar de este depósito. Fué pasando de unos en otros este secreto hasta que habiendo entrado los religiosos á hacer monasterio de la ermita, lo reveló el ermitaño al provincial de la órden, y de este fué propagándose esta noticia á sus sucesores. El año 1599 por el mes de mayo fueron desenterradas las santas reliquias, y en enero de 1610 trasladadas solemnemente á la iglesia del monasterio, donde ahora permanecen. Hallóse á esta traslación el venerable siervo de Dios D. Juan de Ribera, arzobispo de Valencia y patriarca de Antioquia.

DIA XXIV.

San Francisco Solano, confesor.

Nació este siervo de Dios en Montilla, ciudad de Andalucía, del marquesado de Priego en el obispado de Córdoba, á 10 de marzo del año de 1549, diez y seis de Paulo III y treinta y tres del imperio de Carlos V. Fueron sus padres Mateo Sanchez Solano, y Ana Jimenez, distinguidos en el país por su piedad. Destinado de Dios para ilustrar con el esplendor de sus virtudes, y con la luz de la predicacion evangélica una gran parte de la América meridional, y para ser otro de los muchísimos héroes que ilustran la sagrada órden de San Francisco de Asis, desde su mas tierna edad fué tan modesto que su presencia bastaba para estorbar á los otros jóvenes cualquiera accion ménos decente. Esmeráronse ciertamente sus padres en darle una educacion cristiana; pero como se hallaba asistida con los mas espe-

ciales auxilios de la divina gracia, que en él parecia obrar mas que la naturaleza, costóles poco trabajo conseguir el fruto de sus deseos; su natural dulce, afable y benéfico, su corazon noble, dócil y generoso, la sublime idea que concibió de Dios, el sumo horror al pecado, su inclinacion natural á la virtud, con un afecto muy particular al retiro, la distraccion total de las diversiones propias de la niñez, el gusto y complacencia que manifestó desde luego á los ejercicios de piedad, y sobre todo la cordialisima devocion que profesaba á la Santísima Virgen, con cuyo escudo, con la modestia, mortificacion y fuga de las ocasiones, conservó siempre inviolable la pureza, hicieron conocer á sus padres que en él disponia la divina providencia uno de aquellos héroes con que en algunos siglos favorece el Señor á su Iglesia.

Instruido en los primeros rudimentos, le aplicaron á los estudios en el colegio de la compañía de Jesus de su patria; y como se hallaba dotado de un vivo y perspicaz ingenio, acompañado de una madurez de juicio muy excesivo á sus años, en breve tiempo hizo admirables progresos en las ciencias; y se concilió el amor de sus maestros con el de sus condiscípulos, mirando todos en él un modelo de todas las virtudes cristianas; distinguiéndose ya en aquella corta edad en la particular gracia de componer las discordias, á virtud del amor que manifestó desde luego á la paz, tan rocomendada por Jesucristo. Persuadido Francisco que el tiempo de los estudios es ocasionado á resfriar el fervor, tuvo gran cuidado de prevenir este escollo con precauciones piadosas, frecuencia de sacramentos, continua oracion, rigidas penitencias; valiéndose de la industria para macerar su cuerpo en las horas que dejaba el estudio, de cavar en un huerto de su padre, recreando el ánimo con cánticos devotos, por cuyo medio elevaba á Dios sus cordiales afectos.

Aunque nuestro Santo tenia grandes talentos, y nobles disposiciones para seguir la carrera de las letras, con todo era mayor su inclinacion al retiro; pues el deseo de atender únicamente, libre de los impedimentos del mundo, al importante negocio de su salvacion eterna, tuvo para él mas atractivo que todo. Animado de estos deseos, le inspiró Dios anhelase á la cumbre de la perfeccion en la soledad del claustro, y siguiendo vocacion tan acertada, vistió el hábito de la regular observancia Franciscana en el convento de recoleccion de Montilla, su patria, en el año 1569, cuando contaba veinte de su edad.

Apenas vistió el sayal de los menores Francisco, comenzó á manifestar á todo el claustro las virtudes de que ya en el siglo dió tan evidentes pruebas. Su profunda humildad, su ciega obediencia, su pureza angélica, su modestia singular, su continuo silencio y estraordi-

narias mortificaciones además de las que por constitucion se practican en la observancia recoleta, hicieron conocer á todos los religiosos el fervoroso zelo y el veloz curso con que corria, sino volaba el novicio en el camino de la perfeccion. El crucificaba su carne con sangrientas disciplinas y rigurosos ayunos, mostrandose tan admirable en la abstinencia, que excepto de las fiestas solemnes, y esto por precepto de su maestro, no comia carne, pesca, ni lacticinios; en los viernes no probaba manjar alguno cocido; en la cuaresma y en las ferias segunda, cuarta y sesta de la semana solo usaba de pan y agua. Además de esto traia bajo el hábito un áspero cilicio asido á su delicado cuerpo, al que daba un brevísimo descanso en un durísimo lecho, con un leño por cabecera. Persuadido que á todas estas mortificaciones y otras virtudes monásticas daria el lleno que apetecia el ejercicio que facilita el comercio con Dios, se entregó de tal modo á la oracion, que no satisfecho con las horas que invertia la comunidad en ella, cuando descansaba esta, despues de disciplinarse cruelmente, pasaba muchas noches hasta romper el dia anegado en dulces contemplaciones.

Hizo su solemne profesion con las supuestas preparaciones; y formando empeño en imitar la vida del seráfico Patriarca, salió una copia viva en todo parecida al original. Yá profeso, no dejó las virtudes que comenzó en el noviciado, antes bien las perfeccionó en el discurso de su religiosa carrera, sin que jamás se disminuyese en él el fervor con que la emprendió. Envióle la obediencia á estudiar filosofia al convento de Sta. Maria de Loreto de la misma Recoleccion, distante de Sevilla tres leguas, y aunque en él habia sobrantes celdas, hizo para sí una pobre y humilde habitacion de cañas en un ángulo cerca de las campanas, donde pasaba los dias y las noches alternando en el estudio y en la oracion, por cuyo conducto, mas que por su aplicacion, adelantó maravillosamente en las ciencias; la misma práctica observó en el estudio de la sagrada teologia, logrando por estos medios dejarse ver á un mismo tiempo docto, santo, sabio y perfecto.

Recibió el órden sacerdotal á virtud de un precepto espreso de su superior, bajo el supuesto de su resistencia humilde á tan alta dignidad, confesándose indigno para ella; y celebró el primer sacrificio en el dia del seráfico Patriarca con tanta ternura, con tanta devocion y con tantas lágrimas, que dió á conocer á los asistentes el respeto y amor en que se hallaba abrasado su corazon para con aquel Señor que ofrecia al eterno padre. Descubrió una dulce, clara y sonora voz, y creyéndole á propósito para vicario de coro, desempeñó el empleo con la puntualidad, zelo y vigilancia que exige la celebracion de los oficios divinos. No le detuvo la religion mucho tiempo en aquel ministerio, pues persuadida que el espíritu de Francisco alentaria á otros

con su fervor, á que con él emprendiesen la carrera de la perfeccion, le destinó la obediencia para maestro de novicios en el convento de Arrizafa, media legua distante de la ciudad de Córdoba. Convencido que el ejemplo es leccion mas eficaz que las palabras para escitar á los jóvenes, siguiendo esta idea, renovó con nuevo aliento los santos ejercicios de oracion y mortificaciones, en términos que á la vista de un tan espresivo espejo, trabajaban sin pereza los novicios en adquirir la perfeccion á que eran llamados. Pasó con el mismo oficio al convento de S. Francisco del Monte, santuario muy devoto fundado á cinco leguas de Córdoba entre unos montes muy espesos que van á parar á la Sierra Morena, sitio muy proporcionado por el retiro del comercio del siglo para la quietud que el Santo apetecia; y se entregó de tal modo á la contemplacion de las verdades eternas, que llegó al alto grado de la mas íntima union con Dios. Con no menos fervor redobló sus penitencias, haciéndole el deseo de imitar á su seráfico Patriarca el que se arrojase en una ocasion desnudo á un monton de espinas, revolcándose en ellas hasta herir enteramente su cuerpo.

Hiciéronle guardian del mismo convento á pesar de su humilde resistencia; y viéndose en el empleo de superior, aplicó todo su esfuerzo en conservar en su rigor primitivo la regla de San Francisco; siendo el primero que salia con la alforja á pedir de puerta en puerta como verdadero mendicante. Sus ayunos, vigiliass, perpetua asistencia al coro, y asombrosas penitencias, eran las lecciones con que instruía á sus súbditos, portándose para con todos con tanta afabilidad y admirable discrecion, que les reducía gustosísimos al yugo de la obediencia; de suerte, que esmerándose cada cual en imitar á su santo padre, vino á ser el convento un seminario de santidad, y una voluntaria cárcel de reclusion, llegando á ser el asunto de la admiracion y la materia de los mas altos elogios. El vasto y apostólico zelo de Francisco no podia estrecharse dentro de los muros del monasterio, y habiéndole dotado el cielo de un talento extraordinario y singular elocuencia, salia á predicar la palabra de Dios, haciendo portentosas conversiones en Villafranca, en el Carpio, Montoro y otros pueblos vecinos, en los cuales era oido como un apóstol en quien no predicaba menos la vida que la doctrina, volviendo de no pocas de ellas, concluida la mision, en ayunas al convento, en observancia de la ley de abstinencia que se impuso cuando novicio.

Al cabo de poco tiempo fué enviado al convento de la Recoleccion de S. Luis el Real en la Zubia de Granada, una legua de la ciudad. Recibióronlo allí como ángel del cielo por las nuevas que tenian de su gran virtud, de la cual fué dando muy esclarecidos ejemplos; especialmente en los hospitales y en las cárceles de Granada hizo tales

obras de misericordia con los presos y enfermos, que muy en breve se granjeó la veneracion pública. Pero ofendia tanto á la profunda humildad de Francisco la estimacion que hacian todos de su persona, á pesar de las industrias de que se valia para disminuir este general concepto, que agregados á este sentimiento los vivísimos deseos de padecer martirio, pidió repetidas veces licencia á sus superiores para pasar al Africa á anunciar á los infieles la fé de Jesucristo; pero aunque se la negaron siempre, no desistió de su propósito. Mandó el rey Felipe II á los prelados de la religion de san Francisco, que enviasen operarios á las Indias, á fin de ilustrarlas con la luz del Evangelio; y conociendo nuestro Santo ser esta la ocasion favorable para cumplir sus deseos, partió con misioneros apostólicos á las regiones de América, habiéndose despedido de su buena madre, y de sus hermanos y deudos, y de todos los lugares donde habia predicado, exhortándolos de nuevo al temor de Dios con ardiente espíritu. Embarcóse el año 1589 en la armada en que iba por virey del Perú el marqués de Cañete D. García Hurtado de Mendoza.

En el viaje, ni la diversidad ni los ejercicios varios de los navegantes entibiaron la constancia y fervor de su vida: era su oracion profunda; el ejemplo de mucha edificacion; á unos confesaba, á otros exhortaba á que por ningun caso se propasasen á decir ni hacer cosa con que fuese Dios ofendido. Llegado á Cartagena y Panamá, tomó por ejercicio, despues de las obligaciones de la comunidad, ir á los hospitales á visitar los enfermos, á los cuales con muy amorosas palabras consolaba y con todo esmero servia. En Panamá especialmente no tuvo otro refrigerio sino un rinconcito del coro, donde puso un seron de esparto que traia muy pobre y un palo por cabecera, sin querer otra celda, pasando en oracion gran parte del dia y de la noche. En una tormenta que tuvo desde Panamá para coger la costa del Perú, encalló la nave entre unos bajíos, y con ser gravísimo el riesgo de perecer-en que todos estaban, considerando el santo varon que en ella quedaban mas de ochenta negros bozales de Guinea, muchos de ellos sin ser bautizados, y otra mucha gente puesta en angustia, no quiso como otros saltar en el esquite por salvar la vida; mas menospreciándola por el bien de sus prójimos, contestó al capitan de la nave que no queria desampararlos en tan manifiesto peligro. Levantó una cruz en las manos, y juntando los negros gentiles, en aquel poco tiempo los catequizó en los misterios de nuestra santa fé, y asegurado de que deseaban recibir el bautismo, los bautizó; y luego abriéndose la nave se ahogaron muchos de ellos, quedando el siervo de Dios sobre un pedazo del barco por espacio de tres dias confesando y consolando á la gente que en él quedaba: al cabo de los cuales como por milagro los pudieron sacar de allí sin daño ninguno. Des-

pues de varios trabajos que pasaron en un despoblado adonde fueron á parar, siguieron su viaje hasta desembarcar en Payta, de donde pasó nuestro Santo á Lima. Desde luego comenzó á predicar en aquella ciudad con gran fruto. De Lima dirigió su rumbo á las vastas provincias de Tucuman, á satisfacer el zelo apostólico que ardia en su corazon por la salvacion de las almas. Setecientas leguas caminó á pié por lugares incultos, ásperos y escabrosos, por rápidos y profundos rios, y por millones de peligros hasta llegar á aquellas regiones bárbaras, en que habia poco tiempo que comenzó á brillar la luz de la fé, á virtud de la predicacion de Fr. Alonso de San Buenaventura, observante de la provincia de Andalucia, y Fr. Luis de Bolaños. De estos paises dilatados, recibió nuestro Santo la mision como los apóstoles; con los mismos sentimientos, con el mismo ánimo, con la misma sed á padecer, con el mismo fervor, con el mismo ardor y con el mismo zelo entró en aquellas islas desiertas, y aquellos pueblos idiotas, que no le ofrecian en toda su estension sino hambre, sed, con infinitos trabajos, persecuciones y evidentes riesgos de perder la vida, pero no acobardaron la valentia de su espíritu, antes bien escitaron de nuevo al zeloso operario del Padre de familias, á que sacrificase su actividad en el cultivo de aquella montuosa viña, que vino á ser por su infatigable ardor una de las posesiones mas floridas de la Iglesia. Seria necesario un volúmen entero para referir una parte de sus trabajos, de las conversiones, y de los prodigios que obró este santo Apóstol en aquel vasto mundo.

Comenzó su mision, y para hacer que el cielo derramase sus bendiciones sobre una tan difícil empresa, pasaba en oracion la mayor parte de la noche, dejándose ver no pocas veces postrado con la boca en tierra, en forma de cruz, pidiendo al Señor auxilio para hacer guerra á los vicios radicados entre los bárbaros. Consideró preciso instruirse en los difícilisimos idiomas de aquellas gentes, y lo consiguió perfectamente por medios mas divinos que humanos; á la verdad que fué cosa digna de admiracion, el que en el corto tiempo de quince dias supiese aquellas confusas y varias lenguas, lo que atribuyeron los bárbaros á arte mágica antes de conocer la eficacia de la divina gracia.

Poseido de este indispensable requisito, animado de aquel santo zelo que constituye el carácter de los varones apostólicos, corria por todas aquellas regiones sin temor á la muerte, llevando hasta las mas remotas la verdad evangélica. No perdonaba trabajo ni fatiga para sacar de las garras del lobo infernal las errantes ovejas; á todos trataba benignamente, consolaba con dulcisimas palabras en sus aflicciones, aliviaba en sus miserias, asistia en las enfermedades, administrándoles por sí los alimentos y medicamentos; su mansedumbre,

su caridad, sus modales agradables, y su modestia ganaban los corazones de todos; la fuerza y unción de sus palabras convertían á los más rebeldes, y su santidad manifiesta convertía á los pueblos más indómitos; en fin, sus predicaciones acabaron de hacer la reforma de todas las costumbres, el uso de los sacramentos se hizo frecuente, y la piedad se estableció en todas aquellas regiones bárbaras.

Además de tan recomendables prendas, daba á su misión la mayor eficacia el ejemplo de su vida admirable, el desinterés apostólico, la vileza de su hábito, la parsimonia de su comida, el rigor de sus ayunos, la austeridad de sus penitencias y la liberalidad con que invertía en socorro de los pobres cuanto adquiría en el ministerio. Es cierto que para más crédito de la santidad de Francisco, recomendó Dios con muchos milagros en favor de aquellos naturales la verdad de la doctrina que predicaba.

En cierta ocasión estando celebrando los oficios divinos en el jueves santo, acometió á los fieles una numerosa tropa de bárbaros, amenazándoles con la muerte. Atemorizó el inopinado suceso á los católicos, y saliendo Francisco de la iglesia, sin otras armas que la de la divina palabra, les habló con tal valor y con tal fuerza, que aterrados al oír su voz los enemigos, habiendo oído su predicación, se convirtieron á la fe más de nueve mil de ellos; pero con tan repentina mutación, que muchos de los mismos asistieron á los oficios divinos en la misma noche. Creció desde entonces tanto la fama del siervo de Dios entre aquellas gentes que concurrían innumerables á oír sus sermones, entendiéndolos todos en su propio idioma, hablando Francisco en su lengua, y convencidos de sus discursos, depuesta la ferocidad, se sometían gustosos á la ley del evangelio. En fin, creció tanto la estimación del santo Apóstol entre aquellos bárbaros, que lo que no pudo conseguir el rigor de la justicia ni el temor de las penas, lograba Solano solo con el imperio de su voz, á la que obedecían ciegamente.

Celebróse capítulo provincial en Játiva por aquel tiempo, en el que el Santo fué electo custodio de la provincia de Tucuman, á pesar de sus ruegos, confesándose indigno para el empleo. En la visita que hizo de aquellos conventos, en cuya expedición padeció muchos trabajos, acreditó con pruebas prácticas el alto concepto que la religión tenía formado de su virtud, á la que se debió una reforma general del claustro; y relevado del cargo á fuerza de sus instancias, se le mandó por obediencia presidiese á la recolección que poco antes se había fundado en Lima. Hizolo Francisco, y fué tal el sentimiento de los indios de Tucuman, que no omitieron súplicas, ni diligencias para que los superiores no separasen de ellos al que veneraban como á su apóstol, y amaban como padre; lloraban á lágrima viva, teniáanse por

desventurados con esta pérdida, y nunca mas se les borró la memoria de su bienhechor.

Hiciéronle vicario y prefecto del convento de Sta. Maria de los Angeles de Lima, no cesaron sus ruegos hasta que le exhonó la religion de un empleo tan repugnante á su espíritu, deseoso de santificarse en las humillaciones, y de vivir en la clase de súbdito, ocupado en las funciones de su apostólico ministerio. Aplicóse á desempeñarle en la misma ciudad, y en los confornos con su acostumbrado zelo, ya predicando, ya confesando y ya ejerciendo obras de caridad. Frecuentemente se presentaba en las calles y plazas de Lima con un crucifijo en la mano á declamar contra los vicios: no pocas veces animado del divino espíritu entraba en los teatros públicos, y manifestando la misma insignia, movia á todos á un verdadero arrepentimiento. Tambien se empleaba en coloquios privados con las religiosas, en los que encendia el fervor de las esposas de Jesucristo á que aspirasen á la perfeccion de su estado. Aunque en estas funciones lograba Francisco portentosas conversiones, las que perfeccionaba la divina gracia, que siempre acompañaba á su nerviosa elocuencia; con todo penetrado su corazon del mas vivo dolor al ver los pecados y escándalos del pueblo, que provocaba á la justicia divina á los mismos castigos con que en otro tiempo amenazó á Ninive, impelido de un superior impulso salió en una ocasion del convento, y presentándose en la plaza mayor con un semblante grave y modesto, predicó con tanto espíritu y tan ardoroso fuego contra los vicios predominantes en la ciudad, que alegando en confirmacion de su doctrina, con propiedad y discrecion varias sentencias de la santa Escritura alusivas á la destruccion de los pueblos por sus vicios; entendidas éstas equivocadamente como profecía de la destruccion de Lima, bajo el concepto que se tenia formado de la santidad de Francisco, fué tal la conmocion y terror que causó el sermón en los ciudadanos, imitando el ejemplo de los ninivitas á la voz de Jonás, convertidos á Dios, hicieron tan asombrosas penitencias para templar su enojo, que la multitud de sacerdotes y religiosos de aquel numeroso pueblo apenas bastaba para oír las confesiones de los pecadores arrepentidos. Fueron tales las penitencias públicas que se hicieron aquella noche y los dias siguientes, tal y tan universal la enmienda de las costumbres que obró Dios por este medio en aquella ciudad, que el obispo de Orense Fr. Juan Venido que entonces se hallaba en ella, asegura no haber memoria de otra conversion semejante á esta desde la de Ninive. Era entonces arzobispo de Lima Sto. Toribio de Mogrovejo.

Predicando en Trujillo á 42 de Noviembre del año 1603, quince antes del terremoto que destruyó aquella ciudad, con luz sobrenatural de profecía lloró desde el púlpito su ruina, diciendo claro á sus mo-

radores que se aconsejasen, que por sus pecados habia Dios de asolar aquel pueblo. Lo cual se cumplió en Febrero de 1618, no quedando en pie edificio ni casa alguna, siendo sepultados en sus ruinas gran multitud de hombres y mujeres.

La materia y estilo de sus fructuosas predicaciones sacaba Francisco de la oracion, y de las fuentes de las santas Escrituras deducia las saludables aguas con que regaba la tierra estéril; por lo mismo producía siempre frutos abundantísimos de admirables conversiones, compuncion, suspiros, lágrimas y sollozos hasta de los mas endurecidos pecadores, irresistibles á la fuerza de sus discursos y á su apóstólico zelo. Muchas veces cuando esplicaba los divinos misterios se arrebatava en dulces éstasis, y derritiéndose otras en la consideracion de ellos, le faltaba la voz, y supliendo á las palabras sus agradables suspensiones, conmovia su silencio mas en semejantes casos á los oyentes.

Parecia regular que las incesantes fatigas de sus apostólicas expediciones le dispensasen de las mortificaciones; però ni éstas ni las muchas enfermedades que contrajo en ellas, le indultaron jamás para que aflojase en la práctica de sus rígidos ayunos, ni asombrosas penitencias, que se hacian increíbles atendiendo á la debilidad de su cuerpo. A la verdad que causaba admiracion verle correr por tantas provincias á pie descalzo en las estaciones mas rigurosas del invierno y estío, sin comer ni beber en muchas leguas, mantenido únicamente con el zelo de la salvacion de las almas, llegando su abstinencia al estremo que se creyó con razon vivia milagrosamente; añadiendo á esto todas las noches duras y sangrientas disciplinas con que crucificaba su carne, cuyas llagas hacia mas penosas el áspero cilicio que jamás separó de ella.

Todo este fervor y toda esta sed insaciable por la salvacion de las almas provenia del encendido amor de Dios en que se hallaba abrasado su corazon, el cual le hacia prorumpir en suspiros y tiernos ecos, bastándole oír hablar del sumo bien, ó poner los ojos en el cielo para quedar trasportado en admirables éstasis. Aunque todos y cada uno de los misterios de nuestro Redentor eran objetos de su cordial dileccion, se distinguió especialmente en la particular devocion para con el Señor sacramentado, siendo muchas las pruebas que dió de este afecto á presencia de la Eucaristia. En los rayos de la luz que despedía su rostro, y en las abundantes lágrimas que derramaba cuando celebraba el santo sacrificio, daba bien á entender el volcan que ardia en su pecho. En una ocasion, hallándose custodio de la provincia de Tucuman, yendo en la procesion del Corpus, no pudiendo contener el amor del Señor interiormente, además de los dulces cánticos con que elogiaba al Sacramento, comenzó á saltar entre los indios

fuera de sí, como otro David delante del arca del testamento, cuyo espectáculo conmovió á una profunda veneracion á los asistentes. No menor era la tierna devocion que profesaba á la santísima Virgen: solo con oír su dulce nombre se llenaba su espíritu de gozo y complacencia, esplicando su afecto con suaves cánticos, misteriosos versos, y oraciones fervorosas. A esta soberana Reina eligió por patrona de todas sus espediciones apostólicas, aplicando en ellas toda su actividad en promover su culto y su gloria, confesando ingénuamente que las alabanzas de esta Señora eran la quietud de sus trabajos, el consuelo de sus aflicciones, el refrigerio de sus tribulaciones, y la causa de su felicidad en todas sus empresas.

En fin quiso Dios premiar los trabajos de Francisco, y aunque toda su vida fué una cruz y un martirio continuo; con todo para que adquiriese mas merecimientos, permitió que dos meses antes de su feliz tránsito sintiese unos dolores agudos, acompañados de una calentura ardiente; bien que en toda la serie de su enfermedad dispuso la divina Providencia con maravilloso prodigio, que se mantuviesen en la ventana de su celda unas avecillas, inseparables de ella por mas ruido que hiciesen, las cuales con sus sonoros cánticos recreaban el ánimo de su fiel siervo, que tenia á la vista un Crucifijo, á quien daba repetidas gracias porque le afligia en tiempo que no podia con sus propias manos castigarse segun su costumbre. Por la vehemencia de los dolores no desistió del ejercicio de la oracion, que fué siempre el objeto principal de sus esmeros, la cual pudo llamarse habitual, pero no interrumpida en algun momento; dejándose ver en los últimos dias de su vida tan anegado en dulces contemplaciones, que olvidado enteramente de las necesidades del cuerpo, parecia que ya conversaba entre los ángeles, sin permitir en ellas que á su presencia se suscitase otra conversacion que de Dios, ó se leyese alguna lectura espiritual. Creciendo la enfermedad, dispusieron los médicos que se le administrase el Viático diez dias antes de morir, y respondió que era intempestivo y pronto, aunque muy bueno el que recibiese á semejante inúsped. Dijo á los religiosos, temerosos que falleciese de momento en momento por la debilidad de sus fuerzas, que fuesen á descansar, pues no moriria hasta el dia de S. Buenaventura, á quien profesó siempre una devocion particularisima; y con efecto en el mismo dia, al tiempo de hacer señal la campana á la elevacion de la hostia y cáliz, mirando al Crucifijo, puestas las manos en cruz, entre amorosos coloquios, trasportado en un gozo celestial dió apaciblemente su espíritu al criador en el dia 24 de julio del año 1610, á los 61 de su edad, en el pontificado de Paulo V, reinando en España Felipe III.

Luego que espiró, quiso Dios acreditar la santidad de su siervo con una multitud de prodigios, y hasta en los síntomas de su cuerpo:

éste, que por las largas y difíciles peregrinaciones estaba seco y negro, de repente apareció lleno, blanco, hermoso y tratable, con el rostro tan sereno, como si estuviese en un dulce sueño, despidiendo un olor fragantísimo: sus ojos que cerró siempre con una perpetua mortificación, se dejaron ver brillantes con un resplandor extraordinario; y su carne comprimida á fuerza de las intemperies, se notó con un color y calor natural como si estuviese en lo mas florido de sus años. Tuvieron los religiosos algunos dias en el féretro el venerable cadáver para satisfacer la devocion de los innumerables concursos que concurrieron á tributarle obsequios; y con una pompa jamás vista en Indias, digna de compararse con las demostraciones de los mayores triunfos, depositado en una arca, le dieron sepultura en su convento. A su entierro se hallaron el marqués de Montesclaros, virey de aquellos reinos, y D. Bartolomé Lobo, Guerrero, arzobispo de Lima.

La fama pública de santidad, y la continuacion de prodigios que cada dia se dignaba obrar el Señor por la intercesion de su siervo, hicieron venerarle desde luego por santo; pero como faltaba la aprobacion de la santa Sede para autorizar este concepto, á nombre de la ciudad y senado de Lima, á cuyas súplicas se unieron todas las de las ciudades del Perú y religion franciscana, se instó á la santidad de Urbano VIII, para la beatificacion y canonizacion de Solano. Este papa despachó las correspondientes letras apostólicas para los procesos informativos; y resultando de ellos justificado plenamente el heroismo de sus virtudes, con multitud de milagros auténticos, que recopiló del mismo proceso en un libro Fr. Toribio Navarro, minorista, no teniendo en que detenerse la sagrada congregacion, le declaró beato el papa Clemente X en el dia 25 de enero del año 1675; y canonizó despues Benedicto XIII en el 27 de diciembre de 1726.

DIA XXV.

San Cucufate, mártir.

Fué S. Cucufate, ó S. Culgat, como le llaman en Cataluña, otro de los muchos santos que habiendo nacido en regiones estrañas, con su ejemplo y predicacion ennoblecieron nuestra península, y últimamente con haber salido de ella para el cielo. Nacieron él y Felix, no hermano como algunos han dicho, sino compañero suyo, de padres nobles y ricos en Africa en la ciudad Scilitana, de donde tomaron nom-

bre los doce mártires Scilitanos cuya fiesta celebra la Iglesia el día 17 de julio. Donde hoy está Argel habia en lo antiguo otra ciudad llamada Cesarea, de la cual se llamó Cesariense aquella parte de la Mauritania. A ella fueron enviados á estudiar estos dos santos mozos, por la fama que tenia de florecer en letras. Mas oyendo el furor con que los emperadores Diocleciano y Maximiano perseguian en Occidente la Iglesia, con ánimo esforzado determinaron venir á España en busca de la persecucion que en ella ardía; y en una nave cargada de ricas mercaderias llegaron á Barcelona donde se juntaron con los demás cristianos, y despues de haber distribuido todos sus bienes á los pobres, concertaron entre sí, que Felix se fuese á Gerona, y Cucufate quedase en Barcelona, que eran como las fronteras y las partes, donde habian de ser los encuentros de la persecucion. Aquí en Barcelona se dedicó S. Cucufate á todos los oficios de piedad que exigian de un pecho cristiano las grandes calamidades de la persecucion. A unos enseñaba, á otros fortalecia en la fe, á otros convertia, cuyas obras acompaña el cielo con milagros. Descubierta por los gentiles esta gran luz con que de entre ellos desterraba Dios la tenebrosa idolatria, como frenéticos vueltos contra su médico, lo llevan á Galerio, procónsul, que por Daciano entonces ausente era juez de estas causas, y luego que lo tuvieron en su presencia, le preguntó éste: «Dime, loco, ¿de qué Dios es el patrocinio en que confias, para despreciar las leyes de los emperadores, y retraerte del culto de nuestros dioses?» A lo que respondió el santo lleno de valor y de fortaleza: «Y tú, insipientísimo, ¿á quien mandas que preste veneracion? cuando los que llamas dioses son unas estatuas vanas labradas por manos de hombres, incapaces de dar divinidad á sus hechuras, las que solo pueden adorar los necios semejantes á ti, seducidos y engañados del demonio.»

Enfurecido Galerio al oír la respuesta de Cucufate, y queriendo castigar su osadia, mandó á los verdugos que lo atormentasen hasta darle muerte. Remudándose doce de ellos para descansar, fue tal la fiereza con que ejecutaron aquella orden, que rasgadas las carnes del bendito mártir por los lados y por el vientre, le salian los intestinos y las entrañas por las heridas. Hizo oracion el santo en medio de aquella inhumanidad, diciendo: «Señor mio Jesucristo, demuestra tu infinito poder á estos incrédulos, para que crean en tí, ó que perezcan de lo contrario:» y oída su reverente súplica, cegaron de repente los ejecutores, y Galerio con sus ídolos pereció abriéndose la tierra y tragándole vivo; y el mártir sanó de improviso, dando gracias á Dios. En vista de este prodigio clamaron los gentiles: *Que era solo grande y verdadero el Dios de los cristianos*, de lo que tomó motivo Cucufate para predicarles con nuevo ardor sobre

los crasos errores de la idolatría, y sobre la necedad de las ridículas supersticiones del paganismo.

Muerto así Galerio, Maximiano, otro de los vicarios de Daciano, que le sucedió en el oficio, no escarmentado con el desastre de su antecesor, hizo traer á Cucufate cargado de prisiones á su tribunal, y le preguntó: «¿A qué Dios tributas culto?—¿Como preguntas con duda, contestó el Santo, como si hubiera muchos dioses, y no fuese uno el verdadero al que deben adorar todas las criaturas, que es el Criador del cielo y de la tierra, en quien creo de corazón, y predico con mis palabras?—Pues si este es solo el verdadero, replicó el tirano, haz que te libre de mis manos, y de los tormentos que te preparo.—Yo desprecio, exclamó Cucufate, confiando en el poder de mi Señor Jesucristo, á ti, á tu padre el demonio, y á cuantas crueldades pueda inventar la malicia; pero me estraña el ver á que extremo llega tu demencia, y tu obstinada ceguedad, dejando al Dios verdadero por adorar á unos simulacros vanos representativos de quimericas deidades.»

Apurado todo el sufrimiento de Maximiano, no pudiendo contener la indignacion dentro del pecho, mandó que al instante asasen al mártir en unas parrillas, lardeándolo con mostaza y vinagre. Mantúvose inmóvil el Santo fijos los ojos en el cielo, adorando y bendiciendo al Señor en aquella postura de inmolacion; pero descubriéndose visiblemente la mano del Todopoderoso en la constancia y en la alegría del ilustre mártir, admirados los gentiles, clamaron diciendo que no podia ser aquella prodigiosa fuerza del paciente sin algun milagro. Oro Cucufate con las espresiones del salmo 16 de David, que comienza: *Escucha, Señor, mi justicia, atiende á mi deprecacion*; y al fin de él quedó sano, y consumidos los verdugos del fuego con que le atormentaban.

El juez ciego ya y duro como piedra, atribuyendo el prodigio á las malas artes de que eran notados los cristianos por los gentiles, mandó que encendida mayor hoguera fuera de la ciudad fuese en ella quemado; pero orando el Santo, la hoguera se apagó, y él quedó sin lesion. Conoció muy bien el tirano, que en la invencible fortaleza del ilustre mártir se ocultaba alguna virtud sobrenatural que lo defendia; mas no queriendo manifestarse vencido, dió orden de que pusiesen á Cucufate en un oscuro calabozo cargado de pesadas prisiones, prohibiendo que se le suministrase el menor alivio; pero el Señor tuvo especial cuidado de su siervo, haciendo que bajase una luz celestial que dispó las tinieblas de la mazmorra, derramando á un mismo tiempo una dulzura divina, que le inundó de alegría. Llenó á los guardas de admiracion el estraordinario resplandor; y no siendo fácil resistirse á tanto tropel de prodigios de que fueron testigos, creyeron

en Jesucristo. Supo el juez tan inesperada novedad; y encendido en una furiosa cólera, al otro dia mandó que arasen las carnes del santo mártir con cardas de hierro, durante cuyo martirio se oyó una voz del cielo que le dijo: *Cucufate, todo cuanto pidas, te será concedido.* Pidió al Señor, que le concediese fortaleza para triunfar de todos los tormentos de sus enemigos, y puesto que el tirano rehusaba conocer la verdad, pereciese con todos los ídolos. Oyó el Señor las súplicas de su siervo; y entonces sucedió el desastrado fin de Maximiano, el cual cayendo de la carroza en que iba á adorar los ídolos, quedaron hechos polvo éstos en el templo y aquel en medio de la plaza de Barcelona.

Resumió con nuevo ardor la causa otro vicario de Daciano llamado Rufino, no menos obstinado que sus predecesores en sostener el culto de los ídolos. Supo todo lo ocurrido con el ilustre mártir, en cuyo favor se declaró el pueblo en vista de las prodigiosas maravillas de que fué testigo; y temiendo este tirano verse vencido con confusión, como lo habian sido Galerio y Máximiano, pronunció la siguiente sentencia: *Mandamos degollar á Cucufate por rebelde á nuestros emperadores, y renitente á ofrecer sacrificio á nuestros dioses.* Ejecutóse la inicua sentencia á dos leguas de Barcelona hácia Tarrasa, en el sitio llamado *Castro Octaviano* en el dia 25 de julio á principios del siglo IV; y habiendo recogido los cristianos el venerable cadáver del ilustre mártir le dieron sepultura en el mismo sitio, el cual se conservó entero hasta mas de la mitad del siglo VIII, en que S. Fulrado, abad de S. Dionisio de París, trasladó á Francia una parte principal de sus reliquias, que sin duda fué la cabeza; conservándose lo demás en el célebre monasterio de monges benedictinos que se fundó allí en honor del Santo, el cual destruido por los moros, fué reedificado despues y subsiste hoy con el título de S. Cucufate Vallense (ó S. Culgat del Vallés, como lo llaman los naturales.)

El culto de S. Cucufate viene propagado desde los primeros Martirologios Geronimianos hasta hoy. Al fin del siglo IV ya lo llama Prudencio *esclarecido*, por donde se colige que recibió culto público luego que por medio de Constantino vino la paz á la Iglesia. No es inverosímil que luego tuviese el oficio introducido despues en el breviario gótico. El principio de este culto fué en Barcelona, donde se ha celebrado su festividad con lecciones y responsorios propios sacados de las actas de su martirio.

Se conserva en Barcelona la tradicion del sitio donde nuestro Santo fué arrojado al fuego, y se llamaba aquel lugar, *Horno de S. Cucufate*, en el cual se erigió una iglesia que data desde fines del siglo IX ó principios del X, que hoy es parroquia, y la fundó Guislaberto, que mas adelante fué obispo de la misma ciudad.

Las reliquias que quedaron en el monasterio del Vallés, habiendo estado ocultas por algun tiempo, fueron descubiertas milagrosamente en el año 1079, desde cuyo tiempo han sido veneradas hasta ahora sin interrupcion.

En Oviedo se conserva una reliquia de nuestro santo mártir; otras fueron trasladadas á Braga y despues á Compostela por el obispo Gelmirez en el año 1102, segun lo refiere la historia Compostelana (*Lib. 1, cap. 15.*)

DIA XXV.

San Teodomiro, monge y mártir.

EL ejemplo de fortaleza que dieron en Cordoba los ilustres mártires Sisenandó y Pablo, encendió de tal modo el ánimo de otro esforzado militar de Jesucristo llamado Teodomiro, que ni la severidad de los jueces árabes, ni los enormes castigos que estos ejecutaban contra los fieles, ni el amor á la vida, pudieron intimidarlo, para que dejase de combatir contra los enemigos de la fé; ansioso de lograr la corona del martirio. Fué este héroe natural de un pueblo dicho antiguamente Carmo y hoy Carmona, pueblo antiguo y fuerte entre Córdoba y Sevilla; de donde le sacó el amor de las letras, y mas el de la virtud en que tanto florecian por aquel tiempo los monasterios de Córdoba.

No dice S. Eulogio en cual de ellos se retiró Teodomiro. Los PP. Anterpuenses se inclinan á que fué monge de Carmona. Uno y otro sentido pueden recibir las palabras de S. Eulogio, *Theodomiri Carmonensis Monachi*. Tambien hay obscuridad en los sucesos particulares de su vida. Bien que el fin de ella muestra cuales serian los pasos por donde llegó á tan esclarecida corona. Es lo cierto que lastimado Teodomiro del sumo abatimiento y desprecio con que en tiempo de Abderramen trataban los moros á nuestra santa religion, inspirado del cielo se presentó al juez, y le reprendió por la cruel tirania con que derramaba tanta sangre cristiana. Disponian las leyes de los moros, que fuese decapitado el fiel que se atreviese á confesar publicamente su ley, y á declamar contra su profeta Mahoma. En su consecuencia al punto mandó el juez que degollasen á Teodomiro como á los demás en la plaza del palacio. Fué esto tal dia como hoy en el año 851, que fué sábado, como dice S. Eulogio. Tambien añade que era mozo de pocos años. Dejaron el venerable cadáver en el lugar del suplicio, y recogido por los cristianos, le dieron sepultura

en la iglesia de S. Zoilo con el de S. Pablo y Sisenando, los que se trasladaron despues al templo de S. Fausto, Januario y Marcial, para ocultarlos en él por temor de la furia de los mahometanos; bien que el cielo los descubrió por los años 1563 en la misma iglesia, que hoy es de S. Pedro, con otros de muchos mártires que padecieron en Córdoba.

La memoria que dejó S. Eulogio en sus escritos de Teodomiro, y la noticia que de la invencion de sus reliquias se tuvo en Carmona, despertó la devocion de aquellos naturales para con el ilustre mártir, que estimándole como honor y gloria inmortal de su patria, le eligieron por su patrono; y habiendo obtenido breve apóstolico para que como á tal se celebrase su fiesta, se continúa con toda solemnidad, especialmente despues que consiguieron una de sus reliquias, la que pidió al obispo de Córdoba en el año 1609 D. Lázaro Briones y Quintanilla, alfez mayor y regidor de Carmona, á nombre del estado eclesiástico y secular, obligándose á conducirla con toda veneracion, y colocarla en el altar consagrado á su advocacion. Defirió el ilustrísimo de Córdoba á una pretension tan justa en 15 de mayo del mismo año, y dió una canilla de un brazo del Santo á Fr. Rodrigo de Quintanilla del orden de Santo Domingo, para que lo condujese en compañía de otros muchos religiosos, que á la sazón se hallaban en el capítulo provincial que se celebró en Córdoba. Fué recibida en Carmona con las demostraciones del mayor júbilo, y mientras disponia la ciudad lo necesario para su colocacion, se depositó en el monasterio de las monjas de la Madre Dios del mismo orden de Santo Domingo, desde donde se hizo la traslacion de la venerable reliquia al altar propio del Santo dentro de la capilla del sagrario de la iglesia mayor, donde se le tributa el culto debido; y se celebra su fiesta en el día último de julio, por estar impedido el veinte y cinco (que fué el de su glorioso martirio) con la festividad del apóstol Santiago.

DIA XXVII.

Los Santos Aurelio, Felix, Jorge, Sabigoto y Lillo- sa, mártires.

ENTRE los ilustres mártires de Jesucristo que ennoblecieron á Córdoba con su preciosa sangre, refiere S. Eulogio á Aurelio, Felix, Jorge, Sabigoto y Lillosa, todos dignos de memoria eterna por los gloriosos triunfos que consiguieron de los infieles. Nació Aurelio en aquella ciu-

dad, de padres ricos, iguales en circunstancias y en riquezas, aunque desiguales en la religion, pues el padre era mahometano, y la madre cristiana; cuyos contratos eran harto frecuentes en aquellos calamitosos tiempos en que se hallaban dueños de España los agarenos. Ordenó el Señor para sus altos fines las cosas de este ilustre mancebo, dejándole huérfano de ambos en su niñez, y en poder de una tia suya hermana de su madre, y cristiana como ella, la cual le enseñó la ley de Jesucristo y le educó en la virtud. Y tan profundamente se arraigaron en su pecho los documentos de aquella sierva de Dios, que jamás pudieron arrancárselos ni el ejemplo de los moros, ni la ocasion en que le pusieron los deudos de su padre, entregándole á un maestro que junto con las ciencias de los árabes le enseñase las supersticiones del Alcoran; pero saliéronles frustradas sus esperanzas, porque cuanto mas trabajaba el maestro en encaminarle á la estima de su profeta, tanto mas adelantaba el discípulo en su odio y desprecio. Disimulábalo empero para no incurrir en la indignacion de sus deudos. Pensaron estos cuando Aurelio llegó á la edad competente darle estado, á cuyo efecto le propusieron que escogiese entre varias doncellas iguales á él en riqueza y en calidad. Resuelto Aurelio á no casarse con mujer que no fuese cristiana, suplicaba al Señor se la diese tal que con su ejemplo le ayudase á ser cada dia mas exacto en el cumplimiento de su santa ley. Habia á esta sazón en Córdoba una doncella hija de padres moros y ricos. Siendo ella niña murió el padre, y la madre casó segunda vez con un caballero cristiano y tan zeloso que la persuadió á abrazar la religion de Jesucristo; hizo luego bautizar á su hija, y la llamó Sabigoto (*) nombre bastante usado entre los godos. Esta doncella tenia destinada el Señor para esposa de Aurelio, en la cual halló cuantos estímulos deseaba para su verdadero aprovechamiento.

Tenia Aurelio un amigo y pariente muy cercano llamado Felix, el cual con Liliosa, su muger servia á Dios con fervor de espíritu despues que por miedo con gran flaqueza dijo ante el juez que no era cristiano. De esta debilidad suya, muy llorada ya solia tratar Felix con Aurelio, y ambos se encendian uno á otro en deseo de triunfar de la muerte y de los enemigos de Cristo. Acrecentaban este fervor las dos santas esposas Sabigoto y Liliosa, ofreciéndose á seguirlos en una empresa tan gloriosa.

Reinaba por este tiempo en Córdoba Abderramen II, de cuya ferocidad hemos hablado otras veces. Bajo el yugo de este tirano gemia aquella iglesia, cuando un dia hallándose Aurelio en la plaza del pa-

(*) Antes de ser bautizada Sabigoto tuvo por nombre Natalia, el cual se le da en las actas de S. Eulogio publicadas por Surio.

lacio real, oyó grande alboroto y tropel de gente, y reparándose un poco vió un ejemplo de no menos duelo que provecho para su alma. Venia montado en un jumento el santo confesor Juan, abiertas sus carnes, tan cargado de prisiones que el gran peso del hierro trastornaba el aparejo del asnillo; azotábanle los moros con estraña fiereza, se mofaban de él y le hacian mil ultrajes, y á voz de pregon iban diciendo que aquel castigo se le daba por no haber querido renegar de Jesucristo.

Lastimado y admirado quedó Aurelio con este espectáculo, herido de amor para con aquel Señor que así triunfa en sus siervos, avergonzado de su gran flaqueza, codicioso de la palma que aquel santo confesor tenia tan merecida. Y como si para ejemplo suyo solamente se hubiera ordenado aquel martirio, iba encendiéndose en el corazon de Aurelio el deseo de dar la vida por Cristo. Vuelto á su casa refirió á Sabigoto su mujer lo que habia visto en la plaza, y los deseos que le infundia el Señor: hizola las mas santas reflexiones sobre el mérito de la confesion pública de nuestra santa fe, y animados de un mismo espíritu, convinieron en comenzar desde aquel instante una vida enteramente santa, para disponerse al martirio. Con esta mira gastaban muchas horas del día y de la noche en oracion: velaban, ayunaban, tratábanse con suma aspereza, dormian poco y sobre el duro suelo, sin otro reparo que un áspero cilicio, que mas servia de tormento que de descanso. Distribuian llenos de caridad entre los pobres grandes limosnas, y visitaban á los encarcelados para socorrerlos en sus aflicciones, cuyos oficios piadosos ejecutaban particularmente con aquellos fieles, que estaban cercanos á ofrecer su vida en sacrificio por amor del Señor, entre los cuales refiere S. Eulogio por aquel tiempo á las dos ilustres vírgenes Flora y María presas por la fe.

Concurrian Aurelio y Sabigoto con mucha frecuencia á visitar á las dos inignes heroínas de nuestra religion; no tanto para consolarlas en los trabajos de la prision, quanto para animarse con el ejemplo de su fortaleza á seguir sus acertados pasos. Sabigoto se quedaba muchas noches acompañando á Flora y á Maria, ensayándose con sus santas conversaciones á padecer; y acercándose el tiempo de sus combates, las suplicó encarecidamente que estando como estaban proximas á disfrutar la eterna felicidad, rogasen á Dios que la llevase con su esposo á su vision beatífica por el mismo medio que ellas se conducian. Resuelto en fin Aurelio á dar la vida por Cristo, consultó con S. Eulogio sobre lo que debia hacer así de su cuantioso caudal, como de las dos hijas que tenia, una de cinco y otra de ocho años. Dióle el santo doctor el consejo que le dictó su grande sabiduría, tanto en orden á la distribucion de sus bienes, como para la seguridad de las dos niñas, las que le ordenó colocase en el monasterio Tabanense, encárgándolas al cuidado de la insigne abadesa Isabel, mujer del ilustre

mártir Jeremías, ambos fundadores de aquella célebre casa. Ejeculólo Aurelio puntualmente, y desembarazado de todos los impedimentos que podian estorbar su generosa resolucion, solo pensaba disponerse con su esposa al fin deseado.

Consumaron su feliz carrera Flora y María con la corona del martirio, y queriendo el Señor alentar el fervor de Sabigoto por medio de aquellas heroínas, se la aparecieron rodeadas de espíritus celestiales, y la aseguraron que ella y su esposo, acompañados de un monge del Oriente, darian en breve la vida por Jesucristo. Otra revelacion del triunfo que la guardaba, tuvo tambien por medio de una sierva de Dios á quien habia ella visitado en su última enfermedad. De todos estos favores de nuestro Señor daban cuenta estos esposos á sus deudos Felix y Liliosa, los cuales no menos ansiosos que ellos de disfrutar la eterna felicidad, distribuyeron igualmente sus bienes entre los pobres, para quedar desembarazados de semejantes impedimentos.

El monge que Dios tenia guardado para compañero de nuestros santos en la corona del martirio, se llamaba Jorge, era natural de Belen, desde jóven gustó de la virtud y abrazó el estado religioso en el monasterio de S. Sabas, poco distante de Jerusalem. Vivió en aquel seminario de Santos por espacio de veinte y siete años; pero habiendo quedado reducido aquel monasterio á una suma pobreza por la irrupcion que hicieron los moros en la tierra santa, le envió el abad David al Africa á buscar entre los cristianos algunas limosnas para el sustento de los monges, que eran quinientos. Pasó Jorge al Africa, donde dominaban tambien los moros, y era tan corto el caudal de los fieles de aquella tierra, que Jorge se vió obligado á pasar á España con acuerdo de su abad, y mas por disposicion de Dios que por estos pasos le guiaba á mas alto fin. Era Jorge menospreciador de sí mismo, y estimador de los otros, alegre, fácil, agradable á todos en su trato, humilde y sencillo sin afectacion ni mezcla alguna de vanidad; de éstas y otras virtudes suyas da testimonio S. Eulogio que le conoció y trató muy despacio. Con ser hombre docto en las lenguas griega, latina y arabiga, jamas hizo ostentacion de saberlas, y aunque era diácono, siempre se trató como lego, sin declararlo á nadie hasta el tiempo de su martirio. Quiso el Señor dar colmo á los grandes merecimientos de este siervo suyo con la corona de mártir, la cual recibió en compañía de los cuatro ya referidos, y fué de esta manera.

Ocho dias antes de declararse cristianos estos cuatro siervos de Dios, estando Sabigoto en el monasterio Tabanense, llegó á él nuestro monge á despedirse de los hermanos y hermanas que allí vivian, para volver á su monasterio. Dijéronle aquellos monges que no se fuese sin visitar á una sierva de Dios llamada Sabigoto que allí se

estaba preparando para el martirio. Llévaronle donde estaba, y en viéndole dijo al punto: Este es el monje que me prometió el Señor por compañero de la pelea. Jorge luego que supo la revelación que había tenido del cielo, se hincó de rodillas y le rogó le alcanzase de Dios esfuerzo para llegar á lo prometido. Quedóse allí el monje aquella noche, y en una visión que tuvo, le pareció que veía á Sabigoto dándole un perfume de suavísimo olor. Al día siguiente volvieron juntos á Córdoba, y entrando en su casa conoció á Aurelio, y de rodillas le pidió que rogara á Dios le hiciese digno de acompañarles en su batalla. También encontró allí á Felix y Liliosa.

Entonces todos unánimes en el noble pensamiento, comenzaron á deliberar sobre el medio de presentarse al combate, y acordaron que Sabigoto y Liliosa fuesen públicamente á la Iglesia, sin taparse el rostro como acostumbraban las mugeres cristianas, de suerte que pudieran ser conocidas, para dar así motivo á los agarenos á que las delatasen al juez. Ejecutáronlo así, y delatadas en efecto, hizo llamar el juez á Aurelio y á Felix, y les preguntó, qué significaba la frecuencia de sus esposas al templo de los cristianos; á lo que respondieron: es costumbre de los cristianos visitar en las iglesias los sepulcros de los mártires, y como nosotros lo somos seguimos esta piadosa costumbre. El juez oído esto, los denunció por renegados al consejo del rey. Mientras se proveía el auto de prisión, Aurelio pasó al monasterio Tabanense á despedirse de sus hijas. Luego en el mismo día que los encarcelaron, antes de amanecer visitó á S. Eulogio en su misma casa, pidiéndole el favor de sus oraciones en aquella primera suerte de su pelea.

Determinada la prisión corrieron los ministros del rey á la casa de Aurelio, y de sus ilustres compañeros: llegaron con tropel y con algazara, y comenzaron á decirles con grandes voces: «Salid acá, miserables, salid á recibir la muerte que os espera, pues parece que la tenéis por gloria, y os molesta la vida.» Salieron los cuatro siervos de Dios Aurelio, Felix, Sabigoto y Liliosa llenos de regocijo á presentarse á los emisarios; pero dejando estos á Jorge por no ser de los citados, poniéndose delante de ellos el célebre monje, les dijo con generosa resolución: «¿Por qué tratáis de esta suerte á los cristianos, queriéndoles obligar á que profesen una secta llena de errores y de falsedades? ¿acáso no podeis vosotros solos perecer en el infierno, sin llevar á los siervos de Dios? id á padecer tormentos eternos en compañía de vuestro maldito profeta.» Enfurecidos los moros al oír semejante reconvención, descargaron furiosos golpes sobre el inocente monje dejándolo por muerto en el suelo; y llegándose á él la ilustre matrona Sabigoto compadecida de él, le dijo: «Levanta padre, y vamos á padecer por amor de Jesucristo.»

Luego que estuvieron todos ante el tribunal, el juez con blandura les preguntó, ¿porque causa habian dejado su ley, y querian morir afectuosamente con pérdida de su honra y hacienda, siendo ella tan grande, cuando podian lograr todas las comodidades de esta vida, y despues los deleites prometidos en su Alcoran? Ellos á una voz respondieron: no hay honras ni riquezas, ni deleites en el mundo, que puedan compararse con las que tiene preparadas Jesucristo á los que le confiesen ante sus enemigos, pues todo lo que contradice á su santa ley es error y falsedad. Sintió el juez la respuesta de los santos, y como eran personas tan distinguidas, emparentadas con los principales de Córdoba, se abstuvo en sentenciarlos hasta dar parte al consejo del rey, interin lo cual mandó ponerlos en la cárcel cargados de prisiones, en la que se mantuvieron cinco dias ocupándose en fervorosas oraciones y en alabanzas divinas. Revelóles el Señor el dia de su glorioso combate, y asegurados de la victoria, deseaban con vivas ansias dar al mundo pruebas públicas de la constancia de su fé. Sacáronles por último al consejo del rey, donde fué de nuevo solicitada su constancia con ruegos, con ofrecimientos de grandes riquezas y honras: añadian amenazas, todo sin fruto; mas deseo tenian ellos de verlas cumplidas, que ánimo los jueces para cumplirlas. Mandaron degollar á los cuatro, dando por libre á Jorge; mas luego que él oyó la sentencia, reclamó de ella diciendo: «¿Por qué me exceptuáis de la pena siendo una misma la causa de todos? ¿acaso es por no haberme oido hablar mal de vuestro profeta? pues sabed que yo no puedo decir, ni juzgar de él otra cosa, sino que fué un maestro de perdicion; y el ángel que creéis que le dictó su ley fué el demonio, que como padre de la mentira hizo que os la enseñase en su ridiculo Alcoran. El fué el infame precursor del Antecristo, la vileza del mundo, y el promotor de los mas torpes vicios.» No le dejaron los magistrados proseguir su discurso, y mandaron que lo degollasen juntamente con Aurelio, con Felix, con Sabigoto y con Liliosa.

Primero dió la vida S. Felix, luego S. Jorge y Sta. Liliosa, y últimamente los santos Aurelio y Sabigoto. Fue esta señalada victoria de la gracia de Dios, el año 852 á 27 de julio. Tres dias estuvieron los santos cuerpos en el patíbulo; luego los recogieron los cristianos y los depositaron en varias iglesias, á fin de enriquecerlas con tan preciosas alhajas. A los de Aurelio y Jorge llevaron al monasterio de la Peña de la Miel, llamado S. Salvador, fundado por los padres de Sta. Pomposa á cuatro millas de la ciudad. El de Felix fué enterrado en el de S. Cristobal; Sta. Sabigoto en la iglesia de los tres santos Justo, Januarió y Marcial, que estaba dentro de Córdoba, y Sta. Liliosa en la de S. Ginés, donde permanecieron en grande veneracion. Despues por los años 1070 poco mas ó menos llevó el conde Fernan-

Gomez de Carrion el cuerpo de S. Felix con el de S. Zoilo al monasterio de religiosos benedictinos de Carrion, en el que está en dos arcas de plata sobre el altar mayor; y los de Aurelio y Jorge fueron trasladados al de S. German de Paris por los años 858, de cuya traslacion hacen memoria en el dia 20 de octubre varios Martirologios, y el cardenal Baronio en las anotaciones al romano.

DIA XXVII.

Santas Julianay Semproniana vírgenes y mártires.

ENTRE las muchas heroínas que testificaron con su sangre nuestra santa fe en España, brillan en el principado de Cataluña las dos santas y esclarecidas doncellas Juliana y Semproniana, naturales de Mataró, que antes de la entrada de los moros se llamó *Iluro*, y luego *Civitas Fracta* ó *Tracta*, ciudad marítima poco distante de Barcelona. De estas santas hermanas consta por tradicion que fueron discípulas de S. Cucufate, que le siguieron y acompañaron hasta el martirio, y que le dieron sepultura: que por esta causa las prendieron, y como las hallasen constantes en la fe de Jesucristo, por sentencia del juez Rufino les cortaron la cabeza tal dia como hoy del año 504, esto es, dos dias despues del triunfo de su maestro S. Cucufate, en el mismo *Castro Octaviano*, que está á dos leguas de Barcelona en el Vallés hácia Tarrasa.

Los sagrados cuerpos de las dos santas vírgenes como los de otros muchos mártires, fueron sepultados en el precitado territorio de *Castro Octaviano*, en cuyo sitio se fundó en el año 782 el célebre monasterio de monges benedictinos claustrales de san Cucufate, donde se les hacia fiesta como vírgenes y mártires tal dia como hoy, con rezo que antiguamente era propio y ritu doble de primera clase con octava. Sus nombres fueron introducidos en las letanias de aquel monasterio, pues se hallaban, como dice Florez, en una de un ritual antiguo, y en otra de un misal, ambos manuscritos en vitela, que se conservaban en el archivo. Consta tambien de algunas escrituras que en altares consagrados por obispos de Barcelona en el siglo XIII pusieron reliquias de estas santas vírgenes.

La ilustrísima ciudad de Mataró, afortunada patria de nuestras Santas, de tiempo inmemorial celebra anualmente con pompa y solemnidad su fiesta tal dia como hoy, venerándolas como paisanas é invocándolas por antonomasia *las Santas*. El abad de S. Cucufate D. Bue-

naventura Gayolá, y su cabildo monasterial, concedieron á los matoroneses reliquias de sus dos inclitas compatricias, cuya solemne entrega y traslacion se verificó el dia 25 de julio del año 1772.

Ahora posteriormente en el año 1835, la piedad de los fieles cuidó de poner en salvo los cuerpos de los santos que de tiempo remotísimo recibían culto en el espresado monasterio de S. Cucufate de Vallés, el cual fué incendiado durante los deplorables sucesos políticos de aquella época; y puestas luego dichas reliquias á disposicion de la autoridad eclesiástica, bien asegurada ésta de su autenticidad, concedió las de las Santas Juliana y Semproniana á la ciudad de Mataró, donde colocadas las preciosas urnas en el magnífico altar mayor de su parroquial iglesia, son allí reverenciadas hoy con esmerado culto y devocion, siendo prendas de muchos celestiales beneficios.

DIA XXIX.

Santa Beatriz virgen y mártir.

SANTA Beatriz, una de las ilustres matronas que han florecido en la iglesia de Roma, fue hermana de los insignes mártires Simplicio y Faustino, todos los cuales profesaban la fé de Jesucristo, en tiempo que los emperadores Diocleciano, y Maximiano movieron contra la iglesia en principios del siglo IV una de las mas sangrientas persecuciones, que han padecido los fieles bajo el dominio de los príncipes gentiles. Vivía Beatriz retirada en su casa con pacífica quietud, toda ocupada en ejercicios piadosos, santos, y caritativos, cuando sus dos hermanos fueron delatados por cristianos á el Tribunal de uno de los Jueces de Roma; y habiendo confesado públicamente su religion sin temor de los paganos, lograron la corona del martirio, despues que probó su constancia el tirano con esquisitos tormentos, y dándoles Beatriz sepultura cerca del camino portuense con ayuda de dos Presbíteros llamados Juan y Crispo, se refugió á la casa de cierta Señora cristiana llamada Lucina, donde se mantuvo por espacio de siete meses continuando en santos ejercicios.

Quiso comprar Lucrecio, vecino poderoso de Roma, á Beatriz cierto predio que poseía, y resistiéndose á venderlo, quiso obligarla á que sacrificase á los idolos; pero el horror que causó á la ilustre Virgen la impiedad á que quería precisarla, y la heroica constancia con que se negó á cometerla, redobló en el pecho de aquel pagano la furia, y la crueldad de suerte, que mandó á sus siervos que la sofoca-

sén en una noche, como lo ejecutaron con impiedad en el día 29 de Julio á principios del siglo IV. Usurpó Lucrecio con la violenta muerte de Beatriz el predio que deseaba, y celebrando en él un magnífico convite con sus amigos, insultaron en él á los Santos mártires, con todo aquel desprecio que es facil de creer en los paganos; pero cuando se hallaba en lo mas delicioso de su comida, prorrumpió un infante de cierta muger que estaba presente en estas voces: *Oye Lucrecio, diste muerte, y usurpaste, pues por esto seras entregado en manos del enemigo.* Pasmóse Lucrecio al oír semejantes espresiones, y en seguida entró un demonio en su cuerpo en el mismo convite, que atormentándole furiosamente por espacio de tres horas, pasó su infeliz espíritu á los abismos, vengando de este modo el Cielo la muerte que dió á su sierva fidelísima; cuyo venerable cuerpo sepultó Lucina cerca de los de sus ilustres hermanos. Mantuviéronse en Roma las santas reliquias de Beatriz hasta el año 1647, en el que incluyéndolas en una preciosa urna de plata el Papa Inocencio X la envió con su bendicion apostólica, y una rosa dorada á la Serenísima Reina de España Doña Mariana muger de Felipe IV, en tiempo que se hallaba en Milan aquella soberana, quien á su regreso á España dió al Real monasterio de San Lorenzo del Escorial esta exquisita alhaja, donde se custodia entre las muchas reliquias de aquel santuario, y se venera con el debido culto.



ADICION

AL MES DE ABRIL.



DIA XXIV.

San Gregorio, obispo de Iliberi y confesor.

SAN Gregorio fué obispo de la antigua y celebrada Iliberi, que hoy es y se dice Granada, aunque segun los mas curiosos conjeturan, era Granada la vieja, que es hoy el fuerte de la Alhambra en lo superior de la misma ciudad de Granada. Floreció en tiempo del empera-

dor Constantino, y en nuestra España defendió la consustancialidad del padre y del hijo en la Santísima Trinidad contra Arrio y sus secuaces, que en aquel tiempo predicaban lo contrario. De toda España no se escribe haberse hallado obispo alguno en el concilio Niceno, sino fué Osio, obispo de Córdoba, el cual era muy familiar y querido del emperador Constantino Magno, y al principio fué de la parte de los católicos; mas despues pervertido por Arrio, lo siguió, y de muchas maneras persiguió la Iglesia: al fin se halló presente en el concilio, que se hizo en Arimino, para derogar lo que en el Niceno tan docta y santamente se habia determinado. De allí se vino á Córdoba, donde vivia con su pertinacia; y como ya los emperadores, que á la sazón eran, fuesen de la secta arriana, tenia grandes poderes para hacer daño á los que católicamente defendian y sustentaban la consustancialidad.

En este tiempo, pues se hallaba en Córdoba el glorioso san Gregorio, y no quiso jamás comunicar con Osio, teniéndolo, como lo era, por hereje: de lo cual enojado Osio dijo á Clementino, (vicario del prefecto que el emperador Constancio, hijo de Constantino, tenia á la sazón en aquella tierra), que lo desterrasen. Clementino, le dijo: No osaré yo desterrar á obispo alguno si primero no le privas del obispado. Osio que esto oyó no dudó de deponerlo al instante; y viendo San Gregorio, que queria pronunciar sentencia contra él, apeló al sumo sacerdote Cristo, y en allas voces lleno de espíritu y de zelo de la fé católica dijo: *Cristo Dios y Señor, que has de venir á juzgar á los vivos y á los muertos, no consientas que hoy se pronuncie contra mi tu mínimo y mas inútil siervo, esta sentencia; pues sabes, Señor, que por la fe de tu sacratísimo nombre, teniéndome el vulgo por culpado, soy hecho hoy espectáculo de todos: antes, Señor mio, te suplico que tú mismo juzgues hoy tu causa y tomes venganza de esta injuria. No como temeroso huyo, Señor, del destierro; pues por tu santo nombre ningun tormento me es grave, la misma muerte me será alegre y gozosa; mas deseo, Señor, que muestres venganza, solo á fin de que muchos viéndola, y tocándola con los ojos, no se atrevan á prevaricar y apartarse de la santa Iglesia católica tu amada Esposa.*

Apenas acabó su oracion el Santo, cuando aquel Señor, que si es Padre de misericordias, tambien tiene por timbre glorioso y justo, ser Dios y Señor de las venganzas y justos castigos, envió el suyo sobre el apóstata y descomulgado Osio; pues vieron todos que estando sentado en su silla, como oficial del imperio, con determinacion de pronunciar la sentencia contra S. Gregorio; al ir á abrir los labios para ello cayó en tierra, y espiró al punto sin poder decir *Jesus*; que no mereció acabar con tan divino nombre, quien le perseguia y tenia por enemigo negándole la consustancialidad con su padre. Quedó feo

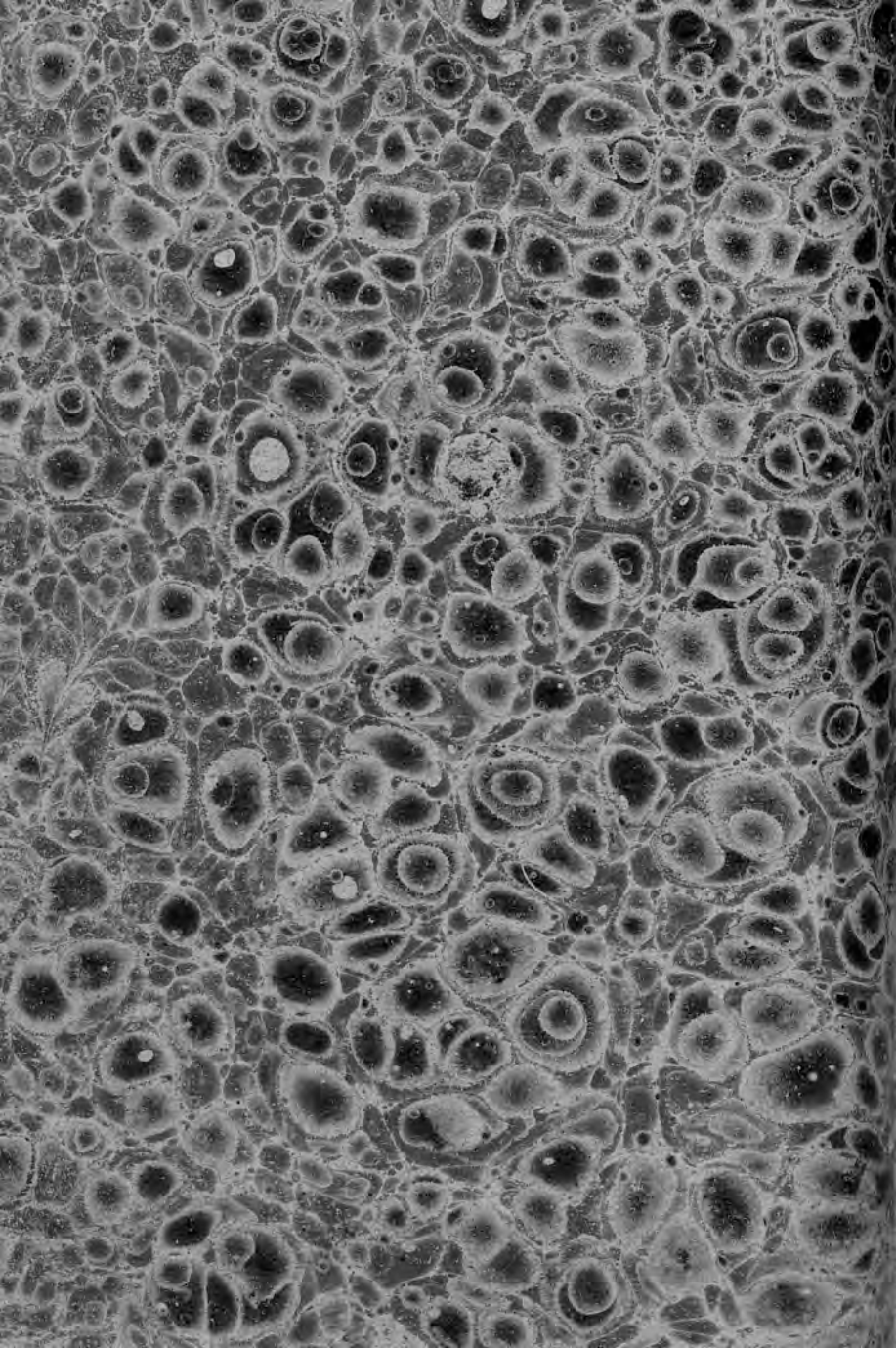
como un demonio, y la boca vuelta al colodrillo, que daba horror mirarlo. Mas ¡qué mucho quedase tan feo un cuerpo cuya alma ya estaba en el infierno! Todos quedaron maravillados de tan extraño caso, y Clementino tan asombrado, que aunque era Juez, temiendo no viniese sobre el semejante castigo se postró á los pies del bienaventurado San Gregorio, y le pidió le perdonase; pues habia pecado con ignorancia, y no tanto por su albedrio y voluntad, cuanto por el mandato del mal aventurado Osio. El Santo le levantó con humildad y cariño, le perdonó de muy buena voluntad y pidió á Dios por él, á quien habia hecho la ofensa. Con esto ni el glorioso santo huyó, ni fué desterrado; y de allí adelante todos le veneraron como á varon de Dios, y temian de juzgar mas contra él; y el bendito Santo, escribiendo muchos libros en favor de la iglesia, y defendiéndola con escritos, obras y palabras, constante siempre en la fé católica, predicando la divina palabra, y enseñando y defendiendo la consustancialidad del Padre y del Hijo contra los perversos arrianos; y al fin sirviendo en todo á Dios, pasó en paz de esta vida caduca y perecedera al descanso de la eterna, en el mismo dia que la iglesia de Granada celebra su fiesta, á 24 de abril, por los años del Señor 388. Escribieron su vida Usuardo, san Isidoro, arzobispo de Sevilla, en el libro de *Viris Illust.* cap. 1 in Osio; S. Gerónimo en el libro de *Scriptoribus Ecclesiast.*; Honorio Angustodonense, cap. 105; Marcelino, presbitero de Italia, en el libro á Teodosio, emperador; Sanctoro, el Martirologio romano, y Baronio en sus anotaciones, y en el tomo 4 de sus anales á los años 371 y 388.

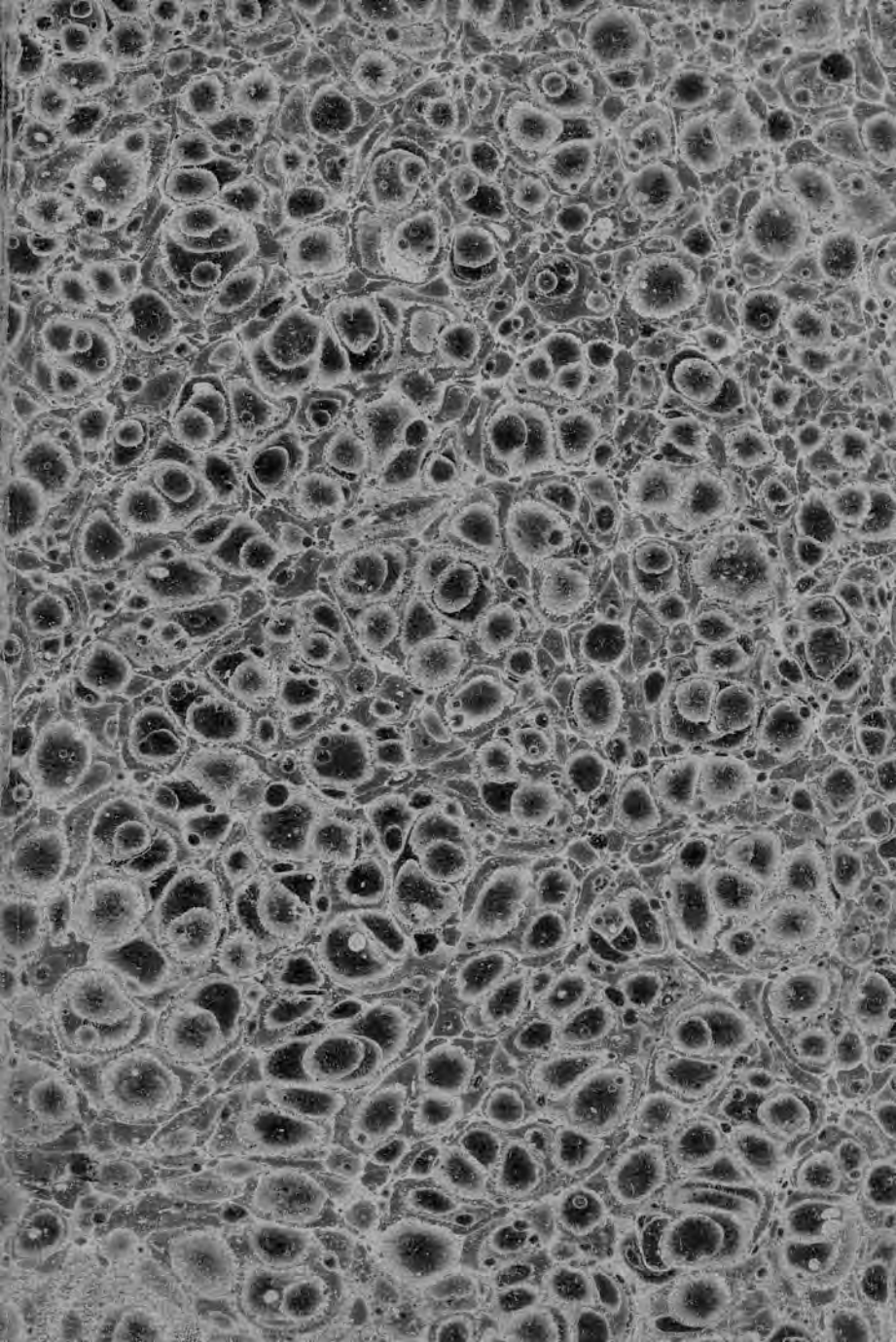
No parezca contrario á lo que enseña y manda Cristo, en la accion de pedir Gregorio venganza contra Osio; cuando el divino Redentor de las almas enseña y manda, es, que amemos á los enemigos, que los perdonemos y pidamos por ellos, haciéndoles todo bien; pues nada mas acredita la accion de justa, santa y buena, y que en nada se oponia á Cristo Señor nuestro que es ver la califica por tal su divina Magestad ejecutando al instante lo que su fiel siervo y defensor de su santo nombre Gregorio le pedia. Fuera de que el Santo ni le miró á Osio como enemigo suyo, ni pidió venganza de injuria alguna que á él le hiciese; miróle sí como enemigo del mismo Cristo, Señor nuestro; y así le pidió venganza de su injuria y causa propia. No siempre es bueno callar; que si lo fuera, no dijera el Espiritu Santo: *Tiempo hay de callar, y tiempo de hablar*. Si á la sazón callára Gregorio, Osio le depusiera de su dignidad y le desterrára, y quedaba vanaglorioso y tan sobervio con la accion, que intentaria (como otro Luzbel) poner su silla sobre el mismo Dios, quitando á Cristo de su lugar; pues ya lo hacia, quitándole y negándole la consustancialidad con su eterno Padre. Porque esto ¿qué era sino intentar de derribarlo de su trono

soberano? y de aqui se seguia necesariamente el cometer mas y mas ofensas contra Dios, y tener su alma despues mas y mayores tormentos en el infierno. Digase, pues, tambien que le hizo bien Gregorio; pues quien le libró de mayor mal, grande bien le hizo; y si á un hereje pertinaz perdido, enemigo de Dios, en un instante hizo con su oracion tanto bien que le libró de infinitos males que tendria y padeceria, á mas de los que tiene y padece; quien duda, nos alcanzará á los amigos de Dios veliendose de su intercesion, muchos bienes, que gocemos todos con él en la gloria. Amen.

FIN DEL TOMO PRIMERO.









1859999

SAVO

Orisiani

APPENDICE

I

1859999

AH 1485

1859999